

Ana Martín Méndez

Veinte  
comedias  
de amor y  
una noche  
desesperada

# *Índice*

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. Marina

2. Alejo

3. Marina

4. Clara

5. Marina

6. Blanca

7. Marina

8. Amanda

9. Marina

10. Blanca

11. Marina

12. Clara

13. Marina

14. Amanda, Marina, Alejo y una casa en El Escorial

15. Calem, Alejo, Marina, Clara y un sofá cama

16. Rodrigo, Blanca, la loca con cara de loca, Marina, Alejo y una primera vez

17. La loca con cara de loca, Marina, Blanca, Sabrina, Clara, Amanda, Alejo y una goma para el pelo

18. Blanca, Rodrigo, Amanda, Marina y una casa con transgresiones
19. Blanca, Amanda, Joaquín, Clara, Marina, Alejo y «que ningún ruidoso amanecer perturbe la paz de esta tierra»
20. Alejo, Marina y una revelación
21. Blanca, Marina, la loca con cara de loca, Amanda, Joaquín y un recuerdo
22. Marina, Alejo, Patricia, Amanda, Joaquín y un electrodoméstico sin garantía
23. Marina, Blanca, Rodrigo, Alejo y un próspero año nuevo
24. Amanda, Joaquín, Sabrina, Clara, Marina, Alejo y el único espermatozoide
25. Alejo, Marina y una perceptible sensación de dolor
26. Marina, Alejo, Sabrina, Calem y un veinte elevado al infinito
27. Clara, Marina, Blanca y Marnie, la ladrona
28. Marina, Clara, Sabrina, Blanca y desesperadas sin fronteras
29. Marina, Calem, Lilly, Victoria, Alistair, Clara y un antro de perdición
30. Clara, Marina, Alistair, Blanca y un error
31. Marina, Alistair y la chica con los ojos del color del lago
32. Marina, Alistair, Lilly, Clara, Victoria y una pareja feliz
33. Marina, Blanca, Clara, Alistair y una manada de caballos salvajes
34. Clara, Marina, Blanca, Alistair y una canción de Passenger
35. Marina, Clara, Blanca, Alistair y todos aquellos a los que les gustó más lo que vieron en otro lado
36. Blanca, Marina, Clara y una visita inesperada
37. Marina, Clara, Alistair y una segunda visita
38. Joaquín, Marina, Clara y una canción de amor
39. Marina, alguien imprevisto, Alistair, una boda y una canción
40. Joaquín, Amanda, Marina, Clara Y Winnie The Pooh
41. Una cuarta visita inesperada, Marina, Lilly, Calem, Joaquín, Amanda y una proposición
42. Clara, Marina, la quinta visita y un baile sexi
43. Marina, Victoria, Clara, Alistair y su novia
44. Marina, Alistair y una aurora boreal
45. Marina, Sabrina, una boda, Alistair y una disculpa

46. Alejo, Marina, un admirador, el momento Cenicienta y un timbre que sonó

47. Marina y una última visita

Referencias a las canciones

Biografía

Nota

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## *Sinopsis*

Recién entrada en la treintena, Marina afronta, con un enorme sentido del humor y una visión trágico-cómica de su propia existencia, tanto sus problemas laborales como lo que ha dado en llamar su VSL: Vida Sentimental Lamentable.

Alejo, en cambio, es la encarnación del éxito profesional, aunque no del sentimental, ya que siempre ha optado por la soledad como única compañía, hasta que conoce a Marina. Junto a otros muchos personajes que te cautivarán, ambos dan vida a esta divertida comedia romántica que te emocionará y te hará reír a carcajadas y te demostrará que las mujeres sobreviven, pero, por encima de todo, viven, deciden, se equivocan, caen y siempre siguen adelante, porque «en la vida solo tienes dos minutos para lamentarte y el resto para levantarte».

*Veinte comedias de  
amor y una noche  
desesperada*

Ana Martín Méndez

Esencia/Planeta



*A mis hijas, por descontado,  
y a mis amigas, por supuesto,  
porque estuvieron en lo bueno y en lo malo,  
en lo mejor y en lo peor,  
y porque estarán.*

# 1

## *Marina*

Si ya me lo había dicho mil veces mi madre: los hombres lo único que quieren es beber, comer, follar y que los dejen en paz, incluyendo en este último apartado que no los acribillen a balazos verbales en una suerte de verborrea intimidante e inacabable que yo era incapaz de controlar, especialmente en una primera cita.

Y el día anterior había vuelto a comprobarlo.

Fue sentarnos a la mesa, carraspear ligeramente, sonreír de medio lado, mirarnos con cara de «a ver quién empieza primero» y comenzar a disparar. Y es que nada más abrir la boca mi lengua se convertía en una ametralladora capaz de lanzar hasta trescientos proyectiles por minuto.

Así, a medida que mis palabras cogían carrerilla, notaba cómo él iba encogiéndose a la misma velocidad, cómo se echaba cada vez más hacia atrás y hacia abajo para acabar refugiado debajo de la mesa, en sentido literal.

De esta manera, y siguiendo el esquema de mi madre, mi cita no bebió, no comió, no folló y, por supuesto, no lo dejé en paz. Un nuevo fracaso total. Y llevaba catorce. Catorce en los últimos catorce días.

Yo era plenamente consciente de que tenía un problema, de forma que, salvo sustituir el carmín por un esparadrapo, lo había probado todo: psiquiatras, psicólogos, homeópatas, acupuntura, aguas termales, baños de lodo, la contemplación meditativa del salto de la rana..., todo..., pero nada.

Hasta había llegado a hacer terapia subacuática porque, para todo aquel que se lo pregunte, sí, también era capaz de hablar compulsivamente debajo del agua.

Los hechos, por tanto, se presentaban tozudos: cuanto más nerviosa estaba, más hablaba, y, cuanto más hablaba, más nerviosa me ponía. Esta pescadilla que se mordía la cola alcanzaba el efecto de bucle infinito cuando no conocía a la persona que tenía sentada enfrente, lo que en términos sociales significaba cita.

Lo cierto era que, de no ser por ese defecto, habría tenido bastantes posibilidades de triunfar porque, aunque esté mal que lo diga yo, era razonablemente guapa, razonablemente delgada y razonablemente alta, si bien todo era tan razonable que el conjunto final resultaba normal tirando a normal, lo cual tampoco estaba tan mal y no me habría restado probabilidades..., salvo por mi apéndice bucal. Mi verdadero problema era la boca, pero no a lo Julia Roberts —cuyos dientes parecen quintuplicar en número a los de una persona corriente y cuyo tamaño supera con creces el de la suma del resto de sus órganos faciales—, sino lo que salía de ella, llamémoslo conversación en un acto de generosidad.

No obstante, aún había algo peor: a medida que pasaban los días, esos catorce días, el resultado final de cada una de las citas empeoraba considerablemente con respecto a la anterior, porque —y creo que cualquiera estaría de acuerdo conmigo— que tu pareja acabe atrincherada debajo de la mesa, sin haber mediado palabra por su parte y sin connotaciones sexuales de por medio, resulta difícilmente superable. Y, para muestra, algunos ejemplos:

#### Cita 1

- Error: Confundir a la cita con el camarero.
- Certeza: ¿Alguna vez os habéis dirigido a un ejecutivo agresivo pensando que era un dependiente de El Corte Inglés? Y ¿os fijasteis en la cara de psicópata con la que no respondió a la pregunta, fuera cual fuese ésta? Pues lo mismo.
- Sugerencia para las páginas de citas: Nada de chorradas del estilo vístete de amarillo, colócate un clavel rojo en la solapa o lleva en la mano la

Biblia en verso en su edición en tapa dura; que repartan chapas donde diga claramente «La cita soy yo».

### Cita 3

- Error: Mencionar las quince horas que has pasado eligiendo la ropa que ibas a ponerte y describir, con todo lujo de detalles, los cientos de modelitos que has llegado a probarte, destacando que has tenido que poner la lavadora tres veces y otras tantas la secadora para que todo estuviera perfectamente limpio y sin arrugas.
- Certeza: Los integrantes del sexo masculino no distinguen entre lavadora y secadora, y empeñarse en seguir hablando del mismo tema no va a hacer que tu cita deje de roncar, menos aún que se despierte.
- Sugerencia: Los hombres sólo quieren verte desnuda, de manera que nunca se debe ir vestida como si el armario se te hubiera caído encima, o, dicho de otra manera, érase una mujer a un armario pegada, que era justo como solía ir yo, con un mínimo de cinco prendas externamente visibles, aunque estuviéramos en verano.

### Cita 4

- Error: Dejar que tu cita elija el sitio para quedar.
- Certeza: El *burger* no es una buena opción. Hay que recordar siempre que los hombres-rata existen y que no están en peligro de extinción.
- Sugerencia 1: No dejarse intimidar si te obligan a revisar los cupones de descuento, si te acorralan para que elijas entre las ofertas de a un euro, si no te permiten pedir una bebida que no está incluida en la oferta.
- Sugerencia 2: Comer rápido para que la cita no arramble con tu mísera hamburguesa con la excusa de que se ha quedado con hambre, a pesar de que él se ha pedido tres extragigantes que no estaban en los cupones, dicho sea de paso.
- No aceptar como motivo para que te birlen la cena que estás «rellenita» y que tienes que cuidar tu línea. «Peso cincuenta kilos y mido 1,70», fue mi

argumento en aquella ocasión. «Pues entonces, para que no engordes», fue su réplica.

#### Cita 7

- Error: Los hombres-monosílabo tampoco son una especie en extinción.
- Certeza: No hay ninguna manera de sonsacar a un hombre que no quiere hablar. La Inquisición hace siglos que dejó de existir, si bien mi ingente verborrea ha sido calificada en varias ocasiones como un eficaz instrumento de tortura.
- Sugerencia: Prestar atención a los indicios. Los gruñidos y los sonidos guturales son la antesala de los monosílabos y nunca son una buena señal. Y las miradas perdidas tampoco. Detrás de una mirada vacía suele haber un cerebro vacío.

#### Cita 9

- Error: Síndrome de *The Voice / La Voz*, o, lo que es lo mismo, los que salen huyendo en cuanto oyen la primera tanda de palabras, al igual que los *coaches* hacen girar sus sillas al oír el primer compás.
- Certeza: Desdentada no vas a conseguir pareja, ni ésta ni ninguna otra, de manera que salir corriendo detrás de ellos como alma que lleva el diablo sólo puede acabar de una manera: con tus piños en el suelo. Y lo digo por propia experiencia. Hay que recordar siempre que la experiencia es la madre de la ciencia.
- Sugerencia: Asume la situación y tu fracaso con dignidad o, lo contrario, desmáyate o finge estar sufriendo una apoplejía. A falta de compañía para la cena, que el fugado quede como un cabrón no es tan mal objetivo para un nulo fin de fiesta.

#### Cita 13

- Error: Contar de manera pormenorizada lo que ha ido mal en las últimas

doce citas, continuando, por orden cronológico, hasta las 586 transcurridas desde la primera de ellas, allá por el año 327 antes de Cristo.

- Certeza: Lo mejor que se puede hacer con el pasado es superarlo.
- Sugerencia 1: Pensar que poniendo el ventilador a esparcir la mierda de cuando los dinosaurios poblaban la Tierra vas a conectar con la persona que tienes enfrente y conseguir que tu cita salga bien no es un acto de fe, sino de imbecilidad. Si tienes memoria para recordarlo, ten la inteligencia de remediarlo.
- Sugerencia 2: Sea lo que sea lo que salió mal en aquellas citas, la posibilidad de que vuelva a repetirse es descomunal. Lo que hay que hacer con los errores es aprender de ellos, no esparcirlos a los cuatro vientos.

Con tamaños despropósitos, a estas alturas quizá debería explicar cuál fue el motivo que me impulsó a ese frenesí social, o, lo que es lo mismo, a concentrar tantas citas en tan poco tiempo. La razón era que me pasaba todo el día escribiendo listas, tanto haciéndolas como rehaciéndolas, reduciéndolas, aumentándolas, desdoblándolas o dibujando cuadros sinópticos con ellas. Las utilizaba para cualquier propósito, ya fueran asuntos banales o trascendentales y, precisamente, por culpa de una de estas últimas me encontraba en el brete en el que me encontraba.

La primera lista existencial la escribí cuando tenía veinte años, y en ella me juraba a mí misma cosas tan típicas, habituales y poco originales como que antes de los treinta:

- Estaría casada con un marido de nombre Ito, es decir, bonito, calladito, con dinerito y que me obedeciera como un perrito, tal y como Google definía al hombre perfecto.
- Sería una mantenida, pero de lujo, con al menos una empleada doméstica a mi servicio, ya que siempre tuve claro que la casa embrutece y nadie te lo agradece.
- Tendría un niño y una niña, que mi marido se encargaría de educar y las

niñeras de criar.

- Concatenaría los viajes a los lugares más paradisíacos y exóticos, porque el mundo es demasiado bonito para verlo sólo desde casa.
- Y, finalmente, sería la dueña de varias mansiones cuya estancia principal sería el vestidor, dado que una de las certezas de mi vida fue siempre la ropa como método infalible para recuperar la inversión, ya que si te hace sentir bien es porque vale más de lo que te costó. Así pues, cuanta más ropa mejor.

Sin embargo, a medida que transcurrían los meses, y los años, sin que se cumplieran mis expectativas, iba actualizando la lista, adaptándola a la nueva realidad de mi vida. El marido se transformó en pareja estable, de señora de la casa pasé a ama de casa, y no me quedó más remedio que prescindir de mis hijos, a los que sustituí por un bolso de Louis Vuitton, al que, eso sí, quería abrazar, acunar y cantar nanas todas las noches. En relación con las casas, mis esperanzas se concentraron sólo en una, pero en propiedad, y sin renunciar al vestidor, porque hay cosas en la vida que no se pueden negociar. Y, con respecto a los viajes, con salir una vez al año fuera de España ya me daba por satisfecha.

Desgraciadamente, y debido a que el plazo de caducidad de la lista estaba en ciernes, en fechas recientes había tenido que dejar su contenido no ya reducido, sino minimizado, a lo siguiente:

- Conseguir pasar de la primera cita.
- Ser económicamente independiente... de mi madre.
- Mantener una habitación propia... en casa de mi madre (y rezando para que no le fueran mal las cosas en su trabajo y tuviera que alquilarla y, por tanto, echarme o, lo que era casi peor, acabar compartiendo cama y armario... con mi madre).

Por lo que se refería al capítulo viajes, lo había solucionado comprándome un abono de transportes E2, para poder desplazarme no sólo por Madrid, sino también por Guadalajara, Cuenca y Toledo. ¡Ahí es nada!...,

porque pobre sería, pero rumbosa también, ¡y un rato largo!

En este contexto, y aunque pudiera parecer lo contrario, tal vez debería aclarar que yo no era una muerta de hambre —dicho sea con todos los respetos para los que sí lo son—, ni en la actualidad ni en ningún momento anterior. Pertenecía a una familia de clase media con posibles y había sido educada en un colegio privado, católico para más señas, lo que me había marcado de por vida, imprimiéndome carácter, como los sacramentos que me administraron. No obstante, ese hecho no había causado en mi espíritu el efecto religioso esperado, ya que muy creyente no era, aunque siempre tenía presente a Dios y a toda su parentela en mi vocabulario.

Con respecto a mis progenitores, mi padre era periodista, y mi madre, médico, lo que había dejado en mí otro poso: el del conocimiento sobre multitud de enfermedades que aplicaba a cualquier momento de mi vida, tuvieran que ver con la salud o no. Pese a ello, llegada la edad adulta no me decanté por esa profesión, sino por la decoración de interiores, con la que estaba cosechando más sinsabores que satisfacciones.

Hasta el momento había tenido varios trabajos, a pesar de que con ellos me pasaba como con las citas: que no conseguía llegar a la segunda fase; es decir, que no lograba superar el período de pruebas. Yo le echaba la culpa a la crisis porque, al igual que sucedía con mi físico —y aunque de nuevo esté mal que lo diga yo—, era muy buena decorando: mis ideas eran originales e interpretaba bien las directrices de los clientes, de manera que siempre acertaba. Además, no me importaba trabajar duro, con lo que estaba a disposición de la empresa las veinticuatro horas del día si hacía falta, algo muy de valorar en una actividad en la que los clientes suelen ser un verdadero coñazo.

Lo malo era que, hasta la fecha, nadie parecía haberse dado cuenta, salvo mis amigas, a las que modernizaba sus casas y ordenaba sus armarios. Sí, sí, les ordenaba los armarios. Todas ellas me tenían en nómina, como a la chica de la limpieza, pero una vez al mes en mi caso porque, aunque pueda parecer mentira, me pagaban por ello. Tan patético como cierto, y jurado por lo más sagrado, lo que en mi vida equivalía a un Birkin de Hermès.

Para todo aquel interesado en conocer mis tarifas, cobraba a veinte euros



la hora y, que a mí me constara, nadie se había arrepentido de haberlos pagado, más bien al contrario, ya que llegué a tener lista de espera. ¿Mi secreto? Ser como un *smartphone*: intuitiva, porque, sin necesidad de leer las instrucciones, las prendas se te venían a las manos. ¿La parte negativa? La neurosis que me había generado, que me hacía medir la distancia entre las perchas para que toda la ropa estuviera perfectamente simétrica. Y es que, a pesar de que lo negara uno de los axiomas de la humanidad, la perfección sí existía, y vivía colgada en cualquiera de mis armarios.

En este punto tal vez debería mencionar que había otro trabajo, cuando menos igual de peculiar que el anterior, que me ayudaba a subsistir y al que me dedicaba desde mi adolescencia, pues, mientras todas mis amigas cuidaban niños o daban clases particulares para sacarse un dinerillo extra, yo alquilaba y/o vendía mis apuntes. Y el negocio resultó tan lucrativo que, con el tiempo, no sólo gestionaba los míos, sino que pasaba a limpio los de cualquiera.

La razón estribaba en que esa habilidad mía para estructurar, sintetizar y resumir se extendía incluso a materias que no era capaz de entender. Toda mi educación escolar y universitaria había estado orientada a la rama de Letras, como lo demostraba el hecho de que, salvo sumar dos más dos, no había muchas más cosas que pudiera hacer con propiedad en el campo de las Ciencias. Pues, aun así, mis mejores clientes eran médicos en potencia.

A ellos les cobraba también a veinte euros la hora y, para todo aquel que pueda pensar que era caro, mencionaré que tenía un alto índice de fiabilidad, consistente en el cien por cien, que es lo mismo que decir que todos aquellos que utilizaron mis servicios alguna vez aprobaron, y en muchos casos con nota, incluidas varias matrículas de honor y algún doctorado *cum laude*: «Esta tesis se la dedico a mi “copiadora” favorita, porque los dos primeros años logró algo difícil, los dos siguientes algo complicado, pero los dos últimos consiguió lo imposible: que un botarate como yo acabara aprobando la carrera de Medicina...».

Y tan botarate, porque, ¿a quién se le ocurre poner algo así en un texto que iba a ser leído por media facultad, corriendo el riesgo de que lo devolvieran a la casilla de salida, como en el juego de la Oca? Sin embargo, este agradecido cliente mío logró su propósito e incluso llegó a especialista, ahí ya sin mi

ayuda. Lástima que se le cayera encima una maceta mientras paseaba por la madrileña Gran Vía y pasara a mejor —o a peor— vida, porque habría tenido coloproctólogo gratis el resto de mis días.

Grima aparte en sálvese la parte, yo achacaba a esa capacidad mía para estructurar el motivo por el que no sólo era buena ordenando o analizando, sino también decorando. Cuando entraba en una habitación, aunque estuviera abarrotada de muebles u objetos, lo único que veía era espacio, que escudriñaba en busca del punto de partida, la pared más luminosa o la más escondida, cualquier detalle que llamara mi atención a partir del cual construir volumen, construir vida. Resulta un tópico decir que las casas tienen que estar vivas, pero no lo es que son una promesa, para el presente, para el pasado y para el futuro. Una casa es una suma de experiencias y de esperanzas, la garantía de que contendrá y mantendrá tus recuerdos, la certeza de que te acompañará en tu día a día y de que crecerá contigo el día de mañana, como sinónimo de las cosas buenas que te deparará la vida.

Para lograr eso no hay mejor sistema que empatizar con el cliente, estableciendo un nexo. Y yo lo conseguía. El truco radica en entrevistarlo, como lo hace un periodista, diseccionando su mundo, pero no en el sentido psicópata de la palabra, sino en el de desentrañar sus recuerdos, sus aspiraciones y sus sueños, haciendo preguntas a veces disparatadas y aparentemente nada relacionadas con la decoración, cuyo único propósito es desvelar a la persona y conocer sus misterios para que su casa sea enteramente su reflejo.

Por desgracia, estas habilidades, que nacían espontáneas en lo que se refería a las casas y a sus ocupantes, se tornaban inexistentes en lo que concernía a las citas en particular y a los hombres en general, territorio hostil en el que sólo podía ser calificada de inepta total.

Hasta ese momento, la relación más estable que había mantenido no era con mi cepillo de dientes, como suelen decir las mujeres sentimentalmente desafortunadas, sino con algo mucho peor, o alguien, porque se trataba de un ser vivo, vivo y coleando (en el sentido estricto del término, y no de un perro, un gato o cualquier otro animal doméstico al uso).

De sobra sé que suena a chiste, pero el único que me aguantaba era un

mosquito cojonero que hibernaba y veraneaba en mi casa, más concretamente en mi habitación. Cada noche, nada más acostarme, ya fuera primavera u otoño, invierno o verano, empezaba a oír el zumbido de unas alas que se acercaban con un único objetivo en su vida de insecto, que era el de desvelarme, amén de martirizarme. Y, por más que lo intentaba, no había manera de matarlo, que arruinada estaba a fuerza de comprar insecticidas, y envenenada, porque de tanto darle al pulverizador la mayor parte de las veces la que acababa intoxicada era yo.

En la Wikipedia aseguraban que los mosquitos viven únicamente un mes, pero, una de dos, o el mío era el Matusalén de los mosquitos o adiestraba genéticamente a su descendencia en multitud de tareas, ya que la de amargarme las noches no era la única de sus aficiones. La más llamativa de todas ellas era que le gustaba la televisión. No tenía más que sentarme en el sofá, presionar el botón de encendido en el mando a distancia y, en una décima de segundo, ya había hecho su aparición, sobrevolando el espacio aéreo correspondiente a la tele, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, y otra vez vuelta a empezar. De buena ley se lo podría haber acusado de ser adicto a la pequeña pantalla, pero nunca de llevar una vida sedentaria frente a ella, cosa que no podría haberse dicho de mí misma la mayor parte de las veces porque, aunque me encantaba caminar, me gustaba mucho más la televisión.

Con lo que más disfrutaba era con las series, las películas y — deformación profesional— los programas de decoración del canal Divinity. Hasta que Hilary, David y los Hermanos Inmueble entraron en mi vida no sé cómo pude sobrevivir sin una cocina abierta al salón, un espacio exterior para las barbacoas y un sótano para reformar. Aun así, mi debilidad eran —y serán— los vestidores. Y es que mis expectativas para el futuro, aunque adaptadas, seguían siendo las mismas que años atrás: una pareja estable, un trabajo estable y una casa estable en la que hubiera una estable colección de ropa y de accesorios de marca. Pero, a no ser que el mercadillo de Majadahonda — localidad madrileña en la que vivía— pueda ser considerado un establecimiento de lujo, lo cierto era que no había nada especialmente glamuroso en mi armario ni, por descontado, en mi vida.

Y el tiempo se agotaba. Me quedaba sólo un día para cumplir los treinta.

Al siguiente, 15 de junio, entraba oficialmente en la treintena con mucha más pena que gloria, aunque con una bien fundada esperanza: la de que mi suerte por fin iba a cambiar.

¿Mis motivos? A mi madre la habían ascendido en su trabajo, con lo que el desahucio —el de mi habitación— no parecía un peligro inminente. ¡Y yo acababa de firmar un contrato de seis meses con el estudio de diseño The Living Home!, filial española, con sede en Madrid, de uno de los más prestigiosos del mundo.

Aún me quedaba tiempo, un día, para una cita más, la última, y estaba convencida de que iba a ser LA CITA, la madre de todas las citas.

Yo, Marina Mirizarry Solís, iba a conocer al día siguiente al hombre de mi vida.

## 2

### *Alejo*

Aquella mañana, Alejo Larralde no se parecía a sí mismo. Se había levantado de buen humor, afeitado a conciencia, elegido con esmero la ropa que iba a ponerse, e incluso perfumado. Y estaba sonriendo, y cuando eso pasaba tampoco se parecía a sí mismo. De hecho, en las fotos, cuando sonreía, ni él mismo se reconocía.

Y es que Alejo no era un hombre feliz, lo cual no era óbice para que se encontrara a gusto, conforme y en armonía con su propia infelicidad.

Además, gracias a esa tolerancia a la frustración, había sobrellevado bien las épocas difíciles de su vida, que habían sido prácticamente todas, y tan típicas como tópicas, porque básicamente se trataba de su paso por el colegio o sus años en la universidad. Sólo un aspecto se salvaba de la quema, y era su éxito profesional, que se debía a que todo lo que tenía de infeliz lo tenía de listo.

Siempre había sabido lo que quería y, lo que es más importante, cómo conseguirlo. Así, dos máximas tenía que lo habían llevado a triunfar: a veces las cosas no tienen arreglo, pero sí solución, y a veces lo imposible sólo cuesta un poco más.

Y él lo había conseguido. Con apenas veinte años ya había ganado su primer millón de euros gracias a la venta de chapas, actividad que comenzó desarrollando en un puesto callejero que montó junto al mercadillo de Goya,

en el centro de Madrid. Primero fueron todas iguales, luego pasaron a ser de colores y después de diferentes tamaños; posteriormente incluyó frases y diseños graciosos, y también añadió la posibilidad de personalizarlas. Más tarde cambió a los hippies de Goya por un hueco en el ciberespacio, lo que le permitió incrementar asombrosamente sus ganancias.

Ahora, cuando estaba a punto de cumplir los treinta y cinco, tenía el equivalente a su edad multiplicado por cien, es decir, la friolera de tres mil quinientos millones de euros. De hecho, todos los años salía en la revista *Forbes* como el joven más rico de Europa y uno de los más adinerados del mundo, encabezando a su vez la lista de los que lo habían logrado en menos tiempo.

Pese a ello, su éxito no había sido fruto del azar o la casualidad. Durante años había puesto en práctica el dicho «cuanto más trabajo, más suerte tengo», lo que en su caso significaba dedicar a sus negocios una media de veinte horas diarias y todo el esfuerzo, la concentración y la energía de que era capaz.

En el camino lo había ayudado haber invertido bien, y diversificado mejor, de forma que en la actualidad era propietario de más de cincuenta empresas, desde hoteles a compañías informáticas, pasando por productoras de cine, cadenas de televisión o editoriales, y no sólo en España, sino en el mundo entero.

El contrapunto a su éxito profesional lo ponía su vida personal, que era la antítesis de la laboral. ¿La causa? Los antónimos de lo anteriormente expuesto: la abulia, la apatía y el desinterés.

La infancia y la adolescencia le habían enseñado que las relaciones personales estaban sobrevaloradas. De niño ya se había percatado de que los chicos tenían unos egos desproporcionados y vivían anegados en la inseguridad, de la que se zafaban —o lo intentaban— alimentándose de las debilidades y las flaquezas de los demás. Y de adolescente aprendió que las chicas eran unos seres hormonales, emocionales, no siempre racionales, y la mayor parte de las veces muy crueles. Así, Alejo tenía la memoria dolorida y rebosante de historias que habían ensombrecido ambas etapas de su vida.

Por ello, a estas alturas, le importaba bastante poco el hecho de no tener amigos o de no compartir su vida con nadie. Ni siquiera había sido una

decisión consciente. Simplemente no lo necesitaba. Prefería su propia compañía a la de cualquier otro, la mejor manera de no tener nada que perder ni nada que esperar. Es cierto que uno también es capaz de decepcionarse a sí mismo, pero la cercanía y el parentesco hacen que todo sea más fácil de perdonar.

Sólo una vez había sentido el tiovivo en el estómago. Cinco años atrás, y por motivos de trabajo o similares, había conocido a una chica que le había hecho pensar y dudar de su soltería. Bueno, decir conocer quizá fuera exagerar, teniendo en cuenta que no llegaron a verse nunca, ni siquiera en foto, y que tampoco hablaron de nada que no fuera estrictamente laboral, pero sí intercambiaron cientos de correos electrónicos que a Alejo lo entusiasmaban porque percibía en ellos inteligencia y mucho, mucho sentido del humor. De hecho, cada vez que recibía un *email* de ella se le alegraba la mañana, el día y la semana completa.

Durante los meses en los que mantuvieron el contacto, se volvió adicto a ellos. Escudriñaba la bandeja de entrada a cada décima de segundo, presionando continuamente el botón de enviar y recibir, siempre con ansia, e incluso con angustia cuando tardaban en llegar los correos. Y luego los leía, los releía, los desmenuzaba, tratando de adivinar segundas intenciones en sus palabras que mostraran que ella tenía algún interés personal en él. Y, aunque no lo hubiera, él lo encontraba.

Pero cuando el trabajo llegó a su fin no se atrevió a dar un paso más. No fue capaz de dar con ninguna excusa lo suficientemente creíble que justificara un nuevo correo, o una llamada. Emborronó cientos de cuartillas, escribió miles de mensajes, incluidos los basados en la ausencia de pretextos como supuesta ayuda para superar su pudor: «Estoy buscando un motivo para quedar contigo sin que te des cuenta de que quiero hacerlo y de que me apetece mucho hacerlo, pero no se me ocurre ninguno. ¿Me echas una mano?».

Sin embargo, nunca llegó a enviarlo, ni éste ni ningún otro.

Al final, tras unas cuantas semanas de ansiedad, las ganas se acabaron diluyendo entre el desasosiego y la timidez, la urgencia y la inercia de los días fueron aplazando y aplacando la necesidad, o el deseo, y la cita y la chica quedaron relegadas al olvido.

No obstante, esa mañana en su cara había amanecido una sonrisa al reconocer su nombre en internet. Y había vuelto a sentir el carrusel en el estómago, con organillo incluido, lo que debía de significar algo. Sí, estaba convencido de que significaba algo. Por eso, esta vez no se iba a amedrentar. Aun así, no lo iba a hacer inmediatamente, ni precipitadamente. Tenía que jugar bien sus cartas. Establecería un plan, prepararía una estrategia y, sin prisa, pero sin pausa, fijaría su objetivo.

Juan, su ayudante personal y la única persona con la que se permitía algún tipo de confianza, no daba crédito a la situación.

—Alejo, tienes tres mil quinientos millones de euros en el banco. Cualquier chica mataría por estar contigo. Sólo tienes que elegir una y descolgar el teléfono. Yo únicamente me preocuparía porque a la afortunada no le dé un infarto si decides confesarle quién eres de verdad.

Pero su mente no funcionaba así. Alejo era consciente de que su dinero formaba un pack indisoluble con su persona. De hecho, no era algo que le preocupara ni en lo que pensara habitualmente. Era parte de él, y estaba integrado en su personalidad, lo mismo que sucede cuando se conduce un coche y las dimensiones corporales se amplían, pasando de un solo cuerpo, humano, a medir 2×4 y ser metálico. Y, cuanto mayor es el volumen, mayor es el cálculo de las distancias que hay que hacer. Sólo que el coche lo puedes aparcar y te puedes bajar de él.

Por eso necesitaba un plan. O, mejor, un plan A y un plan B. El plan A, para atacar, y el B para retroceder y protegerse en caso de que el A fuera mal.

—No me lo puedo creer, Alejo —seguía protestando Juan—. ¿Tú te has mirado alguna vez al espejo? Es imposible que una tía te rechace. Además del dinero, mides dos metros y no tienes ni un ápice de grasa en el cuerpo. ¡Pero si deberían haberte elegido a ti para protagonizar *Thor*! Si tú no puedes ligar, la raza humana se extinguirá y la Tierra quedará desierta. Y, para mi desgracia, yo me moriré sin comerme un rosco.

Resulta curioso cómo se vuelven las tornas, y cómo lo que pudo ser malo en un momento dado acaba transformándose en algo bueno, incluso notable, años después.

Hoy, parecía imposible que su físico hubiera sido en el pasado uno de los



caballos de batalla, pero es que ser mucho más alto y mucho más musculoso que la mayoría no significa lo mismo a los siete, o a los quince, que a los treinta. Y tener un nombre peculiar tampoco ayudaba precisamente a ser el chico más popular. Lentejo lo llamaban algunas compañeras de clase, y Zanahorio las demás, haciendo alusión al color naranja de su pelo que, con los años, se había convertido en castaño oscuro, aunque con algunos reflejos pelirrojos, y también dorados.

En honor a la verdad habría que decir que, por aquel entonces, Alejo ni siquiera aspiraba a que las chicas lo miraran con ojos golositos, pese a que sí se hubiera conformado con que no lo miraran con ojos asesinos, pero no hay mayor verdad que hacer daño es una afición común a toda la humanidad. No obstante, en lugar de arrinconarse, maldecir y sufrir, decidió ocupar su tiempo en algo más productivo que pensar en la injusticia y en la estupidez humana. Este empeño no fue un acto de rebelión, ni tan siquiera de rebeldía, ni una promesa de venganza por los maltratos sufridos en forma de éxitos futuros: fue un acto cerebral de aprovechamiento de su tiempo y su energía.

Además, en contra de lo que aseguraban los libros de literatura y filosofía que lo obligaban a leer en colegio, él estaba convencido de que el sufrimiento no te hace crecer como persona, sino más bien al contrario. Y, en cualquier caso, este planteamiento se le antojaba como una especie de tortura existencial que no estaba dispuesto ni a consentir ni a asumir.

Así pues, marginado, demonizado y relegado al inframundo de las relaciones sociales, Alejo miró la vida, su vida, con otra perspectiva. Estableció un plan, preparó una estrategia y, sin prisa pero sin pausa, fijó un objetivo.

Para ello se sirvió de un truco que le habían enseñado en clase de lengua a la hora de escribir redacciones. Se trataba de la técnica que utilizaban los periodistas para desarrollar sus artículos: la de las seis «W» —en su forma en inglés—, que, adaptadas, podían servir para cualquier propósito, hasta para determinar las bases de un negocio, y que él todavía utilizaba como guion cuando impartía alguna conferencia sobre éxito empresarial.

- *What?* (¿Qué?)

¿Qué clase de empresa quería y qué era lo que esperaba de ella? Desde el principio supo que, si la consideraba como una afición, sería una afición, y, si la consideraba un negocio, se convertiría en un negocio.

- *How?* (¿Cómo?)

Los días no tenían doscientas horas, ni estaba previsto que las tuvieran, y tampoco se podía clonar a sí mismo, de manera que había que establecer prioridades y asignar un tiempo máximo a cada tarea.

- *Who?* (¿Quién?)

¿Quién iba a ser su público? Para todo lo que se vende hay alguien dispuesto a comprarlo, pero tenía que llegar a él. Y lo consiguió. Internet existe y las redes sociales son gratis.

- *Where?* (¿Dónde?)

¿Necesitaba un espacio físico o uno virtual? ¿O tal vez ambos? ¿Y un taller lleno de gente o para empezar era suficiente con una habitación, sus dos manos y un ordenador?

- *When?* (¿Cuándo?)

Siempre hay que marcarse un plazo para conseguir algo, seis meses, o un año, lo cual no quiere decir que haya que hacerse el harakiri si no se logra en el tiempo establecido, como le sucedió a él. Los negocios son como un GPS: si te pasas la salida, analiza la coyuntura y vuelve a programar el navegador. Disfruta del viaje y aprende de la situación.

- *Why?* (¿Por qué?)

Alejo nunca olvidaba los motivos que lo habían llevado a tomar la decisión que tomó, y algunos más que fueron incorporándose por el camino: «Si trabajas en algo que te gusta, no trabajarás». A diferencia de lo que mucha gente cree, los negocios son una emoción, y la pasión es el motor que los pone en marcha.

Para él, el dinero en sí mismo nunca fue una motivación. Quizá al principio, cuando le agradaba ganar mucho para no tener que preocuparse por él en el futuro, pero después tanto le daba tener un millón más que menos. Con lo que sí disfrutaba enormemente era con las experiencias nuevas, las empresas nuevas, aventuras distintas que emprender y de las que aprender.

Por eso, y por ese sentido práctico que lo caracterizaba, el éxito no lo había cambiado como persona. Sus gustos seguían siendo sencillos, algunos arrastrados desde la infancia, como las golosinas. Le encantaban las chucherías, especialmente los regalices rojos, y también los donuts normales, con su glaseado tradicional, de los que podía comerse una docena de una sentada.

Con los años, por el contrario, había adquirido otros de adulto, como un buen coñac para acabar el día, un Duque de Alba o similar, que siempre se servía en una copa mísera, ya que nunca encontraba el momento de comprar una buena y porque sabía que, de hacerlo, la rompería. De hecho, una de sus mayores partidas domésticas era para platos, vasos y demás utensilios frágiles, dado que, de nuevo, todo lo que tenía de listo lo tenía de torpe, culpa de unas manos grandes y poco ágiles.

Alejo también tenía un presupuesto elevado para aparatos electrónicos y otros cachivaches tecnológicos, con los que disfrutaba estando a la última. Sin embargo, no se gastaba mucho en ropa, y menos aún en prendas de marca. Tampoco tenía un coche de lujo, ni una casa suntuosa en La Finca, la urbanización más exclusiva de España. No obstante, su casa nunca podría catalogarse de sencilla, ni decirse de ella que pasaba desapercibida.

Cuando ganó el quinto millón se compró a las afueras de Madrid, en Majadahonda, una parcela situada en una loma desde donde se divisaba toda la localidad. En ella se construyó una casa en altura, mirando al horizonte, toda de madera y cristal, buena parte de la cual estaba suspendida en una plataforma. Así, la casa era un rectángulo, de cuya parte central sobresalía una pasarela exterior, de unos cincuenta metros de largo, sólo sujeta por dos vigas de acero, oblicuas, formando un ángulo de treinta y cinco grados con la estructura del edificio. En ella instaló una piscina infinita, con paredes y techo de cristal, de manera que al entrar en la estancia sólo se veía el agua y el cielo. Una vez dentro, al nadar hacia su extremo final, una sensación te embriagaba y te envolvía: la de estar flotando en el espacio en una masa de agua caliente que apenas te contenía.

El fondo de la piscina lo pintó de blanco, para que en el agua se reflejara siempre el color del cielo, ya fuera el azul luminoso de un día de verano o el

gris tormentoso de una mañana de invierno, consiguiendo con ello a su vez que tuviera el efecto de un brillo tornasolado, como el que crea la luz sobre las aguas de los mares.

Aunque Alejo no era una persona especialmente deportista, y fumaba de vez en cuando, le gustaba levantarse antes del amanecer, nadar durante media hora en un agua negra y observar cómo el día rehabilitaba su color a medida que el sol se acomodaba en el horizonte. Mirando ese paisaje de cielo, agua, árboles y casas, se preparaba cada mañana para instalarse en el día, aclarando su vista y despejando su mente.

No obstante, ni siquiera en esas condiciones había conseguido esta vez dar con la manera adecuada de contactar con la conocida-desconocida, y la ansiedad lo estaba matando. Era un hombre de ideas perspicaces, de conceptos claros y de decisiones rápidas. Advertía que la clave radicaba en encontrar una táctica, pero se le resistía. Y no sabía qué le costaba más, si el plan, la estrategia o el objetivo.

—La de vueltas que le vas a dar al tema —le replicó Juan una vez más cuando llegó a la oficina aquella mañana—. ¡Haz algo espontáneo por una vez en tu vida! Tómate media hora, escribe unas líneas y fin de la historia.

Quizá Juan tuviera razón y para triunfar en las relaciones personales hubiera que aplicar unas reglas diferentes de las que se utilizan para prosperar en los negocios, o al menos en los suyos.

Y de repente todas las piezas encajaron en su cabeza: tenía un plan, una estrategia y un objetivo fijado, y, lo que era más importante, un texto escrito que lo satisfacía. Y, esta vez sí, acababa de pulsar el botón de enviar.

## 3

### *Marina*

Me había probado mi armario entero, el de mi madre —que tenía al menos cuatro tallas más que yo—, el de varias amigas, el de dos vecinas —una de las cuales los setenta ya no los cumplía—, y a punto estuve de ir al Punto Limpio a descerrajar el contenedor donde se deposita la ropa para la beneficencia con el fin de encontrar algo que ponerme. Me detuvo mi madre, que salió corriendo detrás de mí amenazándome con las penas y las bacterias del infierno que iba a pillar como me pusiera alguna de esas prendas... y con desheredarme. Y tengo que decir que fue ahí donde me dolió.

«Lo que no mata engorda, o te hace más fuerte», me decía yo a mí misma corriendo pasillo abajo mientras mi madre me perseguía con sus griteríos sobre morir devorada por feroces microbios, convertidos en hordas de vikingos saqueando mis entrañas. Pese a todo, no cambié de opinión hasta que me di cuenta de que existía una posibilidad real de que me dejara abandonada a mi suerte y, dado el estado de mi economía, eso significaba vivir el resto de mi vida, y a lo mejor hasta alguna posterior, en la indigencia. Y morir de hambre aún tenía un pase, pero morir desnuda o, lo que es peor, mal vestida, eso sí que no.

En términos generales, y como concepto abstracto, la ropa era lo que más me gustaba del mundo, al igual que les sucede al noventa y cinco por ciento de las mujeres. En este sentido, una de mis más firmes convicciones era que la

ropa es a las mujeres lo que el sexo a los hombres, omnipresente y ubicua. Si es verdad que los hombres piensan continuamente en el sexo, nosotras hacemos lo propio, pero con la indumentaria.

No obstante, y a diferencia de lo que éstos puedan creer, la relevancia e importancia —por no decir trascendencia— que las mujeres le confieren a su vestimenta no es una cuestión superficial, sino más bien holística, cuya consecuencia directa es que nos hace sentirnos bien y seguras de nosotras mismas.

Por eso la ropa era tan importante para mí en aquellos momentos, y por eso estaba yo tan desesperada, porque dado que hoy era día 14, ¿no sabía qué ponerme para empezar a trabajar a la mañana siguiente! Ninguna opción me satisfacía, ya fuera una falda, un vestido o unos pantalones, y ni siquiera tenía claro si quería llevar zapatos planos o tacones. Así las cosas, no es que la situación fuera un desastre en toda regla, ¿es que era una tragedia elevada a la enésima potencia!

Y no se trataba del único motivo para estar atacada. De hecho, no sabía si estaba más nerviosa por el trabajo o por la cita, la última cita, que tendría lugar también al día siguiente.

En este contexto de desconcierto y confusión, había llegado el momento de tomar decisiones. Y ¿qué hacía yo cuando los acontecimientos me superaban? Una lista, ya que la única forma posible de enfrentarse a los obstáculos era poco a poco y, a ser posible, de uno en uno.

### Trabajo

- Estado: Confirmado.
- Hora: Nueve de la mañana.
- Problema: Qué ponerme.

### Cita

- Estado: Incierto.
- Hora: Indeterminada.

- Problema 1: Aún no tenía a nadie con quien quedar.
- Problema 2: Fuera con quien fuese, no tenía nada que ponerme.
- Resolución del dilema: Orden cronológico.
- Motivo: Sensatez. De momento, y dado que aún no tenía concertada ninguna cita, ni antes, ni durante, ni después, mi nuevo trabajo era lo único que sabía a ciencia cierta que iba a suceder.

Al menos ahora la secuencia estaba clara, y mi prioridad también, pero como seguía sin saber qué ponerme, tal vez lo más inteligente fuera utilizar la que siempre era mi última pero más efectiva opción: preguntarle a mi madre... y hacer lo contrario de lo que me dijera, lo que tenía como ventaja mi aclaramiento mental y, como inconveniente, su cabreo monumental.

—Ni hablar. Esta vez ni me molesto en mirarte. Total, vas a acabar vestida con lo opuesto de lo que yo te diga.

—Venga, porfa, que estoy al borde del ataque de nervios.

—Que no.

—Vale, no me mires. Sólo dime qué crees que debería ponerme.

Como siempre hacía cuando yo le suplicaba con mis ojos llenos de pena, que silenciosamente decían: «Soy tu única hija y no puedes dejarme en la estacada», mi madre acabó cediendo.

—Pues yo creo que un vestido te haría parecer elegante, estilosa y con clase, y diferente, porque la gente no suele ponerse vestidos para ir a trabajar.

Descartado el vestido.

—Y entre una falda y unos pantalones, ¿con qué te quedarías?

—Ya estamos...

—Venga, ¡porfi!

—Humm... La falda, más femenina.

Descartada la falda.

Varias horas después, y por eliminación, había conseguido reducir el dilema a dos atuendos. Pregunté a mi madre de nuevo, como siempre, opté por lo contrario y dejé el tema resuelto: pantalones anchos en color topo, una chaqueta y top a juego, así como un maxicollar en crema que animaría el conjunto.

Lo próximo, por tanto, era concentrarme en encontrar al hombre perfecto para la noche perfecta, que borrara de mi memoria el recuerdo de cientos de citas cuyo denominador común en la mayor parte de las ocasiones había sido un viaje al lado oscuro de la vida de alguien y cuya consecuencia más inmediata era siempre volver a ver el mundo a través del tamiz de mis lágrimas.

Así las cosas, lo que yo necesitaba era un hombre que me quitara el carmín, y no el rímel; necesitaba fijarme una meta con alguien y llenarla de momentos bonitos. Y, con ese fin, me serví un té frío, encendí mi portátil y me dispuse a rastrear las webs especializadas cuando, de repente, apareció en mi bandeja de entrada una solicitud de amistad con una nota añadida:

Hola:

No sé si te habrá pasado alguna vez, pero con el tiempo vas acumulando vivencias, o experiencias, que te guardas para ti mismo y que nunca compartes con nadie. Sin embargo, un día cualquiera todo fluye y se las cuentas a un completo extraño. Y leyendo tu perfil me ha parecido que tú podías ser esa persona. Quizá las viví para compartirlas contigo.

Si te parezco bien, y como veo que vives en Majadahonda, tal vez podríamos quedar mañana a las nueve en El Ochenta (calle Norias, 80), para tomar unas cañas, y después ir a cenar al Jardín de la Máquina, al lado del Hipercor de Pozuelo.

¡Espero tu respuesta!

Aunque la mayor parte de las mujeres habrían pensado que este chico no vivía en la zona oeste de Madrid, sino en Cursilandia, a mí se me antojó que, fuera cual fuese su localidad de origen, se situaba lejos de querer sólo un revolcón. Y, por si fuera poco, los dos sitios que había elegido se encontraban entre mis favoritos.

En definitiva, que el chaval me pareció encantador. Además, tenía un nombre bonito, peculiar cuando menos, que me recordaba a alguien, a algún escritor conocido, a un cantante famoso, o quizá al título de algún libro. Y, para rematar la faena, en la foto de su perfil se parecía al hermano guapo de Brad Pitt, si bien no se adivinaba con claridad si era castaño o pelirrojo, aunque lo cierto era que tanto daba.

El paso de los años y el devenir de las citas me habían enseñado que lo que un hombre es y lo que cree ser no siempre coinciden en el mismo *continuum* espacio-tiempo y, desde luego, no en la misma fotografía. Así, para



ellos, calvo significa tener una prolífica melena, y músculo suele ser sinónimo de grasa.

No hay conceptos más subjetivos y relativos que la altura y el peso. Los hombres siempre se ven a sí mismos altos y esbeltos, independientemente de que midan 1,50 y pesen 165 kilos. La i y el punto parecíamos una de mis últimas citas y yo tras recalcarle él que debería ponerme unos buenos tacones para alcanzarlo. Y yo, no fuera a salir con la versión plebeya del rey Felipe, seguí al pie —nunca mejor dicho— de la letra sus indicaciones y me calcé unos zapatos con plataforma de al menos doce centímetros, que, sumados a mi 1,70, me acercaban peligrosamente a los 1,85 metros de altura. A poquito que me hubiera puesto de puntillas habría sido la novia perfecta de Pau Gasol. Lo malo fue que con quien me encontré más se parecía a Tyrion Lannister, que, para quien no lo sepa, es el enano de la serie *Juego de tronos*.

Queda claro, por tanto, que mis expectativas sobre el aspecto físico de mis citas estaban claramente rebajadas al menos en un cincuenta por ciento con respecto a lo que parecía, y a lo que resultaría, de forma que en esta ocasión nada tenía que perder, más bien todo que ganar.

Me gustaba mucho una frase que había oído en una película en la que se aseguraba que un beso es una promesa. Y yo tenía la sensación de que ese día me habían besado. El universo entero se había puesto de acuerdo y me había besado, con la promesa de que el día siguiente iba a ser un gran día, mi día.

Me fui a mi habitación con una sensación de relajación tan placentera como la que te produce una ducha nocturna, tras la que te espera una cama con sábanas limpias y recién planchadas, con ese olor sutil pero intenso a la vez que invita a hilvanar sueños, mentalmente preparada para el encuentro, e igualmente lista para responder al correo.

Creo que mis historias andan algo huérfanas también. Seguro que les apetece un poco de buena compañía. Y a mí también me encantará conocerte mañana. Nos vemos en El Ochenta.

## 4

### *Clara*

La segunda cosa que hizo Clara cuando llegó a la oficina aquella mañana fue colgar un cartel en su puerta que decía: «Nota para todo el personal: Los fallecimientos han de comunicarse mediante una carta de preaviso, con al menos quince días de adelanto».

La tercera fue dar un portazo y la cuarta ponerse a elucubrar sobre las peores formas posibles de tortura masculina e incluso pensar en recabar firmas para legalizar el asesinato selectivo.

Todas estas acciones tan vehementes, enérgicas e incluso violentas se debían al primer hecho que había acontecido nada más llegar a su despacho y que había consistido en sentarse, durante media hora larga, con el director general para ser abroncada. ¿El motivo? No haber previsto un accidente de tráfico que le había costado la vida al padre de una trabajadora, quien, al ausentarse los dos días estipulados por ley, había retrasado la entrega de un pedido.

—Que te quede claro que no vamos a permitir este tipo de situaciones. Si hubiera sido ella la que se hubiera muerto... Pero lo va a desear, porque la sanción que le va a caer va a ser ejemplar.

Surrealista, kafkiano, irreal, inhumano y probablemente denunciabile eran algunos de los adjetivos que taladraban la lengua de Clara ante tamaño despropósito y desatino, pero, conociendo a su inmediato superior, en lugar de

explayarse en lo obvio, prefirió centrarse en lo práctico como única línea argumentativa posiblemente eficaz y capaz de contrarrestar semejante dislate.

—Que Lucía sea la única programadora fue una decisión plenamente consciente de la dirección de esta empresa para ahorrar costes en personal. Nadie ha podido sustituirla.

—Y precisamente por eso Lucía debería haber sido consciente de la importancia de no abandonar su puesto de trabajo.

Con dos bemoles.

La falta de sensibilidad de la cúpula directiva de su compañía era bien conocida por todos los trabajadores de la casa. Clara todavía recordaba cuando el director comercial le había espetado a una de sus compañeras: «yo tengo que pasear al perro», al esgrimir ella una operación a vida o muerte de su padre como razón suficiente para no acudir a un evento laboral.

Al igual que entonces, Clara no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo y, al igual que entonces, la última palabra la tuvo la empresa: «Lentejas», el famoso «o las tomas o las dejás».

«¡Hombres! —se dijo—. Siempre tan receptivos al sufrimiento ajeno. En lugar de corazones tienen suelas de zapatos y aplastan todo lo que encuentran a su paso.» Y daba igual que fueran jefes, novios o aspirantes a ligues...

—A ti no te pasa sólo lo de Lucía, ¿verdad? —le preguntó perspicaz su amiga Eugenia, con la que compartía despacho, en cuanto ocupó su sitio.

Era cierto. No obstante, a Clara le escocía pasar de un asunto tan delicado, que incluía la muerte de un familiar, a uno frívolo en comparación como el sufrido por ella el día anterior, pero es lo que tiene la vida, que siempre sigue, y es lo que tiene vivir, que a veces lleva aparejado la necesidad de desahogarse.

—Chica lista. ¿Sabes lo que me dijo ayer el tío con el que fui a la fiesta de aniversario de la compañía? ¡Que mi traje parecía un estor veneciano! Y como puse cara de decir «¿qué coño me estás contando?», ¿adivinas con qué aclaración pretendió arreglarlo? «Sí, mujer, un *bandeaux*, lo que se pone encima de las cortinas para recargarlas.» ¡¿Te lo puedes creer?!

Clara no podía estar más indignada, y Eugenia no podía estar más sorprendida y divertida.

—¿Un tío que sabe lo que es un estor veneciano, y un *bandeaux*?! Lo siento, cariño, pero me parece que elegiste a tu pareja en la acera equivocada.

—Para nada —respondió Clara a la velocidad del rayo—. Después de que yo le diera boleto, les tiró los tejos hasta a las estatuas.

—Y ¿qué hiciste?, ¿le contestaste o te la tragaste doblada?

—Primero me quedé bloqueada, pero luego reaccioné y actué en consecuencia.

—Miedo me da preguntar...

—Me acerqué a él con un gin-tonic bien fresquito, se lo vacié enterito en su zona sensible y le solté: «¡Pareces un tío que se ha desaguado!». Y, como puso cara de decir «¿qué coño estás haciendo?», le aclaré: «Sí, hombre, uno de esos incontinentes que no son capaces de llegar al baño».

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Eugenia entre risas.

—Pues fue tal como te lo cuento. Y no sabes lo bien que me sentí después.

—Vaya, parece que estás cambiando de estrategia...

—Tú lo has dicho. Tantos años intentando ser maja, Dios sabrá por qué, porque ni yo misma lo sé (aunque para echarme novio, supongo), y al final para que todos acaben riéndose de mí. Por tanto, he decidido ser como soy: borde, antipática, avinagrada, neurótica, psicótica, psicópata y en estado permanente de mala leche. Al primer tío que me hable lo voy a mandar al Polo Norte con viento fresco y/o a tomar viento, y así sucesivamente hasta que reubique a todos los hombres del planeta Tierra. Voy a ser yo misma. O no. Voy a hacer lo que me dé la gana.

A pesar de la enormidad de sus palabras, emociones y actos, Clara era una mujer pequeña, muy pequeña incluso, en la que lo único que destacaba por considerable era su pelo. Abultaba tanto que, en más de una ocasión, al viajar en transporte público, algún conductor jocoso le había sugerido que comprase dos billetes, uno para ella y otro para su melena, ya que casi le alcanzaba la cintura y duplicaba en tamaño el de su envergadura corporal. Además, lo tenía rizado, hasta un grado tal que, cuando se hacía una coleta, parecía un pompón gigante que se hubiese adherido a su cuero cabelludo, obsequiando a su cepillo con el «trabajo más arduo del mundo», como ella misma lo calificaba.

Su color natural era el negro, el mismo que el de sus ojos, aunque éstos

pasaran desapercibidos, así como el resto de sus facciones, encubiertos por la inmensidad de su pelo, que llegaba hasta el infinito —y probablemente más allá— en días de humedad. En esos casos, su cabello no se rizaba, sino que se retorció o, como ella lo definía, «se volvía epiléptico», porque hasta espasmos sufría, y no sólo con la lluvia, también cuando se exaltaba, como aquella mañana, en la que Clara había decidido dar un golpe de timón a su vida.

—Se acabó. Me he cansado de ser el tipo de persona que mi perro cree que soy.

—Te veo en forma —se rio de nuevo Eugenia.

—Lo que estoy es jodida —dijo Clara con pesar, y tal vez con un regusto de amargura.

—Pero, chica, que no es para tanto... Un memo más o uno menos que ya te has quitado de encima. ¡Arriba el ánimo! ¡Venga! ¡Un poco de optimismo! ¡Un poco de entusiasmo! —intentó consolarla su compañera.

—¡¡¡¡¡Estoy jodida!!!! —exclamó Clara como si le fuera la vida en ello.

—Mucha mejor actitud, adónde va a parar —aseguró Eugenia esbozando una sonrisa irónica.

—Mira, al final todo se reduce a que los hombres lo único que pretenden es lo único y, mientras lo practican, a veces se enamoran. Pero no de mí.

—Y las mujeres lo que quieren es una relación y, mientras la buscan, a veces se enamoran.

—Pues yo ya no quiero ni lo uno ni lo otro. Y voy a ser feliz como una perdiz estando sola.

Eugenia la miró poniendo de manifiesto que no creía en la veracidad de las palabras de su compañera, pero al ver que se acercaba el Gran Jefe optó por callarse y dejar la conversación para más tarde.

—Clara, por favor, ¿podrías venir un momento? Tengo que tratar un asunto contigo.

Menuda mañanita llevaba. Mientras se levantaba y caminaba hacia la otra ala de la oficina, Clara se estrujaba el cerebro intentando averiguar qué mosca le habría picado hoy al dueño. De un tiempo a esa parte no había día en que Fernando Lledó no la llamara a capítulo a su despacho.

—Como sabrás, la empresa no está afrontando uno de sus mejores momentos, con lo que habría que empezar a recortar en una serie de capítulos en los que el gasto es especialmente elevado.

—Fernando, antes de nada, yo quería comentarte que...

—Sí, sí, ya sé que me vas a decir que la plantilla ya ha hecho muchos esfuerzos, pero mucho me temo que todos vamos a tener que seguir esforzándonos un poco más.

—No, es que, verás...

—Ya, ya, pero esto hay que solucionarlo cuanto antes y no podemos detenernos en consideraciones.

Lo que intentaba decirle, a la vista estaba que con poco éxito, era que el trabajo que ella desempeñaba en la compañía nada tenía que ver con las competencias que él le estaba atribuyendo. Clara trabajaba en Recursos Humanos, es decir, controlando los horarios y las ausencias de la plantilla — con la consigna empresarial de antes muertos que impuntuales—, nada que ver con Suministros, que era de lo que él hablaba.

Cuando por fin fue capaz de meter baza en el monólogo e informar al jefe de su error, éste no la miró con cara de pensar «¡uy!, me he equivocado de persona», sino con un semblante de desubicación total, tal vez contemplando la posibilidad de que aquella no fuera su empresa y que, por error, se hubiera colado en la del vecino de al lado. Y es que si había un adjetivo capaz de definir a Fernando Lledó desde el punto de vista de sus trabajadores ése era el de confuso.

Lledó había heredado la empresa hacía seis meses tras el fallecimiento de su padre, un hombre ejemplar para con sus asalariados y perspicaz en los negocios al que su hijo no se parecía en absoluto. Medio año después del óbito, de hecho, aún no había conseguido averiguar ni la tarea que desempeñaban sus empleados ni a qué se dedicaba la empresa, aunque lo cierto es que en eso probablemente hubiera que reconocerle algún mérito, porque no debe de resultar nada fácil acudir diariamente a trabajar sin saber qué puñetas estás haciendo o qué hacen los demás, a los que para más escarnio pagas por ello.

—¿Qué quería esta vez tu jefe? —le preguntó Eugenia a Clara nada más

verla aparecer por la cocina a la hora de comer.

—Mi jefe y el de todos, bonita, que de ése no se libra nadie... Pues el descerebrado e inoperante de Fernando quiere reducir el consumo de papel higiénico porque, según él, las mujeres gastamos mucho. Y lo que propone es asignar un rollo por mujer y mes, y todo lo que exceda de esa cantidad que sea sufragado por la persona en cuestión. Es decir, que nos tendremos que venir de casa cargadas con un paquete de rollos. ¿Qué te parece? ¿A que es el colmo de los colmos?

—¿Y en caso de descomposición?

—Pues vamos a tener que ser previsoras y hacer acopio, porque me ha dejado claro que en la empresa no va a haber un remanente para emergencias con el fin de evitar abusos. Y esto me lo ha soltado después de reconocerme, todo orgulloso por el supuesto éxito logrado, que en la fiesta de ayer se gastaron más de trescientos mil euros.

—En esas manos estamos...

—Según me ha dicho, ya han empezado a aplicar recortes en otros apartados, como en papelería.

—Cierto —intervino Guadalupe—. Acabo de ir a pedir un boli y, al parecer, estamos desabastecidos. Es más, me han dicho que me apunte en lista de espera y que, cuando reciba el boli nuevo, ¡tendré que entregar el viejo como prueba!

—¡El lunes que viene no vengo a trabajar, así que podrás usar el mío! —se carcajeó Eugenia.

—Y en breve nos dirán que en lugar de pósits tenemos que usar papeles normales y pegarlos con nuestras secreciones nasales —se mofó Manuel.

—¡No seas hombre, Manuel, que esas cosas nos dan mucho asco! —afirmó Eugenia frunciendo el ceño y encogiendo los ojos en señal de grima.

—¡Pero si he sido la mar de fino y no he dicho mocos!

—¡Si tú lo dices!... —afirmaron todas al unísono.

—Pues eso no es nada —se incorporó Fabián a la conversación—. Ayer despidieron a dos personas más en Contabilidad y, como siempre, con premeditación, nocturnidad y alevosía.

—¿A quiénes? Y ¿qué pasó? —preguntó Guadalupe.

—A Raquel y a Emilia. Justo a las seis menos un minuto, cuando estaban recogiendo para marcharse a casa, aparecieron dos seguratas que, sin mediar palabra, desenchufaron los dos ordenadores, que se fueron con ellos camino del Departamento de Informática. Cuando las chicas les preguntaron que de qué iba todo, ambos les respondieron con un lacónico: «¿De verdad hace falta que os lo expliquemos? ¿No os dice nada el lenguaje corporal?». ¡Capullos!

—Bueno, algo hemos salido ganando —se conformó Manuel—. Al menos con esas dos pobres había personas de por medio, porque las tres últimas lo leyeron en la máquina de fichar: «Acceso denegado. Su contrato ha sido rescindido». ¡Hay que joderse! ¡Que te hagan madrugar para que te despida un aparato!

—Pues se cargan a unos, pero contratan a otros —comentó Guadalupe—, porque sé de buena tinta que mañana se incorpora una chica nueva.

—Y ¿dónde la van a asignar? —preguntó Eugenia.

—Yo creo que les da igual —sentenció Clara—. Lo hacen por despistar.

Clara estaba convencida de que los recortes y los despidos no se debían a motivos económicos como querían hacerles creer, sino psicológicos, para tener sometido al personal, para que cedieran sin rechistar a todas las exigencias de la empresa. Y es que trabajo había, sólo que no querían pagarlo. Hasta el momento les habían reducido de media un veinte por ciento el sueldo, pero en algunos casos el porcentaje ascendía hasta el setenta. Asimismo, les habían impuesto la obligación de hacer horas extras, al menos dos diarias, pero sin ninguna contraprestación económica o compensación en forma de tiempo libre. Y la situación empeoraba, ya que, cada semana, el número de horas extras que debían realizar se incrementaba, hasta el punto de que los trabajadores contratados a media jornada hacían más horas complementarias que legales.

En este contexto, Clara veía como una utopía volver a ser mileurista algún día. Por el momento ganaba poco más que el salario mínimo, y había tenido que instalarse de nuevo en casa de sus padres, lo que no le había hecho mucha gracia a ella, pero aún menos a ellos. Y, en el caso de Eugenia, pasaba tres cuartas partes de lo mismo.

—Vivir con tus padres a partir de los treinta tendría que ser



anticonstitucional y estar penado por la ley —se lamentaba Clara—. Y yo acabo de cumplirlos.

—Y ¿qué castigo propones para las empresas que lo provoquen? —inquirió Eugenia con sarcasmo—. ¿Que les incauten los activos?

—Pues me parece una idea estupenda —rió Clara—. Así lo pensarían dos veces antes de bajarle el sueldo a alguien.

—Lo único que tengo claro es que no puedo más. Mi madre se pasa todo el día persiguiéndome con la escoba, con el trapo del polvo, con la plancha... Tiene la palabra *limpia* colgada permanente de su boca y *ordena* se le ha integrado en el rictus.

—En mi casa la situación es tan insostenible que mis padres andan haciendo números para ver si ellos pueden pagarme un apartamento a mí —dijo Clara.

—Los míos se han independizado —intervino de nuevo Guadalupe—. Se han alquilado ellos un piso y me han dejado a mí el suyo.

—¡Eso es lo más! ¡Tus padres son unos *cracks*! —se sorprendieron ambas.

—No te creas. Mi madre decía que mi vuelta a casa le iba a costar una enfermedad y, visto como está la Seguridad Social, en lugar de hacerse de Sanitas ha preferido poner tierra de por medio y pagarse un alquiler. Y no te creas que se han ido cerca, que se han mudado a las antípodas de Madrid capital, no sea que me den ganas de hacer excursiones para pillar el táper de las comidas.

—Pues vosotras dos al menos buscáis pareja, chicas —confesó Eugenia—, con lo que tenéis la esperanza de poder compartir gastos con alguien algún día. Pero ya sabéis que yo soy una llanera solitaria, de manera que lo que hay es lo que habrá, de aquí a la eternidad.

—Y ¿de verdad crees que lo conseguiremos? —la miró Guadalupe con escepticismo.

—Es que yo creo que nos hemos equivocado de perspectiva con respecto al tema de los tíos —argumentó Clara—. No sé vosotras, pero yo los días que más ligo son esos en los que no me arreglo, que hasta creo que huelo mal, que parece que me ha abandonado el desodorante o que me han tirado por encima una copa de whisky, con ese olor tan rancio que tiene. Y, sin embargo, cuando

me empeño en ir mona, nada de nada. Así de raros son los tíos. Definitivamente, hay que cambiar de estrategia.

—Bueno, yo diría que estás en ello, ¿no? —repuso Eugenia—. Ya lo has dicho antes: se acabó la simpatía. Bienvenida la era de la bordería.

En ese instante, a Clara se le encendió una bombilla en la cabeza. Cogió la pizarra —en la que solía escribir la frase del día tipo Mr. Wonderful, todas ellas positivas y motivadoras, para animarse por las mañanas y no asestarse con el boli en la yugular nada más llegar a trabajar—, borró un ya trasnochado «El mejor momento del día es ahora» y en su lugar escribió: «Miss Hateful:[1] “Abstenerse hombres. Aquí se los maltrata”».

Esa frase iba a ser la primera de muchas, la primera de cada día, de todos los días. En adelante, Clara haría diariamente una declaración de principios, un aviso a navegantes, un recordatorio para sí misma y una sugerencia para las demás de que se había acabado la pasividad. Tomaría las riendas de su vida y conseguiría cambiarla. Y la transformación había comenzado ya.

## 5

### *Marina*

No podría haber estado de mejor humor ni podría haberme levantado con mejor pie. En lugar de ponerme el despertador, con su deprimente alarma de todos los días, había dejado programado el móvil para que fuera Hunter Hayes quien me despertara aquella mañana con su *I Want Crazy* («Lo quiero loco»), una de mis canciones favoritas. Me encantaba su energía, con esos compases trepidantes que me inyectaban un subidón de adrenalina cada vez que los oía y que provocaban que mi cuerpo cobrara vida propia e independiente de mi cerebro y se lanzara a bailar. Y, lo que era más importante, me predisponía a pensar que algunas cosas buenas me podían pasar. ¡Me insuflaba esperanza! Y eso era, desde mi punto de vista, lo mejor y más increíble de la música, que es capaz de inducir un estado anímico y emocional. Y el que había provocado en mí no podía ser más perfecto.

Mientras la escuchaba, iba dando saltos de alegría al mismo tiempo que me metía en la ducha. Así, me enjaboné la cabeza y el resto del cuerpo dejando que esa letra y ese ritmo me invadieran, de manera que mis caderas chocaban contra la mampara y mis hombros sacudían con entusiasmo el agua que resbalaba por mi piel, inclinándose hacia delante y hacia atrás vertiginosamente. ¡*I Want Crazy*, «Lo quiero loco»! ¡Y lo que yo quería es que alguien escribiera una canción de amor así para mí!

Pero hasta que algo parecido me sucediera, me limitaba a escuchar su voz

y a dejarme llevar, de momento hasta mi armario, de donde saqué mis pantalones, que se convirtieron además en una improvisada pareja de baile. ¡Y no lo hacían nada mal!

Acabé de vestirme, con algunas dificultades por el continuo movimiento de mis pies, pero con algo de esfuerzo por mi parte conseguí que toda la ropa entrara y se acoplara satisfactoriamente. A continuación, me sequé el pelo, me lo planché y me pinté con cuidado y con esmero. Hasta había hecho un cursillo acelerado en internet para aprender a maquillarme con puntos de luz, la técnica de moda entre las *celebrities*. Y la verdad es que el resultado era muy digno.

En esa borrachera de optimismo en la que me encontraba pensé incluso que, de llegar a conocerme, a Hunter Hayes le gustaría. Y, en cualquier caso, ¡yo sí quería a ese chico!, como lo demostraba que, desde que me levanté hasta que salí de casa, puse sin parar una y otra vez esa misma canción. Y es que no por escucharla más me gustaba menos, tal vez al contrario: era mi droga de la felicidad, siempre capaz de dibujarme una sonrisa de lado a lado. Y, desde luego, aquella mañana, la mañana de mi gran día, lo había logrado.

Por fin había llegado. Por fin era 15 de junio. Además, ese año se habían confabulado los astros y la fecha caía en viernes, lo que era perfecto tanto para empezar un trabajo —ese día podría hacerme una composición de lugar y a partir del lunes coger carrerilla— como para tener una cita, ya que trasnochar sin límite de hora y volver a quedar en cualquier momento del fin de semana si todo iba bien se me antojaba la mejor de las perspectivas.

Sustraje unas gotas de un frasco de Allure de mi madre, por considerarlo el perfume perfecto para la ocasión —cálido, cercano y sutil—, cogí mi bolso, las llaves del coche y me eché a la calle.

Apenas tuve que esperar al pasar por las rotondas de Majadahonda, que eran muchas y con mucho tráfico habitualmente a esas horas de la mañana; por una vez, el mundo se había puesto de acuerdo para favorecerme. De camino hacia Las Rozas, que era donde estaba mi nueva oficina, no podía dejar de pensar que, en ese instante, nadie había más feliz que yo en el planeta Tierra.

Aparqué con quince minutos de adelanto con respecto a la hora prevista, di un pequeño paseo por la manzana para reconocer la zona y cinco minutos antes

de las nueve llamé a la puerta.

—Buenos días, tengo una cita con Adrián Doménech.

—¿De parte de quién?

—De Marina Mirizarry.

La recepcionista me sonrió, con un gesto no sólo amable. Desde luego sabía quién era yo, pero había algo más en su ademán, un matiz extraño que, en ese momento, no supe identificar.

Me indicó que la siguiera, conduciéndome por un pasillo muy ancho y largo, flanqueado por infinidad de despachos. Era la primera vez que visitaba esas instalaciones, ya que para las entrevistas previas me habían citado en otras oficinas situadas en el centro de Madrid, donde la empresa tenía otro gabinete para aquellos clientes que no querían desplazarse hasta las afueras. Y, al igual que me sucedió allí, lo que veía al paso me gustaba. En ningún sitio era más importante la decoración que en un estudio de interiores, y en ambos lugares habían conseguido un cuidado efecto descuidado logrado aparentemente sin esfuerzo pero que sugería que habían pasado muchas horas calibrando los espacios. No había obras de arte, ni antigüedades; todo el mobiliario era eficiente, fiable y cumplía con el propósito para el que había sido diseñado: facilitar y potenciar el trabajo en un entorno amable.

La gente parecía tranquila y relajada. Algunos estaban sentados a sus mesas, mientras que otros charlaban de pie entre ellos; no obstante, yo seguía encontrando algo extraño en sus miradas. No se trataba de que yo me creyera el ombligo del mundo, que en absoluto era mi forma de ser —más bien todo lo contrario—, sino que estaba convencida de que esas personas me observaban con sorpresa, y ni siquiera eso, tal vez con expectación, incluso con un ápice de asombro. A medida que continuaba andando por aquel pasillo observé que en realidad no conversaban, sino que cuchicheaban. Hasta llegué a captar algunas frases sueltas que, desafortunadamente, no tenían ningún sentido para mí, del estilo de *exigió, sin límite, libertad absoluta, prioridad, posteriores, tiene que ser ella...*

¿Qué era lo que estaba pasando allí?

Cuando por fin llegamos al despacho, Adrián Doménech se levantó, se abrochó el botón de la chaqueta en un gesto mitad elegante, mitad coqueto, y

me tendió primero una mano firme para después atraerme hacia sí con el fin de darme los dos besos de rigor.

Lo primero que me llamó la atención de él fue que era uno de esos hombres sin edad; es decir, que tanto podría tener treinta como cuarenta y cinco años, bien o mal llevados, dependiendo de en qué zona de la franja lo situaras. Por otra parte, no era un hombre especialmente guapo, aunque todos sus rasgos fueran más que correctos; ni especialmente alto, aunque superara con creces la media; tampoco era especialmente delgado o musculoso, aunque su cuerpo tuviera una sugerente complexión fibrosa. Por el contrario, sí había algo en su actitud que lo hacía tremendamente atractivo, y era su determinación. Ésta emanaba de sus ojos, de sus gestos, y fundamentalmente de sus palabras, que formulaba con precisión y vehemencia.

—Bienvenida al equipo de The Living Home.

—Muchísimas gracias, Adrián.

—Estoy seguro de que tu incorporación supondrá un tremendo empujón para nuestra empresa.

Me impresionó tanto entusiasmo, y tan pronto, sin que hubiera mediado ningún diseño de por medio, pero, para una vez que me pasaba algo bueno en la vida, no iba a fastidiarla preguntando cómo era posible que, ya de antemano, me tuviera en tan alta consideración, así que me limité a ser cortés en respuesta a su atención.

—Te agradezco enormemente tu confianza, espero estar a la altura.

Él sonrió con aplomo y decisión, dando a entender que el momento de los cumplidos ya había pasado y había llegado el de ponerse a trabajar.

—¿Nos sentamos en el sofá para estar más cómodos y hablamos del primer diseño que vas a realizar?

—Por supuesto.

—Te vas a sorprender. Es un espacio al aire libre y fuera de la Península.

Pues sí que me sorprendía, sobre todo porque de los espacios exteriores suelen encargarse los paisajistas, campo en el que yo no tenía ninguna formación. Y viajar puede que en otro momento hubiera sido un aliciente para mí, pero ahora mismo, con mi cita en ciernes, la situación no acababa de convencerme. Pese a ello, mi instinto de supervivencia laboral me decía que

no era bueno ponerse picajosa nada más desembarcar en una empresa, de forma que me limité a realizar preguntas estrictamente profesionales.

—¿Es una terraza, un jardín, el entorno de una piscina o un poco de todo?, y ¿en Canarias o en Baleares? —consulté.

—Nada de eso. Se trata de un escenario, y en el lago Ness, junto a las ruinas del castillo de Urquhart.

Antes de que acabara la frase, yo ya había percibido una mirada intensa en él, indicio de que quería escudriñar mi reacción. Se me daba bien interpretar a la gente, por lo que, en cuanto adiviné su intención, preparé mi cara para un «puedo con todo, y me encanta», fuera cual fuese su propuesta.

¡Y menuda propuesta! ¡Totalmente enloquecida! The Living Home tenía una filial en Gran Bretaña, con una delegación en Escocia, y más concretamente en Edimburgo, que está a tiro de piedra del lago Ness. No tenía ningún sentido, por tanto, que el trabajo se llevara desde España y lo coordinara la recién llegada, que, para más inri, no tenía ni idea de montaje de espectáculos, lo que estaba meridianamente claro en mi currículum. Aun así, nuevamente opté por callarme y mostrarme entusiasmada con la idea. Y por su cara pude ver que le gustó mi respuesta.

—Compruebo con satisfacción que te gustan los retos. Pues espero que te pase lo mismo con los plazos ajustados, ya que el acto se celebra el próximo 1 de julio, que cae en domingo. Es decir, que tenemos poco más de quince días para organizarlo todo. ¿Crees que es posible? ¿Te ves capaz?

—Desde luego. Funciono bien bajo presión. Sólo necesito saber los detalles.

—De acuerdo entonces. Te voy a contar todo lo que yo sé del tema, y el resto lo iremos resolviendo sobre la marcha con las personas implicadas. SFE, una empresa norteamericana que se dedica a la fabricación de ropa deportiva, va a empezar a comercializar sus productos en el Reino Unido y quiere darse a conocer allí. Su estrategia para captar posibles clientes, y a la vez para dar las gracias a los que ya lo son en el resto de Europa, es organizar un fin de semana a todo plan. Lo que tienen previsto es un crucero de tres días por los fiordos noruegos, que acabaría el domingo con su llegada a Escocia. Y es ahí donde entramos nosotros.

—Y ¿en qué consiste el espectáculo que tenemos que montar?

—Al parecer han contratado al Royal Ballet de Londres para que haga una actuación que sirva de colofón al viaje.

—¡Impresionante!

—Cierto. El acto es impresionante en sí mismo e impresionante para esta casa, por el hecho de que hayan recurrido a nosotros sin tener experiencia en este tipo de eventos. Aunque hasta el momento hayas tenido el buen acierto de no mencionarlo —aseguró sonriendo ampliamente tras pronunciar estas palabras—, somos conscientes de que este trabajo no se ciñe a nuestra experiencia ni a nuestra trayectoria, si bien hemos considerado que puede abrirnos las puertas a nuevos mercados.

Totalmente de acuerdo en su exposición, pero seguía sin saber por qué era yo la elegida. No obstante, no iba a dejar que esa laguna empañara mi implicación en el proyecto.

—Y ¿el cliente nos ha facilitado alguna indicación sobre el tipo de montaje que le gustaría?

—Poca cosa. Que sea elegante, sutil y que se integre con el paisaje. Tenemos libertad para diseñar lo que queramos, cosa que, como sabrás, es muy buena cuando triunfas, pero muy mala si fracasas.

—Pues eso limita la disyuntiva a la primera opción, ¿no te parece?

De nuevo Adrián esbozó una holgada sonrisa. Se le notaba que se sentía muy cómodo conmigo y satisfecho de haber tomado la decisión de contratarme. Yo, por mi parte, estaba eufórica y cada vez más segura de mí misma. Ésta era la oportunidad que había estado esperando. Y no es que me considerara especialmente valiente, o inconsciente, ni estaba ebria de ilusión por haber encontrado un trabajo en el que podría demostrar mi competencia: es que estaba preparada. Yo, Marina Mirizarry, podía hacerlo. Faltaría a la verdad si no dijera que me producía un poco de vértigo no haber realizado nunca nada parecido, pero, puestos a decorar, me daba igual diseñar un salón, un vestido de noche o el bendito lago Ness. Para mí, el proceso es y será siempre el mismo: analizar el espacio, localizar el punto de partida y, desde ahí, construir volumen y vida. Y ya tenía cientos de ideas bullendo en mi cabeza.



No se me olvidaba que existían una serie de obstáculos técnicos que era necesario soslayar, como el escenario, las gradas, la iluminación, el sonido, y probablemente un largo etcétera, que escapaban a mis conocimientos y a mi control. Pero un buen diseñador no es el que lo domina todo, sino el que sabe a quién buscar y en quién confiar. Y en esa línea se iba a centrar mi próxima pregunta.

—¿Podremos contar con alguna ayuda en Escocia para el suministro de materiales y el montaje?

—De la oficina de Edimburgo nos han asignado a Calem Montague. No es decorador, es ayudante, pero según me ha comentado el director de la delegación es el mejor: conoce a todos los proveedores de la zona, con lo que parece claro que es nuestro hombre. Este fin de semana se trasladará al lago Ness, de manera que el lunes ya estará operativo *in situ*.

—¿Podré tratar directamente con el cliente? Me refiero a la persona que ha pensado en nosotros para hacernos el encargo.

—En ningún caso. Nos ha dejado claro que estará muy ocupado en los próximos quince días y que no será posible contactar con él. Está en Australia, centrado en unos negocios a los que necesita dedicar toda su atención. Nuestro enlace será Pamela Henderson.

Lástima. Siempre me resulta muy productivo, y tranquilizador, conocer a la persona que está al mando: saber quién es resulta fundamental para averiguar qué espera. Pero a la vista estaba que era un contratiempo que habría que sortear. Y aún tenía que indagar si el dinero iba a ser otro.

—¿Y en cuanto al presupuesto?

—En principio tenemos un millón de euros, que, increíblemente, nos han pagado en su totalidad por adelantado. Sin embargo, siempre que esté bien justificado, se avendrán a incrementar la suma.

Me parecía extraordinariamente generoso, aunque, al no estar familiarizada con ese tipo de trabajos, quizá fuera prematuro aventurar que iríamos sobrados.

—Bueno —cambió de tema Adrián—. Yo creo que los conceptos básicos ya están claros. Ahora nos queda hablar sobre cómo te vas a organizar. Entendemos que, recién llegada, es un poco injusto por nuestra parte, y

precipitado, exigirte que pases quince días fuera de casa, pero pensamos que al menos unos días antes del acto sí deberías desplazarte para gestionarlo todo sobre el terreno. Es la mejor garantía para que todo salga bien.

—Por supuesto. Ya contaba con ello. No hay ningún problema —me apresuré a responder—. Deja que me planifique este fin de semana y, una vez que tenga definido el diseño y analizadas nuestras necesidades, la semana que viene, cuanto antes, me voy para allá.

—Genial. Por cierto, hasta que te asignemos un móvil de empresa, deberíamos intercambiar nuestros números para estar localizables.

Le di el mío, lo memorizó en su agenda y acto seguido me llamó para que el suyo quedara registrado en mi pantalla. Cuando saqué mi teléfono del bolso para guardar el contacto, se quedó mirando mi antediluviano aparato no con cara de estar pensando «¿esto existe todavía?!», sino «¡pero ¿esto ha existido alguna vez?!».

Como adiviné sus pensamientos, mi respuesta fue ágil y directa.

—Pues éste es pequeño..., el anterior era una cabina telefónica. Fíjate cómo sería que se lo vendí a un anticuario y no sabes el beneficio que saqué.

Adrián se rio, con una carcajada abundante y franca tras la que se levantó para abrir la puerta de un armario situado a su espalda, de donde sacó un iPhone de última generación. Sonriéndome de nuevo, me tendió la caja y aseguró:

—Eres inteligente, perspicaz, y me gusta tu sentido del humor. Es lo que más valoro en un empleado. Creo que voy a disfrutar mucho trabajando contigo.

A duras penas pude controlarme.

Para no llorar de alegría.

Para que mi cara no se pareciera a la de un tomate en estado de euforia o madurez plena.

Para no abalanzarme sobre él y besarlo, y volver a besarlo, y besarlo aún más, y besarlo otras cien veces, pero no en un acto de locura sexual transitoria, sino de agradecimiento existencial infinito.

¿De verdad que eso me estaba pasando a mí?

—Y ahora vamos a hacer un pequeño recorrido por la empresa. Te voy a

presentar a la gente y a enseñarte tu despacho.

¿También iba a tener un despacho?

—En un principio habíamos pensado en colocarte una mesa junto con el resto de los diseñadores —afirmó Adrián mientras señalaba un espacio común en el que debía de haber por lo menos ocho o diez personas—, pero luego caímos en la cuenta de que, dado el tipo de proyectos que vas a llevar, sería más operativo que estuvieras sola. Además, como vas a depender de mí, y no del jefe de Diseño, así todo cuadra mejor.

«¿No tengo más jefe que él? —me dije—. Y ¿de qué clase de diseños me voy a encargar?» Definitivamente se me iban a saltar las lágrimas. «Pero ¿quién cree esta gente que soy yo? ¿O quién soy yo y qué han hecho con Marina Mirizarry? ¡Que yo me alquilo por horas para ordenar armarios y pasar apuntes a limpio! ¿Acaso tendré una doble personalidad de la que no he sido consciente hasta este momento?»

—Pues éste va a ser tu despacho. Como bien verás, está vacío. Hemos considerado que preferirías decorarlo a tu gusto. Al fin y al cabo, es a lo que nos dedicamos, ¿no? —comentó con un gesto cálido y cercano—. Yo ahora me voy a marchar, pero voy a dejarte en el almacén, donde guardamos los muebles de las casas piloto que montamos. Puedes utilizar lo que quieras. Pascual y Jesús te ayudarán con el traslado y el montaje de lo que elijas. Si te parece bien, nos vemos dentro de un par de horas, a las doce. Tenemos prevista una videoconferencia con Calem y Pamela para poner en marcha el proyecto. Así, mientras nos reunimos nosotros, como ya tendrás montado el despacho, los chicos de Sistemas te instalarán el ordenador, el teléfono, etcétera. ¡Y todo listo!

Y todo perfecto, salvo que tenía 119 minutos para vestir ese espacio y sólo uno para decidir si llevaba a cabo una de las apuestas más arriesgadas de mi vida: ¿Debía ser convencional, anodina y pasar, por tanto, desapercibida, o marcarme un antes muerta que sencilla en ese despacho, corriendo el riesgo de hacer un alarde quizá exagerado de megalomanía? Cerré los ojos, respiré hondo y dejé que el primer pensamiento que asomara a mi mente tomara la decisión. Y fue que, si hay que equivocarse, o acertar, mejor que sea a lo grande. Además, de ser verdad que los éxitos son la suma de los fracasos, yo

había acumulado tantos de los segundos como para tener goleada de los primeros, de manera que, con un poco de suerte, éste iba a ser uno de éstos.

Ya antes de salir hacia el almacén había analizado la superficie de que disponía y observado que la pared derecha debía ser el punto de arranque, dado que recibía una ondulante luz tornasolada del enorme ventanal que se situaba frente a la puerta de entrada. La mesa la pondría en el centro, de espaldas a la pared izquierda, en la que a su vez apoyaría una estantería. Finalmente, en línea con la puerta, colocaría un mueble bajo para aumentar en algo la capacidad de almacenamiento.

Ahora sólo necesitaba encontrar una buena materia prima.

Ocultos tras unas lonas localicé un montón de palés de diferentes tamaños, con maderas similares pero muy diferentes en texturas y colores, que me parecieron perfectos para mi pared principal.

—Jesús, ¿puedo utilizar estos palés o los usáis para trasladar mercancías?

—Están a su disposición, señorita. Sólo díganos cuántos quiere y nosotros se los llevaremos.

«Todos», les dije, y también que buscaran un bote de cola rápida, otro de pintura negra y un pincel fino.

Primera prueba superada. Y a por la segunda. Eché un vistazo rápido en la zona de materiales de construcción, donde me llamaron mucho la atención los restos de un techo hecho con plafones de estaño, imitando a las antiguas placas de hojalata que solían decorar las casas americanas del siglo XIX. Inmediatamente, la mesa cobró vida en mi cabeza. Busqué una madera de contrachapado para que sirviera de base, dos placas de acero gris mate que harían las veces de patas y dos maderas lisas para situar encima como soporte del ordenador y para colocar el material de oficina.

Por lo que se refería a las estanterías, encontrarlas fue tarea fácil. De hecho, localicé un montón de ellas en un lateral del almacén, entre las que seleccioné varias de diferentes anchuras y alturas, aunque todas de color negro, que únicamente habría que ensamblar.

Sólo me quedaba el mueble bajo, y acababa de caer en la cuenta de que, nada más entrar, había visto un cuadro del que automáticamente había pensado «¡qué soso!». Se trataba de un óleo grande, de aproximadamente dos por dos

metros, con el fondo blanco y unas formas pintadas en un tono uniformemente verde que se asemejaban a las copas de los árboles. Tras meter en un cesto un montón de troncos de madera, similar a la leña que se utiliza para quemar en las chimeneas, la pintura dejaría de ser aburrida para convertirse en potencialmente magnífica.

Un sillón y dos sillas y di por acabado el proceso de selección porque, como con cualquier otro diseño, contemplé que siempre hay que dejar un margen para que los espacios crezcan.

Una vez que Pascual y Jesús lo trasladaron todo a mi despacho, comenzaron a desmontar las maderas de los palés. Mientras tanto, yo me puse a pintar directamente sobre la pared principal, pero en un lateral, a 1,80 metros de altura y con medio metro de diámetro, la silueta de una cara que miraba de frente hacia la mesa con dos ojos turbadores.

Cuando estuvo acabada, coloqué una tabla de madera en el suelo, ocupando todo el espacio de un lado a otro de la pared, y los tres empezamos a pegar sobre ella los listones, en sentido vertical y de forma irregular, con el fin de crear un bosque de lamas, con una mirada intrigante detrás que provocaba un juego visual al tamizarse con las traviesas, que a veces la ocultaban y otras la desvelaban.

—Ya sólo nos queda colgar el cuadro y unir los troncos de madera en la otra pared —les indiqué finalmente a Jesús y a Pascual.

Mi propósito era que todos ellos constituyeran un único bloque, aunque desigual, y ubicarlo justo delante del cuadro, para que parecieran los troncos de los árboles que se encontraban detrás, en una suerte de maniobra tridimensional que creí ocurrente, precisamente por estar esa pared frente al ventanal que daba al jardín. De nuevo los tres nos pusimos manos a la obra, obra que completamos a tiempo, o incluso un poco antes.

Cuando Adrián entró en el despacho, pasaron al menos un par de minutos hasta que fue capaz de articular palabra.

—¿Esto lo has hecho tú? ¿En dos horas? Y ¿todo lo teníamos en el almacén? —Se volvió mirando a los otros dos hombres presentes en la sala, quienes respondieron asintiendo con la cabeza con un gesto divertido—. Me vas a permitir un segundo, pero ahora mismo vamos a llenar las estanterías, a

llamar al fotógrafo y a subirlo a la web. Esto tenemos que publicarlo. Y tengo que decirte, Marina, que ya has superado con creces mis expectativas. Estoy entusiasmado, y deseando ver lo que vas a hacer en Escocia.

Y yo no podía estar más orgullosa... y extrañada, porque cuando abandonó el despacho aun alcancé a oír: «¡Qué razón tenía ése...!».

¿Quién tenía razón? ¿Quién era «ése»? ¿De quién estaba hablando? ¿Qué era lo que estaba pasando allí? Muchas preguntas sin respuesta, y sin tiempo para averiguar nada porque Adrián, a lo lejos, me informaba por señas de que la videoconferencia ya estaba preparada.

Cuando llegamos a la sala de reuniones, Calem aparecía en un monitor de televisión y Pamela en otro. Adrián me presentó a ambos como la responsable del proyecto y como tal me cedió la palabra.

—Hola a los dos —comencé—. Antes de nada, quería deciros que estoy encantada de conoceros y de trabajar con vosotros en un proyecto tan interesante y especial como éste, ¡así que vamos allá! En primer lugar, Pamela, por lo que se refiere al acto en sí, necesitaríamos saber cuanto antes el número exacto de asistentes, y no me refiero sólo a los pasajeros del crucero, sino a personalidades que vayan a acudir, directivos de vuestra compañía, o incluso del Royal Ballet. En segundo lugar, es importantísimo contactar con éstos para saber si el suelo del escenario necesita de un recubrimiento especial, fundamentalmente para evitar caídas. Otra cosa de la que hay que ocuparse es de la vestimenta de los bailarines. Dado que os dedicáis a la confección de ropa deportiva, supongo que querréis que vayan equipados por vosotros, de manera que hay que diseñar un atuendo para lo ocasión. En la medida de lo posible, me gustaría que estuviera en línea con la ornamentación del evento, así como con los trajes de las azafatas que contrataremos para recibir a los asistentes. Y ya tengo algunas ideas.

Como buena mujer, capaz de hacer más de una cosa a la vez, mientras me encargaba de la decoración de mi despacho había dividido mi cerebro en dos para que la segunda mitad fuera cavilando sobre el lago Ness.

—Calem —proseguí—, dado que el espectáculo va a ser al aire libre, necesitaría saber a qué hora atardece, para ajustar el inicio del acto y la duración del mismo. Por otra parte, y al tratarse de Escocia, yo creo que hay

que tener previsto un escenario paralelo, pero dentro de una carpa, por si el tiempo no acompaña. No queremos que la lluvia nos arruine el espectáculo, ¿verdad? Además, podríamos utilizar ese espacio si SFE pretende hacer una recepción tras la representación. ¿Te encargas de consultar eso también, Pamela?

Ella respondió afirmativamente y Calem fue apuntando todas las cuestiones que le competían a él.

—Para el sonido habría que contratar a una empresa especializada en la celebración de conciertos en exteriores, siempre en contacto con el Royal Ballet, para que nos indiquen cuál es la mejor ubicación de la orquesta. En cuanto a la iluminación, ya tengo clara cuál es nuestra mejor opción, que abordaremos el lunes con los proveedores locales.

Punto por punto, fui desgranando todas las cuestiones que había que tratar. En todo momento me moví con soltura y resolución, como si tuviera un grado en montaje de espectáculos y como si mi segundo apellido fuera Royal Ballet en el Lago Ness.

—Por cierto, una última cuestión, Pamela. Un aspecto que debemos tener muy en cuenta, y que de nuevo habrá que coordinar con la compañía, es la entrada de los bailarines al escenario. Ya que no podremos contar con un *backstage*, quizá se pueda integrar su aparición en la coreografía de la actuación.

Todos de acuerdo en todo. Y Adrián encantado.

—Pensé que iba a tener que vigilarte muy de cerca, pero ya veo que no será necesario. Sólo infórmame si hay algún problema o algún aspecto que requiera de mi supervisión.

Tras la reunión, y dado que los viernes la jornada acababa a las dos, mi primer día de trabajo se había terminado. Y yo estaba feliz. Ni en mis mejores sueños habría imaginado que las cosas pudieran salir tan bien. Es más, no tenía ninguna pega que poner. Bueno, si me ponía picajosa, sólo un hecho me intimidaba, y era todo lo que tenía que memorizar. Con mi nefasta habilidad para recordar números, verdaderamente no sabía cómo me las iba a apañar para acordarme de los cuatro dígitos que abrían la puerta de acceso a la empresa, de los del reloj de fichar, así como del código de la fotocopiadora,

que, sumados al pin del teléfono, al de las tarjetas de crédito —que por alguna causa que desconocía nunca conseguía que fuera el mismo— y al de la banca *online*, iban a convertir mi vida en un ábaco.

Pero, obviando ese pequeño detalle sin importancia, mi estado podría haberse definido de eufórico. Y ¿qué hacen las mujeres cuando están pletóricas? Se van de compras. ¡Y qué mejor excusa que un armario lleno de nada que ponerme para la cita de la noche! Además, tenía tiempo más que de sobra hasta la cena, por lo que, estando tan cerca de Las Rozas Village —el *outlet* de ropa de marca—, se imponía una llamada de rigor a mi mejor amiga, la única que conservaba de la infancia.

—Hola, guapa, ¿sacamos a pasear las Visas?

Tenía unas cuantas tarjetas de crédito con un poquito de saldo por aquí, un sobrante por allá, que guardaba para una ocasión especial y, la verdad, no se me ocurría ninguna otra situación mejor que ésa para esquilmarlas, porque si en aquel momento tenía un propósito era el de estar espectacular unas horas después.

Mi objetivo era lograr lo que yo llamaba el efecto puerta, aplicable tanto para la ropa como para las casas, aunque en direcciones opuestas, como dos coches circulando por la misma carretera, pero uno en sentido contrario al otro. El fundamento de esta teoría se basa, por lo que se refiere a las casas, en que al abrir la puerta para entrar en ellas debes sentir que tu casa es tu reino y tú su princesa. Con la ropa, por el contrario, es al abrir la puerta para salir de ella cuando debes sentir que eres la mujer más guapa de la Tierra, a lo Leonardo di Caprio en *Titanic* gritando con frenesí «¡Soy el rey del mundo!» sobre la cubierta del barco.

Con esa idea en mente, previamente había decidido que llevaría un vestido, por considerarlo más elegante y minimalista que una falda y una blusa y más femenino que unos pantalones. Toda vez, por tanto, que el campo de búsqueda estaba acotado, la consecución del objetivo se había simplificado considerablemente. Además, me parecía la elección perfecta para la ocasión: ya que tenía piernas, por una vez iba a lucirlas.

—¿Te gusta éste? —le pregunté a mi amiga.

—Demasiado sexi. ¿Quieres que te mire o que se te tire?



—¿Y éste?

—Demasiado monjil. ¿Quieres que se quede o que se te escape?

—¿Y éste?

—Demasiado maripuri. ¿Quieres que te vea o que te divise desde la distancia?

—¿Y éste?

—Maripuri total. Pero ¿tú qué coño quieres?

*Maripuri* era una de esas palabras con las que las amigas definíamos todo aquello que era un poco cursi, demasiado recatado, muy hortera, profundamente llamativo por ser excesivamente discreto, totalmente carente de gusto y, en cualquier caso, que producía un rechazo agudo a la vista. Así, algo categorizado como maripuri no constituía un buen indicio ni implicaba un buen augurio. De hecho, representaba la señal de que no había que cejar en el empeño de seguir buscando, cosa que hicimos hasta que, después de un arduo peregrinaje por los probadores de medio *outlet*, conseguimos encontrar el vestido perfecto en Hoss Intropia: elegante pero sofisticado, discreto pero ostensible... y caro, muy caro.

Fundí todas las tarjetas, hasta las que reservaba para las emergencias. Y el momento de pagar fue tal y como lo retratan en las películas: «Cóbrate cincuenta euros de ésta, sesenta de la verde, aquí quedan veinte...», y aún tuve que abonar algunos euros en efectivo. La dependienta me miraba con cara de pena. Yo, por el contrario, sentía vergüenza, pero también un poco de orgullo, lo que me hacía querer proferir un grito de guerra corporativista: «¡Arruinadas del mundo, siempre queda algo de esperanza en el saldo misérrimo de una Visa!». Y, al menos, esta arruinada iba a ir bien vestida porque el traje me sentaba como un guante, ya que se ajustaba completamente al cuerpo, aunque sin resultar provocador.

Era gris azulado, con un tono indeterminado que me recordaba al de las nubes en un cielo de tormenta; tenía el escote en «V», sin mangas, llegaba un palmo por encima de la rodilla y estaba confeccionado con una tela irregularmente arrugada, lo que le confería un efecto ensalzador. No llevaría nada para acompañarlo, ningún collar, ninguna pulsera o anillo. Tan sólo recogería mi pelo, largo y oscuro, en una coleta alta y tirante, dejando que lo

único que destacaran fueran mis ojos, que, casualmente, eran de un color muy parecido al del vestido.

Cuando llegué a casa, ya tenía una lista hecha para no olvidar nada: manicura, pedicura, ni un solo pelo —salvo en la cabeza—... y, antes de salir, repasé de nuevo mi lista, tachando mentalmente todos los apartados: vestida, peinada, maquillada, perfumada... e ilusionada.

Por fin estaba preparada, y anhelante. Duarte Arteaga me esperaba.

## 6

### *Blanca*

No sabes con quién estás casado hasta que te separas, de la misma manera que dos personas pueden haber estado casadas treinta años y haber tenido matrimonios diferentes. Y ése era el caso de Blanca.

El de su marido, Rodrigo, había sido multitudinario, multicultural, multirracial, multidisciplinario, multiusos, multicanal y, por encima de todas las cosas, exponencialmente multiplicativo, mientras que el de ella había sido monógamo, sin más.

Su historia era tan antigua como la humanidad: esposo conoce a otra, o a muchas otras, con la excusa de un matrimonio supuestamente infeliz, que, por el contrario, para la esposa siempre fue supuestamente feliz. Así, Blanca, en primer lugar, no fue capaz de entender nada, luego lo comprendió todo y, finalmente, no quiso saber nada. Y es que, como ella misma decía, entender las cosas no las hace más fáciles ni las cambia.

El caso de Rodrigo era el del adúltero en serie, y su diagnóstico, el siguiente: de estar penado ser infiel, él habría sido el más buscado y, de existir, seguro que habría ido de niño a campamentos para futuros maridos infieles, donde habría destacado como el alumno más aventajado.

Sin embargo, Rodrigo nunca se planteó la ruta de la soltería. Es más, aunque siempre elegía a las otras, se quedaba con Blanca. ¿El motivo? Ser un animal de costumbres y haber encontrado en el matrimonio la excusa perfecta

que esgrimir ante los requerimientos de sus múltiples amantes con el fin de evitar que sus relaciones esporádicas prosperasen.

De hecho, él jamás se habría separado, y si lo hizo fue porque lo obligaron tras pillarlo in fraganti. Aun así, aguantó algunos meses más en el domicilio conyugal a base de embustes y falsas promesas sobre retomar el camino de la monogamia, cosa que era del todo inviable por dos motivos fundamentales: no se puede volver a donde nunca se ha estado ni llegar a donde es metafísicamente imposible estar, ya que esas coordenadas ni siquiera figuraban en su GPS genético.

Al final fue inevitable que Blanca llegara a la conclusión de que ella lo había querido mucho y bien, mientras que Rodrigo la había querido sólo mal. Y fue el tiempo quien le enseñó también que había dos clases de matrimonios: los que están en guerra y los que alcanzan la paz. En el de ellos colisionaron las dos guerras mundiales y amagaron con detonar la tercera, que sólo pudo ser sofocada gracias a la separación, aunque, en realidad, no fue la madre de todas las guerras la que estalló entre ambos: lo que explotó fue la paz.

De los cinco meses que Rodrigo permaneció en la casa familiar desde que lo pillaron con las manos en la masa, los tres primeros los pasaron en el campo de batalla, mientras que los dos últimos transcurrieron en una suerte de guerra fría, sorda y muda, mucho más violenta, sanguinaria y cruel que la más encarnecida de las otras contiendas.

De esta manera, después de esos primeros meses regalando oportunidades que en realidad Rodrigo no buscaba, tratando de salvar un matrimonio que nadie salvo ella quería, después de confiar, porfiar, desconfiar, descubrir, desilusionarse, desengañarse, desbaratar, desfallecer y, directamente, morir varias veces en el intento de seguir queriendo a alguien que siempre iba a decepcionarla, Blanca optó por dedicar los últimos meses a condenarlo a él y a salvarse a sí misma.

Para llegar a este desenlace no hizo sino deshacer el camino andado tras haber chocado de frente con dos evidencias fundamentales:

Darse cuenta de que había cosas que le dolían aún más que las infidelidades, como la deslealtad, la deshonestidad, la desfachatez, la desvergüenza, la indecencia, la inmoralidad, la falta de pudor o la confianza

violada, pero, sobre todo, saber que Rodrigo era consciente de que ella estaba rota, de mil maneras rota, y no importarle en absoluto.

Confirmar cada día que, por mucho que pensara que la última aventura descubierta iba a ser la más terrible, a una atrocidad siempre le seguía otra abominación mayor.

Harta de vomitar reproches, de saberse una víctima, aunque Rodrigo la hiciera sentir el verdugo, porque nunca conseguía estar a su altura cuando se peleaban, Blanca se propuso averiguar en sus últimos meses juntos quién coño era ese tío con el que había estado casada durante treinta años. Y es que su marido era el campeón invicto del engaño.

En él se reunían todo un cúmulo de perfecciones, fruto de la conjunción de varios arquetipos:

- El perfecto necesitador, con una exigencia constante de estímulos para evitar caer en el aburrimiento.
- El perfecto conquistador, derrochando oratoria y encanto, pero tratando a sus conquistas como objetos que sólo servían para satisfacer sus propios intereses.
- El perfecto simultaneador, con muchas relaciones breves mantenidas a la vez, producto de una promiscua vida sexual.
- El perfecto egocéntrico, que se creía mejor que el resto.
- El perfecto hombre frío y calculador, sin sentir emociones, aunque sí simularlas.
- El perfecto mentiroso, el embustero obsesivo-compulsivo, el farsante patológico, engañando siempre para conseguir algún beneficio o para justificar su conducta.
- El perfecto justificador... de sí mismo, sin experimentar nunca remordimiento o culpa, e incapaz de sentirse en deuda con nadie.
- El perfecto negador, con una incapacidad enfermiza para asumir su responsabilidad o aceptar sus errores, atribuyendo a los demás la autoría de sus propias equivocaciones.
- El perfecto irresponsable, sin ninguna reflexión previa, o posterior, sobre las consecuencias derivadas de sus actos.

- El perfecto manipulador, el tergiversador nato, con un efecto distorsionador sobre la memoria o la verdad.

En resumidas cuentas, Rodrigo era lo que un especialista calificaría de psicópata, pero no lo que la gente asocia habitualmente con ese tipo de trastorno psíquico, un Norman Bates de la vida acuchillando a Marion Crane en *Psicosis*, la película de Hitchcock. No se trataba, por tanto, de un homicida, ya que tenía perfectamente íntegras sus funciones perceptivas y mentales, aunque no así su conducta social; es decir, que no sentía ningún tipo de empatía por el prójimo: era él y nada más que él, curiosa radiografía para un individuo a quien Blanca siempre había definido en el pasado como la generosidad personificada y de quien se había enamorado precisamente por su rectitud y su integridad.

No obstante, lo más peculiar fue que, mientras descubría al verdadero Rodrigo, Blanca se encontró con otra persona a la que tampoco conocía, y que no era otra más que ella misma. Jamás pensó que no fuera fuerte, valiente, independiente, o que no encajara bien cualquier revés de la vida; para su sorpresa, resultó ser débil, cobarde, dependiente, y comprobó con estupor que a duras penas podía continuar con su día a día una vez que su marido se hubo marchado de casa.

De la misma manera, siempre creyó que el momento más duro había sido el de tomar la decisión, el de cercenar de un tajo ese vínculo de treinta años, o tal vez el instante más encolerizado y desgarrador, o la resaca de cualquiera de sus feroces peleas, pero también en eso se equivocaba. Lo peor vino después, y era levantarse cada mañana, hacerse a la idea de que ya sólo había una mitad, ser consciente de ese vacío —que era más un abismo que un vacío— en su cama, en su armario, en un solo cepillo de dientes o un único albornoz colgado en la percha del cuarto de baño.

Arduo fue también ir a trabajar todos los días, fingir delante de la gente que la vida seguía cuando no era cierto, porque se había detenido en el momento en el que Rodrigo cerró la puerta; vivir como una maldición ese don femenino de poder hacer y pensar en más de una cosa al mismo tiempo, sus treinta años juntos y cualquier otra cosa; sucumbir continuamente a ese

pensamiento sobre su vida en común, que era como un zumbido estridente que no desaparecía jamás de su cabeza.

Así, Blanca tuvo que sobrevivir primero al amor, luego al desamor y, finalmente, a ambos a la vez. «Lo más difícil de asumir es que no te quieren», solía decir. Y para cuando Blanca aceptó la situación ya no quedaba nada de ella misma en su interior, como si las heridas, y su propio dolor, la hubieran borrado, o desdibujado, para siempre.

Tuvieron que transcurrir muchos meses para que consiguiera recuperar algo de la fortaleza que alguna vez creyó tener. Para ello, en primer lugar, recurrió a la comida. Atracó la nevera y la despensa hasta que se dio cuenta de que su culo había adquirido vida propia, basculando de manera independiente a su espalda.

La consecuencia más inmediata fue que de lucir curvas pasó a exhibir rotondas, ya que todas las extremidades sobresalientes de su cuerpo se volvieron redondas, muy muy redondas.

Descartada la gula como solución, convirtió su cuarto de baño en un taller de chapa, pintura y restauración para intentar recuperar algo de autoestima y, finalmente, encontrar en la soledad a su mejor aliada y acabar construyéndose una vida pequeña con la que empezaba a sentirse a gusto.

Y fue entonces cuando Rodrigo volvió.

## 7

### *Marina*

Cuando Dios cierra una puerta, abre una botella de whisky, o varias. Y yo me las había bebido todas.

La puerta se cerró el día 15 de junio, con mi última y desastrosa cita; las botellas se abrieron ayer, sábado 16, y las vacié junto con Sabrina, mi vecina del alma, a la que le saco cinco años pero que me aventaja sobradamente en VSL, término con el que las dos denominamos nuestra Vida Sentimental Lamentable, hecho en sí tan prolífico que no había dado sólo para acuñar una expresión, sino para elaborar un glosario entero.

—Pero ¿qué fue eso tan horrible que te pasó ayer? —me preguntó nada más verme.

—Tendría que beber lo suficiente para poder contártelo.

—Bebamos entonces —sentenció Sabrina.

Y así lo planeamos, incluso siendo conscientes de que esa velada de sábado no pintaba nada bien. Ninguna de las dos estaba del mejor de los ánimos, por lo que era más que posible que algo saliera mal, pero aun así decidimos que había que plantarle cara al infortunio. Y ¿qué mejor manera que con una noche de exabruptos y alcohol?

Mis expectativas eran altas. Sabrina se conformaba con desconectar; yo, en cambio, pretendía trascender, o al menos ir más allá: perseguía el estado de ingravidez total, ni sentir ni padecer. Y es que la gente que no bebe cree,



cuando otras personas lo hacen, que al llegar al punto de desinhibición se relajan y disfrutan, pero en verdad no sucede así. Todo borracho, por el mero hecho de estarlo y mientras permanece en un estado más o menos lúcido, se impone a sí mismo un trabajo —considerablemente arduo— que consiste en pretender que no lo está. ¿Y a la mañana siguiente? Pretender que no lo ha estado.

Y tanto Sabrina como yo teníamos una amplia experiencia en estos temas. Por eso sabíamos también que intentar ahogar nuestras penas en alcohol era una ridícula pérdida de tiempo, y no porque sepan nadar, como asegura la sabiduría popular, sino porque las nuestras habían hecho un curso de buceo, o, peor aún, se habían adaptado al medio y habían criado branquias.

Por tanto, ambas teníamos claro lo que queríamos: alcanzar el nirvana étílico, y con grado *cum laude* a ser posible.

Cuando nos fijábamos ese objetivo, la mayor parte de las veces nos quedábamos en casa de Sabrina, que vivía sola. Aunque emocionalmente fracasada, era profesionalmente exitosa, con lo que su trabajo le daba para pagarse con holgura el alquiler. Físicamente también era afortunada, ya que tenía unos rasgos perfectos, consistentes en una nariz pequeña y graciosamente respingona, unos ojos color miel, un pelo liso del mismo tono y una piel muy blanca que solía contrastar con un carmín rojo intenso. Y era más alta y delgada que yo. No obstante, al igual que sucedía conmigo, su apariencia no le granjeaba admiradores, sino más bien al contrario, de manera que en lo que también coincidíamos era en acumular y compartir penas.

Lo que solíamos hacer en esos casos era vernos una comedia romántica, del tipo *Pretty Woman*, para fustigarnos sentimentalmente sobre la mucha suerte que tenían algunas y la nula que teníamos nosotras, echar unas risas, algunas lágrimas y, chupito aquí, chupito allá, acabar beodas perdidas.

Para nosotras, esas veladas tenían un aliciente extra, que era su comodidad. Cuando llegábamos al estado de cogerza total, ella se iba a la cama, su cama, y yo me arrastraba —dicho en sentido literal—, descansillo arriba, hasta la mía.

Por el contrario, el sábado 16 de junio habíamos decidido hacer frente a la vida y salir a romper la noche. De hecho, en ningún momento nos lo tomamos

como una salida cualquiera. Nos arreglamos con minuciosidad, nos maquillamos hasta las ideas y elegimos con sumo cuidado el sitio al que queríamos ir: La Posada de las Ánimas, en la calle Lagasca, porque nos encantaba el nombre y porque nos habían dicho que el ambiente era estupendo, elegante pero sin llegar a ser excesivamente pijo, a pesar de estar en pleno barrio de Salamanca.

Y dicho y hecho: carretera de La Coruña abajo rumbo a Madrid. ¿Objetivo oficial? Desahogarme y, de paso, dar un golpe de timón a nuestra mala racha en asuntos de hombres. ¿Objetivo real? Encontrar un clavo con el que sacar otro clavo.

Ya nada más llegar, la discoteca nos causó una buena impresión: la decoración estaba muy cuidada, la música era genial y la concurrencia tenía una pinta más que aceptable, compuesta por hombres bien vestidos y aparentemente educados. Y, además, enseguida empezaron a revolotear los moscones.

Previamente, Sabrina y yo nos habíamos puesto de acuerdo para no cagarla esta vez, ya que ambas teníamos sendos problemas que no se compenetraban en absoluto. Así, mientras que yo no paraba de parlotear, ella no se arrancaba a hablar. Decenas de citas, y a cuál más gloriosa, habíamos arruinado por esa antinomia, una de las cuales expongo a continuación: uno de los tíos, mudo, mirando para Barcelona; el otro, afásico, enfilando los ojos hacia Lisboa; Sabrina, ausente, localizando Marte, y yo, pletórica, repoblando sola nuestra galaxia, todita la Vía Láctea y, de paso, haciendo un vía... crucis de la cena.

Sabrina era de la opinión de que esa dicotomía nos hacía irradiar un mal karma como dúo que, a su vez, nos impedía ligar en pareja.

—Yo creo que deberíamos estar más compenetradas... —había asegurado por la mañana, mientras acordábamos una nueva estrategia antes de bajar a Madrid.

—Pero ¿cómo pretendes que lo hagamos, si tú no consigues hablar y yo no consigo callar? —afirmé.

—Estoy convencida de que es una cuestión de actitud.

—Te equivocas en una letra. Se trata de aptitud.

—En absoluto. Lo que tenemos que hacer es cambiar la perspectiva de

nuestros defectos hasta convertirlos en virtudes. Simplemente tenemos que ser buenas en lo nuestro..., no..., mejores, positivas.

Yo no era capaz de entender nada.

—¿Te refieres a positivas en plan ponernos una gorra con una carita feliz? ¿O buenas del tipo dejar pasar a los peatones en los pasos de cebra y no acelerar mientras los cruzan? ¿O a hacernos de una ONG, como Desesperadas Sin Fronteras? —le pregunté con sorna.

Sabrina soltó una carcajada.

—¡Qué buena idea! Un grupo de mujeres que recorre el mundo dando apoyo y consuelo a otras atormentadas por los hombres —se carcajeaba—. Bromas aparte, ¡eso tendríamos que montarlo! ¡Y verías qué éxito! Pero, volviendo al otro punto, a lo que me refiero es a que deberíamos concentrarnos en lo que somos y no intentar cambiarlo, que a la vista está que se nos da fatal, sino sacarle partido.

Sus palabras, ahora sí, empezaban a cobrar sentido.

—¿Quieres decir que, en lugar de excesivamente callada, parezcas tremendamente interesante?

Sabrina me dio la razón moviendo las manos con un ademán de inteligencia y asegurando a continuación:

—¡Ya lo has pillado!

«Pues no es mala idea —pensé— transformar su casi patológica mudez en un enigma con halo de misterio.»

—Pero y con lo mío, ¿qué hacemos? —le pregunté inquieta.

—Hablas mucho porque te pones nerviosa, ¿verdad?

—Cierto —afirmé contundente.

—Entonces lo que tenemos que conseguir es que no te pongas nerviosa.

—Y ¿tienes alguna sugerencia? —añadí, demostrando con mis gestos que no había que ser una lumbrera para llegar a esa conclusión.

Su respuesta fue afirmativa.

—Tila.

—Estás de coña, ¿no?

—En absoluto. He leído en Google que puedes tomarte hasta cinco o seis al día sin problema, de manera que, si te bebes dos litros seguidos, seguro que

se te calman los nervios de golpe.

Visto así, la verdad es que no parecía tan mala idea. Todo era cuestión de probar.

Sin embargo, en lo que no habíamos caído ninguna de las dos era en que la tila también provoca sueño, con lo que, al cabo de unas horas, yo iba sujetando las esquinas de medio Madrid. Ni con esparadrapo podía mantener los ojos abiertos, por no hablar de la lengua, que se debatía entre el estado de sopor circunstancial y el de máxima actividad habitual, en una suerte de acelerar-frenar-volver-a-acelerar que me recordaba a cuando un conductor de coche automático coge uno de marchas por primera vez.

La única palabra que podría haber definido fidedignamente la situación era penosa, o lastimosa tal vez.

El resultado fue que, al final de la noche, tuve que tomarme dos litros de café para compensar el efecto de la tila, de manera que casi acabo en Urgencias. ¿Motivo? Mezcla hilarante de sustancias, o de infusiones, para ser exactos.

No se podía ser más patética, ni más lamentable, por lo que, en prevención de futuros acontecimientos similares, le advertí a Sabrina, de manera tajante, que para la próxima vez prefería hacerme pasar por sueca, que así vería como no hablaba, si bien ella se mostró igual de contundente conmigo.

—De ninguna manera. Eres capaz de hacerte un cursillo acelerado en internet con tal de soltar lo que sea por esa boquita. Menuda eres tú.

Pues tal vez tuviera razón. Menuda era yo.

Pero, volviendo al asunto que nos ocupaba en La Posada de las Ánimas, a medida que se nos fueron acercando los pretendientes fuimos descartando a todos los que nos parecían moscones, aunque, eso sí, justificando nuestras razones: algo fronterizos, poco evolucionados, demasiado egocéntricos, sobradamente pretenciosos... Hasta que aparecieron dos, ostensiblemente guapos y aparentemente divertidos.

—Hola, preciosidades, necesitamos urgentemente una sincera opinión femenina. ¿Vosotras os casaríais con este chico llamado Luis? —nos preguntó el otro, de nombre Carlos, según nos hizo saber a continuación.

«Curiosa manera de entrar», nos dijimos Sabrina y yo comunicándonos por

telepatía. En general, es oír la palabra boda y los tíos salen huyendo, ¡y éstos arrancaban con ella! La noche podía estar graciosa.

Sabrina, en su papel de mujer misteriosa, se limitó a mirar al tal Luis a los ojos con intensidad, como si quisiera subyugarlo, mientras que yo aseguré:

—Los matrimonios son malos o peores. ¿De qué tipo sería el nuestro?

Los dos soltaron una carcajada.

—¡Eres una optimista! —ironizó Luis—. Pues me las voy a dar de positivo yo también y me voy a aventurar a decir que el peor.

—De acuerdo entonces —proseguí—. Acepto boda como animal doméstico si tú me admites divorcio exprés como dama de compañía.

Volvieron a reírse, aunque Luis estuvo ágil y reaccionó enseguida.

—Concedido. Y, como soy un caballero, te regalo un no acuerdo prematrimonial.

—Yo que tú no me arriesgaría, forastero —le rebatí con suficiencia—. ¿Conoces el chiste de Barbie?

—Ni idea —confesó.

—¿Sabes por qué la Barbie divorciada vale cinco veces más que las normales? Porque viene con la casa de Ken, el coche de Ken, la lancha de Ken, la ropa de Ken ¡y un amigo de Ken! ¡Pues a eso te enfrentarías!

Mientras Carlos se desternillaba, Luis me dedicó una sonrisa de oreja a oreja y una mirada que decía: «Podrías llegar a gustarme».

«¡A lo mejor hay suerte y algo bueno sale de la noche siguiente a mi desastrosa cita de ayer!», pensé para mis adentros.

—Seamos posibilistas entonces —prosiguió Luis—. ¿Y si cambio de opinión y opto por un matrimonio de los malos?

—Nos esperarían, anualmente, 251 discusiones por la suegra en particular; 157 por la familia en general; 143 por los hijos; 122 por estupideces, memeces y sandeces varias; 119 porque tú eres un egoísta y yo una pesada; ochenta conversaciones de besugo y sólo tres polvos de reconciliación.

Las sonrisas volvieron a aparecer en sus caras.

—Y ¿estás segura de que este matrimonio es de los malos y el otro de los peores, porque a mí me parece que los adjetivos están cambiados? —contraatacó Luis.

—¡Lo peor es siempre lo que viene después! —vaticiné.

Mientras pronunciaba esa última frase, vi en los ojos de Luis que mi posición había ascendido, pasando de «esta chica podría llegar a gustarme» a «esta chica me gusta».

—Y ¿cuántas veces dices que te has casado para tener tanta experiencia y conocimientos? —inquirió Carlos con humor.

—Ninguna —precisé, haciéndome la ofendida—. Soy una teórica del tema. Reservo mi divorcio para mi príncipe azul.

Verdaderamente, parecían estar pasando un buen rato los dos. Sin embargo, de repente, se me quedaron mirando muy fijamente, hasta que Carlos le comentó a Sabrina:

—Pues azul no sé, pero roja sí que se está poniendo tu amiga. Yo creo que deberíamos salir para que le diera un poco el aire.

Carlos tenía razón. Mi mezcla de tilas, café y alcohol estaba en plena efervescencia en ese momento, de manera que mi cuerpo era lo más parecido a un caldero en ebullición.

Amablemente, Luis sugirió que nos fuéramos a un pequeño parque cercano, donde los cuatro nos sentamos en un banco en el que, por fortuna, corría un poco de la brisa que alivia las calurosas noches de comienzos de verano.

Transcurridos unos cuantos minutos, cuando sentí que mi sangre volvía a circular con fluidez, vi un columpio, en una esquina, que me recordó a aquellos infantiles en los que me subía para que mi padre me empujara, intentando alcanzar gracias a él las nubes.

Luis me siguió, se sentó en el columpio de al lado y tiró suavemente de las cadenas para atraerme hacia él.

—Llevo toda la noche tratando de averiguar de qué color son tus ojos. ¿Grisés, azules, una mezcla de los dos? —me preguntó.

—Son volubles, como el corazón de los hombres —respondí con un guiño.

Noté que le había gustado mucho mi respuesta, y también que tiró un poco más de las cadenas para acercarme aún más a él.

—¿Y los míos? —me retó.

—Pardos, como el color de la miel —aseguré.

—Inexacto. Tendrás que definir mi color pardo más de cerca —volvió a

desafiarme.

—Pues tienen un poco de marrón, un poco de amarillo, un poco de verde...

—...Y un poco de azul, y un poco de rosa, y un poco de morado...

Y es que, en ese preciso momento de cercanía y conexión, mi estómago estalló, pero no en una explosión controlada, sino más bien en la secuela de la niña de *El exorcista*, porque aquello no podía considerarse una vomitona normal y corriente. Se trataba de pirotecnia digestiva, con todos mis jugos gástricos esparcidos por la tierra, cubriendo sus pies. Y, como todo lo que es susceptible de empeorar empeora, cuando fue a levantarse para alcanzar las hojas de un árbol cercano con el fin de limpiarse, resbaló y cayó directamente, como no podía ser de otra manera, sobre la vomitera, mi vomitera.

—¡Uy! El suelo está precioso en esta época del año. Mira, también tiene gris, turquesa, violeta... —fue el comentario poco acertado que vino a continuación de una Sabrina un tanto alcoholizada también.

Carlos y Luis la miraron con cara de estar pensando «¿esta tía no se ha tomado la medicación o qué?!», pero, para ser honesta, he de decir que, para una vez que hablaba, sembrada no había estado, no, pero ocurrente sí, la verdad.

Sin embargo, yo, una vez más, cuando parecía que iba ganando, de nuevo perdía. Otra noche más que acababa en tragicomedia, otra noche más que había tenido que cagarla... o vomitarla.

Aun así, Luis fue razonablemente cordial dada la situación y se despidió con una vaga e indeterminada proposición, que nunca tendría lugar:

—Bueno, casi que nos vemos otro día.

Asentí con la cabeza y levanté la mano en señal de adiós, alzando ligeramente la voz para expresar un sincero «lo siento». Y bien sabía Dios que lo sentía, aunque no sólo por una nueva situación ridícula que añadir a mi VSL; lo que me mortificaba era la oportunidad desperdiciada, y no una cualquiera, sino una rara ocasión en la que por fin alguien tenía interés en mí, en la que yo le gustaba a alguien.

Lamentablemente, y ya fuera especial o no, esa historia pasaría a formar parte de mi glosario de «no-relaciones», de mis «relaciones barco», de las

que acababan con él a babor y yo a estribor, o de mis «relaciones hiato», cada vocal por su lado, sin importar si la partición era visible o invisible, dolorosa o indolora.

No obstante, lo peor estaba por llegar, como acababa de recordarme Sabrina, ya que aún me quedaba por relatar la traumática experiencia vivida con mi cita del día anterior, Duarte Arteaga.

—Las dos solas de nuevo... —dijo cáusticamente mi amiga.

—Lo sé —afirmé, reconociendo que había llegado el momento.

—¿Qué te parece si nos vamos dando un paseo hasta las terrazas de la Castellana, nos tomamos algo allí y me cuentas?

Asentí con más certeza que convencimiento y comencé por el final, en un intento de resumir y mitigar el mal trago.

—Pues acabé...

—De eso nada, bonita —me cortó Sabrina—. Desde el principio, por orden estrictamente cronológico, y con pelos y señales.

—Vaaale —consentí de nuevo—. Duarte ya me estaba esperando cuando llegué al Ochenta...

—¿Cómo lo reconociste? —me interrumpió.

—Habría sido imposible no hacerlo. ¿Te acuerdas de que te dije que en la foto del perfil parecía el hermano guapo de Brad Pitt? Pues no lo era. Era la versión mejorada del hermano guapo de Brad Pitt.

—¡Guau! ¿E iba bien vestido? —preguntó a continuación.

—Para caerse de espaldas. No llevaba corbata, pero iba con traje de chaqueta azul noche, de esos que la americana es muy ajustada, marcando hombros, y el pantalón se va estrechando hasta que se hace pitillo en los tobillos. ¡Un cuerpazo! Por lo que se refiere al resto, zapatos negros, de cordones; camisa blanca, con un par de botones desabrochados a la altura perfecta, y, en el bolsillo de la chaqueta, un pañuelo doblado con forma de cuadrado del que sólo se veía el extremo superior, con dibujos geométricos en azul oscuro y blanco.

—¿Impresionante?

—No te lo puedes ni imaginar, tanto que lo primero que pensé fue que cómo era posible que un tío así necesitara de una página de citas para ligar.



—Bueno, él podría haber pensado lo mismo de ti, que eres bastante mona hasta que abres la boca...

—Gracias, cariño, yo también te quiero... —le respondí con displicencia.

—Menos zalamerías y al grano —me despachó.

—Pues en cuanto llegué a la mesa se levantó para darme los dos besos típicos y ¡para acercarme la silla! Y, por primera vez en mi vida, sentí que las otras mujeres ¡me miraban con envidia!

—¡No me extraña! —se maravilló.

—Ya te digo. Además, me empezó a dar ese punto cursi y romántico de verte flotando y mimetizada con el atardecer, que lo teníamos justo enfrente...

—Exactamente, ¿qué parte de «al grano» es la que no has entendido?

—¡Ay, hija, qué carácter! ¡No me extraña que no te comas un colín!

—Sin faltar, y sin despistarte, que te disipas —me ordenó con un gesto gracioso de suficiencia.

—¡Ya sigo! Me preguntó lo que quería tomar, se lo pidió al camarero y dijo las cuatro cosas típicas para romper el hielo, ya sabes: «me encanta este sitio», «qué buena noche hace», «se está genial en la terraza»...

—¿Y tu problema verbal?

—Bastante contenido hasta ese momento, la verdad.

El motivo era que justo antes de entrar me había hecho una lista mental con dos firmes propósitos:

No contar de más. Compartir experiencias no deseadas no es un acto de generosidad; lo es de estupidez.

Y no preguntar de más. No hace falta averiguarlo todo en el minuto uno. Se puede dejar algo de misterio para el minuto dos.

Pero fue hacia el tres y medio, aproximadamente, cuando Duarte me comentó entre risas:

—Como interrogadora no tendrías precio. Te merecerías hasta el último céntimo que te pagaran. Hay cosas que te he dicho que desconocía de mí mismo, igual que cuando tienes agujetas, que descubres el dolor en músculos que ni siquiera sabías que existían. Una experiencia tántrica en toda regla —sonrió.

Me puse tan nerviosa que no sólo mis piernas, sino también mi lengua

temblaba. Pese a ello, me disculpé lo menos atropelladamente que pude, poniendo de manifiesto lo exasperante y agotador de mi problema. Sin embargo, él parecía más divertido que atento a mis balbuceantes explicaciones sobre mi exceso de vocabulario y curiosidad.

—Inciso —solicitó Sabrina—. Y ¿qué cosas averiguaste en esos tres minutos largos?

—Que es publicista; que trabaja en la agencia McCann; que ahora mismo lleva la cuenta de Coca-Cola Zero; que vive solo en un ático en la Urbanización Las Norias; que el piso es de su propiedad; que tiene tres hermanas, María, Carmen y Pandora, nombre que le pusieron por una tía solterona que era una apasionada de la mitología griega; que su padre es arquitecto en Acciona y su madre ama de casa; que la comida que más le gusta son los huevos fritos con patatas; que su color favorito es el azul; que el peor día de su vida fue cuando le dieron una paliza para robarle el coche y el mejor cuando aprobó la carrera...

—¡Joder, sí que te cunde el tiempo! —me interrumpió Sabrina—. Y no sólo tienes un don para hablar, también para escuchar, y para memorizar. Yo sería incapaz de recordar...

—¿Quién se está yendo por las ramas ahora?

—Perdón...

—Bueno, pues mientras yo todavía farfullaba, se acercó hacia mí por encima de la mesa, tocó mis labios suavemente con uno de sus dedos en señal de silencio y me aseguró que me comprendía perfectamente.

—¡Qué sexi! Y ¿cómo es que te entendía? —se sorprendió Sabrina.

—Al parecer, a él le pasaba lo mismo años atrás, hasta que hizo una terapia de *shock*.

—Y ¿te dijo en qué consistía?

—Algo parecido a cuando los fumadores quieren dejar el tabaco y los ponen a fumar como carreteros para que lo aborrezcan. Lo encerraron en una sala, junto con otras personas con el mismo problema, y, ¡ale!, todos a platicar, hasta que o bien se quedaron sin palabras o deshidratados, que lo mismo daba. Y ése es el momento, por lo visto, que tienes que visualizar cuando notas que la lengua empieza a deslizarse sin control.

—Y ¿a él le funcionó?

—Por completo. Lo que me aconsejó fue pillar a un amigo por banda, o ponerme delante de un espejo, ¡y a practicar!

Como seguí contándole a Sabrina, Duarte no cambió de actitud con respecto a ese tema durante el resto de la noche, mostrándose siempre comprensivo, calmando mis nervios cada vez que hacían aparición, cogiendo mi mano con suavidad y firmeza a la vez, intentando transmitirme seguridad y confianza, ¡y consiguiéndolo!

—¿Qué es lo que te asusta de los hombres a los que no conoces? —me preguntó en un momento dado.

—El rechazo —le dije en un ataque, pero esta vez de sinceridad.

—¿Crees que si te callas van a averiguar quién es la mujer que se esconde debajo de las palabras y los vas a ahuyentar? Los tíos lo llamamos mostrar a la persona que maneja los hilos, como en los guiñoles, o en las marionetas. Pero por experiencia te diré que sucede justo lo contrario. Si quieres iniciar una relación, tienes que ser minimalista. Para un hombre, menos es siempre más.

Curiosamente, mi madre pensaba lo mismo, que había que decir poco e insinuar mucho, jugar al misterio, provocar la intriga y dejar a los hombres con ganas de más. Sugerir más que enseñar.

—¿Qué es lo que te desagrada tanto de ti misma que no quieres que descubran los demás si se ponen a escarbar? —me preguntó a continuación.

Me pilló tan de sorpresa, y fue una pregunta tan íntima y profunda en cualquier caso, que no supe qué responder, ni pude hacerlo.

—¿He sido yo esta vez el que se ha pasado de directo y de curioso? —comentó acto seguido, mirándome con arrepentimiento.

—No, para nada —me retracté de mis propios pensamientos—. Lo que sucede es que no sé cuál es la respuesta. Quizá no sea una parte de mí; es el todo lo que me asusta.

—La insoportable totalidad del ser —bromeó con un regusto de amargura, tal vez en recuerdo de un pasado no muy lejano.

No quise preguntar, pero lo miré despacio y él me devolvió la mirada, casi a cámara lenta. Y en ese segundo conectamos. Entre nosotros se había

producido ese instante en el que los ojos se cruzan, coinciden y se alinean, plenos, sin afeites o artificios, y no huyen, fugaces, incómodos ante la desnudez de los ojos del otro, sino que permanecen quietos, serenos, sin apenas parpadear, intentando penetrar y ver más allá, si hay algo en los ojos del otro esperando para nosotros.

El resto del atardecer transcurrió suave, con un Duarte atento y detallista, llenando mi copa, sin permitir nunca que se quedara vacía. Tras El Ochenta, cuando el sol ya se hubo puesto y oscurecido por completo la tierra, nos montamos en su coche y nos dirigimos al Jardín de la Máquina, donde había reservado una mesa en la terraza, cerca del estanque.

—¿Habías estado alguna vez en este sitio? —me preguntó al llegar.

—Sí, pero hace un par de años por lo menos desde la última vez.

—A mí me encanta. Vengo con frecuencia en primavera y en verano, porque me apasionan los sitios al aire libre cuando llega el buen tiempo.

—Pues yo los prefiero a principios del otoño, cuando ya refresca. Me encanta esa sensación de frío que te recorre como un temblor bajo un cielo todavía cálido y azul. Es como la playa. Me gusta más en invierno.

—¡Eso sí que es una novedad! ¡Una mujer a la que no le gusta el binomio calor-mar! ¡Un espíritu libre! Alguien que disiente, y que diverge de la mayoría. ¡La noche mejora por momentos!

No sabía si tomármelo como un elogio o como un agravio, pero tampoco me dejó tiempo para averiguarlo.

—Vamos a hacer un test —prosiguió—. Voy a formularte una serie de preguntas, y tú vas a responder lo primero que se te pase por la cabeza, a ver en qué nivel de la escala te sitúo.

—¿Qué escala? ¿Qué test? —le pregunté intrigada.

—La respuesta junto con los resultados, al final de la encuesta —me emplazó—. Y vamos allá. Primera cuestión: ¿cuál es el mejor momento del día para ti?

—Un rato de silencio al final de la noche.

—¿Algo que siempre echas de menos?

—Un vaso de whisky cuando la cago, cosa que sucede muy a menudo.

—¿Lo que nunca harías sin que te obligaran?

—Morirme.

—¿Lo mejor?

—La esperanza, en que todo va a cambiar.

—¿Lo peor?

—La esperanza, en que todo va a cambiar.

Pregunta tras pregunta, Duarte fue anotando mentalmente los puntos, sin hacer ningún tipo de comentario o demostrar con gestos si mis respuestas le parecían disparatadas o acertadas, si bien finalmente, tras unos cinco minutos, dio por concluido mi interrogatorio.

—Ya está todo claro —afirmó—. Te asigno un 9,5 sobre una puntuación máxima de diez.

—Y ¿cuál es la escala? —pregunté antes de sentirme halagada.

—Personas diferentes a las que merece la pena conocer. Y no te doy el diez porque, como además eres preciosa, creo que se te acabaría subiendo a la cabeza.

Tras pronunciar esa frase, cogió mi mano suavemente y la acercó a sus labios para besarla, lo que provocó en mí el mismo efecto que el de una tableta de chocolate perdiendo su forma y consistencia dentro del microondas.

Nos encontrábamos tan a gusto juntos que no hallábamos el momento de marcharnos. Enlazábamos una conversación tras otra, una risa tras otra, una mirada tras otra, sin ser verdaderamente conscientes del tiempo que había transcurrido desde que habíamos llegado. No obstante, más allá de las dos de la madrugada, y con iguales dosis de cortesía que de firmeza, el gerente del restaurante nos solicitó que nos marcháramos. Tras comprobar la hora que era, nos disculpamos con amabilidad, aunque sin mucho convencimiento, entre sonrisas y guiños de complicidad, y nos dirigimos de nuevo hacia El Ochenta para recoger mi coche.

Nada más abrir la puerta, cuando me disponía a entrar, Duarte me agarró con delicadeza por la cintura y me dio suavemente la vuelta para colocarme frente a él. Yo pensé que el primer beso, nuestro primer beso, no se iba a demorar, pero en su lugar me susurró al oído:

—Tenemos que dejar lo mejor de la noche para nuestra próxima cita, así ninguno de los dos podrá pensar en otra cosa que no sea volver a vernos.

Casi fallezco allí mismo de un ataque de romanticismo. Y, para completar la escena, en ese momento pasó por nuestro lado una vendedora de flores, a la que compró una rosa roja para regalármela.

—Y ¿tú no desconfiaste entonces de que algo iba mal? —me interrumpió Sabrina.

—Pero ¿por qué dices eso? Me pareció un detalle precioso —me indigné.

—Cuando un hombre te regala flores es que ya te ha fallado... o que te va a fallar —dictaminó.

—¡Mujer! En el mundo no siempre pasan cosas malas..., si bien es verdad que después...

—Tú y yo no vivimos en ese mundo, cariño —me cortó tajante.

Razón no le faltaba, pero los sueños, como la esperanza, o el amor, poseen una vida independiente. Tienen pies que andan solos, un cerebro que piensa solo y hasta un corazón propio.

—Y ¿cuándo te diste de bruces con la realidad? —me preguntó Sabrina.

—Bien poquito después —reconocí.

Así, tras poner la rosa en mis manos, Duarte me besó en la mejilla y me susurró:

—Como caballero que soy, no voy a dejar que vayas a casa sola.

—No voy sola, mi coche me acompaña —sonreí, agradecida y divertida.

—Y el mío también. Venga, arranca, que te sigo.

Y lo hizo, pero no sólo seguirme, sino perseguirme, jugando a adelantarme, a chocar conmigo. Al principio me hizo gracia, por las caras que ponía mientras me incordiaba; sin embargo, enseguida me di cuenta de que ese juego podía convertirse en algo muy peligroso, tal y como de hecho sucedió.

Sólo hizo falta un pequeño golpe lateral para que mi coche, mucho más frágil que el suyo, perdiera su horizontalidad y se colocara, en sentido vertical, sobre el asfalto, con el costado derecho completamente apoyado sobre el firme. La gravedad hizo el resto. El techo acabó en el suelo y las ruedas girando, mirando al cielo.

Fue entonces cuando descubrí el motivo por el que Duarte necesitaba de las páginas de citas para ligar, ya que representaba a la peor especie de hombre que existe: el hijo de puta encantador. Así, mientras yo estaba

colgando del cinturón de seguridad, con la sangre golpeando mi cerebro —y casi mi culo también—, él se limitó a acercarse a la ventanilla para preguntarme:

—Oye, te encuentras bien, ¿verdad? Es que..., ¿sabes qué pasa?, con el puntín que llevo, creo que es mejor que no esté aquí cuando llegue la policía, los bomberos, la grúa o quien vaya a venir. Si me hacen un control de alcoholemia, lo voy a tener jodido.

No había alcanzado ni a pensar qué responder cuando él volvió a la carga:

—Nada, no te preocupes, que todo va a salir bien. Busca el bolso, coge el móvil y marca el 112. Es que..., ¿sabes lo que pasa?, que como las llamadas las registran y las conversaciones las graban, prefiero que seas tú quien lo haga y así nos evitamos problemas. ¿No te parece la mejor idea?

Dicho esto, ¡dio media vuelta y se marchó!, ¡sin siquiera echar la vista atrás! Y yo me quedé allí, luchando contra la gravedad e intentando localizar un teléfono que parecía haberse volatilizado en el espacio interestelar.

Finalmente, fue una amable pareja que pasaba por allí la que dio aviso a Emergencias y la que se quedó conmigo hasta que mi cabeza volvió a estar en su posición normal, justo encima de los hombros.

Yo no podía estar más encolerizada, pero no sólo con él por las razones obvias y cualquier otra imaginable, sino también conmigo misma, por haberme dejado engañar por un tipo de hombre contra el que siempre estaba especialmente alerta. Y es que, de todas las categorías posibles, ése era de la peor ralea: el cabrón cautivador, el encantador de serpientes, que anula todos tus sentidos y hasta tu instinto de supervivencia.

¡Ese cretino, sin que yo hubiera sido capaz de imaginar que nada parecido pudiera suceder, me había dejado sola, suspendida dentro de un coche por un accidente que él mismo había provocado! ¡¿Y si se hubiera incendiado?!

Aquello tenía que ser una broma cósmica, una cámara oculta colocada por Dios en todas y cada una de mis citas para ver cuál superaba en risión y penurias a la anterior. Y seguro que hasta hacía porras con Jesucristo, la Virgen María, el Espíritu Santo o el mismísimo sursuncorda para sacarse unos euros extras a mi costa.

Yo siempre había pensado que el universo destinaba a cada ser humano

una ración de mala suerte en la vida, ¡pero es que a mí me había proporcionado un restaurante entero!

Desde luego, si existía una cosa llamada justicia poética, no se ajustaba en absoluto a lo que mi vida amorosa era. Mi vida... En ese momento sentí que toda mi vida había sido una sucesión de decisiones equivocadas. Hasta donde mi mente podía alcanzar, no recordaba haber tomado ninguna decisión correcta, o que no quisiera cambiar si pudiera, sobre todo con respecto a los hombres.

Cuando finalmente llegué a mi casa, ni siquiera fui capaz de acostarme en mi cama; me apoltroné en el sofá del salón, boca arriba, en un estado catatónico del que mi madre no pudo rescatarme hasta bien entrada la mañana. Aun así, llegada esa hora me negué a moverme de allí o a hablar con ella del tema. Ante mi mutismo y mi falta de movilidad, a eso de las cuatro me preguntó:

—¿De verdad que te vas a pasar todo el día tumbada así?

—No. A media tarde pienso darme la vuelta —respondí.

En realidad, tenía otro plan alternativo, que era morirme allí mismo, y no una, sino varias veces. O un tercero, que era adaptarme a ese nuevo contexto de ultraje, humillación y abandono mediante un mecanismo que siempre me funcionaba: la negación de la realidad. Mirar para otro lado y hacer como si nada hubiera pasado. Eso y dejar que todo lo invadiera de nuevo la puta esperanza de que las cosas algún día pudieran cambiar.

Sabrina fue la que me convenció para seguir esa tercera opción, hacer de tripas corazón y bajar a Madrid la noche del sábado para romper la mala racha, lo que, como ya es sabido, tampoco constituyó ningún remedio para ningún mal. Y el pobre y vomitado Luis era la prueba viviente de ello. A esas alturas, lo único que estaba claro era que o la cagaban ellos o la cagaba yo, pero resultaba más que evidente que había algo incompatible entre los hombres y Marina Mirizarry. No obstante, hasta a mí misma me preocupaba lo pertinaz que era en mi error, como si en mi cabeza no quedara ni un ápice de sentido común que me indicara que en algún momento tenía que parar, aunque sí las dosis suficientes de tozudez y obstinación para seguir insistiendo en lo imposible.



Sí. Tenía que abandonar. Y un domingo cualquiera de mediados de junio podía ser tan buen día como cualquier otro para tomar esa decisión. Tenía que empezar a asumir que hay personas que no están genéticamente predestinadas a tener pareja, y el hecho de no alcanzar a comprender por qué yo era una de ellas ya no era motivo suficiente para que no lo aceptara. Y ése era un buen día para ello. Un día de esos en los que el mundo era un lugar gigante y yo minúscula. Otro día infernal de esos tantos de mi vida en los que sólo era frágil y vulnerable. Uno de esos tantos días de comienzos de verano en los que el calor apretaba, las horas se detenían y se tornaban tan insoportables como mis fracasos sentimentales.

Tenía que ser precisamente verano. Yo necesitaba el invierno, mi invierno, un poco de frío, algo de lluvia, el olor a tierra mojada, un té caliente que me reconfortara el alma. Pero era verano, y yo odiaba el verano. Odiaba el calor. Odiaba el sol. Odiaba sudar. Me gustaban los jerséis de cuello alto, las bufandas y los gorros. De hecho, en mi armario había ciento doce suéteres, ochenta bufandas y setenta gorros. Y, cómo no, tenía una lista que lo probaba.

Tampoco me gustaban esos cielos soleados, inmensamente azules y planos del verano. Me entusiasmaban los que tenían efectos 3D, voluptuosos y con matices, las nubes grises y sus carreras veloces cada vez que hacía viento, entrecruzándose o enzarzándose.

Desde luego, mi reino no era de este mundo llamado España, con sus cuarenta y cinco grados a la sombra y ese sol de justicia capaz de derretir los dos Polos a la vez. Y, de repente, por asociación de ideas, caí en la cuenta de que no había vuelto a pensar en el lago Ness, donde tenía un trabajo que realizar y adonde mi jefe me había pedido que me trasladara cuanto antes para organizar un espectáculo de ballet.

Así las cosas, mi doloroso propósito para ese domingo, que consistía en dar por concluido el sueño de ser alguna vez algo para alguien, se había transformado en otro esperanzador que iba a ser llevado a cabo el lunes.

Objetivo geográfico: Escocia. Objetivo demográfico: Ninguno.

Se habían acabado los análisis de población. Se habían acabado los tíos. En adelante sólo habría dos tipos de hombres en mi vida:

Grupo 1: Olvídate de él.

Grupo 2: Ni se te ocurra pensar en él.

Por primera vez desde que tenía uso de razón sentimental no iba a centrar mi vida en ellos, ni tampoco mis expectativas. Necesitaba otra perspectiva. Mi perspectiva. Mi meta, personal e intransferible..., y solitaria: sólo yo conmigo misma y una nueva historia, que escribir y que contar. Y la verdad es que me apetecía.

Aun así, el despertar de la mañana del lunes no fue tarea fácil. Todavía tenía el alcohol del sábado taladrándome las sienas e impidiéndome pensar con claridad. Tratar de matar a mi mosquito cojonero con la laca para el pelo no fue una buena señal, pero peor lo fue intentar fijar mi coleta alta con el insecticida. Eso sí, ni un solo bicho se me acercó en varios kilómetros a la redonda, que hasta a las palomas ahuyentaba.

Y la cosa no mejoró cuando llegué a la oficina, ya con mi maleta hecha. Estaba claro que tenía que dejar de beber, o al menos cuando había que ir a trabajar un par de días después. Y menos mal que tenía un despacho propio, porque nada más sentarme ya hice un alarde de ineptitudes varias:

Confundir el móvil con el ratón y, lejos de darme cuenta o desistir al comprobar su ineficacia, empeñarme en el error, empleando todo tipo de bailes tribales para conseguir que el puntero asomara por la pantalla.

Colocarme el auricular en la nariz, en lugar de en el oído, para hablar con Calem Montague. Y, sí, sí se oye, y, no, ese tipo de cosas no me iban a ayudar a conservar ese trabajo. No obstante, y afortunadamente, nadie me vio, así que salí airosa de la situación. Preparé toda mi documentación, quedé con Calem y puse rumbo a Escocia.

De camino hacia el aeropuerto, con la ventanilla bajada y el aire despejando mis ideas, me sentí afortunada. Tenía una nueva oportunidad, de romper y volver a empezar. Y podía hacer doblete con mi vida: no más ordenar armarios y no más citas. Había habido una quince, pero no habría una dieciséis.

Puse un punto final mental a la última de ellas y pensé:

Cita 15

- Error: La mayor parte de los infortunios de la gente se debe a no saber conformarse con lo que tiene.
- Certeza: Ni una puta cita más. Y Brad Pitt no tiene hermanos guapos y, si los tiene, no acuden a webs de citas españolas para buscar pareja.
- Sugerencia: Ser célibe no debe de estar tan mal. Si a la vuelta de Escocia me ofrezco para decorar algún convento de clausura, a lo mejor me dan cama, comida gratis y asesoramiento espiritual.

Sin embargo, lo que planeas y lo que ocurre suelen ser cosas distintas. Eso, y que la vida a veces es tozuda y te empuja hacia donde debes, o tal vez no, estar.

## 8

### *Amanda*

Amanda se levantó aquella mañana con una sensación mezcla de vértigo y melancolía, pero también de satisfacción y alivio. Así sabía la venganza, y no era un sabor amargo, ni tan siquiera agridulce: era refrescante y reconfortante, como un vaso de té helado en la tarde más calurosa del verano o una taza de café hirviendo en el día más frío del invierno.

Él se lo había quitado todo, y a todos, y ella ahora también. Por fin se lo había quitado todo. Le había llevado diez años, pero en ese instante, mientras miraba el mar que salpicaba tras la ventana y ponía en orden su memoria, supo que la espera bien había valido la pena. Del infierno se sale.

Antes de saber que estaba en él, hubo un día en el que fue feliz. Sí, recordaba un día en el que, ya casados, había sido feliz con Pablo. Fue un 5 de mayo, el día de su cumpleaños, su primera celebración juntos tras la boda, cuando ambos tenían poco más de veinte años.

Ella regresaba del trabajo y al llegar a casa se encontró, colgando de las paredes, un montón de indicaciones para localizar el tesoro, su regalo de cumpleaños, imitando un juego infantil de piratas y bucaneros. «Gira a la derecha en la columna del pasillo. Debajo de la escalera y detrás de la butaca verde. Caliente, caliente, muy caliente. ¡Que te estás quemando!»

Y, aquel día, Amanda no dio abasto a reír, a seguir las pistas de los carteles a la vez que respondía a duras penas las decenas de mensajes que le

llegaban por SMS y a la gente que la llamaba por teléfono para felicitarla. Después hubo una cena, unas velas, alguna mirada, alguna caricia, algo que ella pensaba que era amor.

Fue un día feliz.

Este año, por el contrario, en su cuarenta cumpleaños, sus únicas felicitaciones habían sido de IKEA, que la invitaba a comer gratis; de Trucco, que le ofrecía un diez por ciento de descuento; de Google, que adornó con un montón de tartas con velas encendidas la cabecera de acceso a su cuenta, y de la clínica dental, que aprovechaba la ocasión para recordarle la endodoncia que tenía que hacerse.

Estaba sola. Completamente sola.

Aun así, estaba en paz. Y era un poco más sabia. Experta en desamor, en realidad.

Todo lo que había aprendido sobre el amor lo había aprendido lejos de él. Resulta curioso cuánto se puede llegar a saber de algo que no se ha tenido nunca. Aprendizaje por negación y/o por ausencia. Su ausencia.

Aquella mañana, cuando Pablo se marchaba definitivamente de la que hasta el momento había sido su casa de verano, sólo alcanzó a pronunciar tres palabras:

—Me olvidarás, ¿verdad?

—Todos los días —le respondió Amanda.

«Y hasta el final de mis días», se le quedó en el tintero. Y es que aquellos a los que odias no mueren nunca.

Lo odiaba. Lo odiaba desde el minuto en el que fue consciente de que lo único que quiso de ella fue su dinero, y lo odió más aún cuando se dio cuenta de que se lo había llevado todo. Y lo odió hasta el infinito cuando se percató de que Pablo la toleró mientras su cuerpo estuvo contenido. Sí, todo fue aparentemente bien mientras fue Barbie..., hasta que se convirtió en Barriguitas. Y más de diez años hacía ya de eso.

Entonces fue cuando empezó la guerra. E intentó ganarla, luchar al menos. Pese a ello, sus palabras siempre se rendían ante las de él. Sus defensas se rompían ante su propia falta de fuerza, porque nunca fue tan débil como cuando lo quiso, nunca fue tan ignorante, tan torpe, tan pusilánime, y a la vez

tan tenaz, tan persistente en el empeño de quererlo.

De hecho, hasta tres veces intentó echarle de casa, de su casa, las mismas que dejó que volviera.

Al final, Amanda acabó deshecha, devastada. Quizá lo más inteligente entonces habría sido abandonar, recapitular y centrarse en sobrevivir. Los inteligentes olvidan. Para ser feliz hay que tener mala memoria.

No obstante, ella eligió vengarse, necesitaba vengarse. Necesitaba alimentar su flaqueza para que se convirtiera en una trinchera, un lugar donde refugiarse y restablecerse hasta estar preparada para la batalla final. Y para ello se sirvió del odio, del rencor, del desprecio, monstruos que habitan en las entrañas y a los que hay que cebar cada día para que pervivan. No le importó. Amanda se había fijado un propósito. El día que Pablo le dijo que iba a abandonarla, un día tal como ése de hacía exactamente diez años, ella se había marcado el objetivo de seguir casada hasta vengarse de él y pagarle con la misma moneda. Y lo había logrado diez años después. Sin embargo, esa mañana, mientras miraba el mar que salpicaba tras la ventana, todo volvía a su memoria como si fuera ayer.

—Lo siento, Amanda, pero lo cierto es que no tiene ningún sentido que sigamos juntos.

—¿Estás seguro de que ya tienes todo lo que querías?

—¿Tienes algo más que pueda quitarte? —le dijo Pablo empleando la misma cantidad de cinismo que de crueldad.

Ahora, en otro tiempo distante y bajo otro cielo, sus palabras aún le quemaban como el sol de mediodía de un día de agosto. Y todavía era capaz de ver los ojos gélidos de Pablo ocultos tras esas palabras como un millón de pequeñas estrellas brillantes e hirientes en un firmamento teñido de negro, que Amanda no había sido capaz de olvidar.

—Tenemos una hija —le recordó aquella mañana de hacía diez años—, que, a no ser que lleguemos a un acuerdo, va a crecer con dos padres inmersos en una guerra.

—No te queda nada con lo que luchar y, si quieres, puedo quitártela también.

—Teniendo en cuenta que tiene sólo dos años quizá no te resulte tan fácil.

No vas a encontrar a muchos jueces capaces de arrebatarle la custodia a una madre con una niña tan pequeña. Además, me habrás quitado el dinero, pero no los contactos.

—¿Qué contactos? —le preguntó con ironía.

Pablo había sido exhaustivo a la hora de aniquilar una posible supervivencia de Amanda. Sutil pero inexorablemente, había ido apartándola de todos sus amigos. Para ello a veces se había hecho pasar por un marido protector, atento a todos los defectos de los demás y solícito a prevenirla sobre ellos, aconsejándole distanciarse para no mantener relaciones con personas indeseables. En otras ocasiones se había mostrado como un esposo complaciente, dispuesto a idear y a anteponer cualquier plan marital sobre otros que implicaran tratarse con los conocidos de Amanda. Y las más de las veces había potenciado y magnificado a sus propios amigos sobre los de ella, en una suerte de vida social parcial únicamente controlada por él.

Con los años, y apenas sin darse cuenta, Amanda había ido quedándose sola.

—No me refiero a los amigos; hablo de los contactos de mi familia.

Los padres de Amanda eran unos ricos y bien posicionados empresarios que habían fallecido en un accidente de tráfico siendo ella muy pequeña. Al cumplir la mayoría de edad había heredado su fortuna y se había hecho con las riendas de la compañía —dedicada a la fabricación, diseño, confección, distribución y venta de indumentaria textil a nivel mundial—, puesto para el que sus abuelos maternos la habían estado preparando desde la niñez. Pero, durante su infancia, fueron sus abuelos quienes sacaron adelante el negocio familiar y quienes se encargaron de ampliarlo gracias a su buen hacer, aunque también a sus innumerables relaciones sociales.

Al mencionarlas Amanda, Pablo se dio cuenta, con enojo e irritación, de que había dejado un cabo suelto y de que tal vez tuviera que replantearse su estrategia. No era sólo su hija, es que podría peligrar su maniobra y convertir la obra en la que llevaba trabajando desde que había conocido a Amanda en un barco a la deriva.

—Bueno, en honor a todo el tiempo que llevamos juntos quizá podamos llegar a algún acuerdo que nos satisfaga a los dos —recoló.

Amanda y Pablo se habían encontrado por primera vez, cuando ambos tenían dieciocho años, en la cafetería de ICADE, la universidad privada donde los dos cursaron sus estudios de Derecho y Económicas. En el caso de ella, sus abuelos habían decidido que era la elección perfecta para garantizarle una educación que le permitiera llevar con soltura la dirección de la empresa. En el caso de Pablo, que provenía de una familia casi arruinada, consistía en un último esfuerzo por intentar que su hijo se situara bien en la vida. Y eso fue lo que hizo Pablo. Nada más saber que Amanda Sotuer, la famosa y adinerada Amanda Sotuer, iba a estudiar en el mismo centro que él empezó a trazar su plan, que básicamente consistió en acoso y derribo.

Fue a por todas. No le valía con convertirse en un esposo mantenido y vivir cómodamente el resto de sus días. Sus ambiciones eran mucho mayores. Lo quería todo, pero primero había que ganarse a Amanda. Y con tal fin hizo uso de toda la galantería y la caballerosidad de que fue capaz. Ramos de flores, cenas románticas, regalos inesperados, viajes sorpresa... Pablo no daba tregua. Quería que la cabeza de Amanda se desbordara de sueños, su estómago de mariposas, su corazón de esperanzas, para lo que llenó sus días de detalles hermosos, de palabras bonitas y gestos amables que la colmaron de una felicidad sólo real en la ficción.

Incluso ahora Amanda no podía evitar que se le saltaran las lágrimas cuando recordaba las rosas rojas que recibió en su primer Día de los Enamorados. Pablo había sustituido la flor número doce por una ostensiblemente artificial, colocada en el centro del ramo y de la que pendía una nota en la que había escrito: «Te querré hasta que la última flor muera».

Aquel día Amanda perdió su corazón, que le entregó por completo a Pablo cuando, para celebrar su primer año juntos, él la llevó a Ucrania, a un paraje cercano a un pequeño pueblecito llamado Klevan. Cuando estaban a punto de llegar, Pablo tapó sus ojos con un pañuelo mientras le susurraba al oído: «Una leyenda cuenta que, si una pareja pide un deseo en el sitio al que vamos, se hará realidad». Amanda hizo ademán de hablar, pero él la acalló con un beso, apasionado y tierno a la vez. Tras apagar el motor, la cogió suavemente de la mano, la ayudó a bajar del coche y la condujo hasta el punto adecuado, en el que descubrió sus ojos.



Amanda se encontró en el lugar más romántico de la Tierra, en una antiquísima vía de tren abandonada en torno a la cual el tiempo y la naturaleza habían creado un pasadizo, una especie de túnel vegetal cubierto por una bóveda forestal. Extensas ramas, mullidas hojas y frondosas flores lo cubrían todo, hasta donde alcanzaba la vista, desde el suelo hasta la cubierta. Sólo el sol conseguía filtrarse a través del follaje, formando enrejados de luz y realzando los verdes de la espesura.

El túnel del amor. Así le dijo Pablo que llamaban los lugareños a ese rincón exquisito, delicado, etéreo, sutil e irreal, el lugar donde se rodaría un cuento de hadas, pensaba Amanda mientras daba vueltas sobre sí misma, extendiendo los brazos e intentando tocar con ambas manos las densas paredes de lo que a ella le parecía un jardín encantado.

Y es que Pablo le había regalado un pedacito de magia.

Instantes después, mientras recorrían el sendero cogidos de la mano, él se agachó para atarse los cordones de los zapatos, a la vez que aprovechaba para poner una rodilla en tierra y afirmar: «Mi deseo es pasar el resto de mi vida contigo. ¿Quieres que sea el de los dos?». Y, tras llenar sus pulmones de aire, musitó: «Cásate conmigo». Esta última no había sido una pregunta, pero en sus ojos había un gesto de súplica, aunque no de duda. Estaba seguro de que Amanda respondería afirmativamente, como así hizo, con un «sí» sobresaltado y tembloroso, aunque definitivo y rotundo.

—Me casaré contigo —aseguró conmovida.

Mientras las lágrimas y las sonrisas se topaban a mitad de camino en la cara de Amanda, Pablo sacó una caja roja de su bolsillo y se la acercó para que la abriera. Un anillo de Cartier, el Trinity, compuesto a su vez por tres alianzas armoniosamente entrelazadas, aguardaba en su interior.

—¿Sabes lo que significan?

Ella negó con la cabeza, esperando una respuesta.

—El oro blanco simboliza la amistad, el amarillo la fidelidad, y el rosa el amor. Y eso es lo que yo te prometo, aquí y ahora, ahora y siempre.

Amanda nadaba en amor, se deshacía en amor. Sus sentimientos y emociones parecían estar hechos de un material dúctil que habría malogrado su capacidad para ser moldeable, como la mantequilla cuando se derrite y

olvida su consistencia. Había perdido completamente su voluntad. No quedaba ninguna resistencia en ella, ningún rastro de desconfianza o de duda. Pablo no era su amor, era su vida, su vida entera, una nueva vida entera.

De camino a Klevan, Amanda apenas podía pensar. Apenas podía hablar. Mientras recorrían de vuelta los tres kilómetros que componían ese pasadizo perfectamente moldeado por el bosque sólo hubo silencio, ese silencio que provoca el amor, lleno de miradas enternecidas, de besos turbados, de una piel estremecida por el roce levemente perceptible de unas manos enamoradas.

—¿Sabes qué creo? —le dijo Pablo—. Que, aunque después de esto no hubiera nada más, yo ya lo habría tenido todo.

—Nuestro pedacito de felicidad —sonrió ella radiante.

Sin embargo, a Amanda aún le quedaba un empujón más de felicidad. Pablo lo había dispuesto todo desde España para que, en el jardín de unas las cabañas del hotel Skolmo, les prepararan una cena en un entorno que ella no pudiera olvidar. Así, todo el recinto estaba delimitado por unos macizos de flores y plantas en los que se enroscaban luces diminutas que conferían un aspecto hechizado al lugar; les habilitaron también una mesa cuidadosamente decorada, cuyo centro lo ocupaban orquídeas rojas y velas, y dispusieron una alfombra de pétalos de rosa sobre la que acomodar sus pies. En un rincón, además, Amanda vio un piano, y también un violín, que al poco de llegar comenzaron a sonar suaves, sedosos, sosegados...

Y el aire de la noche se llenó de promesas.

Pablo había logrado finalmente su propósito. En la cabeza de Amanda se desbordaban los sueños, en su estómago revoloteaban miles de mariposas y su corazón estaba anegado en esperanzas.

Se casaron un año después, recién cumplidos los veinte. Los abuelos de Amanda no vieron ningún peligro, ni siquiera la juventud de ambos. Ellos mismos llevaban juntos desde los dieciséis y, pese a los muchos altibajos, su relación siempre había funcionado bien. Además, y a pesar de que la familia de Pablo se había venido a menos, esa falta de dinero no les parecía motivo suficiente para impedir la boda. Es más, Pablo parecía un joven con la iniciativa y la ambición necesarias para potenciar, y tal vez multiplicar, el negocio familiar.

Lo que nunca sospecharon fue cuán grande era su codicia. Amanda tampoco desconfió. Jamás receló. Ninguna de las veces que él le pasó papeles para su firma sin darle ninguna explicación, ni cuando se celebraron reuniones sin que a ella se la hiciera partícipe o al menos se las notificaran. Sí observó que, tras la boda, Pablo se mostraba cada vez más distante, pero Amanda todo lo achacaba al estrés producido por el trabajo.

El primer golpe sobrevino cuando se quedó embarazada. Y el segundo cuando dio a luz a su hija Violeta. Un hijo no formaba parte del proyecto de Pablo, ya que podría echar por tierra sus planes de arrebatárselo todo a Amanda. No obstante, y como había sido precavido, al haber dejado que transcurrieran el número suficiente de años para que sus malas acciones hubieran prescrito, Pablo decidió que había llegado el momento de poner fin a su matrimonio y esclarecer la verdad.

Por otra parte, los kilos de más que Amanda había acumulado durante el embarazo y la lactancia, de los que hasta ese momento no había podido desprenderse, molestaban tanto a Pablo como una piedra gigante en su zapato. En su vida no había lugar para las mediocridades. Él quería la mujer perfecta, con las medidas perfectas, para su vida perfecta.

Que Amanda fuera una de las mujeres más hermosas del país, como lo demostraba el hecho de que fuera portada habitual de las revistas femeninas —aun sin pretenderlo—, ya no era suficiente para él. Nada de su físico le gustaba, ni sus ojos, más verdes que el verde más profundo, ni su pelo, más oscuro que el oscuro más intenso. Nada. Pablo tenía un plan, y ella ya no formaba parte de él.

Sin embargo, a pesar de haberlo pergeñado y desarrollado concienzudamente, hubo un aspecto que no contempló y otro que infravaloró. El primero era el amor que su esposa sentía por él, y que la hizo luchar durante los dos años siguientes al nacimiento de su hija para salvar su matrimonio, y el segundo, el despecho, el sentimiento más atávico que puede tener una mujer, y que la hizo aguantar diez años más, hasta recuperar todo lo que él le había robado.

En esos doce años, Amanda perdió doce vidas. Y aprendió que no es cierto que el desamor sea algo intangible, indeterminado o abstracto, o que no

duela físicamente. Tiene la forma de millones de agujas que taladran el corazón cuando late, de cientos de puñales que perforan los pulmones cada vez que respiran, de miles de clavos que conformaban la cama en la que Amanda intentaba dormir cada noche.

El dolor se ve. Es palpable. Lo era en ella, en sus ojos, en sus manos. Aun así, durante los dos primeros años esperó una rosa roja en cada aniversario, en cada cumpleaños, pero sólo había una espina, cada día, que se transformaba en una ilusión rota, y después en un sueño roto que no se podía remendar, y, así, mes tras mes, hasta que no le quedaron más sueños que romper. Y Amanda quedó abierta en canal, con todo su dolor al descubierto.

Durante los diez años restantes sólo hubo infierno..., hasta que terminó.

Esa mañana, cuando Amanda hablaba con su abuela para decirle que Pablo por fin había dejado de formar parte de su vida, ésta le preguntó:

—¿De verdad que ya ha acabado todo?

—Bueno, una maleta hecha tiene algo de definitivo —le respondió Amanda.

—¿Y tú? ¿Qué tal te encuentras?

—He conseguido sobrevivir, aunque no sé muy bien a qué, o a quién, si a mí o a él.

En esos últimos diez años, la relación entre ambos había llegado a tal punto de degradación que se habían vuelto despiadados, crueles, inhumanos, perdiendo todo tipo de piedad o misericordia el uno para con el otro.

No obstante, en Amanda se producía un hecho singular. Siempre que estaba en presencia de Pablo notaba cómo el desprecio y el asco que sentía por él la invadían. Pese a ello, en su ausencia, lo añoraba. ¿Lo echaría también en falta ahora que se había marchado definitivamente?, se preguntaba.

—No echabas de menos a Pablo, sino la idea de lo que él representaba: un marido, un compañero, una familia, un hogar, lo que fuisteis alguna vez, o lo que quisiste tener, lo que creías y esperabas que hubiera sido.

Amanda deseaba que su abuela tuviera razón porque, racionalmente, no estaba dispuesta a perdonar la confianza quebrada, la lealtad rota y, por encima de todas las cosas, que la hubiera privado de la posibilidad de ser feliz con otra persona que la mereciera. Todo ese tiempo robado..., su

juventud y los mejores años de su madurez malversados, pero al menos el resto, hasta los cuarenta de ahora, estaban vengados.

Para ello, Amanda se había servido de la estrategia contraria a la que Pablo había utilizado para sustraerle su patrimonio: él había empleado maniobras legales para ilegalizar el dinero, consignándolo en un paraíso fiscal. Ella, por el contrario, había empleado maniobras ilegales para legalizarlo, depositándolo de nuevo en España, para lo que había contratado los servicios del mejor *hacker*, quien, una vez hubo localizado el dinero, borró las pistas y lo trajo de vuelta. Hacienda se encargó del resto.

En cuanto a la empresa, Amanda tuvo la suerte de que Pablo hubiese prestado más atención a las asignaturas de Económicas que a las de Derecho durante la carrera, a diferencia de lo que había hecho ella, lo que se notó claramente en la redacción de los contratos que, subrepticamente, hizo que firmara. Un resquicio aquí, otro allá, y la compañía volvió a ser propiedad de la familia Sotuer, y sin necesidad de que él estampara rúbrica alguna.

Finalmente, para que todo el proceso fuera seguro, y al igual que Pablo hizo en su momento, Amanda esperó el número suficiente de años para que todo estuviera prescrito y no hubiera posibilidad alguna de dar marcha atrás.

El método que empleó para convencerlo de que permanecieran esos diez años juntos se basó en un doble artificio. En primer lugar, usó una técnica tan ancestral como efectiva: el chantaje. Lo amenazó con que si se marchaba de casa iniciaría una campaña de descrédito contra él, prensa incluida, utilizando los contactos de sus abuelos. Y, en segundo lugar, para que no pensara que tenía dobles intenciones, se escudó en la infancia de su hija.

—Lo que te ofrezco es seguir casados hasta que Violeta sea un poco más mayor, al menos hasta que tenga la edad suficiente para entenderlo. No quiero que crezca sin su padre cerca. Yo sé lo que es vivir sin padres y no quiero eso para mi hija.

A regañadientes, Pablo aceptó el acuerdo, sin albergar ninguna sospecha.

Amanda, por su parte, fue atravesando los días a veces empujándolos, a veces sucumbiendo a ellos, pero siempre sobreviviendo.

Sobrevivió llorando.

—Llorar es una buena medicina —le decía su abuela con cariño todas las

veces que habían hablado en aquellos largos años—. Las sustancias de desecho del alma hay que expulsarlas. Todo lo que nos aflige, lo que nos tortura, lo que nos inquieta, tenemos que sacarlo fuera.

Lo hizo, lo sacó todo, y hasta a él de su vida, esa misma mañana.

Mientras veía cómo Pablo se alejaba, qué corazón no habría mirado atrás y se habría llenado de nostalgia ante la certeza de que esa maleta tenía mucho de definitivo. Por fin había acabado lo que en realidad nunca empezó, o lo que nunca debería haber empezado. El tiempo, que todo lo desviste, todo lo desarropa, todo lo desabriga, había dejado reducido a la nada un amor que nunca existió, salvo en el corazón de Amanda.

Para ella, el amor era un lugar cálido y acogedor en el que siempre quieres estar y al que siempre quieres volver, como un hogar en el que hay una luz encendida cuando abres la puerta, que te ilumina, y tras la cual hay alguien que te espera. Pero su casa nunca fue así, sino solitaria, fría, gélida, heladora, hasta sobrecogedora. Esa casa...

## 9

### *Marina*

Me enamoré en cuanto puse un pie en Escocia, pero no de un hombre esta vez. Fue de ese cielo gris profundo, abigarrado de nubes que se rasgaban y se resquebrajan a mi paso dejándose atravesar por enormes haces de luz; de esa tierra pletóricamente verde y de ese musgo, esponjoso y aterciopelado; de esas montañas que no eran abruptas, o escarpadas, sino encrespadas y rizadas; de ese viento, que abrazaba y desplazaba los paisajes; de esa lluvia, que hacía brillar hasta la inmensidad los campos y esmaltaba las ciudades.

De sobra sé que suena cursi, pero sentí algo mágico al respirar ese aire. Los lugares, al menos para mí, son como las personas: no eliges de quién te enamoras, de la misma manera que en algún sitio puede que haya alguien especial para ti. Y yo acababa de descubrir que Escocia era ese sitio. Esa tierra tenía alma, la suya propia y la mía ahora también.

Además, y aunque en un terreno mucho más trivial, en Escocia se concentraban buena parte de las cosas que hacían de mi vida un sitio más amable: el té, que reconfortaba mis días; las galletas de mantequilla *shortbread*, que los endulzaban; la lana, que utilizaba para tejer y que ponía sosiego en mi mente, y, por supuesto, el whisky.

Era consciente de que se trataba de la antítesis de las bebidas supuestamente femeninas, y me constaba porque muchos hombres exteriorizaban su sorpresa, y probablemente también su rechazo, cuando lo

manifestaba y lo bebía a palo seco, sin agua o hielo, al pensar que yo resultaría demasiado masculina para ellos. Sin embargo, no era algo que yo pudiera evitar, y la razón se debía a que, de todas las bebidas alcohólicas que había probado, el whisky no tenía comparación alguna con ninguna otra. Ese toque ahumado y seco, ese regusto a madera, con notas de miel, vainilla o caramelo, ese refinamiento me parecía que tenía que formar parte de algo más grande, como una filosofía de vida. Y Escocia era su cuna.

Por tanto, las perspectivas de ese viaje no podían ser mejores, hasta el punto de que más que a montar un espectáculo parecía que mi visita respondía a descubrir un propósito en mi vida.

No obstante, el trabajo había que hacerlo, y Calem ya me esperaba, o eso supuse cuando vi mi nombre escrito en un cartón a la salida de la sala donde recogí mi equipaje.

—Bienvenida a Edimburgo —me dijo nada más establecer contacto visual.

—Bien hallado —le respondí amablemente—. Y gracias por venir a buscarme, aunque no hacía falta.

—No te preocupes, que me lo cobraré con creces. ¿Has oído hablar de la típica tacañería escocesa? —me comentó con una amplia y pícaro sonrisa.

—Me da a mí que se trata más bien de la típica hospitalidad escocesa —argumenté entre risas.

Él también parecía muy típico. No es que yo conociera a muchos escoceses, que hasta la fecha no me había topado con ninguno, pero Calem respondía al perfil de lo que el resto de la humanidad entendería por un escocés: muy pelirrojo, muy alto, de complexión atlética pero delgado, con la cara muy redonda, llena de pecas y dos enormes ojos grises asomando al mundo.

—Nos alojaremos en el Loch Ness Lodge —prosiguió—, un sitio precioso que está muy bien situado. Espero que te guste. Si te parece bien, vamos para allá, te instalas y nos ponemos a trabajar.

—De acuerdo en todo —le respondí al instante.

El trayecto hasta el lago Ness lo hicimos hablando, al principio sólo de trabajo, pero, poco a poco, Calem fue introduciendo nuevos temas, haciendo que las tres horas de viaje pasaran amenas, rápidas y fluidas. Se notaba que



era un buen conversador, no de los que se escuchan a sí mismos, sino de los que quieren conocer a los demás.

—¿Me permites que te haga una pregunta personal? —inquirió con un atisbo de duda cuando ya estábamos próximos a llegar.

—¡Claro! —aseguré con sinceridad.

—¿Cómo es que sabes hablar inglés tan bien?

—¡Eso no es una pregunta personal! —le respondí mientras me reía.

—Nunca se sabe. A veces hay un antiguo amor de por medio y sacar el tema sólo pone el dedo en la llaga o reabre una antigua herida que no estaba cerrada.

«Un hombre que piensa antes de hablar, y que demuestra sensibilidad», me sorprendí. Y, asimismo, parecía muy educado, con un toque tímido e introvertido, pero a la vez con sentido del humor. «Interesante», pensé segundos antes de ofrecerle una explicación.

—Agradezco tu preocupación, pero, por fortuna, no es el caso —le sonreí—. Simplemente pasé muchos de los veranos de mi infancia y mi adolescencia, por no decir todos, en Londres, aprendiendo el idioma.

—Y ¿nunca visitaste las Highlands?

—No. Yo era demasiado pequeña para hacer turismo, o eso pensaban mis padres. Me alojaba con una familia e iba a clases a una academia. En eso consistía todo.

—Pues le sacaste buen provecho a tu tiempo —me felicitó—. Y me has quitado un peso de encima, porque estaba un poco preocupado. No entenderse es siempre garantía de fracaso.

Por suerte, no parecía que fuera a darse el caso, ya que desde el primer momento congeniamos bastante bien, incluso increíblemente bien, y no sólo en el terreno personal, sino en lo profesional, con ideas y un gusto estético muy similar, cosa que pude comprobar nada más llegar al Loch Ness Lodge.

El hotel, un *bed and breakfast* de lujo en realidad, no podía ser más bonito. De hecho, yo no lo habría elegido mejor.

Se trataba de un establecimiento pequeño, con sólo siete habitaciones, cada una de ellas decorada de forma diferente, aunque todas elegantes e íntimas, de líneas sencillas pero depuradas, en las que habían creado una

atmósfera contemporánea con sutiles matices antiguos, como muebles de madera oscura y flores frescas.

Estaba situado, además, a escasos metros del agua, y desde él se podían contemplar unas excepcionales vistas a un frondoso bosque, a unas mullidas colinas recubiertas de musgo y al lago, que se perdía en el horizonte.

—Te gusta, ¿verdad? —me preguntó con satisfacción cuando bajé de la habitación y nos sentamos en la terraza a tomar un té tras dar un breve paseo por el jardín y recorrer el estanque, ubicado junto a un pequeño y romántico puente de madera.

—Mucho más de lo que te puedas imaginar —le respondí complacida.

Calem no dijo nada más, si bien yo percibí en su mirada de reojo un gesto de inteligencia, de saber que lo que yo contemplaba, lo que veía a través de mis ojos, era algo más que un paisaje. Sin embargo, a partir de ese momento, dejamos relegada cualquier posible consideración personal y nos centramos en el trabajo, dedicándonos íntegramente al montaje del espectáculo, sin parar, sin descansar.

Los días pasaban veloces, y precoces, con jornadas de veinticuatro horas que no siempre acababan sobre un colchón y bajo un edredón, sino encima de una mesa, con un portátil como almohada y un móvil como cojín al que abrazar. Hubo días que ni siquiera tuvimos tiempo de probar bocado, aunque, eso sí, el desayuno no lo perdonábamos. No se puede estar en Escocia y tomar un café a la española. Por tanto, todas las mañanas dedicábamos al menos media hora para degustar unos buenos huevos revueltos con salmón o un cremoso *porridge* —un plato típico de la zona similar a nuestras gachas— acompañados de tostadas untadas con exquisitas mermeladas y regados con un delicioso Scottish *breakfast tea*.

No obstante, el sábado por la tarde, después de que casi se nos fuera la vida en el intento de querer sincronizar la coreografía del acto con la aparición de los bailarines sobre el escenario, Calem sugirió que quizá había llegado la hora de tomarse un respiro.

—La semana que viene va a ser horrible y no vamos a tener ni un minuto para descansar, así que te propongo que esta noche nos tomemos un par de horas libres, sin hablar de trabajo. Creo que los dos nos merecemos una cena

en condiciones. ¿Nos ponemos guapos y te llevo a un sitio estupendo que conozco a orillas del lago?

—Una idea fantástica —aseguré encantada.

Y era cierto. Aunque estábamos desbordados por el montaje, me pareció un plan perfecto no sólo por desconectar durante un rato, sino por aparcar la ropa de trabajo, que, en el caso de dos decoradores metidos a ayudantes de constructores de escenarios, no iba más allá de vaqueros viejos y jerséis amplios. Y es que una de las condiciones primordiales para disfrutar de cualquier momento es sentirse a gusto con uno mismo, y la ropa obraba ese milagro en mí. El problema era que no había mucho donde elegir en mi maleta.

Aun así, conseguí localizar un traje comodín que solía llevar a cualquier viaje, ya que servía tanto para ir arreglada como informal, dependiendo de los complementos. Se trataba de un vestido de licra y algodón color índigo, muy ajustado y fino, con cuello alto y manga larga, tan larga que llegaba hasta las primeras falanges de los dedos, y también largo hasta los tobillos, aunque con una longitud asimétrica, para lucir los zapatos, del mismo tono que el traje.

«Perfecto para una noche de verano en Escocia», me dije mientras me miraba en el espejo.

Él llegó vestido con un impecable traje de chaqueta oscuro, recién peinado y perfectamente afeitado, oliendo a jabón de Marsella. Estaba claro que la elegancia británica no era un concepto abstracto o arcaico. Tenía un nombre, y se correspondía con el del hombre que estaba situado delante de mí y que acababa de doblar su brazo, ofreciéndomelo para que introdujera mi mano a través de él y poder conducirme hasta el coche.

—Podría apostar todo lo que tengo a que ahora mismo soy el hombre más envidiado de Escocia —me dijo galantemente.

—Y lo perderías todo —le sonreí agradecida—. Y, como me sentiría responsable, me tendría que empeñar para devolvértelo, lo que acabaría siendo un negocio ruinoso para los dos.

—¿A las españolas no les gustan los piropos? —se extrañó.

—¡Claro! —respondí—, es sólo para que sepas, de buena tinta y de primera mano, que las apariencias engañan.

Quiso preguntarme a qué me refería, pero vi en sus ojos que antes prefería

aclarar una cuestión.

—¿Puedo comentarte una cosa personal para que no haya equívocos entre nosotros?

—Por supuesto —aseguré.

—Estoy metido en un armario del que no sé cuándo voy a salir. Y apenas nadie sabe que estoy dentro de él.

—¡Qué alivio! —se me escapó mientras pensaba que mis sospechas del primer día eran ciertas: hombre que piensa antes de hablar y que demuestra tener sensibilidad.

Calem me miró con cara de pensar «esta mujer ha perdido la cabeza en los últimos cinco minutos», así que reaccioné de inmediato.

—¡Y qué desperdicio para las mujeres, sean españolas o no! —Cerré la frase con un guiño y una amplia sonrisa—. ¿Ves? No sólo me gusta oír piropos, también decirlos a quien es merecedor de ellos.

Esta vez fue él quien me miró agradecido.

Mientras íbamos de camino al restaurante le conté brevemente mi historia, mi patético problema verbal con los hombres, mi decisión de no tener más citas y de centrarme en mí misma, así como la explicación de mi alivio al saber que era gay.

—De no haberlo sido, estoy convencida de que habríamos acabado como el rosario de la aurora, y la verdad es que me pareces una persona muy interesante. Me encantaría que fuéramos amigos —le confesé con franqueza.

—El sentimiento es mutuo —afirmó complacido mientras franqueábamos la puerta del local.

El sitio elegido fue el Dores Inn, situado en la playa del mismo nombre, un hostel con una acogedora terraza en su parte trasera desde la que pudimos contemplar el atardecer mientras cenábamos una estupenda ensalada de queso de cabra a la parrilla, pastel de pescado y salmón ahumado con patatas.

Mentiría si dijera que no pasé una de las mejores noches de mi vida, relajado él, sabiendo que yo conocía su secreto, y relajada yo, consciente de que, por una vez, podía ser yo misma delante de un hombre.

—¿Cuál sería la mejor cita de tu vida? —me preguntó con interés en cuanto nos sirvieron las primeras cervezas.

—Una en la que ninguno de los dos dijera una palabra, pero que resultara la mejor conversación mantenida nunca.

—Eres una optimista —se rio—. Y ¿cuál ha sido la peor?

—No tienes tanto tiempo —me lamenté—. Necesitarías varias vidas, como para ver los vídeos de YouTube.

—No pueden haber sido tantas ni tan malas. —Me miró frunciendo ligeramente el ceño, como signo inequívoco de incredulidad.

En los siguientes minutos le hice un breve resumen de mis últimas quince citas, y de las más destacadas de las anteriores, como aquella en la que quedé con un separado con dos hijas en el que se podían ver los estragos que ambas habían causado en él paseándose por su cabeza... en forma de pequeños y siniestros piojos que me miraban amenazantes intentando colonizarme. O aquella otra en la que me cité con un superviviente de un ictus que se había recuperado completamente salvo en lo que se refería a las habilidades sociales; es decir, que decía lo primero que se le pasaba por la cabeza sin importarle si era correcto o no. Nada más presentarnos me espetó un poco halagador: «¿Qué pasa contigo, tía?!, ¿es que el armario te ha vomitado encima?!», en relación con mi afición a superponer prendas.

—Bueno, tienes que buscar el lado positivo de las cosas —intentó consolarme Calem entre risas—. Seguro que algo has aprendido de esas citas.

—Pues no te creas. Cada vez que me sentía como una tonta, que era siempre, pensaba que era el aprendizaje necesario para ser más lista la próxima vez, pero nunca sucedía así. Lo que sí pasaba, invariablemente, es que me volvía aún más tonta.

Lo que yo intentaba hacerle ver a Calem era que no tenía ningún sentido de la orientación sentimental, que era incapaz de interpretar las señales de tráfico emocionales o de descifrar los mapas del corazón: una daltónica afectiva que no lograba distinguir ni las luces de los semáforos.

—La reina de los defectos —me sinceré.

—Estoy convencido de que no es el caso —aseguró cariñoso—, pero, de cualquier manera, de varias imperfecciones puede resultar algo bonito. Además, esto no es el cielo, querida, esto es la vida, y no hace falta ser perfecto.

Definitivamente, Calem era una buena persona, que, como yo, parecía haber bebido más de un trago amargo en la vida.

—Y tú tienes una historia que todavía no estás preparado para contar, ¿verdad? —aventuré.

—Chica lista —asintió con tristeza.

Yo con cientos y él sólo con una; sin embargo, nuestras historias, las que subyacían debajo de los hechos, eran muy similares, tanto como nosotros. Así, mientras conversábamos, bebíamos y reíamos, empezamos a darnos cuenta de que entre los dos se había establecido una conexión muy especial.

«Bonita noche», pensé de nuevo. Y más aún cuando comenzó a sonar una música preciosa procedente del interior. Según me contó Calem, los sábados por la noche había música en vivo, y en esa ocasión tocaban The Tannahill Weavers, un grupo muy conocido que interpretaba música tradicional escocesa, cuyas canciones parecían estar hechas para ese paisaje que se extendía ante nuestros ojos, o proceder de él.

Poco a poco, toda la gente fue pasando dentro del local para escuchar el concierto, de manera que Calem y yo nos acabamos quedando solos en la terraza.

—¿Quieres entrar o prefieres oírlo desde aquí? —me consultó.

—Si no te importa, creo que fuera me gusta más.

—Una vez más estamos de acuerdo —sonrió, y tras hacerlo respiró hondo, muy hondo, cerrando los ojos.

Cuando los abrió algo había cambiado en su rostro. Ya no quedaba en él ninguna marca de tristeza.

—Tú tienes un sueño, ¿a que sí? —Lo entendí de repente—. Y es uno grande, de los que no caben en un cajón y se quedan ahí guardados para toda la vida.

Soltó unas cuantas carcajadas antes de ser capaz de responderme.

—¿Cómo siendo una chica tan lista puede haberte ido tan mal con los hombres? Aunque creo que la respuesta es que me necesitabas en tu vida, así que no te quepa la menor duda de que las cosas van a cambiar a partir de ahora.

Nada más pronunciar esas palabras me tendió la mano y me preguntó:

—¿Me concede este baile, señorita?

—Con mucho gusto, caballero.

Antes de que pudiera levantarme de la silla, Calem ya me estaba sujetando con suavidad por la cintura, ayudándome a incorporarme. Un beso en la mejilla, unas cuantas vueltas sobre mí misma girando bajo su brazo, y acabamos abrazados como dos adolescentes bailando juntos su primera canción lenta.

Cualquiera que nos hubiera visto habría asegurado que éramos una pareja de enamorados disfrutando de una noche de verano, pero no había esa clase de amor entre nosotros; en realidad, no había nada dentro de nosotros que otros no se hubieran llevado ya. No éramos más que dos personas solitarias, vacías de amor, buscando un rincón en el que reconocerse y recomponerse. Y a medida que pasaban los minutos yo descubría que Calem era mi rincón, mi persona, esa que te quiere a pesar de quien eres, igual que lo sería yo para él. «Bendita Escocia», pensé.

Bailamos al menos ocho o diez canciones, todas, en realidad, hasta que se acabó la actuación, sin mediar ni una sola sílaba entre nosotros. Por una vez, y por fin, no me habían hecho falta palabras para sentirme a gusto con alguien.

Mientras regresábamos a nuestras sillas, la gente también volvió a ocupar las suyas en el exterior. La noche era muy agradable e invitaba a sentarse y a disfrutar de la tenue brisa que hacía bailar las hojas de los árboles y desplazaba ligeramente el agua del lago, acercándola hasta nuestros pies.

—¿Y tu sueño? ¿Es confesable? —le pregunté.

—Lo es, pero también lejano y distante, o irrealizable. Es sólo una ilusión para conciliar el sueño —aseguró quitándole importancia.

—Tú sabes que quienes cumplen los sueños son los que andan despiertos, ¿verdad?

Sonrió con complacencia y me miró, sin atisbo de disgusto.

—Aunque..., deja que adivine —proseguí—. Te estás saboteando a ti mismo porque crees que si lo intentas y fracasas te quedarás sin sueño al que recurrir, y que si lo intentas y triunfas te puede suceder lo mismo. ¿Me equivoco?

Lo pensó durante unos momentos antes de responder, pero luego afirmó

convencido:

—No te equivocas mucho, la verdad. De hecho, andas bastante bien encaminada. Y también tiene algo que ver con la pasión y, probablemente, con el valor que eres capaz de echarle a la vida. Se puede ser valiente, alguna vez, pero cuando la cantidad de valentía que el universo está dispuesto a regalarte se agota, la única energía que te queda es la de la supervivencia. Y, aun de ésta, creo que últimamente he consumido la de varias vidas.

—Pero no para hacer realidad tu sueño, ¿verdad? —quise confirmar, intuyendo que sus palabras se debían más a un mal de amores que de temores.

—No, para eso no —reconoció—. Más bien para conseguir levantarme cada día.

—Pues para el corazón roto te voy a regalar el mejor consejo que mi madre me ha dado nunca: «Sólo las lágrimas que quepan en un tubo y después a tomar por el culo».

Calem casi se cayó al suelo de la risa.

—¡Por Dios! Necesito conocer a tu madre —exclamó.

—Todo se andará —le aseguré—. Pero, ahora, a lo que nos atañe. Te voy a decir una frase, aunque esta vez mucho más fina, de mi propia cosecha: «Los sueños no zarpan solos, ni atracan sin fe».

Se quedó pensativo, aunque no dijo nada más. Ni yo tampoco. Cuando cerraron el local volvimos al Loch Ness Lodge en silencio, con las ventanillas bajadas, jugando a parar el aire de la noche con nuestras manos.

Al llegar al hotel, cuando nos hubimos despedido, oí el ruido de unos nudillos golpeando mi puerta. Salí a abrir, tras lo que me encontré, en el suelo, un manuscrito sujeto con un cordón: LA VENA INNOMINADA, ponía en la cubierta. Me había desvelado su misterio. Ser escritor era su sueño.

Me quedé despierta toda la noche, devorando las páginas. Era lo mejor que había leído en años, quizá lo mejor que había leído nunca, el libro perfecto, acabando por el final y empezando por el título: *La vena innominada*. Al buscarlo en Google comprobé que existía. Había unas venas, dos para ser exactos, que respondían a ese nombre, una a cada lado del cuello, cuya misión era drenar la sangre de la cabeza y que constituían la vena cava superior.



Me gustaba especialmente ese título por lo original, ya que no conocía la existencia de dichas venas, pero también por el juego de palabras que implicaba, formado por algo vital pero sin un apelativo aparentemente propio. Y lo que venía detrás era aún mejor.

Se trataba de una historia que te atrapaba de principio a fin, contada de manera elocuente y eficaz, fácil de leer, aunque a la vez profunda, narrada con ritmo y con humor, basada en personajes bien contruidos, complejos, con matices, y, por encima de la forma, era capaz de transmitir sentimientos, sensaciones, hasta olores y sabores, trasladando de forma tangible un tiempo y un espacio al lector.

El personaje central era el de una mujer de mediana edad, Fiona, quien, harta de llevar una vida solitaria y mediocre, decide inventarse una existencia nueva, a cada paso, en cada momento, con y para cada persona que conoce, poniendo todos los medios a su alcance para que esas mentiras resulten creíbles, fructifiquen y se conviertan en realidad.

El desarrollo de la trama era magistral, con falsedades y certezas entremezclándose, pero sin llegar a fundirse, con una delimitación clara y precisa hasta la evidencia final. «La verdad es como la belleza, o el deseo, que habita en el ojo del que mira así como en el cerebro de quien lo percibe.»

No pude pegar ojo en toda la noche, ni siquiera una cabezada, rememorando las escenas, las frases, la suavidad y la fuerza de las palabras de Calem. Y, al día siguiente, cuando los dos nos sentamos a la mesa para desayunar, todavía no era capaz de articular palabra.

—¿Tan mal te sentó la cena de ayer o es que te ha pasado una apisonadora por encima a primera hora de la mañana? —se sorprendió al observar las ojeras bajo mi mirada, así como lo demacrado de mi cara.

—Tu libro es lo que me ha pasado. Tenemos que hacer algo con esto —le dije señalando con el dedo índice la copia en papel que había depositado en la silla de al lado.

—¿Quemarlo? —propuso con ironía.

—Publicarlo. ¿Tú tienes idea de lo bueno que es?

—No me digas lo que crees que quiero oír —se quejó.

—Te digo lo que debes oír —repliqué.

En los minutos posteriores intenté sonsacarle con la intención de averiguar si tenía contactos en editoriales, conocía a algún agente o controlaba el mundo de los concursos literarios, pero todo fueron negativas, una cerrazón tras la que sólo se escondía miedo.

No quise seguir insistiendo para no incomodarlo, aunque no pensaba darme por vencida, por lo que empecé a hacer algunas averiguaciones por mi cuenta. Así, de camino hacia las ruinas del castillo de Urquhart, donde teníamos que proseguir con el montaje, me descargué en el móvil toda la información que pensé que podría resultarme útil. «Esta noche me pondré con ello», me dije.

Nada más llegar a la orilla observamos que no estábamos solos. Un grupo de buceadores se preparaba en esos momentos para efectuar una inmersión, utilizando nuestras instalaciones a fin de organizar su equipo.

—¿Buscando a *Nessie*? —les preguntó Calem sonriente.

—¡Por supuesto! —le respondieron al unísono cuatro de ellos.

—Esto sí que es profundizar en la leyenda —bromeó Calem.

Mientras esperábamos a que acabaran para poder reanudar nuestro trabajo, nos sentamos en la hierba, todavía húmeda por el rocío de la mañana.

—¿Has buceado alguna vez? —me preguntó él.

—Sí, aunque hace muchos años.

—Y ¿qué se siente?

—Una sensación de soledad inviolable, e inolvidable, que penetra en cada fibra de tu ser y te encoge el alma. La mente se vacía de pensamientos ajenos y te conectas completamente con tu cuerpo. De hecho, nunca eres más consciente de que tienes un cuerpo como al bucear.

Mis propias palabras me recordaron épocas pasadas, y más aún cuando el instructor comenzó a dar las indicaciones pertinentes, como no perder nunca de vista al compañero asignado, comprobar con frecuencia el suministro de aire o procurar no desorientarse.

—Una última cosa antes de bajar —señaló—. Las cosas de valor que hayáis traído, bolsos, carteras, etcétera, no las dejéis en la furgoneta, dádselas a David —dijo señalando a un chico joven que era el único que no llevaba traje de neopreno—, que se quedará aquí vigilándolo todo hasta que

regresemos.

—Yo lo único de valor que tengo en la vida está aquí —afirmó un entrañable y enamorado buceador mientras abrazaba tiernamente a su mujer.

—¡Pues entonces no se la dejes a David! —se rio el preparador.

«Lo único de valor que tengo en la vida está aquí.» Esas palabras se agolparon en mis oídos tan rápido como las lágrimas en mis ojos o los recuerdos en mi cerebro. Instintivamente, toqué mi tatuaje. Habían pasado más de diez años, pero ahí seguía, en la parte interior de mi muñeca izquierda, oculto la mayor parte del tiempo por el reloj, pero ahora al descubierto, de nuevo al descubierto, ese veinte elevado al infinito que me grabé, no para recordar, sino para no olvidar.

Calem se dio cuenta de que algo me pasaba y se interesó afectuoso.

—¿Va todo bien?

—¡Claro! —fingí.

—Hace muchos años..., acabas de decir —aseveró perspicaz.

—En realidad fue en otra vida. Y hace muchas vidas de eso.

Cogió mi mano con una de las suyas y con la otra desplazó el reloj, dejando el tatuaje completamente a la vista, para asegurar a continuación:

—Todos tenemos historias que no estamos preparados para contar, ¿verdad?

—Y cosas en la vida que no superas, aunque aprendes a vivir con ellas hasta que algo, nuevamente, las desencadena —confesé.

—Las cosas pasan por alguna razón...

—Que es lo que piensa la gente para consolarse cuando no hay ninguna razón que explique por qué pasan las cosas —di por concluida su frase.

En realidad, daba igual si la había o no. Lo único importante era que el resultado era inamovible. Los hechos son verdades como puños, la única verdad en realidad, como que los aviones, una vez que despegan y de la manera que sea, están condenados a aterrizar; como que hay cosas que no están predeterminadas a acabar, o que el whisky siempre sabe bien, aun cuando las cosas te vayan mal.

Bajo esas premisas, mi vida había sido una concatenación de colisiones, historias inconclusas y botellas vacías. «¡Patético una vez más!», me lamenté.

Hablando con franqueza, yo no bebía para escapar, para distorsionar las consecuencias de los días, como instrumento socializador ni como costumbre. De hecho, podían pasar meses sin que una gota de alcohol bajara por mi garganta. El whisky era para mí la predisposición a un estado de ánimo, que potenciaría uno bueno o me haría mirar con otros ojos uno malo. Era su efecto embriagador, lento pero inexorable, lo que me atraía. Y ésa era una sensación muy especial, ya que sólo había dos cosas más, sin licores de por medio, que podían desencadenar ese efecto en mí: la música y el fuego.

La primera vez que cené sólo alumbrada por la luz de unas velas me acabé enamorando de la persona que tenía enfrente, que era la antítesis de lo que debe ser un hombre, y así me fue, como pude comprobar poco tiempo después, pero en aquellas dos horas me sentí tan arrebatada como si hubiera ingerido una poción mágica. Fue ese suave calor que desprendían las llamas, su sutil movimiento ondulante, la luz intermitente que reflejaban, las sombras que proyectaban, lo que me predispuso a pensar que estaba en el lugar correcto, con el hombre perfecto.

Por eso, desde el primer momento, cuando Adrián Doménech me encargó la realización del espectáculo, supe que iba a utilizar el fuego como único sistema de iluminación para el acto. De esta manera, mandé rodear el escenario, sólo recubierto en su parte inferior por unas básicas planchas de madera, de velas de gran tamaño, todas ellas de diferentes grosores y alturas, para crear una cautivadora sensación de asimetría. Para la zona de la orquesta encargué unos árboles de hierro, desiguales e irregulares entre sí, con un tronco alto y fino, así como pequeñas plataformas repartidas entre sus retorcidas ramas donde se ubicaban cientos de minúsculas velas. El camino desde el aparcamiento hasta la zona de asientos, por su parte, lo recorrían antorchas bajas que no superaban la línea de los pies, de forma que no impedían ni limitaban la vista del paisaje, pero sí lo engrandecían.

Sólo fuego para la música y la danza, la más bella representación de la delicadeza y la magnificencia del cuerpo humano.

El espectáculo iba a ser soberbio. Lo habíamos visto en los ensayos, y más allá de maravillarnos la precisión de los bailarines, su prodigiosa destreza o el alarde de virtuosismo producto de una refinada técnica, lo que nos

conmovía era su vehemencia, su ímpetu, así como su coreografía, creada para integrarse en el paisaje. Todos sus pasos parecían improvisados, como si, al respirar, el aire del lago Ness les indicara los movimientos y la dirección que debían tomar haciendo que parecieran árboles mecidos por el viento o capas de agua fluctuando.

Para completar los buenos augurios, finalmente habíamos conseguido el permiso del Royal Ballet para vestir a los bailarines de acuerdo con las vistas que se contemplaban desde la posición en la que se encontrarían los asistentes. Con ese fin, previamente habíamos tomado fotografías del imponente escenario natural que se situaba enfrente, las habíamos tamizado, tornasolado y trasladado a sus maillots, de forma que éstos destacaban, resplandeciendo, sobre aquél. Hasta las azafatas irían a juego, vestidas de idéntica manera, aunque en su caso sin imágenes, sólo jugando con los colores, con diferentes tonos de verdes irisados.

Por lo que se refería a la llegada de los bailarines, nuevamente logramos que la compañía cediera y se ajustara a mi plan. Para ello mandamos construir unas balsas de madera, que navegarían un pequeño tramo de lago conducidas por remos. Cada una de ellas contaba con cuatro pilares que se situaban en los extremos, soportando una estructura en la parte superior similar a las de las parras, estructuras que decoramos con guirnaldas colgantes hechas con flores de Escocia. Los bailarines permanecerían sentados directamente sobre las tablas de madera durante el recorrido, pero moviendo sutilmente brazos y piernas sin ninguna sincronía entre ellos. Por el contrario, para los dos bailarines principales habíamos previsto sendos asientos, recubiertos de musgo, piedra y flores, ubicados en la parte central de las balsas.

Todo estaba listo, dispuesto, no se había dejado nada al azar. Sólo faltaba que llegara el domingo 1 de julio. Al acto asistirían no sólo los compromisos de la empresa americana organizadora; también acudiría la plana mayor de mi compañía venida desde España, Estados Unidos, Inglaterra y, por supuesto, Escocia, con lo que más me valía que todo saliera bien. Además, mi nerviosismo se veía incrementado por el hecho de que numerosos medios de comunicación habían anunciado su presencia.

Al menos el tiempo parecía acompañarnos. Apenas había llovido desde

que Calem y yo habíamos llegado dos semanas atrás, y el pronóstico no podía ser más favorable. No es que pretendiera, ni quisiera, una tarde con un cielo impecablemente azul; de hecho, nada más lejos de mis deseos. Yo aspiraba a uno gris, con mil tonos dramáticamente grises, iluminado por una luz capaz de rajarse ese cielo exultante de nubes, así como de conferir al paisaje los verdes más vehementes. Y Escocia me lo concedió. Me regaló mi día gris, luminosamente gris, sin una gota de lluvia, pero con una tenue brisa que embriagaba hasta la música.

A la hora acordada crucé los dedos y di la orden para que todo empezara: velas y antorchas encendidas, balsas navegando, orquesta preparada, todos los espectadores sentados en sus asientos..., incluidos mis más de veinte jefes con sus más de cuarenta ojos puestos en mí. Pero, aun con esa presión, y una vez comenzado el espectáculo, todo se desarrollaba con normalidad, de acuerdo con el plan y el horario previstos, hasta que Adrián se me acercó bastante preocupado.

—Marina, está atardeciendo muy rápido, las luces de las velas no van a ser suficientes para iluminar el escenario, y todavía queda bastante actuación. ¿No hay nada que podamos hacer?

Con el dedo índice le indiqué que me concediera un minuto. Miré al lago con calma y, en cuanto el sol hubo desaparecido de la línea del horizonte, cogí el micrófono de mi comunicador auricular para indicar:

—¡Ahora!

Probablemente nadie se había percatado hasta ese momento, o no le había dado importancia, pero a ambos lados del escenario se encontraban sendas estructuras de hierro tumbadas en el suelo, tan largas como la tarima. A su vez, y durante todo el espectáculo, unos chicos vestidos con los mismos maillots que las azafatas habían permanecido inmóviles junto a esos entramados metálicos. A mi orden, se agacharon para coger unas cuerdas situadas a sus pies, momento en el que los bailarines pararon en seco de bailar y la música cesó también. Los jóvenes pusieron en pie los armazones, que, al desplegarse, se hincharon como espirales gigantes para, por último, comenzar a arder girando sobre sí mismos.

Sobrecogidos. Ésa es la palabra que definiría la expresión de los

asistentes mientras miraban cómo el aire se prendía de fuego. Pero esa impresión duró sólo una décima de segundo porque, un instante después, los músicos empezaron a tocar de nuevo, frenéticamente esta vez, y los bailarines a danzar, coléricos, trenzando sus cuerpos e imitando el baile de las llamas. Sus trajes, además, que incorporaban unas pequeñas luces en su interior, se volvieron dorados con reflejos rojizos, los colores no sólo del fuego, sino también del atardecer del lago Ness.

Cuando el espectáculo concluyó, Adrián me abrazó de emoción. Los asistentes se pusieron en pie y nos ovacionaron. Calem daba saltos de alegría y yo sonreía, con una sonrisa de orgullo, de orgullo humilde, pero de orgullo, porque eso tan bonito, único y diferente lo había hecho yo. Recuerdo haber pensado en aquel momento que, si de verdad existía un dios, seguro que nos miraba desde arriba complacido.

Y aún había más. Antes de que la gente se levantara de sus asientos, cientos de lámparas flotantes, hechas con papel de arroz, comenzaron a elevarse hendiendo el cielo con sus destellos. Parecían pequeños barcos de luz navegando en otra dimensión. En algún sitio había leído que, en Tailandia, de donde son originarias, se consideraba un augurio de buena suerte liberarlas al cielo, así como una forma de desprenderse de los problemas y las preocupaciones, viéndolos primero flotar y luego partir lejos, muy lejos.

Me pareció una manera muy metafórica de acabar mi experiencia escocesa. Dejar atrás el pasado y dar un paso al frente, con ilusión y valentía. Habitualmente para mí, la valentía consistía en atreverme a poner una lavadora de color cuando mi madre no estaba en casa, pero esta vez no. Necesitaba del auténtico valor para abandonar la esperanza. Se imponía un giro de ciento ochenta grados, y resignarse era la consigna. Conformarse es el primer escalón que hay que subir para ser feliz. Yo no encontraría al hombre de mi vida; sin embargo, sí un buen trabajo, que ya tenía y sabía hacer, y gente que lo valoraba.

Calem y yo nos fuimos a celebrarlo, junto con el resto de la compañía, a la carpa donde se estaba sirviendo un refrigerio. Allí pude comprobar que mis jefes estaban exultantes, no sólo porque el cliente había quedado satisfecho, sino por la inmediata y favorable respuesta *online* de los medios de

comunicación presentes en el acto, con lo que ello suponía para posibles futuros trabajos:

«Excelente representación en un único y exquisito escenario», *The Scotsman*.

«Magnífico espectáculo de arte y fuego», *The Times*.

«Grandioso montaje para una coreografía insuperable», *The Guardian*.

«¡Un día feliz!», me dije saboreando esas palabras. Y aún quería saborear algo más antes de irme. Así, cuando todos los asistentes se hubieron marchado, volví al escenario, que todavía seguía iluminado por las velas, y me subí en él. Abrí los brazos, estiré el cuerpo y giré varias veces sobre mí misma, respirando a pleno pulmón el aire de Escocia. En ese momento sentí que no había ningún otro sitio en el mundo donde quisiera estar que no fuera allí. El paraíso. Mi paraíso.

Estuve poco tiempo sola, ya que los músicos regresaron poco después para recoger sus instrumentos. Habíamos formado un buen equipo con ellos durante la última semana. Juntos habíamos realizado cientos de ensayos y compartido decenas de pintas y risas, lo que nos había llevado a esa camaradería, inevitable y gratificante, que se forja entre desconocidos que se encuentran en un lugar ajeno a sus vidas. Y yo me sentía afortunada de que hubiera sucedido así, aunque, al parecer, no era la única.

—Antes de marcharnos —aseguró el director de la orquesta—, quería manifestar que ha sido un privilegio pasar esta semana con vosotros y también daros la enhorabuena a todos por el excelente trabajo que habéis realizado, incluida tú, Marina. *Chapeau!*

Los músicos correspondieron con un gesto a sus palabras. Cogieron sus arcos, o sus manos, y golpearon sus atriles, tal y como suelen hacer en señal de elogio. Yo, por mi parte, hice unas cuantas reverencias, agradecida, para aplaudirles vehementemente después.

Calem nos vio desde la carpa y se unió a nosotros, incorporándose de un salto a la tarima y amagando unos pases de baile conmigo. Equivocadamente, el director de la orquesta pensó que entre nosotros había comenzado algo más que una amistad, por lo que se ofreció galantemente:

—Si nos indicáis una canción, estaremos encantados de interpretarla para



vosotros.

A los dos nos pareció un gesto tan amable que ninguno quiso hacerlo desistir de su idea. Calem me cedió el honor de elegir y yo no tuve ninguna duda: *The Man That Can't Be Moved* («El hombre que no podía moverse»), de The Script, una de mis canciones favoritas, con una de las letras más bonitas, tristes y melancólicas jamás escritas. En ella se relataba la historia de un hombre que, con el corazón roto, se instala a vivir en la calle en la que conoció al amor de su vida, por si ella decide buscarlo y no sabe dónde encontrarlo.

Cuando comenzaron los acordes, mis oídos sólo escuchaban la música, pero en mi cabeza también resonaban las palabras. Ojalá alguien me hubiera querido lo suficiente, aunque sólo hubiera sido durante un segundo y una única vez, para sentir algo así por mí.

Una estela de melancolía, y probablemente de pesar, se escapó de mi mirada. Dirigí los ojos a mi mano izquierda, hacia mi tatuaje, mi veinte elevado al infinito, donde estaba contenido su recuerdo, indestructible, el del hombre que más dolor me había causado.

Calem advirtió mis pensamientos y me susurró:

—Ahí fuera hay alguien para ti, estoy convencido.

—¿Quién? ¿*Nessie*? —le respondí.

Soltó una carcajada, me besó en la mejilla y me apretó fuerte contra él en un intento de espantar mis fantasmas.

Mientras giraba en brazos de Calem reparé en una persona que, a lo lejos, nos contemplaba. Ya lo había visto antes, durante la representación, pero no sentado junto al resto de los presentes, sino de pie, apoyado en un árbol, en el mismo árbol que se encontraba ahora. Me llamó la atención entonces por su altura y por su atuendo, tan elegante como sencillo e informal, ya que llevaba unos vaqueros negros y un jersey fino, color hueso, de cuello alto, con pequeños respuntes negros en los extremos de los elásticos, tanto del cuello como de las mangas. Pensé que sería escocés porque, aunque su pelo era castaño oscuro, tenía algunos reflejos pelirrojos y también rubios, si bien el hecho de no llevar traje de chaqueta implicaba que no pertenecía a la delegación escocesa de nuestra empresa, o a la compañía organizadora. El

resto de los asistentes, por su parte, tanto prensa como personalidades o invitados, habían ocupado sus asientos, y no quedaba ninguno vacante, con lo que se me planteaba una incógnita: ¿cómo había podido acceder al recinto y traspasado el control de seguridad? De pronto, la respuesta se me antojó evidente: yo no sabía quién era, pero acreditación tenía.

Esperó a acercarse hasta que nos hubimos despedido de todos los miembros de la orquesta. Entonces, poco a poco, se fue aproximando con la mirada fija puesta en mí, como si tuviera una misión y no fuera a desistir hasta que la cumpliera. Mentiría si dijera que la situación no me inquietaba un poco, pero, por su aspecto, no parecía un lunático perturbado, sino más bien todo lo contrario, ya que era apuesto, bien parecido y con el toque justo de clase y estilo para no parecer forzado o demasiado sofisticado. «Bueno —pensé—, si la cosa se pone fea y resulta ser un psicópata, confío en que Calem me defienda.» Al final y al cabo, mi amigo era casi tan alto como él, aunque la complexión física del desconocido era bastante superior a la suya. «Esperemos que no llegue la sangre al río», volví a pensar, pues.

Y, por una vez, las apariencias no me engañaron, de manera que, cuando finalmente llegó a nuestra altura, únicamente me tendió la mano y se presentó a continuación.

—Buenas noches. Eres Marina Mirizarry, ¿verdad? Yo soy Alejo Larralde.

# 10

## *Blanca*

Había pasado un año desde que Rodrigo se había marchado, un año entero en el que Blanca había conseguido recomponer su mundo, que tal vez se tambaleara si volvía a estar frente a él. Por eso ella intuía que era una locura dejarlo entrar, y no sabía si estaba dispuesta a asumir que le pusieran una camisa de fuerza. O, peor, que por cometer esa locura acabara haciendo el ridículo... ante sí misma.

Aun así, cuando oyó su voz a través del portero automático pidiendo que le abriera la puerta de la que había sido su casa hasta justo doce meses atrás, no pudo evitar hacerlo, incluso con el presentimiento de que nada bueno podría salir de aquello.

La excusa para presentarse de improviso fueron unas pertenencias olvidadas, y la verdadera razón no tardaría mucho en descubrirla.

—No he sabido nada de ti en todo este año —comenzó Rodrigo en cuanto franqueó el umbral.

—Será que no he querido decirte nada —se envalentonó Blanca, intentando distanciarse todo lo posible de él.

Tenía miedo. Lo había tenido desde el primer día. Temía que si, llegado el caso y por las razones que fueran, él le pedía volver se le resquebrajaría el ánimo. No es que hubiera olvidado todas y cada una de las penurias por las que él le hizo pasar, que las tenía bien presentes; se trataba más bien de una

mera cuestión de inercia matrimonial, una atracción involuntaria e inconsciente hacia la estabilidad y la rutina de la anterior unión marital —un terreno conocido, aunque cenagoso— que sufren las mujeres divorciadas de cierta edad. Y es que, a los cincuenta años, como era su caso, se puede llegar a experimentar un síndrome similar al de Estocolmo, el que padecen los secuestrados frente a sus captores.

—Si no quieres nada más que esos libros... —dijo tratando de dar por zanjada la visita lo antes posible.

—Me gustaría hablar de nosotros —aclaró de inmediato Rodrigo.

—Y ¿en qué consiste eso de nosotros? —le preguntó recelosa.

—En una mujer que echa de menos a su marido y quiere volver con él.

Más directo no podría haber sido. Ni más tergiversador. El eterno manipulador, capaz de darle la vuelta a cualquier situación, de manera que sus deseos se acabaran convirtiendo en favores que él hacía a los demás.

—Creo que te has equivocado de casa, y también de mujer —lo cortó.

—En absoluto. En mi vida no ha habido nadie más que tú. El resto han sido distracciones.

Distracciones, bonito eufemismo para definir al centenar largo de amantes que casi le cuestan la vida a Blanca y que ella había descubierto a lo largo de sus últimos meses en común, y más que habría habido pero que, probablemente, no había sido capaz de averiguar.

Una de las cosas que más obsesionaban a Blanca era cómo podía haber tantas mujeres tan ciegas como ella en lo que se refería a los defectos de su marido, ya que Rodrigo Mirizarry no era lo que se dice un dechado de virtudes, ni anímicas —como ha quedado suficientemente expuesto— ni físicas, habida cuenta de que era gordo, bajo, calvo y feo. Lo único que tenía de bueno era el don de la palabra, que engrandecía hasta la elocuencia y sublimaba hasta la distorsión, por lo que su profesión debería haber sido la de comercial, no por poder vender hielo a los esquimales, sino por ser capaz de venderles la máquina para hacer los cubitos.

Rodrigo constituía la mejor demostración de que los seres humanos, cuando hay emociones de por medio, nos empeñamos en ver en los demás cualidades que no tienen, pero que querríamos que tuvieran, si bien en ese

autoengaño, en lo que a él concernía, ayudaba mucho el hecho de que hiciera creer que las tenía, o que estaba dispuesto a intentarlo.

—Todo eso se acabó —prosiguió Rodrigo—. El pasado no podemos cambiarlo, pero el futuro no está escrito y es todo nuestro, todo tuyo.

Y ¿eso iba a ser todo? ¿Ni siquiera una disculpa? ¿Una señal de arrepentimiento? Sin embargo, Blanca fue capaz de reaccionar y de apartarse del camino de una confrontación que la habría llevado, inevitablemente, hacia la rendición y la perdición.

—Tú lo has dicho: todo eso se acabó. Y no es que haya pasado página, es que me he leído la Biblioteca Nacional entera.

—¿Ni siquiera te lo vas a plantear por los buenos tiempos? —inquirió Rodrigo.

«¿Qué buenos tiempos? —se preguntó ella—. ¿Los de encontrar en tu móvil las fotos de las partes íntimas de tu última novia, esas que te acababa de enviar y no te dio tiempo a borrar, las que constituyeron la primera evidencia de lo poblado que estuvo siempre nuestro matrimonio?» Aún sintió Blanca una punzada de dolor al ver esa imagen reflejada en su memoria, pero también gracias a ella se creció.

—El mejor recuerdo que tengo de ti es del día en que te fuiste.

—No me puedo creer que no te quede ni un resto de amor por mí.

Él lo llamó amor, algo que Blanca ya sólo reconocía como dolor, y que saliendo de sus labios no podía entrañar otro propósito más que perversión.

—Puede que te odie menos, pero nunca te querré más —sentenció sin dejarse amilanar.

—Estoy tan sorprendido... Ni siquiera te estás molestando en ser educada...

—Lo fui. Durante muchos meses te pregunté todos los días «¿qué tal?», aunque no me importara nada.

A lo largo de casi medio año, Blanca descubrió que no había conocida suya, amiga o familiar a la que Rodrigo no hubiera lanzado el anzuelo; que no había cajera en el supermercado a la que no hubiera abordado, ni transeúnte a la que no le hubiera echado el ojo con la intención de añadir un nuevo escarceo a su colección, consiguiéndolo en la mayor parte de las ocasiones. Y,

en desagravio por esa huella indeleble que había dejado en su memoria, lo miró desafiante, incluso con violencia, dejándole ver que nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia o condición, volvería a vivir ese infierno.

—Has cambiado —se sorprendió Rodrigo al observar esa intensidad en sus ojos.

—No. He aprendido.

—Yo sí he cambiado.

—La gente no cambia.

—Si quiere, sí.

—Nada cambia. Aparece de otra forma —zanjó Blanca.

«Si algo no cambia es lo que somos», se reafirmó, una certeza tan enorme como la vida, que siempre sigue, tanto para bien como para mal.

—Y ¿no piensas perdonarme? —prosiguió Rodrigo con incredulidad.

—El perdón es para el que lo merece.

—¿Y si te digo que me arrepiento de lo que pasó?

—El arrepentimiento es cosa tuya, pero el perdón es mío. Y no te lo doy.

—Bueno, al parecer, me has olvidado rápido. Y, si es así, no veo motivo para no intentarlo de nuevo. Si no nos va bien, volvemos a poner tierra de por medio y santas pascuas —propuso un cínico Rodrigo.

—A ti no me costó olvidarte, pero aún me acuerdo de las lágrimas que lloré.

Nada más decir esas palabras, Blanca se arrepintió de haberlas pronunciado. Por primera vez desde que había empezado la conversación había dado muestras de debilidad. Y la horrorizaba pensar que Rodrigo pudiera aprovecharse de su flaqueza.

—¿Y nuestra hija? —preguntó él con maldad.

Lo había hecho. Ahí llegaba la artillería pesada.

—Con los años que tiene, creo que no le importará mucho si tú y yo seguimos juntos o no.

—Todos los hijos, independientemente de su edad, quieren que sus padres vuelvan a estar juntos.

—La vida está llena de frustraciones; más vale que se acostumbre.

Blanca volvía a estar orgullosa de sí misma. Definitivamente estaba

dejando alto el pabellón de las separadas de mediana edad no dispuestas a dejarse arrastrar por sus maridos perversos. Por el contrario, Rodrigo estaba cada vez más contrariado y nervioso al ver que no conseguía sacar adelante sus planes.

—No entiendo lo mucho que te está costando dejarme volver, para lo poco que te costó echarme.

—Te fuiste tú. Yo sólo saqué las cajas.

Estocada final, «y nuevo punto para mí», pensó Blanca.

—Y yo tampoco entiendo el interés que tienes en volver —apuntilló.

—Por los viejos tiempos —aseguró él un tanto críptico.

—¿A cuáles te refieres?, ¿a los de las mentiras, a los de las infidelidades, a los de Dios sabe cómo conseguías engañar a tantas mujeres a la vez, y yo a la cabeza de todas ellas? —no pudo evitar decir Blanca.

— Tontita, igual que les mentía a ellas te mentía a ti.

Blanca le dio las gracias *ad infinitum* por ese comentario. Si había llegado a tener alguna duda, Rodrigo acababa de disipársela.

—Bueno, yo creo que va siendo hora de que pongamos fin a esta estupidez, así que voy a pedirte amablemente que te vayas...

—Una última cosa —interrumpió él con gesto cansado—. Me temo que voy a necesitar tu ayuda en un tema: me he quedado sin trabajo, y no tengo casa, ni tampoco dinero.

«¡Acabáramos!», se dijo Blanca.

—Y ¿el motivo de que te hayas quedado sin casa, sin dinero y sin trabajo tiene nombre de mujer?

# 11

## *Marina*

Aquella mañana había más nubes que cielo en Edimburgo. El viento era tan fuerte que hacía que los árboles se estrellaran contra ese cielo taciturno, mientras que la lluvia golpeaba el suelo con ira. Aun así, como la sensatez nunca me había impedido llevar a cabo ningún plan, por descabellado que fuera, decidí alquilarme un coche. Yo era plenamente consciente de que la situación iba a complicarse todavía más debido a mi sentido de la orientación, famoso por no existir, así como por el hecho de que a duras penas sabía conducir por la derecha, con lo que por la izquierda...

A pesar de darme de bruces contra la realidad, el libro de Calem me quemaba en las manos; en verdad llevaba quemándome desde que lo había leído por primera vez. Él lo daba por perdido, si bien yo lo hojeaba todas las noches, y cada vez lo disfrutaba más. El inglés no era mi lengua materna; sin embargo, había leído lo suficiente para saber que aquello era bueno, o mejor, o grande, enorme incluso. No podía quedarse, o yo no estaba dispuesta a consentirlo, guardado de por vida en un cajón.

Calem me había dejado a primera hora de la mañana en el aeropuerto, con todo dispuesto para facturar mi equipaje y volar rumbo a España, pero, incluso así, con todo preparado y previsto, no conseguía quitarme el libro de la cabeza. Lo llevaba en mi bolso de mano y podía sentir cómo sus hojas se rebelaban en su interior, luchando por salir, de manera que, a medida que la



cola que tenía delante de mí menguaba, aumentaba mi ansiedad.

La noche anterior había leído que ese día finalizaba el plazo para presentarse al concurso The Novel Award, uno de los más importantes de habla inglesa, dotado con un nada despreciable premio de seiscientas mil libras. Según se informaba en la web, la ventanilla de recepción de originales estaría abierta hasta las cinco de la tarde, con lo que, en principio, tenía tiempo más que de sobra para volar hasta Londres y, desde allí, a Madrid. Lo único que tenía que hacer era tomar la decisión.

Mejor arrepentirse de haber hecho algo que de no haberse atrevido, que diría yo. Lo malo era que en esa historia había una segunda parte contratante, que era Calem, el cual podía hacerme picadillo de múltiples y dolorosas formas si llegaba a pensar que me había extralimitado sobradamente en el desempeño de mis funciones como amiga.

Intentando rebajar la tensión pensé que, en realidad, únicamente estaba frente a la mitad de un problema, ya que éste sólo se presentaría si Calem ganaba el certamen porque, en caso de perderlo, no se enteraría. Pero ¿y si lo ganaba?

Quise convencerme argumentándome a mí misma que el dilema era similar al que se plantean los médicos cuando prescriben fármacos a sus pacientes: sopesan el riesgo-beneficio que conllevan, los efectos secundarios que pueden producir para, finalmente, echar una moneda al aire.

Pero ni moneda ni gaitas, y nunca mejor dicho por tratarse de Escocia. No había disyuntiva que valiera, o era superior a mis fuerzas. Así pues, agarré mi maleta, di media vuelta y me dirigí a la primera agencia de viajes cuyo mostrador vi abierto con la intención de comprar cualquier billete disponible. Para mi desgracia, no quedaba ninguno libre hasta las siete de la tarde, ni siquiera en clase *business*, con lo que el avión quedó descartado de un plumazo.

—Y ¿hay alguna posibilidad de conseguir plaza en un tren o en autobús?  
—pregunté a la señorita que me atendía.

—Imposible. Están de huelga. La única solución es que se alquile un coche.

«Más que una solución es un suicidio», pensé. De cualquier manera, le di

las gracias por la información y me volví, concediéndome unos minutos para hacerme con la situación.

Londres y Edimburgo están separados por unos seiscientos cincuenta kilómetros, con lo que, siendo optimista, el viaje hasta allí me llevaría unas siete u ocho horas. «Teniendo en cuenta que son las seis en punto de la mañana, aunque me perdiera muchas veces, aún tendría tiempo para encontrarme otras tantas y llegar a tiempo», razoné.

No obstante, como habitualmente sucedía en mi vida, mi entusiasmo superaba con creces mi inteligencia y, sobre todo, mi capacidad para entender y adaptarme al medio. Por tanto, hice lo que hacía casi siempre: tomar decisiones consecutivamente equivocadas, que se convertían en aún más equivocadas a medida que se iba haciendo progresiva su implementación.

Me perdí 327 veces, la mayor parte de las cuales fue dando vueltas sobre mí misma; pregunté en 584 ocasiones, si bien no conseguí entender ninguna de las indicaciones que me dieron. Aun así, logré pasar de Dumfries, incluso de Wolverhampton, pese a que, a la altura de Birmingham, no podía más: estaba mentalmente agotada y físicamente exhausta, por lo que me orillé en el primer arcén que pude y me desmoroné. Siendo benévola conmigo misma, diría que sufrí un ataque de histeria, aunque, atendiendo a la realidad de los hechos, tendría que reconocer que aquello más se parecía a un episodio de enajenación mental transitoria, o a un brote psicótico incluso, pero digno de frenopático, en cualquier caso.

No era una magdalena la que lloraba, eran las cataratas del Niágara. Y no sabía qué me preocupaba más, si no poder entregar a tiempo el libro de Calem o perder el avión de vuelta a España, lo que implicaba que no podría acudir al día siguiente a trabajar.

A ver cómo le explicaba yo a Adrián Doménech que andaba perdida, Dios sabía dónde, debido a que era una inconsciente funcional y una inoperante existencial, incapaz de abandonarme a la cordura o simplemente de entender las señales e interpretar los mapas.

En estas cuitas estaba yo cuando, de repente, noté que alguien golpeaba con los nudillos la ventanilla. Para cuando pude despejar de mis ojos las lágrimas alcancé a ver a dos policías que, muy amables, me preguntaban si me

encontraba bien.

—Pues la verdad es que no —les confesé—. Lo cierto es que estoy fatal.

—¿Quiere que la llevemos al hospital?

—¡No, gracias! —exclamé—, si yo de salud estoy muy bien; es de la cabeza de donde estoy muy mal.

Ambos soltaron una carcajada, mientras que uno de ellos me abría la puerta con la intención de que saliera para poder tranquilizarme.

—A ver, ¿qué es lo que le pasa? —inquirió éste cuando estuve fuera.

Mal hizo en preguntar si no quería saberlo, porque se lo conté, pero con pelos y señales, así como con todo lujo de detalles. Y, para mi sorpresa, ¡me escucharon!, y lo más asombroso de todo fue que me entendieron y lo entendieron, tanto a mí como a mi problema. De hecho, fueron tan agradables y comprensivos que hasta me dieron una taza de té, de su termo, para que me calmara y fuera capaz de reaccionar.

Finalmente, uno de ellos, el más alto, aseguró:

—Lo sentimos, señorita, pero en estas condiciones me temo que no podemos permitir que conduzca, así que lo que vamos a hacer es lo siguiente: la acompañaremos hasta la sede del certamen y después será un taxista quien se encargue de llevarla hasta el aeropuerto de Heathrow. Y, por lo que se refiere al coche, vamos a dar aviso a la agencia ahora mismo para que vengan a buscarlo.

Y así lo hicimos. Dejamos las llaves del vehículo en un bar cercano, me metieron en el asiento trasero del coche patrulla, encendieron las sirenas —un todo incluido, con luces y sonido— y nos dirigimos sin parar hasta Londres. Y es que una cosa tiene de bueno la vida, y es la gente maravillosa que, inesperadamente, te encuentras por el camino.

En general tiendes a pensar que las vidas de los demás son siempre mejores que la tuya, que sus trabajos son mejores, que sus casas son mejores, que sus experiencias son mejores, pero, a veces, hay un día, un momento, en el que el gesto de unos desconocidos supera cualquier expectativa, convirtiendo tu vida en el único lugar en el que quieres estar.

Los míos me regalaron la posibilidad de que un amigo pudiera cumplir un sueño, y, de paso, me hicieron llegar puntualmente a Heathrow, incluso con

tiempo de sobra para coger mi avión con destino a Madrid.

Ya sentada en la cabina de pasajeros, con el libro de Calem inscrito en el certamen y finiquitado el espectáculo del Royal Ballet, sólo quedaba un asunto en mi cabeza que debía intentar resolver, el único capítulo que había quedado abierto tras mi visita a Escocia: Alejo Larralde.

Cuando se presentó en el lago Ness la noche anterior no supe en ningún momento de quién se trataba, ya que, ante mi pregunta, me respondió con un escueto e impreciso «trabajo para la compañía organizadora del evento», sin más aclaraciones. Y yo tampoco quise insistir al considerar que, con temas laborales de por medio, la discreción era la mejor de las estrategias.

Tras las consabidas felicitaciones sobre lo bonito que había quedado el espectáculo y algunos comentarios acerca de la suerte que habíamos tenido con la climatología, Alejo empezó a entrar en materia.

—¿Te apetece que vayamos a cenar algo? Hay un asunto de trabajo del que me gustaría hablarte.

—¡Claro! —acepté de inmediato, tan intrigada como sorprendida.

Me llevó hasta Inverness, a un refinado restaurante llamado The Kitchen, con una impresionante pared frontal, toda ella de cristal, que permitía contemplar unas preciosas vistas sobre el río Ness mientras se degustaba la cocina contemporánea especialidad de la casa.

—¿Sabes cocinar? —se interesó antes de entrar, intentando romper el hielo.

—Hago lo que puedo. Tengo mis momentos y, sobre todo, buenas víctimas.

Se rio con facilidad, y con nostalgia, como si mi comentario le recordara a épocas pasadas. A pesar de ello, parecía tratarse de una nostalgia que lo reconfortaba, no que lo desazonaba, y eso sí me desconcertó. Ahora bien, aunque es cierto que me picó la curiosidad, opté por ser prudente una vez más y abstenerme de hacer ningún tipo de comentario.

Una vez que traspasamos el umbral, se mostró atento desde el primer instante, ofreciéndome su brazo para subir a la segunda planta, donde nos habían preparado la mesa. El motivo fue que yo me había vestido elegantemente para la actuación del Royal Ballet, con unos altísimos *stiletto*s que convertían aquella escalera en el mismísimo e inexpugnable monte

Everest. Alejo debió de percatarse de mi problema al contemplar mi cara mientras miraba aquella pendiente, por lo que simplemente dijo: «Todo lo que sube tiene que bajar, pero no necesariamente a la vez». Me hizo gracia. ¡Un hombre que me hacía reír! ¡Eso sí que era una novedad!

Agradeciéndoselo de antemano, le comenté:

—Los hombres piensan que deporte de riesgo es hacer alpinismo extremo, pero para una mujer lo es llevar unos tacones de aguja de doce centímetros, unos pantalones amplios que puedas pisarte y tener que subir o bajar una escalera.

De nuevo esa mirada, y esa risa. Además, había algo en su sonrisa, y también en su forma de hablar, debido a la curvatura que adoptaban sus labios, que parecía que besara cuando pronunciaba las palabras, lo que lo hacía tremendamente atractivo.

—¿Te gusta Inverness? —me preguntó a continuación.

—Me encanta. Es tan bonito, y lo han conservado tan bien, que me parece una casa de muñecas antigua a tamaño real. Y lo mismo me sucede con Edimburgo. De todas maneras —le desvelé—, yo tengo un problema, y es que quiero mudarme a todos los sitios que visito, y lo mismo me pasa con las casas. En cuanto pongo un pie en la de alguien, automáticamente me pongo a elucubrar qué obras haría y cómo la decoraría si viviera en ella. Supongo que padezco una enfermedad, en grado extremo, llamada deformación profesional.

Él sonrió de nuevo, pero yo pensé para mis adentros que, a mí, risa no era precisamente lo que me provocaba. Más de un contratiempo me había ocasionado esa manía mía, sobre todo con los hombres, al pensar éstos que quería mudarme a vivir con ellos nada más girar la llave y traspasar la puerta.

—¿Cuál es la casa más bonita en la que has estado? —quiso saber entonces Alejo.

—La de mi abuela en el campo. Cada vez que volvía era como si la visitara por primera vez.

Inmediatamente noté que le gustó y lo sorprendió mi respuesta. Yo, al ver su expresión, deduje que ahondaría en el tema, pero no lo hizo, sino que saltó de manera automática a la siguiente cuestión.

—¿Y la más peculiar?

—Una enteramente rosa, desde el techo hasta el suelo, pasando por los muebles de cocina, los armarios, las lámparas... Una mezcla *kitsch* entre Hello Kitty, Paris Hilton y una melopea descomunal elevada a coma étílico.

Alejo soltó una sonora carcajada, que, sin embargo, no lo hizo desistir en su empeño de seguir interrogándome.

—¿Lo más extraño? —inquirió con interés.

—Una bañera que no era tal, sino una fuente de los deseos.

—¿Un truco para decorar?

—Una chimenea, porque siempre convierte una casa en un hogar.

«Curiosa manera de hablar de trabajo», me dije, pero como el cliente siempre tiene la razón, me propuse continuar respondiendo sin rechistar.

—¿Algún consejo antes de decorar?

Dudé unos segundos, pero la idea enseguida cobró forma en mi cabeza.

—Una casa tiene que dejar con ganas de más, no de menos, aunque tampoco puede ser excesivamente minimalista. El éxito en la decoración de un hogar es que lo parezca, y no una clínica dental, blanca y ausente. Las casas han de tener alma, pero no la de cualquiera: tiene que ser la del dueño. La del decorador no sirve, y la del fantasma de turno tampoco.

—Y ¿hay alguna técnica para lograrlo? —volvió a preguntar mientras esbozaba una sonrisa.

—Para mí las casas son como las novias, deben tener algo viejo, algo prestado, algo nuevo... y algo inesperado. Algo viejo que te conecte con tu pasado, algo prestado que te una a tu gente y a tu entorno, algo nuevo que te predisponga hacia el futuro, y algo inesperado capaz de poner una sonrisa en tu boca cada vez que lo mires. Sin embargo, sólo ha de ser una cosa la que destaque, aunque, eso sí, que destaque mucho, y que el resto de los complementos la acompañen, como un pelotón de ciclistas sigue a su líder y lo empuja hacia la meta, todo el pelotón en función del líder, entrenado para él. ¿Entiendes lo que quiero decir?

No hizo uso de palabra alguna para responderme directamente, pero sí movió la cabeza afirmativamente en repetidas ocasiones mientras aseguraba:

—Sabes de lo que hablas...

—Hablo de lo que sé.

Por extraño que me pareciera, Alejo estaba disfrutando con mi conversación y, todavía más raro en un hombre, prestaba atención a mis palabras. Y, por lo visto, aún quería oír algunas más.

—¿Problemas con los hombres como clientes? —prosiguió.

Habíamos dado un rodeo, pero por fin llegábamos al meollo de la cuestión. Y ya tenía preparada mi respuesta.

—Los colores. Aunque lo ignoren, los hombres son seres daltónicos en potencia, incapaces de distinguir los tonos. Marrón no es igual que beige, y entre el azul marino y el celeste existen varios universos de pigmentos. Por otra parte, los alimentos no sólo se comen, sino que también se ven. Chocolate, o berenjena, por ejemplo, no son únicamente un trozo de cacao o una verdura rellena de carne y cocinada en el horno.

Después de reírse nuevamente, hizo un ademán para atraer la atención del camarero con el fin de que nos sirviera más vino. «¿Nos hemos bebido ya una botella entera?», me sorprendí, aunque me cuidé mucho de que ese pensamiento no saliera de mi cerebro y traspasara mi boca. «A ver cómo acaba la noche...», me dije un segundo después, imaginándome despeñada desde mis doce centímetros de tacón, arrastrándome por las aceras de Inverness y a Alejo remolcándome hasta llegar al Loch Ness Lodge.

—Supongo que a estas alturas te estarás preguntando qué es lo que quiero de ti —centró él el tema toda vez que el vino ya reposaba en nuestras copas.

No contesté nada, pero le dejé entender, sutil y delicadamente, que me encontraba a la expectativa.

—Me he comprado una casa en El Escorial, para los fines de semana —precisó—, y, viendo lo que has hecho en el lago Ness, creo que eres la persona perfecta para decorarla. Lo único es que no tengo mucho tiempo para organizarlo contigo. Mañana, por ejemplo, salgo de viaje y todavía no sé cuándo regresaré, si a mediados o a finales de semana.

—¿Adónde vas? —comenté, tanto por cortesía como por verdadero interés.

—Pues si te soy sincero no lo sé. A donde sea que me manden.

—Bonito lugar, yo he estado varias veces.

—Recomiéndame un restaurante —me retó ocurrente.

—Pues conozco el mejor —lo desafié divertida—. Nada más llegar a la capital, que como bien recordarás se llama «Pasaba por Aquí», pregunta por el barrio «Vaya Usted a Saber». Cuando estés allí, dile al taxista que te lleve a la calle «Dios Sabrá Dónde Estoy, Porque Lo que Es Yo...», y, en el número 13, está el «¡Pero ¿Dónde Coño Estoy?!», que es el sitio donde sirven la mejor empanada de «El Secreto Está en el Hambre» del mundo.

Los dos soltamos una carcajada, al unísono, y la suya era sincera, como todas las de la noche. Pese a ello, yo no podía evitar pensar que había algo extraño en su actitud, tal vez un cierto halo de infelicidad con el que Alejo no parecía encontrarse incómodo en absoluto. «En el fondo —me dije—, tampoco tiene mayor importancia. Al fin y al cabo, la felicidad es como las buenas noticias: si llenaran los periódicos con ellas, nadie los compraría.»

En aquel momento podría haber pensado también que Alejo era un optimista reprimido, o un pesimista con esperanza, pero eso no se ajustaba a la realidad, a su realidad. Más bien se asemejaba a una persona desentrenada de la risa, incluso de la vida en general.

Por otra parte, no demostraba ser un hombre orgulloso, ni pagado de sí mismo, de esos cuyo coche es más grande que su ego, o al menos comparable. No obstante, no me cabía ninguna duda de que, se dedicara a lo que se dedicase, había triunfado. La seguridad en sí mismo, el aplomo que revelaba hasta en el más pequeño de sus ademanes, no dejaban lugar a otras posibles interpretaciones.

—Y ¿cuál es el proceso que sigues para decorar? —preguntó retomando de nuevo la conversación anterior—. ¿Simplemente le das vueltas a la cabeza hasta que se te ocurre una buena idea?

—Bueno —maticé—, una buena idea es sólo una idea hasta que consigues que funcione, y creo que eso es aplicable tanto para los negocios como para la decoración.

—Bien pensado —aseguró, inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Mi proceso es bastante más analítico. Lo primero de todo, incluso antes de ver la casa, es hablar con el dueño largo y tendido, y fuera de su ambiente, ya sea en su domicilio, empresa, restaurante habitual, etcétera.

—¿Más o menos lo que estamos haciendo nosotros ahora?



—Salvo que la que haría las preguntas sería yo —aseguré mientras le sonreía con cordialidad.

—Y ¿qué cosas son las que necesitas saber? ¿Preferencias en colores, gustos en muebles...?

—Sí, pero no es el objetivo prioritario. Lo que necesito saber es quién es la persona que se esconde debajo de la fachada, detalles de la infancia que te hicieron sentirte feliz, con qué asocias los mejores momentos de tu vida...

Alejo se quedó pensando durante unos segundos para afirmar a continuación:

—Pues lo vamos a tener complicado...

—No se trata de hacer un psicoanálisis —lo tranquilicé—. Desde mi punto de vista, una de las cosas más difíciles de la vida es convertirte en quien en realidad eres, y es eso lo que tu casa debe reflejar.

Se me quedó mirando fijamente a los ojos para, acto seguido, preguntar con una sombra de duda:

—Y ¿todos tus clientes saben en realidad quiénes son?

—Tienen una idea bastante aproximada, otra cosa es que lo reconozcan, ante los demás o ante sí mismos.

—Y ¿qué es lo que más abunda?

—De todo un poco. Los hay adictos al fracaso...

—Y ¿ésos contratan a decoradores?

—Aunque parezca un contrasentido, sí. Los hay que tienen mucho éxito, y luego también están los que directamente son adictos al éxito...

En ese punto me interrumpió, mostrando un especial interés.

—Vale. Cojamos un adicto al éxito, por ejemplo, el dueño de Zara, que tiene pinta de serlo. ¿Qué le preguntarías si fuera tu cliente?

—¡Uf! Lo primero que se me viene a la cabeza es qué no le preguntaría.

—Y ¿qué es?

—Lo que haría si le tocaran cien millones de euros.

Los dos volvimos a reír a la vez, si bien yo retomé la palabra para acabar de responder a su cuestión.

—Lo mismo que a cualquiera. Tenga lo que tenga en el banco, no deja de ser una persona y el dinero formará parte de él, del mismo modo que su

ausencia forma parte de mí.

—Podría estar de acuerdo —me reconoció con bastante convicción—. Aun así, creo que el dinero tiene algo más de importancia...

—Sobre todo para el que lo tiene —lo interrumpí divertida.

—De acuerdo de nuevo —admitió con convencimiento—, pero, en cualquier caso, es lo que mueve el mundo, ¿no?

—Quizá a grandes escalas. Para el común de los mortales, yo soy más de la opinión de que su mundo se mueve por la duda. La famosa pregunta: «¿Y si...?».

Me miró con ojos de querer saber más, si bien noté que no se atrevía a dar ese paso, de manera que fui yo la que proseguí:

—Ahora de lo que se trata es de descubrir qué es lo que mueve tu mundo.

—¿Trabajo?

—Seguro que hay algo más.

—Yo no estaría tan seguro...

—Claro que sí. Vamos a hacer una prueba. Cierra los ojos y piensa dónde te gustaría estar ahora mismo.

No llegó a hacerlo, ya que el camarero se acercó con la cuenta y nos indicó amablemente que el local iba a cerrar. Yo, pensando que era competencia mía, hice un amago de abrir el bolso, pero Alejo me cortó en seco.

—No querrás ofenderme, ¿verdad?

—Es una cuestión de trabajo..., pensaba pasar la factura...

No se molestó en articular palabra. Sólo negó tajantemente con la cabeza mientras sacaba su cartera, pero sí pensó con detenimiento qué tarjeta de crédito utilizar para, finalmente, acabar pagando en efectivo. «¡Qué curioso!», me dije, aunque al fin y a la postre tampoco le di mayor importancia.

De camino a la planta inferior, me ofreció de nuevo su brazo, y esta vez también su mano, para que pudiera bajar la escalera. «Si algo he aprendido en la vida es que es más difícil bajar que subir», se justificó.

Ya a ras de suelo, y justo al abrir la puerta del restaurante para salir, comentó:

—Seguro que mañana cambia el tiempo. Ha bajado un montón la

temperatura.

Acto seguido se dirigió al encargado del restaurante, al que preguntó:

—¿Tendrían alguna prenda de abrigo que puedan prestarme durante cinco minutos?

Uno de los empleados entró en el guardarropa, de donde sacó una cazadora acolchada, de hombre, talla XXL. Colocándola a continuación sobre mis hombros, Alejo aseguró:

—Lo siento. Como no llevo, no puedo dejarte mi chaqueta, pero sé que vas a tener frío desde aquí hasta el coche.

No es que se me hiciera un nudo en el estómago y que me diera un vuelco el corazón, es que ambos órganos se intercambiaron de lugar. En mi vida había estado con alguien más galante, más caballeroso, más amable y más atento. «Pero ¿quién es este hombre?», no pude por menos que preguntarme, sin obtener, obviamente, ninguna respuesta.

A duras penas conseguí reaccionar y sacar todos los pájaros que se me acababan de colar en la cabeza, para lo que tuve que recurrir mentalmente a una de mis famosas listas:

- Acabo de renunciar a los hombres.
- Esto es trabajo, y nada más que trabajo.
- Este tío y yo no gravitamos en la misma órbita. Es más, está a años luz de mi galaxia y, aunque la compartiéramos, hay algunos planetas (en los que habitan las estrellas) que jamás entran en colisión con sus satélites (en los que malviven los estrellados). Houston, aquí no debería haber ningún problema.

Algo me tranquilicé con mi esquema, aunque la música trepidante que provenía de los altavoces del coche no es que ayudara precisamente a serenar mi espíritu. La parada en el restaurante para devolver la cazadora sí me sirvió, al menos, para que se alejara de mi campo visual durante un breve espacio de tiempo y poder reorganizarme mentalmente.

Ya de vuelta, proseguimos viaje hasta mi hotel manteniendo una conversación intrascendente acerca de la belleza del paisaje y la lluvia que

comenzaba a caer. Sin embargo, al llegar la hora de la despedida, sus palabras cambiaron de tercio.

—Si algo me ha quedado claro esta noche es que tenemos que volver a vernos. ¿Qué te parece una cena el próximo viernes a las diez?

Asentí, pronunciando un convencido «Perfecto» para sellar nuestro próximo encuentro, pero una vez más me sorprendió. «¿Quién acuerda una reunión de trabajo un viernes a las diez de la noche? —me pregunté—. Bueno, quizá la gente que viaja mucho y que no anda sobrada de tiempo», me respondí a mí misma.

—¿Nos intercambiamos los números de móvil por si tenemos algún problema? —sugirió antes de salir del coche.

Le di el mío, tras lo que procedió a hacer una llamada perdida a mi teléfono. «Conectados», aseguró mientras sonaba el tono y me miraba sonriente.

A la mañana siguiente, nada más despertarme, vi un mensaje suyo en la pantalla que decía:

Volando hacia «Pasaba por Aquí».

Otra vez mi corazón amenazaba con mudarse, o suicidarse, saliendo disparado a través de mi garganta. Cuando regresó a su posición original, cogí el teléfono dispuesta a escribir mi respuesta:

Recuerdos de mi parte al chef.

Y me quedé esperando su contestación.

## 12

### *Clara*

Lo segundo que hizo Clara cuando llegó a trabajar aquella mañana fue colgar un letrero en su puerta que decía: «Al trabajo hay que venir comidos, meados y cagados». Y lo primero fue defecar mentalmente en el dueño, en el director general, en el director comercial y en la puta madre que los parió a los tres.

El motivo de esta furibunda explosión de ira se debía a que, una vez más, el triunvirato que regía los destinos de la compañía había vuelto a perder el norte, el sur, el este y el oeste; es decir, los cuatro puntos cardinales en particular más todo contacto con el planeta Tierra en general.

—Clara, por favor, ¿nos puedes decir cómo es posible que ayer Pilar no estuviera trabajando en su sitio de dos a tres de la tarde? —le preguntó el dueño, Fernando Lledó, nada más llegar aquella mañana a la oficina.

—¿Porque estaba comiendo? —le respondió ella con otra pregunta, cuyo tono indicaba que no alcanzaba a comprender la intencionalidad de la cuestión anterior.

—¡Ah! Pero ¿es que la gente come?! ¿Que la gente viene aquí a comer, me quieres decir?

—No, Fernando. Lo que quiero decir es que los trabajadores pasan en la empresa, al menos, las ocho horas reglamentarias que estipula el convenio, el nuestro y el de los Trabajadores, y en el transcurso de ese tiempo comen.

Fernando adoptó en ese momento una expresión de vacío como la que

suelen tener los hombres cuando las circunstancias los superan o comprenden con dificultad las implicaciones que se derivan de la situación que se presenta.

—Pues algo se podrá hacer...

Clara bajó los ojos, y la cabeza, para que ninguno de los presentes pudiera ver la retahíla de muecas que estaba empezando a desfilarse por su cara.

—...Y mirar al suelo no es la solución, Clara.

«Ni a tu jeta tampoco», pensó ella, aunque se contuvo. Si algo había aprendido en temas laborales era que la sartén nunca puede darle al mango.

—Y el tema de ir al baño, ¿cómo lo tenemos organizado? —se interesó Antonio Prados, director general.

—¿Lo tenemos organizado? —alucinó Clara.

—¿No lo tenemos? —intervino Jaime Urrutia, director comercial.

Clara a duras penas podía no ya pensar, sino respirar, debatiéndose entre una risa apocalíptica y un llanto tipo diluvio universal ante tamaño esperpento. También barajaba la opción de agarrar el abrecartas, que ya había localizado encima de la mesa, y ponerse a rebanar cuellos. Sin embargo, optó por una cuarta, que fue llevarse una mano a la frente para evitar que se le desplomara y la otra a la boca para impedir que la mandíbula se le desencajara en previsión de soltar la mayor carcajada conocida en la historia de la humanidad.

¿De verdad tenía que responder? Pero ¿qué se podía responder?!

A todos los efectos, Clara no sabía si se estaban quedando con ella o si la iban a despedir ¡por permitir que la gente hiciera pis!

Al final lo único que pudo farfullar fue un cáustico «pues vosotros me diréis...», en espera de recibir las órdenes precisas que trasladar a la plantilla, órdenes que, inevitablemente, provocarían una revolución.

Y es que, en esta vida grosera, grotesca y sin sentido, los hay que meten al gato en el microondas, los que le ponen crema al móvil para protegerlo del sol en la playa y los que no dejan que los trabajadores hagan sus necesidades fisiológicas en el lugar de trabajo. «Pues que bajen al bar de la esquina y así no les queda más remedio que fichar para entrar y salir, de manera que se les pueda descontar el tiempo. Y, por lo que se refiere a la comida, sólo un tentempié, y sin levantarse de la silla», fueron sus instrucciones.

«De ésta se amotinan», predijo Clara.

Se equivocaba. En una España con una tasa de desempleo cercana al veinticinco por ciento, los sufridos compañeros tragaron; en verdad, tragaron con eso y tragaría con lo que hiciera falta.

«Otro episodio oscuro», confirmó cuando el tema quedó zanjado. Con los años, y el trabajo en esa compañía, Clara había desarrollado un sentido críptico, y no sólo crítico, de la vida. Al principio, cuando empezó a trabajar, tenía una visión quizá excesivamente romántica de las relaciones laborales, algo parecido a un toma y daca beneficioso y fructífero para ambas partes, empresa y empleados, que se traducía en un «yo te cuido y tú me cuidas», «tú me respetas y yo te respeto», o un «tú me dejas trabajar a gusto y yo te respondo cuando te haga falta». Por el contrario, el tiempo le hizo comprender que todo se reducía más bien a un «aquí te pillo, aquí te mato», con un especial y literal énfasis en la segunda parte de la frase.

Además, como suelen retratar los chistes, los que mataban y los que morían nunca pertenecían al mismo bando, ni estaban igualados en número; es decir, que había más jefes que indios, y a los indios era a los únicos a los que se les aplicaba, y a rajatabla, el reglamento.

Por lo que se refería al resto, a las altas instancias, cada cual iba a lo suyo, y lo suyo significaba cualquier cosa menos trabajar, o quizá es que a cualquier cosa lo llamaran trabajar. La lista era larga, empezando por el dueño, el ya mencionado Fernando Lledó, quien, lejos de currar, la mayor parte de sus horas laborables las dedicaba a hacer un curso *online* de inglés, lo cual era un claro indicio de que debía de morir de aburrimiento en su despacho, porque ¿cómo era posible que un tío que había cursado Derecho en Estados Unidos tuviera la necesidad de aprender a hablar inglés?! Una de dos, o engañó a los americanos, y no parecía que tuviera tantas luces como para conseguirlo, o engañó a su padre y se pasó los cinco años de la carrera alcoholizándose —o en cualquier otro contexto similar—, sin ir más allá de Parla o de Getafe, dedicándose a matar las neuronas de las que a la vista de todos estaba que carecía.

El siguiente en la relación era Urrutia, famoso por no dejar que el trabajo interfiriera en sus otras múltiples ocupaciones, así como por no hacer ningún esfuerzo por ocultarlo. Y, como muestra, sirva este ejemplo:

—Jaime —le planteó aquella misma tarde Paco, uno de sus subordinados —, ¿podemos fijar mañana una reunión a las doce con los de Materiales Pérez para establecer un calendario de entregas?

—Tengo que llevar a los niños al colegio.

—¿A las doce?

—Suelen llegar tarde.

El tercero en discordia era Antonio Prados, quien se había hecho adicto a las series, pero no en plan «me voy a ver ese capítulo que me perdí ayer». No. Lo suyo era más bien el *binge-watching*, o, lo que es lo mismo, darse un atracón, empalmando un episodio tras otro hasta acabar con una temporada, para lanzarse inmediatamente a la siguiente. Vamos, como los bulímicos, pero sin vomitar después. De hecho, lejos de devolver, lo que hacía era justo lo contrario, es decir, ingerir, ya que ¡se preparaba hasta las palomitas!, de esas de microondas, en la cocina de la oficina, de manera que olía a mantequilla y a maíz a varios kilómetros a la redonda.

Pero aún había más gente en la relación, incluso una mujer, la directora del departamento legal, Fátima Baños, una abogada cuya característica más destacada era que ya vestía santos, pero sin dignidad, poniendo de manifiesto algo más que evidencias a la hora de dejar claro que no pensaba pasar a la posteridad como mojigata; o sea, que no se resistía a pillar novio, o al menos cacho, ya fuera un mensajero o un cliente. Y, precisamente, a uno de estos últimos le tenía especiales ganas: un separado madurito pero que estaba de muy buen ver.

En cuanto tenía conocimiento de que iba a aparecer por la oficina, su *modus operandi* era el siguiente: en primer lugar se marchaba a la peluquería (sí, abandonaba su puesto de trabajo para irse a la peluquería) y, de paso, se dejaba caer por el centro comercial (sí, abandonaba su puesto de trabajo para irse a Mango) con el fin de estrenar un modelito con el que estrujar sus abundantes carnes (sí, regresaba a su puesto de trabajo con un traje tan ajustado que exprimía todas las partes de su cuerpo).

Consideraciones laborales y morales aparte, y aunque resulte increíble, esta tocata y fuga de Fátima no era la característica que más llamaba la atención de su personalidad laboral: lo era su mala leche —«mayor incluso



que la mía», como reconocía la propia Clara—, con la que abroncaba diariamente al personal. De hecho, cuando ella hablaba, la gente siempre se callaba, pero no porque tuviera razón o fuera especialmente importante lo que dijera, sino porque intimidaba.

Pensando en ella, pensando en el resto de sus jefes, pensando en la perspectiva de los vaciamientos fisiológicos a distancia, Clara agarró su pizarra, ante la que hizo la siguiente reflexión: «Yo esto tengo que sacarlo fuera por algún sitio. Mejor levantarles ampollas a ellos que acabar yo con un taponamiento anal». Y, dicho lo cual, escribió: «Miss Hateful: “Aquí hay tres clases de gente: los que se matan trabajando, los que deberían trabajar y los que tendrían que matarse”, Mario Benedetti *dixit*».

Para su desgracia, la frase no la ayudó a superar el día, ni a levantar cabeza, ocupada como la tenía en otro asunto que debía resolver a su vez esa misma tarde: ir a visitar a su abuela a la residencia donde vivía desde hacía algún tiempo. Y su abuela era genio y figura.

Siempre que su imagen se le venía a la cabeza recordaba una ocasión en la que, estando su madre gravemente enferma, aquejada de una neumonía que casi le cuesta la vida, a su abuela lo único que la preocupaba era quién iba a cuidar de ella si la madre de Clara fallecía. «Eso es instinto maternal y lo demás son tonterías», ironizaba.

Por tanto, era más que consciente de que saldría de allí de un humor aún peor que con el que fuera a entrar. Sin embargo, lo que no esperaba, bajo ningún concepto, era salir espantada, incluso escandalizada.

Ante la necesidad vital de tener que desahogarse con alguien, descolgó el teléfono para llamar a su mejor amiga, la única que conservaba de la infancia, con el objetivo de explayarse.

—Marina, me da igual si estás reventada o no después del viaje a Escocia. Te necesito. Te espero en la terracita de la pastelería Atuel dentro de media hora.

\* \* \*

Y allí me presenté yo, sin mayor tardanza o dilación.

—A ver, cuéntame qué es eso que te tiene tan reconcomida —le dije nada más ocupar la silla.

—Tú sabes que no tienes novio, ¿verdad? Y tienes treinta años y estás de buen ver. ¿Cierto?

—Gracias por el cumplido y de acuerdo en lo demás.

—Y yo sé que no tengo novio, tengo los mismos treinta que tú y, aunque tengo mis limitaciones, tengo un pase, ¿no?

—Mujer...

Clara no era guapa, pero tampoco fea. Era el resultado de una mezcla de facciones descompensadas, ya que por cada rasgo agradable que la adornaba había otro que producía el efecto contrario. Tenía unos ojos bonitos, muy oscuros, con una forma almendrada que los hacía cálidos y cercanos, aunque su nariz era demasiado grande, lo que te alejaba incluso en el sentido físico de la palabra, es decir, que no podías aproximarte demasiado a su radio de acción, no fuera que se diera la vuelta sin previo aviso y te agujoneara con su apéndice nasal. De la misma manera, tenía una boca sensual, con unos labios gruesos que inmediatamente atraían a cualquier hombre que se pusiera frente a ella; sin embargo, sus pómulos se hundían en exceso, lo que confería a sus facciones una inusitada dureza y a su aspecto mayor edad de la que en realidad tenía.

Pero yo, lejos de querer ahondar en sus defectos, y en un intento de animarla, hice un intento de relatar todas sus virtudes, hasta que me cortó.

—Calla, que no es eso lo que nos ocupa. ¿Tengo o no tengo novio?

—No —respondí divertida.

—Bien. ¡¡¡¡¿A que no sabes quién lo tiene?!!!!!

—¿Me vas a matar de aburrimiento o me lo vas a decir? —la insté, ya que estaba alargando demasiado el dramatismo del momento.

—¡Mi abuela de noventa y tres años, que se ha echado uno de sesenta y cinco! ¡Mi abuela, con un yogurín que bien podría ser su bisnieto!

—¡No me jodas! —fui capaz de articular después de varios minutos luchando por no asfixiarme en mi propia risa—. Pero ¿estás segura?

—¡Y tanto! ¡Los he pillado haciendo manitas! Y ¿sabes lo que le decía mi abuela al pretendiente? «¡Ay, Félix, a ver adónde nos lleva esto, porque nos

estamos haciendo mayores!» ¡¡¡Coño, que tiene noventa y tres años!!! ¡No puede haber nada mayor que eso! ¡No se me ocurre ningún otro sitio que no sea la tumba a donde pueda llevarlos! ¡«Hasta que la muerte nos separe», que va a ser en los próximos tres segundos!

Me tiré media botella de Coca-Cola encima y la otra media se la escupí al camarero cuando vino a socorrerme, porque también se me atragantó la bebida. En un intento por recobrar la compostura logré el efecto contrario, ya que me caí de la silla, volqué la mesa y arrastré hasta el suelo a Clara, que intentaba ayudarme a su vez. Hice tanto el ridículo que alguien lo grabó con el móvil para subirlo a YouTube. Y más de doscientas mil visitas tuvo, que hay que joderse con eso también.

En mi vida me había reído más, y en mi vida había visto a Clara más consternada.

—A lo mejor tu abuela no está bien de la cabeza —le aseguré cuando pude recuperar algo de aliento.

—Mi abuela está perfectamente. Es verdad que a veces se le va un poco la olla y pregunta si Soria limita con Rusia, pero quitando ese tipo de despistes transitorios, su cabeza funciona mejor que la tuya o que la mía. Además, hoy estaba divinamente.

—¿Nunca la habías visto desparramar?

—Bueno, un día me la encontré..., aunque no fue sólo a ella, sino al resto de los residentes, todos muy concentrados, viendo la tele.

—Y ¿eso qué tiene de raro? —me sorprendí.

—Que estaba estropeada. Vaya, que la pantalla estaba en negro radical. Pero no te puedes hacer una idea de lo bien sentados que estaban todos y de la intensidad con que la miraban, ¡si hasta algunos estiraban el cuello para no perderse detalle! Me pregunto cómo es posible que, tantos, no se dieran cuenta de nada. ¿Los tendrán sofronizados?

A punto estuve de convertirme de nuevo en la protagonista del segundo vídeo más visto de la noche en las redes sociales; pese a todo, conseguí aferrarme a mi silla y no salir despedida por el impulso de mis propias carcajadas.

—¿Tú crees que nos acabará pasando a nosotras lo mismo, solas, sin

perrito que nos ladre, lorito que nos hable o nadie que nos quiera, salvo un fundido en negro? —prosiguió Clara—. Si ya la perspectiva de la tercera edad con la única compañía de la tele es deprimente, figúrate lo mismo, pero sin las imágenes...

Clara era una de las pocas personas que conocía con una vida sentimental peor que la mía, aunque en su caso —y dicho sea con ironía— parecía que se lo curraba para que así sucediera, como lo demostraba el hecho de que uno de sus pasatiempos favoritos fuera hacer encuestas con las que abordar a sus posibles ligues. En un principio, cuando se le ocurrió la idea, lo único que pretendía era encontrar afinidades, para que fuera más fácil conectar y que la conversación transcurriera fluida; lamentablemente, en los últimos meses se le había ido la pinza, de tal manera que hasta cursos impartía.

El desencadenante lo constituyó un correo electrónico que recibió una mañana en el que se adjuntaba una especie de tratado para vivir en pareja, cuya única pretensión era provocar unas risas y hacer pasar un buen rato, pero que en mi amiga tuvo el mismo efecto que una bombilla encendiéndose en su cabeza. Una vez que tuvo clara la idea, adornó el original con dibujos en algunas partes, lo acompañó de imágenes en otras, lo imprimió, lo copió a un CD y, con todo ello, montó una carpeta, ¡la misma que entregaba a todos los tíos al llegar a los bares

El contenido del curso era el siguiente:

- Tema 1. La taza del desayuno: ¿levita sola hasta el fregadero? Ejercicios dirigidos por David Copperfield.
- Tema 2. Diferencias fundamentales entre el canasto de la ropa sucia y el suelo. Ejercicios llevados a cabo, a cámara lenta, por la Selección Española de Baloncesto.
- Tema 3. El rollo de papel higiénico. ¿Nace al lado del inodoro? Exposiciones sobre el tema «La generación espontánea».
- Tema 4. Los hielos y su transporte hasta el congelador. Demostración con soporte de PowerPoint realizado por el CSIC, a la sazón, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Tema 5. Por qué no se deben emitir gases intestinales en la cama.

Ejercicios de reflexión en pareja.

- Anexo. Último descubrimiento científico: Sacar la bolsa del cubo de la basura no provoca impotencia.

La primera vez que la vi *in situ*, panfleto en mano, casi me da un infarto, hasta que me brindó una explicación.

—Una de las cosas más importantes de la vida es ser práctico. Además, yo ya no estoy para perder el tiempo, sino para ganarlo.

Si algo no se le podía achacar a Clara era falta de coherencia con sus ideas, lo que te dejaba como única opción posible la de no estar de acuerdo con ella.

Otro aspecto que tampoco compartíamos era nuestra VSL, es decir, el tipo de Vida Sentimental Lamentable que cada una de nosotras tenía, ya que mientras yo atraía a todo tipo de impresentables, pero habitualmente solteros y sin cargas —llámese exmujeres e hijos—, ella era un imán para novios, maridos o cualquier otro que tuviera pretensiones de infidelidad.

Aunque no solía contar mucho sobre estas relaciones, a lo largo de los años había mantenido dos que habían hecho especial mella en ella.

Cuando la primera de éstas se rompió, y a pesar de que se trataba de la crónica de una muerte anunciada, quedamos para hablar del tema a la hora del desayuno. Al preguntarle entonces, únicamente me respondió:

—El café, sin culpa, sabe mejor.

—Pero ¿qué ha pasado?, ¿os ha pillado la mujer?

—No, alguien mucho más pequeño.

En el segundo de los casos, por el contrario, lo cierto es que me sorprendió la ruptura, en primer lugar, porque pensé que estaban hechos el uno para el otro y, asimismo, porque ambas suponíamos en esta ocasión que él era soltero.

—Pues fijate que yo pensé esta vez que los dos formabais un buen equipo —me lamenté.

—Sí, hacíamos buena pareja, salvo por la alianza escondida de él —fue su única contestación.

Así, fueron estos y otros muchos motivos los que llevaron a Clara a dar un

zapatazo encima de la mesa y romper con todo.

—Y ¿qué tal la nueva estrategia de dar caña a los hombres? —me interesé una vez dejamos zanjado el tema de la abuela.

—Genial. Los trato fatal y, como creen que no me pueden tener, se motivan. Ahora siempre tengo moscones a mi alrededor.

—¡Bien por ti...!

—Pues no. ¡¿Quién quiere una mosca?! —me interrumpió, para acabar soltando una carcajada.

—Nunca se sabe. También hay que besar muchas ranas para encontrar a un príncipe. Además, ¡¿las ranas no se comen a las moscas?!

Las dos nos reímos con ganas porque, si algo compartíamos, por encima de todas las cosas, era nuestro sentido del humor.

—Bueno —continuó Clara—, lo único destacable es que los trato de puta pena y me va de puta madre, así que ¡vamos a tomar un ron para celebrarlo!

Clara era al ron lo que yo al whisky, pero triplicando mi capacidad de aguante, lo que parecía del todo imposible para un ser tan pequeño. Y es que Clara era muy muy muy bajita; de hecho, no creo que llegara ni al metro y medio, aunque nunca solía confesar su altura, y no porque la acomplejara, sino con la esperanza de que la gente pensara que era más alta. Era tan minúscula que yo siempre le decía que, si algún día se casaba, en lugar de un vestido de novia iba a que tener que comprarse un traje de primera comunión.

Bromas aparte, lo cierto es que, para intentar paliar el desnivel que la separaba del resto de la humanidad, nunca se bajaba de los tacones —no menos de diez centímetros—, y cuando digo nunca quiero decir nunca; es decir, que los utilizaba hasta para situaciones tan extremas como la práctica del senderismo, excursiones a la playa, ir a la nieve, o incluso como salto de cama, que había que ver lo bien que se manejaba con ellos en cualquier circunstancia, entorno o condición.

Aunque lo más asombroso de todo era verla correr. Yo lo hice una vez, pero no con ella, sino tras ella, para coger un autobús que se nos escapaba, y he de decir que Clara parecía la prima blanca y pigmea de Usain Bolt: llegó varios siglos antes que yo, y eso que le saco veinte centímetros de altura y llevaba unas Converse.

Había que vernos. Fue tal el espectáculo que la gente se paraba a animarnos: éramos como la Barbie ortopédica y la Shelly me acaban de meter un petardo por el culo.

De repente, mi móvil sonó.

—¿Quién es a estas horas? —me preguntó Clara.

—Mi madre.

—Y ¿qué quiere?

—Mi padre, que ha vuelto a liarla. Ni muerto nos deja en paz.

# 13

## *Marina*

Cuatro constantes había en mi vida, si exceptuaba las palabras:

- Las listas, de las que esta misma es un ejemplo.
- El cine, las buenas películas en general y las comedias románticas en particular.
- La música, la buena en general y las canciones de amor en particular.
- ... Y mi madre.

Por lo que se refería a la música y al cine, mi mundo entero se estructuraba en torno a ellos, como lo demostraba que me supiera los diálogos de cientos de películas y otras tantas letras de canciones. De hecho, toda mi vida la relacionaba, y se relacionaba, con alguna escena o algún estribillo, si bien en mi etapa más reciente estaba enganchadísima a las películas de Gerard Butler, Clive Owen, Michael Fassbender y Liam Neeson, así como a la música de The Script, Coldplay, James Blunt, Ed Sheeran, Glen Hansard, Passenger, Tom Odell o George Ezra. ¡Todos británicos, irlandeses o cercanos, y Butler escocés! ¡Lo mío empezaba a tener tintes de fijación!

En cuanto a mi madre, de entrada y para ponerse en situación, lo mejor que podía decirse de ella era que, cuando menos, se trataba de una mujer peculiar.

Así, nunca me había ofrecido los consejos normales que una madre suele



dar, del tipo come sano, haz deporte o lleva las bragas limpias. Bueno, es verdad que de vez en cuando me decía que saliera de casa depilada, pero más como desahogo de una experiencia personal previa que como una advertencia producto del amor materno. Y es que, unos veinticinco años atrás, había sufrido un accidente de tráfico que casi le costó la vida: se rompió la clavícula, varias costillas, presentaba cortes por todo el cuerpo —incluida la cara— y se hizo un grave esguince en el cuello. Pues, con todo y con eso, cuando llegó al hospital y le empezaron a cortar la ropa para poder examinarla, lo único que salió de su boca fue: «¡Uy, pues tengo unos pelos...!».

En resumen, que mi madre era rara, muy rara.

De hecho, ni siquiera entraba en su cabeza aleccionarme para que encontrara a un buen hombre con el que casarme con el propósito de que cuidara de mí, obsesión de toda madre que se precie. Lejos de eso, lo que hacía era prevenirme contra ellos:

—Tú ten cuidado con quién eliges, porque a un marido te lo quitas de encima, pero un ex lo es para toda la vida.

En realidad, lo que mi madre pretendía era que me hiciera lesbiana, sí, lesbiana. En su opinión, todos los hombres eran unos impresentables que, más tarde o más temprano, te decepcionaban, mientras que con una mujer, al estar todas cortadas por el mismo patrón, era mucho más fácil tanto el entendimiento como la compenetración.

Por ese motivo, casi todas las noches entraba en mi habitación con el iPad para enseñarme páginas con perfiles, con una preselección hecha de las mejores candidatas a convertirse en mi pareja. De haber necesitado un símil fisiológico para describir la situación, éste habría sido, sin lugar a dudas, para miccionar y no echar gota.

Sin embargo, como yo no cejaba en mi empeño de continuar siendo heterosexual, ella reconfiguraba sus expectativas para que, al menos, follara más (sic), o mucho más (dos veces sic).

—Yo me he acostado con un solo hombre en mi vida, y la cosa lleva camino de seguir siendo así. Eso debe de ser hasta pecado y, de cualquier manera, es un desperdicio de cojones, que es una expresión que viene muy al

caso —me aseguraba rotunda.

Efectivamente. Con un par. Con un buen par, para ser exactos.

Cuando me hacía ese tipo de comentarios, yo intentaba hacerle ver que se trataba de una información que para nada era de mi interés; es más, que me ponía los pelos de punta, pero mi madre no daba su brazo a torcer en el propósito de instruirme sobre los placeres a los que, supuestamente, estaba renunciando.

Según ella, lo que quería evitar que me sucediera a mí era lo que le había pasado a ella.

—Cuando tenía fuerzas para luchar no sabía lo que quería, y, ahora, que sé lo que quiero, no tengo fuerzas para luchar.

¿Lo que quería decirme era que debería haber buscado más momentos de intimidad, y parejas con las que encontrarlos, pero que ahora ya no le daba la energía para lograrlo?

—Además, a veces la gente no sabe quién es y, para cuando lo sabe, ya es demasiado tarde.

«Y tú, ¿quién eres?, ¿una ninfómana en paro?», pensaba yo.

En cualquier caso, yo le aseguraba que esos conceptos como planteamiento de vida a los cincuenta años podrían ser perfectamente válidos, si bien a los treinta se me antojaban un poco grandilocuentes, cuando no épicos, a pesar de que nunca conseguía convencerla.

—¿Sabes lo que te va a pasar? —me respondía—. Que vas a ver las cosas tal como son cuando ya han pasado, justo cuando han pasado y ya no tienen remedio.

A todos aquellos que puedan pensar por estos consejos que la mía, aunque rara, era una madre similar al resto, con una preocupación normal por el porvenir anímico de su hija, ya se les puede ir quitando de la cabeza.

De hecho, ni siquiera se trataba de una madre amantísima al uso. Una de sus frases favoritas era que «los nietos son un regalo de Dios por no haber matado a tus hijos cuando podías, y probablemente debías». Y solía decirla delante de mis amigas, de manera que todas se echaban siempre la mano al cuello, por si a mi madre le daba por cercenar alguno.

«La verdad es que, con esta madre, no sé yo cómo he salido ni medio

normal —solía repetirme a mí misma—. Espérate, que va a ser por eso que no lo soy», concluía yo misma la frase. Y eso sin hablar de mi padre, quien, por cierto, no estaba muerto, aunque yo hacía como si lo estuviera. ¿El motivo? Esgrimir que se podía ser, a la vez, un mal marido y un buen padre, ya que yo no conseguía discernir entre ambos conceptos. «Para ser buen padre hay que ser buena persona, y lo que le has hecho a mamá demuestra que no lo eres», solía ser mi respuesta.

El único mérito de mi padre, si es que podía atribuírsele alguno, había sido volver rematadamente locas, incluida mi madre, a varios cientos de mujeres que eran perfectamente cuerdas hasta el momento de conocerlo, poniendo en práctica con ello una filosofía de vida consistente en «¿¿por qué hacer desgraciada sólo a una cuando se puede amargar a tantas?!».

Y es que mi madre, Blanca Solís, había estado casada, hasta hacía justo un año, con mi padre, Rodrigo Mirizarry. Y, para ser sincera, con todo lo que salió a la luz, no me extraña que mi madre perdiera la compostura, y hasta la razón.

En este sentido, entre los momentos de perturbación y desequilibrio que mi madre atravesó después de la separación, los más destacados fueron:

1. Fase manual. Las manualidades constituyeron su primera tabla de salvación, aunque, en lugar de apuntarse a un curso de macramé o para aprender a hacer *cupcakes*, por poner un par de ejemplos sensatos, se inscribió en uno de vudú, con el fin de demonizar en condiciones a mi padre.

Jocoso resultaba cuando sus amigas me preguntaban:

—Y, tu madre, ¿qué?, ¿en clase de costura?

—Sí, sí, y no sabes la cantidad de alfileres que pone... —respondía yo ambigua.

2. Fase creativa. Destrozando y recomponiendo los álbumes de fotos en los que aparecía mi padre, mi madre descubrió las pistolas de pegamento, afición con la que se entusiasmó tanto que hasta la trasladó

a su vestimenta, llegando a decorarse un chándal, ¡un chándal!, ¡mi madre, que era el ser más pijo que había poblado la Tierra!... Pija, aunque en versión camionera, porque desde la separación salía cada lindeza de su boca que ejemplo de bienhablada precisamente no era.

Pero, volviendo a su customizado atuendo deportivo, lo más destacable de todo era que, cuando lo lucía, más se parecía a Elvis Presley rebozado en un huevo de Fabergé que a una representante del pijerío del madrileño barrio de Salamanca —que era de donde procedía—, si bien, en realidad, no había palabras para describir lo que era aquello porque, de haberlas habido, se las habría pegado al chándal.

3. Fase creyente. De todas ellas, esta etapa fue la que más insólita me pareció, ya que mi madre nunca se había caracterizado por ser especialmente religiosa, pero sí bastante escatológica. De hecho, solía decir que, aunque no creía en Dios, sí lo hacía en el diablo: «A ése lo conozco bien. Me casé con él».

No obstante, en respuesta a mis preguntas sobre el ánimo ágil y divertido del que había hecho gala en los días anteriores, me sorprendió con esta respuesta: «Me he acercado a la Iglesia y me hace feliz».

A la mañana siguiente la pillé cantando y bailando en su cuarto de baño la canción *Pray for You* («Rezo por ti»), de Jaron and the Long Road to Love, en la que la parte agraviada oraba con fervor para que todas las penas del infierno cayeran con fragor sobre la contraria.

Me puse a bailar con ella y le guardé la canción como tono de móvil para cuando mi padre tuviera a mal contactar con ella.

4. Fase geográfica. Tras el divorcio, mi madre intentó hacerse un viaje a Estados Unidos, país que siempre quiso conocer, a fin de despejarse y reubicarse en su nueva situación. Lamentablemente, no consiguió pasar de la embajada al ir a solicitar el visado porque, cuando le preguntaron si tenía antecedentes criminales, le dijo al funcionario de

turno que había estado casada treinta años, pero que ya había cumplido la condena.

No fue sólo que no le dieran el visado, sino que llamaron a la policía española, por si las moscas.

Y, hablando de insectos, mientras charlaba con mi madre en el salón de casa para que me explicara qué era lo que había hecho mi padre en esta ocasión, comprobé con disgusto que el mosquito cabrón se había echado novia, de manera que ahora eran dos bailando delante del televisor.

Yo no quería ni pensar en que tuvieran descendencia, o que fueran mormones: cabeza de familia, cónyuges y progenie, todos a una para amargarme la vida. Mucho me temía que esto iba a acabar como lo del Coyote y el Correcaminos, incombustibles ellos y quemada yo, utilizando todo tipo de productos marca Acme que servirían sólo para destrozar mi casa..., bueno, la de mi madre.

—Pues lo que ha pasado es que tu padre se ha quedado sin dinero, sin casa y sin trabajo, todo de golpe, y me ha pedido que lo ayude.

—Y no estarás planteándote hacerlo, ¿verdad? —le pregunté.

Su primera y única respuesta fue el silencio, lo que inevitablemente me llevó a considerar que existía una posibilidad real de que cediera. «Mal asunto», me lamenté, pero antes de hacer frente al tema, preferí dar un rodeo.

—¿Al menos sabes por qué está sin blanca?

—La verdad es que no. Se lo pregunté, pero no quiso responderme, y yo tampoco insistí, en *shock* como estaba tras haberme pedido previamente que volviera con él con el falso pretexto de merecernos una segunda oportunidad.

Y es que hay veces que la verdad hace que todo lo demás parezca mentira.

Pese a todo, lo único cierto e impostergable era que al día siguiente yo tenía que ir a trabajar, mi primer día después de volver del lago Ness, así que me fui a la cama, me quedé dormida como una bendita y dejé a mi madre rumiando cuál sería el siguiente paso que debía dar.

Si algo había aprendido con la separación de mis padres era que nada de lo que yo pensara o hiciera sería tenido en cuenta y que, por tanto, lo mejor era quitarse de en medio y esperar a que mi madre tomara una decisión, en el

sentido que fuera.

«Sólo hay que embarcarse en las batallas que puedas ganar —me decía siempre a mí misma— y reservar toda la energía para resistir hasta el final.» Al fin y al cabo, mis guerras eran otras, y no precisamente resolver los problemas de los demás.

\* \* \*

A la mañana siguiente, el día amaneció tórrido. España, así como la mayor parte de Europa, sufría una ola de calor que amenazaba con deshidratar hasta el mar, por lo que no pude evitar pensar en mi adorada Escocia mientras conducía hasta el trabajo. «No me vendría nada mal ahora trabajar bajo ese cielo gris», me dije, pero, como de soñadores están las colas del paro llenas, me centré en lo que tenía: un despacho nuevo en The Living Home, que me esperaba para estrenarlo.

Cuando por fin llegué a la oficina me encontré con un montón de saludos, parabienes y enhorabuenas..., así como una pila de trabajo por parte de Adrián.

—Si pensabas que iba a darte una tregua no podrías haberte equivocado más —me aseguró con una sonrisa nada más cruzar el umbral de su puerta.

—Y yo encantada de que tengas mucho trabajo que darme.

Era cierto. El espectáculo del Royal Ballet me había metido de nuevo el gusanillo en el cuerpo y, ya que había tenido que regresar a España, mejor estar ocupada, muy ocupada, que con tiempo para pensar.

Mientras Adrián me ponía al día con los diseños que tendría que desarrollar en las próximas semanas, noté que su actitud hacia mí había cambiado ligeramente. Sus palabras seguían siendo impecables, si bien su lenguaje corporal se aproximaba cada vez más a mi zona de confort, ese lugar mental en el que tu cerebro se siente a salvo, seguro, cómodo y protegido, sin que ninguna intrusión le haga encender las alarmas.

Los detalles eran sutiles: gestos cada vez más amplios; mirarme fijamente a los ojos para aceptar, o rechazar, un planteamiento; tocar ligeramente mi brazo para interrumpirme, o aplaudir una buena idea poniendo su mano sobre

la mía. Desafortunadamente para él, yo no estaba dispuesta a caer en más trampas esa vez, y dos buenos motivos me avalaban sin tener que recurrir siquiera a mi decisión de apartarme de los hombres:

Era mi jefe, y estas cosas nunca salen bien.

Por mi parte no había química, y estas cosas siempre salen mal.

Adrián era un hombre muy interesante, y atractivo, pero no debían de gustarme sus feromonas, de manera que opté por abonar el terreno de indiferencia, fertilizándolo todo con un «no me estoy dando cuenta de que esto está pasando y, en cualquier caso, esto no va conmigo ni va a suceder», como método para evitar tener que pasar por el mal trago de hablarlo.

Y funcionó. Él fue sutil, y yo lo fui más. Él fue ambiguo, y yo lo fui más. Aun así, yo tenía miedo porque, en ocasiones, el desinterés ejerce una función resorte en la otra parte, como un estímulo, o un acicate. Sin embargo, Adrián fue mucho más listo que todo eso y lo entendió.

Por tanto, todo quedó reducido a lo que debía ser: un salón en la calle Sagasta, una habitación infantil en Hermosilla, una cocina en El Viso, un ático en La Florida..., decenas de trabajos que llenaron los días posteriores de reuniones con clientes, proveedores, albañiles..., con un ritmo frenético que no me dejó tiempo para nada más, hasta que llegó el viernes, a primera hora de la mañana.

¿Recuerdas nuestra cita esta noche a las diez?

Era Alejo Larralde, y claro que la recordaba, entre otras cosas porque esas feromonas sí que me gustaban. Otro mensaje suyo:

¿Te parece bien que cenemos en IN Zalacain?

Me habría parecido bien hasta debajo de un puente, con bocata de chorizo y porrón de por medio, pero ir al restaurante más *in* —valga la redundancia— de Madrid tampoco me parecía mal plan.

Pensé en responder con algo gracioso, en línea con nuestro último mensaje sobre el inexistente país de «Pasaba por Aquí», aunque tras unos minutos de

darle vueltas a la cabeza preferí adaptarme a su estilo, cordial pero profesional, de manera que contesté con un impersonalmente amable:

Perfecto. Nos vemos allí.

Sabía dónde estaba el restaurante, a la entrada de La Finca, en Pozuelo, con lo que no haría falta que saliera dos horas antes de casa para el perderme-encontrarme de rigor. «Más tiempo para pensar qué ponerme», me alegré.

Así, en cuanto salí del trabajo a las dos de la tarde, me fui directa a mi casa con la intención de vaciar el armario entero, cosa que sobradamente hice, ya que estuve exactamente seis horas probándome ropa. Mi madre quería suicidar...me, Sabrina andaba buscando un cura en internet para que le administrara la extremaunción y Clara amenazaba con matarse, aunque aseguraba que para poder volarse la cabeza tendría que tener cerebro primero, «¡y me lo has hecho desaparecer!».

Al final opté por un mono, en crepé de seda, color azul noche, que se ajustaba no sólo a la cintura, sino también debajo del pecho, lo que me hacía parecer más estilizada todavía, y también sexi, ya que uno de los hombros quedaba completamente al descubierto.

Por lo que se refería al resto, opté por dejarme el pelo suelto, y liso, esta vez. Maquillaje, perfume, zapatos y bolso a juego, y me preparé para salir.

Aunque yo no era lo que se dice la puntualidad personificada, al ser un asunto de trabajo, preferí llegar con tiempo, no fuera que el tráfico —viernes por la noche— o mi propio coche —conducía un Mini Picapiedra, apodado así no sólo por lo viejo, sino porque tenía un agujero bajo los pies del conductor a través del cual se podía ver el asfalto— me jugaran una mala pasada.

Afortunadamente nada de eso sucedió. No obstante, para mi sorpresa, y a pesar de que llegué un cuarto de hora antes, él ya estaba esperando en la puerta del restaurante.

—¿Dos obsesos de la puntualidad? —me dijo nada más verme.

—No te creas, más bien de que siempre hay algo que puede salir mal.

Se sorprendió, pero no comentó nada más, por lo que pensé que debía



explicarme.

—Tengo una larga y dilatada experiencia en desastres de última hora: puertas de garaje que no se abren, ruedas que se pinchan, peatones que están por todas partes y a los que, antes de atropellar, tienes que hacer muchas maniobras bruscas para intentar esquivar...

Soltó una carcajada mientras me lanzaba de nuevo esa mirada, de nostalgia, que lo reconfortaba...

—Buena conduciendo, ¿eh? —se mofó.

—Pues al volver a casa mejoro. Suelo chocar contra un garaje que no es el mío y contra un árbol que no tengo.

Otra vez la misma risa, y la misma mirada.

—Me haces reír tanto que ni siquiera te he saludado —se disculpó.

Esta vez no hubo apretón de manos, como en el lago Ness, sino dos besos, uno a cada lado de la cara, pero de los de verdad, para lo que posó sus labios sobre mis mejillas, no de esos en los que sólo se superpone piel con piel.

«Interesante», me dije, archivando la escena en mi disco duro para analizarla después.

—No sé si es apropiado para una reunión de trabajo, pero estás preciosa esta noche.

«¿Desmayarse y abrirse la cabeza contra la acera porque un cliente que te gusta te ha dicho un piropo entrará dentro del concepto “accidente laboral”?», me pregunté a continuación antes de corresponder.

—Muchísimas gracias. Eres muy amable. Y tú también estás estupendo.

Y vaya si lo estaba. Llevaba unos pantalones de traje, sin pinzas y sin cinturón, en color topo, que se estrechaban levemente hasta llegar a los zapatos, y una camisa blanca con las vueltas de los puños ligeramente vueltas, de forma que se veía que eran de cuadros beige oscuro y blancos. Elegante y sencillo. Sin ganas de epatar, pero imposible que pasara desapercibido. De hecho, creo que no hubo ninguna mujer en la terraza que no lo mirara a nuestro paso hasta la mesa, adonde nos acompañó el camarero.

Una vez sentados, fue él quien se encargó de iniciar la conversación.

—Creo que nuestra última charla acabó con un «cierra los ojos y piensa dónde quieres estar ahora mismo» —afirmó.

¡Un hombre que me prestaba atención y, mejor aún, que recordaba lo que decía! Y la cosa prosperaba por momentos, ya que hablaba conmigo con fluidez mientras revisaba la carta para elegir el vino: ¡era capaz de hacer más de una cosa a la vez! Esto último no es que fuera impresionante, ¡es que era inaudito! ¿Sería gay? Se trataba de una posibilidad que siempre había que contemplar, aunque, lejos de mostrarme optimista, mi radar no percibía esas señales.

—¿Sabes lo que pasa? —prosiguió—. Que tengo poca imaginación, de manera que si estoy a gusto en un sitio no seré capaz de pensar en otro, y, la verdad, aunque la decoración de esta terraza me parece original, no sé si quiero que me la montes en mi casa.

Sonreí con holgura, oficialmente por el último comentario, pero oficiosamente por el primero. ¡Había dicho que se encontraba a gusto!

—Lo importante es que ya tenemos un punto de partida —aseguré—. Deduzco entonces que te gusta compartir comidas con la familia y los amigos.

—En absoluto —atajó—. Mi casa es mi refugio, un santuario si me apuras, aunque suene cursi. Ahí no entra nadie, ni mujeres ni hombres. Sólo mi madre, muy de cuando en cuando y porque se pone muy pesada.

¡¿No tenía esposa, ni novia, ni siquiera un apaño para pasar el rato?! Con este hombre yo iba de sorpresa en sorpresa, y de sobresalto en sobresalto.

Además, no se trataba de un lobo solitario, de esos a los que una desafortunada experiencia ha empujado al destierro sentimental, los que viven inmersos en el dolor emocional, incapaces de olvidar. Fuera lo que fuese lo que sucedió en su pasado, Alejo lo había asumido y superado; es más, formaba parte de él, pero sin dramatismos, sin otorgarle más importancia que la marca de cereales que tomaba para desayunar o el gel con el que se duchaba. Para él, estar solo no constituía una opción que le hubieran empujado a elegir; había sucedido así, y no le había importado tanto como para querer cambiarlo. Es decir, en él no había amargura, ni dolor, ni siquiera un corazón roto que remendar. No llevaba a su espalda una mochila llena de piedras de la que, llegado el caso, pudiera desprenderse. Su soledad formaba parte de él, era él.

—De acuerdo entonces —continué—. Una casa sólo para ti, para desconectar.

—¡Ah! Por cierto —me interrumpió—, nada de la infancia. No fue un período especialmente feliz.

No me atreví a preguntar, pero él sí.

—¿La tuya lo fue?

Me quedé un poco desconcertada, ya que el objetivo de la reunión era que yo lo conociera a él, no que él me conociera a mí. No obstante, respondí lo más sinceramente que pude.

—No suelo pensar mucho en ella, con lo que supongo que no fue ni buena ni mala, o, al menos —rectifiqué—, lo suficientemente buena para pensar que no fue mala. En cualquier caso, conservo una amiga de los tiempos de la guardería que es el mejor activo de la infancia que tengo.

—¿No hubo sueños llenos de vestidos con tules y coronas de perlas?

—No todas las niñas sueñan con ser princesas..., ¡yo quería vestir las! —le respondí divertida.

—Pero no te hiciste diseñadora —me contestó con una sonrisa—, y eso que a las mujeres lo que más les gusta en el mundo es la ropa, o eso dicen.

Lo dijo con picardía, con mucha picardía, por lo que yo le respondí en el mismo sentido.

—Digamos que hombres y mujeres pensamos en lo único, sólo que tenemos conceptos diferentes acerca de qué es lo único.

Una carcajada, así como una mirada cómplice, fueron su manera de reconocerme que no podía estar más de acuerdo, aunque no cejó en sus pesquisas.

—Pero al final pasaste de la ropa y te hiciste decoradora.

—Me di cuenta de que me iba más lo de ordenar y organizar, ensamblar, unir piezas diferentes y hacer que encajaran.

—Bueno, en ambos campos se puede llegar muy alto.

—Me va más la parte de tramoyista que de protagonista —aseguré con sinceridad.

Noté que le gustó mi respuesta, aunque no tardó mucho en contraatacar.

—Dicho sea con toda la humildad y el respeto del mundo, ¿a las mujeres no les gusta ser el centro de atención?

—Digamos que, en general, y salvo deshonrosas excepciones, es más una

dualidad del tipo aterrizadas de llamar la atención y temerosas de ser invisibles.

Nuevamente percibí una mirada de aprobación en sus ojos, incluso de confirmación; aun así, mi ética profesional me impedía continuar con el desarrollo lógico de la situación tal y como se estaba presentando, que era entrar, inevitablemente, en temas personales, y es que bajo ningún concepto quería que el cliente pensara que estaba utilizando una reunión de trabajo para hacer amigos o, menos aún, para ligar.

Así las cosas, yo no sabía adónde nos iba a llevar esa conversación, pero, desde luego, a la casa que yo tenía que decorar no. Y, peor todavía, no se me ocurría cómo reconducir la conversación sin parecer brusca o áspera.

Afortunadamente, de nuevo fue él quien tomó las riendas.

—¿Te gusta El Escorial?

—Me encanta —suspiré aliviada.

Si el giro lo hubiera dado yo, habría parecido rudo, incluso descortés; en cambio, hecho por él, resultó afable y natural.

—Es uno de los pueblos de la sierra de Madrid que más me gusta —continué—. Lo tiene todo. Es bonito, tiene el tamaño justo para ser cómodo y el suficiente para tener vida cultural. Creo que has elegido muy bien. ¿Tu casa está en el centro o a las afueras?

—Un poco de los dos. A la salida del centro, justo donde empiezan las afueras, en la cima de una pequeña colina, pero sólo lo percibes cuando miras por las ventanas o sales a la terraza, es decir, cuando contemplas las vistas. Si vas caminando por la calle, crees que se trata sólo de una cuesta pronunciada.

—En mi opinión, las vistas, si las tiene, son siempre lo mejor de una casa —le confesé.

—Totalmente de acuerdo. A mí me despejan la mente. Y, ya que nos metemos en materia, te haré un breve resumen de lo que espero: me gustan los espacios amplios, con zonas llenas de volúmenes, pero no de paredes que impidan la vista y el paso. En cuanto a la decoración, no me gustan las florituras, ni los colores estridentes; me inclino más por los tonos oscuros o neutros. Por otra parte, soy sencillo y discreto, de manera que tampoco me van las cosas demasiado artificiales o sofisticadas. Por otra parte, no soy un

maniático de la naturaleza, pero me gusta que las casas la recuerden, sobre todo cuando lo que se ve desde la ventana es un bosque estupendo, como es el caso. Finalmente, en cuanto a los muebles, me da igual de dónde provengan. Lo único que espero de ellos es que me gusten y que cumplan su función. Y no estoy hablando de dinero.

—Caro es aquello que no responde a una necesidad concreta. —No pude por menos que darle la razón.

—Exacto. Me da igual si se compran en una tienda de lujo o en un mercadillo.

—Para que una casa sea magnífica no hace falta que esté abarrotada de obras de arte y piezas de anticuario —abundé en su planteamiento.

—Eso es. Y yo me inclino más por elementos básicos, que, bien combinados, resulten especiales.

—A la hora de decorar yo parto de una hipótesis y, no te rías —lo previne —, porque la llamo la «teoría de la cebolla», considerando que es uno de los alimentos más humildes. Se basa en que una cebolla es una cebolla, independientemente de que la cocine Ferran Adrià o yo misma. Lo que de verdad hará que sea un manjar será la forma de abordarla, es decir, el talento y, probablemente, el sentido común del cocinero.

—Me gusta esa teoría —reconoció con convencimiento.

—Y a mí que sepas lo que quieres —aseguré con convicción.

—Creo que ése es uno de mis defectos —afirmó con seguridad.

—Los defectos de unos son virtudes para otros —negué con la cabeza.

—Al igual que la basura de uno es el tesoro de otro, ¿no?, una de las normas básicas de la decoración. ¿O me equivoco?

—*Touché!* —reconocí—. Desinfectalo con lejía, adáptalo y ubícalo.

En ese momento levantó la mano derecha hasta la altura de su cabeza para que yo chocara mi palma con la suya, cosa que ambos hicimos sonoramente.

—Creo que juntos vamos a formar un buen equipo —comentó Alejo.

Justo cuando iba a responderle, inesperadamente, puso su mano sobre la mía, que descansaba junto al plato.

—Espera un momento —me dijo—. Voy a pedirle más agua al camarero y no quiero perderme nada de lo que digas.

¿Qué? ¡Pero sí yo ya había comprobado que sabía hacer dos cosas a la vez! Además, mi sorpresa fue en aumento, dado que, hasta que localizó al camarero con la vista y éste se presentó, tiempo que fue superior a un par de minutos, no retiró su mano. Es más, mientras esperábamos, no dejó de jugar con sus dedos, plegándolos sobre sí mismos para volver a estirarlos a continuación, topando suavemente con mi piel cada vez. No podía decirse que estuviera acariciando mi mano, porque lo cierto era que no lo había hecho en ningún momento, pero la verdad es que lo parecía. Asimismo, daba la sensación de que quería que yo fuera consciente de que su mano estaba ahí y de que no se había movido de ahí. ¡Y vaya si lo era! Toda yo como conjunto, y cualquier órgano de mi cuerpo de manera individual, y me refiero a todos aquellos susceptibles de actuar con vida propia, ya fuera el corazón, el estómago o los pulmones, se pusieron a trabajar de forma independiente. ¡Un poco más y comienzo a hiperventilar!

Aunque a duras penas, fui capaz de controlar mis nervios, así como de colocar una media sonrisa en mi cara que me sirviera de parapeto y me permitiera disfrutar del momento. No obstante, no me atreví a hacer ningún tipo de comentario, ya que desconocía el significado de esa maniobra en el lenguaje de los hombres de éxito, si bien en el de las mujeres normales y corrientes quería decir que había interés y, por el tiempo que su mano estuvo sobre la mía, implicaba mucho interés.

«Los triunfadores deben de tener su propio idioma», pensé, intentando quitármelo de la cabeza con el fin de no darle mayor importancia. Y lo que sucedió a continuación vino a confirmar este último planteamiento, pues, con el agua ya en nuestras copas, la conversación volvió a fluir con normalidad, centrada en el trabajo.

—Cuando hablamos la semana pasada —continuó—, dijiste que cuando trabajas para hombres sueles tener problemas con los colores. ¿Te importaría ponerme algún ejemplo?

—Tampoco te creas que son cosas especialmente relevantes —le dije quitándole hierro al asunto—. A veces quedas con un cliente en que le vas a pintar una pared en color beige, pero como él desconoce la existencia de ese color, la espera marrón. Es más, aunque previamente le hayas enseñado el

Pantone con el color elegido, no habrá manera de que entienda que va a ser beige y no marrón. Ya sabes, sólo ves lo que crees que ves, o lo que quieres ver.

—Bueno, estamos de enhorabuena, porque yo distingo entre ambos —se rio—. Pero ¿una pared marrón no es un poco radical para que un hombre espere su casa de ese tono?

—Te sorprenderías. Queda genial. Es más, aun sin verla, por lo que sé de ti hasta el momento, yo pintaría tu casa no de marrón, pero sí de topo oscuro.

—¿Topo? Creo que ya he hecho un alarde de conocimientos con lo del beige y el marrón y he llegado al máximo de mi capacidad. En este punto tengo que reconocer que mis limitaciones como hombre me impiden ir más allá. ¿Qué color es ése?

—El de tus pantalones —le respondí mientras me desternillaba por su comentario.

—¿En serio? —contestó bajando la vista para refrescar la memoria.

—Totalmente. Ponle delante unos muebles de madera de fresno, natural, sin tratar, y te quedará genial: masculino, elegante, sencillo y... ¿Puedo utilizar un adjetivo sin que te escandalices?

Sonrió afirmativamente, esperando con verdadero interés cuál iba a ser la palabra que iba a emplear.

—Sensual.

Su sonrisa se agrandó aún más, hasta que no pudo por menos que preguntar:

—¿Quieres decir sexi?

—No. Lo sexi es evidente; lo sensual, refinado.

No dijo nada más, pero su sonrisa fue en aumento, así como la intensidad con la que me miraba directamente a los ojos.

En absoluto pretendía yo crear una situación incómoda, o provocar algún tipo de malentendido, y menos aún que se produjera una innecesaria y probablemente molesta tensión sexual entre nosotros, pero algunas cosas tienen un nombre, y no otro, de manera que el pan se llama pan, y no vino. Además, en honor a la verdad, habría hecho el mismo comentario aunque fuera una mujer la que estuviera sentada enfrente. No en vano, las casas deben ser un

reflejo de la personalidad de sus dueños para que éstos puedan reconocerse en ellas, deleitarse con ellas.

Por otra parte, si tenía alguna duda sobre su heterosexualidad —que lo cierto es que no la tenía—, se habían disipado todas de golpe. Acto seguido, y a pesar de que intenté explicarle tanto mi comentario como mi intención de todas las maneras posibles, dentro de su cabeza se había encendido el piloto automático y su cerebro se había puesto a funcionar en modo único, de manera que no era capaz de escuchar. Y es que no es sólo lo que ves, o lo que no ves, es que también oyes sólo lo que crees oír, o lo que quieres oír.

Finalmente, me encogí de hombros y comenté resignada:

—¿Quieres tener una casa a tu gusto o no?

Obviamente no se lo dije, pero así era él, o así lo veía yo: masculino, elegante, sencillo y sensual. De hecho, poco después, Alejo se levantó para ir al cuarto de baño y, de nuevo, no hubo ninguna mujer que no levantara la vista a su paso, y algo más que inocentes miradas había en todos esos ojos.

Pese a ello, al igual que sucede con esas personas que son antipáticas, o simpáticas, por naturaleza, esas que no pueden evitar serlo pero que tampoco lo provocan, yo estaba firmemente convencida de que Alejo no ejercía esa atracción de manera consciente, o no era consciente de la atracción que despertaba. Era innata en él, emanaba de él y, en cualquier caso, estaba tan acostumbrada a ella que la ignoraba. Y no se trataba sólo de sus dos metros de altura, de que fuera más guapo que el actor Channing Tatum —pero de ese tipo—, de que vistiera bien, con clase y estilo, o de su complexión. Es decir, iba más allá de su físico, aunque, hablando en plata, parecía tener un buen culo y, además, la camisa dejaba adivinar que sus pectorales-tableta de chocolate y sus bíceps-tríceps iban a juego.

Al fin y al cabo, el hecho de que hubiera renunciado a los hombres no quería decir que no me gustara mirar..., o pensar, porque mentiría si dijera que, mientras veía a las otras mujeres hacer lo mismo que yo, no pensé con orgullo: «Aunque sea por una cuestión de trabajo (cosa que vosotras desconocéis), soy yo la que está con él».

Y fue exclusivamente el trabajo lo que ocupó el resto de la velada, si bien nuestra conversación fue tan animada y se prolongó tanto que, una vez más,



tuvieron que echarnos del establecimiento.

—Vamos de cierre en cierre —comentó divertido.

—Acabaremos en la lista negra de los restaurantes y no nos dejarán entrar en ninguno —me lamenté entre risas.

En cuanto pagó la cuenta, me acompañó hasta mi coche, nos despedimos con dos besos exactamente iguales que los anteriores y, sin más dilación, cada uno se fue por su lado.

Mientras iba conduciendo hacia mi casa pensé que esa noche con Alejo había sido uno de esos momentos perfectos y, aunque no lo hubiera sido, habría sido tan perfecto como cualquier otro momento perfecto. No en vano, para cuando acabó la cena yo tenía la sensación de que había tenido una cita con el hombre perfecto, y no una reunión de trabajo con el hombre perfecto, cuya casa tendría que empezar a decorar a la semana siguiente, ya que sus últimas palabras no me habían dejado lugar a dudas:

—¿Quedamos el viernes que viene a comer, nos acercamos a El Escorial para que te enseñe la casa con buena luz y empezamos ya con la decoración?

Verdaderamente, no fueron las últimas, ya que, media hora después, recibí un mensaje suyo que decía:

Topo: Color indeterminado que pertenece a la gama de los marrones grisáceos.

Sensual: Pertenciente o relativo a las sensaciones de los sentidos (además de lo obvio, jejeje).

¡Estás haciendo que supere mis limitaciones como hombre! Y tal vez me guste.

Sólo unos segundos tardé en pensar, y enviar, mi respuesta:

Ser todo un hombre: Ser viril, firme y valeroso. ¡Y eso incluye experimentar el efecto topo!

*Amanda, Marina, Alejo y una casa en El  
Escorial*

Era día 9. De nuevo, 9 de julio. Cada vez que lo había echado de casa en el pasado había sido un día 9, salvo en la última ocasión. Amanda no sabía si era fruto de la casualidad, o que el mundo se ponía de acuerdo para tirar piedras a su ventana cada día 9 a fin de que no lo olvidara. Y ni siquiera era su número de la suerte..., o de la muerte.

Fuera por las razones que fuese, lo único cierto era que, antes de la aparentemente definitiva, que había tenido lugar a mediados del mes anterior, había echado en tres ocasiones de casa a Pablo, siempre un día 9: un 9 de diciembre, un 9 de marzo y un 9 de julio, y hoy justo hacía un año de esa última vez.

No hay dos sin tres, que dice el refrán, y a la cuarta va la vencida, que dice también, de manera que, aunque no coincidieran los números, o precisamente porque no coincidían, Amanda presentía que la del mes pasado iba a ser la definitiva. Al menos, hasta el momento había permanecido firme, cosa que no se podía decir de las tres veces anteriores. En esta ocasión, por consiguiente, no se planteó tanto el hecho de tomar la decisión como de ser capaz de mantenerla.

En todos los años que habían transcurrido desde que Amanda se diera cuenta de que su matrimonio era un fracaso, cuando no una farsa, no siempre

había sido fácil —o probablemente nunca lo fue— soportar la infelicidad y la amargura, sabiendo que compartía su vida más con un enemigo que con un marido. Por ello, hasta en tres ocasiones había decidido poner fin, aunque fugazmente, a su matrimonio.

Y, probablemente, lo peor era el motivo que, en última instancia, provocaba la vuelta de Pablo al domicilio familiar después del trío de los días 9. Así, Amanda intuía que existía otro vínculo invisible que lo ataba a él: Pablo representaba su conexión con el mundo, de forma que, si él salía definitivamente de su vida, ella sospechaba que desaparecería y se extinguiría.

Durante años su marido se había encargado de dinamitar su entorno, de deshacerse de todas sus amistades, hasta dejar a Amanda aislada y sola. Y ella no sólo no se opuso, sino que lo consintió, en una suerte de abandono de sí misma en el desempeño de ciertas funciones, permitiendo que fuera él quien tomara las decisiones y canalizando su energía únicamente hacia el proceso de adaptación a la nueva situación, y no a rebelarse contra ella. Pero ahora ya no había una nueva situación, ni energía, sólo una nostalgia que no reconocía como propia.

Amanda temía flaquear, dado que esa fragilidad podría conducirla a volver junto a él poniendo en peligro lo que tanto le había costado recuperar, y la razón se debía a que a medida que pasaban los días se encontraba peor. Así, mientras que al principio, y no hacía ni un mes de eso, se sentía eufórica —tanto por la venganza obtenida como por haberse librado del yugo de las mentiras—, en la actualidad a duras penas conseguía encarar levantarse cada mañana. Es más, se encontraba peor que en el peor de los días de los años de infierno. En consecuencia, ni siquiera había sido capaz de regresar a Madrid desde que Pablo se había marchado, hecho que había tenido lugar en la casa de verano, en Santander, donde había permanecido desde entonces.

Hasta su abuela estaba preocupada. Por eso había mandado un chófer hasta Cantabria con la intención de traerla de vuelta, y le había concertado además una cita en Madrid con un prestigioso psiquiatra, el doctor Joaquín Castro.

A pesar de que había dado su visto bueno a la visita, Amanda no se sentía especialmente cómoda con la situación. Contar sus intimidades a un extraño no le parecía la mejor manera de superar su separación, pero tampoco quería

contrariar a su abuela, muy mayor ya y con una salud frágil, de manera que finalmente accedió a acudir a su consulta.

No obstante, ella ya había hecho un análisis previo de los hechos y presuponía que se trataba de una mera cuestión de adrenalina y tiempo. Es decir, que mientras la tensión la mantuvo alerta su cuerpo aguantó, todos los años que hizo falta, hasta que el problema se resolvió. Fue entonces cuando su cerebro se relajó, con la consecuencia de que todas sus funciones se vinieron abajo. Sólo había que esperar, por tanto, a que éste recuperara el control, y así se lo manifestó al psiquiatra nada más llegar a su despacho.

—No es un mal diagnóstico *a priori* —le reconoció Joaquín, como el doctor pidió a Amanda que lo llamara—, aunque creo que hay algún que otro problema importante que subyace.

—¿A qué te refieres? —le preguntó alarmada, pensando que quizá su abuela había hablado más de la cuenta de antemano.

—Según tengo entendido, te está costando enfrentarte a la soledad.

Sospechas confirmadas.

—No lo creo. Ya estaba sola antes.

—Si no te molesta, voy a matizar tu frase: estabas sola con él, y contra él. Y hay una diferencia abismal. Se puede estar solo, en compañía, y definitivamente solo.

—¿No dicen que no hay mayor soledad que estar acompañado de la persona equivocada? —preguntó Amanda con suficiencia.

—En tu caso, ahora, lo difícil es asumir que ya no está.

—Lo sé de sobra. Yo lo eché y, lo que es más importante, vi cómo se iba... y que no volvía.

—Insisto. Lo que tienes que asumir no es que se ha ido, sino que ya no está.

Tal vez Joaquín Castro supiera de lo que hablaba, incluso puede que tuviera razón, o quizá no. Pero, aun en este último supuesto, Amanda estaba demasiado cansada para iniciar una discusión gramatical, o simplemente verbal, así que optó por callarse.

Joaquín percibió su agotamiento y, advirtiendo que corría el riesgo de que se levantara y se marchara, fue directo al grano.

—No tienes amigos, ¿verdad? Nadie con quien hablar que no sea tu abuela.

Amanda no daba crédito. No es que hubiera sido directo, es que había sido rudo, rayano en la humillación. ¿De dónde había sacado su abuela a ese hombre?

—¿De verdad que eres médico? —alcanzó a preguntar—. Y, si es así, ¿no te has planteado tomarte alguna medicación? Seguro que te la dan sin receta...

—Veo que conservas la capacidad para defenderte y el sentido del humor —aseguró Castro mientras sonreía—, y eso es bueno. Pero, ahora, por favor, responde y sé sincera.

—De acuerdo —se conformó Amanda, pensando que lo más inteligente sería quitarse el asunto de encima y acabar cuanto antes—. Te pondré un ejemplo: la última vez que alguien me llamó fue en Nochevieja, y se equivocaron de persona... y de celebración. Preguntaron por un tal Arturo al que querían felicitar por su cumpleaños, aunque, pensándolo bien, puede que la fecha coincidiera.

Joaquín esbozó otra sonrisa, tras la que afirmó:

—De nuevo sentido del humor. Vamos por buen camino.

—No te creas. Venía al caso.

—El sentido del humor cuando las cosas van mal en tu vida es igual que la tos cuando te atragantas: si toses, respiras; si bromeas, sobrevives —aclaró Joaquín.

Amanda no se molestó en contradecirlo, pero de sobra sabía ella que no era una persona divertida, ni risueña, ni por supuesto ingeniosa, condición indispensable para ser gracioso. Desde luego, apañada iba si su curación dependía de eso.

Afortunadamente, Joaquín no abundó más en el tema, pero sí en dos materias que, según él, eran las más importantes que había que superar.

—De la soledad ya hemos hablado, y trabajaremos sobre ello, pero también está el desamor.

—Lo segundo no va a ser un problema —aseguró contundente Amanda—. Hace ya muchos años que mi marido se encargó minuciosa, pormenorizada y concienzudamente de matar cualquier resto o rastro de amor que pudiera

quedar en mí.

—¿Se os gastó el amor de tanto usarlo? —comentó coloquial Joaquín.

—De no usarlo más bien, o de maltratarlo tal vez.

—Cuando un médico oye la palabra *maltrato* saltan las alarmas —la previno Joaquín.

—No de esa clase —precisó Amanda—, aunque los hay peores... Sí nos perdimos el respeto, pero tampoco es lo peor. Lo peor es cuando pierdes la capacidad de compadecerte del otro...

En ese momento Amanda se dio cuenta de que para no querer hablar de sus problemas personales con un extraño no se le estaba dando nada mal. «Quizá no sea tan mal psiquiatra después de todo —se dijo—. O eso, o que yo estoy más desesperada de lo que pensaba.»

Joaquín aprovechó el momento para dar un giro en la conversación, observando que ella parecía retroceder.

—Dime, sin pensarlo dos veces, qué es lo que más recuerdas de tu matrimonio.

—Las palabras rotas.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó intrigado.

—A que cuando empiezas a ser consciente de que tu mundo, en el que tú creías que vivías, nunca ha existido, ni siquiera eres capaz de defenderte, ni con lo más básico, que son las palabras. Todas se me rompían, incluso antes de salir de mi boca.

—Y ¿de él? ¿Qué es lo primero que se te viene a la cabeza?

—Cada vez que pronunciaba mi nombre lo exprimía. Debería haber pensado que era premonitorio, pero no lo hice.

Mientras respondía a esa última pregunta, Amanda vio —a pesar de estar sentada enfrente— lo que Joaquín había escrito en su cuaderno: la palabra *melancolía*. «Pero ¿qué demonios es eso de la melancolía?!», se preguntó.

En consecuencia, en cuanto salió de la consulta, emplazada ya para volver a la misma hora y el mismo día de la semana siguiente, buscó en internet su significado: «Se trata de un tipo de depresión mayor que implica pérdida de placer en todas o casi todas las actividades, falta de reactividad a estímulos que de forma habitual resultarían placenteros, mayor sensación de malestar

por la mañana cuando la persona se despierta muy pronto y en estado de alerta, pérdida de peso, enlentecimiento o agitación psicomotriz y culpabilidad excesiva o inapropiada que roza el delirio».

«Y ¿todo eso lo tengo yo? —se horrorizó Amanda—. ¡Pues sí que me va a hacer falta un psiquiatra!», se lamentó.

A continuación, se subió al coche, que aún la esperaba, rumbo a su casa, o al menos eso pensaba ella, ya que cuando cerró la puerta el chófer la informó:

—Su abuela me ha indicado que la conduzca a otra dirección.

Amanda cogió entonces el teléfono para llamarla y averiguar qué otro plan le había preparado para el día.

—Y ¿se puede saber adónde tengo que ir ahora?

—Vas a reformar la casa, tu casa.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca de repente?

—En absoluto. Necesitas romper, empezar de nuevo. Y una casa es un primer paso tan bueno como cualquier otro para hacerlo.

Una vez superada la primera impresión, a Amanda no le pareció mal la idea, más bien al contrario. A fuer de ser sincera, nunca le gustó mucho y, además, no hay nada como una casa para recordarte lo desgraciado que has sido en ella. Y es que cada bronca, cada pelea, cada guerra, la asociaba a un mal recuerdo, que se correspondía con una esquina, con un rincón, con una habitación.

—Y ¿ya has pensado cómo hacerlo? —le preguntó a su abuela.

—Mientras estabas en Santander he mandado vaciar la casa.

—Pero... ¿y dónde están todas nuestras cosas? —se sorprendió Amanda.

—Lo he tirado todo, salvo la ropa y los juguetes de la niña.

—¿En serio? —se maravilló Amanda de la energía que aún conservaba su abuela a la hora de tomar decisiones.

—Y Violeta y tú viviréis conmigo mientras duren las obras.

—Entonces ¿adónde tengo que ir ahora? —preguntó, pues quería organizarse mentalmente.

—Mi amiga Luisa, que está reformando el ático en su casa de La Florida, me ha comentado que ha contratado a una decoradora con la que está muy contenta porque le está haciendo algo muy original que se sale de lo corriente,

así que te he concertado una cita con ella. Se llama Marina Mirizarry.

Y, dado que la primera idea de la mañana, la del psiquiatra, no había sido tan descabellada después de todo, Amanda decidió secundar la segunda presentándose en The Living Home.

\* \* \*

—Encantada de conocerte, Amanda —le dije nada más verla—. Si te parece bien, vamos a charlar un poco ahora, para conocernos, y quedamos otro día para decidir las cuestiones relativas al diseño. Así te vas haciendo a la idea porque, según me han informado, te acabas de enterar de que te han limpiado la casa —asegué con humor.

Ella sonrió con amabilidad, si bien afirmó de inmediato con una seguridad aplastante:

—En realidad tengo claro lo que quiero, y es sólo una cosa: una casa melancólica.

Mientras iba camino del estudio de diseño, había estado dándole vueltas a la cabeza a la anotación del psiquiatra, cada vez más convencida de que tal vez estuviera en lo cierto. «Si yo estoy melancólica, quizá mi casa debería reflejarlo. Reconocer que tienes un problema es el primer paso para superarlo», se convenció.

Yo, por mi parte, al oírla decir esas tres palabras no dejé que mi rostro exteriorizara el estupor que anegaba mi cerebro. ¡Una casa melancólica! ¡Era la primera vez que oía algo semejante! Y ¿eso lo enseñaban en la escuela de diseño? ¡O hice muchas pellas o desafortunadamente el día que explicaron esa lección me fumé la clase!

—Y ¿tienes alguna idea en concreto? —me ilusioné, pensando que quizá la clienta contara con un diseño preconcebido.

—Ninguna. Estoy abierta a sugerencias.

Adiós, ilusión; hola, desilusión. «Y ¿qué le digo yo a esta mujer ahora?», me lamenté.

Incapaz de reaccionar durante unos segundos, de repente me acordé de un consejo que mi madre solía darme: «Llévalo siempre al terreno personal». Y



con esa llave fue con la que abrí la puerta.

—Nadie llega hasta una casa melancólica sin una historia. ¿Vas a querer recordarla u olvidarla en tu nueva casa?

En ese preciso momento noté cómo Amanda se relajaba, tras comprobar, alentada, que su abuela había vuelto a acertar, e iban dos en una mañana. Fue entonces cuando me contó su historia, que, inevitablemente, me recordó a la de mi madre. Al fin y al cabo, hay algo en el dolor, y en su intensidad, en ese dolor que está más allá de las lágrimas, que es común a todos los seres que sufren por la misma causa y que sólo ellos pueden llegar a compartir y comprender.

—Hay una persona a la que creo que deberías conocer —le sugerí.

Una vez concertada la cita, y en cuanto Amanda se hubo marchado, cogí el teléfono para llamar a Calem, con quien hablaba prácticamente todos los días desde que había vuelto de Escocia.

—¡Vas a alucinar! —le adelanté—. ¿A que no sabes lo que me acaba de pedir una clienta? ¡Que le monte una casa melancólica!

—Y ¿eso cómo se come?

—Ni idea, porque no me ha dado ninguna indicación.

—Y ¿qué vas a hacer? —se interesó Calem.

—Lo desconozco, aunque he de reconocer que este trabajo se pone cada vez más interesante —comenté con ironía—. Pero, bueno, puede que al final sea incluso divertido.

—¿En serio? —me cuestionó Calem, dando a entender que me estaba engañando—. Y ¿de qué color es la melancolía? ¿Cómo son los muebles melancólicos?

—Tienes razón. Quizá esté pecando de positiva. ¿Te imaginas? ¿Y si me paso y hago una casa deprimida?

Calem soltó una carcajada al oír mi comentario, tras lo que aseguró:

—Si aún te hubiera encargado una casa romántica, le habrías endilgado algo rosa, unas cuantas flores y a correr, pero melancólica... Y tú ten cuidado, que estás muy sensible en este momento de tu vida; ¡a ver si te va a gustar lo que haces y te quedas con las llaves!

—¡Tendría gracia! —me reí—. De todas maneras, con el calor que hace en

España ahora mismo es imposible hacer una casa melancólica. Me va a salir una neurótica, y lo que le van a entrar a la clienta no son ganas de vivir en ella, ¡sino de suicidarse!

Continuamos hablando un rato más sobre el tema sin llegar a ninguna conclusión, hasta que una luz brillante se encendió en mi cerebro en forma de una frase que había leído tiempo atrás en una revista, tal vez de moda: «No hay belleza sin decadencia». Y ¿cuál es el prototipo de la decadencia en decoración? Venecia. En Venecia, pues, estaba la solución.

Pasé el resto de la mañana, y de la semana, alternando la búsqueda de ideas para la casa de Amanda —lo que he de reconocer me cautivó mucho más de lo que inicialmente consideré— con el desarrollo de mis otros proyectos, centrada únicamente en el trabajo, hasta que el viernes por la mañana Alejo volvió a dar señales de vida en forma de wasap:

¿Comida a las dos en El Charolés? Tiene fama de ser el mejor de El Escorial, sobre todo por su cocido, aunque en pleno julio quizá sucumbamos en el intento...

Asunto del día: El efecto topo y sus implicaciones en el cerebro de los hombres.  
Estado de la situación: ¡Sobrecogido estoy!

Y yo hice lo propio con mi respuesta:

Si hay que ir, se va, pero ir pa' na'...  
Asunto del día: Desarrollo del programa a tratar.  
Curso teórico.  
Clases prácticas.  
Máster de especialización.  
Estado de la situación: ¡Sobrecogido vas a acabar!

Deduje que no respondería a mi mensaje, igual que no lo había hecho en las ocasiones anteriores, pero mentiría si dijera que no estuve pendiente del móvil el resto de la mañana. No obstante, las horas transcurrieron tranquilas en lo que a trabajo se refería, aunque yo no lo estuviera. Necia había de ser si pretendía engañarme a mí misma: Alejo me gustaba, y eso era innegable. Pero como tonta del todo tampoco era, ni siquiera me hacía falta recurrir a mi

decisión de apartarme de los hombres para darme cuenta de que existían dos escollos fundamentales para una más que poco probable relación:

Él era mi cliente, y salvo el roce de una mano y cuatro frases dudosas — que probablemente yo había malinterpretado—, nuestras conversaciones se habían ceñido exclusivamente al terreno laboral.

Y la gente como él no se interesa en gente como yo.

«Bueno —pensé—, lo que no tenga que ser será, o no será, pero hasta que llegue ese momento hay un viaje del que disfrutar.» Y, dicho y hecho, del metafórico y del real, dado que ya tocaba ponerse de camino hacia la sierra norte de Madrid.

Cuando llegué al restaurante, nuevamente me estaba esperando en la puerta, apoyado sobre la fachada principal, muy sonriente, aunque un poco confundido al verme aparecer en un coche con chófer y a mí sentada en el asiento de atrás.

—¿Te han ascendido? —fue lo primero que me dijo mientras me daba los dos consabidos besos.

—... o despedido...

Le costó reaccionar y, de hecho, no lo hizo hasta que le aclaré la situación.

—¡Que es broma!, pero no que mi jefe se haya suicidado tres veces y vuelto a la vida otras tantas para volver a suicidarse después hasta que, finalmente, me ha dado por perdida. Ya te he insinuado en alguna ocasión que no soy muy buena conduciendo, ¿verdad? Pues ante la perspectiva de que me perdiera o me despeñara por el puerto de Galapagar, Adrián ha preferido mandarme en uno de los coches de la empresa.

—No me puedo creer que seas tan mala al volante...

—Lo que no te puedes hacer es una idea de lo mala que soy. ¡Y no me has visto aparcar! Cuando me saqué el carné se me daba tan mal que me buscaba al primero que pasara por la calle para que lo aparcara por mí.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—¡Y no sabes cuánto!

Muy convencido no se quedó, pero tampoco quiso ahondar más en el tema, aunque lo que sí hizo fue sentar unas bases:

—En esta comida los dos nos tenemos que fijar un propósito.

—Y ¿cuál es? —pregunté con interés.

—¡Que no nos echen del restaurante! Hay que llegar a mi casa antes de que anochezca para que puedas ver las vistas con la luz del día.

—¡Hecho! —me comprometí.

Alejo parecía diferente esta vez, mucho más relajado, mucho más feliz, como si la persona solitaria, o circunspecta, que ocupaba la superficie hubiera dejado paso a otra que estaba oculta, y que era ingeniosa, con un sentido del humor muy parecido al mío. Asimismo, también observé que él mismo era consciente de ese hecho, y que disfrutaba con la transformación.

Una vez más fue él quien empezó la conversación, asegurando muy divertido:

—He hecho muchas averiguaciones sobre el topo y quiero que sepas que estoy bastante convencido de que puede ser mi color.

—Yo lo estoy totalmente —afirmé—. Además, esa clase de tonos tienen la ventaja de que funcionan igual de bien tanto para espacios grandes como pequeños, luminosos o sin luz. Da igual como sea tu casa: siempre quedará bien.

—¿Qué quieres decir?

—La gente suele asociar la utilización de colores oscuros con estancias enormes que reciben mucha luz. Y no tiene por qué ser así. Una habitación pequeña, con una ventana mínima, puede quedar fantástica con un tono oscuro, que no hace el espacio necesariamente más pequeño.

—Sinceramente creo que puede funcionar —se mostró convencido.

—Para que las cosas funcionen sólo tienen que gustarte —le confesé.

—Ese principio es sencillo, y me gusta —reconoció.

A continuación, dudó un momento y a punto estuvo de no seguir, pero finalmente aseguró:

—Quiero ser sincero en una cosa, porque no pretendo que te lleves una idea equivocada, o una falsa impresión, de mí. Hasta que te conocí, nunca había tenido el más mínimo interés en la decoración.

Sonreí, halagada, aunque no pude por menos que llevarle la contraria.

—Pues el viernes pasado, cuando me indicaste la relación de cosas que esperabas de tu casa, me dio la sensación de que tenías muy claro lo que

querías, que es lo habitual en alguien que ha meditado bastante sobre ello.

—Si me preguntan sobre la marcha acerca de cualquier materia, lo hago lo mejor que puedo, pero eso no quiere decir que le haya dedicado tiempo previamente, o que tenga una idea preconcebida al respecto. Ya te dije que uno de mis defectos es que sé lo que quiero. Y lo sé incluso de las cosas que no quiero, o cuando aún no sé que las quiero.

Esa seguridad en sí mismo era una de las cualidades que más me atraían de él. Además, ese día estaba especialmente atractivo, físicamente atractivo. Desconocía dónde habría estado durante toda la semana, y por descontado que no se lo pregunté, pero tenía un tono dorado en la piel que le sentaba maravillosamente bien y que hacía que destacaran aún más sus enormes ojos verdes. Por lo demás, y como siempre, iba vestido muy sencillo, aunque elegante, con unos vaqueros básicos azul marino acompañados de un polo del mismo color, con un vivo tostado en los bordes de los elásticos, tanto en el cuello como en las mangas. ¡Dios, cómo me gustaba!

El sonido de mi móvil me devolvió a la realidad. Dado que estaba encima de la mesa pude ver que era un mensaje de Sabrina, mi amiga-vecina, que me preguntaba si acabaría pronto para poder tomarnos unas cañas en Madrid.

—¿No vas a responder? —inquirió Alejo.

—No, da igual. Ya lo haré después.

—¿Seguro? A mí no me importa...

—A mí sí —aseguré convencida.

Era cierto. Siempre me había parecido una falta de educación, y de respeto, hacia las personas que se sientan junto a ti, de manera que afirmé tajante:

—La conversación se entabla con los que compartes mesa, no con los que están fuera de ella.

Sonrió, entre adulado y agradecido, aunque en sus ojos pude observar la duda sobre si se trataba de una práctica habitual en mí o lo hacía sólo en esa ocasión por tratarse de él. En cualquier caso, el móvil nos puso sobre aviso acerca de la hora que era, por lo que dimos por concluida la comida y nos marchamos acto seguido del restaurante.

—En lugar de coger el coche, ¿te apetece que vayamos dando un paseo

hasta la casa? —me propuso.

—¡Por supuesto! Me encanta este pueblo.

—Yo solía venir con mis padres cuando era pequeño muchos fines de semana a merendar, a un sitio que no sé si seguirá existiendo..., un local antiguo, muy bonito, con mucho sabor, muy decimonónico...

—¡¿Al Miranda & Suizo?! —acabé su frase—. ¡No me lo puedo creer! ¡Yo también!

—¡¿En serio?! ¡¿Venías a tomar chocolate con churros?! ¡Y qué buenos estaban! ¡Todavía me acuerdo!

—Yo lo tomaba con picatostes. No sé si los probaste alguna vez, esos trozos de pan grandes y rectangulares recubiertos con toneladas de azúcar. ¡Me encantaban!

—¡Qué gracia! Lo mismo coincidimos en alguna ocasión... —comentó satisfecho con esas casualidades de la vida que convierten el mundo en un pañuelo.

—Y ¿sabes a otra cosa a la que solíamos venir todos los años? —recordé—. A las procesiones de Semana Santa.

—¡Alucino! Nunca nos las perdíamos. Y no es que mis padres fueran especialmente religiosos...

—Era más por el ambientillo —lo interrumpí, segura de que mi explicación lo iba a convencer.

Mientras movía la cabeza afirmativamente, acercó sus nudillos a los míos para que los chocara contra los suyos, cosa que hice, riéndome con ganas.

—¡Vaya, vaya! Así que tenemos un pasado en común... —afirmó complacido.

De repente, parecíamos un par de amigos que hacía tiempo que no se veían y que, además de ponerse al día, rememoraban andanzas de tiempos pasados. Y yo, de repente también, vi delante de mí al Alejo niño; al Alejo adolescente; al Alejo adulto ilusionado con sus recuerdos; al Alejo que había estado tanto tiempo agazapado, aletargado, y que finalmente se estaba desperezando; al Alejo que disfrutaba, radiante, de un paseo en una tarde de verano. Y todos ellos estaban, felices, delante de mí.

Sólo una cosa me preocupaba, y era consecuencia de mi coquetería, de la

parte de mi mente que era frívola y superficial. Así, cuando empezamos a adentrarnos por las calles del pueblo, con su suelo empedrado, miré hacia mis pies y pensé: «Esto va a ser más que complicado». La razón se debía a que llevaba unos zapatos de tacón ancho y plataforma, lo que facilitaba su estabilidad, pero los doce centímetros que me separaban de los adoquines parecían un imán para la gravedad, esa fuerza que atrae, invariablemente, a todos los cuerpos hacia el centro de la Tierra.

Alejo se dio cuenta de inmediato y comentó divertido:

—Compruebas que has elegido el calzado adecuado, ¿verdad?

Tras poner cara de fingido reproche, le pregunté:

—¿Cuánto mides?

Él, por su parte, adoptó una expresión de la que se desprendía claramente que no alcanzaba a entender el propósito de mi pregunta, pese a lo que respondió:

—Dos metros, centímetro arriba, centímetro abajo.

—Yo mido 1,70, de manera que, si no me pusiera tacones, tendría que utilizar un audífono para oírte y unos prismáticos para verte.

Él soltó una carcajada enorme para, a continuación, pasar la mano por mi cabeza con el fin de comprobar que, efectivamente, yo era mucho más pequeña que él.

—Bueno, deberías estar acostumbrada. Tu novio también es alto, casi tanto como yo, ¿no?

Me quedé de piedra, en primer lugar, porque sacara el tema del novio, que siempre es un asunto delicado de abordar, y más tratándose de un cliente en una supuesta conversación laboral, aunque también por el hecho de que hubiera llegado a esa conclusión, y con unos datos tan aparentemente fehacientes.

Sin embargo, lejos de amedrentarme, exclamé admirada:

—¿Sabes algo de mí que ni yo misma sé! ¡Y es que tengo novio! Y ¿dices que es alto? Pero ¿quién crees tú que es mi novio y por qué supones que lo tengo?

—¿El chico escocés pelirrojo que estaba contigo en el lago Ness cuando nos conocimos? —me respondió de inmediato, aunque mostrando con su

interrogante la sorpresa que le había causado mi reacción.

Casi me dio un síncope de la risa, y de la impresión. Y para cuando pude recuperarme, sólo acerté a decir:

—¿Te refieres a Calem?

Lo dije enfatizando su nombre, para que no hubiera ningún género de duda, si bien mi cara traslucía lo imposible de la situación, así como lo enorme de mi asombro. En cuanto a él, respondió afirmativamente, aunque sólo asintiendo con la cabeza, de forma que yo hice lo propio moviendo la mía en sentido de negación.

—¡Venga ya! ¡No te quedes conmigo! —me soltó incrédulo.

—¡De verdad que no!

—¡Pero si hasta la orquesta del Royal Ballet os tocó una canción para que bailarais, si saltaban chispas entre vosotros! Estaba claro que compartíais...

Su boca se quedó abierta para acabar la frase, pese a que su cerebro cortó el suministro de palabras.

—Y el término que buscas empieza por la letra... —intenté animarlo, para que concluyera.

Casi se le escapó una «F», si bien rectificó antes de que fuera perfectamente audible. «¿Fluidos? —pensé—, o algo muy similar...»

Mientras yo me desternillaba, él se puso rojo como la sangre, la que dejó de circular por su cuerpo para concentrarse en su cabeza, y se disculpó de inmediato.

—Lo siento... No pretendía...

—Pero ¡no seas bobo! —atajé—. ¡Si sólo estamos hablando! Y, además, me hace mucha gracia el tema. Pero te diré que no, que lo único que compartimos Calem y yo empieza por «R» y por «P», no por «F».

Lo dije remarcando con picardía la letra «F», hasta que vi que su cerebro se había bloqueado intentando dar con las palabras que se correspondían con esas letras.

—¿Hombre funcionado en modo único? —pregunté.

—¿Qué es eso? —me miro intrigado.

—Cosas mías... —afirmé quitándole importancia al asunto.

—¡Venga! Dime a qué te refieres...



Tras negar varias veces con la cabeza, las únicas palabras que salieron de mi boca fueron tajantes.

—Ni tengo la suficiente confianza ni he bebido lo bastante para tenerla.

Acto seguido, y entre risas, me planteó:

—Lo segundo tiene fácil arreglo y, en cuanto a lo primero, me vas a hacer una casa, y creo que en eso hay un intercambio considerable de confianza. Pocas cosas hay más personales. Además, ¿a que me vas a hacer un cajón dentro de un armario para guardar los calzoncillos? ¿Qué puede haber más íntimo que eso?!

Me desternillé al oír sus últimas palabras, pero, aun así, no me amedrenté.

—Cualquier otra cosa, ¡porque tú no vas a estar presente el día que yo piense en tus gayumbos!

Los dos estallamos en risas, aunque en esta ocasión fue mi cara la que alcanzó una intensidad de rojo cercana al paroxismo.

—¡Dios, cómo ha sonado eso! —me escandalicé hasta yo misma, llevándome las manos a la cabeza—. ¡Esto no puede estar pasándome a mí! —exclamé horrorizada—. ¡No me puedo creer que haya dicho eso, aunque de verdad que no tenía intención...! ¿Sabes qué? —recapacité—, no voy a intentar arreglarlo, porque seguro que la acabo liando aún más parda. Mira, lo que vamos a hacer en primer lugar es dejar de hablar de tus calzoncillos —le propuse, a punto de morirme de un ataque de risa—, y, después, aclarar que yo lo único que compartía entonces con Calem, y que sigo compartiendo ahora, porque hablamos prácticamente todos los días, son «R» de risas y «P» de penas. De verdad que sólo somos amigos.

—Y ¿eso lo sabe él?

Hasta Calem debió de oír mi carcajada desde Escocia.

—Categoricamente. Sin lugar a dudas —le respondí.

—Bueno —vaciló, intentando comprender la situación—, ¿amigos con derecho a roce entonces?

—A mí lo único que me roza es la ropa, mi propia ropa.

La carcajada de Alejo también debió de oírla Calem desde las Highlands.

De cualquier manera, y a pesar de lo categórica que había sido al poner de manifiesto mi soltería, noté que no se quedó nada convencido con mis

explicaciones; sin embargo, tal vez por educación, decidió pasar página y cambiar de tema.

—Y ¿qué hay de lo otro? Porque no creerás que se me ha olvidado que aún tenemos un asunto pendiente, ¿verdad?

A partir de ese momento, todos mis intentos por hacerme la tonta resultaron en balde, ya que, esta vez sí, él no estaba dispuesto a pasar por alto la cuestión.

—¿Hombre funcionando en modo único? —inquirió, por tanto.

—¿De verdad crees —me rebelé con humor— que, después del jardín en el que me he metido antes con tus calzoncillos, me voy a colar ahora en otro mayor?

—¡Venga! ¡Tú puedes! —me animó—. Abórdalo como una teórica del tema. ¡Lo que no puedes es tirar la piedra y esconder la mano! —se justificó, adoptando un gesto de inocencia.

Finalmente, resignada a mi suerte, opté por ordenar mis pensamientos y comenzar a departir.

—Metafóricamente hablando, siempre de otras personas y nunca de nosotros mismos...

—¡Me queda claro! —precisó.

—Cualquier hombre, en cuanto sospecha que una mujer le está hablando, por remotamente que sea, de algo relacionado con lo único, con vuestro único —concreté, aun a sabiendas de que me iba a entender—, desconecta por completo el resto de sus funciones mentales y se pone en lo que yo llamo modo único, que no es más que un hombre completamente absorto en su propia unicidad, sólo pensando en lo que podría pasar en esa supuesta situación y/o lo que espera de ella.

—¿De verdad que somos así de primarios? —se rio, tras lo que preguntó a continuación—: ¿A vosotras no os pasa?

—¡Todo lo contrario! Digamos que, en vuestro caso, el cerebro se convierte en un folio en blanco donde sólo aparece una bombilla roja que lo ilumina todo. En el nuestro, el folio en blanco se transforma muy rápidamente en un mapa mental en el que, de la idea central, el detonante, empiezan a salir miles y miles de ramificaciones, hasta que aquello acaba pareciéndose más a

un jardín botánico que a un cerebro.

—¿En serio sois así?

—Te voy a responder con un planteamiento. ¿Te suena la típica escena de chica enamorada, tierna y romántica, cuando le pregunta arrebatada a su novio: «¿En qué piensas?», y el chico le contesta: «En nada». ¿A que en vuestro caso puede ser completamente cierto?

—Absolutamente.

—Pues no en el nuestro. Si se produce la situación contraria, es decir, si es la mujer la que le responde eso al novio, te aseguro que le miente. Nuestro cerebro, con sus miles de funciones simultáneas que nunca se solapan, no se desconecta jamás; más aún, se viene arriba en la complejidad, y también en la adversidad. Lo uno lleva a lo otro, y lo otro a mucho más.

—Y ¿no acabáis exhaustas? —se maravilló poniendo cara de agotamiento.

—Venimos equipadas de serie, y con el motor rodado.

Nuevamente estalló en risas, lo que no le impidió proseguir con la conversación.

—Esta charla me está resultando muy instructiva. Creo que tendrías que impartirme otro curso avanzado en mujeres, además del monográfico sobre el color topo —bromeó—. Y, hablando del rey de Roma, por la puerta asoma. Ya hemos llegado.

Efectivamente, y tal como él lo había descrito, tras subir una pequeña cuesta nos situamos frente a la casa.

Era una construcción magnífica, y aparentaba ser antigua, la típica mansión señorial de la sierra noble de Madrid, con la fachada de piedra y un tejado muy inclinado de pizarra negra. Su estructura era sencilla, y contaba con dos alturas más una pequeña buhardilla, unos quinientos metros cuadrados en total según había calculado yo a simple vista, doscientos cincuenta por planta. Las vistas, además, eran espléndidas, a un frondoso bosque que se ubicaba en unas colinas situadas enfrente.

Me quedé contemplando el paisaje sin decir nada, hasta que Alejo me preguntó con una inocencia tal, tan llena de esperanza, que me conmovió:

—¿Te gusta?

—Es espectacular.

—¿De verdad? —quiso cerciorarse.

—No he estado más segura de algo en toda mi vida.

—¿Crees que tiene posibilidades?

—¿Bromeas? No vas a querer salir de aquí.

—¿Ya tienes algunas ideas? —me preguntó en un tono en el que desvelaba su entusiasmo.

—Antes, una pregunta. En lo que se refiere a la estructura, ¿quieres dejarla como está o tienes pensado hacer una reforma?

—¿A qué tipo de obras te refieres?

—A tirarla entera por dentro para dejar una sola planta diáfana, de doscientos cincuenta metros por unos siete de altura, con un enorme cerramiento de cristal en la parte que da al bosque, que sería lo único que habría en la pared frontal.

Tan sorprendido se quedó con mi planteamiento que sobre la marcha pensé que no podía seguir adelante sin explicárselo.

—Es una casa para los fines de semana, ¿no?, vives solo y, además, no sueles recibir a gente. ¿Me equivoco?

—No, pero dejarías la casa sin apenas paredes...

—¿Y las quieres para...?

—¿Colgar cuadros? —sugirió, mencionando lo primero que se le pasó por la cabeza en ese momento.

—Ahí fuera tienes uno impresionante —aseguré señalando el bosque—. Ninguno que te cuelgue yo será mejor que ése.

—Me gusta cómo piensas... —confesó con sinceridad.

—Y a mí que me lo digas, pero ten cuidado, no sea que me lo vaya a creer y te cobre más —lo avisé, rematando la frase con un guiño.

—Vamos a hacer una cosa —concluyó—. Lo voy a dejar en tus manos. Estoy convencido de que todo lo que hagas me parecerá bien. A partir de este momento ni siquiera me consultes. Prefiero que sea una sorpresa.

Me invadió una mezcla de orgullo y vértigo, más de lo segundo que de lo primero, pero al final acepté.

—Trato hecho —me comprometí mientras le tendía la mano en señal de acuerdo.

Una vez que la tuvo entre las suyas, la retuvo durante unos segundos, los mismos que tardó en hacerme una nueva proposición.

—Y, ahora, ¿te apetece salir al jardín para ver el paisaje más de cerca?

Fuera empezaba a anochecer, un atardecer rojo, con una luna gitana que ya se adivinaba y que encendía por sí sola el cielo. Tras dar un pequeño paseo, durante el que los dos permanecimos en silencio, me coloqué encima de una piedra para intentar abarcar más con la vista, Alejo incluido, que se aproximó hasta mí.

Nada más reparar en él, sonreí.

—Mira, por una vez estoy a tu altura. Puede que sea lo último que haga en la vida —aseguré señalando mis tacones—, pero estoy a tu altura.

—No sé yo... Para saberlo a ciencia cierta tienes que mirar a los ojos a la otra persona. A ver... —dijo mientras me giraba, poniendo sus dos manos sobre mi cintura—. Sí, definitivamente estás a mi altura. Una cosa —continuó—, sólo un par de conceptos que quiero repasar. Dices entonces que las casas deben reflejar la personalidad de los dueños, y definiste la mía como masculina, sencilla, elegante y sensual. ¿Cierto?

—Bastante —respondí cohibida, pues no sabía exactamente adónde nos iban a llevar sus manos en mi cintura y esa conversación.

—¿Sabes cómo veo yo la tuya? Femenina, muy divertida, elegante y sensual. Y ¿la base de la decoración no es que las cosas encajen bien? Pues yo creo que lo estamos encajando bien, ¿no?

—Supongo... —acerté a decir nerviosa, ya que cada vez me miraba más intensamente a los ojos, y yo notaba que no eran mis tacones precisamente los que se iban a precipitar.

—Y, por último, el planteamiento que más me convence: «Para que las cosas funcionen sólo tienen que gustarte». Me lo has dicho hace un rato, en la comida. ¿Te acuerdas?

—Remotamente...

No mentía. Yo no recordaba nada; ni siquiera conseguía ver más allá de esos inmensos ojos verdes, que se aproximaban a los míos lentos pero seguros, y de esas manos que me sujetaban cada vez con más fuerza.

—... sólo tienen que gustarte —volvió a repetir Alejo—. Y tú me gustas,

me gustas mucho, muchísimo...

Y entonces sucedió. Me acarició la mejilla, me levantó ligeramente la barbilla con una mano y acercó sus labios a los míos. No es que fuera el beso de mi vida, es que no recordaba que hubiera habido otro beso antes de éste. De golpe, Alejo había borrado todo lo anterior. En mi mente sólo estaba él, y un cuerpo, el mío, que no tenía márgenes ni bordes, salvo unas terminaciones nerviosas que acababan en sus labios.

No sé cuánto tiempo estuvimos sin movernos, sin hablar, acariciando nuestra piel, nuestro pelo, sólo besándonos... Esos besos, sus besos, a veces suaves, tenues, incluso sutiles, y también sedosos, vaporosos, fornidos, hondos, penetrantes, masivos...

Después, mucho tiempo después, en algún momento del que ni siquiera fui consciente porque no recordaba que sus labios se hubieran despegado de los míos, oí su voz en mi oído susurrándome: «Y ¿cuándo me vas a conceder una cita, de esas en las que te voy a buscar, te regalo rosas, te abro la puerta del coche, te invito a cenar, te acerco la silla y te llevo a tomar una copa después? ¿De esas en las que tal vez me beses cuando nos despedamos al final?...».

Yo no podía responder, porque en mi cabeza sólo había lugar para una pregunta: si era posible morir de felicidad dos veces, en el mismo instante, sin haber resucitado entre ambas... Primero ese beso..., esos besos..., ahora esas palabras..., a las que sólo pude responder con un atropellado:

—¿Un beso como éste?

—No, el tuyo. Sólo sabré si te gusto de verdad cuando seas tú la que quieras besarme.

Hice ademán de hablar, pero puso su dedo índice sobre mis labios con la intención de no dejarme continuar y me abrazó a continuación. Poco después, sin que aún nos hubiéramos movido ni un ápice de nuestra posición inicial, de nuevo acercó los labios a mi oído para preguntarme:

—No me apetece irme a casa, ni quiero que tú te vayas. ¿Cenamos juntos, tú y yo, por primera vez?

El resto de la noche lo recuerdo como en una nebulosa, esos ojos verdes en los que estaba yo, esas manos en las que estaban las mías, esos labios que abarcaban y completaban los míos, esos brazos que me hacían sentir segura y a

salvo, en casa, esos brazos que eran mi casa..., por fin estaba en casa.

Mientras bajábamos hacia Majadahonda pensé que tal vez Alejo querría dar un paso más y me pediría que pasáramos la noche juntos, pero no llegó ni a insinuarlo. Se despidió de mí como un caballero, eso sí, con otro beso, aunque tímido esta vez, sin ni siquiera concertar nuestra siguiente cita.

No obstante, a los dos minutos de haberse marchado recibí un mensaje suyo en el móvil que decía:

Espero que mis besos me hayan dejado en buen lugar, porque me encantaría que fueran los primeros de muchos, ¡o, mejor, de todos!

¿Se podía ser más encantador? ¿Se podía ser más perfecto? Y ¿se podía ser más feliz? Aquella noche yo habría apostado a que no. Es más, si alguien me hubiera preguntado por dónde andaba mi cabeza en esos momentos yo habría respondido que se acababa de trasladar a vivir a las nubes, donde estaba planteándose fijar su residencia definitiva, que hacía fiesta de bienvenida e invitaba hasta a las cañas.

Pese a ello, me costó poco encontrar la respuesta adecuada con la que contestar a sus palabras. Habitualmente habría utilizado el sentido del humor para salir del paso, evitando así cualquier posible salto al vacío. Sin embargo, en esta ocasión opté por asomarme al abismo y ser sincera.

Los míos están deseando conocerte.

Antes de meterme en la cama, Clara vio que yo estaba en línea todavía y no pudo evitar querer saciar su curiosidad:

¿Qué tal la noche?

Una experiencia extracorpórea en toda regla.

Pues no eres la única que ha triunfado. Yo también tengo novedades.

# 15

## *Calem, Alejo, Marina, Clara y un sofá cama*

Cuando me levanté aquella mañana de sábado tenía decenas de wasaps de Calem en mi móvil:

¡¿Qué has hecho?!  
¡Te odio!  
¡Te quiero!  
¡Esto es un horror!  
Tú eres un horror.  
¡Eres un amor!  
¡¿Qué hago?!  
Tienes que venir.  
¡Pero ya!  
Te necesito, ¡ya!  
Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.  
¡No! ¡Eres lo peor!  
¡Te voy a matar!  
¿Te he dicho ya que te quiero? ¿Y que te odio?  
¿Y que tienes que venir ya?

No me costó mucho deducir que Calem se había enterado de que había presentado su libro al concurso, ¡y que lo había ganado!

¡Lo sabía! Lo supe desde el minuto uno, desde que leí las cinco primeras páginas y no fui capaz de parar. ¡Y se lo merecía! A la gente buena deberían pasarle cosas buenas, y la vida había encontrado el momento y la forma de



gratificárselo.

Yo, por mi parte, no podía estar más feliz. Era más que evidente que el mérito era única y exclusivamente suyo, si bien me sentía orgullosa de haber contribuido en algo, de haber permitido que la gente conociera lo que yo ya había visto previamente en él, en una suerte de ufano y gozoso «él es bueno, pero yo lo vi primero».

Según me informó cuando descolgué el teléfono para darle la enhorabuena, el premio se lo entregarían oficialmente el viernes siguiente en el transcurso de una cena que tendría lugar en Londres, a la que asistirían las más importantes personalidades del mundo de las letras británicas. Así, no se trataba únicamente de haber obtenido el galardón, con todo lo que conllevaba de antemano de fama, popularidad, prestigio y dinero, sino de las puertas que se le abrirían hacia una exitosa carrera como escritor.

En principio quedamos en que yo llegaría a primera hora de la tarde de ese viernes, con tiempo suficiente para ayudarlo a preparar su discurso, asunto que lo tenía muy preocupado, aunque la verdad es que yo me hacía cruces sobre cómo una humilde decoradora de interiores podría socorrer a un talentoso novelista supuestamente en apuros.

—Tú vienes con tiempo y santas pascuas —sentenció finalmente Calem—, que si estoy metido en este lío es por tu culpa, así que me lo debes.

Accedí gustosa, no sin antes prevenirlo —para que no se llamara a engaño— de que era famosa entre mis amigas por redactar tan mal como conducía. «¡Como sigas algunos de mis consejos, te vas a acordar de mí para toda la vida!», le advertí con convicción.

Pero no fue Calem el único que se acordó de mí aquella mañana. También Alejo me escribió a eso de las doce de la mañana:

¿Tus besos siguen deseando conocerme?  
Porque los míos andan huérfanos...

Ahí van, suspirando...

Mmmm..., me encantaría que pudieran verse,  
pero voy camino de Nueva Zelanda.

¡Dios! ¿No había otro sitio más lejos? Bueno, sí, Australia, pero te queda a mano...

Ya sabes, trabajo, pero estaré de vuelta el viernes y, teniendo en cuenta el estado de tus besos, creo que me debes una cita. ¿Qué tal el viernes por la noche?

No puedo. Salgo a mediodía para Londres y no regreso hasta el sábado a media tarde.

¿Trabajo tú también?

No, se trata de un asunto personal.

¿Se puede contar?

¡Por supuesto! A Calem, mi supuesto novio pelirrojo, alto, aunque no tanto, y escocés, le dan un premio y quiero hacerle la ola.

¿Tengo que ponerme celoso?

«¡Qué tierno!», no pude por menos que pensar.

Para nada; es más, en esta ocasión ni siquiera vamos a compartir «P», que las vamos a sustituir por «A», aunque la «R» se mantiene inalterable. Ésa no cambia, nunca cambia.

No me vas a hacer que me ponga a funcionar en modo único, ¿verdad?, que estoy en una reunión de trabajo y ¡me va a costar volver a la realidad!

Me reí, y me maravillé, porque en verdad era el hombre perfecto, ¡capaz de recordar todas las cosas que le decía! Por el contrario, la mayor parte de los hombres, cuando una mujer les habla, se ponen a pensar en otras cosas, tuyas o ajenas, o directamente a no pensar.

Pero ¿qué haces charlando conmigo si estás en una reunión? Además, ¿no has dicho que estabas en el avión?

Vienen conmigo un par de colegas y estamos preparando la estrategia de implantación en el país.

Bueno, te dejo, que no quiero desconcentrarte.

¿Estás de broma? ¡Ni de coña! Te quedas conmigo. Eres lo único bueno que me ha pasado en lo que va de mañana. ¡Menudo petardo de reunión! ¡No me estoy enterando de nada de lo que me están diciendo!

¡Pobre!

Además, ¿qué es eso de la «A» que vas a compartir con Calem?, que no se me ha olvidado...

Vamos a sustituir la habitual «P» de penas, por la «A» de alegrías. ¡Que no es sólo el premio que se ha llevado, es que viene acompañado... de seiscientas mil libras! ¡Ah!, y la «R» siguen siendo risas.

Estuvimos hablando al menos un par de horas más esa mañana, y lo mismo el resto de la semana, estableciendo una nueva rutina entre nosotros. En consecuencia, algunos días nos escribíamos casi continuamente, mientras que otros apenas, aunque siempre, al final del día, había alguna palabra o una foto con un texto que la escoltaba.

Te mando una imagen conjunta con lo que más he visto por las calles de Nueva Zelanda: kiwis, coches y ovejas. ¿Sabes que cuatro millones de personas cuentan con dos millones de coches? ¡Es el país con la tasa más alta de vehículos per cápita del mundo! Y ¿sabes también que tienen cuarenta millones de ovejas, es decir, que tocan a diez por cabeza? ¿Conducirán los coches las ovejas?

Yo, por mi parte, lo ponía al día con mis proyectos, incluida su casa.

Te mando foto del estado de tus obras (albañil robusto tipo 2×2 portando maza, con una leyenda debajo que aseguraba: «¡Arrasando!»). La excavadora humana se llama Ilie, es rumano y era policía —lo que me inquietaba un poco, la verdad—, además de un verdadero armario. Nota a pie de página: Lo que sobresale de la camiseta no son músculos, sino los pomos de las puertas.

Joder, pues sí que tiene puertas...

Me encantaba, él, su ironía, sus bromas, sus chistes, reírme con él... En general, en mi relación con los hombres, siempre era yo la graciosa, y ellos los que se reían, pero, con Alejo, él me hacía reír a mí tanto como yo a él. Y nunca lo habría sospechado al principio, si bien, a medida que nos íbamos conociendo mejor, he de decir que, en muchas ocasiones, hasta era bastante más divertido que yo. Además, salpicaba casi todas sus conversaciones, ya fuera al principio o al final, con un detalle delicado, romántico, aunque sin caer en el empalago, que me hacía —hablando claro— babear. Muchas veces, de hecho, me llevaba al borde de la carcajada para, un segundo después, colocarme al límite de las lágrimas, lo que provocaba en mí una sonrisa sólo comparable a la de una quinceañera viviendo su primer amor.

Y es que, cada día que pasaba, Alejo me gustaba más, mucho más, muchísimo más. Más aún, no recordaba que nadie me hubiera gustado tanto; ni siquiera recordaba que alguien me hubiera gustado alguna vez y, después de tantas citas, si algo tenía —y en cantidades ingentes— era experiencia. Pero él ejercía sobre mí lo que yo llamaba el efecto borrador, que hacía desaparecer no sólo lo de antes, sino también lo de durante y, sobre todo, lo de después. Sólo estaba él.

Pese a todo, lo que más me entusiasmaba de Alejo era que siempre parecía tenerme presente, que siempre parecía pensar en mí. El viernes, sin ir más lejos, en cuanto aterricé en Londres, recibí un wasap suyo que decía:

Aviso a navegantes: Además de mala conductora, no serás disléxica, ¿verdad? Sabes que en Inglaterra conducen al revés y que la derecha es lo opuesto de la izquierda, ¿no?

No pude responderle en ese momento, ya que mi vuelo había llegado con retraso, pero dejé su mensaje en la carpeta de venganzas pendientes. Lo último que necesitaba Calem, que llevaba dos horas esperándome en el aeropuerto de Gatwick presa de un ataque de nervios, era verme enfrascada en mi móvil, sin prestar atención a la maleta o al hecho de que aún nos quedara por atravesar el tráfico de Londres hasta llegar a nuestro hotel. Una vez allí, además, tendríamos que arreglarnos a todo correr para salir disparados a continuación hacia el Dorchester, el hotel en el que iba a celebrarse la recepción.

Con respecto a ésta, no sé qué idea preconcebida había elaborado yo, pero estaba del todo convencida de que Calem iría por su cuenta al acto, recibiría el premio, cenaría con la flor y nata de las letras británicas y, después, en algún momento de la fiesta posterior, coincidiríamos unos instantes, breves pero suficientes, para brindar por su éxito.

Sin embargo, él me sacó de mi error nada más salir de la terminal.

—Un coche de la organización nos esperará en el hotel dentro de unos noventa minutos, de manera que, si todo va bien, tenemos una hora para arreglarnos.

—¿«Arreglarnos»?

—Claro. ¿Con quién crees que voy a ir?

—¿Contigo mismo?

—Y contigo también. ¿O crees que te he hecho venir sólo para que me coloques la pajarita?

—Pues tenemos dos problemas: uno, no sé, y dos, no tengo nada que ponerme.

—Tú no, pero yo soy un chico previsor... —me dijo con un fingido aire de superioridad y de misterio, cuyo significado no quiso desvelarme.

—Entonces —confirmé—, vamos a ir juntos, a entrar juntos, a cenar juntos...

—Y nos van a fotografiar juntos, porque en la entrada hay un *photocall* —

precisó Calem.

«¡Qué inquietante!», pensé, aunque lo que se me pasó por la cabeza a continuación también lo era, sobre todo para Calem. Tras unos instantes de duda, al final consideré que debía decírselo.

—Tú sabes que todo el mundo va a pensar que soy tu novia, ¿verdad? Yo no tengo ningún problema con eso, pero no sé si a ti te va a resultar muy cómodo —lo previne con la mayor sutileza de que fui capaz.

—Tal como yo veo las cosas, en primer lugar, el premio te lo debo a ti; no obstante, te habría pedido que vinieras conmigo aunque el libro lo hubiera presentado yo al concurso. No serás mi novia, en el sentido hetero de la palabra, pero sí mi pareja esta noche, y no se me ocurre ninguna otra persona mejor que tú para acompañarme.

«¡Éste es mi chico sensible!», me derretí al oírlo hablar.

Cuando llegué a la habitación del hotel me encontré, además, con el Calem previsor y, sobre todo, con el detallista. Encima de la cama había una caja rectangular envuelta con un lazo de la que sobresalía una tarjeta que decía: «Sé que te gusta, así que no me voy a molestar en fingir que me he preocupado en pensar». Al quitar la tapa vi un conjunto de pantalón y casaca que no podía ser más sencillo, ni más elegante, o apropiado para la ocasión. Los pantalones eran de color negro, pitillos, muy estrechos y ajustados, diseñados para llegar un palmo por encima de los tobillos con el fin de lucir unas sandalias tan altas como estilizadas, que habían sido reducidas a la mínima expresión: sólo una tira a la altura de los dedos y otra para anudarse al tobillo. Por lo que se refiere a la casaca, blanca radical y muy ajustada también —con un escote *halter* que dejaba al aire tanto los brazos como los hombros—, tenía la particularidad de que, aunque llegaba por la rodilla, sólo lo hacía en un setenta por ciento del cuerpo; es decir, que la mayor parte de una pierna y su correspondiente cadera quedaban completamente al descubierto. Así, y hasta la altura de la cintura, la tela desaparecía, redondeándose el contorno, hasta que volvía, plena, en la parte posterior.

Mientras me lo probaba, caí en la cuenta. En una de nuestras conversaciones intrascendentes en el lago Ness, le había comentado que me encantaba un conjunto de Chanel que había visto en una revista de las que

compré para entretenerme en el avión. Y Calem no sólo lo recordó, sino que lo compró, y perfecto de talla además. «Menudo ojo tienen los gais», no pude por menos que asombrarme.

Por lo que se refería a su esmoquin, también le quedaba perfecto.

—¿Sabes que estoy muy orgullosa de ti? —le dije satisfecha—. Tan guapo, tan elegante, tan inteligente, tan buen escritor, tan buena gente... Esta noche soy una mujer con suerte...

Calem sonrió agradecido, agradecimiento que demostró con un beso en la mejilla y un brazo, el suyo, que me ofreció para bajar a la calle, donde ya estaba esperándonos el coche.

Después de recorrer calles y más calles repletas de automóviles y gente, cuando al fin llegamos al Dorchester apenas se podía ver por la cantidad de flashes y de fotógrafos que esperaban a la entrada del hotel.

—Pero ¿cómo es posible que un certamen literario despierte tanta expectación? Esto parece los BAFTA —exclamé pensando en los galardones del cine inglés, el equivalente a los Oscar en suelo británico, mientras posaba lo mejor y más natural que podía delante de las cámaras de fotos.

—Es verano y hay pocas noticias, lo que quiere decir que la prensa está aburrida, por no mencionar que este premio es muy importante —me contestó.

Tras unos minutos más de destellos, alguien de la organización acudió a rescatarnos a fin de acompañarnos hasta nuestra mesa, momento en el que reparé, horrorizada, en su discurso.

—Lo tengo todo controlado —me tranquilizó.

Y así era, como pude comprobar unos minutos después cuando Calem se levantó, folio en mano, para dirigirse hacia un atril situado frente a nuestra mesa.

—Mientras que las niñas de mi infancia jugaban con muñecas, y los niños con pelotas —empezó a decir—, yo me entretenía con las palabras. De hecho, desde que tengo uso de razón, todos los días de mi vida he escrito algo: a veces, tan sólo el garabato de una frase en un papel; otras, un libro entero, porque no he sido capaz de parar.

»Esta obra con la que me presento ante ustedes se corresponde con el segundo caso. Estuvo un año en mi cabeza completamente acabada, tanto el

principio como el final, tanto la primera como la última letra, pero no fue hasta el verano pasado cuando, finalmente, decidí trasladarla al papel. Para ello utilicé entero mi mes de vacaciones, trabajando veinte horas diarias y no descansando ni un solo segundo hasta que conseguí poner el punto final.

»Pese a ello, una vez concluida, no tuve la fuerza, la energía, el valor, la audacia, o cualquier otro sustantivo que pudiera emplear para definir el hecho de que mi cobardía fue mayor que mi sueño de convertirme en escritor. No obstante, una persona muy querida por mí me dijo una frase que me hizo pensar: “Los sueños no zarpan solos, ni atracan sin fe”. Aun así, no fui yo quien soltó las amarras; me las tuvieron que soltar. Fue la fe en mí de esa persona la que desató el cabo. Como consecuencia, y en un viaje digno de una película de humor, mi mejor amiga, Marina, que está sentada en estos momentos a mi mesa, salió de Edimburgo un día de huelga de trenes y autobuses y sin ningún billete de avión disponible, con una única idea en la cabeza: llegar a Londres a tiempo para presentar el original. Para ello, tuvo que alquilar un coche, lo que tiene mucho mérito en ella, ya que si hay un club donde se aglutinan los peores conductores del mundo, ella es su presidenta y, además, es española, con lo que conducir por la izquierda... No hubo carretera en la que no se perdiera, ni indicación que fuera capaz de entender; sin embargo, lo consiguió. Y, de esa situación, yo destacaría dos hechos:

»El primero, que llegó, e hizo que yo llegara también hasta aquí, hasta ustedes.

»Y, el segundo, que aún andan buscándola en varios condados por conducción nefasta, síndrome de despiste generalizado, nocturnidad (aunque era de día) y alevosía. Y, no, no se rían, que todavía tienen su foto en varias comisarías con el letrero de “Se busca”.

»A pesar de que yo no me arriesgué, y más aún tras ver el resultado, sí que les aconsejaría a todos ustedes que se atrevieran a cumplir sus sueños; eso, o que tuvieran la suerte de contar con una persona maravillosa en sus vidas que los obligara a hacerlo.

Para cuando Calem llegó a la mesa, yo ya estaba hecha un mar de lágrimas que degeneraba en maremoto, de esos que te provocan hasta sofocos e hipidos, imposibles de detener o controlar. Antes de sentarse, además, me dio un beso



enorme, un abrazo mayor aún, y me susurró un precioso «te quiero» al oído. La mejor descripción de mi estado, tanto físico como emocional, en aquellos momentos era que no cabía en mí, dentro de mí; es más, ni tan siquiera fuera, en toda la sala, había suficiente espacio para mí.

He de decir que me costó bastante, pero logré recobrar, al menos lo suficiente para recuperar un mínimo de mis funciones vitales, las precisas para estar a la altura de Calem y no dejarlo en ridículo en el día más importante de su vida.

No obstante, ya recompuesta y con la cena finalizada, mientras él departía con los directores de las editoriales más importantes de Gran Bretaña, yo aproveché ese rato de soledad para contestar al último mensaje de Alejo acerca de mis problemas con la conducción y mi más que probable dislexia.

Y ¿dices que la izquierda es lo que está al norte y la derecha lo que está al sur? ¿O era al contrario? Y ¿dices incluso que aquí los volantes se mueven de lado a lado? Bueno, las columnas del garaje de mi casa también lo hacen, así que no me aportas nada nuevo ni, por tanto, me impresionas. Por cierto, quiero hacerte constar, por si te ves implicado —tu compañía de seguros que te prohíba dejarme subir a tu coche —, que mi «trastorno conductivo» ha dejado de ser una cuestión privada para pasar a convertirse en un asunto de seguridad nacional, tanto aquí como, presumiblemente, en España.

A continuación, además, le adjunté el enlace desde el que se podía escuchar el discurso de Calem, así como ver la retransmisión de la gala desde el principio, incluida la llegada de los invitados o los saludos posteriores.

Su respuesta no tardó mucho en llegar, y ¡era múltiple!:

No se puede estar, ni ser, más guapa.  
No sé él, pero yo sería el hombre más orgulloso  
de la Tierra si ese brazo del que te coges fuera  
el mío.  
De verdad que no sé yo si él ha entendido eso  
de que sólo quieres ser su amiga, pero, desde  
luego, el que no lo ha entendido es el

presentador de la gala, los asistentes... y menos aún los ochenta millones de personas que hasta el momento han visto el acto. Y que conste que hay que ver lo bien que le queda el esmoquin al *jodio*, que como un guante le sienta al tío. No, si os van a acabar nombrando la pareja de guapos de moda, que hay que joderse también con eso.

¿Tú estás segura de que él ha entendido eso de que sólo quieres ser su amiga? Si necesitas apoyo logístico para que lo entienda únicamente tienes que llamarme y agarro el primer avión, tren, autobús, ferri, coche, o a pie si hace falta, y me voy para allá. Lo que sea con tal de que lo entienda.

¿De verdad que te recorriste más de media Inglaterra manuscrito en mano?

¿Estás segura de que tú has entendido también eso de que sólo quieres ser su amiga?

¿Qué parte de eso de que sólo quieres ser su amiga es la que yo no entiendo?

Casi me da un ataque de ternura... y de risa leyéndolo; pese a ello, saqué fuerzas de flaqueza para responderle de inmediato, aunque abreviando:

1-4/6-7. Las cosas nunca son lo que parecen.  
5. Salvo cuando son peor de lo que parecen... Y es que hay una segunda parte en esta historia.

Y ¿me la vas a contar?, me preguntó, sin haber dejado transcurrir ni un segundo.

Una imagen vale más que mil palabras. Mañana te mandaré una foto para que puedas verlo con tus propios ojos.

Pero hasta que llegara mañana aún tenían que pasar unas cuantas horas, en las que Calem quería, a toda costa, ponerse al día sobre mi relación con Alejo.

—Entonces todo marcha sobre ruedas, ¿no?, y no estoy diciendo nada con segundas intenciones... —se carcajeó en referencia a mis problemas con los medios rodados de transporte.

—Mejor que bien, aunque, ¿sabes qué? ¡Tiene celos de ti!

—¿No le has dicho que no milito en su bando?

—¡Por supuesto que no! No soy quien para decírselo a nadie. Pero sí te diré que en ningún momento se ha planteado que puedas ser gay, con lo que tienes tu fachada bien cubierta.

—No sé si tomármelo como un cumplido o como algo que deba preocuparme; sin embargo, y cambiando de tema, te autorizo ahora mismo a que se lo hagas saber para que no tengas problemas por mi culpa. Aunque también te diré que no hay nada que mantenga a un tío tan en vilo como pensar que quieren levantarle a la chica que le gusta. Hará lo que sea por llamar tu atención para que sea él quien, finalmente, te lleve al huerto, así que, con ese fin, también te autorizo a que me uses como arma. Y, cambiando de tema otra vez, ¿cuándo es la próxima cita?

—Mañana por la tarde, en cuanto llegue a Madrid. La última vez que nos vimos me pidió, muy dulcemente, una de esas citas en las que me va a buscar a casa, me regala rosas...

—¿Rosas? —inquirió Calem.

—Sí, ¿por? —me extrañé.

—¿Tú sabes lo que significan las rosas en el lenguaje de los hombres?

—¿Un detalle por su parte con el que saben que van a prosperar por nuestra parte?

Se rio, tras lo que me dio la razón, «pero hay mucho más», aclaró.

—Su significado es el siguiente:

»Rosas rojas: pasión y quiere sexo.

»Rosas rosas: sentimientos tiernos y quiere sexo.

»Rosas blancas: sentimientos sinceros y quiere sexo.

»No hay rosas: no tiene dinero, aunque quiere sexo.

No podía reírme más, pero Calem aún no había acabado con su exposición.

—Por tanto, si te ha dicho que te va a regalar rosas, tenemos un problema, ¡y es que a las mujeres no os gusta el sexo!

—El bueno sí —respondí con igual dosis de picardía que de suficiencia.

—¡Esto sí que es nuevo! Y me interesa, aunque como un hipotético del

tema, claro —se explicó.

—Nosotras decimos que no hay mujeres frías, sino hombres inexpertos.

—¿Te refieres a los precoces?

—Los hay peores. Y me refiero a los eternos, a los que no llegan nunca —le aclaré.

—Y entonces es cuando fingís...

—El 99,9 por ciento de las mujeres lo ha hecho alguna vez, y te asombraría saber cuántas lo hacen siempre.

—De cualquier manera, os guste o no, no me podrás negar que vosotras mantenéis con el sexo una relación diferente de la que tienen los hombres.

—El sexo para las mujeres es como las compras, un estado emocional que trasciende de lo meramente mercantil en el caso de la ropa, o de lo físico, en el caso del sexo.

—¿El amor es el ingrediente? —inquirió Calem.

—Tiene que haber una conexión, pero no necesariamente amor.

—Y ¿qué tienen que hacer para que os satisfagan, preliminares aparte?... Si no es indiscreción. Es decir, ¿qué error cometen los hombres para no teneros contentas? —quiso averiguar Calem.

—Te refieres a ya metidos en faena, ¿no? —le pregunté divertida—. Básicamente, es que aquello no es un túnel que haya que reventar; es más como un almirez, cuyo fondo golpeas, pero que tiene laterales también.

—Si algo me ha quedado claro esta noche —resumió Calem entre risas— es que el sexo de los hombres es como ellos, básico, mientras que el de las mujeres es como ellas, complejo. Y también que esta conversación la tendrías que mantener con cualquier tío con el que salgas. Te aseguro que le resultará, por desconocida, muy instructiva.

Aún nos tomamos unas cuantas copas antes de irnos al hotel a dormir, aunque no demasiadas, ya que Calem tenía concertadas varias entrevistas con periódicos, revistas, cadenas de televisión y demás medios de comunicación a la mañana siguiente. De cualquier manera, me había jurado, y perjurado, que sacaría aunque sólo fueran un par de horas para llevar a cabo una tarea que yo me había prometido a mí misma si él ganaba el premio: una visita a la comisaría de policía donde trabajaban los dos *bobbies* que me acercaron en su

día hasta la sede del concurso.

—«Es de bien nacido ser agradecido», que dice el refrán —le aseguré a Calem— y, además, yo creo que les haría ilusión que les firmaras un autógrafo, incluso hacerse una foto contigo.

Y así lo hicimos. Antes de que Calem me llevara hasta el aeropuerto de Gatwick con destino a Madrid, nos desviamos ligeramente de nuestro camino para pasar por Croydon, donde se ubicaba la mencionada comisaría.

James Wilson y Harry Moore, que así se llamaban los dos policías, no podían dar crédito cuando me vieron aparecer, y a Calem conmigo, quien, bolígrafo en mano, se dispuso a estampar su rúbrica a todo aquel que se lo pidió.

Una vez completado ese capítulo, nos hicimos cientos de fotos con ellos, si bien una, en la que aparecíamos los cuatro juntos, resultó especialmente bonita: Calem y yo estábamos en el centro, mientras que James y Harry nos escoltaban; nosotros dos sujetábamos con una mano la estatuilla del premio, mientras que con la otra sosteníamos sendos carteles en los que previamente habíamos escrito «Ellos lo hicieron posible», con una flecha que los señalaba a ambos. ¡Se me saltaban las lágrimas!

Justo antes de subir al avión, fue ésa la foto que le envié a Alejo con el siguiente texto:

Tal como te prometí ayer, ésta es la segunda parte de la historia «De Edimburgo a Londres: Una serie de tragicómicas desdichas».

Antecedentes: ¿Recuerdas que te comenté que cuando empezaba a conducir aparcaba tan mal que le pedía a cualquier hombre que pasara por la calle que lo hiciera por mí?

Situación el día de marras: Pues estos dos polis tan amables fueron más allá y me custodiaron desde Birmingham hasta Londres, hasta la sede del concurso, para que pudiera llegar a tiempo de entregar el original. Y cuando digo custodiar quiero decir que me metieron en el asiento trasero de su coche, encendieron las sirenas y ¡a patrullar!

Situación actual: Aunque digan lo contrario, ¡el mundo está lleno de gente buena!

¡Y grande, muy grande! ¿Paso a buscarte a las ocho por tu casa?

Sin embargo, cuando salí de la recogida de equipajes, allí estaba él, con una sonrisa tan enorme como el ramo de rosas rojas que llevaba entre las manos, el más grande que había visto jamás. No pude evitar reírme al recordar a Calem y su teoría sobre los hombres, el sexo y los colores de las rosas, y me reí también pensando en que, si el número de las flores regaladas —allí no habría menos de cien— estaba en relación con las expectativas masculinas, había al menos una parte de mi cuerpo que iba a desfallecer.

El ramo era tan espectacular que hubo gente que tomó fotos, mientras que otros nos cedieron el paso, esperando hasta que nos situamos juntos para aplaudir. Cuando estuvimos el uno frente al otro, yo deduje que me besaría, al menos en los labios, fugazmente, pero no fue así. Por el contrario, dejó el ramo unos instantes en una repisa cercana y me abrazó, una y otra vez me abrazó, poniendo sus brazos sobre mis hombros, atrayéndome hacia él, con fuerza y delicadeza a la vez, hasta que no quedó ni una gota de aire entre nosotros, musitando un «has vuelto...» que me conmovió. Pero yo no había vuelto: estaba allí, para él, sólo para él, sólo él estaba allí..., y su ramo, que colocó entre mis manos segundos después.

—Dudé si comprar uno mayor, pero me avisaron de que necesitaría personal de apoyo, y una furgoneta...

Me reí generosamente antes de responder.

—¡Es precioso! ¡El ramo más bonito! Y es todo un detalle, y también que hayas venido hasta aquí...

—De detalle, nada —confesó divertido—. Intento contrarrestar el efecto del huracán Calem Montague. Y, además, me estoy currando mi cita porque, ¿te acuerdas?, ésta es la cita en la que a lo mejor me besas después...

Lo dijo con una sonrisa tan cautivadora que me lo habría comido a besos allí mismo, pero su mano, agarrando mi maleta para dirigirnos hacia su coche, lo impidió.

Media hora después me dejó en la puerta de mi casa sólo con una consigna: «Tienes una hora. A las ocho en punto estoy de vuelta». Estaba tan

nerviosa pensando en el abrazo del aeropuerto, en los besos de la semana anterior, en el beso que yo le daría ese día, que no acertaba a ponerme nada encima. De hecho, no recuerdo lo que llevaba puesto. Sólo me acuerdo de haber salido de casa con un vestido y una sonrisa, una enorme sonrisa, una inmensa sonrisa.

Cuando regresó a buscarme, tal y como me había prometido la semana anterior, me abrió la puerta del coche, ofreciéndome su mano además para que entrara con más facilidad y dando comienzo a nuestra cita, la cita en la que yo tal vez lo besara después.

En primer lugar me llevó a ver el Circo del Sol, y después a cenar a El Trasgu, en Torrelodones, con esa terraza, toda forrada de madera, desde la que se divisaba Madrid, con esas luces tan íntimas en cada mesa que no me dejaban ver más allá de sus labios, porque allí no había palabras, ni luces, ni cielo, ni estrellas, sólo sus labios, unos labios que me miraban y me hacían recordar que durante el transcurso de la semana no había pensado en otra cosa que no fueran ellos.

Aun así, hasta que me llevó de vuelta a mi casa, ninguno de los dos hizo ninguna maniobra de aproximación, si bien cuando estuvimos frente al portal Alejo dio el primer paso.

—¿Te apetece que nos sentemos allí? —me propuso, señalando un banco del jardín que estaba escondido, situado bajo una farola antigua de hierro forjado.

Tras asentir yo con la cabeza, me cogió de la mano durante el trayecto para evitar que mis tacones se hundieran en el césped y, una vez allí, se colocó muy próximo a mí, esbozando una sonrisa a la vez que me retaba.

—¿Te atreverás? ¿O como sabes que va a ser un beso tan malo ni siquiera te molestarás en intentarlo? —me desafió con picardía, retirando a la vez un mechón de pelo de mi cara que se empeñaba en ocupar mi mejilla.

—¡Tú no sabes lo que acabas de decir! —repliqué con fingida indignación—. Y, como has puesto en duda mis habilidades, quiero que sepas que lo que vas a recibir a continuación no es un beso de verdad: se tratará sólo de un experimento científico cuyo único objetivo es comprobar, que tú compruebes, lo fácil que es superar tus besos.

Tras decir eso, tiré ligeramente de su camisa hacia mí y le susurré un dulce y suave «ven aquí».

Apenas acerqué mis labios a los suyos, apenas tocándolos, sólo posándolos, en sus comisuras, en sus bordes, buscando y reafirmando sus límites, como al escanciar una bebida ésta entra primero no en el fondo de la copa, sino que golpea y se recrea en los costados para después buscar, turbada y arremolinadamente, el centro, su centro, y un derecho, el de permanencia, y el de pernocta también, el de quedarme allí, ahora, y tal vez después, mucho después.

Y fue después, de unos minutos, de muchos minutos, seguidos de un largo silencio, cuando Alejo sacudió la cabeza gritando un mudo «¡¡¡guau!!!», para, a continuación, dar un salto antes de ponerse de rodillas delante de mí y preguntar:

—¿Cuántas citas dices que nos quedan hasta que me des un beso de verdad, hasta que de verdad seas tú la que me bese... y hasta que me digas que te gusto? Que no se me ha olvidado eso tampoco...

Lo dijo con tanta inocencia, con tanta esperanza, que me fue imposible no volver a besarlo tras musitar en su oído lo más tiernamente que pude: «No me gustas, no me gustas nada, no me gustas en absoluto...». Entonces, sentándose otra vez a mi lado, me sujetó por la cintura, me levantó sin apenas esfuerzo y me colocó sobre sus piernas, retándome nuevamente.

—A ver si eres capaz de decirme eso mirándome directamente a los ojos.

Lo hice, intensamente, mientras recorría su rostro, y su pelo, con uno solo de mis dedos, asegurándole:

—Eres el hombre que menos me gusta del mundo... De hecho, eres el único que no me gusta...

Fue él quien me besó entonces, sin parar, sin poder parar, hasta que instantes después volvió a preguntarme:

—¿Quieres que vayamos a pasar el fin de semana que viene a un sitio precioso que conozco? Puedo reservar dos habitaciones si lo prefieres, aunque me encantaría que fuera sólo una.

No sé qué me gustó más, si cómo lo planteó o que no lo diera todo por supuesto, aunque me limité a responder:



—No me gustan los números pares.

Sonrió, con una sonrisa enorme, que se transformó en un beso, un beso enorme, para decirme después:

—Atención: hombre funcionando en modo único.

¡Dios, cómo me gustaba! Y qué cruces me hacía pensando cómo era posible que alguien como él pudiera tener el más mínimo interés en alguien como yo. Por eso me resistía a abandonarme, a rendirme, porque algo en mi médula, en mis entrañas, me decía que la gente como él no acababa con gente como yo. Pese a ello, mi sonrisa, ilusionadamente feliz, lo ignoraba; mis ojos, esperanzadoramente anhelantes, miraban para otro lado, en el que siempre estaba Alejo.

Permanecimos horas en el jardín, hasta que empezó a amanecer, a ratos hablando poco, besándonos mucho; a ratos hablando nada, besándonos todo. Todo. Todo estaba ahí. Él lo era todo. Lo quisiera yo o no, lo reconociera yo o no, él era todo.

Mi amiga Clara me había avisado, desde la primera mirada, desde el primer beso, de que iba a ser más fuerte que yo, de que Alejo iba a ir más allá de cualquier sentimiento que hubiera podido experimentar en el pasado, que sería lo absoluto en realidad. Y, una vez más, tenía razón. Y yo lo supe poco después que ella, sentada en aquel banco, en aquel jardín, aquella noche de verano.

Clara solía acertar con todas las predicciones que hacía sobre mi vida, aunque la razón no se debía a que tuviera una varita mágica que blandiera en el espacio prodigando profecías a diestro y siniestro. El verdadero motivo radicaba en que lo sabía todo, de todo el mundo. «Yo no soy cotilla, sólo me interesa la vida de la gente cuando quiere contármela», solía decir de sí misma, bastante acertadamente, por cierto, pero más aún lo era que escuchaba, prestando atención y sacando conclusiones. La mayor parte de las personas no oyen lo que les dicen, oyen lo que quieren y, además, lo interpretan de la manera que mejor les conviene. Mi amiga, en cambio, se ceñía a los hechos y, cuando era posible, los alejaba de las emociones.

«Un sentimiento es como un adjetivo, mudable, mientras que el hecho en sí, el sustantivo, permanece siempre inalterable.»

A Clara le encantaban las frases lapidarias, que inventaba con agilidad, en cualquier circunstancia y para cualquier circunstancia, como la que le espetó al último tío que intentó ligar con ella en un bar y que provocó que el pobre hombre se pasara toda la noche detrás de ella como un perrito faldero.

Así, coincidiendo en el tiempo con mi primera tanda de besos con Alejo, Clara había salido de copas para celebrar el cumpleaños de una compañera de trabajo. En su faceta de lianta, otra de sus múltiples facetas, se había acercado a una británica que lucía un impecable moño para advertirle —«mentira podrida», como le reconocería más tarde— que en España ese tipo de peinado significaba «estar pidiendo a gritos que algún varón te haga un favor»; es decir, que la susodicha en cuestión quería temita, y también cualquier sufijo superlativo, y sobredimensionado, proveniente del mismo tema.

Tras la breve conversación mantenida, la bien peinada inglesa se quedó muy sorprendida, agradecida e incómoda, de manera que automáticamente se deshizo de todas las horquillas y se soltó la melena. Como consecuencia, Clara y sus amigas se echaron unas cuantas risas a su costa, pero, sin darle mayor importancia al asunto, siguieron charlando y bebiendo, disfrutando de una noche que cuando menos se presentaba divertida.

No obstante, un chico español —Román, para más señas—, que había observado la escena desde la barra, se acercó a Clara para, supuestamente, reconvenirla.

—Cómo te las gastas, tía. Has dejado a la guiri flipada.

—Y tú, ¿quién eres?, ¿el embajador de Guirilandia? —se la devolvió Clara doblada, inmersa como estaba, además, en su fase de no dejarse amilanar por los hombres.

—Es que la has dejado traumatizada. Mírala a la pobre: ahora no hace más que mirar a los tíos pensando cuál de ellos va a saltar sobre ella primero.

—¿Sabes la broma que me gastaron un verano que estuve Londres para aprender inglés? Me dieron a beber vinagre, apenas diluido en una pinta, asegurándome que era la bebida de moda en Inglaterra. Y, una vez digerido, lo peor no fue la acidez, ni la lividez de muerte que se me quedó, sino el olor a ensalada, que en todo el mes que estuve allí no se me quitó.

Román soltó una carcajada y, con una suficiencia rayana en la

superioridad, e incluso en la soberbia, le dijo a continuación:

—Anda, dame tu teléfono, que te llamo luego.

—«Luego» no existe en el futuro —le ladró Clara, convencida de que la contundencia de su frase lo alejaría de ella porque, desde luego, la de él había sido, para ella, como una espoleta en el cerebro.

«Pero ¿quién es este cretino?! —se preguntó—. ¿Se cree que me está haciendo un favor pidiéndome el teléfono?! Y lo peor es que la antigua Clara, la Clara desesperada, ¡se lo habría dado!»

Afortunadamente para ella, esa persona hacía tiempo que dormía el sueño de los justos, «el mismo que ese tío en estos momentos», determinó Clara, sabedora de que quizá Román no hubiera pasado a mejor pero sí a otra vida, que no era la misma en la que se encontraba la nueva Clara.

Curiosamente, y para su sorpresa, la frase había ejercido el efecto contrario en su recién hallado pretendiente, quien se recorrió el local entero hasta que dio de nuevo con ella.

—Que yo no hablaba del futuro hipotético, e improbable, al que suelen recurrir los tíos para no llamar, ni de un futuro lejano. Que el mío era inmediato.

—Creo que no he formulado la frase de la manera adecuada: «luego» no existe en mi futuro —precisó Clara.

—Pues si luego no te va bien, puedo llamarte ahora mismo —insistió Román.

—«Ahora mismo» tampoco existe en mi presente —le respondió ella mientras lo miraba con cara de estar pensando «¿se pinchará este tío?!».

—Pues entonces no te llamo..., pero hablamos —no cejó en su empeño Román.

—Ese hablamos incluye una presunción de dualidad que no estoy dispuesta a asumir —le rebatió Clara en un intento de matarlo de tedio, de aburrimiento o, al menos, de volverlo loco, antes de que la situación sucediera a la inversa.

Sin embargo, los acontecimientos experimentaron un giro que provocó que los que se volvieran locos fueran los dos. Así, mientras Clara huía por el local sin conseguir despistar a un persistente Román, observaron que la guiri de antes y sus quince amigas guiris habían salido a la pista de baile, ¡todas ellas

peinadas con moños gigantescos!, tan evidentemente altos que no dejaban lugar a dudas sobre sus intenciones, al ser visibles desde cualquier rincón del bar.

Ambos soltaron una carcajada al unísono, seguida por una brevísima mirada de complicidad, que, a pesar de que duró únicamente una fracción de segundo, fue aprovechada por Román para bajar la guardia de Clara.

—Voy a hacerte una propuesta que no voy a permitirte rechazar —afirmó—. ¿Ves ese sofá que está libre? Nos vamos a sentar, cada uno en un extremo, lo más alejados posible y, a continuación, nos haremos tres preguntas el uno al otro, alternadas, una cada uno. Dependiendo de si nos gustan, o no, nuestras respuestas, nos iremos acercando, o alejando de nuevo, de manera que si acabamos sentados codo con codo será una señal de que debemos estar juntos.

Clara tuvo que reconocer que la idea le parecía divertida y, sobre todo, diferente, de forma que aceptó, aunque con una condición:

—Tienes que ser sincero. No vale que te aproximes aunque no te gusten mis respuestas.

—Por supuesto —sentenció Román—. Yo empiezo primero: ¿cuál es la bebida que más te gusta?

—El ron —aseguró Clara convencida.

—Me quedo donde estoy —aseguró él contundente—. No muevo ficha. La peor resaca de mi vida fue con Brugal. Ahora te toca a ti preguntar.

—¿Cuál es la mayor estupidez que has cometido?

—Doce horas de ida, catorce de vuelta, en el mismo fin de semana, y no atreverme a verla.

A Clara le había encantado la contestación, por sincera y por tierna, pero dudó, ya que de esa manera sería ella la primera que se acercaría. Román se dio cuenta de la situación y quiso ponerle remedio, de forma que, a la vez que negaba con la cabeza, golpeó el asiento del sofá hasta el sitio exacto donde Clara debía situarse.

—La siguiente es mía —recordó toda vez que Clara ya había cambiado de posición—. ¿Qué estación del año es la que más te gusta?

—La contraria en la que estoy —afirmó.

Esta vez, sí, Román se desplazó con facilidad por el cuero del cojín.

—¿Y la mayor locura que has hecho? —quiso saber Clara llegado su turno.

—Dejar un mar, mi mar, en Mallorca, por un mar, de nada, aquí.

—¿Por una chica?

—Sólo una pregunta cada vez —le recordó Román—. Si quieres averiguar eso tendrás que esperar tu turno. Y, dicho sea de paso, por tu interés en el tema deduzco que te vienes para acá —concluyó él mientras arqueaba el dedo índice señalando su ubicación.

Obediente, Clara se movió, disponiéndose a esperar a la siguiente pregunta de Román.

—¿Qué es lo más estúpidamente divertido que te ha pasado?

—Visto con perspectiva —recalcó Clara—, que un virus se coma todos los archivos de tu ordenador mientras en la pantalla aparecen las letras «jajajajajajajajaja...» *ad eternum*.

Román se desternillaba, probablemente imaginándose la escena, si bien preguntó a continuación mientras realizaba el último de sus desplazamientos hacia Clara:

—¿Te interesa entonces la historia de Mallorca como la última de tus preguntas?

—No —respondió una rotunda Clara, lo que provocó un ligero, y pasajero, desconcierto en él—. Lo que quiero saber es qué es lo más jodidamente divertido que te ha pasado.

—Visto con perspectiva —puntualizó esta vez Román—, que se te caiga a una alcantarilla el paleta postizo que tienes, consecuencia de un guantazo con la moto a los quince años. El día era poco propicio, además, dado que llevaba una curda tan monumental que me impedía localizar la Cibeles en su plaza, ¡con que como para dar con un diente en el centro de la Tierra! Nos tuvimos que comprar unos chicles, ponernos a masticar los ocho que éramos, a cual más beodo, dicho sea de paso, y ¡a pescar!, cosa que hicimos con las ramas de un árbol que pillamos por banda. Vamos, como una *fondue*, pero odontológica.

Clara no podía parar de reír, a la vez que pensaba: «Pues va a ser que este tío no está tan mal; es más, no está nada mal».

De hecho, terminaron tan próximos en el sofá que acabaron en otro sofá...,

pero cama esta vez, en casa de Román.

Y el que también estaba ocupando otro, aunque en unas circunstancias y, sobre todo, en una posición diferente, era mi padre... en la casa de mi madre.

*Rodrigo, Blanca, la loca con cara de loca, Marina, Alejo y una primera vez*

En cuanto mi padre franqueó por segunda vez la puerta de la casa de mi madre, ésta supo que había cambiado de amante. En su cara se traslucía esa alegría exultante, pletórica, que él sólo experimentaba por dos motivos: feliz porque ya estaba con una nueva, y feliz porque ya no estaba con la anterior.

Y es que la vida de mi padre giraba alrededor de las mujeres, pese a que no todos los que deambulan, o dan vueltas en torno a algo, están perdidos, y mi padre, claramente, no era uno de ellos.

De hecho, estaba muy centrado, siempre lo había estado, en sí mismo. En consecuencia, no es que estuviera pagado de sí mismo, o que tuviera una visión engrandecida de sí mismo, sino que era adicto a sí mismo.

Él lo negaba, aunque, consciente de los problemas que generaba la situación, pretendía enmendar el hecho, al menos en teoría, e incluso había esgrimido ese supuesto esfuerzo como argumento ante mi madre cuando, semanas atrás, le había pedido, en primer lugar, que volviesen a estar juntos y, ante su negativa, dinero.

—Por ti estoy dispuesto a renunciar a todo, hasta a mis defectos —le espetó.

—Yo a lo único que pretendo que renuncies es a mí, y lo único que quiero es que me dejes vivir tranquila.

—Eso era lo que buscaba yo. Deseaba vivir una vida, y ahora no tengo ninguna vida que vivir —quiso provocar su pena mi padre.

—Yo no te deseo ningún mal, pero tampoco a mí misma, de manera que lo mejor es que, sea la que sea la que vaya a ser nuestra vida, la vivamos a partir de ahora cada uno por nuestro lado —sentenció mi madre.

En realidad, Blanca Solís no fue del todo sincera, ya que, en ese instante, a ciencia cierta lo único que podía hacerle sentir mejor era que él se sintiera peor. Y más aún sabiendo ahora que, encima, estrenaba amante.

No se trataba sólo de que semanas atrás hubiera acudido a ella intentando engañarla, haciéndole creer que quería volver por amor, cuando lo único que pretendía era un cajero automático con derecho a pensión. Lo peor era que ese día se había presentado con las mismas pretensiones, pero con una nueva conquista debajo del brazo..., o debajo de la ventana, para ser precisos, porque menuda era la novia que se había buscado mi padre.

Creo que ya he mencionado con anterioridad que si mi padre tenía una habilidad era la de volver locas a mujeres perfectamente cuerdas, si bien, en este caso, cuando se conocieron la recién llegada ya estaba lo suficientemente loca para no necesitar la ayuda de Rodrigo Mirizarry en la consecución de tal fin. O también cabe la posibilidad de que sólo estuviera medianamente loca y hubiera sido mi padre quien se hubiese encargado de rematarla.

Así, en cuanto supo que éste andaba en tratos con mi madre, se instaló debajo de la ventana a montar guardia, de forma que cuando Rodrigo no pasaba las noches con ella se aseguraba de comprobar que no las pasaba con Blanca, ignorando que era con la única que no la engañaba; es decir, que mi padre la engañaba con todas, menos con mi madre.

Y ¿qué era lo que hacía? Alternaba la vigilancia dentro del coche con salidas esporádicas a un seto, al interior del seto, donde pensaba que estaba perfectamente escondida y desde donde tenía una mejor visibilidad de las ventanas de nuestra casa. Su objetivo era controlar las luces de las habitaciones intentando encontrar un sentido oculto, e inverosímil, al hecho tan evidente de que éstas se encienden y se apagan cuando se entra o se sale y permanecen encendidas mientras se está dentro.

Yo la veía desde mi ventana y me decía: «¡Y yo pienso que mi vida es



triste..., pues anda que la suya...!»). Asimismo, me imaginaba una supuesta conversación entre ella y una amiga en la que esta última le preguntaba:

—Y ¿qué? ¿Qué has hecho en los últimos seis meses?

—Pues nada especial —respondía ella—, veo luces, oigo voces...

Yo estaba convencida de que llevaba un Excel con la frecuencia entre los encendidos y los apagados, y hacía cálculos, porque cada vez que eso sucedía yo veía desde arriba cómo lo apuntaba. Y mentiría si dijera que más de una vez no me entretuve a su costa, encendiendo y apagando sólo para despistarla, igualito que hacen los niños la primera vez que descubren un interruptor y sus consecuencias..., a veces tan rápido que la loca no daba abasto.

Su paranoia llegó a tal punto que un día siguió a mi madre hasta el trabajo, esperándola a la salida primero e intentando echarla de la carretera de La Coruña después, pero no iniciando una persecución susceptible de ser interpretada por Glenn Close en *Atracción fatal*, no con esa intensidad, o al menos no con esa dignidad dramática. Lo suyo era más parecido a la serie de dibujos animados *Los autos locos*, mi madre dando vida a Penélope Glamour, y la loca al villano Pierre Nodoyuna, conduciendo tan pegada al volante que parecía incrustada, como una loca con cara de loca. La duda que tenía mi madre era qué combustible utilizaba, porque había que ver cómo corría con esa mierda de pelotilla que tenía.

En este contexto, quedaba por asignar a *Patán*, el perro mascota de Nodoyuna, que bien podía ser el personaje perfecto para mi padre. Así, cuando mi madre lo informó de la situación, ¿qué fue lo que hizo Rodrigo? Negar que hubiera pasado, fingir que no pasaba y mirar para otro lado; vamos, que no dijo «esto no tiene nada que ver conmigo», o «pío, pío, que yo no he sido» de puro milagro.

Negar las evidencias, ésa era la especialidad de mi padre y, en honor a la verdad, lo hacía con tal maestría que te hacía dudar de que las cosas que habías visto, experimentado o sufrido hubieran sucedido alguna vez, salvo en tu calenturienta y prolífica imaginación. Es más, para rematar la faena, hasta tenía el don de hacerte sentir culpable por haber desconfiado, de él y de la infalibilidad de su teoría.

Lo único que finalmente conseguimos que nos reconociera fue que el

método que solía emplear en esos casos había fallado estrepitosamente en esa ocasión. ¿Que cuál era? Pues que para deshacerse de las mujeres las ignoraba, «y suelen entenderlo a la primera», sólo que algunas eran tan vehementes —«y cortas de entendederas»— que costaba ignorarlas.

Y, sí, sí que era vehemente, y persistente, y muy tenaz, como pude comprobar poco después un día que me abordó por la calle para convencerme de que el lugar de mi padre estaba con ella, y no con mi madre. Me pareció tan surrealista la coyuntura que no pude ni contestar, aunque no tanto por no encontrar las palabras, sino porque ella tenía muchas más que yo, ¡las tenía todas, de hecho!, sin dejarme meter baza. Y es que su boca mantenía una vida paralela, en un universo paralelo, con respecto a su cabeza, pero no porque la tuviera enorme, que también: se debía a que la tenía desconectada de su cerebro; es decir, que decía las cosas independientemente de si las pensaba o no. O eso parecía.

En apenas una décima de segundo me explicó que era modelo de piernas para, dos décimas después, reconocer que en realidad sólo había hecho un anuncio de calcetines. Yo no lo dije, al no encontrar un hueco, si bien pensé: «Eso es como ser modelo de culos cuando lo que anuncias son hemorroides, o un antihemorroidal».

De cualquier manera, si de verdad era modelo, no me extrañaba que lo fuera de una parte de su cuerpo ajena a su cara, ya que la tenía anodina, indeterminada, imposible de recordar, lo mismo que debía de pensar todo el mundo. Y yo pude comprobarlo tres fracciones de segundo más tarde, cuando me aclaró que ella misma pensaba de sí misma que era invisible porque nadie conseguía recordarla.

Otra particularidad que llamó mucho mi atención fue que tenía la piel tan seca que te exfoliaba cada vez que se acercaba. Eso, y su atuendo, por lo que di en llamarla la Precedida, ya que no era sólo su piel: también su ropa la precedía. El día que la conocí llevaba un tangelón, una mezcla entre tanga y pantalón que mostraba mucho más de lo que te permitía ignorar.

Y tal como vino se fue, sin un saludo o una despedida, sin preaviso, envuelta en su locura, rodeada de palabras, la mayor parte de las cuales me resultaron incomprensibles, incluido su nombre, que, si lo dijo, debía de ser

como su cara, imposible de recordar.

Cuando mi madre se enteró de este hecho, de que la vida amorosa de mi padre me salpicaba a mí también, montó en cólera y no aflojó el bolsillo, lo que tuvo como consecuencia que mi padre no recibió ni un duro y que tampoco fue reubicado en el sofá del salón, aunque ambas permanecemos ignorantes aún durante un tiempo acerca del motivo de que se hubiera quedado en el paro, desahuciado y con un saldo en el banco igual a cero.

Yo, por mi parte, me propuse, y lo cumplí, no involucrarme en esa historia más de lo justo y necesario. No quería salir escaldada, como ya me había pasado en otras ocasiones, de forma que me limité a hacer lo que hacía siempre: a oír —que no a escuchar— despotricar a mi madre y a pasar de mi padre, introduciendo un nuevo campo en la dicotomía, que fue dedicarme a preparar mi fin de semana con Alejo, para el que sólo quedaba un día.

Tenía que pensar detenidamente en lo que iba a llevarme, y de prisa, ya que habíamos quedado en que iría a buscarme el viernes a la salida del trabajo, con lo que la maleta tenía que salir a la vez que yo de mi casa a primera hora de la mañana. No obstante, si recapacitaba, y a tenor de lo que yo esperaba del fin de semana —y él, a ciencia cierta, aún más que yo siendo hombre—, sería más importante lo que no llevaba puesto que lo que sí llevaba.

Por lo que se refería al sitio al que íbamos a dirigirnos, constituía todo un misterio para mí, ya que Alejo no había querido desvelármelo en ningún momento.

—Me gustan las sorpresas.

Ésa había sido su única respuesta durante toda la semana todas y cada una de las veces que se lo había preguntado, que habían sido unas cuantas. Lo único que me había asegurado era que no estaba excesivamente lejos de Madrid, con lo que no tardaríamos demasiado en llegar..., ni demasiado poco.

Llegado el viernes a las dos de la tarde, enfilamos la carretera de La Coruña en dirección a Salamanca..., a Valladolid..., a León..., que todo lo íbamos dejando atrás. Finalmente, sin embargo, a la altura de Astorga nos desviamos hacia un pequeño pueblo llamado Nistal y, desde allí, a un antiguo molino del siglo XVII reconvertido en casa rural.

En realidad, el Viejo Molino Cela, que era como se llamaba el lugar,

estaba a medio camino entre un hotel con encanto y una casa rural con un cierto aire romántico. Y he de decir que me pareció el sitio perfecto para nuestra primera vez, ya que, sin ser demasiado sofisticado o exquisito, se envolvía de un ambiente delicado y relajado, impregnado de una filosofía nostálgica que invitaba a lecturas con olor a pasado y a paseos al atardecer por las orillas del río Tuerto, que descendía suave y ancho por la zona.

De hecho, el agua delimitaba la finca, haciendo de ella una auténtica isla. Incluso se integraba en la habitación que Alejo había reservado, ya que el río recorría uno de sus muros, silencioso y apacible.

La habitación era amplia, con los techos altos, con una chimenea de leña perfecta para calentar las noches de invierno y una ventana para ver desde la cama el cielo limpio de una noche de verano. Además, integrada en la habitación se encontraba una bañera romana de mármol gris, con decenas de velas a su alrededor aún sin encender, pero ya dispuestas en su mejor ubicación.

Desde que entramos en la habitación para dejar las maletas, yo me encontraba inquieta, por no decir presa de un ataque de pánico, al no saber qué hacer, ni probablemente cómo, desconociendo, además, cuándo y de qué manera iba a suceder lo que seguro iba a suceder. Por el contrario, Alejo parecía estar mucho más calmado, incluso controlando la situación, tranquilidad que no era en absoluto contagiosa, ya que, desde que cerramos la puerta, yo no dejaba de preguntarme: «¿Será por la noche, o va a ser ahora mismo? ¿Debería hacer alguna aproximación o mejor esperar a que sea él quien tome la iniciativa? ¿Cuál es la mejor opción?».

Yo miraba a través de la ventana, desde la que se podía contemplar el cielo, en busca de una señal, aunque lo cierto fue que, segundos después de pensado, automáticamente lo descarté, recordando la probable porra que los de ahí arriba tenían montada a mi costa y todas las desgracias amorosas que me habían ocasionado y de las que, seguro, se habían estado descojonando hasta la saciedad.

Anticipando, pues, la cantidad de cosas que podían salir mal si una mano negra ejercía como tal, me convencí de que más me valía dejar quieta la imaginación y adoptar una actitud relajada, como la que demostraba tener

Alejo. Además, al fin y al cabo, ambos sabíamos a lo que habíamos venido, y era cosa de dos, de manera que, inevitablemente, en algún momento nos tendríamos que encontrar, dicho sea en todos los sentidos, bíblico incluido.

Para mi tranquilidad, él despejó mis dudas sólo unos segundos después.

—¿Te apetece que salgamos a dar un paseo?

Pues al menos ya sabía que ahora mismo no iba a ser. Y en ese instante me acordé de una frase que Clara solía repetir: «Desear más las cosas te hace disfrutarlas más aún».

Y probablemente tuviera razón.

Salimos al jardín y lo recorrimos entero hasta que, cansados por el calor de la tarde, nos sentamos a la orilla del río, hundiendo nuestros pies en el agua mientras hablábamos de cosas sin importancia, sin trascendencia, sin apenas roce o contacto entre nosotros, aunque a veces me cogía de la mano, o simplemente la acariciaba, o me besaba los labios, pero no de una manera explícita, sino delicada y sutil, que me dejaba con ganas de más. «Sabe lo que se hace», no pude por menos que pensar.

Cuando comenzó a anochecer, y sin pasar por la habitación, nos fuimos a cenar. Un poco de vino tinto para empezar, cecina de la tierra y pimientos asados de El Bierzo de aperitivo, truchas escabechadas para continuar, y unas yemas, junto con un par de copas de champán, para acabar. No obstante, antes de la cena, durante y para cuando hubimos terminado, lo único que contenía mi estómago eran nervios, que se encogían y se estiraban frenéticos, como si lo que fuera a suceder a continuación fuese mi primera vez.

Salimos del comedor cogidos de la mano, con su cuerpo cada vez más pegado al mío, sus brazos rodeando mis hombros primero, abarcando mi cintura también, y conteniendo todo mi cuerpo después.

Al llegar a la habitación las luces estaban apagadas, aunque la bañera estaba llena de agua y rodeada de velas encendidas. «¡Qué detalle tan bonito!», pensé. Se había molestado en organizarlo para que todo fuera especial, especial para mí. Por eso, nada más cerrar la puerta, fui yo quien lo besó, y no sutil, o suavemente, sino con querencia, con vehemencia, con empeño, con ansia, con afán, con anhelo... Quería que sus manos transitaran ya sobre mi piel desprotegida; quería tener ya presuroso su cuerpo desvestido

junto al mío; quería ya que sus besos me abrasaran, me engulleran, me devoraran.

Alejo me desnudó desordenadamente, con sus manos, su boca, sus labios, sus ojos..., y yo lo desnudé a él atropelladamente, con mis manos, mi boca, mis labios, mis ojos..., mi deseo..., su deseo..., deseo..., ese poder..., ese deseo..., superior, superlativo, mayúsculo, inmenso..., allí no había fuerza mayor que ese deseo.

Me cogió en volandas, apretando su cuerpo contra el mío con tal vigor que podríamos habernos convertido en una amalgama en ese instante, llevándome, con un único movimiento, como si yo fuera una pluma y pesara sólo dos gramos hasta la bañera..., dentro..., muy adentro..., su deseo..., mi deseo..., ese deseo... flotando en el agua, fluyendo en el agua, inundando el agua, inundando mi garganta, inundando mi cuerpo, rebosando mi cuerpo, desbordando el suyo, desbordándonos, derramándonos, vertiéndonos, anegándonos el uno dentro del otro...

Las llamas de las velas lucían ligeras, ágiles, o tal vez frágiles y fugaces, ofreciendo una luz incorpórea, quizá impalpable. Su sombra ocultaba nuestros contornos, nuestros extremos, que los dos reconocíamos con nuestros ojos, nuestros labios, nuestras manos, recorriendo, palpando, acariciando, tocando..., deseando..., ese deseo..., ese instante..., buscando ese instante..., nuestro instante..., ese instante en el que todo lo demás se detiene..., en el que todo desaparece, el vacío, el abismo, el mundo..., ese instante pleno, único, eterno..., ese instante imperecedero..., esa convulsión, esa exaltación, esa culminación..., ese deseo...

Apenas si podía respirar después, apenas si podía pensar, apenas si podía sentir algo que no fuera su cuerpo, sin querer separarme o desprenderme de él. Lo abracé aún con pasión, colocando mi cabeza debajo de su cuello para encogerme a continuación, acurrucándome junto a él, queriendo ser, no pequeña, pero sí suya, siempre suya.

Él me abrazó en respuesta, y también me besó, con un regusto de placer todavía anidado en sus labios, susurrando con dulzura en mi oído:

—Si Dios existe, está claro que quiere que estemos juntos.

Lo besé, una y mil veces lo besé, mientras pensaba con una sonrisa incierta

que quizá nadie me deseara ningún mal allá arriba. Incluso me dispuse a reconocer la existencia de una fuerza oculta en el universo que nos conduce — aunque a través de un viaje tortuoso la mayor parte de las veces— a donde, irremediablemente, debemos estar. Me acordé a su vez de una frase de C. S. Lewis que decía: «El dolor de ahora es parte de la felicidad de entonces». Y de su opuesta, que era la que se ajustaba a mi caso: «La felicidad de ahora es parte del dolor de entonces».

Y yo era feliz, feliz con él, feliz en sus brazos, feliz en sus manos, feliz en sus labios, feliz en su piel, feliz en su cuerpo, feliz de sentirme ingrávida con él en esa agua que nos acariciaba.

Horas permanecimos en la bañera, mirándonos con suavidad, hablándonos con suavidad, besándonos con suavidad, tocándonos con suavidad..., hasta que llegó a mi mano.

—Llevas un tatuaje... —se sorprendió al recorrer mi brazo y topar con el veinte elevado al infinito grabado en el interior de mi muñeca izquierda.

—Una locura de juventud —respondí lo más ambiguamente que pude para evitar entrar en materia.

—¿Alguien? —preguntó evitando emplear demasiadas palabras para que no resultara excesivamente incómodo para mí, si es que ése era el caso.

—Y algo también: una reliquia de un pasado oscuro —le confesé.

—¿Me lo vas a contar?

—Hoy no. Hoy es un día feliz, y los días felices no deben tener manchas.

Besó mi muñeca, mi tatuaje, dejando un poso de ternura en mí, para después acercarse a mi oído y apenas musitar:

—Hoy es un día perfecto.

Cuando finalmente salimos de la bañera, fui hacia la maleta con la intención de buscar algo ligero de ropa, pero antes me cogió de la mano para decirme:

—Ven, deja que te seque.

Me tumbó sobre la cama y, a medida que deslizaba la toalla levemente por mi piel, empezó a besar todo mi cuerpo sin dejar una sola línea, un solo centímetro, un solo hueco, un solo recoveco sin recorrer o acariciar, con dulzura, con presión, con textura, con todos mis sentidos más expectantes que

en alerta, pero sin ningún control sobre ellos, o sobre mi respiración, más exhausta que jadeante, o sobre mi corazón, más enardecido que desbocado... De nuevo ese deseo..., ese placer..., ese cuerpo..., mi cuerpo, que desaparecía junto al suyo..., ese cuerpo..., mi cuerpo..., borrándose y transformándose en intensidad..., su cuerpo..., audaz, tenaz, consumiendo el mío..., consumando..., desapareciendo..., emergiendo..., naciendo..., más allá del ímpetu o de la contundencia, más allá de todo..., más allá de todo únicamente estaba él.

Yo decía de Alejo que ejercía sobre mí un efecto borrador, ya que hacía desaparecer no sólo lo de antes, sino también lo de durante y, sobre todo, lo de después; sin embargo, lo que sentía de verdad, lo que sentí aquella noche, fue que yo ni siquiera existía antes de que llegara él. Mi mundo era él, y no podía haber nadie más perfecto que él en mi mundo.

Cuando nos tumbamos los dos en la cama, aún permanecimos un rato despiertos. Alejo me abrazaba, me besaba, una vez, y otra vez, mientras me preguntaba cosas intrascendentes que, a la luz de unas velas todavía encendidas, cobraban una importancia de la que en realidad carecían.

Casi cuando comenzaba a amanecer, él se quedó profundamente dormido, a mi lado, muy pegado a mí. Yo no pude. Tenía miedo de que desapareciera si cerraba los ojos aunque sólo fuera durante un segundo, ya que aún no podía entender cómo un hombre como él podía estar, quería estar, con alguien como yo.

Mirándolo mientras dormía, me recreé en el recuerdo de su piel en mi piel, de su cuerpo en mi cuerpo, y pensé que, por encima de otras miles de cosas, había una en la que Alejo sobresalía sobre otros hombres con los que había estado. Mientras que para estos últimos el sexo era fundamentalmente algo visceral, para él implicaba una conexión, formar parte de algo mayor con otra persona, y quise creer que era conmigo. Además, había algo en sus abrazos, en la forma en la que me rodeaba, en la que me ceñía, en la que me estrechaba, en la que me enlazaba junto a él, que hacía que me sintiera protegida, a salvo, como si nada malo pudiera pasarme mientras estuviera contenida dentro de él.

Echando la vista atrás, recordaba haber experimentado algo parecido, aunque ni remotamente con la misma intensidad —pero sí con ese regusto a



amparo, a abrigo, o tal vez a refugio—, cuando el primer hombre al que quise me abrazó y me abandoné a algo que yo pensaba que era amor. De manera inconsciente acerqué la mano derecha a mi tatuaje, aunque rápidamente la aparté. «Hoy es un día sin manchas», me dije. Y lo había sido, mi día impoluto, mi día feliz, mi día perfecto, como lo había definido Alejo.

\* \* \*

A la mañana siguiente, casi a mediodía, Alejo abrió sus ojos, sus enormes ojos verdes, que me buscaron para besarme, larga y profundamente.

—No quiero salir de aquí —aseguró después.

—No lo hagamos —respondí.

—Quiero quedarme aquí, contigo. No quiero moverme de esta cama.

—No lo hagamos —volví a contestar.

Y no lo hicimos. Nos quedamos todo el sábado en esa habitación, en esa cama, sin más cobertura que nuestro deseo y, a veces, nuestras palabras.

«Si seguimos entrenando vamos a ganar las Olimpiadas, ¡y nos vamos a llevar todos los oros!», bromeó Alejo en un momento dado. Y llevaba razón, porque cada nueva vez superaba con creces la anterior. Pero, para mí, lo más importante era que me hacía sentirme querida, y feliz, muy feliz.

En realidad, yo habría definido mi estado como de intranquilamente feliz, porque, aunque era cierto que estaba disfrutando como nunca lo había hecho antes junto a un hombre, también lo era que llevaba desde el mismísimo viernes esperando a que él recibiera una llamada que lo obligara a ausentarse, una llamada que lo informara de una situación, real o figurada, pactada previamente con un amigo del tipo «tal día a tal hora me das un toque para decirme que ha sucedido una desgracia y, así, si las cosas van mal, aprovecho y me quito de en medio». Sin embargo, pese a mis temores, nadie llamó, ni el viernes ni el sábado.

El domingo, a última hora de la mañana, conseguimos salir de la habitación para dar un paseo por los alrededores, recorriendo los márgenes del río. Todo el camino lo hicimos cogidos de la mano, abrazados, compartiendo besos y risas, sin poder pasar mucho tiempo alejados el uno del

otro, sin tocarnos, aunque fuera sólo una caricia efímera, para recordar, o no olvidar, el tacto de la piel del otro sobre nuestra piel, como lo haría una pareja de enamorados que acabara de empezar una relación.

Tras un buen rato caminando, nos tumbamos en una pequeña pradera que encontramos en uno de los recodos del río y que más parecía sacada de un cuadro inglés que de un campo de León en un día de verano. El suelo estaba cubierto por una hierba luminosamente verde y extrañamente espesa, así como suave, para esa época del año, mientras que de las orillas colgaban hacia el curso del río unos helechos que se sumergían hasta el fondo, aumentando la cadencia del agua.

—No me gusta el calor ni el verano —confesó Alejo—, pero la verdad es que, a esta hora, con el murmullo del agua, una buena sombra y el silencio alrededor, me parece un sitio perfecto.

—¡Qué casualidad! —me sorprendí—. Yo también odio el calor y el verano. Siempre digo que algún día, y en un futuro no muy lejano, me acabaré mudando a un sitio en el que el verano no figure como estación. Pero con las otras tres no tengo problema.

—Espero que no te vayas muy lejos. No me vas a hacer viajar mucho para ir a verte, ¿verdad? —dijo él cariñosamente.

—Me llama mucho Escocia —reconocí después darle un beso para agradecerle el gesto—, aunque, fíjate, sí que hay una cosa que tiene que ver con el sol que echaría en falta.

—Y ¿qué es?

—El sol de enero. Me encanta. Después de un otoño lluvioso, me gustan mucho esos días heladores del invierno, con ese cielo tan azul, tan intenso.

—Siempre puedes pasar el verano fuera y el resto en Madrid, cerca de mí, conmigo.

Lo dijo con tal ternura, acercando mi mano a su corazón, que creí que el mío iba a perder la razón para la que había sido creado y se iba a parar en seco.

Mientras tanto, yo seguía esperando a que, en algún momento, sonara su móvil, a que recibiera una llamada o un mensaje de texto, pero no fue así; nadie lo reclamó, ni en Madrid ni en un ningún otro punto del planeta Tierra.

«Al menos durante este fin de semana ha sido todo mío», pensé. Mañana sería otro día, otro mundo tal vez, en el que quizá Alejo desaparecería y no volvería a dar señales de vida; por el contrario, mientras estuviéramos allí, tumbados sobre esa hierba, cogidos de la mano, era mío, sólo mío.

Permanecimos allí hasta al atardecer, y luego hasta el anochecer, hasta que las cigarras y los grillos comenzaron a cantar, e incluso un rato más. Los dos éramos conscientes de que nos quedaban al menos tres horas de viaje para llegar a casa, eso si no pillábamos tráfico a la entrada de Madrid, muy habitual los fines de semana del mes de julio, pero a ninguno nos importó lo suficiente como para preferir marcharnos.

Finalmente, y casi cerca de la medianoche, cargamos las maletas en el coche, tras lo que Alejo arrancó el motor. Sentí algo de dolor al partir, como si estuviera perdiendo algo precioso que no fuera a recuperar jamás. Temerosa como estaba, supuse que quizá una canción me haría sentir mejor, o hacerme comprender mejor lo que sentía. A veces creía que las letras de las canciones me entendían mejor que muchas personas, y ahora necesitaba escuchar, en la voz de otro, en las palabras de otro, lo que yo empezaba a intuir.

No tuve que pensar mucho antes de elegir *All of the Stars* («Todas las estrellas») de Ed Sheeran en una versión acústica, sólo su guitarra y su voz, y comencé a tararear la letra en cuanto empezaron a sonar los primeros acordes. Y aquélla no podía ser más perfecta, con sus dos horizontes lejanos convergiendo bajo un cielo cuajado de estrellas. Convencida estaba de que Sheeran, aun sin conocerme, había pensado en mí, y en ese momento, para escribir esos versos, porque ésa era yo, esa canción era yo.

—¿Es especial para ti? —se interesó Alejo—. ¿Te recuerda a algún momento?

—A éste.

Lo pensé en voz alta, o se me escapó, o ambas cosas a la vez, porque cualquiera de los dos planteamientos era igual de válido. La música ejercía ese poder sobre mí, en ocasiones de desconexión del mundo, apartándome, alejándome, aislándome, o de conexión en otras, alentándome incluso a querer formar parte de algo mayor, con él, junto a él.

Lo que verdaderamente me preocupaba era haber espantado a Alejo con

mi comentario, que él cambiara su gesto hacia mí, volviéndose adusto, incluso sombrío; sin embargo, se limitó a sonreír durante unos segundos para después decir: «Me gusta. Tiene una letra bonita», frase que remató con un guiño, que me hizo sentir todavía más feliz.

Nos presentamos en Majadahonda cerca de las tres de la madrugada, aunque no especialmente cansados. Al llegar frente a mi casa, abrió mi puerta nada más aparcar, me tendió la mano para ayudarme a salir del coche y me besó, una, dos, diez, cien veces me besó, y también una, dos, diez, cien veces me abrazó. En ningún momento dijo que no quería marcharse; sus besos lo decían por él, sus abrazos lo hacían por él. Y lo que aseguraban era que no podía despedirse, desprenderse de mí.

No obstante, me aterrorizaba que nuestra relación fuera, o hubiera sido, como un amor de verano, pero aún más corto, sólo de un fin de semana y, peor todavía, que si intentaba alargarlo no habría manera humana de que funcionara o sobreviviera.

Aun así, me moría por preguntarle si quedábamos mañana, pasado, el mañana y el pasado del año que viene, y los de todos los años venideros. Quería cerciorarme de que cuando él abriera sus ojos al día siguiente, y todos los días posteriores, con sus días posteriores a su vez, yo seguiría allí, dentro de ellos, agazapada, aunque fuera en algún remoto y recóndito lugar. Y es que yo ya me veía capaz de enamorarme o —corrección— de estar enamorada y que él se olvidara de mí en cuanto girara la llave en el contacto.

Con el fin de evitar ese posible escenario, pensé que quizá debería emplazarlo para la semana siguiente con alguna excusa, algo que nos obligara a quedar, si bien no se me ocurría ninguna, o todas eran demasiado estúpidas. Dando vueltas en el interior de mi cabeza lo que sí encontré entre mis ideas fue un consejo de mi madre, que, en última instancia, fue el que seguí: «Si de verdad quieres a alguien, déjalo libre». Por tanto, me limité a sonreír y a no decir nada.

Pero Alejo sí:

—No voy a estar en toda la semana en Madrid. Salgo para China dentro de un rato, aunque intentaré estar de vuelta el viernes, probablemente a última hora.

De esta manera, de alguna manera, mi silencio se vio recompensado, pero no sólo por el comentario anterior, sino por el mensaje suyo que recibí a los dos segundos de entrar en el portal:

BWE. Tienes una semana para averiguar lo que significa. Si lo haces, el viernes por la noche tendrás un premio. ¿Te recojo a las diez y pasamos el fin de semana fuera?

Apenas si podía escribir de tanto como me temblaban los dedos, las piernas, el estómago, la respiración, mi corazón... Pese a todo, acerté a responderle unos instantes después:

Soy malísima para los acertijos, por lo que espero que, aunque no me toque un premio, al menos no reciba un castigo. ¿O serás tú el que reciba sí o sí el castigo? ¡Y hasta las diez del viernes no podrás comprobarlo!

Para mi sorpresa, y preocupación, cuando salí del ascensor me encontré con Sabrina en la puerta de mi casa, sentada en el suelo del descansillo.

—Sabes que son las cuatro de la madrugada de un domingo que ya no es tal pero sí de un lunes en el que hay que ir a trabajar, ¿verdad?

Probablemente lo supiera, pero no le importaba.

*La loca con cara de loca, Marina,  
Blanca, Sabrina, Clara, Amanda, Alejo y  
una goma para el pelo*

Como no podía ser de otra manera, el asunto de la loca de mi padre acabó mal. Yo pensaba que sus incursiones en nuestra calle y en nuestro jardín sólo eran evidentes para nosotras dos, para mi madre y para mí, y por descontado para mi padre, si bien éste seguía en su línea de fingir que allí no pasaba nada o que él no se enteraba, que lo mismo da.

No obstante, lo que sucedía era todo lo contrario, es decir, que no había nadie en nuestra urbanización para quien no fuera evidente.

Y ¿cuál fue el detonante? Que asustaba a los niños. Esa loca, con esa cara de loca, con esa manía que tenía de meterse dentro del seto para espiar las ventanas de nuestra casa, con esa manía que, lejos de desaparecer, fue incrementándose con el paso de los días, tanto en lo que se refería a la intensidad como a la cantidad. O sea, que venía todos los días, y cada día un mayor número de horas, importándole poco al final si era noche cerrada o lucía un sol de justicia.

Así las cosas, cada vez que un niño se acercaba al seto, ya fuera porque se le escapaba una pelota o cualquier otra razón similar, se la encontraba dentro, a esa loca con cara de loca que, como verdaderamente estaba loca, empleaba el siguiente método para no ser vista: ¡taparse los ojos con las manos,

pensando que, si ella no podía ver, nadie podría verla a ella! ¡Pero lo cierto es que los niños la veían! ¡Y deducían que era una perversa, una pederasta o una asesina!

Finalmente, lo que acabó sucediendo fue que el asunto se convirtió en el orden del día de una junta de vecinos, convocada con carácter extraordinario y de urgencia, a la que me tocó acudir en representación de mi madre, ya que a ésta el tema la superaba —«¡tras de puta, apaleada!», se repetía—, y de mi padre, quien argumentaba el consabido «a mí que me registren, que esto no tiene nada que ver conmigo ni es cosa mía».

Antes de entrar en la sala de reuniones yo suponía que todos los allí presentes me estaban esperando con la intención de correrme a gorrazos como parte implicada en el desagradable asunto. Sin embargo, una vez metidos en faena todo discurrió con normalidad y, sobre todo, con una tranquilidad reconfortante. De hecho, el presidente de la comunidad ejerció como tal de una manera tremendamente profesional, limitándose a exponer los hechos primero y a ofrecer las posibles soluciones después, que fueron:

- Dar aviso a la policía, y/o interponer una demanda en el juzgado, para que tomaran cartas en el asunto y emitieran, al menos, una orden de alejamiento, sobre todo de los niños, pero también del seto.
- Contactar con la clínica psiquiátrica López Ibor, a ver si tenían un día de puertas abiertas y podíamos colarla y, de paso, dejarla dentro.
- Nombrarla vigilante nocturno de toda la urbanización, y no sólo del seto en cuestión, «ya que nos ahorraríamos el café del guardia actual, que no veas la de siestecillas que se echa, como si no supiera el tío que se lo graba en vídeo», según las explicaciones facilitadas por el administrador de la finca, también presente en la reunión.

¿Alguna apuesta sobre qué opción ganó? Como no podía ser otra manera, en la España de la charanga y la pandereta, fue ¡la tercera! Y ¿la razón oficial? «El vigilante se nos duerme, pero a ésta no hay quien la duerma.»

A mi madre casi le da un patatús cuando se enteró, hasta el punto de que tuve que llamar a mi padre —al padre con el que no mantenía contacto alguno

y al que solía dar por muerto, para que quede constancia de cómo veía yo la gravedad del estado mental de Blanca Solís en aquellos momentos— con el fin de que viniera a socorrerme, porque ni las vecinas ni yo éramos capaces de sacarla del trance ni de hacernos con la situación. Es cierto que podría haberme puesto en contacto con el 112 para que mandaran una ambulancia bien provista de ansiolíticos, pero me daba miedo que, al explicarles la situación, a quien enviaran fuera a la policía para que le dispararan un dardo tranquilizante, la vacunaran contra la rabia y la encerraran en una jaula. Y es que mi madre se debatía entre la risa frenética, como de hiena, el grito histérico, como de murciélago, y la convulsión febril, como de oso epiléptico, aunque todo ello con cara de pantera.

En resumidas cuentas, que mi madre se había convertido en un endriago mezcla de hiena-murciélago-oso-pantera, que era lo más horroroso que había visto yo en toda mi vida, y mira que con tantas citas había visto tíos feos, pero feos de cojones. La diferencia fundamental estribaba en que a mi madre le salía espuma por las orejas, fuego por los ojos y por la boca una especie de sustancia verde que no era bilis, sino una criatura mitológica de los pantanos porque, a ciencia cierta, vida propia tenía.

Vamos, que mi madre se había transformado en una especie de dragón, pero customizado —y con el culo más gordo, que había echado un culo con lo de la separación que no veas—, y sin volar, aunque casi lo consiguió cuando vio a mi padre aparecer por la puerta, que finalmente no creo yo que fuera tan buena idea eso de llamarlo. En cuanto Rodrigo asomó la nariz por el vestíbulo se puso a gritar como una posesa «¡¡¡¡Tú, tú, tú!!!!», mientras salía disparada como si la persiguiera una cohorte de ángeles negros, pasillo arriba, entregada a la causa de coger el muñeco del vudú, para volver, pasillo abajo, en cuestión de segundos, con los alfileres también, y hasta una aguja de tejer punto que pilló, que yo vaticiné: «Ésa se la va a meter por el culo, pero sin vudú». Y bien sabe Dios que lo intentó.

Total, que al final sí que tuvieron que venir los del SAMUR, pero a socorrer a mi padre, porque entre mi madre, practicando esgrima en su zona menos noble y posterior, y la loca con cara de loca, nos temimos lo peor. Esta última, alertada por el ruido una vez instalada en su nuevo trabajo de vigilante



nocturno —habiendo dejado ya de ser la interina del seto para pasar a tener silla en propiedad en la garita—, y al pillar a mi padre en la casa de mi madre, también quiso darle lo suyo, comenzando por carpetazos con el archivador que contenía el Excel —que tenía yo razón con lo de las luces y existía un registro pormenorizado con todos los movimientos lumínicos— y acabando con cualquier objeto contundente que se le viniera a las manos.

La situación se complicó todavía más cuando mi madre decidió que quería cargárselos a los dos, de manera que se fue a por todas las agujas de punto que pudo encontrar, que parecía Eduardo Manostijeras, aunque en versión calceta, agujas que blandía al aire no como si se tratara de espadas, sino como si ella fuera la guía de un safari de caza, provocando a los leones con la intención de ensartarlos cuando saltaran. ¡Pero si es que hasta les chistaba!

Al final, casi fue mi madre la que estuvo a punto de acabar en la López Ibor, aunque de pleno derecho, sin jornadas de puertas abiertas de por medio.

¡Qué momento!

«¡Pero ¿es que no nos pueden pasar cosas normales como a la gente normal?! —me lamentaba yo mientras le daba un Valium tamaño elefante a mi madre—. Pues probablemente no», me dije también porque, probablemente, fuéramos mucho más raros que normales: mi madre era rara; mi padre era raro, y se echaba amantes raras, y locas, muy locas, con cara de locas; yo también era rara y tenía amigas raras, como Sabrina, y eso que esperarme a las cuatro de la madrugada de prácticamente un lunes en el descansillo de mi casa, como había sucedido la noche anterior, no era la mayor de sus rarezas.

El motivo de su desesperación, en línea con esas cosas singulares que sólo podían pasarnos a nosotras, era que su novio, mudo, se había casado —aunque no con ella, por descontado—, porque ¿con quién iba a estar mejor Sabrina, muda por vocación, que con un mudo por disfunción?

—La pareja perfecta —la definió Clara aquel lunes, ya bien entrada la noche, cuando acudió a mi casa para intentar animar a Sabrina una vez que mi madre se hubo apaciguado—. Nunca habrían tenido nada que decirse. ¡La de broncas que se habrían ahorrado!

—Con ese comentario no estás ayudando mucho... —le reocriminé.

—Es que, en general —se justificó—, los hombres no hablan, y las

mujeres no paran, y nunca son capaces de llegar a un acuerdo entre ellos, del tipo 50/50, pero en este caso...

Lo singular de la situación no era, por descontado, que el pobre Mauro fuera mudo, y tampoco que no fuera exactamente su novio, sino más bien una especie de ojos del Guadiana, en versión erótica-afectiva-masculina, que aparecía y desaparecía según la época del año y la situación anímica en la que los dos estuvieran. Lo verdaderamente peculiar era que Mauro se hubiera casado, de manera consecutiva, con sus últimas tres novias —y, por supuesto, divorciado por estricto orden cronológico también, que en eso había motivo de escándalo—, y lo realmente decepcionante para Sabrina era que, al parecer, la cuarta boda ya se había producido. Es decir, que de las cinco últimas novias, o similares, que había tenido Mauro se había casado con cuatro de ellas, en cinco años.

—Esto es igual que cuando una enfermedad hereditaria se salta una generación, pero en jodido —precisó Clara, por si hiciera alguna falta remarcar aún más la naturaleza exacta de los hechos acontecidos.

—Sí que es jodido, sí... —reconoció la pobre Sabrina entre lágrimas—. Si ya es malo que te dejen para casarse con otra..., ser la única con la que no se case...

—Lo que a mí me maravilla —intervine— es que, si los tíos habitualmente no quieren comprometerse, ¿cómo es que existe uno que quiere casarse tantas veces? Va a entrar en el *Libro Guinness de los récords* como el hombre menor de treinta y cinco años que más veces se ha casado, y si le añadimos el hecho de que, con todos mis respetos, es mudo, ¡seguro que ya ha entrado!

—Hay una cosa que se nos escapa —retomó la palabra Clara—, y es que antes de los treinta no se casó ninguna vez. Todo empezó a partir de ahí. Y habría que saber cuál fue el detonante. Quizá haya hecho una lista al estilo de las tuyas, Marina, y quiera casarse diez veces en total, o cincuenta, antes de cumplir los cuarenta.

Tras escuchar sus palabras, miré a Clara con cara de «no sabes de lo que estás hablando», e hice como que no lo había oído.

—Y ¿tú por qué crees que se ha casado tantas veces? —le pregunté a Sabrina con delicadeza.

Ella se encogió de hombros primero, como si no pudiera dar con ninguna respuesta lo suficientemente válida, si bien luego dudó, asegurando:

—No sé. Es un hombre feliz.

—Seguro. Y ahora lo será por cuarta vez, ya que deduzco que las otras tres veces anteriores también lo fue. Sólo ha habido una entremedias, sin alianza, que no lo fue...

Sin dejar que acabara la frase, le propiné una colleja a Clara por lo inoportuno de su comentario, a pesar de que a Sabrina no pareció más afectada de lo que ya estaba, de manera que aquélla continuó dirigiéndose a esta última:

—Lo que a mí me intriga, pero no sabes cuánto, es que, si tú no hablas la lengua de signos y él no lee los labios, ¿cómo coño os entendíais?!

—Pues yo no era la única, porque con las tres primeras pasaba lo mismo..., y creo que con la cuarta también —aseguró Sabrina.

—¿Lo dices en serio?! —afirmamos las dos al unísono sin dar crédito.

—Pero ¿quién demonios es ese tío y qué otros usos le da a la lengua, ya que el obvio desgraciadamente no lo tiene?

Esta vez fuimos Sabrina y yo quienes, al unísono, le soltamos una colleja a Clara por lo escatológico de su interpretación.

—¡Y ¿a ti qué más te da?! —intervine de nuevo—. ¿No dicen que el amor es ciego? Pues, ¡joder!, ¡el suyo era mudo!

—Hay una cosa de la que os estáis olvidando —recalcó Sabrina—, y es que Mauro está muy bueno. Hable o no hable, no os podéis hacer una idea de lo que liga.

—Pues con los tíos buenos hay que tener mucho cuidado, porque por la noche te acuestas con lo de fuera, pero por la mañana te levantas con lo de dentro, que no suele ir parejo —precisó Clara, dándoselas de filósofa de las relaciones y demás profundidades humanas.

—Eso si quieres algo al día siguiente... —puntalicé.

En ese punto, Clara cambió ligeramente de tercio con el fin de aconsejar a Sabrina acerca de la dirección en la que, a partir de ahora y en su opinión, debía orientar su vida sentimental.

—Lo único que debes tener claro es que estás en el momento perfecto para

ligar —afirmó con contundencia.

Una vez digeridas sus palabras, Sabrina y yo la miramos pensando que nuestra amiga había vuelto a enloquecer... o a beber...

—Pero ¿cómo puedes decirle eso a la pobre, si a duras penas consigue articular dos palabras sin echarse a llorar? —exclamé.

—Hay algo en las mujeres vulnerables que vuelve locos a los hombres — se explicó Clara—. Yo creo que se trata de una especie de costumbre atávica, que tienen arraigada en su ADN, similar a esa manía que tenemos nosotras de ser las madres de todo Dios, pero que en su caso los lleva a hacer chorradas del tipo rescatar a damiselas en apuros, convertirse en príncipes y liberar a princesas de las garras de dragones, esas memeces que aparecen en los cuentos infantiles. Pero os juro que es verdad, que las mujeres emocionalmente frágiles se convierten en irresistibles a los ojos de los hombres.

—Tal como suena —respondió Sabrina—, la idea de tirar la toalla me resulta mucho más atractiva, porque de tu planteamiento no sé qué me asusta más, si que me encierre un dragón en una torre o que me rescate uno de tus príncipes, que más parecen vampiros emocionales que personajes de Disney.

—¡Ay, hija! ¡Qué actitud más negativa! —protestó Clara—. ¡Con esa predisposición no vamos a llegar a ningún sitio!

—Paso a paso y poco a poco —le recomendé yo a Sabrina—. Vamos a dejar a los tíos de lado de momento. Lo que tenemos que hacer es concentrarnos en mañana, y salvar el día, así que, cuando te levantes, no te mires al espejo porque vas a estar fatal, pero maquíllate como puedas y, de paso, píntate una estupenda sonrisa...

—Sí, sí..., que ya lo decía Mafalda —aseguró una cáustica Clara—: tú comienza el día con una sonrisa, que verás lo bien que te vas a sentir cuando veas lo que desentonas con el resto de la humanidad...

—¡Pero si yo mañana no voy a ser capaz de salir de la cama!... Y antes de que digas alguna ordinariez, Clara —precisó Sabrina—, lo único que quiero hacer allí es fusionarme con el colchón, fundirme con las sábanas y desaparecer.

—A ver, Sabrina —atajó Clara—, lo que de verdad quieres es que ese tío

se divorcie de la cuarta, lo que, a tenor de la velocidad con la que discurre su vida amorosa, no va a tardar mucho en suceder, te coloque un anillo en el dedo, te diga que te quiere y te dé dinero para irte a las rebajas. Sin embargo, si, a falta de eso, lo de las sábanas te hace feliz, pues no me parece tan mal plan. Sólo ten cuidado cuando hagas la colada, no sea que te pille dentro.

Después de reír un buen rato por el comentario de Clara, intervine de nuevo.

—Quizá tengas que mirarlo desde otra perspectiva. Mi madre siempre dice, con esa sabiduría popular tan peculiar que emana de ella, que la mujer que no tiene suerte con los hombres no sabe la suerte que tiene. Puede que ese planteamiento, al menos, te haga sentir mejor.

—No te ofendas, Sabrina, o, aunque te ofendas, pero todas sabemos, tú incluida, que tu madre es rara, muy rara... —puntualizó Clara.

—¡Pues a eso precisamente quería llegar yo! Y no he hecho otra cosa en todo el día más que darle vueltas al asunto, pero no sólo en relación con mi madre. ¿No os parece que somos las tías más raras del mundo y que nos pasan las cosas más raras del mundo?

—¡Ay, cariño!, que a las otras también les pasan, sólo que no las cuentan... —se mofó Clara.

—No las mismas cosas que a nosotras, ni son como nosotras... —proseguí convencida, hasta que ella me cortó.

—Bueno, ¡siempre podemos alquilarnos para animar las fiestas!

Aunque solté una carcajada tras oírlo, ignoré su comentario, centrándome a continuación en desarrollar un poco más mi razonamiento.

—Como ejemplo me pongo yo en primer lugar. Mi historial de citas es casi delictivo; de hecho, creo que la próxima vez que quiera salir de España me lo va a prohibir la Guardia Civil...

—¿Por panoli? —ironizó Clara.

—Pues panoli es un estado, pero mental... —apuntó Sabrina.

—Chitón las dos, petardas —las corté—. Es que, además de lo de las citas, ¿a cuántas mujeres conocéis que no sean capaces de callar?

—¿Estás de coña? Pregúntale a cualquier hombre que lleve casado más de diez años con la misma mujer y verás lo que te responde —sentenció Clara—.

De hecho, ¿sabéis cuáles son las dos cosas que más preguntan a sus esposas esos maridos, los optimistas, claro? «¿Te veré por la cama algún día, querida?», y «¿Te callarás algún día, cariño?».

Desde luego, ese día Clara estaba inspirada, como reconocí entre risas, pero yo no estaba dispuesta a dejarme amilanar.

—Y ¿cuántas de esas mujeres —intervine de nuevo— podrían ser contratadas como subastadoras por la enorme cantidad de palabras que son capaces de decir en un minuto? ¡Si en mi caso serían Sotheby's o Christie's los que pujarían por mí!

—Pues en algo tienes suerte —me reconfortó Sabrina—. La mayor parte de los que hablan mucho, que casi nunca tienen nada interesante que decir, sino más bien todo lo contrario, deberían plantearse callarse y dar la oportunidad al resto de la gente de que piensen que son idiotas, en lugar de largar sin parar y demostrarlo. Tú al menos dices cosas inteligentes y con sentido.

—¿Sabes qué te digo?! —me vine arriba con esas palabras—, ¡que me acabas de animar!, así que voy a brindar por eso, aunque sea lunes, las once de la noche y mañana haya que currar.

—¡Y yo lo secundo! —me apoyó Clara—. Ya que en esta vida hay que creer en algo, ¡yo creo que me tomaré un buen ron!

—¡Hecho! —se sumó Sabrina—. A estas alturas, todas sabemos que el alcohol no es la solución ¡pero desde luego el agua tampoco!

Y, una vez que las tres tuvimos nuestras copas bien llenas, nos dispusimos a brindar, no sin antes proferir el grito de guerra favorito de todos los dipsómanos descreídos del mundo: «¡Bienaventurados los borrachos, porque ellos verán a Dios más veces!».

—Un día me grabaré una camiseta con esa frase y me iré a romper la pana con ella —comentó Clara divertida.

—Si ya las hay —le confirmé—. Mira en Google y lo verás. Pero la idea es buena. Tendríamos que pensar una frase cada una, que nos representara, con la más llamativa de nuestras rarezas, a modo de preaviso, de manera que cuando los moscones se nos acercaran, ya sabrían a lo que atenerse. Empezando de nuevo por mí, para que nadie se ofenda, yo me colocaría un revelador «Verborreica». A ti, Sabrina, te colocaría un enigmático

«Sigilosa»...

—¿Y a mí? ¿Qué tenías pensado ponerme, bonita? —me preguntó Clara con tanto interés como picardía.

—Pues, bonita..., es que se puede tener mala leche, pero con tu intensidad...

—Yo soy generosa, hasta con mi mala leche...

Antes de que nos enzarzáramos las dos en una discusión, Sabrina medió entre ambas.

—Haya paz. Además, en realidad, a la única a la que le hace falta la camiseta es a mí. Al fin y al cabo, a vosotras dos os va bien con vuestros respectivos, con Alejo y con Román, ¿no?

—Pues la verdad es que yo no me puedo quejar —reconoció Clara—. Seguimos en el sofá cama..., ¡y también usamos la lengua!

—¡Clara! —exclamamos Sabrina y yo a la vez—. ¡No te pongas soez!

—¡Espabilando, niñas, que sois unas mojigatas! —se defendió ella.

—Pero ¿ya vivís juntos? —se interesó Sabrina a continuación.

—Juntos no, ¡pero sí revueltos! Es decir, que nos pasamos todo el día pegados el uno al otro, pero sin organización. Y nos funciona estupendamente.

—Y ¿a tu madre le parece bien, o te da la murga con lo de que es demasiado precipitado, como hacen todas las madres?

—Cualquier cosa que me aleje de ella, y de su casa, a mi madre le parece divinamente, como si me hago monja o *homeless* y no tengo más techo que el cielo sobre mi cabeza. Es más, poco a poco me va trayendo mi ropa a la oficina. Aprovecha para dejármela cuando yo no estoy, para que no pueda recriminárselo, pero me la deja. ¡Y no veas cómo le cunde! Desde que empezamos a salir Román y yo, ya me ha traído toda la ropa de verano, y acaba de empezar con la de entretiempo. ¡En dos días se planta con la de invierno!

—Y ¿a ti qué tal te va con Alejo? —me preguntó Sabrina.

—Pues yo me siento como la mujer taquicardia: cada vez que le suena el móvil, se me encoge el alma pensando que es la llamada ficticia que lo va a apartar de mí para siempre. Ya sabes, una presunta urgencia en el trabajo y si te he visto no me acuerdo. Eso, o que simplemente se dé cuenta de quién soy

en realidad y salga huyendo.

—No te disipes, que éstos son futuribles —precisó Sabrina—. Lo que yo te pregunto es qué tal te va hoy en día.

—Pues estoy en una nube. Acabamos de pasar nuestro primer fin de semana juntos y no puedo estar más feliz, ¡y me ha invitado también el próximo!

—Y ¿adónde vais a ir esta vez? —curioseó Clara.

—No ha querido decírmelo, igual que la semana pasada. ¡Le gustan las sorpresas!

—Y ¿entre semana os veis? —fue esta vez Sabrina la que preguntó.

—Nunca, al menos hasta el momento. Viaja mucho, fuera de España, muy pero que muy fuera, a países como China, o Nueva Zelanda, aunque para los fines de semana suele estar de vuelta.

—Y ¿no tenéis contacto cuando está en el extranjero? —inquirió Sabrina.

—A veces me llama, pero lo que más hacemos es mandarnos wasaps. Y para esta semana me ha puesto hasta tarea. Tengo que adivinar lo que significan las letras «BWE».

Tanto Sabrina como Clara se pusieron automáticamente a darle vueltas a la cabeza, con bastante poco éxito, hasta que Clara exclamó sin pensarlo dos veces:

—¡«Boca Wáter Estertor»!

—¡Clara! —grité con cara de asco—. ¡Mezclar esas tres palabras en la misma frase es repugnante!

—¡Valeeee! ¿«Boca Whisky Estupenda borrachera que me voy a pillar»? ¿O «que voy a hacer que te pilles para que bajas la guardia»? —rectificó Clara.

Esta vez nos reímos con ganas, aunque, automáticamente, le hice ver que su propuesta no era la correcta.

—Si a mí no me hace falta que me emborrache... Con él soy una militante del tema...

—Es que la «W» complica un poco las cosas, ¿sabéis? —se justificó Clara.

—¡Qué me vas a contar! —me sinceré—. Si hasta me he descargado una



página con todas las palabras que empiezan por la maldita letra, y las únicas que son aprovechables, además de las dos que ya has usado, son: waterpolo, web, wifi, Wikipedia y *windsurf*.

—Bueno —apuntó Clara—, las puedes poner todas juntas y a lo mejor te sale alguna necesidad: ¡«Con el wifi de mi casa he aprendido en una web a hacer *windsurf* y waterpolo y lo hago tan mal que salgo en la Wikipedia»! Y con la «B» y la «E» haces lo que te dé la gana, o las juntas las dos y te pones a balar como las ovejas: «¡Beeeeeee!», que a lo mejor le pone.

—Le va a poner..., ¡los pelos de punta es lo que le va a poner! —acerté a decir mientras me desternillaba con su comentario.

Después de soltar unas cuantas carcajadas, Sabrina intentó abordar el acertijo desde otra perspectiva.

—Quizá sólo quiere tenerte intrigada y en verdad esas letras no significan nada.

—Me aseguró que si lo acertaba tendría un premio, pero no me dijo de lo que se trataba —afirmé.

—¡Esto mejora por momentos! —exclamó Clara.

—¡Atención! —le advertí a Sabrina—, que Clara está poniendo nuevamente su mente calenturienta a trabajar.

Y vaya si trabajó, durante un par de horas más por lo menos, a pleno rendimiento. Y es que tener pareja le sentaba bien a su ingenio, que se le agudizaba. E incluso la mala leche se le dulcificaba algo.

En cualquier caso, y aun cuando esta última estuviera en su máximo apogeo, yo siempre me sentía afortunada de que Clara, y también Sabrina, formaran parte de mi vida, y yo de la suya. Con todas nuestras rarezas, o excentricidades, y al igual que me pasaba con Calem, parte de lo que yo era, de lo que había sido alguna vez, o de lo que sería en el futuro les pertenecía, un futuro que no sería tal sin ellos. Lo que yo sentía era que mi edificio, la construcción en la que se asentaba Marina Mirizarry, se sostenía con sus ladrillos, su argamasa, su cemento; sin ellos, en cambio, corría el riesgo de que sólo hubiera escombros.

\* \* \*

Desgraciadamente, Amanda no podía decir lo mismo, de nadie. Su marido la había inhabilitado para las relaciones sociales, y probablemente para la vida, condenándola además a que viviera con la sospecha permanente de que ella no era del agrado de nadie. Así, miraba a la gente encogida, presuponiendo que, más tarde o más temprano, cualquiera se daría cuenta de que no era merecedora de afecto, trato o ni tan siquiera un mínimo interés.

Joaquín Castro, su psiquiatra, lo sabía, y era consciente de que iba a ser uno de los muros más duros que derribar. Por eso, para la siguiente sesión con Amanda se había propuesto al menos abordarlo.

—¿Qué tal van las cosas, Amanda? —preguntó nada más empezar la consulta.

—Al menos, no están peor.

—Es un buen comienzo. Me gusta esa actitud. ¿Hay algo especial que hayas hecho desde la última vez que nos vimos?

—El trabajo y mi hija, no hay nada más.

—Me refiero a tu esfera personal.

—Ayer fui a hacer la compra... y me arreglé para ir.

Amanda acababa de darse cuenta de que la segunda parte de la frase la había pensado, pero ¡en voz alta!, y era lo más patético que ella misma había oído jamás, no sólo saliendo de sus labios, sino pronunciado por cualquier ser humano.

Joaquín notó su azoramiento y se apresuró a intervenir.

—Amanda, no hay nada de lo que avergonzarse, sino todo lo contrario, como si te quieres poner guapa para bajar la basura. ¿Crees que no hay mujeres que lo hacen y no están atravesando ninguna fase delicada o decisiva en sus vidas? Lo único que indica es que has dado un paso en la dirección correcta.

—¿Hacia el pasillo de los congelados?

Joaquín se rio, y también dudó un segundo acerca de si debía proseguir o no con su exposición, aunque al final se decantó por hacerlo.

—¿Sabes que hay mujeres que acuden al gimnasio para encontrar pareja, mientras que otras hacen lo propio en el supermercado? Si lo piensas, tiene

sentido: con sólo echar un vistazo al carro sabes cuál es la situación sentimental de la persona que lo está llenando.

—¡Ay, Dios! —exclamó Amanda—. ¡¿Mi subconsciente me ha traicionado y me ha llevado hasta Sánchez Romero para encontrar al supuesto hombre de mi vida?! Pues estuve media hora hablando con el charcutero. ¡Madre mía! Espero que no fuera premonitorio, ya que, por edad, ¡podría ser el tatarabuelo que mi hija nunca tendrá!

Joaquín no pudo por menos que soltar una carcajada para, seguidamente, afirmar con convencimiento:

—Dices de ti misma que no eres divertida, pero yo creo que ese sentido del humor que tienes te va a ayudar mucho a salir del bache, y a romper tu concha.

—Es que yo no soy divertida. El hecho lo es, situándolo en el contexto que tú planteas. Y, además, creo que uno mismo se conoce mejor que nadie, ¿no?

—¿Sabes cuál es uno de los principios básicos de la psiquiatría? —la corrigió Joaquín—. Que es uno de los pocos negocios en los que el cliente nunca tiene la razón.

Esta vez fue Amanda la que sonrió, aunque permaneció callada, sin rebatirlo.

—Además —prosiguió él—, seas divertida o no, lo cierto es que ya has adoptado una actitud que te está empujando a salir adelante. Quizá no lo hayas percibido todavía, pero, por ejemplo, hoy has venido toda vestida de rojo. Puedo asegurarte que, cuando la gente ve la vida de color negro, se viste a juego.

—O tal vez no hubiera nada en mi armario lo suficientemente a juego. La ropa que te queda limpia no entiende de estados de ánimo.

—No te creo —afirmó contundente Castro.

—Joaquín, creo que hay algo de lo que yo soy consciente pero tú no, y es que no sé si mejoraré, pero lo que está claro es que nunca volveré a ser la de antes; jamás sentiré de nuevo esa ilusión, esa esperanza...

—Y ¿crees que yo lo pretendo? —se sorprendió él—. Nadie puede volver a lo que fue diez o quince años atrás, aunque no hayan pasado por experiencias traumáticas. Tenemos que trabajar con lo que te ha quedado, con lo que eres

ahora.

—¿Nada elevado a la nada? ¿Nada multiplicado por cero?

Cuando Amanda pronunció esas palabras, se acordó de Pablo. Su mirada aún le dolía, tanto como aparentaba..., ese ser oscuro, tan oscuro como parecía... En sus recuerdos lo era..., oscuro..., lo parecía...

Joaquín adivinó la presencia de su marido en el dolor de Amanda, por lo que le preguntó:

—¿Qué crees que habría pasado de haber seguido juntos?

—Quizá un piano, un violín, como aquella vez..., aquella vez en Ucrania...

—¿Estás segura de que eso es lo que habría pasado, o lo que querrías que nunca hubiera cambiado?

Amanda evitó responder, dando en su lugar un rodeo a la cuestión:

—¿Has experimentado alguna vez que una cantidad de tiempo determinada, y objetiva, pongamos un minuto, por ejemplo, dependiendo de en qué situación te encuentres, puede parecer que se acorte con respecto a su plazo preestablecido, aun cuando tú quieres que ese instante sea eterno, mientras que en alguna otra ocasión ese mismo minuto parece que se alargue hasta el infinito, aunque lo que tú deseas con todas tus fuerzas es que se extinga y desaparezca?

—Me temo que no sé a lo que te refieres —aseguró Joaquín.

—A que, en ocasiones, el cielo es un suspiro y el infierno es eterno; a que, a veces, al tocar el cielo con un dedo, crees que ese va a ser el comienzo de lo que va a venir a continuación. Por el contrario, lo que resulta es que ése era el único ápice de cielo que ibas a conocer, porque luego sólo habría infierno, y para entonces ya sabrías, definitivamente, que eso sí era el principio de lo que iba a venir a continuación.

—Y ¿qué habrías necesitado para seguir en ese cielo?

—Alguien que me mirara a los ojos, que me sostuviera la mirada y que me cogiera de la mano.

El psiquiatra se enterneció, y era algo que no solía pasarle muy a menudo. Estaba acostumbrado a bregar con la soledad de los demás, y también con su dolor. De hecho, hacía ya tiempo que había dejado de ver a sus pacientes

como personas, si bien no en un sentido inhumano de la palabra; para él eran casos, de los que —tanto por costumbre como por necesidad— se alejaba y se desvinculaba.

Sin embargo, había algo en Amanda, una profundidad, así como una sensibilidad, en la interpretación de su vida y de los hechos que la rodeaban que le confería un halo especial de fragilidad, de vulnerabilidad, un halo que despertaba en Joaquín una empatía semejante a la que evoca una canción de desamor en los oídos de alguien a quien, alguna vez, le han roto el corazón.

—Es patético, ¿verdad? —prosiguió ella—. O yo soy patética, expresándome mejor. Qué fácil es ver lo poco que necesitabas cuando todo ha quedado reducido a migajas.

En ese instante, Amanda miró con atención a su alrededor, buscando algo en el sofá en el que estaba sentada.

—¿Echas algo en falta? —le preguntó Joaquín extrañado.

—Pues la verdad es que sí: un buen cojín. ¿Ningún paciente te lo ha pedido? Cuando la gente se desnuda, por dentro me refiero, taparte, o abrazar algo, hace que te sientas mejor, o no tan desarropado al menos.

Y, así, a falta de dicho cojín, Amanda cruzó los brazos con fuerza, situándolos delante y sobre su estómago.

—Hecho. Hay cosas que son fáciles, y ésta es una de ellas. La semana que viene tendrás un mullido cojín, aunque, a cambio, tú vas a hacer otra cosa.

—¿Qué? —se sorprendió ella.

—Un esfuerzo, que conlleve un plan: apúntate a un grupo para caminar, o para ver museos, lo que quieras, algo que sea coherente contigo, que te haga salir de casa y, de paso, sentirte bien, o al menos mejor.

—Imposible —negó con rotundidad Amanda.

—La mayor parte de las veces las cosas no son imposibles, sólo lo parecen. Y, una vez hechas, te sorprende lo fácil que ha sido hacerlas.

—No va a ser mi caso.

—Amanda, la soledad puede ser una opción cuando se busca, pero no cuando te encuentra.

—La soledad no es sólo cuestión de aislamiento, a veces lo es de proximidad. Puedes sentirte igual de solo echando de menos a alguien a quien

tienes a tu lado sentado en el sofá.

—La persona a la que echas, o echabas, de menos nunca estuvo sentada en el mismo sofá que tú.

Brutalmente directo. Joaquín acababa de darse cuenta de que quizá se había excedido con la franqueza de su comentario, pero, lejos de parecer afectada, Amanda sonrió ligeramente, aunque mostrando un leve rictus de amargura en la comisura de sus labios.

Mientras recapacitaba acerca de las palabras de su psiquiatra, se dio cuenta de que Joaquín lucía una alianza en el dedo anular de su mano derecha, por lo que le preguntó:

—¿Hay gente que es feliz?

—Apuesto a que sí, o me gustaría creer que sí, pero no suelen venir por aquí.

Ella volvió a sonreír, en esta ocasión con agrado, y aclaró su pregunta a continuación:

—Perdona, mi cuestión era más de carácter práctico, al ver que estabas casado. Lo que me intriga es saber si hay gente que es feliz dentro del matrimonio.

—A la vista de las estadísticas, la cosa no pinta bien. Además, muchos entendidos en el tema te dirían que no se puede ser feliz en un matrimonio hasta que se ha comprendido lo que falla al pasar por la ruptura de otro previo; eso, o que hay gente que necesita de hasta seis matrimonios para lograr que el último de ellos funcione. Pero lo cierto es que hay gente que lo consigue.

—Y, sólo por curiosidad, desde el punto de vista profesional, ¿cuáles serían los trucos?

—Además de miles de cosas obvias, como el respeto, la tolerancia, etcétera, en pocas palabras yo destacaría que hace falta admirarse, no juzgarse y mantener algún sueño común.

Amanda apartó los ojos de Joaquín y respiró con profundidad, incluso exhaló un pequeño suspiro apenas audible, salvo para sí misma, pensando que ahí fuera, en ese mundo tan gigante que se adivinaba desde la ventana y que tanto la atemorizaba, había gente que se había buscado, se había encontrado,

se había aceptado y se había construido un pequeño cosmos en el que soñar a la par. Lástima que el suyo no fuera nunca uno de esos matrimonios.

Y, de nuevo pensando en voz alta, como al principio de la sesión, Amanda aseguró:

—Quizá los sueños te sostengan durante un tiempo, pero ¿y las pesadillas?

Sin embargo, fueron sus sueños los que se mostraron delante de sus ojos, todos los que lo fueron alguna vez, ese cielo que apenas rozó pero que sí atisbó, y que recordó cada segundo de todos los segundos del infierno que sí vivió; esas mañanas con flores y desayunos sin salir de la cama que desearía haber tenido; esas cenas con compases y velas que querría haber compartido; esos paseos bajo un cielo de besos y estrellas que anhelaría haber vivido...

Ese cielo de estrellas... «Debería haber algo más que un cielo de estrellas ahí arriba, una vida por encima quizá, pero tal vez sólo sobrevivimos, y eso es cuanto podemos pedir», pensó Amanda.

El resultado fue que no pudo. Amanda no fue capaz de seguir las indicaciones de Joaquín —ese esfuerzo, que conllevara un plan—, por lo que se replegó, encerrándose aún más, tanto en su casa como dentro de ella misma.

Pese a todo, un par de días después de la visita a su psiquiatra, y tal como habíamos convenido el día que nos conocimos en The Living Home, sí aceptó quedar con mi madre. Yo intuí, desde el primer momento, que ese encuentro iba a ser más beneficioso para la propia Amanda que para Blanca, ya que mi madre tenía, o había desarrollado, una fuerza interior —transformándose con el paso de los meses en una fortaleza— que la había mantenido entera, íntegra, mientras que Amanda se resquebrajaba a cada paso.

Ya desde el exterior, sólo con mirar a través de sus ojos se podían ver sus pedazos y los alfileres con los que intentaba remendar, sin conseguirlo, los jirones en los que se había convertido su alma.

No obstante, Amanda no provocaba pena, ni aflicción o pesadumbre. De hecho, se mantenía erguida con una dignidad que la embellecía, aunque con un atractivo que provenía no sólo de su fragilidad, sino también de su intrínseca definición como persona. Hay gente que es hermosa y lo muestra de todas las formas posibles, mientras que hay gente que lo es de igual manera pero lo esconde de todas las formas posibles. Y Amanda, sin ser consciente de esa

belleza, de su belleza, lo hacía agazapada dentro de sí misma, temerosa de llamar la atención y provocar el rechazo de los demás.

Y mi madre se dio cuenta nada más verla aparecer por el umbral de nuestra puerta.

Yo pensé que la saludaría de manera convencional, con un par de besos y un «hola, ¿qué tal?», pero Blanca se fue derecha hacia ella, con los brazos muy abiertos y una certeza en los ojos en lugar de una sonrisa en los labios, de la que se deducía un «aquí, ahora y siempre habrá alguien que te comprenda». Instantes después, la abrazó, aunque no de una forma educadamente distante, sino con la proximidad que sólo puede existir entre dos personas que no se conocen pero que saben que lo van a hacer.

Por otra parte, creí también que mi madre, con todas esas rarezas y excentricidades que la rodeaban —y en las que a veces se regodeaba—, no iba a acertar con qué decir o cómo hacerlo, pero una vez más me equivoqué. Le acarició ligeramente la mejilla y aseguró con una dulzura insospechada en ella, aunque dejando claro a su vez que no iba a dar ningún rodeo para acercarse a la cuestión:

—Primero tocar fondo y coger impulso después.

En ese momento, Amanda soltó el aire que tenía contenido desde que había llegado a nuestra casa y se tranquilizó, aunque sólo su semblante, ya que sus ojos revelaban aún una enorme tristeza.

Una vez más, mi madre lo intuyó y afirmó con un matiz mitad cómplice, mitad sagaz:

—Malo es estar triste, pero peor sería no estarlo.

Yo percibía que la entereza de Amanda empezaba a debilitarse, como si esos alfileres que sujetaban sus jirones comenzaran a desprenderse. Sin embargo, ese hecho no fue óbice para que mi madre, de nuevo, supiera qué decir para contrarrestar, o tal vez potenciar, el efecto que la situación estaba provocando en ella porque, a esas alturas, yo ya no sabía lo que mi madre pretendía, si bien lo que comentó fue:

—¿Sabes qué es lo peor de ser mujer, cariño? Que tienes que tratar, inevitablemente, con hombres.

Amanda se echó a reír, y a la vez a llorar, entre divertida, agradecida y



afligida, pero con un talante mucho más relajado que cuando se presentó ante nosotras.

Aun así, yo hice ademán de acercarme para consolarla, intento que mi madre cortó en seco.

—Los fantasmas tienen que salir, y solos —me advirtió tajante.

Desde luego, Blanca Solís sabía de lo que hablaba, o eso parecía, y tal vez por eso comprendió que en ningún caso había que abrazarla, sino dejar que llorara y se desahogara. No obstante, se sentó a su lado y, abriendo su mano, para que abarcara la mayor cantidad posible de su piel, la colocó en la espalda de Amanda y la dejó allí, sin moverla, apretando ni mucho ni poco, suavemente, pero ejerciendo a la vez una ligera presión, para que notara que había alguien con ella, que siempre habría alguien con ella.

Y ahí fue cuando supe que Amanda estaba en el sitio exacto, en el lugar en el que debía estar, porque a veces la vida te empuja, o te conduce, por caminos extraños, a donde debes estar.

En las dos horas siguientes, ni Blanca ni Amanda hablaron de hombres, amores o desamores. Temas banales e intrascendentes llenaron la cena, para la que mi madre se empeñó en hacer una pizza, con esas dotes culinarias que Dios no le dio y que ella se había encargado de no cultivar, con lo que la comida acabó convirtiéndose en todo el contenido del frigorífico cubriendo una masa. Afortunadamente, a Amanda no pareció importarle. De hecho, la comió con ganas, de la misma manera que rio con ganas y que habló con ganas el resto de la noche.

Después del postre y el café, me fui a mi habitación al considerar que quizá querrían estar un rato a solas para poder hablar con más intimidad. Sin embargo, y aunque cerré la puerta de mi dormitorio, pude oír parte de la conversación. Así, por ejemplo, oí a Amanda decir que, con respecto a los hombres, estaba convencida de que el universo sólo te da una oportunidad y, además, ni siquiera estaba segura de merecer una segunda. También oí a mi madre asegurar que ella seguía creyendo en el matrimonio, pero para los demás: «Ni para mí ni para mi hija. No le deseo ningún mal». Y a ambas estar de acuerdo en lo que simboliza el amor, representado por esa alianza, perfectamente redonda, sin principio ni fin, pero no refiriéndose a la

superficie exterior del anillo, sino al espacio comprendido dentro del círculo, ya que fue en ese agujero en el que cayeron las promesas hechas por sus respectivos maridos el día que se casaron.

No obstante, más allá de todas las confidencias, lo que yo observé aquella noche fue que se había formado una especie de hermandad entre mujeres que sufren por una causa concreta y determinada, mujeres que pasan por experiencias similares y que no necesitan de ningún preámbulo o explicación para saber, exactamente y sin necesidad de palabras, cuál es su situación. E, incluso por encima de eso, me parecía que la solidaridad que mi madre ejercía para con Amanda se definía mejor como una cadena de favores que como una fraternidad, consistente en un «yo te ayudo a ti ahora, de igual manera que tú, algún día, ayudarás a otra persona que se encuentre en circunstancias similares a las tuyas».

Y fue precisamente mi madre la que, de alguna manera, lo conceptualizó así cuando, a punto de marcharse Amanda, ésta le dio las gracias por su ayuda.

—Lo hago porque puedo.

Y ese «puedo» significaba que estaba en disposición de hacerlo.

Después de esas palabras, aún mi madre le ofreció a Amanda una última sugerencia:

—Haz lo que sea que te haga sentir menos mal.

Creo que es el mejor consejo que he oído jamás, y no sólo aplicado a la situación particular en la que se encontraba Amanda, sino como guía para transitar por la vida. Y a mí me sirvió, además, para entender todas las rarezas, y también las excentricidades, de mi madre.

Un par de días después de la cena, el viernes por la mañana, me puse en contacto con Amanda para informarla de que su casa estaba casi acabada y que, probablemente, a finales de la semana siguiente podría instalarse. La noté animada e ilusionada con la idea de empezar algo nuevo en un sitio nuevo. Aún no había dado el paso que le había pedido su psiquiatra, ese esfuerzo que conllevara abrirse a los demás, pero presentí que iba camino de ello.

\* \* \*

Y no era la única, ya que yo también había iniciado un camino, pero con Alejo, y hacia nuestro segundo fin de semana juntos.

Puntual como siempre, pasó a recogerme por mi casa antes de la hora, lo que fue enormemente tranquilizador para mí, ya que yo seguía presa del pánico pensando que, más tarde o más temprano, llegaría el día en que no aparecería. Además, en esa ocasión estaba especialmente inquieta dilucidando qué hacer cuando nos viéramos frente a frente, o, más sencillamente, qué haría él al verme: ¿me daría un beso en la mejilla o sería en los labios? ¿O ninguna de las dos opciones anteriores, debido a que finalmente el motivo de su visita no era marcharnos juntos, sino ofrecerme en persona una excusa para no tener que ir a ningún sitio conmigo?

Afortunadamente, su reacción desechó mis temores, superando a su vez todas mis expectativas. Lo que sucedió fue que, si bien me estaba esperando fuera del coche aparentemente tranquilo y relajado, en cuanto me vio echó a correr para alcanzarme, me cogió por la cintura, me levantó por los aires primero para, al devolverme al suelo después, susurrarme: «No podía esperar más para verte».

Instantes después sujetó la cara con las dos manos y me besó, con unos besos que se crecían, se enardecían, que me arrollaban..., y luego vinieron sus abrazos, esos abrazos que me protegían, que me hacían sentir en casa... No obstante, para entonces yo ya no tenía casa, no sabía dónde estaba, ni probablemente cómo me llamaba.

Mientras andaba aún obnubilada, intentando regresar a la realidad tras esa breve estancia en el paraíso, me pareció oír un lejano «¿qué tal la semana?», a lo que yo respondí con un confuso «¿qué semana?».

Alejo me abrazó aún más fuerte al oír mi respuesta y, tras unos segundos, acercó de nuevo sus labios a mi oído con la intención de preguntarme:

—¿Has conseguido desvelar mi acertijo?

—Negativo —me lamenté—. ¡Y no te puedes hacer una idea de la de vueltas que le he dado! ¡Si hasta he hecho sopas de letras con todas las combinaciones posibles!

Una sonrisa ocupó su boca antes de darme una contestación, así como una explicación previa.

—En primer lugar, he de reconocer que te lo puse un poco difícil, porque en realidad las siglas estaban en inglés...

—No irás a decirme ahora que me vas a dar otra semana de plazo para que lo adivine, ¿no? —lo interrumpí—. ¿Voy a tener que aprender a hacer sopas de letras en inglés? —inquirí con cara de pena.

—Por esta vez, seré bueno contigo y te lo diré —se compadeció—. Lo que significa «BWE» es que el fin de semana pasado para mí fue el «Best Weekend Ever», el mejor fin de semana que he pasado nunca.

Decir que yo era la mujer más feliz de la Tierra en ese momento no era quedarse corto, era quedarse enano. Mi mundo se había convertido en infinito, como el universo, y mi mente gravitaba ya a su alrededor, y también en el lugar más dulce, lleno de tartas de fresa con nata montada, de helados cremosos y de etéreos merengues que se desbordaban.

Como muestra de agradecimiento intenté besarlo, pero mis besos se ahogaban; intenté abrazarlo, pero los brazos no me alcanzaban. Creo que lloré, aunque también creo que reí, y considero probable que hiciera alguna cosa ridícula de la que no soy capaz de acordarme. Y lo cierto es que me alegro de ello, de lo último, por supuesto.

Fue Alejo quien, definitivamente, me sacó de mi estado de *shock* al decirme:

—Y aún nos queda la sorpresa.

No lo mencioné, por supuesto. Sin embargo, sí recuerdo haber pensado: «pero ¿qué puede haber más después de esto?! ¡Si hasta el tiempo se ha parado para que yo disfrute de este momento!». Aun así, acerté a comentar:

—Entonces ¿tengo derecho a sorpresa aunque no haya averiguado la adivinanza?

—Sólo si me prometes que este fin de semana va a ser mejor que el anterior. Ya sé que el listón está muy alto —sugirió con picardía—, pero yo te veo capaz.

—Con buena voluntad por las dos partes...

Y bien sabe Dios que la pusimos, los dos, y me atrevería a decir que a partes iguales. Cualquier deseo, o su satisfacción, que pudiéramos haber sentido la semana anterior se nos antojaba incompleto en esos momentos,

mostrándose ante nuestros ojos como una mera pretensión, mientras que, ahora, nuestro deseo y su satisfacción tenían una aspiración que se transformaba, vertiginosa, en ambición, para convertirse súbita en codicia, para transfigurarse, inmediata, en avidez y, finalmente, mudarse plena, abarcando la totalidad de dos seres que, completos, ya no podían disgregarse.

De la misma manera, cualquier apego que recordara del último fin de semana se tornó exiguo, de la misma forma que cualquier muestra de estima previa se presentaba ahora ante mis ojos desprovista de todo afecto. Así, no era que lo que yo sentía por Alejo fuera más grande que yo, es que no había nada que no sintiera por él.

Pese a todo, esa vez sí conseguimos salir de la habitación el sábado, incluso por la mañana, aunque muy a regañadientes, para ceñirnos a la realidad de los hechos y de nuestros afanes. Y el motivo se debía a que la sorpresa de Alejo consistía en pasar el fin de semana en un balneario.

¡La vida en el paraíso! Masajes con cañas de bambú y té verde, con piedras calientes, con extractos de seda y partículas de oro, todos ellos para dos, Alejo y yo en la misma habitación, con un ambiente envolvente y sugerente, una música suave, unas manos ajenas en la espalda que intentaban alejarme del mundo, aunque en realidad me acercaban aún más a él, a una mano, su mano, que a veces alcanzaba la mía durante un instante para acariciarla, o tal vez sólo para rozarla. Y, después, zumos de frutas recién exprimidos en el *chill out*, aguas exóticas con sabor a arándanos, una taza de té proveniente de una tetera que se mantenía caliente gracias a la llama de una pequeña pero altiva vela. Y también baños en la piscina climatizada, con chorros de agua a presión cayendo sobre nuestros cuellos y otros modelando nuestros vientres y nuestras piernas, con ese olor a lavanda que no sólo impregnaba el aire, sino también el agua, esa agua en la que estábamos suspendidos, aunque yo no flotaba en ella: Alejo y mis sentimientos me sustentaban.

Era imposible no sentirse mimada, no sentirse deseada, no sentirse querida, no sentirse agradecida. Estaba en un sitio perfecto, con el hombre perfecto, un hombre que me hacía sentir especial, especial para él. Yo no podía pedir, pensar o esperar más. Lo tenía todo. Ésa era la palabra, todo,

porque todo lo era él. En cada resquicio de mi mente, en cada recoveco de mi cuerpo, en todas partes estaba él, sólo estaba él.

Pero como todo lo que empieza bien suele acabar mal, o al menos acabar, nuestros dos días pasaron como un suspiro, sin apenas ser conscientes de ello. Así, cuando quisimos darnos cuenta tuvimos que coger el coche para regresar de nuevo a Madrid, adonde llegamos otra vez cerca de las cuatro de la madrugada.

Cuando aparcó el coche junto a la acera, frente al portal de mi casa, no había fuerza humana que consiguiera sacarme de él.

Mientras nos despedíamos, yo jugaba nerviosa con la goma negra que solía llevar en mi muñeca para recogerme el pelo cuando me molestaba, intentando encontrar una ocupación que justificara permanecer aunque fuera unos segundos más junto a él. Y él debía de pensar lo mismo, porque me la quitaba a ratos para retorcerla entre los dedos con las mismas ganas y mañas que yo.

Pese a ello, al cabo de un buen rato, Alejo dijo con desgana:

—Sé que soy un aguafiestas, pero dentro de dos horas tengo que estar en el aeropuerto porque salgo para Argentina y aún he de pasar por casa para hacer la maleta, así que mucho me temo que debo marcharme y que habrá que esperar hasta la semana que viene para volver a vernos.

No fui capaz de responder nada, aunque asentí con la cabeza e intenté esbozar una sonrisa, que Alejo besó mientras ponía de vuelta en mi muñeca la goma de mi pelo. Instantes después me miró con esos ojos verdes, inalterables, que me traspasaban y me horadaban, para preguntarme:

—Me escribirás, ¿verdad?, y todos los días, a todas horas...

—¡Claro! —traté de responder lo más animadamente que pude.

Entonces Alejo acarició mi mano y cogió de nuevo la goma, que se puso en la muñeca izquierda, junto a su reloj.

—Tengo pensado dejarme el pelo largo —aseguró como única y enternecedora explicación, guiñándome un ojo a continuación.

A la semana siguiente aún seguía llevándola.

Pero, antes de que llegara ese día, aquella noche para mí aún no había llegado a su fin.

Cuando entré por la puerta de mi casa, mi madre me estaba esperando con

una expresión entre perpleja y complacida en el rostro.

—Vas a alucinar cuando te cuente por qué tu padre se ha quedado en números rojos y en la calle.

*Blanca, Rodrigo, Amanda, Marina y una  
casa con transgresiones*

Cada vez que mi madre recordaba el día de su boda siempre decía que no había sabido interpretar las señales, «que bien sabe Dios que las había, y unas cuantas», como solía asegurar.

La más relevante de todas ellas fue que, tras la ceremonia, y después de la cena, no fue capaz de encontrar a mi padre para bailar el tradicional vals, «que ya debía de andar follándose a alguna detrás de una cortina», como solía asegurar también, probablemente cargada de razón.

—No, no estaba yo lista aquel día..., bien, ni ése ni ninguno de los once mil días posteriores... —remataba cada vez que salía la conversación.

El caso fue que, como en aquella ocasión tampoco apareció mi abuelo para abrir el baile con ella —«que habría que averiguar el significado oculto de eso a su vez»—, acabó bailando con el primer invitado que pasaba por allí, «un perfecto desconocido, de esos que no sabes si vienen de parte del novio, de la novia, del comedor social de la esquina para que hagas la buena acción del día, o es el gorrón de turno que se ha colado en el convite para darse un festín».

Pues, casualidades de la vida, ayudadas por las nuevas tecnologías, así como por las redes sociales, ese hombre anónimo, sin nombre y sin cara, y con un solo recuerdo en la memoria de mi madre, se había puesto en contacto con



ella a través de Facebook con el siguiente mensaje:

Hola, Blanca:

En todos estos años no he sido capaz de olvidar un baile que compartimos. Entonces me pareció que, de alguna manera, esos compases nos predestinaban, pero, teniendo en cuenta que los bailamos el día de tu boda, no me pareció ni correcto ni apropiado intentar ponerme en contacto contigo. Sin embargo, al encontrarte hoy en Facebook, y ver que estás soltera de nuevo, he hecho acopio de valor. ¿Te apetecería tener una cita mañana conmigo, recuperar un trozo del pasado y ponernos al día para el futuro?

¡Man-da-hue-vos-la-co-sa! Mi madre había tenido un amor que había permanecido escondido durante treinta años, mientras que yo había tardado el mismo número de años en encontrar a alguien que me aguantara.

Yo no daba crédito a la situación, pero es que la mente de mi madre se había desenganchado por completo de su cerebro, así como sus ojos, que orbitaban solos y de manera independiente el uno del otro, pululando allá por el planeta Desconcierto, del que no conseguía regresar.

Yo no sabía si echarle un jarro de agua fría para que volviera en sí o abofetearla, tal y como hacen en las películas para que la gente se recupere de los trances, llamando, eso sí, a alguna vecina para que me sirviera de testigo, no fuera que luego quisiera denunciarme por malos tratos. Al que desde luego no pensaba llamar era a mi padre, a la vista de lo sucedido en la última escaramuza. Es más, en previsión de posibles altercados, había puesto todas las agujas de hacer punto bajo llave.

Varias horas después, mi madre recobró la razón, aunque no la cordura, ya que una vez que sus ojos recuperaron la simetría, lo único que comentó fue:

—Y ¿dices que han fichado a Beckham para jugar en el Real Madrid?

Yo no voy a entrar a valorar qué fue lo que pasó por la mente de mi madre, u otro órgano situado más al sur de su cuerpo, durante el tiempo que su psique y sus ojos vagaron estráxicos por el ciberespacio, pero aquello demostraba una vez más no sólo que mi madre era rara, muy rara, sino que no tenía ni puta

idea del mundo en el que vivía. ¡Pero si Beckham ya estaba jubilado!

Una vez superado ese asunto —aunque me costó lo suyo—, conseguí finalmente encauzar a mi madre y devolverla a la cuestión que nos ocupaba, que no era otra más que decidir qué hacer con su recién hallado pretendiente, si bien, metidas ya en faena, y con carácter práctico, la cosa pintaba mal, pero que muy mal, y por tres motivos fundamentales:

1. Aunque mi madre quisiera quedar, ¿qué le respondes a vuelta de correo a un tío que no te ha olvidado en la friolera de treinta años y al que tú no consigues recordar?

2. De la misma manera, si llegaras a quedar con él, ¿cómo finges durante al menos dos horas que sabes quién es? Lo único que recordaba mi madre a ciencia cierta era la pieza que bailaron juntos, y eso no daba más que para cinco segundos, y en el mejor de los casos.

No obstante, con mi mente trastornada, me imaginaba una conversación imaginaria entre ambos que hacía que me desternillara:

—¿Qué te parece si hablamos de los años previos a tu boda, cuando nos conocimos? —aseguraba el desconocido con cara de arrobo.

—¡Y qué música tan bonita la de aquel vals! —eludía el tema mi madre con gesto de psicótica.

—Porque te acuerdas de cuando nos conocimos, ¿verdad? Yo recuerdo hasta la ropa que llevabas —contraatacaba el anónimo poniendo ojitos.

—¡Y hay que ver lo bien que lo interpretaba la orquesta! —argumentaba mi madre rayando la esquizofrenia.

—Y también recuerdo todas las palabras que nos dijimos —volvía a la carga el forastero con ojos ya de cordero degollado.

—Y fue un vals muy largo, ¿verdad?, mucho más largo de lo normal —se explayaba Blanca Solís, agarrando el móvil con desesperación para llamar a la López Ibor con el fin de solicitar su ingreso voluntario en esa ocasión.

¡Y así durante dos horas!

3. De llegar a quedar con él, además del proceso lógico del envejecimiento que a mi madre le preocupaba —reencontrarse muchos años, arrugas y tallas después tiene su aquél—, estaban los numerosos atentados que ella había cometido contra sí misma desde que se separó. Y he aquí tres

ejemplos:

Cortarse ella misma su propio pelo en un ataque menopáusico de calor.

No depilarse, en ningún sitio de su cuerpo, en un acto de reivindicación femenina por estar hasta las pelotas que no tenía de tener que ejercer de mujer para esos menesteres.

No cortarse las uñas de los pies, que Dios sabría qué significado oculto debía de tener eso también, porque a mí me daba que hasta ella misma lo desconocía.

A lo malo, malo, las dos últimas cosas tenían una pronta y fácil solución, pero lo primero... Y no es que se hubiera cortado el pelo a bocados, ¡es que se lo había mutilado!

Por otra parte, aún nos quedaba el asunto de los kilos, treinta para ser exactos, que mi madre se había comido desde que pasó por el altar. Y no fue fácil, no, que entendiera que en una tarde no iba a ser posible que perdiera los treinta de sopetón. Yo veía cómo ponía los ojos a funcionar en modo estéreo, pero descoordinados, de manera que uno de ellos sí parecía que intentaba hacerse con la realidad, mientras que el otro se resistía, ¡y cómo se resistía!

Fue entonces cuando decidió operarse, a lo Cher, que a mi madre a rumbosa no le ganaba nadie. Y yo, de nuevo, intentando hacerle ver que no le bastaba una tarde para todo lo que necesitaba, sino varias vidas, y que ni haciéndose budista iban a garantizarle tantas.

Tras el fracaso de esa segunda intentona, de momento pareció que mi madre se conformaba, si bien llegó entonces a la conclusión de que necesitaba comprarse una braga faja, y lo peor no fue que lo pensara, sino que me pidiera que la acompañara y, peor aún, que tuviera que ayudarla a entrar en ella, es decir, a ponerse la braga faja. Más que kafkiano, aquello era dantesco. Esas moles que se desmoronaban..., y yo creyendo que iba a morir asfixiada por una avalancha de carne procedente de la braga faja. Cómo debía de ser el contexto, que hasta yo misma me quedé sin palabras.

Pero aún nos quedaba otro asunto, que era el del sujetador. De su delantera mi madre solía decir lo siguiente: «Mis tetas podrían estar enterradas a dos metros bajo tierra, que no notaría la diferencia», con lo que encontrar algo que se las apuntalara tampoco iba a ser tarea fácil, de manera que ¡menudo fin de

fiesta me esperaba!

Afortunadamente, conseguí sobrevivir, a la tarde, a mi madre, a su ropa interior y al resto de su indumentaria, que para todo hubo, que hay que ver lo que da de sí una tarde cuando se te hace eterna.

De vuelta a casa, con todo comprado, Blanca Solís se puso delante del ordenador para responder al desconocido, del que ni siquiera sabíamos su nombre, ya que en su perfil de Facebook figuraba como «Vicks VapoRub», que manda huevos también, porque, ¿qué coño de significado oculto había que buscar en eso?

No obstante, antes de ponernos a elucubrar sobre esa cuestión, mi madre prefirió dar salida al correo, siendo su contestación la siguiente:

Qué alegría saber de ti después de tantos años.  
No puedes ni imaginarte la cantidad de veces  
que me he acordado de aquel baile. Me parece  
estupenda la idea de quedar mañana, aunque  
con una condición: nada de mirar al pasado. Es  
más, hasta podríamos inventarnos otros  
nombres con los que bautizarnos para el futuro.  
¿Qué tal Tristán e Isolda?

Si al final iba a resultar que mi madre era rara, muy rara, pero que de tonta no tenía un pelo.

Al día siguiente, la braga faja obró el milagro en ella y le quitó dos tallas. Eso sí, no se podía sentar —que anduvo pensando en alquilar una calesa descubierta, por aquello de ir de pie hasta el restaurante—, ni andar, ni hablar, porque para eso se necesita respirar, y tampoco era capaz, de manera que al final daba igual si se acordaba del desconocido o no, porque no iba a poder hablar ni del pasado, ni del futuro, ni del vals, ni de la madre que los parió a los dos.

Así las cosas, antes de salir de casa, Blanca se colocó una sonrisa, y con la misma, hierática, debió de pasarse toda la velada, ya que no creo que su falta de movilidad le diera ni para decir que sí o que no con la cabeza. Y no era el único frente que tenía abierto, puesto que se empeñó en ponerse tacones, de manera que ella misma preveía como factible que, si engordaba aunque

fueran cien gramos en el transcurso de la noche, se produjera un alud... desde su culo hasta los tacones.

Cuando finalmente la vi en el descansillo, esperando a que llegara el ascensor, me acordé de una frase que solía repetir: «Tengo cincuenta años, pero camino de los ciento cincuenta por lo mal que me ha tratado tu padre». Sin embargo, en sus ojos, esa noche tan sólo aparentaba veinte.

Mirándola allí, me sobrevino una mezcla de admiración, orgullo y, por qué no, ternura, por el hecho de que hubiera conseguido salir adelante sola, fundamentalmente porque, como ella misma aseguraba, «los años te vuelven débil, frágil y quebradiza como las puntas del pelo frente a la raíz».

Otra mujer, en su lugar, quizá habría optado por quedarse con mi padre, lo que incluía, entre otras cosas, una considerable mejor posición económica, aunque visto el estado actual de sus cuentas bancarias menos mal que Blanca nunca barajó esa opción. Y más desde que nos enteramos del motivo por el que Rodrigo había pasado a estar en el lado de los números rojos.

La historia era la siguiente. Un viernes por la noche que mi padre debía de encontrarse desazonado y sin ninguna compañía femenina con la que calmar su zozobra, optó por recurrir a una representante del oficio más antiguo del mundo. Por tanto, una vez tomada la decisión, salió de su casa y fue a la zona oportuna, donde eligió a la meretriz que le pareció más apropiada y junto con la que volvió a la intimidad de su hogar para consumir el acto.

Hasta que este hecho se produjo todo discurrió con normalidad, pese a que una vez completada la faena la joven se ausentó durante un par de minutos para ir al cuarto de baño. Estando ella todavía dentro, mi padre oyó un sonido brusco, similar al de un objeto contundente golpeando contra el suelo al caer, pero al no oír a continuación el ruido de cristales rotos no le dio mayor importancia. Aun así, fue amable y educado, preguntándole con un correcto: «¿Te encuentras bien?».

Aún desde el interior, ella respondió que sí, aunque por alguna razón que él no conseguía entender permaneció en el escusado. Para su sorpresa, unos minutos después alguien llamó a la puerta. Rodrigo Mirizarry dudó durante unos segundos si abrir o no, debido a lo intempestivo de la situación y del momento, cerca ya de las dos de la madrugada, si bien ante la persistencia de

los timbrazos decidió ponerse algo encima y al menos acercarse para averiguar quién podía ser a esas horas.

—Policía —le esgrimieron desde el otro lado de la puerta—. ¿Puede abrir, por favor?

Mi padre lo hizo sin dilación, pensando que algo grave podía estar pasando en el edificio y que tal vez fuera necesario evacuar.

La sorpresa se la llevó cuando fue consciente de que a quien querían evacuar era sólo a él. Así, una vez que los dos agentes hubieron traspasado el umbral, uno de ellos aseguró:

—Nos acaban de llamar diciendo que una mujer estaba siendo víctima de malos tratos, y venimos a comprobar cuál es el estado de la situación.

—Me temo que debe de tratarse de un error —se defendió mi padre—. Aquí no ha pasado nada.

—¿Hay alguna mujer en la casa?

—Sí, en el cuarto de baño —indicó Rodrigo, señalando hacia allí.

—Señora, ¿puede usted salir un momento para cerciorarnos de que está bien? —solicitó uno de los agentes.

En ese momento, la acompañante nocturna de mi padre se mostró ante los tres hombres luciendo un espectacular moratón en un ojo y algunos pequeños cortes repartidos por las manos y los brazos.

—¿Es usted quien nos ha llamado? Y ¿eso se lo ha hecho él? —inquirió el compañero.

Mi padre empezaba a no entender nada... y a ponerse muy, pero que muy nervioso.

—No vayan a pensar ustedes que yo le he hecho eso... —intervino.

—Pues me va a decir entonces quién se lo ha hecho a esta señora...

—Pero ¡si no es una señora, si es una puta! —interrumpió Rodrigo.

Tras oír esa frase, el policía sacó un bolígrafo y apuntó algo en el informe. Luego lo leyó en voz alta para que quedara constancia:

—«Actos violentos con agravante verbal, ya que el sospechoso se refiere a su pareja llamándola puta.»

—¡Pero es que es una puta! —intentó explicarse de nuevo mi padre.

—«Segundo agravante: el sospechoso vuelve a referirse a su pareja

empleando el mismo calificativo despectivo.»

No hubo forma humana de que mi padre pudiera hacerle entender al policía que había contratado los servicios de una prostituta, ya que tampoco ayudaba mucho que la susodicha lo negara, asegurando en su lugar que era su novia desde hacía mucho tiempo.

El asunto acabó con mi padre en prisión preventiva y pasando todo el fin de semana en el calabozo, dado que, al ser viernes, la resolución del proceso quedaba pospuesta irremediabilmente hasta el primer día laborable.

Para cuando Rodrigo Mirizarry consiguió aclararlo todo y llegar a su casa el lunes por la mañana, no le habían dejado dentro ni los calzoncillos, por no hablar de los muebles. De hecho, ni siquiera pudo entrar. Y es que, nada más salir él por la puerta el viernes noche, entraron a continuación una cuadrilla de guripas que lo desvalijaron todo, encontrando a su paso los papeles del banco, claves *online* incluidas, con lo que a su vez lo dejaron sin fondos. Incluso se toparon con su DNI, así como con las escrituras de la casa, lo que tuvo como consecuencia que a primera hora de la mañana apañaran una venta falsa y la casa pasara a ser propiedad de la puta.

El abogado le aseguró a mi padre que la vivienda podría recuperarse, aunque largo habría que fiarlo, si bien lo del dinero iba a ser harina de otro costal. «Al fin y al cabo, el código de acceso y la contraseña eran los tuyos. Alegarán que fuiste descuidado con ellos, y mucho me temo que lo vamos a tener bastante complicado, por no decir imposible.»

El remate final lo puso el trabajo. Mi padre era el director de un prestigioso periódico nacional, de manera que, cuando el comité ejecutivo se enteró de que había una puta de por medio, todos estuvieron de acuerdo en que la prevención de una mala imagen pública era mejor política que el riesgo de un posible descrédito. E indicarle el camino hacia la salida fue el paso siguiente acorde con esa decisión.

Así las cosas, mi padre se vio con cincuenta años y sin absolutamente nada, ni en el banco, ni en su bolsillo, ni en su casa, y sin ni siquiera casa.

«¡La leche! ¡Pues sí que funcionan las clases de vudú!», pensó mi madre cuando Rodrigo le contó lo acontecido, porque si algo exigió Blanca Solís como requisito para pensar si lo ayudaba económicamente o no fue saber la

verdad. Y por una vez mi padre fue, nunca sabremos si del todo sincero, pero al menos sí honesto.

No obstante, más allá de una primera y comprensible reacción de alegría por saber que Rodrigo se había convertido en otro cerdo al que le llegaba su San Martín, mi madre no experimentó un especial placer en saberlo derrotado y vencido, ni siquiera porque ese hecho se hubiera producido precisamente a causa de una mujer. Es más, lo único que sintió, o que percibió, fue el enorme abismo de separación que existía entre ambos.

En aquellos momentos no podía contemplar como una certeza el haber compartido junto a él treinta años de su vida, e incluso haber tenido una hija en común. Su presencia le recordaba más a la de ese vecino persistente e incómodo que existe en todas las comunidades, ese que nunca te deja en paz y que siempre te ha caído mal.

Y ahí fue donde mi madre reconoció su triunfo en la tarea de hacer borrón y cuenta nueva: no en que su marido hubiera regresado arrastrándose para suplicarle su ayuda, sino en que ella había conseguido relegarlo, e incluso eliminarlo, de sus días. Ya no quedaba ira, rabia o dolor en Blanca Solís. Sólo restaba un atisbo de desprecio, mientras que el resto era todo indiferencia.

Antes de decidir qué hacer, mi madre le recordó a Rodrigo que tenía una familia, amigos y una extensa cohorte de amantes que bebía los vientos por él. Con respecto a los segundos, mi padre le aseguró que lo son hasta que les tocas el bolsillo, lo que era también aplicable a las terceras, sobre todo teniendo en cuenta que no solía cortar muy caballerosamente con ellas. La guillotina del olvido era su método fundamental, sin ningún tipo de anestesia de por medio, el equivalente a un *simpa* cuando quieres ausentarte de golpe de un restaurante sin aflojar el bolsillo.

Y, en relación con los primeros, llevaba ya un tiempo más que suficiente abusando de su hospitalidad, y de sus tarjetas de crédito, con lo que su situación se parecía a la de un huevo crudo dentro del microondas, es decir, a punto de explotar.

Finalmente, mi madre —perro ladrador poco mordedor y con un corazón más grande que su extenso culo— le firmó un cheque por valor de seis mil euros, con una única consigna:



—Ya hemos pasado treinta años juntos y no quiero pasar ni un minuto más, así que coge tu cheque y desaparece.

Y, según me relató después, lo más sorprendente fue que ni siquiera se sintió aliviada cuando eso sucedió, cuando su marido se marchó.

—Pues para mí lo más sorprendente es que le dieras el dinero —intervine protestona—, después de todo lo que te ha hecho. Yo, en tu lugar, jamás habría obrado así.

—¡Ay, cariño! En esta vida tienes que tomar las decisiones que estés dispuesta a asumir, con las que puedas vivir.

Nunca dejaría de asombrarme esa mujer. De cualquier manera, recordé una frase que ella me había repetido hasta la saciedad durante años y que tal vez podría ser considerada como una justificación que explicara su comportamiento: «Tu padre tiene el poder del desconcierto sobre mí».

Aun así, no me parecía que el gesto de mi madre se debiera a un estado de confusión, u ofuscación transitoria, o cuando menos momentánea. De cualquier manera, no pude por menos que preguntarle:

—¿Y ni siquiera le has recriminado nada?

—¿Sabes una cosa que descubres con los años? Que los reproches son como el azote que le sueltas a un niño cuando se ha portado mal; es decir, que no sirven para nada, salvo para empeorar cualquier situación, tanto para el que lo recibe como para el que lo da. Lo único que genera es encono y, sobre todo, dolor, y más al que lo propina que al que lo sufre.

—¡Mamá, por Dios! ¡No me digas que no te ha apetecido vengarte y dejarlo en la estacada!

—Cariño, con la venganza tienes que ser muy cuidadosa. Lo primero que has de hacer es calibrar no sólo el daño que le vas a hacer al otro, sino el que te vas a hacer a ti misma. Es algo parecido a los castigos que les impones a los niños. Cuando eras pequeña yo solía quitarte la tele cuando te portabas mal, hasta que me di cuenta de que el castigo me lo estaba imponiendo a mí misma, porque al menos cuando la veías estabas un rato tranquila.

Por tanto, lo que de verdad valoró mi madre a la hora de ayudar o no a su marido no fue lo que a él le iba a hacer sentir peor, sino lo que a ella le iba a hacer sentir mejor.

«Lecciones de vida», pensé. Si al final mi madre iba a ser rara, muy rara, pero también sabia, muy sabia... Aunque no siempre, porque a continuación ya empezó a desvariar sobre las tres cosas más importantes que necesitaba enseñarme para valerme en la vida:

No poner una tarta al whisky de postre cuando viene un alcohólico a comer a casa. Tú le arruinarás la vida a él... y él a ti la cena.

Comprar un coche nuevo es un reclamo para que te den un golpe. Dale un martillazo antes de salir de casa por primera vez, y solucionado el problema.

Un vestido de novia pide a gritos que alguien lo pise, le tire una copa encima o te lo llenen de mierda (y como esto último lo decía en sentido figurado, no hizo falta de ninguna moraleja).

Genio y figura porque, a pesar de todos los sinsabores que la vida le había ocasionado, Blanca Solís seguía teniendo una cierta pasión por las ideas y las opiniones, que demostraba no dejándose llevar por la conveniencia ni el interés, sino por sus propias convicciones. O probablemente se debiera también a la fuerza que le había proporcionado sobrevivir al dolor, a ese dolor profundo que no entiende de gritos, llantos o desgarros, sino de silencios ciegos, porque no hay mayor sufrimiento que el que no se ve.

\* \* \*

Al igual que ella, Amanda había experimentado ese mismo tipo de dolor, pero en su caso aún lo sentía. Tanto mi madre como yo esperábamos que la casa, su nueva casa, significara el primer clavo al que agarrarse hasta que encontrara un segundo clavo en su nueva vida. En consecuencia, en aquélla puse todo mi empeño, desde el principio hasta el final, y más aún al final, porque este último paso es tan importante como el que más.

La mayor parte de la gente, por no decir todo el mundo, lo desconoce, pero las casas son como las paellas, o el arroz en general: tienen que reposar. Me refiero a que una vez acabadas, y decoradas, han de estar un tiempo a solas, en calma, ya que, como todo en la vida, el tiempo siempre te hace ver las cosas con otra perspectiva.

Sólo después de unos días de haber cerrado la puerta por última vez debes volver para comprobar que todo fluye, continuo, sin que haya objetos que chirríen, destaquen en demasía o incomoden a la vista por su estridencia, su tamaño —tanto grande como pequeño— o su ubicación. De esta forma, cuando en el conjunto todo está perfecto, cuando es perfecto, nada llama la atención de manera individual, dado que lo único que se percibe es una gratificante sensación de armonía, una unidad.

Y ése fue el mismo proceso que seguí con la casa de Amanda. Por tanto, horas antes de que ella llegara, me acerqué hasta allí para cerciorarme de que todo estaba en el lugar en el que debía estar. Aproveché, además, para llamar a Calem y enseñarle, a modo de recorrido virtual, cómo habían quedado todos los espacios, ya que él me había ayudado a encontrar muchas de las piezas que los decoraban, así como a darme ideas sobre la distribución de los ambientes.

—Yo creo que estará encantada —aseguró en cuanto vio la última de las habitaciones.

—Me dan un poco de miedo las transgresiones —le confesé.

En primer lugar, yo estaba ligeramente nerviosa porque Amanda me había dado algunas instrucciones... que no había seguido en absoluto. Por ejemplo, me indicó que colocara espejos por todas partes, ya que le gustaban los espacios amplios. Sin embargo, es una idea falsa que éstos creen amplitud: lo único que acaban creando es confusión, y distracción. Los espejos, pues, han de usarse sólo para lo que fueron concebidos: para mirarte y salir guapa de casa, pero hay que limitarlos como recurso en la decoración.

Por el contrario, unas pocas piezas a gran escala hacen que cualquier estancia se vea más grande, siendo esa la táctica por la que me incliné y mi segundo motivo de preocupación.

Nada más abrir la puerta de la casa destacaba una enorme pared en la que previamente había una *boiserie* que mandé quitar para instalar una pintura del mismo tamaño que dicha pared. Se trataba de la imagen de una mujer, vestida de gris, sobre un fondo también gris, ligeramente más claro. La joven retratada llevaba un vestido amplio, con mucho vuelo, aunque ligero, etéreo incluso, que no dejaba ver ninguna parte de su cuerpo, ya que un viento invisible se ceñía a él cubriéndolo por completo, incluida su cara. La mujer se encontraba en una

posición en la que estiraba todos los músculos, echando hacia atrás tanto la cabeza como los brazos en un intento de abarcar, y respirar, todo el viento que la invadía y la rodeaba, haciendo que se inclinara a su vez como lo hacen los árboles en mitad de una tormenta.

El cuadro era magnífico, y estaba hecho con tal detalle que más parecía una fotografía que un dibujo. Además, no infundía tanto una sensación de libertad como de haber llenado un vacío, o de querer fundirse con algo mayor, con una fuerza superior, una analogía que me parecía muy apropiada para la situación actual de Amanda.

A su izquierda sólo coloqué una mesa, la habitual en un recibidor, estrecha y alta, con unas patas delgadas que le conferían una ligereza aún mayor. Su particularidad residía en que había mandado tejer para ella una funda de punto —que cubría por completo su estructura— realizada en perlé gris, un tipo de algodón que se caracteriza por ser muy suave y ligeramente brillante, lo que convertía el mueble en especial y diferente, y la entrada en cálida y única.

Encima de ella, en la parte superior de la pared, dispuse unos lienzos irregulares hechos con pergaminos de color miel, con unas microperforaciones apenas visibles cuando la luz que escondían en su interior estaba apagada, pero que al encenderse desvelaba un mensaje oculto. Le di al interruptor y comprobé que la frase se entendía perfectamente. «Espero que Amanda no me mate cuando la lea», pensé.

Recorriendo con la mirada el resto de los espacios confirmé que las paredes, pintadas a la esponja en color marfil oscuro, conferían el aire veneciano, decadente y trasnochado que yo quería infundir al ambiente y que Amanda me había solicitado indirectamente al pedirme una casa melancólica.

Y no era lo único. En el salón solamente destacaba, tal y como yo había previsto, una espectacular casa de muñecas antigua, del siglo XVIII —que Calem había comprado en Inglaterra—, cuya fachada era la viva imagen de una mansión británica y cuyo interior reflejaba la exquisitez y el estilo de vida de otra época: escritorios de nogal con vitrinas, juegos de té de plata, chimeneas de mármol, paredes decoradas con paneles, camas con dosel, incluso un armario para la ropa blanca con sábanas bordadas y manteles de hilo eran algunos de los objetos artísticos que la completaban, aunque de un

tamaño minúsculo, por supuesto.

«¡Qué mayor melancolía que un viaje al pasado! —pensé en su momento, y también—: ¡¿Qué niña no quiso tener una casa de muñecas en su infancia?!», y más como ésa, que podría haber estado perfectamente en un museo, nos convencimos Calem y yo.

Tras dar una vuelta por el resto de las habitaciones, decoradas de manera sencilla, aunque todas ellas con un toque especial, ya fuera un color que las ensalzara o un mueble especial que las adornara, me paré un segundo en la cocina, el único espacio que era convencionalmente clásico, exactamente igual que la que tenía mi abuela en su casa de campo y en la que yo recordaba haber pasado los mejores veranos de mi vida preparando limonada y galletas con mantequilla. Y ése fue el espíritu que quise recrear para Amanda, una estancia en la que el olor al pasado le hiciera recobrar la pasión por el futuro, por la vida, por su vida.

Finalmente eché un último vistazo a la habitación de Violeta, su hija, para la que había diseñado un dormitorio digno de una princesa, con una cama que era una casa en sí misma. Así, la cama propiamente dicha se situaba en el tejado de la casa, que se adornaba con una balaustrada que servía a su vez de barandilla, y con una chimenea, donde estaba ubicada una luz para poder leer por las noches. A ella se accedía mediante una escalera integrada en el conjunto, situada a la izquierda de las ventanas —todas ellas decoradas con maceteros repletos de geranios— y de la puerta. Cuando Violeta la traspasara se encontraría con un mundo a su medida, una pequeña cocina, un pequeño salón, un pequeño universo en el que construir los mejores recuerdos de una infancia que sería feliz.

Minutos después llegaron Amanda, su abuela y mi madre, a la que aquélla había invitado. Amanda no fue capaz de pronunciar palabra. Lo que percibí en ella fue una mirada de emoción que traspasaba su cara y recorría su cuerpo como un estremecimiento. Su abuela, por su parte, me abrazó, con un afecto que iba más allá de la gratitud. En los ojos de mi madre pude ver orgullo.

Una vez completado el recorrido, la llevé de vuelta a la entrada, donde, al encender el interruptor, el mensaje se hizo visible: «*Home is now behind you. The world is ahead*» («Tu hogar está ahora detrás de ti. El mundo está

delante»).

No hizo falta decir o hacer nada más.

Mientras salíamos de la casa oí cómo mi madre le comentaba a Amanda que una amiga suya iba a celebrar una cena el fin de semana siguiente, a la que quizá le gustaría asistir.

—No será nada especial. Sólo personas que, por algún motivo, se han quedado solas y quieren conocer a gente nueva, charlar, echarse unas risas, tomarse una copa, sin presiones de citas u obligaciones de caer bien. La única condición es que tienes que llevar algo hecho por ti misma para la cena, lo que tú quieras: una tortilla de patata, un postre..., y da igual si te sale bien o mal. Lo único que pretende la dueña de la casa es que llegues a la fiesta predispuesta a pasar un buen rato.

Milagrosamente, Amanda no respondió con un «no» inmediato, sino que, tras dudar un momento, contestó un «lo pensaré» que sonó sincero.

Acto seguido acompañé a mi madre al coche y me despedí muy rápidamente de Amanda, que tenía prisa, ya que tenía cita con su psiquiatra.

—Hoy tienes muy buena cara —le dijo Joaquín nada más verla.

—Me acaban de entregar mi casa, y no puedo estar más feliz. Y valga la redundancia, creo que en ella voy a ser feliz. Es más, yo no lo sabía, pero necesitaba exactamente esa casa, con cada mueble, cada objeto, cada color. No puede ser más perfecta para mí.

—Genial, entonces. El proceso de renovación está en marcha.

—Y, además, te alegrará saber que hay una cena el fin de semana que viene a la que estoy pensando acudir.

—Ya sabes que yo, por supuesto, te animo a ir.

Joaquín miró la alianza que lucía en su mano derecha y pensó en otro tiempo, en otro lugar. Le resultó curioso cómo podía haber tantas historias tan similares repartidas a través del tiempo y del espacio, como si el universo las fuera asignando, de manera aleatoria, eligiendo a personas diferentes pero todas ellas condenadas a vivir las mismas experiencias, aunque no a tomar las mismas decisiones.

Se sorprendió a sí mismo a su vez pensando que quizá los seres humanos fuéramos pequeños planetas movidos por una fuerza superior, no por la

inercia, sino por la querencia, de pasión, de deseo, de amor.

\* \* \*

Y, si eso era cierto, en algún punto de Madrid yo era un pequeño planeta orbitando en busca de otro. Por eso, antes de meterme en la cama, llamé a Alejo. En ese momento no me bastaba con ver sus palabras escritas en la pantalla de mi móvil. Necesitaba oír su voz.

—¿Qué tal tu día? —le pregunté.

—Agotador. ¿Cómo ha ido el tuyo?

—Todo lo contrario. ¿Sabes una cosa? Cuando le digo a la gente que soy decoradora de interiores la mayor parte piensa que es una profesión frívola enfocada a personas ricas que no quieren molestarse en comprar sus muebles. Sin embargo, hay algo especial en vestir cuatro paredes y que resulten algo más que un espacio para descansar y reponer fuerzas.

Lo que yo sentía era que ese día le había entregado a Amanda la llave de una puerta con la que podría abrirse a una nueva vida.

—Te puedo asegurar que yo lo valoro —me respondió el Alejo más cariñoso.

—¿Sabes lo que más valoro yo? —le confesé emocionada—. Que hoy he hecho feliz a alguien.

—Bueno, eso no debería ser una novedad para ti. Yo sé de uno al que le haces sentir así muy a menudo.

Él me hizo doblemente feliz con esas palabras, aunque yo siempre encontraba un regusto amargo en el trasfondo de todas ellas, una avanzadilla de lo que tal vez me deparara el futuro junto a él.

*Blanca, Amanda, Joaquín, Clara,  
Marina, Alejo y «que ningún ruidoso  
amanecer perturbe la paz de esta tierra»*

Mi madre era famosa en el vecindario por ser una asesina confesa de plantas, hasta el punto de que tenía prohibida la entrada en Fronda, Verdecora e incluso en algunos parques de prestigio como El Retiro. El último vegetal vivo que le regalé se lo entregué en una maceta en la que ponía: «Por favor, no me mates», pero nada, como el que oye llover. El pobre poto, que mira que son resistentes los potos, pasó a engrosar la lista de la flora que mi madre había aniquilado, que yo creo que lo hacía hasta con fruición, porque no le duraban ni dos telediaros. No en vano, tenía una mano tan planticida que era capaz de exterminar hasta a las artificiales.

En segundo lugar, Blanca Solís también era muy conocida por su afición a las bebidas estimulantes intensas. Por ejemplo, del café solía decir que debería ser como el amor y hacer latir el corazón, así que el de mi casa era tan fuerte que los vecinos, cuando los invitaba, querían denunciarla por droga encubierta. A un abuelete lo mandó directo a Urgencias, que casi no lo cuenta el pobre, porque ya hay que ser inconsciente para administrarle a un representante de la tercera edad el equivalente a la dosis que necesita un caballo... para morirse de una sobredosis de cafeína.

Finalmente, entre sus virtudes tampoco se encontraba la cocina, como lo



demostraba que los vecinos se escondieran por los descansillos —para que no los encontrara— cuando se empeñaba en hacer de perfecta anfitriona tras colocarse el mandil. Y es que los alimentos cobraban no un aspecto patético, sino dramático —acompañado de un sabor acorde—, después de haber pasado por sus manos.

Ése era, por tanto, el motivo de que se refirieran a ella como la emperatriz de los congelados, la reina de los precocinados y la princesa del microondas, aunque esto último lo decían con guasa, y con sorna, con mucha sorna.

La razón se debía a que mi madre había tenido con ese electrodoméstico sus más y sus menos, es decir, más de un altercado y algún que otro encontronazo, los suficientes en todo caso para poder establecer con rigor dos principios científicos:

Uvas: Salvo que se busque una experiencia iniciática en la piromanía, nunca se deben meter en el aparato en cuestión: no sólo pueden explotar, sino también prenderse fuego, incluido el pelo al intentar sofocarlo.

Alcohol: Se trata de una sustancia inflamable, de manera que, si se pretende calentar un vaso con whisky, lo que se consigue es volar la puerta del microondas. En sentido literal. Sin figuraciones de por medio.

Con todos estos antecedentes, no era yo capaz de entender cómo a mi madre ni tan siquiera se le podía pasar por la cabeza la posibilidad de preparar algo para la cena de solteros de su amiga Luchi, a la que finalmente también iría Amanda.

Aun así, se pasó toda la tarde del viernes en la cocina. Durante ese tiempo vació y agotó el contenido del frigorífico tres veces, y salió a comprar otras tantas para reponer y volver a consumir las existencias. Además, se bebió dos botellas de vino, en principio para inspirarse, pero luego para olvidar lo que estaba haciendo y pasando a su alrededor, con lo que acabó agarrándose tal pedal que al final cocinaba los alimentos de tres en tres, o eso pensaba ella, porque en la cazuela no había ninguno, que ya veía yo que lo único que iba a hacer era el ridículo cuando llegara a la fiesta creyendo que llevaba primero, segundo y postre, cuando en realidad lo único que llevaba eran tres, o treinta y tres, bandejas completamente vacías... y una cogorza monumental.

Finalmente, en un arranque de lucidez, aseguró:

—Pues si lo que quiere Luchi es que lleguemos de buen talante a la cena, en mi caso lo que va a conseguir es que aparezca con ánimo de reventar la fiesta. Mira, ahora que caigo, podría llevarme el microondas...

Y ahí ya tuve que intervenir yo. Escondí todo el alcohol que fui capaz de encontrar —aunque no dentro del microondas, por supuesto—, la senté en una silla de la cocina, le preparé uno de sus cafés multiplicado por cinco —lo que para cualquier otro ser humano habría sido el equivalente a ingerir una bomba atómica— y me dispuse a cocinar un pastel de atún, un plato que me había inventado tiempo atrás, fácil de hacer y que, aunque esté mal que lo diga yo, me salía muy rico.

Mientras cortaba las patatas muy finas y las mezclaba con el bonito, la nata líquida y los huevos, aproveché la ocasión para preguntarle qué tal la cita con Vicks VapoRub —cuyo significado se negó a desvelarme, «al menos de momento»—, ya que no habíamos tenido la oportunidad de hablar largo y tendido desde el día que tuvo lugar, salvo un «mucho mejor de lo que esperaba» con el que me tranquilizó al volver a casa aquella noche.

—¿Aguantó la braga faja?

—Perfectamente. Y me llevé una sorpresa, porque si yo iba vendada, él iba embalsamado, oye, como una momia egipcia. Aunque, obviamente, no le dije que había sido un esfuerzo inútil, ya que seguí sin recordar ni quién ni cómo era él hacía treinta años.

—Entonces ¿funcionó el truco de no mirar atrás? ¿Y también el de adoptar nombres nuevos sólo para vosotros dos?

—Las dos le parecieron ideas fantásticas. Y si seguimos ya veré cómo me las apaño para mirar en la guantera del coche, o en algún lado, y descubrir cuál es su verdadero nombre.

—¿Cómo que si seguís? —le pregunte con picardía.

—Bueno, después de constatar que habíamos engordado el mismo número de kilos, con lo que hacíamos juego, decidimos que tenía que haber una próxima vez en la que los dos luciríamos nuestras lorzas tal cual, y aquí paz y después gloria, que a gloria bendita nos supo la cena que nos zampamos también.

Ésa era mi madre y, para mi sorpresa, esa noche era su siguiente vez. Así,

había quedado con Amanda en que sólo acudiría a la cena de Luchi un rato, hasta comprobar que aquélla se encontraba a gusto.

\* \* \*

Amanda no tuvo nada que objetar. Al fin y al cabo, un amigo es el que te ayuda a levantarte cuando te has caído y que te da la mano para caminar hasta que puedes volver a valerte por ti mismo y seguir solo... o en compañía de un montón de desconocidos, como era el caso, al menos supuestamente, porque, ¡sorpresa, sorpresa!, ¿quién fue la primera persona que vio Amanda cuando entró en la casa? A su psiquiatra, Joaquín Castro, aunque sin alianza.

En un primer momento, ella intentó disimular fingiendo que no había reparado en él, ya que la situación le parecía ciertamente incómoda. Sin embargo, esconderse no era la intención de Joaquín. De hecho, nada más verla, recorrió todo el salón del chalé para ir en su busca y, con gesto compungido, asegurar:

—Cuando te recomendé acudir a tu fiesta no pensé que fuera la misma a la que yo pensaba ir. Bueno, en realidad no iba a hacerlo, pero decidí aplicarme los mismos consejos que les doy a mis pacientes.

Joaquín esperaba que, a continuación, Amanda hiciera algún comentario del estilo «creí que estabas casado», ya que ese tema había salido en una de sus conversaciones en la consulta, frase de la que pensaba servirse para justificarse, pero ella no se decantó por esa opción. La suya consistió en limitarse a sonreír cortésmente y a mirar para otro lado sin siquiera buscar otro tema de conversación.

Inquieto, al final Joaquín optó por afrontar la situación directamente.

—Te debo una explicación.

—Yo creo que no —fue su única respuesta.

Amanda sabía, por propia experiencia, que cuando te interesas por mera educación por los problemas de los demás, éstos tienden a contártelos, y no estaba segura de querer inmiscuirse en los de su psiquiatra.

Las matemáticas salvaron en esa ocasión a Amanda por el hecho de que en la cena hubiera muchas más mujeres que hombres y que, además, Joaquín fuera

uno de los pocos —sino el único— que estaban de buen ver, con lo que automáticamente se convirtió en un bienpreciado, y muy disputado.

A ciencia cierta, Amanda no sabía qué edad debía de tener Joaquín, pero bien podía aventurar que no más de cuarenta y cinco o cincuenta años. Por lo que se refería a su aspecto físico, era razonablemente delgado, conservaba todo su pelo —aunque ya canoso—, tenía unos pequeños pero intensos ojos marrones y, por encima de todas esas cosas, sabía escuchar, aunque fuera como consecuencia de la deformación profesional propia de su oficio, características todas ellas que lo convirtieron en el objetivo número uno de la velada para todas las féminas allí presentes.

De esta manera, cuando llegó el momento de sentarse a la mesa, Amanda divisó a Joaquín desde la distancia y lo encontró anegado en melenas rubias con mechas que se correspondían con cuerpos cuyos atuendos gritaban a los cuatro vientos que sus dueñas estaban intentando desesperadamente parecer más jóvenes de lo que eran en realidad.

Ella, por el contrario, eligió al hombre que, ostensiblemente, parecía tener mayor edad. «Las personas mayores son buenas conversadoras y siempre tienen historias interesantes que contar», se dijo. Y acertó, ya que Benedicto, que así se llamaba, resultó entretenido, divertido y galante, pero en su justa medida, sin llegar a incomodar o resultar molesto, ya que sabía de antemano que de esa cena nada saldría entre ambos.

—¿Puedo decirte que me siento sorprendido, y agradecido, de que hayas elegido ocupar la silla vacía que estaba a mi lado? Pensé que iba a quedarse así toda la noche —rompió el hielo Benedicto—. ¿Cuántos años te saco? ¿Unos treinta?

—No creo que tenga nada que ver con la edad —aseguró Amanda sincera—, así que espero no ofenderte si te digo que me he sentado contigo porque me parecías la persona más normal de toda la fiesta.

—¿Ofenderme? ¡Creo que es lo más bonito que nadie me ha dicho en los últimos veinte años! A partir de ahora, vas a ocupar no sólo mi silla, ¡sino también un lugar en mi corazón!

Lo dijo sin un ápice de galanteo, sin una pizca de flirteo, de manera que Amanda no pudo por menos que reír.

Joaquín, desde la distancia también, observaba cómo ella charlaba, sonreía, disfrutaba, sintiendo una punzada de enojo en el estómago. Desde la primera sesión, él había sido consciente de que tenía debilidad por esa mujer, debilidad que se había ido acrecentando a medida que las sesiones transcurrían y la iba conociendo más y mejor.

Desgraciadamente, esa fiesta había complicado mucho más algo que ya era de por sí complicado, al ser ella su paciente y él su terapeuta. Amanda ahora se sentiría engañada y, en consecuencia, lo tendría en un pésimo concepto como persona. Por las conversaciones que habían mantenido hasta el momento, ella debía de pensar que él estaba felizmente casado, o al menos casado a secas, por lo que verlo aparecer de repente en una cena para solteros que buscaban pareja no constituía el mejor de los escenarios.

Fingir lo que no se es y pretender ser lo que en realidad no se quiere ser. Él, que no estaba casado, fingiendo a diario que lo estaba, y hoy haciendo ver, además, que buscaba una segunda oportunidad en su vida cuando en verdad no era así, ya que, de quererlo, habría sido con Amanda. Lo cierto es que ni siquiera alcanzaba a comprender por qué había acudido a esa fiesta, aunque tal vez la razón se debiera a que salir de casa lo acercaba un poco más a la situación por la que ella estaba atravesando.

Joaquín no dejó de mirarla en toda la cena, pese a que ella no correspondió a sus ojos. Centrándose en una meta algo más pequeña, hizo todos los esfuerzos posibles por intentar captar aunque sólo fueran retazos de la conversación que mantenía con su acompañante, sin lograrlo, e hizo justo lo contrario con la de las dos mujeres que se encontraban a su lado en la mesa, sin conseguirlo.

Ambas se habían pasado la hora larga que llevaban sentadas junto a él poniéndolo al día sobre las últimas novedades en manicura, pedicura, peluquería, avances en cirugía estética y moda en general, cuya consecuencia había sido que el único mensaje que le había calado era que ninguna de las dos tenía la más mínima idea de cómo atrapar a un hombre, aunque todas para espantarlo.

—Joaquín, ¿a que no te habías dado cuenta de que las dos vamos maquilladas con una técnica nueva, que se llama *contouring*, y que consiste en

jugar con los tonos oscuros y el iluminador para estilizar las facciones?

Y Joaquín, que deseaba con todas sus fuerzas que lo tragara la tierra en esos momentos, o al menos permanecer en la más absoluta ignorancia con respecto a dichos temas, respondió con un lacónico «¿De veras?» que lamentablemente no sirvió para desalentar a la pareja en cuestión.

Tan agobiado estaba que, poco antes de que empezaran a servirse los postres, creyó que había llegado el momento de tomarse un breve descanso, de forma que, aunque no lo necesitaba, se dirigió al cuarto de baño con la esperanza de, a la vuelta, hacerse el encontradizo con Amanda.

Al salir, sin embargo, comprobó con decepción que ni ella ni su acompañante ocupaban ya sus asientos. Inmediatamente, abarcó con la mirada todo el salón, sin conseguir localizarla. Intranquilo, decidió recorrer una a una todas las habitaciones de la casa, incluso las de la planta superior, con igual resultado.

A Joaquín le empezaron a temblar las piernas al ser incapaz de asumir que la noche terminara de esa manera. Tenía que hablar con Amanda; debía darle una explicación que hiciera que cambiara su opinión sobre él, porque tal vez ella no la necesitara, pero él sí, y desesperadamente.

Desmoralizado, salió al jardín a tomar un poco de aire cuando, ¡por fin!, la encontró. Ahí estaba ella, escondida en un rincón, sentada en una tumbona, disfrutando en soledad de una copa que mantenía entre las dos manos y que, por el color, así como el espesor, bien podía ser un licor de whisky.

«Le pega —pensó Joaquín—, dulce, delicado y relajado, como ella.»

Tras respirar aliviado por haberla encontrado, fue a su encuentro a la velocidad del rayo.

—Hola —fue todo lo que, torpemente, salió por su boca, esperando deducir de la respuesta de Amanda en qué situación anímica se encontraba ésta con respecto a él.

—Hola —afirmó amablemente ella, pero en un tono tan ambiguo que Joaquín no pudo interpretar nada.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —le preguntó señalando la hamaca contigua, en la que Amanda había colocado su bolso.

—Claro —contestó ella retirándolo y depositándolo en el suelo.

—¿Qué tal la noche? ¿Lo has pasado bien? —se interesó a continuación Joaquín.

—Sí, mejor de lo que esperaba, aunque me siento un poco fuera de lugar, por eso he venido a refugiarme aquí.

—¿Fuera de lugar? —se extrañó él.

—Sí. Soy la única morena, la única que no está a régimen, aunque debería estarlo, la única que viste de acuerdo con su edad y la única que no se ha inyectado bótox. Si eso no es estar fuera de lugar, que venga Dios y lo vea.

Cuando Joaquín oyó su explicación se sintió liberado, con una sensación similar a cuando un atasco se diluye tras haber estado retenido durante una eternidad, apenas avanzando y casi siempre frenando. «Inteligencia, sensibilidad y sentido del humor, incluso aplicándolo a sí misma. ¡Qué bendición!», pensó.

Y es que ese minuto con Amanda compensaba la hora malgastada previamente. Por fin su mente podía relajarse y deleitarse con la conversación, al igual que se disfruta tanto de la conducción como del viaje cuando finalmente se puede pisar el acelerador tras dejar atrás el atasco.

—Tú lo llamas estar fuera de lugar. Yo diría que resulta gratificante —se sinceró Joaquín.

—O que no le dedico el tiempo suficiente a mirarme en el espejo —sentenció Amanda.

Joaquín sonrió, y a punto estuvo de hacerle un cumplido, pero, ante la posibilidad de incomodarla, optó por cambiar de tercio.

—¿Puedo preguntarte cuál fue el motivo que te empujó a venir, en última instancia, a la cena?

—Comprobar que éste no es el sitio donde quiero estar.

«Como siempre, una respuesta brillante», pensó Joaquín. Sin embargo, fue precisamente esa contestación la que hizo que lo asaltara una duda.

—Pero parecías muy entretenida hablando con ese señor. ¿No lo has pasado bien? Bueno..., de hecho, se ha marchado ya. ¿Has tenido algún problema? —preguntó con preocupación.

—En absoluto. Era encantador, pero lo ha llamado su hija para decirle que ¡acababa de ser abuelo!, y hasta le ha mandado una foto del bebé. ¡Era

precioso! ¡El pobre se ha puesto a llorar! El abuelo..., me refiero.

—Entonces ¿cuál es el problema? —inquirió él—. Si era demasiado mayor, hay muchos más peces en el mar...

—Donde me tendría que meter para pescarlos, y no me va nada bien, porque me entra agua en los oídos y por la nariz...

«De nuevo ese sentido del humor...», se complació Joaquín.

—El fondo de la cuestión radica en que yo no quiero esto —prosiguió Amanda—. No dejo de pensar que me estoy exhibiendo con un cartel enorme en la frente que dice: «Estoy disponible», y eso me incomoda. Me parece forzar las cosas. Y no es lo que pretendo para mi vida.

Antes de que Joaquín pudiera rebatirle su argumento, una de las rubias con mechas con las que había compartido mesa se acercó a saludarlo.

—¡Hola, Joaquín! ¡Qué escondido estabas! Llevo un buen rato buscándote para que nos tomemos algo...

—Lo siento, Graciela, pero ahora estoy ocupado... —se disculpó él.

—¡Por favor! —intervino Amanda—, ve sin ningún problema. Yo estoy bien. Es más, en cuanto acabe este Baileys me iré a casa.

Joaquín se vio entre la espada y la pared. No quería ofender a Graciela, pero deseaba permanecer junto a Amanda, en primer lugar, por el mero placer de su compañía, aunque también para tener la oportunidad de explicarse.

Una vez sopesada la disyuntiva, a Joaquín no le quedó ningún género de duda. «A por todas», se envalentonó.

—De verdad que lo siento, Graciela, pero hay un asunto importante que debo tratar con Amanda.

No obstante, Graciela, una vez avistada y atrapada su presa, no estaba dispuesta a soltarla, de manera que respondió ágil:

—Bueno, si se va a marchar enseguida, esperaré aquí mientras lo solucionáis.

Al final fue Amanda la que se levantó, asegurando:

—Tranquilo, Joaquín. Cualquier cosa que te preocupe ya habrá tiempo para solucionarla.

Pero Joaquín estaba de todo menos tranquilo. Y, a esas alturas, si algo no estaba dispuesto a hacer era abandonar, y menos aún para tomarse una copa



con Graciela-pelo oxigenado-*contouring*. En consecuencia, se levantó tras ella, sujetándola con suavidad por el brazo para evitar que se marchara.

—Amanda...

—Te estoy fastidiando el plan. No tienes que cuidar de mí, o protegerme. ¡Si ni siquiera estamos en la consulta...! Además, ¡me encuentro perfectamente! Por favor, ve con ella y disfruta, que tiene muchas ganas. Si te vuelves, verás que nos está siguiendo.

Efectivamente, Graciela-inasequible-al-desaliento no los perdía de vista desde una discreta distancia.

—¡Dios mío, qué mujer! —exclamó Joaquín—. Por favor, dame sólo un segundo para que corte de raíz con esto —le suplicó a Amanda.

—Pero, Joaquín...

—Por favor...

Amanda accedió, aunque, sin que él se apercibiera, empezó a dar pequeños pasos marcha atrás con la intención de desaparecer..., hasta que oyó la explicación que él le daba a Graciela, que la dejó de piedra, incapaz de avanzar o de retroceder.

—De verdad que he pasado una noche muy agradable con vosotras, Graciela, pero acabo de reencontrarme con Amanda, que es el amor de mi vida. La dejé escapar hace veinte años y no estoy dispuesto a que eso vuelva a suceder. La voy a recuperar sea como sea. Por tanto, no estoy disponible para nadie que no sea ella. Lo entiendes, ¿verdad?

A saber si claro le quedó, pero entenderlo no lo entendió, porque no tardó ni medio segundo en volver a preguntar:

—Vale, pero ¿me vas a llamar?

—No, Graciela, no te voy a llamar. Y ahora voy a volver con Amanda, dando esta conversación por terminada.

—¿Quieres que te deje mi número por si cambias de opinión, o por si te da calabazas?... —Aún se oía la voz de Graciela tras ellos, a la que Joaquín ya no se molestó en contestar.

Amanda no sabía si reír o llorar.

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Por qué le has contado esa mentira a esa pobre mujer?

—Te aseguro que si algo he aprendido en mi profesión es que es el único lenguaje que entienden las persistentes, y, aun así, mira...

—¿Las persistentes? —se mofó Amanda, aunque intrigada por el término.

—Ésa es la explicación que querría haberte dado al principio sobre mi presencia aquí...

Pero, antes de que prosiguiera, Amanda lo cortó en seco.

—Te aseguro que yo no te juzgo. No lo hago con nadie, y menos aún contigo. Estoy convencida de que tienes miles de razones perfectamente coherentes y válidas y, aunque no fuera así y estuvieran equivocadas, seguirían siendo igual de válidas. A lo largo de mi vida he tomado decisiones tan erradas que las malas decisiones que hayan podido tomar los demás siempre serán más afortunadas que las mías.

—Por favor, Amanda, necesito explicártelo...

—Joaquín, presta atención a lo que voy a decirte. La noche nunca es buena consejera para este tipo de confesiones. La noche magnifica, agrandando, o engrandeciendo, los momentos, tanto si son mágicos (cuando crees que te enamoras bajo un cielo lleno de estrellas) como dramáticos (cuando quieres matar a tu pareja porque lleva toda la noche roncando y no te deja dormir). Y ¿sabes lo que pasa cuando te despiertas al día siguiente? Que ninguna de las dos cosas era para tanto. Seguro que mañana te arrepientes de habérmelo contado.

A Joaquín le había encantado esa explicación. Era tan genuina, tan divertida, tan tierna, tan sensible, tan... Amanda, que ganas le daban de rendirse, aunque sólo fuera para complacerla. Sin embargo, una vez sopesada la situación, le pudo más la necesidad de aclarar su forma de proceder.

—De verdad que no es mi caso. Y no voy a dejarte marchar de aquí hasta que me escuches.

—Adelante entonces —se resignó Amanda.

—En psiquiatría existe un fenómeno que denominamos transferencia, por el que muchos pacientes se sienten atraídos, en mayor o menor medida, por el médico que los trata. En muchos casos, además, cuando el paciente intuye que el especialista está soltero, el proceso se agrava, lo que dificulta mucho la relación. Así las cosas, y tras años de experiencias desagradables, recuperé el

anillo de un matrimonio que sí tuve, aunque acabara mal, para intentar protegerme.

—Todo muy razonable, y sensato —concluyó Amanda—, de manera que esta paciente determina que su psiquiatra está lo suficientemente cuerdo como para seguir tratándola.

A continuación, suspiró aliviada, pensando que finalmente su explicación había sido tan profesional y tan poco íntima —salvo por la mención a su matrimonio fracasado, que aun así había sido tangencial— que en ningún caso había resultado molesta. Pese a todo...

—Hay una cosa más que tienes que saber... —afirmó Joaquín a continuación.

Y en ese instante sí vio Amanda caer sobre ella la avalancha de dolor y de recuerdos, sin que pudiera hacer nada para evitarlo ni prever su contundencia o el efecto que tendría en ella.

—Mi historia es exactamente igual que la tuya, pero en sentido inverso; es decir, que fui yo el engañado por una mujer y al que dejaron sin nada, aunque con diez años de antelación con respecto a ti. Fue un período que yo calificaría de devastador, siendo optimista, y del que me costó mucho salir, y eso que como psiquiatra me conozco todos los trucos —bromeó Joaquín—. ¿Tu nueva amiga Blanca no te ha dicho en más de una ocasión que de verdad sólo te entiende quien ha pasado por el mismo proceso que tú? Pues mucho me temo que lo tienes delante, aunque en versión masculina. Y no me gustaría que cometieras los mismos errores que yo.

La mente de Amanda se quedó en negro, inmersa en un vacío total, sin ninguna palabra que atravesara su cerebro de la que poder valerse. No obstante, Joaquín aún no había acabado con su exposición.

—Como te he dicho al principio de la noche, tras hablar contigo en nuestra última sesión decidí aplicarme mis propios consejos y salir ahí fuera a ver qué pasaba. Ésta es mi primera noche, en diez años, en la que pongo un pie en la calle *motu proprio*, sin citas a ciegas de por medio organizadas por amigos. ¡Y ha sido horrible! A ti te ha nacido un nieto, pero yo casi muero abducido por varias decenas de rubias de bote y finalmente succionado por Graciela. ¡Creo que me voy a volver a poner el anillo y no me lo voy a quitar en la vida!

Amanda no pudo evitar soltar una carcajada, que, inevitablemente, la condujo a la solidaridad transmitida por Blanca cada vez que habían coincidido, o a esa cadena de favores consistente en ayudar a gente que se encuentra en tu misma situación. Pese a ello, sus palabras seguían adheridas a las paredes de su cerebro como el musgo a las piedras, de manera que, a falta de palabras, sólo le quedaba recurrir a los hechos.

Con una mano le indicó que ambos debían volver sobre sus pasos y regresar al jardín de la casa, donde solicitó su ayuda para mover las tumbonas con el fin de esconderlas aún más —a salvo de sus hordas de fans— y, finalmente, pedirle que se sentara a esperar.

Joaquín siguió al pie de la letra sus instrucciones, a pesar de que lo desconcertaba no saber para qué tenía que esperar, pero, en cualquier caso, más que conforme con el inesperado derrotero que habían tomado los acontecimientos.

Amanda no tardó mucho en regresar, con una botella de Baileys en una mano y dos copas en la otra. Tras servir la primera, que se la ofreció a él, le dio las siguientes indicaciones:

—Bebe. Si no te gusta, da igual; es tan dulce que emborracha rápido. Dentro de un par de copas te gustará.

Y lo hicieron, los dos, Joaquín con una sonrisa que no abandonaba sus labios entre sorbo y sorbo, y Amanda con la extraña sensación de no haberse recuperado aún de su momento de vacío total.

Tras la tercera copa en completo silencio, sin embargo, ella afirmó:

—Así que vienes mucho por aquí, ¿no?

Joaquín estalló en risas, sin poder pensar y menos aún decir nada antes de que Amanda rematara la faena.

—Menudas dos patas para un banco estamos hechos los dos...

De repente, Amanda recuperó no sólo las palabras, sino también la curiosidad, de forma que le preguntó:

—Dime una cosa. Desde el punto de vista profesional, ¿cuál es el mayor error que cometemos las mujeres con respecto a nuestras relaciones con los hombres?

Un buen rato tuvo que pensar Joaquín antes de responder.

—Las mujeres sois históricas...

—¿Quieres decir históricas? —lo corrigió Amanda, pensando que el Baileys había empezado a hacer efecto en su cerebro.

—No, históricas. Cuando tenéis una bronca con vuestros novios, maridos, etcétera, sacáis a relucir cualquier cosa negativa que haya sucedido en los últimos veinte años, exista relación o no con el objeto de la discusión.

—Bueno, ya que los hombres lo olvidan todo, es bueno que la otra parte sirva de memoria histórica de la pareja, ¿no te parece?

—Es una manera de verlo —respondió Joaquín entre risas—, si bien también podemos enfocarlo como que en una relación no hace falta que las dos personas se acuerden de las mismas cosas. ¡Hay que diversificar!

—O que las parejas constituyen un cúmulo de empeños: los hombres se empeñan en olvidar sus errores, mientras que las mujeres se empeñan en recordárselos.

—Bien visto —aprobó él—, y podemos brindar por ello, aunque nos va a hacer falta una segunda botella.

Hizo un amago de levantarse, pero Amanda lo detuvo, previniéndolo:

—Me juego la botella a que Graciela está al acecho, pertrechada con unas gafas de visión nocturna y escondida detrás de un arbusto. Creo que es mejor que sigas oculto en la trinchera y que de esto me encargue yo.

Mientras esperaba su vuelta, Joaquín sonrió una vez más y se maravilló por los giros del destino. Ni en un millón de años podría haber pensado esa tarde, cuando finalmente había optado por acudir a la cena, que se encontraría allí con Amanda y acabaría pasando la mejor noche que recordaba haber vivido, charlando, bebiendo, riendo, disfrutando de un poco de vida, de un trozo de vida.

Recordó haber pensado también, la última vez que ella había estado en la consulta, que quizá los seres humanos fuéramos pequeños planetas movidos por una fuerza superior —no por la inercia, sino por la querencia— de pasión, de deseo, de amor. De ser así, esa fuerza superior había hecho hoy que el planeta Amanda y el planeta Joaquín se aproximaran; esa fuerza había empujado tanto a ella como a él a un sitio en el que previamente ninguno de los dos quería estar, situándolos a ambos en una esquina del universo,

permitiendo que disfrutaran de un trozo de cielo. Y eso tenía que significar algo.

Tan sólo unos instantes después, Amanda regresó habiendo cumplido con su misión, pero luciendo además una gran sonrisa que no conseguía borrar de sus labios.

—Me acabo de encontrar con los padres de la dueña de la casa y, adivina, ¡llevan casados sesenta años y se quieren más que el primer día! ¿Cuál es el secreto para que esos matrimonios duren? —le preguntó con verdadero interés.

—La mayor parte de los hombres longevos con los que he hablado que podían encontrarse en una situación similar me han asegurado que el secreto está en asumir que las mujeres siempre tienen razón.

Cuando Amanda pudo recuperarse de su ataque de risa, comentó:

—Te voy a contar un chiste típico del gremio femenino: ¿sabes cómo se llama la mujer que siempre tiene razón?

—Ni idea —contestó Joaquín.

—Sabia.

—¿Y el hombre que cree que siempre tiene razón?

—Ni idea de nuevo —se reafirmó Joaquín.

—Divorciado.

Esta vez fue él quien soltó una carcajada, y también quien preguntó a continuación:

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?

—Creo que todas las que me haces lo son...

—¡Te aseguro que no!...

—Yo creo que sí, pero, y aunque estás empezando a darme un poco de miedo con ese comentario que acabas de hacer, para desquitarte de la mala noche que has tenido hoy voy a consentir —dijo una divertida Amanda.

—¿Qué es lo que más echarías de menos si no volvieras a tener una relación, nunca, con nadie?

—Difícil pregunta, o fácil, depende de cómo se mire, porque como en realidad tampoco he tenido ninguna relación previa, la respuesta obvia es que no se puede echar en falta lo que no se ha tenido. Por tanto, sólo podría

responderte desde la perspectiva que da haber vivido siempre una mentira (con una única certeza: que nadie me ha querido nunca), o desde la que te ofrecen las películas y las canciones de amor, que no sé si es muy fiable. Aun así, te diré que cada vez que contrato unas vacaciones para mi hija y para mí miro con envidia esas cabañas sobre el agua de la Polinesia Francesa, con esas piscinas naturales a sus pies, esos suelos de cristal a través de los cuales se puede ver el mar mientras te dan un masaje... Me parece que si hay un paraíso en la Tierra adonde deben viajar dos personas que se quieren debe de ser ése.

Joaquín se quedó roto por la confesión en sí misma, por la sinceridad y la naturalidad con que la había compartido con él, por su dolor y por su esperanza, en forma de un océano con aguas transparentes.

—No sé si la respuesta se ajusta a lo que preguntabas... —dudó ella al ver que él no hacía ningún comentario a su explicación.

Para cuando Joaquín se dispuso a contestar, Luchi se le adelantó, tras aproximarse a donde ambos se encontraban.

—Hola, chicos, no pretendo echaros, sino todo lo contrario. Vengo a deciros que podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis, o pasar dentro, que hay habitaciones de sobra. Pero sí quería advertiros de que, como acaban de marcharse los últimos invitados, voy a cerrar la puerta de la casa, para que no os extrañe si pretendéis entrar.

En ese momento, tanto Amanda como Joaquín fueron conscientes de que eran las seis de la mañana y de que en breve amanecería. Y los dos se sintieron tan incómodos ante la posibilidad de haber abusado de la hospitalidad de Luchi que a duras penas consiguieron agradecerle la invitación antes de marcharse apresuradamente.

Sin ninguna demora, pues, salieron a la calle con la intención de coger sus respectivos coches, hasta que se percataron de que habían bebido demasiado y que sería mucho más recomendable llamar un taxi. Joaquín, galante, le propuso compartir el mismo, para asegurarse así de que llegaba bien a casa, propuesta que ella aceptó.

El trayecto lo hicieron en silencio, con el aire proveniente de las ventanillas bajadas borrando dentro de ellos los restos de la noche y dejando

traspasar el día.

Cuando llegaron a casa de Amanda, Joaquín se bajó también para acompañarla hasta el portal. No pensaba decirle nada especial a modo de despedida, si bien su cerebro, su corazón y su boca se aliaron contra él, empeñándose los tres en ser brutalmente sinceros:

—Gracias por no ser rubia, por llevar una ropa perfecta para un cuerpo perfecto, por no inyectarte bótox, por quedarte conmigo y por hacerme pasar una noche estupenda.

—Gracias a ti. Yo también he disfrutado mucho —afirmó una Amanda agradecida mientras se encaminaba hacia la puerta.

Sin embargo, cuando ya estaba introduciendo la llave en la cerradura, retrocedió unos pasos para decirle:

—No soy muy purista, pero después de esta noche no sé si debería volver por tu consulta como paciente...

Y ahí se le atrancaron las palabras. Amanda pensaba sugerirle que quizá fuera mejor quedar de cuando en cuando para tomar un café, como amigos, y ayudarse el uno al otro desde esa posición, pero, al no haber concluido la frase, Joaquín lo interpretó como que no quería volver a verlo. Un amago de pánico lo invadió, impidiéndole reaccionar durante unos segundos, hasta que tuvo claro que no podía marcharse dejando el asunto sin resolver. Debía hacer algo, decir algo, aunque fuera el primer pensamiento que acudiera a su mente, de forma que suplicó lo más templadamente que pudo:

—Tienes que volver, por favor...

Amanda se extrañó por la urgencia y la necesidad en su tono de voz, que se convirtieron en ternura al oír:

—... te he comprado el cojín más bonito que he podido encontrar.

\* \* \*

Cuando Amanda le contó a Blanca al día siguiente lo sucedido, ésta no se lo podía creer, y probablemente la propia Amanda tampoco. Aún se encontraba con una sensación de ausencia dentro de su propio cuerpo, pese a que ese vacío negro que había ocupado su mente durante unos minutos la noche



anterior se había transformado en blanco, en un blanco puro e inmaculado, nuclear, como lo definió Blanca mientras ella intentaba explicarle su situación.

Así, Amanda había recuperado todas las palabras, que, no obstante, cabalgaban desbocadas por su cerebro, sin asentarse el tiempo suficiente para poder organizarlas y formar frases con ellas que dieran coherencia al estado de sus emociones o de sus sentimientos.

De cualquier manera, y como no quería monopolizar toda la conversación, aparcó sus cuitas para interesarse por la cena con Tristán.

—¿Qué tal? ¿Mejor que la primera vez?

—¡Ya te digo! Y ¿sabes que lo que más me gusta de él? Que transmite paz.

—¿Paz? —se sorprendió Amanda.

—Sí. No sé lo que habrá tenido que superar para llegar a donde está, porque ya sabes que no hablamos del pasado, pero le ha dejado un poso de tranquilidad que emana de él. ¿Te has topado alguna vez con un borracho que exuda alcohol por su piel, cuando éste ya se ha fundido con su cuerpo, con el resultado de que todo él es alcohol?

—¡Desde luego! —exclamó Amanda.

—Pues a él le sucede lo mismo, pero sin coma etílico o cirrosis de por medio. Sólo con mirarte, o con decirte un par de palabras, sientes su paz, y automática e inconscientemente necesitas formar parte ella, y cada vez necesitas más, porque es adictivo...

—Y ¿en qué grado se encuentra la adicción en estos momentos? —la interrumpió Amanda con picardía.

—Bueno, ¡el fin de semana que viene nos vamos a dar otra dosis!

—¡Viento en popa! —la felicitó Amanda.

\* \* \*

Y no era el único idilio que desplegaba sus velas en el entorno en el que se desarrollaban mis días. Clara y Román cada vez estaban más unidos, aunque ambos disfrutaban de su relación desordenadamente, como eran ellos, inmersos en un caos, a saltos, sin ningún plan previo o ninguna premeditación, tal y como me estaba poniendo al día en aquella mañana de sábado.

—Vivimos con una sensación continua de que todo es impredecible, que nos encanta, porque nos parece muy divertido, y ¡excitante!

—¿Y en tu trabajo?

—Ahí sí que las cosas son predecibles, y perdurables. Si hay una verdad universal es que la mierda es eterna. Y permanece inalterable.

Ésa era la auténtica Clara, sin subterfugios ni matices, vomitando en el más claro de los castellanos verdades como puños.

—¿Y tu pizarra? ¿Con qué frase cautivaste ayer a la concurrencia? — pregunté a continuación, aún con alguna risa exhalando de mi garganta.

—Una que pillé en internet y que me pareció muy apropiada: «Si buscas una mano dispuesta a ayudarte, la encontrarás al final de tu brazo».

—Y ¿qué te hicieron tus jefes para merecerla?

—Fui al despacho del dueño para pedir una persona que, temporalmente, me echara una mano, porque desde que la gente tiene que salir de la empresa para hacer sus necesidades tengo tanto trabajo controlando las fichas que no doy abasto. Y ¿sabes lo que me dijo?

—Dímelo tú, que me vas a hacer reír más que si me lo invento yo.

—¡Que hay que trabajar duro! ¡Que aprenda de la gente que lo hace, que la hay, que él lo sabe porque lo ha visto! Y encima el tío se descojonó delante de mis narices, como si tuviera maldita la gracia, que en el culo tiene la gracia ese tío... Y verlo lo habrá visto, porque lo que es hacerlo..., ¡si es lo más vago de persona que ha parido madre! ¡Si ni siquiera es capaz de inventarse sus frases! ¿Se cree que nadie ve al Gran Wyoming salvo él?

—Y ¿tú te la tragaste doblada o se te escapó alguna sentencia lapidaria a ti también? —le pregunté entre risas.

—Me callé, porque el primero en el que pensé al oírlo fue en Woody Allen: «En la vida hay que trabajar ocho horas y dormir otras ocho..., pero no las mismas», que es lo que hace él. Y creo que, de habérselo soltado, me habría puesto de patitas en la calle, pero ipso facto.

—Bien pensado...

—¿Sabes además de lo que se ha chivado la señora de la limpieza?

—Ilústrame —le indiqué.

—De que cuando se queda por las tardes en la oficina, una vez que todo el

mundo se ha marchado, lo hace para ver películas. Así, a su mujer le dice que tiene mucho trabajo y se quita de en medio a los tres churumbeles que tienen, y a sus empleados que se le acumula tanto papeleo atrasado que necesita horas extras para sacarlo adelante. Claro, ¡como por las mañanas hace el curso de inglés, no le da tiempo a ver las películas hasta por la tarde!

—¡Ya veo que sigue siendo superior a tus fuerzas!

—¡Si es que Dios le da bragas al que no tiene culo! —volvió Clara a su castellano más castizo.

—Y voz al que nada tiene que decir, como también es el caso de tu jefe —precisé.

—Oye, hablando de mudos, ¿sabes algo de Sabrina? —me preguntó.

—Hace días que no —comenté—. Lo último que sé es que su mudo sigue casado y que ella sigue muda... de pena. ¡Será por eso por lo que no tenemos noticias de ella!

—Podríamos quedar esta tarde, para intentar animarla —propuso Clara.

—Imposible. He quedado con Alejo. Regresa de viaje y, además... ¡le voy a dar la sorpresa de entregarle su casa de El Escorial!

—¿Ya? ¿Tan rápido? —se sorprendió Clara.

—Me hacía tanta ilusión ¡que no he podido evitarlo!, aunque los obreros me detesten por ello. Ha habido días que he metido hasta tres turnos, con sus correspondientes veinticuatro horas que yo he estado íntegramente allí, por no mencionar las que me he pasado recorriendo tiendas de muebles y agotando al pobre Calem, que necesita unas vacaciones para descansar de mí.

—Bueno, Calem te adora, así que no creo que te vaya a odiar aunque le hayas dado la murga todo lo que eres capaz, que anda que no puedes llegar a ser pesada cuando te lo propones.

—¡Gracias por tus amables palabras! ¡Qué bueno es contar con tu cariño y tu comprensión! —contraataqué divertida—. Imagínate lo perfeccionista que ya soy habitualmente, pues encima tratándose de Alejo... Había días que ni yo misma me aguantaba.

—Al menos tenías la ventaja de que te dio carta blanca, ¿no? Libertad total, y eso es siempre es de agradecer.

Tenía razón. Alejo no podría haber sido más permisivo. De hecho, la única

indicación que me dio fue con respecto al dinero: «Piensa todo lo que te dé la gana y házmelo saber. Y no te cortes. Ya te diré si puedo pagarlo».

Y deduje que sí podía cuando recibí un sencillo «OK» al último presupuesto, y sobre todo cuando mi jefe, Adrián Doménech, me informó de que la cantidad total había sido ingresada, con carácter previo, en la cuenta de la empresa.

«Por Dios, que se quede contento y que nos encargue más casas, que necesitamos clientes como éste.»

Ésa fue también su única consigna, aunque yo puse en práctica alguna más, como la distribución del color, que me pareció vital en una casa como la de Alejo.

Dado que prácticamente todas las paredes habían desaparecido —y también los techos, al haber eliminado la planta superior y la buhardilla con el fin de dejar una única, diáfana—, necesitaba un concepto que englobara la totalidad del espacio. Y ése iba a ser el color, el famoso topo de las paredes, que una vez utilizado tenía que moverse. Es decir, que no podía verse abandonado, sino salpicado, pero no empleado como un torrente que nublara la vista y hasta el resto de los sentidos: sólo pequeños detalles, para crear unidad.

En este mismo orden de cosas, había otro elemento que daba integridad al conjunto, y era una espectacular chimenea que, exenta, colgaba desde el techo, a unos dos metros de éste, y que se sujetaba también a las paredes laterales mediante unos cables de acero, cables que permitían, mediante un motor oculto, que la chimenea pudiera ascender y descender tanto para reponer la madera como para calentar la estancia a la altura que se deseara, ya fuera rozando el suelo o a media altura. De la misma manera, un tubo de cristal transparente se integraba en el mecanismo, desplazándose a la vez que la chimenea con el fin de extraer los humos.

De esta forma, tras cruzar la puerta, el impacto visual que tendría Alejo sería el de un magnífico bosque, visto a través de unas inmensas cristaleras cuya parte superior tendría la forma de cubierta a dos aguas que presentaba el tejado, que coincidiría a su vez con la estructura de la chimenea. Ésta era, en realidad, bastante liviana, ya que se trataba de una plataforma de acero

curvada, similar a un trillo, con el efecto añadido de estar suspendida en el aire.

Otro de los elementos cruciales que había mandado instalar era una piscina infinita muy estrecha y alargada, apenas perceptible hasta que te aproximabas a la zona en la que estaba situada. Así, en la pared derecha, donde había abierto un enorme ventanal desde el techo hasta el suelo —de unos diez metros de largo—, se situaba un muro de piedra muy bajo, que estaba construido de tal manera que parecía un enorme sofá, mirando hacia el exterior y aparentemente pensado para disfrutar de las vistas. Sin embargo, en lugar de cojines, lo único que escondía en su interior era un agua templada y gris, del mismo color que la piedra que la alojaba y de la que no se podía calibrar la profundidad —superior a los dos metros— hasta que se nadaba en ella.

El resto de los elementos, la cocina, el salón, el comedor, el dormitorio, el cuarto de baño, se escondían, o se manifestaban, a la vez que se integraban, para que nada quebrara la armonía del conjunto.

Sólo había una cosa más que destacaba, y eran unas frases. En una casa en la que no había ni un solo cuadro, llamaba la atención el hecho de que en una de las pocas paredes existentes, justo detrás del cabecero de la cama, hubiera escrito un poema de Emily Dickinson que la ocupaba por completo:

*Que la cama sea amplia,  
que esté hecha con cuidado;  
esperad en ella hasta que llegue la sentencia final,  
serena y perfecta.  
Que el colchón sea firme,  
que la almohada sea redonda,  
y que ningún ruidoso amanecer  
perturbe la paz de esta tierra.*

Era uno de mis poemas favoritos, desde siempre, y me pareció muy apropiado emplearlo por el sosiego que emanaba de la casa, y también por la quietud que se percibía desde el exterior, con ese frondoso bosque invitando a

la relajación y a la calma. Además, esos versos eran mi impronta, la impronta que yo quería dejar en aquel espacio para que, pasara lo que pasase entre nosotros, Alejo siempre recordara que yo había estado una vez allí y que esa casa era, de alguna manera, también mía.

Como sabía que llegaríamos juntos a El Escorial, le había encargado a uno de los obreros que encendiera la chimenea para que, al aparecer nosotros, todo estuviera a punto. Le indiqué que la dejara pegada al techo, ya que, como llegaríamos al atardecer, deduje que la luz exterior, extinguiéndose, crearía una combinación perfecta al conjugarse con la volatilidad de las llamas. Y, una vez que Alejo hubiera visto el efecto con todo el espacio despejado, procedería a bajarla, y a apagarla, por cuanto su calor nos sobraba en la época en la que nos encontrábamos.

Cuando tuvo ante sí todo el conjunto no pudo reaccionar, al menos en los primeros cinco minutos. Percibí que necesitaba unos instantes de silencio, por lo que no me atreví a darle las explicaciones de rigor. Me limité a quedarme de pie junto a la puerta y dejar que fuera él quien ocupara su casa y quien descubriera por sí mismo todos los rincones de su nuevo hogar.

Finalmente, Alejo se acercó hasta mí con una expresión de satisfacción en el rostro.

—¿Puedes decirme cómo sabías que ésta era la casa que yo quería, no, la que yo necesitaba, cuando ni yo mismo tenía ni idea?

En realidad, no era difícil. Todas las casas las diseñaba para mí misma. Es decir, que nada más entrar en cualquiera de ellas me preguntaba cómo querría vivir yo allí si ése fuera a ser mi hogar. Y, después, sólo después, adaptaba mis decisiones a las necesidades y los gustos de los clientes. No obstante, el hecho de pensar que todas eran mías las hacía aún más personales, especiales, y probablemente únicas, y a mí me obligaba a que fueran perfectas. Por tanto, mentiría si dijera que, desde el principio, no tuve claro lo que la casa de Alejo necesitaba, partiendo de esa chimenea.

Con ella ya bajada, a unos cincuenta centímetros sobre el suelo de madera, ésta se convirtió en el centro de la estancia, visible y presente desde cualquier punto o actividad que se pretendiera realizar, ya fuera nadar, cocinar o saborear las vistas. Alejo se detuvo unos instantes contemplando complacido

su estructura, aunque segundos después desvió la mirada para releer la frase escrita en la pared tras la cama:

—«... y que ningún ruidoso amanecer perturbe la paz de esta tierra.»

—Es preciosa, ¿verdad?, y perfecta para esta casa. ¿A que sí? —comenté ilusionada.

—No sólo la frase. ¡Esta casa no puede ser más perfecta! —exclamó—. ¡Tú no eres de este planeta! ¡Eres perfecta!

Pero no era cierto. La perfección no existía, al menos en mi mundo, que nunca había sido el mismo que el suyo. Y Alejo me devolvió a él con tan sólo una pregunta, seguida de una afirmación demoledora:

—¿Nos vamos ya? He reservado habitación en un hotel cercano para que pasemos el resto del fin de semana.

Mi cerebro se tornó oscuro en cuestión de segundos, aunque no permití que mi cara mostrara el caos en el que mi mente se encontraba inmersa. Así, por mi cabeza bullían cientos de sombras: ¿no íbamos a quedarnos allí? ¿No íbamos a bañarnos en la piscina, o al menos él? ¿No íbamos a estrenar la cama, con esas palabras tan maravillosas detrás que invitaban a dejar una huella imposible de olvidar?

Era cierto que Alejo me había dejado claro desde el principio, antes de que nuestra relación se hiciera íntima, que nunca llevaba a ninguna mujer a su casa. A pesar de ello, tonta de mí, pensé que conmigo sería diferente; además ¡esa casa la había hecho yo! No es que él me llevara, ¡es que yo ya estaba dentro!, ¡es que a mí tenía que sacarme!

No obstante, como siempre en mi vida, siguiendo una de las constantes de mi patética existencia, tanto en lo bueno como en lo malo, o en lo peor, opté por callarme y fingir que todo iba bien..., que es cuando el amor empieza a doler.

Aun así, fui plenamente consciente de que ésa había sido la primera señal, perceptible y fidedigna, de que existía una posibilidad real de que las cosas con Alejo pudieran ir mal. Hasta ese momento me había movido en el mundo incierto de las pesadillas y los miedos, pero acababa de entrar en el de las certezas: Alejo había levantado un muro que yo no iba a ser capaz de traspasar.

*Alejo, Marina y una revelación*

La vida cambia, pero hay cosas, como las estaciones del año, que son predecibles e inmutables, aunque nunca se pueda deducir de antemano la intensidad con la que se presentarán. Y ése podría ser el símil perfecto para la relación que Alejo y yo manteníamos.

Los meses fueron pasando, con sus pertinentes días, sin que el planteamiento de nuestros fines de semana se modificara, ya que todos ellos discurrían iguales, con escapadas continuas a hoteles, mientras que las jornadas laborables nos ceñíamos a las conversaciones, tanto habladas como escritas, él desde cualquier lugar del extranjero y yo desde España.

En cuanto a la magnitud, yo desconocía, por supuesto, cuáles eran los sentimientos de Alejo hacia mí, pero en lo que a los míos se refería se habían incrementado exponencialmente, a pesar de mis miedos y mis sospechas. Es más, cuantos más miedos y sospechas me invadían, más me aferraba a la idea de que podía estar equivocada. Cierto era que determinados comportamientos de Alejo daban alas a mi empecinamiento, como algunas palizas aéreas que se pegaba: de lunes a jueves en Nueva Zelanda, vuelta a España para pasar el fin de semana conmigo y camino de las antípodas al lunes siguiente con dirección a Australia, cuando lo lógico habría sido que se quedara allí, porque, de paso, lo que se dice de paso, Madrid no le pillaba.

Yo no había vuelto a poner un pie en la casa de El Escorial, ni por



supuesto en la de Madrid, que ni siquiera había llegado a conocer. Y ése era uno de los aspectos de nuestra relación que más me ofuscaban. Alejo tenía al menos una casa maravillosa —y yo lo sabía a ciencia cierta porque se la había diseñado—, en la que nunca estaba, ya que todo el tiempo que permanecía en España lo pasaba conmigo. ¿Para qué la quería entonces? Y ¿para qué se había gastado ese dineral? ¿O quizá no viajaba entre semana y me engañaba, llevando una doble vida en Madrid? Sin embargo, siempre me mandaba fotos de los sitios en los que se encontraba, aunque también existía la posibilidad de que tirara de archivo...

Ante tanto interrogante, la postura que adopté fue no decir o preguntar nada, pese a que mi mente se desquiciaba sumida en la sombra de tanto miedo y tanta sospecha.

\* \* \*

Alejo, por su parte, no tenía sospechas, aunque sí algún que otro miedo, y bastantes dudas que le estaba revelando a su ayudante personal, Juan, el único en quien confiaba y que, sin serlo, hacía las veces de amigo.

—Me tiene preocupado el tema del dinero —le confesó aquella mañana de primeros de diciembre.

—Si de verdad te gusta, tienes que decírselo —lo animó Juan.

—Claro que me gusta, me gusta mucho, aunque no tengo con quién comparar. Te recuerdo que es la primera relación seria que tengo en mi vida..., en realidad, la única relación.

—Entonces sal a comparar —le propuso Juan.

—No, lo último que me apetece es ponerme a buscar.

—De lo que deduzco que te gusta lo suficiente para apostar. Tú mejor que nadie sabes que el dinero siempre es un problema. Mejor que lo sepa por ti.

—¿Tú no crees que lo sepa? —le preguntó Alejo.

—Yo diría que no. Tu cara no es precisamente conocida; ya te cuidas tú mucho de eso no dando entrevistas y, salvo en los círculos económicos, tu nombre tampoco lo es.

—Bueno, me hizo una casa en El Escorial que no fue precisamente barata

para lo que entendería el común de los mortales, así que dinero sabe que tengo —puntualizó Alejo.

—Pensaré que eres un ejecutivo de altos vuelos, ya que, como bien sabe ella, te pasas el día volando. Habrá supuesto que eres directivo en una multinacional, con un sueldo acorde. ¿Nunca te ha preguntado por tu trabajo?

—Jamás. Ni qué puesto tengo ni a qué me dedico, absolutamente nada que tenga que ver con mi trabajo.

—Quizá tengas suerte y te haya tocado una de las pocas que no tienen interés por el dinero de los demás.

—Ésa es la sensación que he tenido desde el minuto uno. Y, como comprenderás, me gusta aún más por eso, por lo que no quiero fastidiarlo.

—Yo me arriesgaría —aventuró Juan—. Por otra parte, si quieres dar un paso más, tendrás que invitarla algún día a tu casa, me refiero a tu casa de Majadahonda. Y ésta no es precisamente corriente, y la hizo ella. ¿Crees que no la va a reconocer aunque a ti no te ubique? De nuevo, mejor que la prevengas antes.

—Hasta ahora nos ha ido bien saliendo fuera los fines de semana...

—Nos podéis pasaros por los siglos de los siglos de hotel en hotel. Al final se va a acabar sintiendo como una puta, con perdón, y, dado que ella vive con su madre, ¿no?, me da la sensación de que el círculo se está estrechando, pero a tu alrededor.

Quizá Juan tuviera razón. Alejo pensó en su casa de Majadahonda y recordó la primera vez que tuvo contacto con Marina. Había contratado a un estudio de arquitectura para que le construyeran su vivienda, con más problemas que alegrías desde un principio. Él era consciente de que no sabía lo que quería, aunque sí lo que no quería, si bien los arquitectos que le proponía el estudio se empeñaban en ofrecerle todo tipo de variaciones sobre la última opción. A punto estuvo de cambiar de empresa, hasta que un día recibió un correo electrónico de una nueva diseñadora que acababan de fichar:

Sabes lo que quieres cuando lo tienes delante. Y yo ya lo tengo, en mi cabeza. Si me das dos horas, te lo haré llegar a la tuya.

Alejo se quedó conmocionado, pero no sólo por lo peculiar del *email*, con ese estilo tan directo, sin ninguna nota de presentación, sin preámbulos, sin tan siquiera una solicitud de explicación sobre lo que él deseaba o esperaba. Lo que lo impresionó fue también el talante con el que estaba escrito. Así, se lo podría haber tachado de falta de humildad, o de exceso de ambición, pero Alejo no percibió nada de eso. Incluso todo lo contrario.

Y el milagro se hizo. Marina acertó de pleno. Además, mientras duraron las obras, que fueron meses, entre ambos se estableció una relación muy especial, sólo mantenida a base de cientos de correos electrónicos que nunca llegaron a materializarse en un encuentro personal, ya que Alejo no halló la forma de vencer su timidez y sus temores.

Pero incluso ahora que por fin había llegado a conocerla, Marina seguía siendo para él la misma mujer de hacía cinco años, la única cuyos mensajes — con su inteligencia y sentido del humor— le alegraban el día, y la única que le había hecho replantearse su soltería.

Aun así, lo asustaba desvelar su identidad. Las pocas veces que lo había hecho se había desatado una locura, ya fuera individual o colectiva, con una avalancha de peticiones de dádivas o de solicitudes de matrimonio por parte de mujeres totalmente enloquecidas. Le daba miedo, pues, que a Marina se le nublara la razón también. Disfrutaba enormemente con ella, aunque de sobra sabía que definir así su relación era infravalorarla, porque hacía mucho que sus sentimientos estaban a años luz de esa galaxia.

Tras analizar detenidamente este último aspecto, decidió hacer caso a Juan y un viernes al mediodía, recién llegado de Estados Unidos, pasó sin previo aviso por la oficina de Marina para recogerla y abordar el tema.

\* \* \*

—¡Qué sorpresa! —exclamé encantada—. Pensé que no venías hasta mañana...

—Se me han dado bien las cosas y he querido adelantar un día el viaje. ¿Te apetece que vayamos a dar un paseo?

—¡Claro! Hay un parque aquí al lado muy agradable —le indiqué.

Pero, una vez que ya había tomado la decisión de hablar, Alejo no quería esperar, por lo que empezó a preparar el terreno antes de llegar.

—Hay una cosa que quiero comentarte, aunque no sé cómo decírtelo, ni cómo comenzar... Todo suena tan mal...

—Quizá no sea tan importante —intenté rebajar la tensión.

—Bueno, no es trascendental, pero creo que deberías saberlo. En realidad, forma parte de lo que soy; por eso es relevante.

—¿No te enfadas si te digo que no entiendo nada? —le mencioné con tacto.

—Es sólo que hay algo de mí que desconoces y, dado que somos buenos amigos, ¿no?, creo que deberías saberlo.

Primer corte, y directo a la yugular. ¿«Buenos amigos»? Si ya en El Escorial vi una señal inequívoca de que las cosas con Alejo podían ir mal en un futuro próximo, acababa de cercenarme una vena principal con la segunda señal. ¿De verdad que el hombre más importante de mi vida pensaba en nosotros dos sólo como en un par de amigos bien avenidos?

De cualquier manera, como de sobra sé que nada de lo que se dice o se hace puede cambiar los sentimientos de los demás, opté por callarme y seguir escuchando, a ver qué otra mutilación tenía prevista para mí Alejo en aquella fría tarde de diciembre.

Sin embargo, mi mente, que nunca paraba de discurrir, de repente cayó en la esencia y en la magnitud del problema. En consecuencia, comenzaron a temblarme las piernas, me quedé lívida y un sudor frío me recorrió el cuerpo, desde las sienes hasta la punta de los pies. Tanto me afectó esa idea, circulando en estado de libertad por mi cabeza, que Alejo pensó que iba a desmayarme, por lo que, preocupado, me sentó en el primer banco que encontramos a nuestro paso.

Se trataba del más apartado de todos, junto a un pequeño estanque en el que se zambullían unos pequeños peces de colores, que siempre me tranquilizaban cuando pasaba cerca de ellos. «De ahora en adelante esta regla va a tener una excepción», me lamenté.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Alejo alarmado—. ¿Quieres que te lleve a un hospital?

—No, gracias. Seguro que dentro de unos minutos estaré bien.

Sin embargo, yo notaba que las lágrimas, mis lágrimas, amenazaban con exhibirse, esas lágrimas que eran una demostración viva de la inercia, es decir, que una vez que nacían era imposible hacerlas parar. Por tanto, ante la perspectiva, además, de hacer el ridículo delante de él, en cuanto noté que mi sangre recobraba su caudal habitual, cogí mi bolso e hice ademán de levantarme.

—Gracias por el paseo, pero ahora creo que debo marcharme —afirmé escuetamente.

—Pero... no entiendo nada —aseguró un Alejo desconcertado—. Si no te he dicho nada...

—Estás casado, ¿no? Eso es lo que me quieres plantear, ¿verdad?

Alejo se echó a reír, holgadamente, lo que incrementó aún más mi ansiedad y, por qué no, también mi vulnerabilidad. No obstante, entre carcajada y carcajada, empezó a besar una a una todas mis lágrimas, que ya recorrían mi cara, y que para entonces más se parecía a una fuente que a una cara.

Cuando estuve un poco más calmada, me acarició con suavidad el rostro, retirando un mechón de pelo que se empecinaba en cubrir una de mis mejillas y, mirándome fijamente a los ojos, afirmó con convicción:

—No estoy casado, no lo he estado en el pasado, nunca he vivido con nadie, y tampoco mantengo ninguna relación. Puedes estar tranquila a ese respecto, porque no hay nadie en mi vida.

«Mejor eso que nada —me dije—, aunque tampoco lo llamaría yo consuelo.» Y es que si algo me había quedado claro es que no había nadie en su vida, ni siquiera yo. Y ya íbamos por la tercera señal.

Aun así, me dejé abrazar, y besar, hasta que observé que estaba verdaderamente nervioso y preocupado.

—¿Te pasa algo? ¿Estás enfermo? —me sobresalté de inmediato.

Hasta ese momento no había contemplado la posibilidad de que quizá padeciera alguna patología grave, como un cáncer, y que fuera eso lo que quería contarme, ante lo que reaccioné de inmediato.

—Si necesitas un riñón, tengo dos, y, si se trata del hígado, creo que te pueden cortar un trozo sin problema, porque se regenera solo, así que de eso

no hace falta ni hablar.

Me atrajo hacia él y me sentó sobre sus rodillas, abrazándome, besándome, con algo que no podía ser otra cosa salvo amor. ¿Cómo podía decir este hombre que sólo éramos dos buenos amigos o que yo no formaba parte de su vida?

—No, Marina. Lo único que sucede es que tengo dinero.

—Pues qué bien —reaccioné con extrañeza—; yo también, aunque no mucho, pero últimamente hasta llego a fin de mes. Y ¿cuál es el problema con eso?

—Que tengo mucho dinero.

—Ya lo supongo. Te hice una casa, ¿te acuerdas?

—Es que tengo mucho, mucho dinero...

—Mira, Alejo —lo interrumpí—, por los derroteros que está tomando esta conversación, creo que la próxima pregunta que debería hacerte es «define “mucho dinero”», y no creo que sea de mi incumbencia. Lo único cierto de todo esto es que estoy empezando a sentirme un poco incómoda con la situación.

Para evitar que siguiera exponiendo mi punto de vista, Alejo puso un dedo sobre mis labios y a continuación declaró:

—Soy el hombre menor de treinta y cinco años más rico de Europa.

Yo lo miraba a los ojos sin entender, mientras que él miraba a los míos expectante. Ante su insistencia, no me quedó más remedio que preguntarle:

—¿Dónde está la cámara oculta?

—Marina, estoy intentando ser sincero contigo: aparezco en la lista Forbes entre los quinientos hombres más ricos del mundo, al lado de Steven Spielberg, para más señas.

—¡Joder! —exclamé con admiración.

Desde luego, la noticia no podía ser más insólita. ¡Estaba sentada encima de las rodillas de uno de los hombres más adinerados de todo el planeta! Pese a ello, a pesar de lo inaudita que sonaba esa revelación en mis oídos, que a duras penas eran capaces de asimilarla, resolví que en nada podía influir en mi vida. Él tenía unas circunstancias, que eran específicas, y yo las mías, tirando a inespecíficas, cuando no inexistentes, pero, en cualquier caso, sólo

coincidían en tanto en cuanto nuestros afectos lo hacían.

Por tanto, me di por informada y, acto seguido, cambié el tema la charla, centrándola en una nueva clienta cuya casa me acababan de encargarse.

—Vas a alucinar. Está soltera, nunca se ha casado y ¿te puedes creer que tiene treinta y un vestidos de novia colgados en un armario? ¡Como se enteren los de Divinity le montan un programa especial de *El vestido de tu boda!*

—¿De verdad que no vas a hablar más sobre el tema? ¿De verdad que no me vas a preguntar cuántos millones tengo? —quiso retomar Alejo el tema de la conversación anterior.

—¿De verdad crees que voy a ser capaz de comprenderlos? Soy de letras puras, así que, a partir de un millón de euros, la cosa se me complica.

Alejo se rio, y más cuando le planteé la siguiente cuestión:

—Entonces ¿eres famoso?

—Bueno, no me doy a conocer, pero, en determinados círculos, por descontado que sí.

—Me refiero a que si tecleo tu nombre apareces en Google.

—Claro —respondió él, sorprendido y extrañado.

—Vale. En cuanto llegue a mi casa pienso comprobar que no estás casado. ¡Dios, qué susto me has dado!

—Te juro que no lo estoy —volvió a prometer entre carcajadas—. Pero sí hay otra cosa que tengo que decirte.

—Ahora sí que no sé qué pensar. ¡Hoy me vas a matar!

—Tú y yo ya nos conocíamos.

—No es verdad.

—Sí, y te lo voy a explicar —sentenció Alejo.

Y comenzó, desde el primer correo, hasta los cientos que llegaron después, pasando por la construcción de su casa.

—¡No me lo puedo creer! —me maravillé—. ¿Tú eres el dueño de esa casa? ¿Hice para ti esa casa..., con esa piscina ubicada en la plataforma, con ese techo de cristal, con esa agua que reflejaba el color del cielo...?

—¡Ése soy yo!

—¡Pero tu nombre no aparecía en los correos! Es más, creo recordar que era una dirección corporativa...

—Me gusta preservar mi intimidad, de manera que siempre utilizo cuentas anónimas.

—Pero ¡y qué casualidad que hayamos vuelto a encontrarnos!... Espera... —caí en la cuenta de repente—, esto no es casualidad: tú sabes quién soy yo desde el principio.

—Cierto. Contacté contigo porque quería conocerte, y si me das cinco minutos te lo explicaré todo.

—Adelante —aseguré con más intriga que enfado, o recelo, a pesar de lo inquietante de su revelación.

—Soy una persona bastante solitaria, pero nunca me he encontrado a disgusto con esa situación; al contrario, la asumo como parte de lo que soy. Sin embargo, cuando empecé a recibir tus correos hace cinco años descubrí a una mujer interesante, a la que pensé que merecía la pena conocer. Lamentablemente, el trabajo se acabó, y no me pareció oportuno, o correcto, contactar contigo para establecer una relación más personal.

En aquellos instantes empecé a entender esa impresión que tenía al principio, en las primeras cenas, cuando observaba cómo Alejo se reía a veces con mis comentarios, invadido por una nostalgia que parecía reconfortarle.

—No obstante —prosiguió—, esa sensación permaneció intacta dentro de mí, así que años después, y con motivo del espectáculo del lago Ness, intenté localizarte, sin conseguirlo, en la dirección de correo que solías utilizar.

—Me despidieron, ya sabes, la crisis...

—Yo seguí indagando, hasta que di contigo en The Living Home, donde acababan de contratarte; figurabas en la página web, de manera que no fue difícil. Y el proceso siguiente también fue sencillo: le mandé un *email* a Adrián Doménech, explicándole quién era yo, mi exigencia acerca de que tenías que ser tú quien sacara adelante el proyecto y que bajo ningún concepto podía desvelarte el origen del encargo, ya que prefería hacerlo yo personalmente.

De nuevo comprendía ahora la actitud de mis compañeros en el estudio de decoración al atravesar el pasillo de la empresa cuando lo recorrí por primera vez, ese ademán de expectación, y el ápice de asombro, así como las palabras



sueñas que capté de sus conversaciones: *exigió, sin límite, libertad absoluta, prioridad, posteriores...*

—¡Pero no diste señales de vida! —recordé en ese momento—. De hecho, yo le planteé a Adrián si podía establecerse algún tipo de contacto contigo, pero me aseguró que era imposible.

—Me surgió un problema grave con una de mis empresas, en la que tuve que centrarme al cien por cien, lo que hizo, además, que no pudiera llegar a Escocia hasta el mismo día del evento, con lo que tuve que idear un plan B.

—¿Un plan B? —pregunté desconcertada.

—Al igual que la vez anterior, una vez completado el encargo, no me sentía cómodo con la idea de pretender establecer, sin más, una relación personal, de manera que te busqué un nuevo trabajo que hacer para mí, llamado casa de El Escorial.

—¿Me estás diciendo que te compraste una casa sólo para contactar conmigo?

—Bueno, puedo decirlo de muchas maneras, o darle muchas vueltas, pero básicamente sí.

Ahora sí que me había matado, pero no debido a la revelación de su fortuna, fuera la que fuese, que si era igual que la de Spielberg seguro que era enorme, ya que éste tenía pinta de ser rico de cojones, sino porque ¡se había comprado una casa como excusa para quedar conmigo! Y ¿sólo éramos buenos amigos? ¡Joder, con los ricos, qué caros les salen los amigos!

Al cabo de un rato, cuando mi respiración volvió a ocupar los órganos habituales por los que discurrir, tras haberse convertido en extracorpórea durante algunos minutos, Alejo manifestó de nuevo su asombro.

—¿Sabes? Eres la única mujer que no se ha vuelto loca cuando ha sabido quién soy y/o el dinero que tengo.

—Yo misma ya tengo bastantes razones para volverme loca sin necesitar las de los demás —le aseguré con convicción.

Percibía que mis respuestas le agradaban sobremanera, pero también que necesitaba de una confirmación mayor, o incluso superior.

—Aunque no lo haya parecido, mi comentario anterior era una pregunta... —insistió.

—Pero ¿qué quieres que te diga?! —Lo miré entre divertida y desconcertada—. ¿Que me alegro mucho por ti? Aparte de eso, no se me ocurre nada. ¿Te parece bien esa respuesta o tengo que pensar más?

—Es perfecta —afirmó contundente esta vez, con una sonrisa tan enorme que se le escapaba de la cara, aunque en sus ojos se podía adivinar un mensaje más íntimo, o concreto, en el que había modificado y añadido alguna palabra, adquiriendo la forma de un «tú eres perfecta».

—Vale, ¿entonces podemos aparcar ese tema y seguir con nuestra vida? —le señalé con una sonrisa.

Alejo accedió, aunque no sin antes precisar un detalle más.

—Yo voy a preguntar una última cosa y después pasaré página, te lo aseguro: ¿no hay nada que te inquiete acerca de lo que hemos hablado?

Enfocado así, claro que había alguna cosa que me preocupaba, y con un plural bastante largo. De cualquier manera, sopesé su posible reacción, calibré los probables efectos secundarios, avancé, retrocedí, aún dudé unos instantes más, pero, en última instancia, animada por su sinceridad, me incliné por ser honesta yo también.

—Está bien. Voy a comentarte algo que me va a hacer sentir muy vulnerable, de forma que tienes que prometerme que cuando acabe de hablar no vas a decir nada, porque cualquier cosa haría que me sintiera todavía más frágil.

Lo que yo pretendía evitar a toda costa era que se viera obligado a decir algo que no pensaba, un cumplido, un comentario positivo, con el único objetivo de quedar bien..., o negativo, con el propósito último de ser sincero, lo que también me partiría el corazón. Pero, afortunadamente, Alejo aceptó los términos de mi propuesta.

—De acuerdo. Te lo prometo.

—Mírate: eres inteligente, elegante, caballeroso, encantador, educado, considerado, atento, cortés, galante, cariñoso, divertido, detallista, romántico... Además, eres guapísimo, altísimo, tienes un cuerpo por el que cualquier mujer perdería la cabeza; eres el mejor amante del mundo, al menos a mí me vuelves loca... Eres perfecto. Y me gusta mucho estar contigo, me lo paso muy bien contigo, me encanta estar contigo, disfruto enormemente

contigo, y todos los contigos que se te puedan ocurrir. Sin embargo, desde que me besaste por primera vez, todos los días me pregunto cómo es posible que quieras estar conmigo, cómo es posible que alguien como tú quiera estar con alguien como yo, porque, ¿sabes?, yo soy justo lo contrario. No soy nadie o, mejor, no soy nada. Y menos lo soy ahora, sabiendo todo lo que has logrado siendo tan joven, y no me refiero al volumen, a la cantidad de millones que tengas, sino al hecho en sí de lo alto que has llegado. Cualquier mujer estaría orgullosa de ti. En el lado opuesto, no creo que yo pueda ser objeto de mucha admiración. Antes me has preguntado si tenía alguna pregunta, y en realidad la única que me planteo es cuándo te darás cuenta de quién soy en realidad y dejaremos de ser..., ¿cómo lo has definido antes?, ¿buenos amigos?

Alejo cumplió su promesa y no dijo nada. Por el contrario, algo sí hizo, cosa que, por otra parte, no había prometido no hacer, y fue mirarme, como nunca antes lo había hecho, con los ojos calados, unos ojos en los que no había nada, ni nadie, que no fuera yo; luego me acarició, como nunca antes lo había hecho, con unas manos que eran labios susurrando amor, y después me besó, como nunca antes lo había hecho, con una boca que trasvasaba su aliento bajo mi piel.

Con sus ojos, con sus manos, con sus labios, borró mis miedos, el temor de haber sido demasiado sincera, el desasosiego por haber hablado tal vez en exceso, la sospecha de que en realidad nunca lo había tenido y de que cada día perdía un poco más aquello que nunca había llegado a tener.

Por tanto, si había un minuto en mi vida que no debía morir, para que naciera el siguiente, definitivamente era éste. Habría querido aliarme con el tiempo, ese asesino de momentos, ese generador nato de recuerdos, para que congelara esa fría tarde de diciembre en la que los dos permanecíamos, helados, sentados en el mismo banco que horas atrás y del que ninguno de los dos quería levantarse.

A ratos eran nuestros abrazos los que nos abrigaban; a ratos era el calor de nuestros besos el que nos caldeaba, a ratos era la vehemencia de nuestras miradas la que nos acercaba al inexistente rescoldo de una chimenea capaz de convertirlas en llamas; a ratos era la ternura de sus preguntas la que nos transportaba a otro lugar más templado, o quizá más cálido.

—Hay un montón de cosas tuyas que desconozco y que me gustaría saber.

—¿Como cuáles? —le pregunté con cariño.

—No sé, las pequeñas cosas que hacen que seas como eres, desde la comida que más te gusta, hasta tu recuerdo más bonito, pasando por tu palabra favorita.

—Palabras... —Pensé durante un instante, hasta que di con la respuesta—. *Aire*, sin lugar a dudas, por cómo suena y por lo que implica.

—¿A qué te refieres?

—Es etérea en sí misma, y no sólo por su significado. Además, cada buen recuerdo que tengo lo asocio con el aire, inspirándolo para intentar alargarlo o para fijarlo aún más en la memoria.

—Porque ya tengo una, que, si no, te la copiaba... —comentó Alejo complacido.

—Y ¿cuál es la tuya?

—*Emoción*.

—¿Y la explicación? —solicité con un guiño.

—Es lo me que me ha traído hasta donde estoy, en todos los sentidos.

Sus emociones, las mías, las de los dos, enlazados, entrelazados, tras un beso, el beso que me dio a continuación, pero no sólo como expresión de afecto, o de pasión, sino como un camino para conocerme mejor, escuchando a la vez mis besos, escuchando mi respiración. Abandonarme a él era la única respuesta posible, ya que, aunque mi corazón se resistiera a desprenderse de las dudas, de los miedos, el momento había llegado, ese en el que la razón se rinde y el alma se inclina.

—¿Y tu recuerdo? —me preguntó entonces Alejo susurrándome al oído.

—El día de mi primera comunión —aseguré sin titubear—, y eso que la hice vestida de monja, toca incluida, y no con el traje de mininovia, que es lo que les priva a las niñas. Pero si cierro los ojos aún puedo verme como la más feliz de todas ellas, sintiéndome mayor, sintiéndome importante, gigante en ilusiones por haber puesto por primera vez un pie en el mundo de los adultos, sintiéndome invencible por ello. El resultado fue que se desencadenó en mí una sonrisa tan grande que inundaba la Iglesia entera, la católica, la protestante, la ortodoxa y la de cualquier confesión que se pueda profesar.

¡Deberías haber visto las fotos! Ni ampliándolas había sitio bastante para ubicar todos mis piños.

—¿Me enseñarás alguna? —pidió Alejo entre risas.

—No te preocupes, si conoces algún día a mi amiga Clara ya se encargará ella de ponernos en ridículo a ambas, que íbamos las dos a la par. Y ahora es el turno de tu recuerdo —le indiqué.

—Creo que no te he contado que mi primer negocio consistió en un puesto callejero en el que yo mismo vendía chapas, y te diré también que no tardé mucho en hacer mi primera venta, a una niña preciosa, de unos seis años, que iba peinada con dos larguísimas trenzas. Tenía los dos paletos mellados, de manera que se le escapaba el aire a través de ellos, y, además, transformaba en «Z» todas las «S». Me acuerdo como si fuera ayer de lo que me dijo cuando se acercó: «*Zoy una niña, pero quiero zer una princeza, y necezito zaber zi tienez una chapa que me convierta en princeza*». Le saqué una, la más rosa que pude encontrar, se la enseñé, le encantó, se la puso y, como consecuencia, me regaló un maravilloso: «¡Tú *tienez* mucho futuro en el mundo de *laz princezaz!*».

—¡Qué cosa más mona! —aseguré enternecida.

—¿Verdad? El encanto personificado era aquella niña. Y, cambiando de tema, dime cuáles son tus platos favoritos, que quiero aprovechar para llevarte a cenar a un sitio acorde con tus gustos. ¡Que te vas a congelar si seguimos aquí!

—Pues, aunque soy muy golosa, con lo que más disfruto es con la fruta, principalmente las naranjas.

—¿En serio?

—Ya sé que es raro, y poco glamuroso, pero yo soy así —confesé encogiéndome de hombros—. Y luego me gusta mucho el marisco, las gambas a la plancha sobre todo, y el cordero, principalmente las chuletas. ¿Y tú?

—Los donuts, los clásicos, los de toda la vida, y también los regalices rojos.

—¡Me parto de la risa! ¿Me lo estás diciendo de verdad?

—¡Ya te digo! ¡Son adictivos! Como caiga más de uno en mis manos, no puedo parar hasta acabar con todos.

—Bueno, tal vez podamos encontrar abierta una tienda de chuches para tomarlos de postre.

Con ese fin nos fuimos del parque, él con uno de sus brazos rodeando mis hombros y yo enganchada a su mano y a su cintura, saboreando sus besos y también sus palabras. Tenía la sensación de que, con esos recuerdos, Alejo me había hecho el mejor de los regalos, uno intangible e inesperado, que consistía no sólo en permitir que me adentrara en sus aguas más profundas, sino en dejarme recalar en ellas.

Me sentí agradecida, igual que lo hacía cada vez que recibía entre semana alguno de sus mensajes, en los que me obsequiaba con pequeños retazos de su vida, pequeños regalos, o al menos lo que yo entendía como tales.

No en vano, no hace falta comprar algo para regalar, no hace falta gastar dinero para obsequiar; únicamente se necesita un pensamiento y querer ofrecérselo a alguien como muestra de afecto, sin esperar nada a cambio. Y eso era lo que yo más valoraba, porque para todo lo demás ya estaba la MasterCard, o fuera la que fuese la tarjeta de crédito que utilizaban Alejo Larralde, Steven Spielberg y los 498 millonarios Forbes restantes.

Por tanto, aquella noche yo era la mujer más afortunada de la Tierra, ya que un hombre maravilloso, al que le habría dado de haberlo necesitado no sólo uno de mis riñones, sino los dos, había engarzado su cuerpo y un poco más de su alma al mío.

Me acordé de mi primera lista existencial, aquella que escribí con veinte años y en la que describía pormenorizadamente cuáles eran mis pretensiones de cara los treinta: estar casada con un hombre apuesto y rico dispuesto a cuidar generosamente de mí y de mis dos potenciales hijos, viajar continuamente a lugares exóticos y ser dueña de varias casas, así como de una enorme colección de ropa y complementos de lujo.

A veces recordar es la única manera de ver lo que quieres en realidad.

Ahora que podía rozar ese sueño antiguo con la punta de los dedos, lo último que pretendía de Alejo era su dinero, pues prefería un beso, o una confesión, a un bolso de Louis Vuitton. Y es que a veces la gente alcanza la felicidad a través de caminos misteriosos, ajenos a los destinos por ellos mismos trazados.

Como contrapunto me acordé de mi nueva clienta, con sus treinta y un vestidos de novia colgando de un armario, con una habitación de bebé preparada para un hijo que nunca había tenido y que jamás tendría. Y a sus sesenta años ya daba igual si eso había sido lo que más deseó, indiscutiblemente más que su boda, porque una vez aniquilados sus sueños lo único que importaba era que debía enfrentarse a la vida que en definitiva tendría, aquella que nunca había querido, o incluso la que detestaba.

Y lo hacía vestida de un negro profundo, impactantemente elegante, impactantemente sencilla, sin un solo anillo, pendiente, collar o pulsera, sólo negro, recubierta por un vestido negro, entallado, y un pelo corto, muy corto, adherido al cuero cabelludo, con un aire distante, más bien lejano, propio de alguien que ya ha hecho el viaje de ida y vuelta a otro lugar, donde una vez que regresas sabes que no hay marcha atrás.

Como la luna, su cerebro tenía una cara visible, que la hacía sentir a veces tan feliz que más era imposible serlo, a la vez que aspirar a una boda perfecta, a una familia perfecta, a una vida perfecta. Desafortunadamente, también existía una cara oculta, la que la había llevado cerca de estar a dos metros bajo tierra.

Seguramente Joaquín Castro, el psiquiatra de Amanda, habría dicho de ella que padecía un trastorno bipolar, proceso en el que se alternan los períodos de euforia y de depresión, pero para mí era únicamente una persona con una vida descompuesta.

Desde mi punto de vista, cuando la vida se corrompe, cuando las metas previstas no alcanzan sus fines, los hay que se resignan, los hay que se refugian en un confesionario, en la barra de un bar, en un quirófano, para intentar eliminar las huellas que el tiempo, los fracasos y el desamor han dejado en sus cuerpos..., o los que meten un decorador en su casa para que borre el pasado y les remede el alma.

Por tanto, una vez más, mi trabajo consistía en realizar un *patchwork* vital, en mezclar y unir piezas de diferentes colores, texturas y envergaduras, tanto materiales como existenciales, porque un decorador es el que consigue buenos resultados con los medios a su alcance, que no son siempre los técnicos.

Para mí, a la hora de abordar un proyecto, lo más importante era la

amplitud de miras y la perspectiva, conseguir ver las cosas como un conjunto, con todos los elementos —ya fueran perceptibles o imperceptibles— que debería incluir en su interior.

La gente tiende a pensar, por ejemplo, que las simetrías suelen ser uno de los aliados más eficaces en la decoración. Por el contrario, éstas no siempre funcionan bien porque, sin ir más lejos, a la hora de colocar adornos, tres o cinco objetos resultan más eficaces que dos o cuatro, ya que la vista los entiende mejor. De la misma manera, esas asimetrías podrían venir determinadas por la presencia no de un número impar de piezas, sino de realidades impalpables en forma de pesares, aflicciones y, por qué no, esperanzas, no previstas en una decoración convencional, pero que no por no esperadas dejan de ser importantes, o tal vez esenciales.

Probablemente, el único componente intangible que mi nueva clienta necesitara dentro de su círculo era paz, un término medio entre su exceso de felicidad y su exceso de tristeza, que, como bien le había definido Blanca a Amanda tiempo atrás, era tan adictiva que «una vez que la sientes, automática e inconscientemente, necesitas formar parte de ella, y cada vez necesitas más».

Sin embargo, ya a principios de noviembre, mi madre había empezado a alternar las etapas de paz con las de actividad..., mucha actividad, con Tristán.



*Blanca, Marina, la loca con cara de  
loca, Amanda, Joaquín y un recuerdo*

Ya después del verano empecé a notar algunos signos inequívocos en mi madre de haber comenzado a cuidarse, para lo que —por ejemplo— se recorría una vez al día la conocida ruta del colesterol, una calzada por la que transitaban todos los cincuentones y afines del barrio con el propósito de hacer amigos primero y controlar los triglicéridos después.

Este hecho en sí ya no dejaba lugar a muchas interpretaciones, porque Blanca era anti muchas cosas, pero, sobre todo, antizapatillas de deporte. «¡Es que me dan una alergia... que hasta sofocos me entran en los pies!», solía argumentar como excusa para rechazar cualquier fundamento que tuviera que ver con una vida sana.

Por tanto, la única explicación posible era que estaba preparando su cuerpo para una experiencia trascendental. Y si me quedaba alguna duda la despejó cuando empezó a cuidarse incluso por dentro. Para ello, dejó de ingerir tomates, que eran uno de los alimentos que más le gustaban, que más podían perjudicarlo... y espantar a cualquiera que anduviera lo suficientemente cerca de ella. El motivo era que esas frutas-verduras-hortalizas —o lo que botánicamente quiera Dios que sean— se comportaban como terroristas en su colon, explotando en ocasiones, aunque implosionando en otras, ya que lo que ocurría en su cuerpo mientras las

digería podría definirse como un fenómeno de la naturaleza consistente en el estallido de un cuerpo dentro de otro, hecho que sucedía con mucho, mucho estruendo.

De cualquier manera, a pesar de estos cuidados, cada día era más evidente que Blanca Solís se hacía mayor. Y si quería observar cómo sería yo cuando llegara a su edad sólo tenía que mirarla, porque éramos como dos gotas de agua: los mismos ojos, el mismo color de pelo, las mismas facciones, la misma altura... Sólo nos separaban veinte primaveras, otros tantos kilos e igual número de arrugas y demás degeneraciones faciales producto del paso de los años. Yo no le decía nada, para no deprimirla, pero con quien llevaba camino de dormir permanentemente no era con Tristán..., sino con su dentadura postiza, aunque en camas separadas.

Yo hacía como que no me enteraba de que compartía edredón y almohadón todos los fines de semana con su novio, si bien hablaba tan alto con Amanda que era difícil fingir que vivía en la ignorancia. Y no es que yo me considerara muy puritana, pero los temas concernientes a la intimidad de mi madre me resultaban inquietantemente perturbadores. No obstante, de sobra sé que, de haber tenido algún interés, ella me hubiera puesto al día con todo lujo de detalles, y con pelos y señales también. ¡Pues no era rara ni nada!

El que nunca supe cómo pudo enterarse fue mi padre, aunque, conociéndolo, seguro que activó su sexto sentido, el relativo a las mujeres, y a continuación secuestró a mi madre en plena calle para obtener el resto de la información. Un buen día la esperó a la salida del trabajo para, con la excusa de agradecerle los seis mil euros que le había prestado en su momento y que le habían permitido reflotar, invitarla a cenar y sonsacarle.

Lo primero que a Blanca le llamó la atención de aquella cena fue que, a pesar de que, obviamente, sentados a la mesa sólo estaban mi padre y ella, se percibía la presencia del CDRM o, lo que es lo mismo, el Club de Damnificadas por Rodrigo Mirizarry, como había dado en llamarlo mi madre.

—Te juro que allí había más de doscientos comensales—se carcajeaba mi madre mientras me lo contaba—, y ¿sabes lo más gracioso? ¡Que tu padre quería quedar bien con todas ellas!

Sin lugar a dudas, ése era mi padre, el *bienqueda* patológico, incapaz de

dejar pasar una oportunidad sin intentar caerle bien a todo el mundo y, de paso, ampliar el número de miembros del club.

—Es decir —confirmé con ella—, que mientras estaba contigo intentó ligar con la camarera...

—... y con la cajera, la ocupante de la mesa de al lado, cuyo marido había ido circunstancialmente al baño, la de la mesa del otro lado que estaba con sus dos hijas, con una de las hijas y con la otra después..., y con la madre que las parió a todas, que pasó por allí, también.

—Y ¿contigo lo intentó? No hay nada peor para un marido, aunque sea un ex, que dejar de ser Atila, ya sabes: «¡por donde yo paso no vuelve a crecer la hierba!».

—Por supuesto. Se escudó en que, al fin y al cabo, si le había prestado el dinero era porque aún sentía algo por él.

—Y ¿qué le dijiste?

—La verdad, que lo había hecho por mí, no por él.

—Y no te entendió.

—Por descontado que no.

A pesar de que el resultado de la velada pudiera parecer desalentador, al menos no consiguió llevarse a mi madre a su terreno, porque el problema que tenía con respecto a él, después de tantos años juntos, no era que Rodrigo Mirizarry fuera su otra mitad, sino un trozo de ella misma «puesto ahí fuera», como lo definía la propia Blanca. Y si algo bueno salió de ella fue que, a partir de esa noche, mi madre se endureció un poco más, e incluso cambió el nombre de su contacto en el móvil, que pasó de ser «Desgraciadamente, el padre de mi hija» a «No pienso coger tu llamada así estés desmembrado en la cama de un hospital». «Un poco largo —pensé—, y va a tener que ponerse las gafas de cerca para leerlo, pero si a ella la hace feliz...»

—Y ¿en qué quedó la cosa al final?

—En que al séptimo intento de ligoteo le espeté: «¿A ti lo de la puta no te ha enseñado que todo lo malo que hagas en la vida se paga, pero en vida?».

—Y tampoco te entendió.

—Por descontado que no.

Desafortunadamente para ella, además, ésa no era la única experiencia

desagradable que le deparaba la noche, ya que, a eso de las dos de la madrugada, otra que también parecía tener un radar, la loca muy loca con cara de loca, se presentó en nuestra casa exigiendo de mi madre que liberara a Rodrigo.

—Pero ¿esa gilipollas se cree que lo tengo escondido, como si fuera Drácula pero en hibernación, en una caja gigante de IKEA debajo de la cama?

Y como Blanca se negó a abrirle la puerta, se la oía gritar desde el descansillo como una posesa, con voz de loca y con cara de loca, porque la voz traspasaba la puerta, pero es que la cara se colaba no sólo a través de la mirilla, sino también de las ranuras: «¡Tenemos derecho a ser felices, y tú estás matando nuestro amor, y a él, no dejándolo marchar!».

—No, si no hace falta que lo mate yo, que ya lo vas a hacer tú con tu persistencia y tus memeces. Y el epitafio que pondrás en su tumba será: «Lo maté porque soy una necia». O tal vez se encarguen las tropecientas mil amantes despechadas, que ésas sí que le van a dar una muerte dulce..., ésas sí que lo van a correr... ¡pero a gorrazos!

Yo notaba que mi madre iba a sucumbir de un momento a otro a un ataque de los suyos porque se estaba poniendo roja de indignación, morada de ira, verde de espanto, naranja de rabia, amarilla de cólera..., que su cara atravesó en apenas treinta segundos por todos los colores hasta convertirse en un arcoíris..., pero de chispas, ¡que pensé que se iba a prender fuego a sí misma!

Al día siguiente, mientras Blanca se lo contaba a Amanda, sólo era capaz de encontrar una explicación a lo sucedido.

—Lo de esa perturbada es la ejemplificación de la teoría del absurdo, aunque elevada a la locura. Pero ¿qué coño de pájaros tiene ésa en la cabeza? ¡Espera!, que lo que tiene ¡es una bandada de gansos! ¡Y le graznan! —se desternillaba mi madre al relatarlo.

—¿Te suena el dicho «Lo importante no es escuchar lo que se dice, sino averiguar lo que se piensa»? Pues esa chica necesitaría unos buenos auriculares que la aislaran del mundo... y que la conectaran a su vez con su cerebro —sentenció Amanda entre risas.

—Y ¿cómo andan tus conexiones con Joaquín? —cambió de tema mi madre, si bien lo preguntó con toda la delicadeza posible, sabedora de

antemano de que se trataba de un tema sensible para ella.

—Todavía no hemos conseguido encontrar los cables que nos enchufen — desveló ésta.

No en vano, tras el episodio vivido en casa de Luchi con motivo de la cena de solteros a la que los dos acudieron, no habían logrado dar con la forma de volver a encajar los sentimientos que parecían haberse despertado entre ambos.

\* \* \*

Así, cuando Amanda llegó a la consulta a la semana siguiente no podía reconocer en Joaquín a su psiquiatra, pero tampoco a un amigo, o a un compañero de infortunios que la vida le había puesto en el camino. Lo único que alcanzó a hacer fue aferrarse al cojín, el más bonito que Joaquín había podido comprar para ella, aunque lo utilizó de escudo, más que de coraza, sin ser capaz de pronunciar ninguna palabra y menos aún de expresar alguna emoción.

Joaquín, por su parte, se encontraba acobardado, incluso avergonzado, después de haberse dejado llevar por sus afectos, o de que éstos lo hubieran traicionado en forma de esa lamentable frase final: «Gracias por hacerme pasar la mejor noche de mi vida», precedida de todo lo demás. «¡Si es de libro! —se lamentó—. ¡Es como decirle a una mujer que la quieres o que quieres casarte con ella como remedio a todos los males de una pareja!»

Aun así, confiaba en que, como ocurre con algunas malas noches y los malos sueños que las acompañan, la luz del día arrastrara, y borrara, la enormidad de sus palabras; sin embargo, al igual que sucede con las pesadillas, lo malo no es lo que se olvida: es lo que se recuerda.

En cuanto a Amanda, ella supo desde el principio que si había habido un pedazo de magia en aquel viernes se había esfumado en los días posteriores. Quizá aquel día les sobrara el licor de whisky —con todas las desinhibiciones que implicaba—, que ahora les faltaba, y tal vez aquel día les sobrara la noche —que todo lo engrandece y lo magnifica—, y que ahora también les faltaba.

En última instancia, ella lo comparaba con un amor de verano que, al

sacarlo de su contexto y trasladarlo al invierno, no aguanta las inclemencias del tiempo y hace aguas por todas partes.

Pese a todo, y a pesar de la constatación de estas circunstancias, a medida que fueron transcurriendo las semanas ambos siguieron aferrándose a su consulta semanal, negándose a abandonar algo que podría haber sido, pero incapaces de saber hacerlo funcionar.

No obstante, en vísperas ya de las Navidades, Joaquín pensó que no sólo estaba perdiendo el tiempo, sino también la vida en ello, porque de sobra sabía que éste no siempre se porta bien con los que no se atreven a perder sus miedos y a librar sus propias batallas. Y es que, si hay dos certezas universales, la primera de ellas es que hay dos tipos de hombres: los que se atrincheran y los que se arriesgan, y la segunda, que el momento perfecto nunca llega.

Por eso, a medida que pasaban los días empezaban a pesar más en su balanza las mil y una cosas ilimitadas que estaría dispuesto a hacer por Amanda, siendo la más importante de todas ellas una apuesta, para los buenos tiempos, los días en los que todo saldría bien, y para los malos tiempos también, los días en que inevitablemente todo saldría mal.

Bajo esa premisa, unos días antes de Nochebuena, que se correspondían con la última cita que tenía programada con ella para el año en curso, compró una botella de Baileys y la guardó en un cajón.

El día acordado, cuando Amanda apareció por la puerta, Joaquín le pidió que se sentara en el sofá. Acto seguido le quitó el cojín con el que ella ya se había pertrechado, se dirigió hacia la mesa, sacó la botella, la vació por completo en una jarra que había depositado previamente en la mesa y colocó dos vasos vacíos delante de ellos junto con la botella que había vaciado de antemano. Por último, se puso en pie con el fin de descorrer las cortinas, subir las persianas y encender todas las luces del despacho, de forma que no hubiera ningún punto de sombra o de oscuridad en toda la consulta. De esta manera, si algo inundaba el espacio era la luz.

Cuando se sentó junto a ella, sus palabras fueron tan contundentes como sinceras:

—Lo único que tenemos delante es un recuerdo, pero aquí ya no hay

alcohol, ni noche que nos aturda o nos desconcierte. Y ahora vamos a hablar.

*Marina, Alejo, Patricia, Amanda,  
Joaquín y un electrodoméstico sin  
garantía*

A finales de diciembre, poco antes de Navidad, Alejo pronunció las fatídicas palabras, y digo fatídicas porque con posterioridad lo resultaron:

—Mi madre quiere conocerte.

Nótese que no afirmó: «Quiero que conozcas a mi madre», o cualquier otra variación sobre esta segunda opción. Así, era su progenitora quien, desde el punto de vista profesional, le había pedido quedar conmigo.

Al parecer, había estado por su cuenta en la casa de El Escorial, le había encantado y quería que le decorara la suya, un dúplex sito en la madrileña plaza del Marqués de Salamanca, que, según las palabras de su hijo, parafraseando a su vez las de su madre, «es tan bonitamente correcto que me mata de aburrimiento».

Según fui informada por Alejo, la madre lo había organizado todo para que fuéramos a cenar a su casa una semana más tarde con el fin de matar dos pájaros de un tiro, no a mí, ni a su hijo, en el sentido literal de la expresión — o eso esperaba yo, ya que aún desconocía hasta dónde alcanzaba el conocimiento de Patricia, que así se llamaba, sobre nuestra relación—, sino para conocerme y que pudiera ver *in situ* el objeto de la reunión, con el propósito de hacerme una idea del espacio y poder así establecer un plan.



Yo no sabía a ciencia cierta, y no me atrevía a preguntar, qué era lo que Alejo le había contado a su madre acerca de nosotros dos, si el consabido «somos buenos amigos» o había profundizado algo más en la descripción de nuestro llamémoslo vínculo, o incluso menos, limitándose a describirnos como decoradora y cliente.

En cualquier caso, ante la perspectiva de que tuviera cuando menos alguna vaga sospecha, o de que algo se barruntara, lo que más me preocupaba era cómo conseguir caerle bien a la madre de uno de los hombres más ricos del mundo. No en vano, a no ser que en el plazo de una semana me adoptaran Amancio Ortega —dueño de Zara—, Bill Gates —dueño de Microsoft— o el ya mencionado Steven Spielberg —que no necesita presentación—, esa mujer iba a pensar irremediablemente de mí que lo que más me atraía de su hijo era su más que abultada cuenta corriente. Y, para ser justos con ella y con la situación, ¿qué madre no lo pensaría?

Decir que pasé la peor semana de mi vida sería cometer un acto de injusticia con la palabra peor, por sumamente benevolente y escasa. Pésima, atroz y aterradora se acercarán más la definición de mi estado de ánimo desde que me enteré del descomunal acontecimiento, que, por supuesto, no pude ni quise rechazar. Al fin y al cabo, se trataba de uno de esos hechos que, aunque sabes que puedes salir escaldada de ellos, te atraen irremediablemente, como bañarte en el agua del mar mientras una tormenta de verano truena en el cielo.

De cualquier manera, y en un acto de sinceridad para conmigo misma, debería confesar que no sabía qué me inquietaba más, si caerle mal a la madre o el no por muy manido menos cierto «no tengo nada que ponerme», que se mantenía intacto en mi cerebro independientemente de cuáles fueran las razones del encuentro, ya se debieran verdaderamente a fines profesionales o a averiguaciones sentimentales.

Para mayor consternación por mi parte, además, tanto Clara como Sabrina, y poco después mi madre, se habían cerrado en banda, negándose a aconsejarme en la elección de atuendo tras la última ocasión, en que dedicaron una jornada laboral completa —ocho horas, de reloj— a la selección de mi vestimenta para acudir a un evento.

Sola ante el peligro, por tanto, y más desorientada que una multimillonaria

renovando su vestuario en un mercadillo, me enfrenté a mi armario con tanta intriga —por qué no decirlo— como desasosiego, al ser la primera vez que me veía en un brete así. Y es que, ¿qué se pone una para conocer a la suegra, aunque de verdad no lo fuera?

Con o sin intriga, el hecho era que mis pesquisas no daban los resultados esperados porque cualquier cosa que me probaba, cualquier mezcla que intentaba ensayar, se me antojaba tan dispar y difícil de combinar como el azúcar moreno y la sal marina fina.

Tan desesperada estaba que, por una vez en mi vida y sin que sirviera de precedente con respecto al tema de la ropa, seguí al pie de la letra el consejo que me dio mi madre —y no la opción opuesta, como era lo habitual en mí—, en forma de una frase de Coco Chanel con la que me regaló cuando me vio a punto de serrarme las venas con la barra del armario donde se cuelgan las perchas:

—«Viste vulgar y sólo verán el vestido. Viste elegante y verán a la mujer.» Ponte algo discreto, muy discreto, que apenas llame la atención pero que te siente como un guante, y sólo un toque, un adorno, que te distinga.

Ganas me dieron de ir a Chanel, pero a la tienda de la madrileña calle de Ortega y Gasset, a rematar la faena. Sin embargo, como también dice el refrán, no se le pueden pedir peras al olmo; a saber: mis tarjetas de crédito eran el olmo, y las peras, mi saldo.

Finalmente opté por un vestido de lana fría gris oscuro, con cuello a la caja, sin mangas, muy entallado y a la altura de la rodilla. Y para lucir encima elegí un poncho de punto —en tonos grises y verde pardo con pequeños toques de blanco y crema— que en realidad era una bufanda circular, aunque cosida con los extremos montados, de manera que, según dónde se situara la parte más larga, pasaba de ser un poncho a un fular ancho cerrado.

Llegado el día, y antes de que Alejo pasara a recogerme, me acerqué a una floristería cercana a mi casa en la que preparaban los montajes más espectaculares que yo había visto jamás, para los que combinaban flores con ramas de árboles, musgo o cualquier otro elemento que pudiera encontrarse en la naturaleza. Compré el que me pareció más elegante, y original, aunque me daba un poco de miedo que resultara excesivo. Al menos en principio, aquello

era una reunión de trabajo; no obstante, al tratarse de una cena, y en casa de la madre de Alejo, no me sentía a gusto apareciendo con las manos vacías. Además, pensé que las flores, aunque son un detalle personal, probablemente sean el más impersonal de los detalles, lo que me daba una cierta tranquilidad sobre lo apropiado del obsequio. Y creo que acerté.

Asimismo, y para mi sorpresa, Patricia se mostró encantadora conmigo desde el momento en que nos abrió la puerta, como cualquier madre normal, con un hijo normal, que únicamente quiere llevarse bien con la novia de su hijo porque, ¡segunda sorpresa de la noche!, me trataba como si yo lo fuera, y no su decoradora, su amiga, su amiga con derecho a roce, su ligue, su churri, su rollo o cualquier otro apelativo diminutivo del sustantivo en sí: ¡su novia! Y con derecho a futuro, ¡a planes de futuro!

—Me encantó la casa de El Escorial —aseguró Patricia—, y es perfecta para vosotros con vistas a los fines de semana. Es el sitio ideal para descansar, ¡con todo lo que trabajáis!

—Sí, sobre todo Alejo, que no para de viajar.

—Yo espero que, ahora que por fin su vida está empezando a dar un giro —afirmó confiada su madre, concluyendo la frase con un guiño dirigido a mí—, comience a delegar, ¡que ya va siendo hora!

Él la miraba sonriente, aunque sin decir nada, y yo los miraba a ambos, maravillándome del enorme parecido que había entre ellos, porque Patricia era exactamente igual que su hijo: alta, delgada, con el mismo tono oscuro en su cabello y los mismos rasgos en su cara. A sus sesenta años —o ésos eran los que más o menos le echaba yo— seguía siendo una mujer increíblemente hermosa, con lo que no hacía falta aventurar mucho para presuponer que su belleza debía de haber sido espectacular en su juventud.

Pero el parecido entre ambos no era sólo físico, ya que también compartían muchos gestos, e incluso su clase y su estilo a la hora de vestir, ambos sencillos y elegantes a la par. Por tanto, me alegré sobremanera por el atuendo que había elegido para mí, al observar en sus ojos una mirada de aprobación.

Acto seguido me enseñó la casa, impresionante de todo punto en lo que se refería al espacio, así como a las posibilidades, y elegantemente planteada, si

bien es cierto que con una decoración convencional, toda ella uniformada en un suave color beige, aunque con algún toque de madera oscura para crear contraste. Si hubiera tenido que calificarla de alguna manera lo habría hecho como una casa merecedora de una portada en una revista de decoración, pero de las clásicas.

Y Patricia no era así. Sólo con mirarla se podía percibir que se encontraba un paso más allá. De la misma manera, un único vistazo a su casa me había bastado para saber cuál tenía que ser mi estrategia. Adaptando a ese espacio la frase de Coco Chanel con la que mi madre me había solucionado el atuendo para la cena, yo lo habría planteado como «decora de forma convencional y sólo verán los muebles, decora con distinción y refinamiento y verán al dueño».

Con el proyecto ya en mi cabeza, pude respirar aliviada y relajarme, ya que, afortunadamente, la velada no podía discurrir mejor..., hasta que nos sentamos alrededor de la mesa.

Allí fue donde comprobé, horrorizada, cómo esa cualidad de atender, escuchar y recordar, que cualquier mujer mataría porque su pareja tuviera, y que Alejo definitivamente tenía, se había convertido aquella noche en mi peor pesadilla. Así, el primer plato consistía en gambas a la plancha, una de mis comidas favoritas, como bien recordaba haberle comentado a Alejo y como él bien había recordado a su vez al preguntarle su madre, que hasta para eso había sido encantadora Patricia.

El problema al que me enfrentaba, y que Alejo desconocía, era que no sabía pelar adecuadamente las gambas con cuchillo y tenedor, y menos aún con los de pescado, porque todas y cada de una de las veces que mi madre lo había intentado yo la había tachado de pija, retrógrada y burguesa, esgrimiéndole como única respuesta un descuidado «con las manos saben mejor». No obstante, hoy no me iban a saber mejor. Es más, si me las comía, o lo intentaba, se le iban a atragantar a alguien que no era yo.

Ya me había pasado en otra ocasión, hacía unos cinco años, en la boda de una compañera del colegio cuando, tras intentar pelar el crustáceo en cuestión, éste cobró vida propia, y hasta carrerilla, volando por los aires. Yo, presta y pronta, alcé mi cuerpo para agarrarlo al paso antes de que alcanzara el

espacio interestelar, pero, como calculé mal el salto y me excedí en el impulso, acabé despanzurrada, y despanzurrado todo lo que encontré a mi paso, en esa pista de aterrizaje improvisada en la que se convirtió la mesa nupcial. Aunque he de decir que la gamba no acabó sobre el vestido de la novia, sino que lo hizo en el de la suegra, fue a aquélla a la que le cayó encima todo lo demás.

En mi desagravio diré que esa boda ya estaba gafada de antemano, o al menos desde el principio, ya que una vez concluida la ceremonia en la iglesia, cuando se empiezan a decir todos los parabienes, al cura se le escapó un apocalíptico «te acompaño en el sentimiento» dirigido al novio-ya-marido, que se vio rematado por un megalítico «¿no sabe usted la razón que tiene!» esgrimido por ¡la madre de la novia!, que si aquello no le salió del alma, que venga Dios y lo vea, que además estábamos todos en su casa, con lo que verlo, por cojones que tuvo que verlo, u oírlo cuando menos.

Aunque el párroco se disculpó, jurando y perjurando que acababa de officiar un entierro, trastocándosele las ideas en el intermedio, aquello ya no tuvo remedio ni salvación, sobre todo porque la madre de la novia no se retractó.

Y, como fin de velada, y a pesar de que se casaron el 1 de agosto, encima les llovió.

Con estos antecedentes, y volviendo a los crustáceos, así como al comedor del dúplex de la plaza del Marqués de Salamanca, ante la perspectiva de que una situación similar volviera a producirse, había que extirpar el tumor precozmente y con precisión quirúrgica para impedir que se duplicara. Tenía que evitar, pues, y a toda costa, que mi gamba patinara por todo el salón cual cuerpo escurridizo e inatrapable deslizándose por el tobogán de un parque acuático, o, peor, que acabara amerizando en el escote de Patricia, bastante generoso, o yo misma acabando en ese escote también, por lo que opté por la solución más políticamente correcta que pude encontrar en mi sudoroso, por nervioso, cerebro, de manera que aseguré:

—Soy alérgica al marisco.

La madre de Alejo miró a Alejo, Alejo me miró a mí, yo bajé la vista y miré la gamba, con esos bigotes que se me antojaban alas, esa cola, que era

como un timón, cuya única pretensión era buscar mi perdición, y esos ojos que parecían las pantallas de dos GPS concebidos para desorientarme porque, para todos aquellos que piensen que los renglones torcidos de Dios son los locos, quiero hacer constar que se equivocan: ¡son los mapas!, ya sea en su versión antigua, en papel, o moderna, que integran la voz.

Una vez pasado el mal trago, bebí otro —de agua, que no estaba el panorama para efluvios étlicos— mientras me decía: «Bueno, lo peor ya ha pasado».

Pero no, claro que no. Si alguien ha podido pensar alguna vez que la ubicuidad es una cualidad exclusivamente divina se ha equivocado de lado a lado. Murphy —el de las famosas leyes que aseguran que, cuando algo puede salir mal, saldrá mal— es igual de ubicuo y tiene un excelente sentido de la orientación —no como yo—, ¡porque siempre me encontraba!

Así, a esas alturas, ¿alguien tiene dudas sobre cuál era el segundo plato? Chuletas de cordero. Y, de nuevo, ¿qué fue lo que le dije yo a mi madre en su momento? Que Dios nos había dado dedos para algo..., con suerte, para santiguarme en esos instantes con el fin de que se obrara un milagro, pero no, claro que no se produjo, porque ni Dios ni Murphy tuvieron a bien concedérmelo.

No es que mi cerebro sudara, es que se deshidrataba. Y como me encontraba ante una situación que no tenía arreglo, opté por hacer gala de una de las habilidades más ancestrales de las mujeres, consistente en, por no querer hacer el ridículo, hacerlo dos veces, porque ¿alguien adivina qué fue lo que dije?

—Soy alérgica al cordero.

Nueva ronda de miradas, nueva ronda de silencios, nueva ronda de pensamientos de «¡por Dios, que no pase nada más que me hago el harakiri con la paleta del pescado!», y nueva ronda de certezas de que algo más iba a pasar cuando vi llegar el cuenco con el fin de fiesta porque... ¿qué había de postre? Naranjas.

Aunque hasta el momento no lo he dicho, en este punto he de mencionar que soy zurda, hecho que en sí mismo no entraña ningún problema para poder desenvolverse en la vida, salvo algún que otro inconveniente puntual en un

mundo pensado por y para diestros, como la ubicación de las espirales en los cuadernos. En realidad, la única con la que había experimentado dificultades en ese sentido era con mi madre, que jamás me dejaba cortar nada que dejara los dedos de ambas manos expuestos ante el cuchillo; es decir, que me dejaba partir un filete, pero no cortar pan, ya que necesitaba de una mano para sujetar la barra y la otra para rebanar. Y es que, para el que nunca haya visto a ningún zurdo en acción, he de decir que no sólo utilizamos la mano opuesta, sino que cortamos en sentido inverso, con lo que mi madre siempre pensaba que iba a cercenarme algún que otro dedo. De esta manera, y en lo relativo al caso de las naranjas, no es sólo que no supiera pelarlas protocolariamente, separando por cuadrados la cáscara, sino que no sabía pelarlas de ninguna manera, ¡porque siempre me lo hacía mi madre!

Así, ante la tesitura de tener que llamarla para que viniera a socorrerme o hacer el ridículo por tercera vez, decidí que era mejor confesar un ya inevitable:

—Soy alérgica a las naranjas.

En resumidas cuentas, que quedé ante los ojos de Alejo como una idiota, y Alejo, el de los tres mil quinientos millones, quedó ante su madre como otro idiota, ya que, en un detalle de caballerosidad que lo honró, no me dejó en evidencia delante de Patricia, aunque bien sabía él que la que de verdad era idiota era yo.

Asimismo, y también en un detalle de inteligencia que lo ensalzó ante mis ojos todavía más, cuando los dos nos metimos en el coche no me preguntó ni hizo ningún comentario alusivo a lo que había sucedido en casa de su madre.

Haciendo un alarde de coherencia, yo adopté la misma actitud, por lo que los dos permanecimos en silencio hasta que vi, a través de la ventanilla del coche, uno de esos establecimientos que están abiertos las veinticuatro horas del día. Y en ese instante se hizo la luz, que automáticamente se materializó en un plan. Tras pedirle a Alejo que parara un momento el coche, entré en la tienda, eché un vistazo rápido, localicé lo que buscaba, que eran regalices rojos, y compré todos los que tenían, ni más ni menos que cinco kilos. Cómo sería el asunto de extraordinario que el dependiente pensó que quería hacer contrabando y ¡me los cobró el triple de caros!

De vuelta en el coche con los tropecientos paquetes ya en mis manos, y dispuesta a poner en práctica uno de mis lemas —«si no puedes convencerlos, diviértelos»—, le pregunté a Alejo mientras los sacaba de la bolsa:

—¿Tú crees que si entras en coma diabético conseguirás olvidarlo?

En coma no entró, pero descojonarse se descojonó, con lo que al menos tuve un breve espacio de tiempo para explicárselo todo. Y, aunque entenderlo tampoco sé si lo entendió, lo cierto es que la noche no acabó nada mal, y algunas cosas, aunque no fueran las gambas, sino determinadas prendas de carácter más íntimo y personal, sí que acabaron volando por los aires.

A los que, por el contrario, no acababa de convencer ni divertir era a mis compañeros en The Living Home. Yo habitualmente no solía tener problemas para conectar con la gente, ya fuera por esa facilidad mía para hablar, ponerme en ridículo o servir de imán para que las cosas más extrañas me sucedieran, lo que daba lugar a una innumerable retahíla de anécdotas divertidas que siempre eran muy socorridas y que generaban empatía, cuando no conexión. Pese a ello, en mi empresa se me estaba haciendo muy cuesta arriba porque, exceptuando el intento de acercamiento en forma de requiebro sentimental por parte de Adrián, no había tenido mucha más relación personal con nadie de la plantilla, y ya llevaba instalada allí más de seis meses.

Entendía que no ayudaba mucho el hecho de que la mayor parte de los proyectos que entraban en el estudio acabaran pasando por mis manos, ya fuera porque los clientes lo requerían —el boca a boca puede llegar a ser tan efectivo como la mejor campaña publicitaria— o porque se solicitaba mi supervisión para el resto con el fin de darle un toque especial y diferente.

El inconveniente principal de esta situación es que había degenerado en un desequilibrio jerárquico, ya que yo ejercía como jefa de un montón de decoradores —todos, en realidad, que tenían más experiencia y antigüedad que yo en la compañía—, sin serlo en realidad.

Para mi desgracia, nadie parecía comprender que no era algo con lo que yo disfrutara, más bien todo lo contrario —ya que me generaba mucho más trabajo—, y que tampoco se trataba de una exigencia que yo hubiera impuesto, sino que así se me había ordenado por parte de la dirección de la compañía.

Pensé que, con el tiempo, y quizá de manera individual, conseguiría



romper la barrera, pero ¿quién era yo y mis esperanzas para contradecir a Francis Bacon cuando aseguraba que las conductas, como las enfermedades, se contagian de unos a otros? Y en *The Living Home* eran gregarios.

Descartados nuevos posibles amigos, pues, no me quedaba más remedio que concentrarme en los antiguos, o en otros que no lo eran tanto, como Amanda, quien se había convertido en una parte importantísima tanto en la vida de mi madre como en la mía. Y no estaba atravesando precisamente su mejor momento, ya que su relación/no-relación con Joaquín la estaba conduciendo hacia el camino de la amargura.

Meses llevaba dándole vueltas al tema de si debía arriesgarse o no. Por una parte, era innegable que se sentía atraída por él desde aquella noche en casa de Luchi, pero aún la mortificaba su matrimonio, las ilusiones rotas, los sueños rotos, el dolor al descubierto.

Ese dolor... del que Amanda pensaba que era su única posesión y al que no sabía si podría sobrevivir si se desprendía de él.

Esos sueños rotos...

\* \* \*

En aquel momento, sin embargo, lo único que había entre Joaquín y ella era un vacío, el de una botella de Baileys, y el de dos vasos igualmente vacíos delante de ambos, más una conversación pendiente que él había decidido no postergar.

—Amanda, no creo que te sorprendas si te digo que siento algo muy especial por ti y que me encantaría que nos diéramos una oportunidad. Yo estoy dispuesto a poner todo mi empeño en que funcione. Y creo que en una vida en la que las aspiraciones de la gente se centran en que te toque la lotería o que tu jefe se muera de un infarto delante de ti, a poquito que nos esforcemos tenemos bastantes posibilidades de que nos salga bien —aseguró con una sonrisa, intentando rebajar cualquier tensión que sus palabras iniciales pudieran haber levantado en el ánimo de Amanda.

Aun así, Joaquín esperó con temor su reacción. Tal vez se había excedido en su sinceridad, pero llevaban tantos meses en situación de *impasse* que

prefería jugárselas todas a una carta y salir ganando... o perdiendo.

—Tengo miedo —fue la respuesta inmediata de ella.

—¿Qué es lo que te asusta de mí? —preguntó él muy intranquilo.

—No de ti, sino de empezar una nueva relación —repuso Amanda, suavizando así la tirantez de sus palabras anteriores.

—Y ¿qué es?

—Los sueños rotos. ¿Sabes lo único que se pierde de verdad, y que nunca se recupera, cuando una pareja se rompe? Las ilusiones. La gente tiende a decir que has desperdiciado los años que has pasado con esa persona, pero yo no creo que sea así. Gracias a eso aprendes, maduras, creces; todo lo que vives te construye como individuo; lo único que no recuperas son las ilusiones.

—Sólo las ilusiones que tenías con él...

Amanda buscó instintivamente el cojín, pero Joaquín lo alejó aún más.

—No, por favor —le suplicó con suavidad—. Déjame ver lo que hay dentro de ti para poder llegar hasta ahí.

—Vestida gano mucho, y no me refiero a la ropa. No hay nada bueno dentro de mí —sentenció ella.

—¿Crees que no te conozco lo suficiente para saber...?

—Joaquín, no sabes nada —lo interrumpió Amanda—. Cuando nos relacionamos con otros todos somos correctos, e incluso agradables, pero en la intimidad podemos ser monstruos. Y si algo me hizo ver mi matrimonio es que había una persona dentro de mí que yo desconocía, y no era buena precisamente.

—En circunstancias excepcionales hacemos cosas excepcionales.

—Fui capaz de aguantar un infierno, durante diez años, sólo para vengarme. Eso no dice mucho de mí, ¿verdad?

Por fin Amanda había empezado a sacar sus fantasmas fuera.

—¿De verdad llamas venganza a recuperar lo que era tuyo? ¿Y, por hacerlo, crees que dejaste de ser una persona buena para convertirte en una mala? Lo que hiciste fue sobrevivir mientras duró ese proceso, y sobrevivir implica adaptarse a las circunstancias.

—Sinceramente, no creo que merezca otra oportunidad.

Amanda había sacado fuera el mayor de sus fantasmas.

—¿Me estás diciendo que vas a renunciar a rehacer tu vida, no porque no desees hacerlo, sino porque has decidido castigarte por las decisiones que adoptaste, que, por otra parte, pudieron ser correctas, o al menos las únicas que fuiste capaz de tomar?

—Yo te aprecio, Joaquín, pero no que creo que te convenga estar con alguien como yo. Soy una persona muy complicada.

—Todos los somos y, de cualquier manera, lo que sí te aseguro es que hay decisiones que tú no puedes tomar por los demás. Al menos, ésta no la vas a tomar por mí.

Amanda empezaba a ser consciente de que sus argumentos se agotaban, pero aún estaba dispuesta a plantar batalla..., al menos ante sí misma.

—Sólo quiero tener paz. El amor no es tan importante como la paz.

—Voy a ser brutalmente sincero, pero no lo sabes, Amanda, porque nadie te ha querido.

Aunque Joaquín pudiera pensar lo contrario, a ella no le había molestado su comentario, aunque tal vez el hecho sí.

—Con los años hay cosas que dejan de ser importantes... —musitó Amanda.

—No puedes calibrar la importancia de algo que no has tenido. Y no es que sea importante, es que es un anhelo, el estado perfecto...

—Y el mayor de los sufrimientos. Amar implica necesariamente sufrir, y yo ya no quiero sufrir más.

—Sufriste porque amaste, y porque no te no amaron. Y deberías dejar de arrastrar una culpa que no es tuya y, de paso, permitirte un poco de felicidad.

—Si existe, no es para mí. Me quedo con la paz que tengo, o a la que aspiro. Por otra parte, el amor no ofrece garantías de que vayas a ser feliz; es más, creo que te da garantías de lo contrario.

—¿Vas a renunciar a lo mejor que te ofrece la vida?

—Tengo una vida pequeña, en un mundo pequeño, y me gusta. Y, si algo sale mal, no me importará mucho perderla.

—Y ¿no crees que ahora tu mundo es demasiado pequeño?

—Con los años lo he simplificado todo, hasta mis gustos. Te pondré un

ejemplo: cuando era más joven me gustaban las revistas de decoración. Ahora sólo miro el catálogo de IKEA.

—No tienes por qué renunciar a nada...

—Cuando eres joven lo quieres todo...

—Querer a alguien en tu vida no es quererlo todo...

—Me refiero a que tienes todo tipo de sueños, grandes, enormes, incluso desmedidos. Sin embargo, a medida que vas haciéndote mayor, los sueños se vuelven pequeños, o desaparecen, y la vida se resume a conformarse, así como a confiar en que los días pasen lo más despacio e indoloros posible. La gente vive diariamente pequeñas miserias que convierten sus existencias en grandes tragedias. Que, hoy en día, la mía no lo sea es mi gran logro.

—¿De qué grandes tragedias hablas? —preguntó Joaquín con interés.

—Esos matrimonios que no se soportan pero que no pueden divorciarse porque, por separado, el dinero no les alcanza para llegar a fin de mes, que se insultan con la mirada, con las muecas que se hacen cuando coinciden en el pasillo, que se faltan al respeto hasta con la boca cerrada y que están esperando a que el otro se muera en una esquina para poder pasar a gusto por encima.

Joaquín reflexionó un segundo y vio que estaban entrando en un callejón sin salida. Así, a cada comentario que él hacía, y que haría, Amanda encontraba, y encontraría, un argumento para rebatírselo, y combatirlo, pero no sólo sus palabras, sino también a él.

Optar de nuevo por la sinceridad quizá fuera su última mano por jugar.

—Amanda, no puedes dejar de viajar por miedo a que te pierdan la maleta, ni dejar de leer un libro porque a lo mejor no te gusta el final, o dejar de ir al cine porque tal vez haya un apagón y corten la luz. A mí también me engañaron, a mí tampoco me quisieron, a mí también me robaron. Pese a ello, yo no tuve la fortaleza ni la entereza en aquel momento de recuperar lo que era mío, cosa de la que me he arrepentido todos y cada uno de los días de estos últimos diez años. Pero también te digo que nuestras circunstancias son excepcionales.

—¿Sólo excepcionales? —intervino ella con gesto superlativo.

—El sufrimiento no entiende de adjetivos. Pero escúchame cuando te digo

que hay otro mundo, aunque no ahí fuera, sino aquí dentro —afirmó Joaquín acercando la mano a la frente de Amanda.

Ella se apartó ligeramente, temerosa de que la proximidad desvelara la inquietud que sentía. No obstante, Joaquín no desistió.

—La única diferencia entre tú y yo es que, antes de casarme, alguien me quiso y sé lo que implica, lo que significa, y no me refiero a las mariposas en el estómago y a la permanente sonrisa feliz. Hablo de una persona que se preocupa por ti si llegas tarde a casa, que te cuida con mimo cuando estás enfermo, que te sonrío con entusiasmo cuando estás feliz y que se compadece con ternura cuando estás triste. Y te aseguro que, allá donde hay alguien que te quiere, ése es el lugar en el que debes estar.

Joaquín tomó un poco de aire antes de seguir, aunque no dudó ni un instante, ya que por fin estaba decidido a pronunciar las palabras que tal vez ella no quisiera oír.

—Yo no puedo prometerte que lo nuestro vaya a salir bien si decides que lo intentemos; esa garantía no te la van a dar si compras este electrodoméstico —bromeó—, ¡ni ningún otro! Lo que sí te aseguro es que yo no te voy a engañar, ni te voy a robar. Te voy a querer, porque ya te quiero; te voy a respetar, porque ya te respeto; te voy a dar lo mejor de mí, porque ya lo intento; te voy a dedicar el primer pensamiento del día, porque ya es tuyo; el último de la noche, porque también lo es, y todos los restantes, porque eres en lo único en lo que pienso.

Aunque conmovida, Amanda no alcanzó a decir nada, sino que permaneció con la cabeza baja, lo que no fue impedimento para que Joaquín se detuviera.

—He tardado diez años en llegar hasta ti y no me voy a ir a no ser que me digas expresamente que lo haga. Además, no te insistiría, y ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación, si no pensara que tú también tienes interés. ¡Si llevamos meses como dos gilipollas sentados el uno frente al otro sin decirnos prácticamente nada...! ¡Miénteme y dime que no sientes nada por mí!

Pero Amanda no fue capaz, de manera que Joaquín lo tomó como una esperanza y encaró la recta final de su declaración.

—Con todo este despliegue que he hecho quizá te sientas presionada para

tomar una decisión ahora. En realidad, lo único que pretendo es que sepas que estoy aquí, para ti, y que, si tú me aceptas, esperaré con gusto todo el tiempo del mundo. Me parecerá bien cualquier opción que elijas: de prisa; despacio; quedando mucho; quedando poco; como las parejas antiguas, sin ningún roce; como las parejas modernas, o como si no somos pareja y de momento prefieres que sólo seamos amigos. Lo único que quiero es estar contigo. Sólo quiero escucharte y sonreír.

*Marina, Blanca, Rodrigo, Alejo y un  
próspero año nuevo*

Una de las tradiciones de la Navidad, de mis tradiciones, era comprobar cómo el portero de mi urbanización colocaba cada año las luces en un árbol del jardín. Y ¿qué de interesante puede haber en eso?, seguro que alguien se preguntará. Pues la respuesta es que parecía que las escupía. Y ¿cuántas formas diferentes de escupir unas luces puede haber? Pues os sorprenderíais de saber cuántas, y cómo pueden mejorarse, o empeorarse, Navidad tras Navidad.

Las de este año le habían caído todas juntas en una única rama, y bien apiñadas, con lo que no es que lucieran, es que se hacían competencia las unas a las otras, creando tal caos, desconcierto y confusión entre todas que a pocos segundos que les dedicaras te abocaban a un trance hipnótico, cuando no te inducían un brote psicótico.

Y yo no hacía más que pensar en la loca con cara de loca de mi padre..., porque era lo único que le faltaba al árbol.

Con tal de no ofender a Braulio, que así se llamaba el portero, no me atreví a denunciarlo, pero esas luces necesitaban de un cartel explicativo debajo, tal como hacen los fabricantes de videoconsolas avisando de los posibles efectos secundarios de su uso: «Precaución, epilépticos. Esto, por cojones, os va a desencadenar una crisis, y de dimensiones apocalípticas».

Estrábicos se le pusieron a mi madre esos dos ojos raros que tenía en cuanto reparó en las luces, pero es que se le iban, y ella detrás, por más que yo intentaba alejarla de la fuente de ignición. ¡Qué imán!, pero no definido como esa gracia que seduce la voluntad, sino como ese mineral que atrae, desconcierta, atonta y atrapa al hierro, al acero... y a todos los viandantes de Majadahonda y demás pueblos de los alrededores.

Con la mente tan prolífica que tenía, di en pensar que, como se enteraran los de Cortylandia, de seguro que contrataban a Braulio, y los que se iban a cagar eran los padres de los niños al no haber manera humana de sacarlos de allí.

En cualquier caso, y dejando mis desvaríos a un lado, lo cierto es que las fiestas ese año no podían presentarse mejor, y no centrándome sólo en el hecho de que Alejo y yo siguiéramos juntos, sino porque mi madre había decidido hacer una comida especial el día de Navidad.

Ésta iba a consistir en una reunión de amigos, tanto suyos como míos, amigos recientes, amigos antiguos, amigos de amigos, vecinos..., todos aquellos que quisieran celebrar un trozo de vida, el que íbamos a compartir ese día alrededor de una mesa, y todos los que ya habíamos compartido juntos y que nos habían conducido hasta allí.

Amanda, su hija y su abuela no podían faltar, como tampoco Sabrina, o por descontado Clara, que apareció junto a Román, cogidos de la mano y con la felicidad repartida al cincuenta por ciento, mitad en sus ojos, mitad en su sonrisa, y la gracia de siempre en sus palabras.

—Os va bien, ¿eh? —le pregunté con picardía.

—¡Sigo encantada de que sus padres tuvieran sexo aquel día!

Clara no podía ser más divertida, como también lo fue nuestra celebración, así como totalmente atípica, y no sólo porque acabáramos comiendo a las siete de la tarde. La razón se debía a que no se sirvió ningún plato tradicional navideño: nada de cordero, de pavo, de besugo, de salmón, de marisco... Cada cual eligió lo que más le gustaba, ya fueran huevos fritos con patatas, macarrones con chorizo o un bocata de calamares; es decir, que no hubo nada pantagruélico, ni tampoco sofisticado, sólo compañeros de viaje brindando en una parada en el camino ante un vaso de buen vino y una comida sencilla que



acabaron convirtiéndose en un festín de camaradería y fraternidad.

Remató la faena el hecho de que, afortunadamente, mi madre no cocinara, aunque lo intentó, por lo que hubo que montar guardia delante de la cocina y, sobre todo, del microondas, para que ni se acercara.

Sin embargo, y a pesar de lo ecléctico de la reunión, sí hubo una tradición. Habitualmente, el día de Navidad, después de comer, mi madre y yo solíamos ver la película *Mujercitas*, la clásica, protagonizada por Elizabeth Taylor. Para mí, más que una costumbre era un castigo porque, aunque me apasionaba el cine, verla año tras año representaba ya una condena, y a cadena perpetua. Por el contrario, para mi madre era más que un hábito; constituía algo que se fundía consigo misma y que la transportaba a los tiempos felices de su infancia.

—Cuando sólo había una cadena de televisión, o como mucho dos, si me apuras, la emitían todos los años por estas fechas. Mis padres nos sentaban a todos los hermanos, y a todos los primos, que éramos ciento y la madre, alrededor de la tele, de manera que no concibo las Navidades sin esas imágenes, igual que no entiendo los veranos sin...

—Lo sé, mamá, que me obligaste a leerme todos los libros de Enid Blyton por la misma razón.

Por tanto, Blanca Solís aseguró que esa tradición, la primera de ambas, se iba a mantener tanto si estábamos las dos solas como si había cincuenta más en su salón.

En un principio yo pensé que la situación iba a alcanzar cotas de patetismo, cuando no de tragedia, o al menos de sopor y tedio. Curiosamente, fue tierna, e hilarante a la vez, con las mujeres llorando a moco tendido y los hombres desternillándose a piñón fijo. Mentiría si dijera que no fue la guinda del pastel. Así, por muchos años que pasen, creo que recordaré ese día de Navidad, el primero sin mi padre en casa, como uno de los mejores de mi vida.

Además, si el espíritu, el propósito de esas fiestas consiste en creer en algo mayor que en nosotros mismos, así como en compartir, lo cumplimos a rajatabla, porque todos los allí presentes compartimos muchas risas y, de paso, un poco de vida, y también creímos en el vínculo que nos unía: amigos

celebrando que estaban juntos.

La única mancha del día, si es que puede denominarse así, fue que me arrepentí mil veces de no haber invitado a Alejo. Cuando me vi ante la tesitura consideré que podría asustarse al pensar que se trataba de un evento demasiado íntimo para pasarlo juntos, eso como concepto, porque por número de gente... Aun así, le mandé un mensaje, acompañado de una foto de toda la cuadrilla, cada cual en un estado más lamentable que el que tenía al lado, que decía:

El camarote de los hermanos Marx te desea un feliz día de Navidad, y ahí nos plantamos, ¡que al próspero Año Nuevo a saber si llegamos!

Sólo habían transcurrido un par de segundos cuando entró la contestación de Alejo:

Pues, si lo consigues, igual te apetece pasar la Nochevieja conmigo. ¿Hace una excursión al norte?

Tanta ilusión me hizo su propuesta que ni una décima de segundo tardé en escribir mi respuesta.

Hace. Desempolvando las katiuskas estoy.

Amanda observó mi cara de alegría desde el sofá donde estaba sentada, por lo que, solidarizándose, levantó los dos pulgares a la vez en señal de victoria, girándose a continuación hacia Joaquín para que compartiera nuestro júbilo. Y es que, para nuestra sorpresa, lo había invitado a la reunión, a pesar de que aún no le había dado ninguna respuesta a su proposición. De cualquier manera, yo lo entendí como un sí, pero mayúsculo, y él a su vez, ya que su sonrisa no dejaba lugar a otra interpretación. Yo intuía que Amanda acabaría rehaciendo su vida, al igual que lo había hecho mi madre con su Tristán, que allí estaba, y tan contento, encantado de conocerse, y a todos los demás también.

Una vez más me sentí orgullosa de ella. La había oído decir en incontables

ocasiones que cuando eres joven el amor te vuelve grande, e incluso invencible, proporcionándote fuerza, coraje y valor, si bien con el paso de los años te convierte en frágil. Pese a ello, había sido valiente y lo había intentado con Tristán, lo que la había ayudado a superar definitivamente el divorcio de mi padre.

Mi padre..., que la engañó de todas las maneras posibles, que no cumplió ni uno solo de los votos que prometió, que dejó toda su vida convertida en pedazos que por supuesto no recogió.

Mi madre..., que de puro buena era a veces tonta, se quedó con la culpa cuando él salió por la puerta cargando con una maleta llena de libertad.

Rodrigo..., tan cruel, tan perverso, tan manipulador, se la dejó toda a ella, sobre todo la que no tenía, la de ser la responsable de la ruptura de su matrimonio.

La culpa..., que a ella la ahogaba ya nada más levantarse, mientras se duchaba; esa culpa que la invadía pese a que ella siempre esperaba que desapareciera por el desagüe, pero que a medida que el agua caía sobre su cara se incrementaba; esa lluvia de gotas de culpa que la golpeaban en la cabeza y la taladraban.

Afortunadamente, Tristán se llevó esa culpa, el mismo que le enseñó que el que rompe los pedazos no es el que los recoge, el mismo que le hizo ver que lo importante no es lo que se promete, sino lo que se cumple.

Y si alguna duda le quedaba a Blanca acerca de quién era Rodrigo en realidad, un par de días después de la comida de Navidad pudo comprobarlo cuando se encontró con él, por causalidad, en un centro comercial cercano a Majadahonda al que ella había acudido a comprar los regalos de Reyes, encontrándose también con la sorpresa de que su exmarido iba con compañía, y femenina.

El pérfido de mi padre, en lugar de hacer un saludo rápido y distante, se acercó a ella y se empeñó en presentar a ambas mujeres. Para rematar el mal trago, a Paloma, que era la pareja de mi padre según pudo saber Blanca unos minutos después, le faltó tiempo para posicionarse, tanto en rango como en edad.

—Encantada de conocerte, y de comprobar que eres mayor de lo que

pensaba.

Mi madre, que no quiso hacerse mala sangre desde el principio, respondió con un educado:

—Es lo que tienen los años, que no se pueden, ni se deben, ocultar.

—Afortunadamente, yo no tengo ese problema —fue, por el contrario, la poco educada respuesta de Paloma-deberías-ponerte-un-tapón-en-la-puta-boca-antes-de-salir-de-casa.

Pero ahí ya sí que Blanca Solís no pudo contenerse, e hizo además un alarde de inteligencia digno de ella.

—Es cierto, tu cuerpo está al mismo nivel que tu cerebro, y eso es fantástico. Debes de ser una persona muy feliz. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho? Rodrigo..., te estás convirtiendo en un asaltacunas... —le recriminó con una mueca de sarcasmo mientras se alejaba a paso ligero.

¡Y la tal Paloma se quedó tan contenta!

—¿Has oído, Rodrigo? ¡Que me ha echado dieciocho cuando en realidad tengo treinta!

Mi padre la miró con cara de pensar «¡pero ¿quién me mandará a mí presumir?!», aunque lo que aseguró fue:

—¿Acaso no te has dado cuenta de que te ha dejado por los suelos?!

No pudo, porque en realidad su cerebro estaba más en la pubertad que en la adolescencia, por no hablar ya de la madurez. Por otra parte, de haber podido albergar ese tipo de sentimientos, mi padre se habría avergonzado un poco de sí mismo, y a la vez sentido algo de nostalgia por el pasado, por haber perdido, o dejado escapar, a una mujer como mi madre.

Ese hombre..., que Blanca pensó durante años que estaba enamorado, cuando lo que estaba era acomodado a su rutina, como centro y razón de su vida, y del que ella creyó sus mentiras al no haber ninguna verdad que creer. Y eso resultó ser tan cierto como que subes el volumen cuando te gusta una canción, y optas por el proceso contrario si te desagrada.

Hubo muchos días en los que mi madre pensó que no iba a poder salir adelante. Una y otra vez me repetía que no es lo mismo separarse con treinta, o con cuarenta años, que con cincuenta, cuando la vida ya ha iniciado su cuesta abajo y la pendiente te vuelve más inestable y, sobre todo, más pusilánime, e

incluso apocado.

Pese a todo, creó sus propios consejos, los escuchó y los siguió.

El primero de ellos fue priorizar el dolor, sin aferrarse a él, sólo para digerirlo de golpe y escupirlo cuanto antes, y no en soledad, aunque sí en confianza, pero sin el desconcierto de las multitudes.

Los que sufren tienden a contarle todo, a desahogarse con todos, con todo el que forma parte de su mundo, y de los colindantes también, mundos que lo contarán a su vez a otros universos. La consecuencia de ello es que el dolor de los primeros quedará expuesto, y en boca de todos, tratado sin una mínima muestra de consideración o respeto. Y, para mi madre, ése era el mayor de los sacrilegios.

Muchas veces la oí decir que las personas que han sufrido mucho creen que el dolor es su única posesión. «Hacerlo público sería arrebatarles su dignidad, tan grave como una violación. El dolor de las personas que sufren tiene que estar a salvo cuando te hacen partícipe de él.»

Pero ése no era el único de sus consejos, ni probablemente el más valioso: poner la mente en modo supervivencia, prescindiendo de todo lo que no es importante y que pueda restar energía para resistir; hacer lo que te haga sentir mejor, o menos mal; levantarse, siempre...

Yo misma puse en práctica esta guía de subsistencia no mucho tiempo después, pero, hasta que llegara ese momento, una cita con Alejo me esperaba, así como un destino común: Nochevieja, y también una ilusión: cruzar el año juntos.

Lamentablemente, cuando él llegó a casa para recogerme con destino a Santander el día de autos —y nunca mejor dicho—, nos encontramos con un gran contratiempo. En cuanto aparcó su coche junto a la acera, el motor se quedó con un encefalograma tan plano que era más propio de un huésped del Anatómico Forense de la Complutense que de un automóvil. Además, no se trataba de la tarde más indicada para intentar arreglarlo, que el taller le ofreciera uno de sustitución, alquilar otro o comprar un billete de avión, autobús o tren. Y a Alejo le encantaba conducir, por lo que, tras unos instantes de duda, finalmente me preguntó:

—Tú tienes coche, ¿no?

Yo me lo quedé mirando con cara de susto, sin atreverme a responder, sobre todo por un problema de tamaño, que a su vez se subdividía en dos:

No es que mi coche fuera pequeño, que lo era, ¡es que el suyo era más grande que mi casa!, con lo que cómodo, lo que se dice cómodo, no iba a viajar.

No es que mi coche fuera pequeño, que lo era, es que Alejo medía dos metros, por lo que de antemano yo ya sabía que cortarle las piernas no iba a ser suficiente para que entrara en él. Quizá si el corte se realizaba de cintura para abajo..., aunque bien sabía Dios que se me haría un poco cuesta arriba adoptar esa medida porque ahí había algo que me gustaba mucho y me hacía disfrutar...

Disipada como estaba yo con mis elucubraciones, no me di cuenta de que Alejo había seguido hablándome, monólogo del que sólo me percaté cuando oí un definitivo:

—¿Pasamos las maletas entonces?

«¡De perdidos, al río!», me dije. Saqué las llaves del bolso, abrí la puerta del garaje y los dos nos encaminamos hacia la plaza donde se encontraba mi Mini Picapiedra, ese que debía su mote no sólo a su edad, sino al agujero que lucía bajo los pies del conductor y a través del cual se podía ver el asfalto.

Independientemente de ese hecho, yo era consciente de que íbamos a tener un problema añadido para ubicar el equipaje; sin embargo, lo que desconocía es que las botas de agua de Alejo, del número 50, ¡iban a ocupar todo el maletero!, ¡pero sin dejar ni un misérrimo huequecito para las mías! ¡Y el pronóstico del tiempo anunciaba aguaceros!

Dejamos, pues, las katiuskas donde estaban y colocamos la maleta de Alejo encima de los asientos traseros. Por desgracia, aún quedaba por ubicar la mía, que a no ser que me sentara encima de ella... Y ahí fue donde se me encendió la luz, porque si algo sabemos hacer los españoles es improvisar.

Subí a mi casa, quité el relleno de los dos cojines más grandes que pude encontrar, bajé de nuevo al garaje y pasé todas mis prendas al interior de ambos. «Un cojín debajo de Alejo y otro debajo de mí —pensé—. Pues no es tan mala idea después de todo —me reafirmé mientras hacía el trasvase—, así tengo uno para la ropa limpia y otro para la ropa sucia a la vuelta.» Y es que

ya lo afirma la sabiduría popular, que el que no se conforma es, categóricamente, porque no quiere.

Desafortunadamente, cuando Alejo se sentó al volante, no se trataba sólo de que fuera insuficiente el hueco que había bajo sus pies, sino que habría necesitado otro similar en el techo para poder sacar la cabeza... hasta la altura de los pectorales aproximadamente. Y ahí ya vi yo que lo de ponerle un cojín debajo no iba a resultar. Opté entonces por la opción de subirme yo encima de la pareja de cojines, con lo que alcancé la altura de Alejo, y ahí ya pude comprobar *in situ* lo incómodo que íbamos a hacer el viaje los dos.

A continuación, lo miré a la cara y adiviné que estaba pensando un desesperanzado «¡pero ¿qué coño voy a conducir?, ¿un coche o un llavero?!». Tras un segundo vistazo, a quien vi fue a uno de los hombres más ricos del mundo, con sus tres mil quinientos millones, conduciendo una miniatura que no valía ni mil euros. Me encogí de hombros y me dije con ironía: «Es lo que tiene la vida, que en lo que somos más ricos es en paradojas».

Y aún tuvimos una más, porque, como remate del periplo, ¡encima no llovió! ¡Y nosotros dos con todito el maletero ocupado por las putas botas de agua, las más grandes, paseadas y secas de toda España! ¡Que ya hay que joderse con la climatología también!

En cualquier caso, el viaje bien mereció la pena. Mi coche aguantó como un jabato, sobre todo en las rectas, que las cuestas eran harina de otro costal; los paisajes en los que nos adentramos fueron los más espectaculares; el hotel, el mejor; la habitación, superior, donde, al no haber cortado de cintura para abajo, pasamos muy buenos ratos; la cena, magnífica; Alejo, de cortar la respiración con su traje de chaqueta, la primera vez que lo veía vestido así; yo, la envidia de todas las mujeres que lo miraban, y él, mi orgullo, porque al menos esa noche era todo mío, era todo para mí.

Lo mejor de todo fue, no obstante, el beso posterior a las doce campanadas y la frase con la que me felicitó el Año Nuevo, así como los próximos venideros:

—Que el cambio de año nos depare otro más juntos, y muchos más, o todos los que lo seguirán.

Lástima que lo que sucedió pocos meses después hiciera que lo pusiera en

duda, o que incluso pensara que era mentira.



*Amanda, Joaquín, Sabrina, Clara,  
Marina, Alejo y el único espermatozoide*

Hizo falta que llegara abril para que Amanda, finalmente, tomara una decisión con respecto a Joaquín, que aún seguía en situación de espera, en un *standby* sentimental que lo mantenía en continua zozobra desde el día de Navidad.

Hacía ya una semana que habían quedado en sitio y hora, pero, en el último momento, Amanda había preferido evitar la consulta y optar por un parque cercano, al creer que un espacio al aire libre se adecuaba más al mensaje que quería transmitirle a Joaquín.

Su decisión era firme, la había meditado durante el tiempo suficiente para saber que era madura, así como conforme a las circunstancias y a la situación en que se encontraba su vida. Además, se reafirmaba en ella congratulándose al pensar que una de las mejores cosas que le había deparado llegar a los cuarenta era no verse en la obligación de fingir, de tener que decir «sí» cuando lo que en realidad se quiere es proclamar un gran «no», o viceversa. Es decir, que la mejor definición de Amanda en aquellos momentos era la de una mujer con un plan.

Pese a todo, cuando se vio frente a él, los nervios empezaron a hacer mella. Su respiración comenzó a oscilar y su corazón a sonar como un radiador tras meses sin purgarse, con su latido convertido en un ruido desacorde más parecido a burbujas de aire que a la esperable sístole tras

diástole.

Al percibir su intranquilidad, Joaquín quiso ponerle remedio ofreciéndole alguna palabra que la situara en la casilla de salida de esa conversación que estaba deseando mantener.

—Sé que es incómodo...

—Es que me siento fuera de lugar —se recuperó Amanda, interrumpiéndolo con ello—, como aquel día en casa de Luchi. De sobra sé que aquí no hay nadie más, pero en estos instantes me veo como la única mujer del mundo que no lleva bótox en las arrugas o silicona en los labios.

—¡Aquel día había más de una que se había inyectado ambos en el cerebro, si no recuerdo mal! —bromeó Joaquín en un intento de rebajar la tensión de Amanda.

En realidad, lo que ella quería expresar era que, probablemente, fuera la única mujer del mundo capaz de rechazar a un buen hombre que la adoraba y que había demostrado poder, y querer, esperar por ella. Sin embargo, le daba pánico mirar, y saltar, al abismo y que el abismo volviera a atraparla.

Había ensayado cientos de veces ante el espejo las palabras con las que se explicaría, con las que le explicaría que ella no era para él, pero no cayendo en los tópicos de siempre, en «el problema lo tengo yo», aunque fuera cierto, o en «podemos ser amigos», aunque de verdad lo quisiera. Le iba a confesar la verdad, y ésta consistía en que no podía comprometerse con él porque no estaba preparada para que volvieran a hacerle daño, ya que, para el concepto de las relaciones que tenía Amanda, tras una ruptura, el tiempo no te predispone a ser feliz otra vez, sino a ser capaz de afrontar una nueva decepción, posición que ella no había alcanzado todavía.

Por tanto, se armó de valor, respiró hondo, lo miró directamente a los ojos... y, para su estupefacción y desconcierto, empezó a leer lo que estaba escrito en ellos o, planteado de otra forma, se oyó a sí misma decir lo contrario de lo que quería decir, la postura opuesta a la que ella pretendía adoptar. Sin ninguna explicación posible o plausible, salvo haber subestimado el poder de lo que en realidad sentía, las palabras de Amanda se rindieron ante Joaquín, y minutos después ni siquiera recordaba a ciencia cierta cuáles habían sido.

Apenas se acordaba de un *por encima de mí, luchado contra mí, vencido ante mí, seguir, adelante, contigo, dos, porvenir...*, como tampoco de su voz, que se detuvo cuando el *teleprompter* en el que se habían convertido los ojos de Joaquín se cerró para acercarse a los suyos, así como lo hicieron sus labios. Amanda sintió entonces la certeza de él, y Joaquín la turbación de ella, anexionándose ambos en una evidencia que se traducía en un mañana juntos.

Lo que nunca olvidaría es que los dos se fueron de ese parque abrazados, cuando aún era de día, sin una noche que magnificara sus sentimientos o un vaso de licor de whisky que los dulcificara, siendo sólo dos personas afortunadas que convergían en uno de tantos mundos.

\* \* \*

Desgraciadamente para Sabrina, su suerte no corría pareja a la de ellos, ya que acababa de sufrir la ruptura de una relación que terminaba aun sin haber comenzado. Abundando en este hecho, tanto Clara como yo sabíamos que estaba sentenciada a muerte antes de nacer, pero Sabrina, deseosa de pasar página con respecto a su novio/no-novio mudo, al que todavía no había conseguido olvidar pero que parecía que de la cuarta no iba a divorciarse — que ya debía de haber cubierto el cupo previsto para la década—, había decidido agarrarse al primer clavo ardiendo que encontrara en cualquier pared, estando ésta situada exactamente en el Departamento de Informática de su empresa.

El clavo en cuestión era un chico nuevo que acababa de incorporarse a su compañía —un importante bufete con prestigio internacional donde ella trabajaba como abogada— y que en sus ratos libres hacía algunos pinitos como entrenador personal, afición a la que se dedicaba con iguales dosis de energía y simpatía. No obstante, tan sólo hicieron falta un par de adjetivos, como calavera y seductor, para que Clara y yo constatáramos que lo único que pretendía el pseudomonitor era una muesca más en su máquina de correr.

Nosotras partíamos de la base de que este planteamiento, en sí mismo, no es necesariamente malo, siempre y cuando ambas partes quieran lo mismo, ya sea sexo exclusivamente —en el tiempo y los términos acordados—, amor,

matrimonio, compañía, o cualquier otra opción que esté consensuada entre dos. El problema radicaba en que Sabrina no buscaba un cerrojazo, y por más que nosotras intentábamos hacerle ver que otro logro no iba a conseguir del tal Héctor, no había forma humana de convencerla de lo contrario.

Así las cosas, lo inevitable sucedió, en todos los sentidos, tanto el revolcón como el sofocón. El entrenador hizo un esperado «aquí te pillo, aquí te mato», seguido de un previsible «si te he visto, no me acuerdo», mientras que Sabrina ya estaba preparando el ajuar. Y es que nuestra amiga había recurrido a una esperanza que comparten muchas de nuestro mismo género, fundamentada en pensar que, aunque los hombres, con respecto a las mujeres, sólo están interesados en el sexo, de cuando en cuando, mientras lo practican, se enamoran, circunstancia que Sabrina deseaba con todas sus fuerzas que le sucediera a ella.

A tenor de las fotos que nos había enseñado, razones tenía nuestra amiga para haberse quedado prendada, dado que el chico era más que presentable: cuerpo de deportista profesional —labrado gracias a unos músculos que no pecaban de más, pero tampoco de menos—, rostro de anuncio... y un gesto de suficiencia, cuando no de superioridad, que hacía sospechar una lista de damnificadas nunca inferior a la que ostentaba mi padre.

Además, en honor a la verdad, ni Clara ni yo considerábamos que su personalidad se ajustara a la idea que Sabrina tenía de su hombre ideal. Por tanto, al día siguiente de que ella empezara a ser consciente de que poco más había que rascar, le hicimos una batería de preguntas con el fin de ponérselo de manifiesto.

—¿Cuál es la habilidad que más admiras en un hombre? —le pregunté yo.

—La inteligencia.

—Y ¿Héctor es inteligente? —le tocó el turno a Clara.

—Bueno, digamos que el cerebro lo tiene repartido entre la masa muscular, la corporal, que no la cerebral, y la otra masa, la que está en sálvese la parte, pero por delante.

—Y ¿cuál es la cualidad que más detestas? —formulé una segunda cuestión.

—La estupidez.

—Y ¿Héctor la cultiva? —inquirió Clara.

—Digamos que tiene aptitudes para llegar a ser sobresaliente en la materia.

—Y ¿cuál es la virtud que más admiras? —volví a intervenir.

—La humildad.

—Y ¿él la practica? —apostilló Clara.

—¿Estás de coña? ¿Tú lo has visto bien en las fotos?

—Pues me parece, cariño, que el problema no lo tiene él, sino tú... —sentenció Clara.

—Es que habla mucho... —intentó justificarse Sabrina.

—Y ¿qué pretendes?, ¿erradicar a los mudos de tu vida, incluida tú misma? —prosiguió Clara.

—Me refiero a que a mí me gustaría ser de esas personas que cuando se les hace una pregunta, aunque sea una tontería, responden con un comentario inteligente. Esa gente que sabe tanto de la vida, que ha aprendido tanto sobre ella, que ofrece una respuesta brillante para cualquier cuestión. Admiro a esas personas que tienen una vida llena de titulares de periódicos, tantos que no sabrías cuál elegir de puro buenos que son..., justo lo contrario de lo que soy yo.

—Y ¿Héctor es así? —preguntamos Clara y yo al unísono entrando en el terreno de la confusión.

—No, él sólo habla, la mayor parte de las veces sobre sí mismo, pero al menos habla, y no sabes cuánto.

—Y ¿no has pensado en comprarte un loro, o una cotorra, que puedes enseñarles a decir lo que te dé la gana? —le sugirió Clara con sarcasmo.

—Bueno —puse paz yo—, uno más en la relación de encuentros que han acabado en desencuentros, en la lista de citas lamentables, y solucionado el problema.

—Una curiosidad —dijo entonces Sabrina, dirigiéndose a mí—. ¿Por qué siempre las denominas citas, y nunca te refieres a ellos por el nombre del tío con el que has salido?

—He tenido tantas experiencias que ya las veo desde la curiosidad científica, como los médicos. ¿Sabías que éstos no tratan a personas, sino a

pacientes, definidos como casos? Al parecer, eso les proporciona la distancia necesaria para atenderlos adecuadamente, porque, si se involucran demasiado, las emociones les nublan el juicio. Pues yo, lo mismo. Eso me da perspectiva.

—Dime una cosa —quiso saber de nuevo Sabrina—. ¿Cuál ha sido tu cita más lamentable? Y di la primera que se te ocurra.

—Una que duró trece minutos. En esos trece minutos le hablé de mis últimas trece citas, a minuto por cita. En el minuto catorce dijo que se iba al baño, tras lo que desapareció, sin que hasta el momento haya vuelto a tener noticia.

—¡Hay que reconocer que pusiste de tu parte, bandida!... ¡Menudos trece minutos de gloria que debiste de darle! —se desternilló Clara.

—¿Y la tuya? —le preguntó Sabrina a la susodicha.

—Un tal Julio, que estaba mellado de los dos paletos. Sí, lo que oís, de los dos paletos, y quería vendérmelo como que le hacía parecer «sexi», o eso pensaba él, porque lo que decía en realidad era «sepsis». ¡Flipante! Ese tío entra en Urgencias por el motivo que sea, intenta ligar con una enfermera, le suelta un escueto «sexi» como argumento, la otra entiende «sepsis» y acaba en la UCI con una tonelada de antibióticos en vena para acabar con una de las infecciones más mortales que hay. ¿Te imaginas que la palma?! En su lápida figuraría: «Mellados del mundo: Éste que yace bajo tierra pensó que era sexi, lo que llevó a la sepsis y a esta tumba que está de por medio. Epitafio patrocinado por Clínica Dental Eternamente Blancos».

Las dos soltamos una carcajada ante la ocurrencia de Clara, pero aún quedaba Sabrina por confesar.

—Tu turno —le indiqué yo.

—Uno que en su perfil decía que tenía una personalidad seria y robusta en la que se podía confiar. El resultado fue que la fortaleza era física, y que no era un tío, sino una estantería... con diez metros de altura. ¡No os podéis imaginar qué mole de hombre! Para besarlo en la frente ¡había que escalarlo!, pero con sherpas, como si fuera el Himalaya.

Esta vez fuimos las tres las que nos reímos con ganas. Por algo dicen que las penas compartidas son menos penas, y también que los refranes, como los tópicos y las obviedades, no por mucho repetirlos dejan de contener grandes

verdades.

Y, aun a riesgo de caer en otro de los tópicos femeninos, como es la ropa, antes de marcharnos cada una a nuestra casa organizamos una excursión para el sábado siguiente con el fin de completar la recuperación de Sabrina. ¿Destino? Mi espacio multimarca favorito, a la sazón, el mercadillo de Majadahonda, donde podríamos comprar más por bastante menos, y con bastante estilillo, por cierto.

Una vez trazado nuestro plan, tanto Clara como yo estábamos convencidas de que conseguiríamos levantarle el ánimo a nuestra amiga, porque el instinto femenino nunca engaña al aconsejar un baño de consumismo como remedio contra la tristeza. Y yo lo llevaba a rajatabla: «Contra la depresión, dale al tacón», aunque no es menos cierto que cuando las mujeres están contentas hacen eso mismo, y cuando están aburridas también. Por el contrario, ¿qué hace un hombre —el que puede— en cualquiera de esas tres situaciones? Polvo que te crio. ¿Y nosotras? Como ya ha quedado expuesto: mujer + centro comercial = Visa que se fundió.

Lejos de sentirme avergonzada, se trataba de un comportamiento que me enorgullecía, por ser constitutivo de mi género. Además, si los hombres no tienen contradicciones internas con respecto a sus instintos más básicos, ¿por qué habríamos de sufrirlas nosotras?

Así, no hay que ser experto en genética humana para determinar que el gusto por la ropa constituye una más de las cadenas del ADN femenino, pero no sólo para lucirla nosotras mismas o admirarla colgada en la percha de una tienda de lujo como un oscuro objeto de deseo. Nuestro fervor, y favor, se circunscribe a cualquier circunstancia y condición, dado que nuestro cerebro siempre permanece alerta a la espera de una prenda especial cuando, por ejemplo y simplemente, estamos paseando por la calle o viendo una película en la televisión.

Asimismo, la ropa, como la música, tiene la cualidad excepcional de transformar nuestro estado de ánimo y hacernos sentir mejor, incluso bien, aunque previamente estuviéramos peor. La única condición es la coherencia o, dicho con otras palabras, sentirte identificada con ellas. O sea, que si odias el rap no podrás experimentar ningún cambio anímico en tu interior mientras lo

escuchas, salvo un monumental dolor de cabeza. De igual manera, si te horrorizan los vestidos, difícilmente verás otra cosa que no sea un espantapájaros frente al espejo cuando luzcas uno de ellos.

Por otra parte, este fenómeno también resulta extrapolable a las casas, ya que éstas pueden funcionar como un bálsamo o como un instrumento de tortura. Lo que determina la diferencia entre ambos extremos es reconocerte en ellas, de forma que, independientemente de los colores, materiales u objetos empleados, te hagan sentir... en casa, expresión que lo resume y lo define todo.

\* \* \*

Y ése era, ni más ni menos, el objetivo que me había propuesto con Bárbara, la clienta en cuya casa se alojaban los treinta y un inusitados vestidos de novia, así como la habitación del bebé que nunca fue concebido, proceso en el que, una vez más, mi amigo Calem estuvo a mi lado.

A pesar de que había dejado de lado la decoración desde que había ganado el premio literario con la intención de centrarse en su carrera como escritor, lo que le estaba proporcionando enormes satisfacciones —infinidad de apariciones en programas televisivos o columnas en los más prestigiosos periódicos—, cada vez que yo me enfrentaba a una vivienda, llamémosla peculiar, volvía a retomar los lápices y a sentarse a la mesa de diseño para auxiliarme. Y ésta no fue una excepción.

Desde el primer momento, los dos pensamos que los tonos que había que emplear debían ser arena y gris claro, uniformemente, sin ningún toque de otro color que rompiera la armonía que constituía el denominador común de toda la casa y nuestra apuesta más arriesgada. En consecuencia, lo que hicimos fue cubrir el suelo con unos tablones de madera gris razonablemente anchos, los mismos que empleamos para revestir las paredes, aunque éstos ligeramente más estrechos. Procedimos de igual manera para el techo —todo él abuhardillado—, aunque levemente más pequeños en este caso y en un tono de gris un poco más tenue. Y lo que conseguimos con ello fue justo lo que pretendíamos: un efecto de relajación y de continuidad, pero sin llegar a ser



aburrido o monótono.

En la pared más grande del salón, por su parte, instalamos una espectacular chimenea nórdica con un cierto aire decimonónico y romántico, y ubicamos los troncos de madera que en ella arderían cada invierno bajo una de las mesas auxiliares que colocamos a su lado.

El resto de la decoración era sencilla, con el único propósito de resultar cálida y acogedora, con sofás anchos y cómodos, tapizados con tela de saco, así como adornos básicos, sobrios y discretos, aunque bien emplazados. Y es que en el mundo del interiorismo no hay nada bueno o malo, sino bien o mal usado, regla que Calem y yo llevamos a la práctica a rajatabla con notables resultados, como pude comprobar días después de entregada la casa, cuando la clienta se personó en el estudio para hacer efectivo el pago final. Al entrar en mi despacho, adonde se acercó para saludarme, vi con alegría que había aparcado su vestimenta de color negro, sustituyéndola por otra en tonos arena y gris claro. «La casa se ha identificado con ella, y ella con su casa», pensé con agrado.

Esa tarde me marché a la mía con una enorme sensación de satisfacción, la que se siente por un trabajo bien hecho, y que yo percibía como el mejor de los premios.

En el camino de vuelta decidí que me iba a hacer a mí misma un regalo para celebrarlo, aunque no fuera a costarme ni un euro. Una de las cosas con las que más disfrutaba era con una buena película, sobre todo las de amor, esas que te hacen llorar desconsoladamente pero que luego tienen un final feliz y te acaban poniendo una sonrisa en los labios. Sin embargo, esa noche no iba a elegir una comedia romántica. Hacía tiempo que me habían hablado de un largometraje francés del que las críticas que había leído y las opiniones de amigos que lo habían visto no podían ser mejores. Se trataba de *Intocable*, una historia basada en un hecho real en la que un adinerado hombre de negocios se queda tetrapléjico tras un accidente, lo que lo lleva a contratar a un asistente personal para que lo ayude con las tareas más básicas. Entre ambos, personajes totalmente opuestos y provenientes de entornos sociales y culturales completamente diferentes, se acaba forjando una historia de amistad por encima de prejuicios y probabilidades capaz de conmover el alma.

Me relamía sólo de pensarlo. El buen cine no solamente me deleitaba, o me embelesaba; me llevaba un paso más allá, ya que, de alguna manera, cautivaba mi espíritu. Por tanto, con el mejor de los ánimos, me senté en el sofá y encendí la tele..., hasta que lo que vi fue el pastel: el mosquito cojonero había regresado, o los cinco mosquitos cojoneros para ser exactos, porque se habían quintuplicado desde el día anterior. Y eso que había echado insecticida suficiente para destruir la capa de ozono, la biosfera, la ionosfera y todas las esferas correspondientes a España. Una de dos, o los mosquitos que habitaban en mi casa se reproducían como conejos, o existía un reservorio en un rincón donde se quedaban acantonados, como el virus del sida en los cuerpos de los pobres enfermos que lo padecían.

Fui a por el insecticida, los rocié profusamente, a los cinco, y obtuve cero resultados, ya que allí seguían todos, los cinco, como los más entregados kamikazes dispuestos a morir por la tele. Más que intocables, haciendo una analogía con el título de la película que yo pretendía ver, ¡eran invencibles!, hecho que limitaba enormemente mis posibilidades de acabar con ellos, ya que, aparte de contactar con la NASA para que les hicieran todo tipo de pruebas con el fin de mandarlos al espacio la próxima vez que lanzaran un cohete —cual perrita *Laika*, pero en versión díptero—, mis ideas estaban empezando a agotarse.

Ante la tesitura de tener que ver la película como si a mi cabeza le hubiera dado el baile de san Vito, moviéndose compulsivamente de lado a lado y de arriba abajo, venga a esquivar mosquitos, con una probabilidad elevadísima de acabar con una tortícolis galopante, preferí dejarla para otro día e irme a mi habitación a navegar un rato en el ordenador. Al fin y al cabo, no era domingo, con lo que mi portátil estaba a salvo de cuelgues.

En esa enorme relación de cosas extrañas que sólo podían pasarle a Marina Mirizarry se incluía que mi ordenador se venía abajo, impreviamente, todos los domingos a la misma hora: a las siete en punto de la tarde. Yo lo achacaba a que me había salido católico, de manera que me avisaba para que acudiera a misa de ocho, última oportunidad de cumplir con los preceptos eclesiásticos del fin de semana. Excuso decir que no le hice caso jamás, porque la que no era religiosa era yo, pero él seguía erre que erre,

todos los domingos a las siete, entregado al modo fatídico, como lo llamaba yo.

De camino hacia mi dormitorio, con Alejo siempre en mi pensamiento, le mandé un wasap para saber qué tal se presentaba la noche. Esa semana, al menos, no había tenido que trasladarse de continente, ya que paraba por Suecia, por lo que me invadía una agradable sensación de cercanía.

No obstante, en los meses transcurridos desde Navidad, ni nuestro plan de vida ni nuestra relación habían experimentado cambio alguno: yo no había puesto un pie en ninguna de sus dos casas y seguíamos viéndonos de fin de semana en fin de semana, que pasábamos siempre fuera de Madrid; de hecho, al cabo de un par de días nos iríamos a Cáceres, al parador de Jarandilla de la Vera. Él se escudaba en que le encantaba conducir, actividad que lo relajaba y lo hacía olvidar las tensiones de la semana; yo, por el contrario, era consciente de la que la situación era más que extraña. Pese a ello, la acataba sin rechistar, en primer lugar, porque lo quería con locura, con lo que pasaba por alto cualquier posible indicio de que algo pudiera ir mal, y seguidamente porque lo último que pretendía era poner pegos, por miedo a que se convirtieran en el detonante que pusiera fin a nuestra relación, fuera la que fuese la que mantuviéramos.

Mientras esperaba a que me respondiera, me desmaquillé, me puse el pijama y me metí en la cama. En algún momento debí de quedarme traspuesta, porque no fui consciente de la hora que era —las doce de la noche— hasta que me despertó el timbre de la puerta.

Fue mi madre la que se llegó hasta la entrada para preguntar quién era. Yo, desde mi habitación, oí una voz al otro lado de la puerta que decía:

—Buenas noches, y disculpe. Soy Alejo Larralde, un amigo de su hija, y quería saber si era posible verla.

Casi me da un vuelco el corazón, y otro cuando oí que mi madre le abría la puerta.

—Buenas noches —le respondió Blanca Solís, haciéndole un gesto con la mano para indicarle que pasara.

—Espero que me perdone por lo intempestivo de la hora, pero...

Mi madre, con una sonrisa y sin más palabras, le hizo saber que no era

necesario disculparse, ni mencionar nada, que fuera lo que fuese lo entendía. Supo, con esa intuición que tienen las madres, que si había ido hasta nuestra casa se debía a algo importante que, en ningún caso, era de su incumbencia.

Alejo suspiró aliviado, y más cuando le dijo a continuación:

—Pasa al salón, por favor, que voy a avisarla para que venga enseguida.

Efectivamente, un segundo después se presentó en mi habitación, donde yo estaba presa de un ataque de histeria. Llevaba puesto un pijama de Winnie the Pooh, con unas zapatillas a juego que roncaban al caminar y, como me había quedado dormida, notaba alguna legaña que se movía al pestañear. La palabra *horrible* no alcanzaba a definir lo deplorable de mi aspecto, por lo que le dije a mi madre que, en ningún caso y bajo ningún concepto, iba a dejar que me viera así.

—Escúchame bien —me aseguró agarrándome por los hombros y mirándome directamente a los ojos—. Ese hombre no ha venido a ver lo de fuera, sino a buscar lo de dentro —frase que concluyó acercando una mano a mi corazón.

Sonreí, más reconfortada que aliviada, y casi se me escaparon algunas lágrimas de agradecimiento. Aun así, mandé a mi madre a decirle que tardaría un par de minutos en salir, el tiempo necesario para ponerme unos vaqueros, un jersey, unas bailarinas, atusarme un poco el pelo y, por supuesto, quitarme las legañas.

Blanca le dio mi recado, con la forma de un conciso «ahora mismo viene», y se marchó, cosa que Alejo agradeció en el alma, ya que no sabía si le alcanzarían las fuerzas para entablar conversación con una desconocida.

Cuando finalmente aparecí por el salón, vi cómo, nada más verme, se le iluminaba la cara, comprobando una vez más que mi madre tenía razón: lo que Alejo había venido a buscar nada tenía que ver con mi aspecto.

Los dos nos despedimos de ella en el umbral de la puerta, Alejo con un «muchas gracias» que sonó sincero y yo con el abrazo más cariñoso, por infundirme un poco de fe con sus palabras. Mi madre se limitó a sonreír cómplice mientras daba un par de vueltas a la llave que nos separaba definitivamente de ella.

Nada nos dijimos en el interior del ascensor, y nada cuando llegamos al

jardín. Yo nunca lo había visto tan silencioso, tan abatido, con el gesto tan sombrío y el semblante tan apagado. «Tiene que ser un problema de negocios», me dije con rotundidad, aunque no sabía si arriesgarme a preguntar, por lo que opté por abordar el tema desde una perspectiva más amplia:

—¿Quieres hablar?

Negar con la cabeza fue su única respuesta, lo que me llevó a cambiar el enfoque de mi planteamiento:

—¿Quieres que nos emborrachemos?

Sonrió lánguidamente esta vez y me besó delicadamente en los labios, pese a que me ofreció la misma contestación.

De repente, me cogió de la mano y me llevó hasta un banco en la parte trasera del jardín, donde nos sentamos. Pasó su brazo por encima de mis hombros e hizo que me acurrucara en su pecho, tras lo que lo abracé, lo besé, suave, muy suave, en el cuello, en la cara, sólo para que sintiera mi cercanía, mi proximidad, porque de alguna manera me pareció intuir que era lo que necesitaba.

Al cabo de un rato, sin embargo, afirmó:

—Necesito irme a casa.

—¡Claro! —aseguré, levantándome sin dilación.

Cuando llegamos al portal de la mía, hice ademán de entrar en él, pero no me dejó. Acarició con dulzura mi mejilla y, con un gesto de súplica, me preguntó:

—¿Podrías acercarme? Estoy un poco mareado y no creo que deba conducir así.

—Por supuesto —le respondí solícita.

Puso las llaves en mi mano y nos dirigimos a su barrio. No vivíamos muy lejos el uno del otro, apenas diez minutos de coche, tiempo en el que ninguno de los dos dijo nada.

Cuando llegamos, aparqué como pude el todoterreno, que era más un rascacielos que un utilitario, que yo iba casi más pendiente de no cortar los cables de la luz que atravesaban las calles que de morder las esquinas, que conducirlo para mí aquella noche había sido una experiencia estratosférica, por la envergadura, pero también por la altura.

Nos bajamos los dos a la vez y nos detuvimos unos instantes en la acera mirando al suelo, mirando hacia la casa, mirando un cielo en el que no había ninguna estrella. Sin saber muy bien qué hacer, lo abracé, con todo el amor que pude encontrar en mí, mientras susurraba en su oído: «Si me necesitas...».

Acto seguido, saqué el móvil de mi bolso con la intención de llamar un taxi para que viniera a buscarme y me llevara de vuelta a casa. Sin embargo, Alejo se acercó a mí y, cogiéndome de la mano, me preguntó:

—¿Te importaría quedarte un rato conmigo?

—Lo haría encantada, pero ¿estás seguro? Sé que nunca traes a gente. No quiero que mañana te arrepientas y acabes odiando la casa, que es preciosa —aseguré con una pizca de humor—, o que me odies a mí.

—Tú eres la única mujer que ha estado en esta casa.

Técnicamente, tenía razón. Yo la había hecho, pero lo cierto es que no había estado en ella, no como invitada. Por tanto, aseguré:

—Es verdad, aunque entonces era otra persona. —«Y con un objetivo laboral que cumplir», pensé a continuación.

—Para mí sigues siendo la misma.

Me derretí por dentro. Sabía que esa frase significaba mucho más de lo que representaban sus palabras, si bien sabía a su vez que no era la noche más indicada para indagar.

Cuando traspasamos el umbral no pude evitar sonreír, con cariño y con satisfacción. Era una de las primeras casas que había diseñado y, probablemente, una de las más bonitas también. Además, tanto el planteamiento del espacio como la decoración habían aguantado bien los cinco años transcurridos desde su construcción, aunque me sorprendió que, en todo ese tiempo, Alejo no hubiera modificado nada, ni sustituido un cuadro o añadido un adorno.

Las casas progresan con los años, evolucionan en la misma medida en que se desarrolla la vida de sus dueños, recargándose, sumando experiencias, recuerdos, ilusiones, desengaños, esperanzas. Por el contrario, la suya estaba exactamente igual que cuando yo cerré la puerta y me marché, del salón a la cocina, pasando por la piscina, adonde me llevó nada más llegar. Allí, Alejo se desvistió por completo y se sumergió en ella, hundiéndose en un agua negra

que lo cubría por completo.

Mientras lo observaba sin saber muy bien qué hacer, vi en una esquina un par de churros de los que se utilizan para enseñar a nadar a los niños, y me acordé de haberlos usado en unas sesiones de *aquagym* a las que acudí durante un tiempo en un gimnasio cercano a mi casa, algo que recordaba como una de las experiencias más relajantes y agradables de mi vida. Así, todas las clases acababan con un ejercicio en pareja consistente en que una de las personas situaba uno de los churros bajo sus rodillas y el otro debajo del cuello, colocando el resto del cuerpo en posición de hacer el muerto, pero sin ningún esfuerzo implícito, ya que los churros garantizaban la flotación. La otra persona asignada se ubicaba en la parte posterior, sujetando con ambas manos y por los extremos el churro que se localizaba bajo la cabeza, desplazándolo con suavidad pero con firmeza para que la oscilación fuera efectiva y continua, moviendo con ello todo el cuerpo del compañero.

La sensación que te producía era de abandono, en las manos de otro, desconociendo qué camino iba a tomar o en qué dirección te iba a llevar; de ingravidez absoluta, más allá de la que produce el agua sobre cualquier cuerpo, y de desconexión completa, tanto de ti mismo como del resto del mundo.

Sin pensarlo dos veces, cogí los churros, los coloqué dentro de la piscina, me desnudé yo también, me sumergí con sigilo para no sobresaltarlo y me acerqué hasta él, susurrándole:

—Sólo déjate llevar.

Lo hizo. Y yo podía notar cómo su cuerpo se relajaba y cómo las tensiones lo abandonaban. Debí de recorrer más de cien veces la piscina de lado a lado, hasta que Alejo se incorporó, asegurando:

—Creo que hoy te debo la vida, pero ahora necesito irme a la cama. Mañana tengo una reunión a primera hora y...

No dijo nada más, aunque fue suficiente para percibir que volvía a llevar una carga enorme sobre los hombros.

Él se puso encima un albornoz y yo mi ropa y me encaminé hacia la puerta de la calle, no sin antes darle un abrazo en silencio. Sin embargo, él me pidió una vez más aquella noche:

—Quédate un rato más conmigo, por favor.

Asentí gustosa y me dejé llevar hasta su dormitorio, donde nos tumbamos sobre la cama, pero no enfrentados, ni espalda contra espalda, sino los dos mirando hacia un punto localizado frente a nosotros, Alejo probablemente a sus preocupaciones y yo contemplándolo a él.

De repente noté que había unas lágrimas en sus ojos que empezaban a deslizarse por sus mejillas. ¡Dios, estaba llorando...!, lo que tuvo como consecuencia que la que casi entró en depresión en ese instante fui yo, porque ¿qué se podía hacer cuando un hombre como él se ponía a llorar?!

Hasta ese momento me había dejado llevar por mi no-instinto, es decir, que a mí lo que me pedía el cuerpo siempre era hablar, analizar y diseccionar las situaciones hasta la extenuación, y también hasta la extremaunción; por el contrario, desde el principio de la noche entendí que, dado que se trataba de un hombre —que suelen odiar la verborrea de las mujeres—, la mejor opción era callarse y permanecer junto a él, que para eso debía de haber ido a buscarme, o eso al menos deduje. Pero... ¿llorar?! Y no sabía qué me intimidaba más, si el hecho en sí, por no saber qué hacer, o la posibilidad de que él se sintiera avergonzado después, por cómo podría repercutir en nuestra relación.

No obstante, y a falta de más o mejores ideas, seguí adoptando la misma postura, mental y física. Me acurruqué a su lado, acariciándolo y besándolo suavemente, teniendo por una vez la sensación de que eran mis abrazos los que lo protegían a él.

Pasados unos minutos, cuando sus lágrimas se hubieron secado, se giró hacia mí. Me cogió una mano y la acercó a sus labios para besarla, viendo de nuevo mi veinte elevado al infinito tatuado en mi muñeca izquierda, por lo que indirectamente preguntó:

—No llegaste a contarme qué fue lo que pasó.

—Hoy no es importante. Esta noche sólo tú lo eres.

En realidad, hay cosas que no deben contarse a la persona que quieres, porque son tan grandes que no las olvidaría.

Su respuesta a mi comentario no tardó ni una fracción de segundo en salir de su boca:



—Te necesito.

Y la mía tampoco:

—Aquí estoy. Aquí me tienes.

Pese a la contundencia de mi contestación, en mi cabeza se habían quedado, atrapadas por la emoción, decenas de palabras, cientos de ideas, miles de preguntas. ¿Qué clase de «te necesito»? ¿Físico? ¿Anímico? ¿Emocional? ¿Sentimental? ¿Espiritual? ¿Sólo ahora? ¿Quizá mañana? ¿También pasado? ¿O tal vez el resto de los días?

Enseguida me lo aclaró:

—Te deseo.

Mi contestación esta vez fue discordante, con pequeños aunque enardecidos besos, en cada uno de los cuales, implícitamente, y cada vez que mis labios se fijaban a los suyos, yo bordaba en ellos un inconsciente «te quiero, ahora, mañana, pasado, y probablemente el resto de mis días». Su réplica tampoco fue la misma que en anteriores ocasiones: había furia en él, incluso fiereza, volcando toda su fuerza en mí, empleando toda su musculatura. Era él, en estado puro, queriendo vencer a alguien, o a algo, y situarse en el centro de la Tierra, del universo, queriendo perpetuarse y trascender, aunque no en el sentido de procrearse, sino en el de vencer, de dominar, de vivir, un poco a través de él, un poco a través de mí.

De todas mis mejores veces, que habían sido siempre con él, ésa fue de largo mi mejor vez, mi vez, porque estaba segura de que me había buscado a mí, de que me había elegido a mí para pasar probablemente su peor noche, aunque mi mejor día, ya que era yo la única que estaba allí, yo era la única que estaba con él.

No había nadie salvo yo bajo su cuerpo, con su piel apresando la mía, comprendiéndola toda, abarcándome toda, su cuerpo acaparando el mío, dos dimensiones cohabitando en un único mundo, en un único espacio, una extensión en la que todo era deseo, nuestro deseo, su deseo, que era tangible, que se podía respirar, y hasta cortar, o masticar, haciendo cautivo al mío para liberarlo después con la fuerza con la que me acometía, con la naturaleza y la magnitud de su cuerpo, que yo amplificaba, sin alternancia, sin descanso, sin flaqueza, sin postración, sintiendo su aliento bajo mi piel, su deseo bajo mi

piel, dentro de mí, vertiendo tan adentro su deseo que a veces se me antojaba inabarcable, inalcanzable, como si fueran millones de destellos infinitamente brillantes conduciéndose por el espacio, mi espacio, a la velocidad de la luz, su luz, deslumbrando a su paso, relumbrando, refulgiendo, estallando en luz, en millones de explosiones de luz.

Después no parecía haber aire suficiente en el mundo que nos hiciera volver a respirar. Y luego no hubo nada más, salvo unos ojos que se amparaban, unas manos que se cobijaban, unos besos que se refugiaban y dos cuerpos que se custodiaban.

Cuando el mío volvió a su ser, miré a Alejo y noté que estaba agotado. Compadecida, pensé que, de haber sido otro día, no me estaría planteando marcharme subrepticamente como lo estaba haciendo en aquellos momentos, esperando a que se quedara dormido para levantarme y desaparecer. Sin embargo, Alejo volvió a truncar mis planes, ya que, apenas me puse en pie, alargó su mano, y su voz, intentando detenerme.

—Quédate conmigo. Sólo un rato más, por favor.

—Lo hago encantada —le confesé—, y me quedaría mucho más, pero tendré que irme al amanecer. Mañana, a primera hora, tengo una reunión con un cliente nuevo que es muy importante para el estudio, por lo que no puedo faltar.

Él asintió y me atrajo hacia sí, abrazándome tan fuerte que casi no cabía ni un soplo de aire entre nosotros, musitando un «gracias, por todo» tan delicado, tan cariñoso, tan tierno, que yo apenas si podía contener las palabras.

Y es que lo quería con toda mi alma, a sabiendas de que quizá él no me quisiera a mí de la misma manera; lo quería aun cuando yo creía que, la mayor parte de las veces, no sabía qué hacer con el amor que se desbordaba por mis ojos; lo quería porque respiraba aliviada cuando me confirmaba que había llegado sano y salvo a su destino siempre que viajaba; lo quería porque lo admiraba; lo quería porque me enorgullecía de él; lo quería porque era paciente; lo quería porque era dulce; lo quería porque era cariñoso; lo quería porque era detallista; lo quería porque era amable; lo quería porque siempre tenía una palabra amable para mí; lo quería porque era divertido; lo quería porque me hacía reír; lo quería porque se reía de mí; lo quería porque nos

reíamos juntos; lo quería porque me encantaba hablar con él; lo quería porque me escuchaba; lo quería porque me encantaba su sonrisa, que siempre me alegraba el alma; lo quería porque, cuando me guiñaba un ojo, se encendía la chispa de la complicidad en mí; lo quería porque pensaba «¡qué guapo es!»; lo quería porque las demás pensaban ese mismo «¡qué guapo es!», y yo pensaba «¡es mío!», «al menos ahora lo es»; lo quería porque me encantaba su pelo, y acariciarlo; lo quería porque me encantaban sus manos, y que me tocara; lo quería porque me encantaban sus labios, y que me besara; lo quería porque me encantaba su olor, y su sabor, y el recuerdo de ambos en mi piel; lo quería porque me encantaba su cuerpo, despierto, o incluso dormido, porque siempre me buscaba para abrazarme; lo quería porque sólo de pensar en perderlo mi mundo se desintegraba; lo quería porque no podía contemplar, o comprender, un futuro en el que no estuviera él.

Cuando finalmente me marché, quise dejarle antes una nota de ánimo, algún mensaje que lo reconfortara para lo que el día tuviera a bien depararle y que dejara constancia de que todos mis pensamientos estaban con él, pero no conseguía dar con nada lo suficientemente bueno para Alejo.

Todas las frases se me antojaban vacías, superfluas o artificiales. ¿Qué le iba a decir? ¿Que la grandeza de los hombres se mide ante las dificultades? ¿Habiendo llegado a donde había llegado, ya debía de saberlo! ¿Qué le iba a escribir? ¿La palabra *suerte* dibujada con letras de colores, acompañada del dibujo de una carita feliz, seguida de un pulgar hacia arriba? «Lo único que conseguiría sería que vomitara», vaticiné.

Afortunadamente, en el taxi de vuelta a casa, recordé una frase de Julio Cerón que había leído tiempo atrás en un periódico:

«En los tiempos de gran tensión, de sensación de fracaso o de frustración porque todos te ganan por la mano, recuerda que aquella noche fuiste el espermatozoide más vivo y el único de miles de millones que llegó a la meta.»

Y añadí de mi cosecha: «¿Siesta?».

Me quedé convencida con respecto al wasap, pero con una sensación de

miedo e incertidumbre por todo lo demás. Había visto al Alejo más vulnerable, a un Alejo hundido, que quizá no quisiera volver a verme, ya que yo, siempre, a partir de ahora, le recordaría ese momento.

De alguna manera me había convertido en su espejo. Y tal vez a los hombres de éxito no les gustara que esa imagen fuera su reflejo. Yo, que había conseguido mantenerme al margen de su trabajo, con mi frase favorita constantemente preparada —«sólo quiero saber lo que quieras contarme»—, quizá ahora conocía demasiado.

A fuer de ser sincera, ignoraba si mi relación con Alejo aguantaría esa presión. Yo la definía como presencial, similar a esos cursos intensivos que se imparten como parte de un programa de formación continuada, que se prolongan en el tiempo durante muchos meses pero que se concentran en determinados días, complementándose con talleres y foros *online* y que, por encima de todas las cosas, tienen un inicio, así como un punto final.

*Alejo, Marina y una perceptible  
sensación de dolor*

Alejo y yo ni siquiera llegamos a ir el siguiente fin de semana a Cáceres, al parador de Jarandilla de la Vera, tal y como teníamos previsto. En su lugar, me mandó un escueto mensaje asegurando que, como yo ya habría supuesto por lo sucedido un par de días atrás, sus empresas se enfrentaban a graves problemas, de manera que no sabía cuándo podría volver a quedar. Me instaba, además, a que en la medida de lo posible no contactara con él, ya que necesitaba estar concentrado para resolver la situación cuanto antes.

Como consecuencia, tanto sus llamadas como sus wasaps se interrumpieron completamente, y los míos, porque le hice caso a pies juntillas debido a que, aunque parlanchina, no era pesada, ni me gustaba serlo, y más cuando expresamente me habían pedido que no lo fuera. Aun así, de vez en cuando, pero muy de vez en cuando, le escribí algún sucinto «sólo quiero saber si te encuentras bien», mensajes a los que nunca contestó. Es decir, que pasamos de todo, o casi todo, a nada, completamente nada. Por tanto, después de vernos cada fin de semana, de que no pasara ni un solo día sin llamarnos ni una hora sin un mensaje para saber el uno del otro, entramos en la dinámica de la ignorancia total con respecto a nuestras vidas.

En ese contexto transcurrió el mes de abril, produciéndose un nuevo cambio de estación sin que nada se modificara entre Alejo y yo, salvo unos

cuantos grados de más en el exterior.

A pesar de que odiaba el calor, disfrutaba mucho con los primeros días de la primavera, cuando el sol se mostraba templado y la temperatura no superaba los veinte grados, o como mucho los veinticinco. Me gustaban especialmente los años en los que había llovido mucho durante el invierno, irrigando los campos, cuyos tonos de verde adquirían diferentes actitudes ante la luz, como si se tratara de caracteres diferentes, cobrando viveza, fuerza, vigor, en mayor o menor medida, pero refulgiendo todos ante los primeros rayos de sol.

Ese año más que ningún otro entendía que la primavera fuera la época en la que se registraban más depresiones. Esa luz intensa, ese cielo despejado, ese calor suave que reconfortaba el alma tras el frío del invierno, que parecían tener poderes todos ellos no sólo sobre los estados de ánimo, sino también sobre los factores externos que los motivaban..., sin que, al fin y a la postre, nada cambiara.

De igual manera, todo permanecía inmutable en mi vida. En consecuencia, mayo avanzó en el calendario, y prácticamente todo el mes de junio, sin que hubiera vuelto a tener noticias de Alejo.

Nunca pude imaginar que el corazón, mi corazón, se me pudiera romper de tantas formas, y que doliera tanto, porque en verdad me dolía. Pese a ello, yo me mantenía más o menos entera debido a que postergaba mi duelo. Tal y como les ocurre a algunas personas cuando un ser querido desaparece, que necesitan tener el cuerpo presente para asumir que lo inevitable ha sucedido, yo precisaba de la confirmación expresa por parte de Alejo de que nuestra relación se había acabado, y ese hecho no había llegado a producirse.

En cualquier caso, y por más que intentara mantenerme a la expectativa, a medida que pasaban los días parecía más que evidente que todas las sospechas y los miedos que me asaltaron desde el primer día eran ciertos. Nuestra relación, fuera la que fuese la que mantuvimos, no es que se hubiera roto, es que se había extinguido.

En todo ese tiempo agradecí enormemente a mi madre, así como a mis amigos, que no se involucraran, que no intentaran consolarme o ayudarme con sus consejos, ya que hablar públicamente de un hecho implica el

reconocimiento interior de que ha sucedido, y yo no me encontraba en esa disposición. Sólo una vez mi madre me interrogó al respecto, y obtuvo una respuesta tan contundente por mi parte que me evitó una nueva batería de preguntas:

—¿Te acuerdas de la noche en que Alejo se presentó en casa a las tantas, cuando yo estaba horrorizada por mi aspecto? ¿Recuerdas que me dijiste: «Ese hombre no ha venido a ver lo de fuera, sino a buscar lo de dentro»? Pues lo encontré, y debió de ser que no le gustó.

A finales de mes, sin embargo, hubo un hecho que cambió radicalmente la situación.

La casa de su madre ya estaba lista después de una renovación completa, por lo que me puse en contacto con ella para comunicárselo, así como con Alejo, y no por voluntad propia. Desde la dirección de The Living Home me indicaron que ésa era la postura correcta que debía adoptar al tratarse de un cliente con mucho interés para la compañía. No en vano, en el plazo de seis meses nos había facilitado tres proyectos de una más que considerable envergadura económica, y siempre pagando por adelantado.

Ya que no me quedaba más remedio, pensé que lo mejor era dirigirme a él de manera oficial, y no mediante un wasap a su móvil personal. Por tanto, le escribí un *email* que envié a la dirección de correo electrónico que figuraba en sus tarjetas de visita.

Buenos días, Alejo:

Lo último que querría es importunarte, pero al haberse finalizado las obras en la vivienda de tu madre, y dado que el proyecto nos fue encargado y abonado por ti, la dirección del estudio ha considerado que, como deferencia a uno de sus más apreciados clientes —y así me lo ha hecho saber de manera oficial, para que yo proceda en el mismo sentido—, se te informara del hecho, por si quisieras estar presente cuando se entregue la casa.

El día convenido con tu madre es el próximo viernes, día 26 de junio, a las diez de la mañana.

Un saludo,

Marina Mirizarry

Excuso decir que no hubo respuesta.

Por el contrario, el día de autos, y a pesar de que yo llegaba casi noventa minutos antes de la hora acordada para comprobar que todo estaba perfecto, él

ya estaba esperando en la puerta de la calle.

Lo vi ya antes de bajarme del taxi y, tras recuperarme del vuelco que dio mi corazón, me preparé mentalmente, lo mejor que pude, para lo que pudiera pasar.

Mientras pagaba al conductor y le pedía el recibo para pasar el cargo a mi empresa, Alejo fue aproximándose hasta el coche con el fin de, caballerosamente, abrirme la puerta. Una vez en la acera intentó acercarse un poco más para darme no sé si dos besos, un abrazo o qué, porque lo paré suavemente con la mano, indicándole que me vibraba el móvil.

—Disculpa, Alejo, pero tengo un problema con una obra y he de solucionarlo cuanto antes.

Se hizo a un lado, esperando a una distancia prudencial mientras yo acababa de escribir el mensaje, mensaje que era inexistente, de la misma manera que no había ningún problema con ninguna obra. Las únicas letras que salían de las yemas de mis dedos conformaban nombres de alimentos y se correspondían con la lista de la compra que mi madre me había encargado hacer.

Patéticamente, y en previsión de que él pudiera presentarse, yo tenía preparada una estrategia mental de supervivencia en mi destartado y dolorido cerebro. Ésta consistía, básicamente, en mantenerme lo más alejada posible de Alejo, rehuyendo cualquier tipo de proximidad que me hiciera recodar aún más lo que había perdido y que me pusiera en un brete emocional de inestabilidad, lo que en mi caso siempre implicaba ponerme a llorar, hecho que, de producirse, solía acompañarse de enormes cantidades de desconsuelo.

Con el fin de evitarlo, la siguiente frase que pronuncié formaba parte también de la maniobra previamente ensayada:

—Si te parece, vamos subiendo mientras escribo el texto. Es un poco largo, porque tengo que dar un montón de instrucciones, pero necesito enviarlo cuanto antes.

Alejo guardó silencio y asintió con la mirada, enfocando sus ojos hacia las luces ascendentes del ascensor. Una vez arriba, abrí la puerta sin despegar la vista de la pantalla y, en cuanto los dos estuvimos dentro, pronuncié la tercera frase:



—Yo creo que lo mejor es que vayas dando una vuelta por la casa, para que compruebes que está todo a tu gusto. En cuanto yo acabe con el mensaje te busco.

No lo hice, sino justo todo lo contrario, ya que me dediqué a ir habitación por habitación esquivando su presencia, poniendo en práctica una táctica tan lamentable como eficaz. Hasta yo misma me sentía ridícula asomando la nariz por las rendijas de las puertas, con el máximo sigilo, moviendo los pies y las manos cual Chiquito de la Calzada pero en plan detective profesional, aunque descerebrado, intentando olisquear la situación exacta de Alejo para dirigirme a la estancia opuesta. «¡Lo que hay que hacer por no llorar!», me lamenté una vez más.

Poco después sonó el timbre anunciando la llegada de su madre. Me encaminé rápidamente a la entrada para ser yo quien le abriera la puerta de su nueva casa y comprobé con sorpresa que nada había cambiado con respecto al afecto que parecía sentir por mí, ya que me besó con el mismo cariño que la primera vez, como si nunca hubiera pasado nada entre nosotras, o entre nosotros, ni las alergias alimentarias ni el alejamiento entre su hijo y yo.

Sólo tuvieron que transcurrir un par de segundos para que Alejo se uniera a nosotras, momento en el que los tres comenzamos a recorrer todos los espacios. Yo observaba con atención el rostro de Patricia, debido a que había un aspecto que me preocupaba, y ése eran sus cuadros, por ser precisamente una de las pocas indicaciones que me había dado. Le encantaba comprar óleos, o acuarelas, como recuerdo de sus viajes, que eran muchos, tanto viajes como cuadros, aunque, en este último caso, eran casi todos de reducido tamaño.

El problema que tienen los objetos pequeños desde el punto de vista de un decorador es que desconciertan a la vista, que acaba por no distinguir ninguno, de manera que, en la retina, finalmente sólo permanece una sensación de confusión y caos visual.

Para obviarla opté por llevar a la práctica una de mis normas básicas, consistente en «si vas a poner muchos adornos, límitalos», pero no tanto en el número como en el espacio. De esta forma, y dispuesta a ubicarlos todos, me recorrí unas cuantas tiendas *vintage* con el fin de localizar somieres antiguos,

esas estructuras plateadas que soportaban el peso de los colchones de lana. Tras visitar unos veinte establecimientos, compré todos los que pude encontrar, que fueron diez, suficientes para alojar, colgada de los travesaños metálicos, toda la colección de Patricia. Una vez cubiertas todas las superficies, coloqué los somieres en el hueco de la escalera, ya que, al tener doble altura, permitía situarlos de dos en dos, uno encima de otro, creando un efecto de elevación que multiplicaba la sensación de espacio.

Otra de las apuestas más arriesgadas que había acometido consistía en sustituir dos grandes columnas de carga —emplazadas en mitad del salón y que impedían no sólo la vista, sino que el ambiente fluyera a su alrededor— por dos árboles. Obviamente no se trataba de árboles naturales, pero lo parecían, aunque fueran meros armazones de madera con un tronco y unas ramas altas que soportaban el peso del techo. Para compensar el impacto visual que causaban, el resto de la estancia estaba decorada toda en color blanco, aséptico, lo que contrastaba a su vez con el tono tostado, así como con el aspecto cálido, áspero y rústico de la madera.

En este mismo orden de cosas, me inquietaba la reacción de Patricia al ver la bañera que había instalado en su cuarto de baño, que no era sino una hamaca, totalmente exenta salvo por los dos extremos con los que se unía a las paredes, de igual manera que una hamaca de tela abraza los árboles a los que se sujeta.

Afortunadamente, mi intranquilidad se vio desechada en forma de palabras, las que salieron de la boca de Patricia minutos después de haber acabado de recorrer todas las habitaciones.

—Habiendo visto las dos casas de Alejo, tanto la de Majadahonda como la de El Escorial, sabía que no me equivocaba al elegirte. ¡Pero te has superado a ti misma! ¡Esta casa es perfecta! ¡Perfecta para mí!

Me alegré mucho, en primer lugar, porque ver a un cliente contento siempre constituye un motivo de satisfacción, pero también porque me sentí muy a gusto con ella cuando me recibió en su casa la primera vez, de manera que haber dado lo mejor de mí misma en esa ocasión era mi forma de agradecerse.

A continuación, Patricia se ofreció a sacar una botella de champán para

brindar «por las cosas bonitas que nos pasan en la vida, ¡aunque es un poco pronto para beber, pero un día es un día!».

Quizá otro día, meses atrás, habría estado encantada de celebrar con ellos cualquier acontecimiento que la vida hubiera tenido a bien ponerme delante, pero ese día, meses después, si para algo no estaba mi ánimo era para confraternizar, por lo que rechacé la copa que me tendía lo más educadamente que pude.

—Me encantaría, Patricia, pero he de irme. Tengo que revisar la obra de una casa en Somosierra y, si no me marchó ya, no creo que consiga estar de vuelta antes de las dos, hora a la que tengo concertada otra visita.

Les di todo tipo de explicaciones a ambos, en la certeza de que son los pequeños detalles los que hacen creíbles las mentiras, y con la esperanza de que ninguno de los dos percibiera que estaba especialmente afectada, o dolida, por el distanciamiento que se había producido entre Alejo y yo.

—Puedo acercarte yo, si te parece bien —se ofreció Alejo—. No me importa esperar mientras supervisas las obras, y luego te traigo de vuelta a Madrid.

—Bajo ningún concepto —rechacé de inmediato su oferta con una fingida sonrisa que ocupó completamente mi cara—. ¡Faltaría más! No voy a consentir que hagas de taxista para mí.

—Así podríamos hablar y ponernos al día...

—Gracias de nuevo, pero no puedo permitirlo —y esta vez mi sonrisa fue todavía mayor, y el tono de mis palabras aún más contundente.

Me despedí de Patricia con un abrazo y de Alejo con dos besos lejanos, intentando acercar mi cuerpo lo menos posible al suyo y, de igual manera, apenas aproximando mi cara a la suya, sólo un leve roce de mi piel contra su piel.

Bajé en el ascensor con el corazón retorcido por la pena, la garganta a punto de desgarrarse por el dolor retenido dentro ella y el cerebro concentrando toda la energía en mis ojos, en no llorar, en no desmoronarme. En los escasos segundos que transcurrieron hasta que llegué a la planta baja, notaba cómo la adrenalina, que me había mantenido indemne durante el tiempo que había permanecido junto a ellos, empezaba a agotarse, lo que me indicaba

que el momento caída libre no tardaría en golpearme, empujándome hacia el vacío, instante en el que me fallarían las piernas y me flaquearían las fuerzas.

Ya en la calle, rogué benevolencia a fuera quien fuese el que controlara y dominara los destinos del universo para que hiciera aparecer un taxi ante mí, o para que se abriera la tierra y de ella surgiera un refugio nuclear en el que encerrarme de por vida hasta morir. En un intento por consolarme, di en pensar que lo único menos malo de la coyuntura por la que estaba atravesando era que, dado que ya no volvería a coincidir con Alejo, no tendría que pasar por esa tortura nunca más.

Por una vez, mis pensamientos tuvieron un eco cósmico, y el anhelado taxi se me apareció en apenas treinta segundos. Una vez dentro, le indiqué al conductor la dirección de mi empresa, confiando en mantenerme entera hasta llegar allí. Sin embargo, no pude esperar a estar sola para venirme abajo: las lágrimas me vencieron, ocupándolo todo, mi cara, mis pulmones, mi respiración..., hasta que no quedó ni un solo reducto en mí que no estuviera invadido por un sollozo tan hondo como irracional.

El taxista me miraba por el espejo retrovisor con preocupación, temiendo tener que dar un volantazo para llevarme al hospital más cercano, no fuera a darme un ataque de ansiedad por el camino, por lo que, previsor, pasados unos cuantos minutos me preguntó con amabilidad:

—Señorita, ¿se encuentra usted bien?

—Sí, no se preocupe. Es que me acaban de comunicar el fallecimiento de un familiar —le mentí, escudándome en la primera excusa razonable que se me vino a la cabeza y que pudiera justificar mi desmoronamiento.

Y algo de verdad había en mis palabras, ya que tal vez un pariente no había fallecido, pero sí una parte de mí, la que se negaba a reconocer que la relación con Alejo había muerto, la que necesitaba el cuerpo presente para convencerse de que todo había acabado entre él y yo. La inercia de mis sentimientos, así como la de mis lágrimas, me decía que por fin había empezado mi duelo. De hecho, había descargado en ese taxi todo lo que no había llorado en los dos meses largos transcurridos desde que Alejo desapareció de mi vida. Y lo que aún me quedaba.

Por eso, en cuanto puse un pie en la acera lo primero que pensé fue:

«Menos mal que es viernes y que no tengo que subir a la oficina, ni volver después, ni ver a nadie, porque esta conmoción emocional no va a parar, ni aquí ni ahora». ¡Si lo sabría yo, que demasiado bien me conocía!

Para mi desgracia, no iba a permanecer sola por mucho tiempo, ya que mientras caminaba hacia mi Mini, toda yo envuelta en un océano de lágrimas, Alejo me alcanzó por detrás.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? ¡Esto no me puede estar pasando! —me desplomé, tanto por fuera como por dentro.

Yo no podía estar más horrorizada, más avergonzada..., comportándome como una adolescente incapaz de dominarse, sintiéndome carente de toda dignidad.

—No podía dejarte marchar —fue su respuesta.

—Pues vas a tener que hacerlo, porque yo no quiero que estés aquí — conseguí pronunciar entre hipidos y lloros.

—Ven aquí —me dijo suavemente mientras me cogía por ambas manos para atraerme hacia él.

—Por favor...

Lo alejé como pude de mí e inicié de nuevo la marcha hacia mi coche, hasta que volvió a agarrarme por la cintura y acercó mi espalda a su pecho.

—Luego me dices que me odias, y que me vas a odiar siempre, por ser un impresentable, un cretino, un estúpido, un capullo, y todos los adjetivos que quieras aplicarme y que, sin lugar a dudas, me merezco, pero ahora no. Ahora me vas a dejar que te abrace, sin decir ni una sola palabra, ninguno de los dos, hasta que te encuentres mejor.

Me giró sobre mí misma y, colocando los brazos sobre mis hombros, me atrapó. Y yo, tan fácil, tan tonta, tan acomodaticia, tan poco combativa, me rendí, ante sus abrazos, ante él, maldiciéndome a mí misma, maldiciéndolo a él, maldiciendo sus abrazos...

Si había algo que me perdía de los hombres era precisamente su manera de abrazar, que me hicieran sentir a salvo, segura de que nada malo podría pasarme estando cobijada en su pecho. Siempre me abandonaba en un abrazo, y al hombre después, y al abrazarme Alejo, muy a mi pesar, me abandoné de nuevo a él.

Al cabo de un rato, cuando mi llanto empezó a remitir, él me preguntó:

—¿No tienes más remedio que ir a Somosierra, o puedes dejarlo para el lunes?

—Puede esperar —reconocí.

—Entonces nos vamos a ir a la casa de El Escorial, y esta vez voy a ser yo quien cuide de ti, sobre todo porque el único culpable, y único responsable, de que todo esto haya pasado soy yo. Sé que no hay ninguna justificación, pero creo que te mereces una explicación. Y me gustaría dártela.

De no haber estado tan agotada, mental y físicamente, habría plantado batalla, al menos resistencia, escudándome en cuánto me había dolido su abandono, cuánto me había hecho sufrir su silencio..., pero al reconocer de antemano que se había equivocado, que no había defensa o motivo de exculpación posible..., con eso ya había ganado más de media guerra, cuando no toda.

Así, de nuevo me rendí, ante él y ante su explicación.

—Casi pierdo todas mis empresas, de golpe, de un día para otro. Si te lo explico técnicamente quizá no lo entenderías, pero tal vez te suene el término opa hostil.

Asentí con la mirada mientras permanecía atenta escuchándolo.

—Algo parecido es lo que me sucedió a mí, tan inesperadamente que me vi desbordado, tan agobiado que no supe reaccionar con respecto a ti. Lo único que puedo decir en mi descarga es que tú eres una droga para mí; siempre necesito más. Y sabía que, si no cortaba eso de raíz, no podría concentrarme en resolver los problemas de mis empresas, ¡que es todo por lo que he luchado en mi vida!

Alejo se detuvo un instante para respirar, así como para prepararse para exhalar algo mucho más denso que el aire.

—De niño yo era un crío con el que todo el mundo se metía, el típico rarito que no caía bien a nadie, ya fueran chicos o chicas. Empezar con mi primer negocio, mi primer puesto en un mercadillo, me salvó de todo eso y me convirtió en lo que soy. Por tanto, perder mis empresas no era sólo una cuestión de dinero: se trataba de lo que representan para mí, de superación de una infancia y una juventud de mierda.

Todo empezaba a cobrar sentido, y claro que lo tenía, por supuesto que lo tenía, pero Alejo aún no había concluido.

—Además, perdí a mi padre siendo muy niño, con tan sólo ocho años, en un accidente de tráfico. Y te aseguro que es lo peor que me ha pasado en la vida. Aún recuerdo, como si fuera ayer, sus palabras de despedida en la cama del hospital antes de fallecer: «Lo que más siento es no poder estar a tu lado para guiarte en la vida, para verte convertido en el hombre que seguro serás». De alguna manera, mis negocios son, y siempre han sido, un regalo para él con el que yo intentaba hacerle ver, allá donde estuviera, que había conseguido salir adelante solo y que podía estar orgulloso de mí.

Se me saltaron las lágrimas. Era la primera vez que Alejo mencionaba a su padre, y lo había hecho en esos términos, con ese dolor..., provocando en mí, una vez más, que mi voluntad se doblegara. Y no sólo me rendí: lo perdoné, porque lo entendí, porque, de repente, Alejo había cobrado ante mis ojos una dimensión todavía más humana, en la que estaba presente un elemento que jamás habría sospechado: su sufrimiento, y ante éste pensé que el mío no había sido tan relevante.

Asimismo, lo perdoné porque lo quería, con todo mi corazón y toda mi alma; lo perdoné porque ya había constatado que mi mundo se desmoronaba cuando él no estaba; lo perdoné porque ya había comprobado que no quería un futuro en el que no estuviera él.

—Y, finalmente, no respondí al último correo, al oficial —prosiguió—, porque me daba vergüenza y porque, verdaderamente, no sabía qué decir, ya que cuando eres consciente, a ciencia cierta, de que has sido un gilipollas, desconoces cuáles son las palabras que tienes que emplear, y más aún si tienes que escribirlas. Por eso pensé que era mejor esperar, vernos cara a cara e intentar arreglar las cosas entre nosotros. Y con ese propósito llevaba esperándote desde las siete de la mañana, por si acaso llegabas pronto a la casa de mi madre.

Permanecí en silencio, pero sin moverme, abrazada a él, sin querer interrumpir lo que aún le quedara por decir.

—Ahora intuyo que si te lo hubiera explicado así desde el principio quizá lo habrías entendido, y te habría evitado mucho dolor, pero no supe, o no

pude... ¡Estaba tan sobrepasado!... Te aseguro que conservarlo todo ha sido una batalla mucho más dura que levantarlo.

No me hicieron falta más aclaraciones, ni más palabras, por su parte o por la mía, ya que mis besos fueron suficiente respuesta. No salimos en todo el fin de semana de su casa, donde por fin me había dejado entrar, como invitada, y donde, esta vez sí, dejamos una huella indeleble —y muchas más— en esa cama, bajo un cielo de letras que conformaban un esperanzador «... que ningún ruidoso amanecer perturbe la paz de esta tierra». Y creo que los dos encontramos, el uno en el otro, un poco de esa paz.

El resto del tiempo lo pasamos hablando de cosas sencillas, de nuestros gustos, de nuestra infancia...

—¿Qué era lo que más te gustaba de niño? —le pregunté yo.

—Las maquetas, construir aviones, barcos...

—Y ¿no lo has vuelto a hacer de adulto?

—Sé que suena triste, pero ahora todo mi tiempo se lo dedico al trabajo, aunque es verdad que disfruto mucho con la tecnología. Me compro lo último de todo, iPads, iPhones, lo que sea. ¿Y tú?

—Hacer punto.

—¿En serio? ¿Como las abuelitas? —se mofó.

—Completamente. Y, de hecho, me enseñó mi abuela.

—Y ¿qué tejes?

—Sé hacer cualquier cosa, pero me privan las bufandas y los gorros, porque me encanta llevarlos puestos.

—Y ¿cuándo tejes?

—Un plan perfecto para mí, si no tengo pensado salir de casa, es un té hirviendo para beber, algo que tricotar entre las manos y una buena película en la tele. ¡Y me convierto en la mujer más feliz del mundo! Además, ¡así tendré algo que estrenar al día siguiente!

—La ropa, ¿eh?... —comentó Alejo con una sonrisa.

—A ver, que a las mujeres nos guste la ropa no es nada malo. Mira a los tíos con el fútbol..., no les quitan ojo a otros veintidós, que van en calzoncillos y persiguiendo un balón. Además, tengo otras aficiones. Disfruto muchísimo caminando, por ejemplo.



—¡Viva la vida sana!

—Lo dices con cara de susto —comenté sorprendida.

—Es que fumo de vez en cuando...

—¿De verdad? Pero si no te he visto nunca...

—No es algo de lo que me sienta muy orgulloso, aunque lo siga haciendo.

—¿Alguna otra afición oculta? —le pregunté divertida.

—Sí, pero confesable. Me encanta el coñac, si bien, como soy un torpe y rompo todo lo que pillo por banda, lo acabo bebiendo en el primer vaso cutre que encuentro. ¡Creo que mi presupuesto para cristalerías y vajillas es mayor que el de aparatos tecnológicos! —confesó Alejo con humor.

Me encantaban esas charlas, aparentemente intrascendentes, pero que me permitían conocerlo mejor, acercarme más a él, reanudar mi vida con él.

Ya de madrugada, el domingo por la noche, cuando Alejo me llevó a recoger mi Mini a The Living Home, donde se había quedado aparcado el viernes, me sugirió:

—Tengo una idea. ¿Por qué no organizas tú un plan para el fin de semana que viene, me das una sorpresa a mí y los dos retomamos la costumbre de estar juntos todo el tiempo que podamos?

Parecía que las cosas volvían a su cauce. Sin embargo, yo no sabía qué pensar, porque también percibía una sensación de irrealidad en ese aire que respirábamos ambos.

Como remate del fin de semana, me siguió en su coche hasta mi casa para comprobar que llegaba bien y, justo cuando me marchaba, me susurró:

—Me gusta más mi mundo cuando tú estás en él.

Sonreí con timidez, y con desesperanza, sin decir nada en respuesta. De haber sido sincera, mi contestación habría sido «mi mundo no existe si tú no estás en él», probablemente más demoledor para mí que para él, ya que, tras los más de dos meses y todo el dolor transcurrido, su frase me sonó ambigua, insuficiente, incierta...

Nada más llegar a mi habitación, me tumbé encima de la cama, aún con la ropa puesta, y busqué una canción de Passenger, *Golden Thread*, en la que la voz de Mike Rosenberg suplicaba por una mentira con la que contentar su amor.

Ésa era yo aquella noche, más una perceptible sensación de dolor.

*Marina, Alejo, Sabrina, Calem y un  
veinte elevado al infinito*

Una vez más agradecí a mi madre y a mis amigos que no se inmiscuyeran en mi decisión de volver con Alejo, que no me advirtieran acerca de que, si ya me había olvidado una vez en el pasado, probablemente volviera a hacerlo en el futuro, que no me previnieran sobre otras presumibles faltas capaces de infligirme un dolor mayor aún que el ya sufrido, con esa inercia que tenemos los seres humanos consistente en que una vez destapada la caja de los defectos éstos tienden a procrear.

Toda vez, pues, que había decidido pasar por alto las evidencias que me aconsejaban no abandonarme a la inconsciencia y al olvido, volqué toda mi energía en pensar cuál debería ser mi sorpresa para el fin de semana siguiente.

Con total seguridad, Alejo no debía de acordarse, pero justo ahora se cumplía un año desde que nos vimos por primera vez en el lago Ness. ¡Un año! Jamás había tenido una relación tan larga ni, por supuesto, había estado tan enamorada de nadie. Aún lo recordaba como si lo tuviera delante de mis ojos, tan alto, tan guapo, apoyado contra un árbol, preguntándome quién sería mientras la luz de las velas del escenario iluminaba lo que quedaba del día.

«¡La luz de las velas!», me dije con ilusión. ¡Lo tenía! Y era una idea perfecta, que enlazaba la forma en la que nos habíamos conocido con nuestra situación actual, tras haber retomado la relación, cumpliendo con ello un año,

además.

Me habían hablado mucho y bien del concierto de las velas que tenía lugar por esas fechas en un pueblo de Segovia, en Pedraza. Se trataba de una celebración en la que toda la localidad se iluminaba mediante velas, más de veinte mil, que se colocaban por doquier, en los alféizares de las ventanas, en los balcones, en los empedrados de las calles, creando un efecto mágico sólo posible en un lugar que había conseguido conservar todo su encanto del pasado y que parecía anclado en un tiempo remoto, como si el siglo XX y, por supuesto, el XXI no hubieran transitado por sus recovecos y rincones.

El concierto en sí, de música clásica, tenía lugar en la explanada del castillo-museo Ignacio Zuloaga, un espacio amplio y con buena visibilidad que permitiría disfrutar de la actuación de la Barbieri Symphony Orchestra, que tenía prevista su actuación el próximo 4 de julio.

Desconocía si a Alejo le gustaba ese tipo de música, lo que me hizo dudar, aunque finalmente pensé que, salvo que la odiara, el entorno sería tan maravilloso que ese hecho carecería de importancia. Reafirmandome, por tanto, en mi decisión, compré las entradas por internet y me relajé, experimentando una sensación parecida a la de haber superado una prueba: la de acertar con el destino de nuestro segundo fin de semana juntos tras la reconciliación.

A continuación, reservé habitación en la Hospedería de Santo Domingo, un pequeño hotel alojado en una casa noble con tres siglos de antigüedad y acotado por las murallas del pueblo, desde la que se contemplaban unas preciosas vistas a la sierra de Guadarrama y al acueducto medieval. Además, no distaba mucho del castillo, lo que facilitaría el acceso al concierto en una noche en la que Pedraza estaría rebosante de gente.

Con todos los objetivos que me había propuesto cumplidos, pensé que había llegado el momento regodeo, definido así por consistir en un montón de pensamientos placenteros que anticipaban lo maravilloso que sería volver a compartir todas nuestras horas juntos. Sin embargo, había un fleco que se me había quedado colgando, tan molesto como un mechón de pelo que se resiste a permanecer detrás de la oreja en un día de viento, y era que mi plan me parecía insuficiente. Al fin y al cabo, cumplíamos un año, y tal vez yo

necesitara de una celebración en toda regla y por todo lo alto.

Hasta el momento, él siempre había propuesto, y dispuesto, la totalidad de los planes que habíamos compartido, hecho que yo había aceptado encantada, que todo había que reconocerlo. Pero, al proponerme que fuera yo la que organizara nuestra siguiente excursión, Alejo había entreabierto una puerta que también brindaba la posibilidad de volver las tornas.

«*From lost to the river!* —me dije riéndome de mí misma—. ¡A lo mejor es el empujón que necesita esta relación!»

La idea ya estaba asentada en mi cabeza; sólo tenía que desarrollarla, y lo conocía lo suficiente para saber cuáles eran sus gustos, qué pequeños detalles le hacían feliz y qué cosas podrían hacerle disfrutar... y reír. Entre ellas, seleccioné diez, que se traducirían en diez regalos, de una escasa relevancia económica, aunque no carentes de valor sentimental —al menos para mí—, que acompañaría de una misiva explicativa con el único fin de hacerle sonreír.

La nota sería la siguiente:

*Y aquellos lodos trajeron estos barroos... ¡Ay, no, que fueron unas velas, Nessie y una casa en El Escorial los que nos condujeron hasta aquí! ¡Y ya hace un año de aquello! Por la parte que me toca, y la que te toca, sirvan estos humildes regalos como forma de celebración.*

*Regalices rojos: El mundo debe ser un lugar dulce.*

*Dónuts: Acepto que haya dos mundos, y que los dos sean dulces.*

*Maqueta de avión: ¡Abajo la tecnología! Fuera el móvil, el iPad y el ordenador, ¡y viva la imaginación!*

*Chicles de nicotina: ¡El fumar se va a acabar!*

*Botella de coñac Duque de Alba: Mi whisky y mis tés buscaban compañía.*

*Copa adecuada para beber coñac: Un buen contenido se merece un buen continente.*

*Calzoncillos con dibujos de regalices rojos: Lo dicho, un buen contenido se merece un buen continente y, si es dulce, mejor que mejor.*

*Surtido de vajillas y cristalerías: Para suplir lo que ya has roto, y lo que romperás. ¡Y que Dios coja confesadas a tus vajillas!*

*Brújula: Sé que tienes GPS, navegador y todo tipo de cachivaches tecnológicos, pero si te fallan vamos a necesitar esto para llegar a nuestro destino, que ya sabes que yo no puedo ser ni tu brújula, ni tu norte, ni nada que tenga que ver con la orientación.*

*Destino: ¡Sorpresa! Y lo seguirá siendo hasta que el sábado arranques el motor.*

Tras leer la nota unas cuantas veces con el fin de comprobar que no había ninguna errata, metí todos los objetos en una caja, puse el folio encima, envolví el paquete con papel de regalo y llamé a una empresa de mensajería para que lo recogieran. Después de una breve conversación telefónica quedé con ellos en que lo llevarían a su casa el viernes, a las diez de la noche, hora a la que tenía prevista su llegada desde Islandia, donde había pasado la semana.

Todo encajaba a la perfección. Recibiría el paquete por la noche y, al día siguiente, a eso de las nueve de la mañana, saldríamos hacia Pedraza para poder disfrutar de todo el fin de semana juntos.

A medida que se acercaba la hora, empecé a ponerme más y más nerviosa, ilusionada, intentando adivinar cuál sería su reacción al ver la caja y abrir los regalos. Yo supuse que, nada más recibirla, me llamaría, o que me mandaría un wasap, pero los minutos pasaban y mi teléfono permanecía en silencio. Mil veces me cercioré de que el móvil tenía línea, para lo que me llamé otras mil desde el fijo de mi casa, hasta que, hacia las 23.30, decidí ponerme en contacto con la empresa para averiguar si la entrega no había podido efectuarse.

Sin embargo, el encargado del turno de noche me aseguró que ésta se había realizado sin ningún problema, a las 22.05 horas para ser exactos, y que el albarán estaba firmado por un tal Alejo Larralde, albarán que me envió por correo electrónico con el fin de que yo pudiera verificar la validez de la rúbrica.

Descartado pues el servicio de transporte, sólo quedaba Alejo en la ecuación y él no recibía a gente en casa, con lo que no era posible que se hubiera presentado algún amigo de improvisa a última hora. Así las cosas, todo conducía a pensar que había juzgado inadecuados los regalos, o

simplemente que no le habían hecho ninguna gracia, pese a que a mí tal posibilidad no me cabía en la cabeza al considerar que eran inocuos, como el humor blanco, y que salvo divertirlo no podían producir otro tipo de reacción.

Podría haberle enviado un mensaje para salir de dudas, pero no me atreví, porque la ilusión de antes, de apenas unos minutos antes, se había transformado ahora en miedo..., de nuevo ese miedo, el de pensar que los hombres como él no acaban con mujeres como yo.

Zafándome de mis temores, o tal vez escondiéndome en ellos, creí más oportuno, ya que había quedado en pasar a buscarme por mi casa unas pocas horas después, esperar a que fuera él, de viva voz, quien me contara qué le habían parecido mis regalos o qué problema había surgido con ellos.

No obstante, cuando llegó el momento, y al igual que había sucedido la noche anterior, los minutos comenzaron a correr, agolpándose tanto en mi reloj como en mi ánimo, que andaba desbocado al seguir Alejo sin dar señales de vida. Y esto último ya sí que me resultó preocupantemente extraño, debido a que él era la puntualidad personificada. De hecho, dieron las nueve y media, y también las diez, con mi casa y mi teléfono envueltos en el más absoluto silencio.

Cogí el móvil entonces para llamarlo. El servicio daba línea, pero Alejo no lo descolgaba. Dejé un recado en el buzón de voz y, a continuación, le mandé un wasap, que tampoco obtuvo respuesta. Esperé un cuarto de hora más, con el mismo resultado de vacío absoluto en mi pantalla, momento que constituyó el punto de inflexión, en el que la angustia de pensar que quizá le hubiera pasado algo empezó a apoderarse de mí.

Tardé sólo cinco minutos en recorrer los diez de coche que me separaban de su casa, que si mi Mini no murió ese día a las puertas del cielo estuvo. Y es que, a fin de llegar hasta allí lo más rápido posible, esquivé los pasos de cebra, con peatones cruzando, para lo que tuve que comerme varias aceras, con sus consiguientes farolas y papeleras; también me salté todos los semáforos en rojo que encontré por el camino y no respeté ni un solo ceda el paso en las decenas de rotondas que controlan el tráfico en Majadahonda.

Cuando aparqué el coche en la puerta de su casa tenía la sensación de que me perseguía no sólo la policía y la Guardia Civil, sino también la Interpol, el

FBI, la CIA, el MI5 británico y hasta el Mossad israelí.

Tras llamar al timbre, oí su voz en el interior. «Al menos está de una pieza», me tranquilicé, aunque esa tranquilidad resultara ser más que efímera.

Me abrió, desnudo de cintura para arriba, luciendo, de cintura para abajo, los calzoncillos con regalices rojos que contenía el paquete que había enviado el día anterior. Lo siguiente que vi fueron sus ojos, y ya no necesité nada más porque, en esa fracción de segundo en la que nuestras miradas se cruzaron, supe que todo se había acabado entre ambos.

—Hoy no voy a ir a ningún sitio contigo.

Esa frase fue lo único que oí salir de sus labios, palabras para las que ni siquiera se molestó en fingir pesar al pronunciar. Y en apenas otra fracción de segundo entendí por qué.

Detrás de él apareció, con un sugerente conjunto de ropa interior, mi amiga del alma, mi vecina Sabrina, quien, con sus ojos convertidos en un letrero luminoso en el que se leía «te jodes, que te lo he quitado y ahora es mío», aseguró:

—¡Ups! ¡Qué mala suerte! ¡Nos has pillado!

En su rostro pude adivinar también que si había entablado esa relación era porque quería algo, aunque no precisamente a Alejo, suposición que se convirtió en evidencia en cuanto las siguientes palabras surgieron de su boca, más destinadas a hacerme daño a mí que a conquistarlo a él:

—Hay que ver qué casas haces, Marina, aunque en realidad esto no es una casa, ¡es un casoplón! Y ¿decías que en un año con él sólo habías estado aquí una vez? ¡Pues qué mal te lo montas, tía! ¡No me extraña que te vaya la vida como te va!

Automáticamente pude comprobar que a Alejo no le había importado lo más mínimo su comentario. De hecho, aprecié en sus ojos una mirada que sólo se podía interpretar como «soy el puto amo y tengo derecho a hacer lo que me dé la gana», una mirada sin contradicciones internas, sin asomo de culpa o de remordimiento. En realidad, lo único que quería era deshacerse cuanto antes de mí.

Y ése fue el segundo mazazo del día, la crueldad que descubrí en ambos y cuyo sentido no alcanzaba a comprender. Alejo podría haberme mandado un



mensaje con cualquier pretexto de trabajo que sirviera como excusa para no ir a Pedraza, impidiendo con ello que me acercara hasta su casa, porque ¿qué necesidad había de que viera eso?! ¿Acaso tenía un especial interés en que pensara que era un hijo de puta, como acababa de comprobar?! ¿Se trataba únicamente de hacer daño por hacer daño?! ¿Qué mal les había causado yo a ambos?! Yo era una buena persona, con todo el mundo y más aún con ellos, el hombre al que más había querido y una de mis dos mejores amigas. Sin embargo, me había quedado sin ambos de golpe, y sin media vida también.

Además, ¿cómo y desde cuándo se conocían? ¿Cuánto tiempo llevaban juntos? ¿Si yo ni siquiera los había presentado!

Todas las preguntas eran pernos que remachaban mi mente haciéndola sangrar..., hasta que entendí que no importaban las respuestas porque, como ya había vivido mi madre antes que yo, entender las cosas no las hace más fáciles, ni las cambia.

«Nunca pidas palabras. Siempre te mentarán. ¡Hechos! Y ¿qué te dicen los hechos? Pues eso es lo único que hay; es lo único con lo que puedes contar.» De estar allí conmigo, estaba segura de que Blanca Solís me habría dicho eso, como que diera media vuelta y me marchara. Pero yo esperé, una décima de segundo, la que transcurre desde que te das un golpe hasta que sientes el dolor mientras el cerebro lo procesa. Cuando éste llegó, miré a Alejo sin ninguna expresión en el rostro, sin ninguna palabra en la boca, sin ningún reproche en la garganta.

Sabía que sería un alivio para él, pero también lo era para mí.

Por tanto, y por primera vez en mi vida, pude decir que se me perdieron las palabras; por primera vez en mi vida no se me abalanzaron para huir de mí. Yo, la obsesiva-compulsiva-neurótica-psicótica de las palabras, me había quedado a merced de un silencio en el que ni siquiera me reconocía y que hacía peligrar mi subsistencia. De haber estado allí, a buen seguro que mi madre también me habría dicho: «Mira por ti y concentra toda tu energía en sobrevivir». Y, para poder resistir sin derrumbarme, en ese preciso instante tuve que marcharme de allí.

Al girarme para volver sobre mis pasos, vi mis regalos abiertos encima de la mesa, y la vajilla rota, ensombreciendo el suelo. Desgraciadamente, ahora

se me antojaba como una evidencia que había ciertas cosas, los platos, o yo misma, que en manos de Alejo nacían condenadas a morir.

Mientras caminaba por la acera caí en la cuenta de que los sentimientos que hubiera podido experimentar Alejo en el transcurso de ese año nada tenían que ver conmigo. Yo le había abierto una ventana, que estaba cerrada, y él había echado a volar. Tan simple y devastador como eso. De la misma manera, lo que yo quería celebrar con el viaje a Pedraza y los regalos que le había enviado nada tenían que ver con él: era mi aniversario, mi primer año junto a alguien, pero era evidente que Alejo no estaba en la misma longitud de onda que yo.

Pensar en compartir esa situación con él por haber sido los dos únicos compañeros en ese viaje, que justo acababan de reemprender tras una interrupción, no había sido, y precisamente por este último hecho, una decisión acertada. Y es que cuando crees que las cosas se están encarrilando es cuando se desmoronan. Los médicos lo saben de sobra. Se llama la mejoría previa a la muerte, y es a los moribundos a los que les sucede.

Llegué al coche destrozada, con una sola idea en la cabeza: mi madre. ¡Dios, lo que debía de haber sufrido! Y no sólo una vez, como yo, sino decenas, y con un marido, y una hija, y un proyecto de vida en común. Pensando en ella conduje lo más rápidamente que pude hasta llegar a mi casa, pero no con el convencimiento de que Blanca era la única que, en ese momento, podía entenderme, sino con la certeza de que, por una vez, era yo la que podía entenderla a ella.

Un buen rato, un rato enorme, estuve abrazada a mi madre, sin mediar palabra, hasta que aseguré:

—La vida es dura, pero más dura has sido tú.

No respondió, pero sí noté unas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, aunque no sé si por mí, o tal vez por ella.

Pero yo no; yo no iba a derramar más lágrimas, al menos aquella mañana no. Si algo había aprendido, y también de Blanca Solís, era que en la vida sólo tienes dos minutos para lamentarte y el resto para levantarte. Por tanto, en cuanto pude reaccionar, la idea de Pedraza se asentó en mi mente. Yo había previsto una celebración, e iba a tenerla.

—¿Quieres que vaya contigo? —me preguntó.

—Esto es algo con lo que tengo que lidiar yo sola —respondí con convicción.

Y estaba decidida a hacerlo, aunque dejaría pasar unas horas para tranquilizarme y poder conducir en un estado algo más sereno. Al fin y al cabo, el concierto empezaba a las diez de la noche, con lo que si de algo andaba sobrada era de tiempo.

Segundos después, y como si estuviéramos conectados telepáticamente, nada más acabar de hablar con mi madre, Calem me llamó.

—¿Qué tal le han caído los regalos? —inició él la conversación.

—Va a ser que mal —le comenté, relatándole a continuación el resto de los acontecimientos.

—Y ¿qué piensas hacer? ¿Hundirte en la miseria?

—Me voy a Pedraza.

—¿A qué? —preguntó confuso.

—A luchar.

—¿Por él? ¿Sin él? —volvió a preguntar, aún más confuso.

—Por mí.

Y eso fue lo que hice. A media tarde, sobre las siete, me senté en mi Picapiedra con la certeza de que los cien kilómetros que me separaban de Segovia no estaban en el camino que tenía por delante, ni bajo mis pies, en algo llamado acelerador, o entre mis manos, en algo llamado volante, sino dentro de mi cabeza, en algo llamado voluntad. Por tanto, lejos de elegir un repertorio de música para difuntos, opté por la música más movida, la más marchosa que pude encontrar, capaz de resucitar a un muerto: Imagine Dragons, Sara Bareilles, o cualquiera con la fuerza suficiente para aupar mi ánimo.

Así, con las dos ventanillas bajadas, con la melena al viento y cantando a pleno pulmón, más me parecía —que conste que sólo en gesticulación— a la loca con cara de loca de mi padre que a la hija de mi madre.

No obstante, lo único verdaderamente importante fue que llegué a Pedraza, entera y verdadera, con el corazón íntegro y el cielo sobre mi cabeza.

Nada más entrar en el pueblo, el personal de la organización me indicó

dónde se localizaba el aparcamiento habilitado para el concierto, y ¡allí lo vi!  
¡Allí estaba él! ¡No podía dar crédito a mis ojos! ¡El hombre de mi vida! ¡Mi  
alma gemela, de casi dos metros y pelirrojo, mi otro yo, mi maxiyó! ¡Calem!  
¡El verdadero hombre de mi vida!

¡Y llevaba tres enormes ramos de rosas, uno rojo, otro rosa y otro blanco!

—De sexo, ni hablamos —me advirtió con una sonrisa pícaro antes de que  
pudiera acercarme a él—, pero todo lo demás es cierto: rojo por la pasión,  
rosa por los sentimientos tiernos y blanco por los sentimientos sinceros.

Me reí con ganas por su comentario, que me recordaba a épocas pasadas, y  
también lloré, con más ganas aún, por su regalo, que no consistía sólo en las  
rosas, ya que nunca había sido más cierto que ese día que el verdadero regalo  
eran las manos que lo entregaban. Lo único malo fue que mis planes de no  
llorar se vinieron abajo, ¡aunque por una buena causa!, la de darme cuenta de  
que, a pesar de todos los pesares, no había nadie con más suerte que yo,  
porque la mejor persona del mundo era mi amigo.

No creí que fuera capaz de dar con la forma de demostrarle mi  
agradecimiento, así viviera mil años, pero hasta que ese momento llegara, si  
es que llegaba, lo obligué a que dejara las flores en el capó de mi coche para  
poder abrazarlo, devolviéndole todo el cariño que él me había traído a mí.

—¡Pero ¿qué haces aquí?! —acerté a decir después de varios minutos.

—¿De verdad habías llegado a pensar en algún momento que te iba a dejar  
pasar por esto sola? —me recriminó con una sonrisa.

—¡Por supuesto que sí! —me defendí—. ¡Eres la última persona a la que  
habría esperado encontrar aquí! Además, hemos hablado sobre la una de la  
tarde... ¿Cómo te ha dado tiempo a llegar? ¡Y antes que yo!

—En seis palabras: me he hecho pasar por hetero.

—¡¿Qué?! —le pregunté tan divertida como confusa e intrigada.

—¿Quieres la versión extendida o la reducida?

—¡La más larga, por favor! ¿Acaso lo dudas?

—De acuerdo, entonces. Tú lo has querido. En primer lugar, sólo decir  
que has tenido suerte, porque estaba en Londres, con más disponibilidad de  
vuelos que desde Edimburgo. Y, ahora, al grano. Después de hablar contigo, y  
antes de salir hacia Heathrow, me he pasado por la que me han dicho que era

la mejor floristería de la ciudad para comprar las rosas, en previsión de que en Madrid no pudiera hacerlo. Así las cosas, mis tres ramos de flores y yo nos hemos presentado en el aeropuerto a la caza y captura de un avión que despegara en los siguientes cinco minutos..., y no ha sido una tarea fácil, no.

—Y ¿cómo te las has arreglado?

—He ido a las ventanillas de Iberia, ya que he pensado que sería la compañía que tendría más frecuencia de desplazamientos hacia España. Acto seguido, me he puesto en la cola de la dependienta más feúcha, que mira que era fea la pobre, la verdad...

—Pero ¿por qué has hecho eso? —pregunté mientras me desternillaba de la risa.

—Porque era la que tenía pinta de tener una vida sentimental más lamentable, lo que me venía que ni pintado para mi plan.

—¿Cuál era? —lo animé a proseguir.

—Asegurarle que estaba desesperado porque había discutido con mi novia española, como consecuencia de lo cual habíamos roto, pero como yo no podía vivir sin ella tenía que viajar hasta Madrid, por cojones y ya, para pedirle que se casara conmigo y arreglar la situación. Y como no podía enseñarle ningún anillo, le he puesto encima del mostrador las flores, con el fin de que se hiciera una idea del estado de mis emociones y de la sinceridad de mis sentimientos.

—Y ¿te ha vendido un billete?

—¡Ya te digo! Bueno, casi...

En ese punto, Calem rectificó, para añadir a continuación un divertido:

—Lo cierto es que no.

—Entonces ¿qué ha pasado? —inquirí presa de un ataque de risa.

—Billetes no había, porque tenían *overbooking* en todos los vuelos, pero como se le caía la baba conmigo y mi historia de amor, que ya veía yo en su cabeza la comedia romántica que se estaba montando ella sola, que ya te he dicho yo que había elegido bien a mi víctima y que el papel de novio hetero lo estaba bordando, que me estaba saliendo que te cagas...

—¿Ha dejado en tierra a alguien para meterte a ti? —lo interrumpí, puesto que me había asaltado la duda.

—¿Qué va! Por lo visto, en los aviones hay más asientos para azafatas que azafatas; son los que se utilizan para desplazar al personal de la compañía cuando no hay plazas. Por tanto, me ha asignado uno de ellos y todo solucionado, salvo por las flores...

—¿Cómo? —quise salir de dudas, a punto de no poder reírme más.

—Pues, como habrás comprobado, un poco voluminosas sí que son, y por narices tenían que ir en la cabina, ya que lo de facturarlas no me parecía una opción.

—Y ¿qué pasó al final?

—¿Te has fijado alguna vez en que en clase *business* siempre dejan una butaca libre entre dos pasajeros para que vayan más cómodos? Pues he tenido que comprarles a los ramos un billete para uno de esos asientos, de manera que tus flores han venido en primera... y yo en un cutre asiento en el que no me cabían ni los pies. Acojonante. De haber tenido una cámara, te juro que lo habría filmado. ¡Vamos, que ruedan una segunda parte de *Pretty Woman* sólo para incluir la escena!

Mis carcajadas debieron de oírse a varios kilómetros a la redonda, así como mi gratitud, que, de ser sonora, habría traspasado varias fronteras.

—¿Y desde el aeropuerto hasta aquí? —le pregunté en cuanto pude recuperarme.

—Después de la experiencia del avión, ¿de verdad crees que iba a intentar pillar un tren o un autobús? ¡Me arriesgaba a acabar yo en el techo, como en las películas indias, y las rosas en el asiento del pasajero, y sujetas con un cinturón de seguridad de cinco anclajes! No, bajo ningún concepto. Me he cogido un taxi, que ya podía ver yo desde atrás cómo le aplaudían las orejas al taxista. ¡Si hasta se ha ofrecido a esperarme para garantizarse la vuelta!

Me reía tanto que estaba empezando a hiperventilar, hecho que jamás habría pensado que pudiera suceder tan sólo unas horas después de que el amor de mi vida me partiera el corazón, por segunda vez. Por eso valoraba lo afortunada que era, por tenerlo a él, a Calem.

Por mi mente pasó un refrán que asegura: «Madre no hay más que una, y te tocó a ti». Pues, de igual manera, amigo no había más que uno, y me tocó a mí.

Cuando por fin nos pusimos a caminar en dirección al hotel, las flores

resultaron ser, efectivamente, tan voluminosas que Calem hizo ademán de llevarlas él.

—¡Ni de coña! ¡Tú te encargas de la maleta —afirmé con un guiño—, que de las flores ya me ocupo yo!

Y ahí iba yo, toda ufana, con mis doscientas rosas por lo menos, tantas que era incapaz de abarcarlas, que no es que las oliera, es que me las comía... y las oía, que hasta por las orejas me salían. Llamaban tanto la atención que más de una persona sacó fotos de los ramos, e incluso una niña se nos acercó dispuesta a solventar una duda.

—¿Os vais a casar? —nos preguntó mirándonos a los ojos a los dos.

Aunque tuvimos la intención, no pudimos responder, puesto que, animada por la anterior, otra pequeña intervino, pero dirigiéndose únicamente a Calem esta vez:

—Y ¿se lo has pedido con flores, en lugar de con un anillo?

De nuevo, sin tener tiempo de contestar, un corrillo de niños se formó a nuestro alrededor y se amplió al incorporarse los adultos. Así, como si se tratara de un rumor que se propaga de boca en boca en cuestión de segundos, de repente el círculo se transformó en una multitud que gritaba:

—¡Rodilla en tierra! ¡Hincamiento! ¡Queremos hincamiento!

Calem argumentó que era escocés, que no tenía ni pajolera idea de español —y, claro, a ese gentío tan entregado a la causa no se lo podía dejar sin entender el discurso— y que tampoco había anillo.

Pero si hay algo por lo que nos distinguimos los españoles es porque nos crecemos ante las dificultades, con lo que el asunto del anillo quedó solucionado cuando una encantadora niña me regaló el suyo de Dory, la pececita de la película de Disney-Pixar *Nemo*, la que hablaba balleno, y no en sentido figurado, dado que el anillo también lo hablaba. Y, por lo que se refería al problema con el idioma, se solventó cuando un espontáneo se ofreció a soplarle a Calem lo que tenía que decir. ¡Por mis muertos que ocurrió así!

Mi amigo y yo nos mirábamos con tanto asombro como incredulidad, a partes iguales, hasta que Calem dijo, en un paupérrimo pero perfectamente entendible castellano: «¡Con dos *coholes!*», que español fino no sabría, pero

tacos..., ¡más de uno!

¡Y la multitud allí congregada entró en paroxismo!

Acto seguido, Calem hincó la rodilla en tierra y el paisano se colocó a su lado dispuesto a hacer de ventrílocuo, aunque éste, ya metidos en faena y sin importarle hacer el ridículo, fue añadiendo de su cosecha todo lo que se le ocurría..., eso, más las aportaciones de Dory, que interrumpía de cuando en cuando con su perfecto balleno.

—¡Olé! —comenzó un entregado Calem, para mayor descojone de la peña, antes de que su ayudante pudiera darle ninguna instrucción.

—¡Espera, *quillo*, no te arranques todavía, que me lo tengo que pensar! —le decía el padrino, que resultó ser andaluz, pero cerrado, con lo que Calem no le entendía ni los tacos, aunque aquél se empeñara en darle todo tipo de explicaciones, ¡como si mi amigo fuera a comprender alguna!

Tras unos cuantos minutos de espera, la declaración final que resultó de la empanada lingüística que se montaron entre los dos fue algo parecido a lo siguiente:

—¿Tú casar conmigo y comer hasta que paella nos separe? ¿Tú, guapa, bailar flamenco en altar? ¿Tú y yo juntos siempre locos o debajo de puente? ¡Y tu madre, boda no! ¡Ni después!

Aquello fue el delirio, y cuando acepté su proposición, la apoteosis.

Lloré de risa, de emoción, de cariño, por Calem, por esa gente, por esas cosas bonitas que sólo pueden pasarte en España, por esas cosas maravillosas que te suceden en el peor momento de tu existencia, que te alegran el alma y te permiten dar forma al mejor recuerdo de tu vida.

En consecuencia, el resultado de todo aquello fue el suceso más surrealista y extraordinario que se pueda imaginar: descubrir que mi novio/no-novio me engañaba con mi vecina/segunda mejor amiga y, en el mismo día, acabar comprometida —ante un anillo que hablaba balleno y un escocés que lo imitaba— con mi mejor amigo gay..., teniendo como testigo a doscientas flores venidas de Inglaterra y ¡a más de media España!, y sin pizca de exageración, ya que el vídeo acabó paseándose por todas las redes sociales.

Como colofón, cuando finalmente pudimos llegar al hotel, los dejamos sin existencias de jarrones, que hasta tuvieron que recurrir a las jarras de agua de



las mesas, que ese fin de semana ni Dios pudo beber agua del grifo allí.

Una vez en la habitación, Calem volvió a ponerse en posición rodilla en tierra, pero con las dos esta vez, para suplicarme:

—¡Por lo que más quieras! Recházame, que yo soy un hombre de palabra y, como no lo hagas, ¡mucho me temo que nos casamos! Además, voy a ser más que generoso contigo, de manera que, si me rechazas, ¡te dejaré que conserves el anillo de compromiso!

Yo no podía parar de reír, y menos aún cuando añadió:

—Además, mira qué anécdota más maja podrás contarles a tus nietos, que un tío de puta madre te pidió que te casaras con él y que, como ibas de sobrada, te permitiste el lujo de decirle que no. ¡Y eso que te lo pidió en español, andaluz y balleno, y sin hablar ninguno de los tres!

Tras otra buena tanda de carcajadas, nos dimos una ducha rápida y nos fuimos con tiempo hacia la explanada donde se celebraba el concierto, con el fin de dar un paseo por las calles y presenciar la ceremonia de encendido de las velas.

De camino hacia el castillo, hubo mucha gente que nos reconoció, algunos de los cuales habían estado presentes en la proposición de matrimonio o habían visto el vídeo en internet, y que se acercaban para darnos la enhorabuena, un montón de besos y multitud de abrazos. «¡Esto es España!», le confesé a Calem como explicación para la cercanía, la proximidad y el cariño de la gente, cuya única pretensión era ser partícipe de un trozo de nuestra felicidad, de un pedacito de nuestro amor, porque si algo parecíamos Calem y yo era una pareja de enamorados. Y eso era así porque lo que no estaba dispuesto a consentir mi amigo del alma era que pudiera sentirme vulnerable, o frágil, de modo que no dejó de abrazarme en toda la noche, o de cogerme de la mano, como si en verdad estuviéramos comprometidos y el anillo que hablaba balleno, y que aún lucía en mi dedo, constituyera la promesa de un futuro juntos.

Aquella noche aprendí que, a veces, un momento de tristeza te regala el mejor abrazo. También aprendí que cuando la gente está triste lo que menos necesita es que le digan que tiene que ser feliz. Lo que necesita es lo que hizo Calem, que fue estar a mi lado y demostrar que yo le importaba lo suficiente

para no despegarse de mí. Y es que aquel día Calem me salvó, sin abultar o agigantar ningún hecho o emoción. Yo habría ido a Pedraza sola en un intento de recomponer y sentar las bases de mi vida, pero con casi total seguridad me habría caído muerta en algún rincón, rota por el sufrimiento y el dolor. Sin embargo, él me retuvo, me mantuvo, me sostuvo..., me abrazó y me ató, un poco a la bondad de la gente, a su bondad, y a la vida también.

Curiosamente, y a pesar de todo lo que había sucedido en el transcurso del día, aquélla había sido una de las noches más perfectas que recordaba haber vivido, por lo que, mientras íbamos de camino hacia el castillo, en un momento en el que Calem estaba concentrado contemplando la fachada de una casa, le envié un wasap a su móvil para agradecersele:

Casarnos no nos casaremos, pero un pececillo  
raro que susurra en mi dedo en una lengua  
extraña me dice que de mí no te libras. Gracias  
por regalarme la noche más rara... y bonita de  
mi vida.

Tras leerlo, se me acercó por detrás con la intención de soplar unas cuantas palabras en mi oído:

—¿Crees que me habría perdido una noche así, en un sitio así?

Pedraza era merecedor de esas palabras. Ya con la luz del día nos había parecido un lugar fascinante, por lo que, de noche, alumbrado por la tenue luz de las velas, se había transformado en mágico. Y el concierto no había hecho sino elevar esa magia. Allí sentados, bajo ese cielo negro y profundo, con una música que parecía llegar hasta las estrellas y enredarse en ellas, con unos acordes que predisponían a sortilegios y embrujos, como los que tienen lugar en torno a las hogueras de San Juan y que te llevan a hacer cruces en los árboles a medianoche para que las promesas hechas ante ellos se mantengan eternas, me sentí transportada a otro mundo, no sé si más feliz, pero sí más sereno, del que no quería marcharme...

Cuando volvíamos hacia la hostería por las calles empedradas, cubiertas todavía por una estera de luz, le pregunté a Calem:

—Dime la verdad, ¿por qué has venido?

—Me pareció que el «voy a luchar por mí» que me has dicho por teléfono necesitaba compañía. A veces hay que alimentar la esperanza.

En realidad, no fue mi esperanza la que él percibió, sino la suya, en mí. Así, fue su esperanza en mí la que me salvó aquella noche del supuesto hombre de mi vida, porque Alejo era, tácitamente, el hombre perfecto..., «¡y por eso se lo quedó la vecina!», exclamé riéndome de misma.

—Yo diría más bien que era el hombre perfecto..., hasta que se fue con la vecina —matizó Calem con una sonrisa.

—En una cosa sí tenía razón Sabrina —reconoció—, y es que en todo un año yo sólo había puesto un pie una vez en esa casa. ¡Y mira en qué noche fue! En una en la que Alejo estaba al borde del colapso. Sin embargo, ¡allí estaba la vecinita! ¡Y con mando en plaza! ¡Y a saber desde cuándo!...

—Si me permites que te lo diga, independientemente de otros miles de cuestiones que podríamos plantear, creo que un motivo que podría explicar, que no justificar, el comportamiento de Alejo es que, al comprobar que llevabais un año juntos, se asustó. Leyó entre líneas la palabra *compromiso* en tu nota y le entró el pánico escénico. Quizá la tuya fuera una apuesta demasiado arriesgada, para él.

—Soy una experta en ese tipo de apuestas —reconoció—. ¿Te he contado alguna vez cómo gané mi primer sueldo como decoradora?

—Lo cierto es que no.

—El dueño de una inmobiliaria se puso en contacto conmigo para comentarme que estaba desesperado porque tenía una casa en exclusiva desde hacía un año que no conseguía vender. Además, en esas fechas vencía el contrato y el dueño no quería renovarlo. Por tanto, lo que me pidió fue que hiciera lo que fuese para adecentarla, pero que le lavara la cara lo suficiente para que alguien la quisiera.

—Y ¿qué hiciste?

—Como no tenía ni un euro, no podía comprar ningún mueble, ni siquiera con la idea de devolverlos después, una vez efectuada la venta de la casa, recuperando así el dinero. Así pues, decidí que me llevaría los muebles de mi casa, es decir, los de la casa de mis padres, incluidos los que mi madre había heredado tras la muerte de mis abuelos, más todos los adornos, cortinas,

camas... que me convenían. Me costó algo de trabajo, pero finalmente lo ubiqué todo, lo adapté a mi estilo y llamé al de la inmobiliaria para decirle que media hora antes de la primera visita me avisara.

—¿Con qué fin? —me preguntó intrigado Calem.

—Meter masa de galletas en el horno. Ese olor te transporta a la infancia y hace que te sientas como en casa. ¡Y lo conseguí! La primera visita se quedó con ella, y yo con mi comisión. Y hasta ahí todo perfecto, salvo por un pequeño detalle... El cliente aseguró que sólo compraría la casa si podía hacerse con ella tal y como estaba, es decir, con todo lo que tenía dentro, ¡y no se refería a las galletas! Total, que el nuevo dueño se quedó con una casa llena, y nosotros, con una vacía, ¡y mi madre todavía me está dando collejas!

—Así que galletas en el horno, ¿eh?... ¡Menudos truquillos se gasta la decoradora! —se mofó Calem.

—¡Pues lo mismo le hice a Alejo cuando le entregué la casa de El Escorial! —reconocí.

Fue mencionar a Alejo de nuevo y mi semblante se transfiguró. Olvidarlo iba a convertirse en la misma ardua tarea que intentar permanecer junto a él: un exceso de ambición.

Me gustaban mis días con él, los pequeños detalles que los hacían grandes, como aquella goma con la que yo recogía mi pelo y que esa mañana él aún seguía llevando junto a su reloj. Esos pequeños detalles... que me hicieron sentir que yo era especial, especial para él.

Recordé haber pensado cuando lo conocí que, si ya parecía un hombre fascinante de por sí, y fascinador, cómo debía de ser enamorado, visto por la mujer que a su vez lo amara, cuando ella supiera que cada pensamiento, cada fibra de su ser, le pertenecían, con esos enormes ojos verdes sosteniendo su mirada, ojos en los que sólo cabrían los de ella..., que no serían los míos, que nunca serían los míos.

Cuando Calem y yo llegamos a la habitación del hotel, no hizo falta que ninguno de los dos dijera nada. Él cogió dos vasos y yo dos botellines de whisky del minibar.

—¡A brindar! —dijo él.

—¡A beber! —dije yo—, que antes de la cirrosis viene el coma etílico, así

que todavía tenemos muchos pasos que dar.

Nos sentamos en la cama con los dos vasos delante y uno de los brazos de Calem por encima de mis hombros. No obstante, mientras él me abrazaba, ambos sabíamos que yo no estaba allí. Me encontraba en un sitio más profundo, al que nadie podía llegar, probablemente ni siquiera yo misma, ese lugar donde se engendra el dolor y se gestan las lágrimas.

Calem lo intuyó, y aseguró:

—No hay que huir de las lágrimas. Son como las penas, que te acaban encontrando.

Yo lo sabía. Las lágrimas son como los cauces de los ríos cuando se ha cambiado su recorrido, que en época de riadas siempre encuentran su camino.

—Y puedes romperte también si quieres, que yo recogeré tus pedazos.

Y es que Calem y yo habíamos llegado a un acuerdo entre amigos: cuando uno de los dos se rompiera, el otro recogería, y recompondría, sus pedazos.

Pedazos también, o fragmentos, de una canción martilleaban mi cabeza, los de *Fear of Fear* («Miedo del miedo»), en los que Passenger llenaba con todo menos con amor el vacío inmenso que se había formado en su interior tras perder a su alma gemela. «Si algún día Mike Rosenberg viene por España, tendré que invitarlo a unas cañas», me dije con tristeza, dado que éste se estaba convirtiendo en mi cantautor favorito y sus composiciones en mis canciones de cabecera.

Advirtiendo mi pesar, Calem cogió una de mis manos para sacudirla ligeramente en un intento de animarme, dejando con ello al descubierto mi tatuaje, mi veinte elevado al infinito.

—¿Quieres saber lo que significa? —le pregunté.

—Si quieres contármelo, estaré encantado de escucharlo.

—Y vas a ser el primero en conocer la historia. Ni siquiera Clara lo sabe —precisé.

—Y seguirá sin saberlo, a no ser que tú quieras contárselo.

—Lo sé —le sonreí con dulzura mientras todos aquellos recuerdos se convertían en palabras—. Yo tenía dieciocho años recién cumplidos. Unos meses atrás había conocido a un chico, bastante mayor que yo, que se acercaba más a los treinta que a los veinticinco. Aunque nunca llegó a revelarme su

edad, era económicamente independiente y tenía una casa en propiedad, con lo que puedes hacerte una idea de la franja de edad en la que nos movíamos.

—Y, lógicamente, empezasteis a salir... —puntualizó Calem.

—Cierto, y me enamoré desde el minuto uno, y perdidamente, en primer lugar, porque no pude ni quise evitarlo, y también porque él puso todo su empeño en que así sucediera.

—Y ¿cuándo empezaron a torcerse las cosas? —adivinó mi amigo.

—Todo fue como la seda hasta mi cumpleaños, el 15 de junio. De hecho, ese día, para celebrarlo, me regaló una sorpresa fantástica. Me dijo que me iba a llevar de excursión al pantano de San Juan, a unos ochenta kilómetros de Madrid, donde impartían clases de buceo, que, según él, era la sensación más alucinante que podías experimentar. Y allí nos fuimos los dos. Previo a la inmersión, me dieron una pequeña clase preparatoria, nos colocamos las botellas y nos sumergimos.

—Hasta ahí todo genial, ¿no?

—Sin ningún problema. Es más, la cosa mejoró. Como íbamos acompañados, de repente otro de los buzos encendió un cañón de luz y Víctor, que era como se llamaba mi chico, desenrolló una especie de pancarta en la que previamente, y con tinta indeleble, había escrito: «Eres todo lo que tengo y quiero conservarlo para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?».

—¿Qué forma tan bonita de pedirle matrimonio a tu chica, ¿no?!

—No tanto como la nuestra —bromeé—, pero sí. Todo perfecto.

—¿Y después?

—Yo le respondí que sí, por supuesto, y mi cabeza empezó a llenarse de sueños y de promesas. El resto del día lo pasamos allí, y transcurrió más fantástico imposible, disfrutando de un cielo azul maravilloso y de planes para un futuro juntos. A media tarde, cuando el sol empezaba a ponerse, nos fuimos a su casa, donde celebramos por adelantado la noche de bodas, hecho que —puntualicé— era la primera vez que sucedía entre nosotros.

—Y ahí fue donde todo se torció. ¿Me equivoco?

—En absoluto, pero probablemente te quedas corto.

—¿En qué sentido?

—Esa noche, cuando llegó el momento, me acercó a mi casa y se despidió

normalmente de mí, aunque me pidió que no le dijera nada a nadie acerca de nuestro compromiso hasta que hablara con sus padres, que eran muy reacios a que se casara.

—Y lo cumpliste.

—A pies juntillas, lo que no fue óbice para que, al día siguiente, como si se tratara de una tarde corriente, me acercara a la cafetería donde solíamos quedar cuando él acababa de trabajar.

—¿En la que él no estaba...?

—Ni ese día, ni al siguiente, ni en su casa, ni en ningún otro sitio donde pudiera buscarlo...

—¿Pudiste dar con él finalmente?

—Sí, me costó un poco de tiempo, unas cuantas horas de espera, pero más tarde o más temprano tenía que aparecer por su casa...

—Y ¿qué excusa esgrimió?

—Ninguna. La verdad, pura y dura: que las tías follan mejor cuando están enamoradas y que la mejor manera de conseguirlo es pedirles matrimonio, porque ese día no pueden estar más entregadas a la causa.

—¡Joder, sí que me quedaba corto...!

—Pues aún hay más...

—¿En serio?

—Mucho más...

—Sigue, por favor —me pidió Calem.

—Como de caraduras está el mundo lleno, pretendió endulzarme la situación jurándome y perjurándome que, si algún día decidía pasar por el altar, sería la primera a la que llamaría para hacerlo.

—¡Qué don de gentes!

—¡Y de manejo de las situaciones!, porque, poco después, ¿adivinas qué?

—¡No! —Calem se llevó las manos a la cabeza.

—Por supuesto que sí... La regla no me venía, y no me venía, hasta que no me vino y tuve que ir al ginecólogo a ver qué pasaba con aquello.

—Y ¿lo confirmó?

—Categoricamente. Y yo me sentía tan estúpida por lo que me había pasado que no me atrevía a contárselo a nadie, y me sentía tan abandonada, y

tan sola, que no sabía qué hacer.

—Y fuiste a verlo a él...

—¡Premio para el caballero escocés! Aún recuerdo la sonrisa con la que me recibió, así como el enorme beso que vino a continuación, como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros o como si yo no llevara un hijo suyo en mis entrañas, para a continuación asegurarme que lo único que podía hacer por mí era regalarme un libro porque, y cito textualmente, «No hay nada como la poesía para superar el desamor y sus consecuencias».

—No te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—En absoluto. Acto seguido, se fue a su habitación, de donde, efectivamente, me trajo un libro de Pablo Neruda, titulado *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

—No tengo palabras...

—No hacen falta. Ya las tenía todas él, y las que me dedicó fueron, y pronunciadas sin ningún pudor: «Lo que tienes que hacer es leerte una poesía por día, lo que te va a llevar casi un mes, al término del cual ya verás como te encuentras mucho mejor».

—Y ¿eso fue todo?

—Hasta ese momento, sí.

—Interpreto entonces que después hubo más.

—Y aciertas nuevamente. Cuando salí de su casa estaba tan alterada, por decirlo de una manera suave, que empecé a sangrar.

—¡Dios!

—Pues no era Dios quien parecía estar conmigo aquel día, la verdad... El caso es que cogí un taxi y me fui directamente al hospital, donde me informaron de que había perdido al bebé, si bien habría que intervenir para eliminar los restos.

—¿Intervenir?

—Hacer un legrado, lo que implicaba anestesia general y un par de días de hospitalización, o un sistema nuevo mediante el que te administraban unos óvulos y te mandaban a casa, donde expulsabas tú sola lo que tuvieras que expulsar en un plazo medio de unos cinco días.

—Y elegiste la segunda opción.



—Tan cierto como que me llamo Marina. Y, a pesar de que me advirtieron de que tenía que estar acompañada de un adulto permanentemente durante los primeros dos días, y en reposo absoluto, ya que corres el riesgo de desangrarte, como mis padres estaban de viaje y yo no me sentía capaz de decírselo a nadie...

—¿Me estás diciendo que pasaste por eso sola? —me interrumpió Calem.

—Completamente. Me fui a la farmacia, me compré protectores de cama y pañales de adulto y me metí en la cama a esperar.

—Y ¿qué sucedió?

—De todo el horror que fue aquello, lo que más se me quedó grabado fueron dos cosas: la primera, esos protectores completamente empapados en sangre, que no daba abasto a tirar uno cuando ya había inundado el siguiente, y, la segunda, que cada vez que iba al baño allí estaban los restos, lo que yo suponía que era mi hijo, que se iban por el desagüe al tirar de la cadena. Y eso fue, sin lugar a dudas, lo peor.

Calem me abrazó fuerte, muy fuerte, aun a sabiendas de que hay abrazos que no pueden mitigar esa clase de dolor, el que no caduca, el que no prescribe.

—En realidad —proseguí tras recapacitar unos segundos—, eso no fue lo peor. ¿Sabes lo que sí lo fue?

—¿A qué te refieres?

—A que le hice caso, a que en cuanto empecé a encontrarme un poco mejor, físicamente, cogí el libro de Neruda y comencé a leer un poema por día, tal y como él me había indicado, hasta que llegué al número veinte.

—¿Qué pasó entonces?

—Decidí que lo leería en el pantano de San Juan, el sitio donde había empezado todo, para enfrentarme al hecho y poder pasar página.

—¿Y resultó?

—Cuando llegué, lo vi, a Víctor, preparándose para hacer una inmersión, con una joven muy parecida a mí a su lado y una pancarta enrollada en la que deduje estaba la misma propuesta matrimonial que me hizo a mí. En ese momento tuve claro que esa noche dos personas iban a ser felices, aunque la felicidad no duraría hasta el día siguiente, al menos para una de ellas. Podría

haberme acercado y haber puesto sobre aviso a la chica, pero pensé que yo no lo habría creído si alguien me hubiera advertido a mí.

—¿Qué hiciste, pues?

—Me senté en la orilla y me dispuse a leer el poema número veinte, que es uno de los más maravillosos que se han escrito jamás:

*Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada,  
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos».  
El viento de la noche gira en el cielo y canta.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.  
En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.  
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.  
Ella me quiso, a veces yo también la quería.  
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.  
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.  
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.  
Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.  
La noche está estrellada y ella no está conmigo.  
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.  
Mi alma no se contenta con haberla perdido.  
Como para acercarla mi mirada la busca.  
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.  
La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.  
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.  
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.  
De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.  
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.*

*Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.  
Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,  
mi alma no se contenta con haberla perdido.  
Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,  
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.*

—Preciosos versos, y ¡menuda historia! —acertó a decir Calem.

—¿Acaso crees que ha acabado?

—¿Acaso hay más?

—Por supuesto, porque, como a gilipollas no hay quien me gane, volví a su casa con la excusa oficial de reprocharle todo lo reprochable, la oficiosa de informarlo del aborto y la real de comprobar la existencia de alguna posibilidad de resucitar lo nuestro, porque ¡yo lo quería!

—Y él pasó de ti una vez más...

—Después del beso y de las buenas palabras de rigor, me despachó con un cínico: «En mí tienes a alguien que siempre te querrá».

—Y ¿tú qué le dijiste?

—En mí tienes a alguien que te quiere.

—Y ¿ahí se quedó todo?

—Sobre la mesa en la que estaba apoyando mis manos vi un jersey que él solía llevar bastante a menudo y que me gustaba mucho porque, además de que lo hacía parecer muy guapo, siempre olía a su colonia. Me encantaba abrazarlo cuando lo llevaba puesto y respirar fuerte, muy fuerte, absorbiendo ese olor.

—Un último recuerdo, físico, ¿que llevarte contigo? —intentó adivinar Calem, aunque con un atisbo de duda.

—Y la última oportunidad de hacer el ridículo, cosa que, por supuesto, hice, y no sólo ante mí misma, sino también delante de él. Así, lo cogí con suavidad, lo doblé lo mejor que pude y, sin mediar palabra, lo guardé en mi bolso.

—¿Él no hizo, o dijo, nada más?

—Me miró con un gesto que yo pensé era de ternura, aunque, visto con perspectiva, era de estupidez..., la de observar la mía. Y fui tan tonta de

marcharme de allí pensando que lo había querido muchas veces, pero nunca tanto como aquélla, sintiendo además que, si no conseguía que él me quisiera, nadie me querría, y que yo tampoco podría querer a nadie más.

—¿Luego el veinte de tu tatuaje se corresponde con el poema número veinte del libro? —resumió Calem.

—Efectivamente. Nada más salir de allí y, ¡ya ves tú!, como acto de rebeldía, me lo tatué, elevado al infinito, pero no para recordar, sino para no olvidar, sobre todo mi estupidez. Y mi segundo acto de rebeldía consistió en no leerme la «Canción desesperada», la última poesía del libro, ni entonces ni después, por considerar que ya había tenido bastante desesperación en mi vida, y para varias vidas.

—¿Y el final? ¿Tu final?

—Que él consiguió su propósito... y yo tuve que sobrevivir al amor.

Era cierto que había logrado sobrevivir, pero tan desvalida que yo misma me identificaba con la luz de una llama cuando se encuentra al otro lado de un cristal, atrapada, atormentada, sin respetar siquiera la verticalidad, inclinándose por igual, aunque intermitentemente, hacia ambos lados.

Y, como la llama de esa vela, a partir de ahí todo se torció en mi vida. Comencé a utilizar la ropa en un intento de aumentar mi autoestima, el exceso de palabras como un escudo para alejar a los hombres, evitando así que volvieran a hacerme daño, pero boicoteando a la vez la parte de mí que quería encontrar a uno que me resarciera, y que me quisiera.

Hasta que llegó Alejo... y después hasta que se fue.

Aunque no fue el único que se fue.

*Clara, Marina, Blanca y Marnie, la ladrona*

Murphy andaba juguetón otra vez, el muy cabrón.

No le había bastado con llevarse a Alejo y a Sabrina y arrejuntarlos a los dos. También había atacado por un tercer flanco, y por partida doble, en la persona de Clara.

Mi ya única mejor amiga había quedado en pasarse a la salida del trabajo para ponerme al día sobre sus avatares, en principio los sentimentales, y dado que mi madre paraba por casa se había sumado, que a una buena charleta y a un buen vinito Blanca Solís siempre se apuntaba.

—Entonces ¿qué es lo que ha pasado con Román? ¡Pero si os iba todo fenomenal! —pregunté extrañada en cuanto se sentó.

—En resumen, que necesita espacio.

—Cariño, es que vivíais en el sofá cama, no me extraña que necesitara un poco más de espacio... —intervino mi madre pícaramente mientras apuraba el primer coleteo.

—Mamá, o te comportas o te mando a tu habitación y te castigo sin el vino —le advertí.

—Vaaale, que pareces tú la madre y yo la hija —me recriminó, no sin cierta razón.

—Pero ¿qué fue exactamente lo que te dijo? —volví a preguntarle a Clara.

—Creo que sus palabras exactas fueron las siguientes: «Por el tipo de relación que manteníamos, tan caótica, y tan concentrada en espacio y tiempo, ya debías de saber desde el principio que esto tenía fecha de caducidad».

—Y ¿qué le respondiste? —inquirí.

—Un estúpido y sincero: «No se trata de lo que sabía entonces. Se trata de lo que siento ahora, de lo que quiero ahora».

—¿Y tu interpretación de los hechos? —quiso averiguar mi madre.

—Probablemente haya otras faldas de por medio, pero, en cualquier caso, en algún momento bajé la guardia y le dejé ver quién era yo en realidad y, después, salió por la puerta, pero cagando leches.

—Pues si éstos son los hechos, me temo que no hay nada que puedas hacer —se lamentó Blanca Solís—. ¡Y puedes sentirte afortunada!

—¡Mamá! —volví a intervenir.

—Pero ¡si es que es verdad! En la vida, y con tu vida, sólo puedes hacer dos cosas: reconocerte y asumirte, y si los demás no pueden hacer lo mismo, no son las personas con las que debes estar.

—¡Y yo brindo por eso! —exclamó Clara convencida, y sorprendida de la agudeza de Blanca.

—¿Sabéis por lo que sí tendríamos que brindar en esta situación? —aseguró mi madre.

—¿Por qué? —preguntamos tanto Clara como yo al unísono.

—Primer brindis: por el amor eterno, que es eterno mientras dura.

Y las tres dimos un buen sorbo de nuestros respectivos vasos.

—Segundo brindis —prosiguió—: por los hombres de tu vida, que no lo son para toda la vida.

Segundo trago para el cuerpo por parte de las allí presentes.

—Tercer brindis: por confundir el final feliz de los cuentos con el «felices para siempre de la vida irreal», y/o el «fueron felices y comieron perdices» con el «fueron felices ¡hasta que se les atragantaron las putas perdices!».

Y ahí sí que chocamos las copas las tres, pero en condiciones, con el objetivo implícito de apurar los vasos y aplaudir después.

—¡Y es que en este jodido mundo a nadie le dan medallas por ser infeliz! —remató la faena Blanca.

—Vas a tener que invitar más veces a tu madre, Marina, ¡que es el alma de la fiesta! —se desternillaba Clara.

—¿Sabéis cómo me conquistó Tristán? —desveló mi madre.

—¿Cómo? —quisimos saber las dos.

—Yo me emperraba en asegurarle que no era una persona feliz, y que nunca me había planteado serlo; es más, ¡que no quería serlo! Hasta que un día, muy tiernamente, me aseguró: «Quizá podamos ser infelices juntos». ¡¿Cómo le dices que no a algo así?

—Feliz o no, eres una optimista por intentarlo de nuevo —le reconocí a mi madre.

—No. Soy una pesimista con posibilidades —me rebatió ella con humor.

—Pues hoy he oído en la tele —comenté— que, al parecer, hay unos pájaros que se llaman inseparables, los cuales, además de pasarse la vida juntos, siempre con la misma pareja, ¡también se mueren juntos! Es decir, que ¡cuando la diña uno automáticamente estira la pata el otro! ¡Y nunca mejor dicho!

—Y ¿cuándo piensan modificarlos genéticamente para hacerlos humanos? —comentó divertida Clara—. ¡Por Dios! ¡Que me criogenicen hasta entonces!

—¡Y a mí contigo, bonita, que mira cómo me ha ido! —precisé.

—Es lo malo del amor a primera vista... —quiso intervenir Clara, hasta que mi madre la interrumpió.

—Eso no es amor, querida; el amor es lo que llega después, si es que llega. Antes hay que hacer el recorrido por las cuatro ciencias.

—¿Las cuatro ciencias? —nos sorprendimos las dos.

—Lo primero es la química, que puede evolucionar, o no, hacia la pasión; luego viene la física, sinónimo de gravedad, que es lo que puede hacer que te estrelles contra el suelo cuando se ha perdido la pasión; en tercer lugar, aparece la antropología, que es el estudio pormenorizado que se hacen el uno al otro para averiguar si queda algún palo en el sombrero capaz de aguantar una relación; el cuarto lo ocupa la astronomía, que es la ciencia que analiza no los cuerpos celestes, sino las coordenadas mentales de los dos astronautas que se van a lanzar al espacio a intentar sobrevivir en un espacio ignoto llamado convivencia, y, finalmente, y únicamente si has conseguido sobrevivir a las

cuatro etapas anteriores, y sólo tal vez, llegue el amor.

—Pues el panorama no pinta nada bien —asumió Clara en un tono más jocoso que desilusionado—, sobre todo para dos inútiles como nosotras, que no sabemos interpretar las señales ni cuando las hay a miles en la casilla de salida..., ¡como para hacer un recorrido completo!... Que la verdad es que ya podíamos tener un poco más de vista alguna de las dos para prevenir las rupturas y ahorrarnos algún que otro sufrimiento.

—No os engañéis —continuó Blanca—. Cuando una relación se rompe, lo mejor es que sea de manera inesperada, y fulminante, como un parto con cesárea: bisturí, cuerpo extraño fuera, una semana jodida y a correr.

—¿Y lo peor? —pregunté con intriga.

—Como si fuera un parto natural, cuando ves lo que se te avecina e *in situ* compruebas que es aún peor de lo que pensabas, porque aquello empieza a doler y, por mucho que te inyecten toda la farmacia del hospital, cada vez te duele más. Las horas pasan, el proceso no evoluciona, y lo que antes parecía imposible, que doliera más, confirma que estabas equivocada porque ahora duele más, mucho más. Por otra parte, el cuerpo extraño está tan enquistado que no hay manera de sacarlo, así lo intenten arrancar con fórceps. Para completar el círculo, al final acaba viniendo todo el mundo, propios y extraños, para dar opiniones, consejos, meter el dedo donde más te duele..., con ningún propósito cierto, porque finalmente te hacen una episiotomía que te llega hasta la garganta, de manera que no podrás sentarte, ni tragar, en un mes. Y que tengas suerte y no deban practicarte una cesárea después, pero de urgencia.

—Y ¿no sería posible ni lo uno ni lo otro, una horita corta, que dirían las viejas? —sugirió Clara, con mi aprobación tácita en forma de asentimiento.

—¡¿Vosotras dónde vivís?! ¡¿En vuestro mundo os pasan cosas buenas?! , que yo seré pesimista, pero ¡vosotras dos sois unas ilusas, almas de cántaro!

—¡Joder, con tu madre! —se maravilló Clara—. ¡Es un dechado de conocimientos y sabiduría! Tendrían que llevarla a los colegios y a las facultades para que diera clases e impartiera charlas. ¡Lo veo: «Introducción a la supervivencia femenina. Partes I y II»! ¡Y si enseñaras a aparcar un coche, ya sería lo más!



Las tres soltamos una enorme carcajada, hasta que Clara retomó la palabra.

—Vosotras reíais..., pero esto está empezando a cobrar forma en mi cerebro y de aquí se puede sacar dinero...

—De cualquier manera —prosiguió mi madre—, también os digo que hay amores que se tienen que pasar, aunque sea para vacunarte y hacerte inmune.

—Lo que está claro es que el amor es como la vista: ¡ves lo que crees que ves! —me lamenté—. ¿Quién no ha visto un monstruo en un bosque, cuando sólo era la rama de un árbol movida por el viento? Sólo que, en mi caso, de verdad había un monstruo, lo que me lleva a la conclusión de que necesito gafas.

—¿Habéis oído el refrán «Con respecto a los hombres, no te creas nada de lo que oigas y sólo la mitad de lo que veas»? —se dirigió a ambas mi amiga—. Pues eso. Más claro, el agua.

A pesar de que la mente de Clara estaba en la conversación, yo notaba que parte de su cerebro le daba vueltas a otra cuestión.

—Y ¿tu cabeza por dónde para, Clara? —comenté por tanto.

—Sigo pensando en lo de los cursos de tu madre..., y como las clases hoy en día son mixtas, pues, de paso, podríamos aprovechar para dar algunas *ex profeso* para tíos, aunque de pocos en pocos, de cinco en cinco como mucho, dada la complejidad de los temas y las más que probables dificultades a la hora de que entiendan los conceptos —concluyó la frase con ironía.

—¡Es que me parto contigo! —reconocí envuelta en risas—. ¡Tú y tus cursos!

—¡Todo lo que tú quieras, pero escucha qué ideas más buenas!

Y, para ponerlas de manifiesto, Clara desarrolló a continuación, brevemente, su propuesta de máster:

- Módulo 1: Del útero a la convivencia en pareja

- Aprender a vivir sin su madre (5.000 horas).

- Mi pareja no es mi madre (10.000 horas).

- Módulo 2: Vida en pareja

- Cómo llegar hasta el cesto de la ropa sucia sin perderse (400 horas). Esta sección incluye el regalo de un iPad de última generación, que incorpora un navegador, así como un mapa interactivo.

- No menear la cola al salir de la ducha (600 horas). Este apartado se acompañará de un documental en el que se demostrará que los elefantes sólo viven en las selvas, o como mucho en los zoos.

- La cola tampoco se debe menear encima del inodoro (1.000 horas). A última hora se ha suprimido la presentación en PowerPoint que apoyaba este ejercicio por considerarla totalmente obscena y carente de todo gusto.

- Módulo 3: Curso de cocina

- Básico (para principiantes): Electrodomésticos. ON significa encendido, mientras que OFF quiere decir apagado (500 horas). Se utilizará el mismo iPad mencionado en el módulo 2 para, sirviéndonos del mediático personaje conocido como Pocoyó, ejemplificar el complejo procedimiento que lleva a que un aparato electrónico se ponga en marcha, desconectándose cuando proceda con posterioridad.

- Avanzado (para avezados e intrépidos): Cómo hervir el agua antes de añadir la pasta (600 horas). De nuevo será Pocoyó quien haga las delicias de los asistentes, con el fin de que los participantes del curso puedan comprobar que, aunque los macarrones no incorporan el agua cuando se comen, la necesitan obligatoriamente como paso previo, en algo que los ingenieros de la NASA denominan, en lenguaje científico, proceso de cocción.

Ni mi madre ni yo podíamos reírnos más. Desde luego, Clara tendría problemas de amores, pero de ingenio no.

—Pues no has hablado del polvo —aseguró Blanca cuando pudo recuperarse—, que también hay que limpiarlo, aunque al menos ése no ocupa espacio...

—¿Cuál de los dos? —se desternillaba Clara—, ¿el externo, el procedente

del aire, o el interno?...

Mi amiga estaba que se salía. Eso de las rupturas generaba en ella un efecto diarrea mental, similar a la administración de un laxante verbal que no había astringente capaz de cortar.

—Nosotras somos las que hemos salido perdiendo en casi todo lo relacionado con la revolución de la mujer —continuó, imparable—. Ahora trabajamos fuera de casa, ganando menos dinero que los hombres, y también dentro de casa, haciendo las mismas tareas que nuestras madres pero en mucho menos tiempo, y sin la ayuda de los hombres. Y, por si fuera poco, cuando queremos echarnos un novio tenemos que llamar nosotras, ligar nosotras, pagar nosotras y, llegado el momento íntimo, sólo nos falta ponernos un pito y follar nosotras. Mientras tanto, ellos están a verlas venir, dejándonos claro que para que existan los reyes antes tiene que haber vasallos y, por supuesto, demostrándonos que ellos son los reyes y nosotras los vasallos.

Tal y como la describía Clara, la verdad es que la situación se presentaba muy poco prometedora para ambas. Es más, una vez hechas miles de eliminaciones, tanto a mi amiga como a mí se nos antojaba que en el mundo sólo parecía haber dos hombres decentes, y uno se lo había llevado mi madre, mientras que el otro estaba en los brazos de Amanda. De hecho, los dos eran tan perfectos que sus comportamientos se asemejaban más a los de una mujer que a los de un hombre.

Al comentarlo aquella tarde, las tres supusimos que la razón podría estribar en que, tras haber pasado por experiencias traumáticas, se valora mucho más lo que se tiene, poniendo todo el empeño en no perderlo.

—Aunque tú sigues sin saber nada del pasado de Tristán, ¿no? —quise cerciorarme preguntándole a mi madre.

—Ya sé que parece increíble, pero jamás hemos hablado de eso. Bueno, únicamente sé una cosa que necesitó contarme para que entendiera lo que significaba el Vicks VapoRub que figura en su perfil de Facebook.

—Y ¿nos lo vas a desvelar? —le supliqué, ya que hasta ese momento se había negado todas y cada una de las veces que se lo había pedido.

—Hay tres explicaciones —cedió en esta ocasión—, depende de a quién vayan dirigidas. La primera es la *light*. Como él es de Lepe, y además fue el

alcalde del pueblo durante un tiempo, y ya sabéis la fama que tienen de espabilados los de allí y la cantidad de chistes que se hacen a su costa, decidió reírse de sí mismo. ¿Sabéis por qué se echa el Vicks en las calles de esa localidad? ¡Para descongestionarlas!

—¿Y la segunda? —le pidió Clara aguantando la carcajada.

—Ésta no hace tanta gracia, porque es la que tiene que ver con su ex. Al parecer, su mujer se pasaba todo el día diciéndole que era un inútil, que no valía para nada. Él, con sentido del humor, se defendía, asegurando que era tan bueno que era mejor que el Fairy, el lavavajillas, que, en realidad, las mujeres compran más para quitar las manchas de la ropa que para dejar relucientes los platos..., hasta que tuvieron una hija, momento en el que descubrió/descubrieron el Vicks VapoRub como tratamiento para los catarros de la niña y, con ello, que sirve para todo: atajar los dolores de pies, los dolores de cabeza, combatir espinillas y granos, cansancio muscular, irritaciones de la piel, labios agrietados, aliviar quemaduras, repeler mosquitos..., ¡incluso como crema reductora casera o para las bisagras de las puertas cuando chirrían!

—Y cuando se separó se lo colocó en su Facebook como homenaje-venganza a su exmujer —dedujo Clara.

—Efectivamente. El hombre multiusos, como se define a sí mismo.

—¿Y la tercera? —la apremió.

—No sé si te va a gustar, porque ésta es la íntima... —se mofó mi madre, consciente de que de esos temas no quería saber ni lo justo.

—¡Pues que se tape los oídos! —exclamó Clara—, que yo estoy deprimida y necesito constatar que al menos hay una persona en el mundo que se lo pasa bien.

—Resulta que es bastante diestro en el asunto..., que vaselina no hace falta..., si acaso el Vicks por si sube más...

—¡No puedo, que no puedo...! —casi grité—. Y, además, ya has dicho lo suficiente, que hasta yo lo he comprendido todo, y eso que no quería entender, ¡ni tan siquiera oír!

Las dos se rieron de mi mojigatería, pero Clara se conformó y mi madre se calló, lo que no siempre era tarea fácil, ninguna de las dos cosas, ni ninguna de

las dos.

—Y, con respecto a Amanda y Joaquín, ¿va todo como la seda? —le preguntó Clara a mi madre a continuación.

—Perfecto. Mejor imposible.

—Yo me quedé en aquel día en el parque, cuando Amanda iba a decirle que no y acabó diciéndole todo lo contrario. ¡Qué fuerte! —afirmó Clara, poniendo cara de asombro.

—Después de aquello vino su primera cita —la puso Blanca al día—, una cena en la que Amanda sucumbió definitivamente porque Joaquín la bordó, cumpliendo las cuatro reglas básicas...

—¿Qué cuatro reglas? —nos sorprendimos las dos, interrumpiéndola a su vez.

—Esas que todas las mujeres reconocen, aunque no las sepan...

—Y ¿cuáles son? —preguntamos de nuevo con mucho interés.

—La primera: fue galante, pero no apabullante. Se presentó con una única rosa, roja, que más ya habrían sido multitud.

—¿La segunda? —atacó Clara.

—Fue atento. Estuvo pendiente de ella en todo momento, cuidando también de los detalles: abrirla la puerta para entrar en el coche, copas de agua y vino siempre llenas...

—¿La tercera? —me tocó el turno a mí.

—Fue sincero. Piropos los justos. A los veinte, todo se agradece, y se cree, pero a los cuarenta sabes cuándo te están mintiendo, y os aseguro que no se agradece.

—¿Y la cuarta? —solicitamos ambas a la vez.

—Fue previsor. En cuanto la dejó en su casa, a los 0,1 segundos, le mandó un wasap al móvil: «¿Te reservo el resto de mis cenas, y todos mis desayunos y comidas?». Tan sencillo como eso, pero acabó de conquistarla.

—¡Y tan romántico...! —se congratuló Clara con voz de embeleso—. ¡Qué bonito! Y qué bien que se hayan encontrado, ¡y arrejuntado!, con todo lo que han sufrido los dos. A veces el mundo se pone de acuerdo, ¡y nosotras estamos aquí para verlo!

Como mi amiga bien puso de manifiesto, si hay un tópico que es falso es el

de considerar que las mujeres les deseamos todo tipo de males a las de nuestro mismo sexo. En realidad, y salvo deshonrosas excepciones, como la de Sabrina, somos una hermandad bien avenida. Y eso es algo que se agradece.

En consecuencia, de las tres personas que estábamos congregadas allí aquella noche, las tres cuidábamos las unas de las otras, aunque —obviamente— era a mi madre a la que más tenía que agradecer.

Mi mayor reconocimiento para con ella se debía, en relación con la educación que me había brindado, a que siempre me dejara equivocarme, que nunca me influyera en demasía o que no se dejara llevar por la tentación de decidir por mí..., salvo esa manía que tenía de que me hiciera lesbiana, obsesión que —dicho sea de paso— se había acrecentado desde que Alejo me había sido infiel. Sin embargo, para el resto de lo anteriormente expuesto era la persona más generosa y permisiva que podía existir con respecto a los fallos de los demás. De hecho, solía repetirme: «Elige bien los errores que cometes y comételes lo mejor que puedas. Ya que te vas a equivocar, hazlo a lo grande, y disfruta, que como aprendas de esa equivocación nunca volverás a verte en la misma situación».

No en vano, mi madre tenía una peculiar filosofía de vida, que yo solía resumir calificándola de rara, pues sin lugar a dudas lo era, pero no sólo por ese tipo de comentarios, sino por un concepto mucho más amplio, como la forma en la que hizo que me encarara a la vida, intentando que se desarrollaran en mí los mecanismos necesarios para suplir mis carencias.

Así, yo era una persona conformista, porque me conformaba con cualquier circunstancia, y también acomodaticia, porque me acomodaba a cualquier situación. Nunca había sido de las que opinaban que cuando las cosas no sucedían había que darles un empujón para que sucedieran, ni de las que pensaban que ante una bifurcación en el camino había que optar por una de las dos opciones: yo era de las que se quedaban sentadas en la piedra del camino, la que se situaba justo entre las dos.

De la misma manera, nunca he tenido mucho carácter ni he sabido enfrentarme a la gente; por tanto, cuando ésta me agredía, el efecto que se producía en mí era el de replegarme, incapaz de adoptar una actitud de

defensa, y menos aún de ataque. Y ahí era donde entraban los que yo definía como momentos madre coraje de Blanca Solís. Y como muestra valgan dos recuerdos que se han mantenido incólumes en el podio de honor de mi memoria, compartiendo ambos la medalla de oro.

El primero de ellos se llamaba Carmen Pérez y se correspondía con una compañera de clase que me tenía más que martirizada. Se metía conmigo a todas horas, y básicamente sin motivo, porque era capaz de ver en mí defectos que yo, objetivamente, no tenía, como ser gorda, baja o nariguda. Por el contrario, yo no era capaz de ver en ella ninguna tara, aunque ella sí alojara en su cuerpo todas las condiciones que a mí me achacaba. El resultado era que me trataba como si yo fuera su pelotita antiestrés, estrujándome a su antojo, y que yo me dejaba.

Ante esa tesitura, muchas madres habrían considerado que era cosa de niñas, dejando correr el asunto; otras habrían ido al colegio a hablar con la tutora e intentar solucionar el problema de una manera civilizada y pacífica. Pero la mía, harta de decirme que me defendiera sin que yo le hiciera caso — ¡porque no sabía!—, se fue a una tienda de juguetes, compró un oso a escala de una niña de seis años, una peluca negra con el pelo rizado, unas gafas de alambre y una nariz de payaso, accesorios que acercarían el aspecto exterior del muñeco a la fisonomía de Carmen-mi-peor-pesadilla.

Cuando llegó a casa, le puso todos los complementos al oso y también lo vistió, y me ordenó a continuación: «¡A practicar!».

Acto seguido escribió en unos carteles los improperios que debía decirle a la niña cuando la viera en el patio al día siguiente, me hizo memorizarlos, y ¡funcionó! ¡Carmen Pérez encontró en un peluche —y en la mala leche de mi madre— el Terminator que se merecía!

En otra ocasión, y éste es el segundo recuerdo estrella que tengo de mi infancia, la mitad de la clase la tenía tomada conmigo por mi apellido, que ni es fácil ni mucho menos corriente, pero en ningún caso susceptible de risa o de burla. Harta de nuevo ante mi pasividad, mi madre fue al colegio, pero no a comportarse como un adulto, sino a pedir con una falsa excusa, como la celebración de mi cumpleaños, la lista con los nombres y los dos apellidos de mis compañeras de clase.

Una vez en casa, me entregó un bolígrafo rojo a la vez que me exigía: «Indícame cuáles son las niñas que no te dejan tranquila».

Y a medida que yo lo iba haciendo ella iba generando motes, de manera que la que se llamaba María acabó siendo Marbú Dorada, o Fontaneda, y la que se apellidaba Iglesias acabó convertida en Catedrales. Con la que más se ensañó fue con la cabecilla del grupo, llamada Cucaracho, que ya hay que ser inconsciente para meterse con alguien cuando tu apellido se corresponde con la forma masculina de uno de los insectos más vilipendiados y odiados del planeta..., y que cruje asquerosamente cuando lo aplastas.

Para rematar la faena, compró dos kilos de chuches para la otra mitad de la clase, la que aparentemente no tenía nada contra mí, con la promesa de distribuirlos equitativamente entre todas si me ayudaban a repartir estopa verbal, cosa que hicieron, e hice. Y, así, de ser objeto de mofa y escarnio, pasé a convertirme de repente en la niña más popular.

Aun ahora, con más de treinta años a las espaldas, aún veía en mi madre ese instinto de prepararme para la vida, y de protegerme, aunque siempre con un matiz: la vida vista a través de su tamiz. Sin ir más lejos, y ya de adulta, solía repetirme: «Si algún día te casas y te cabreas con tu marido, no hagas lo que hacen todas las mujeres, que es irse a casa de su madre. La mayor y mejor de las venganzas es que yo me vaya a la tuya».

De la misma manera, cuando se comprobó que la fidelidad no era una de las virtudes de Alejo, lo primero que salió de sus labios fue: «Cuando tú quieras, le escupo..., pero a conciencia, que cojo carrerilla con la saliva y entro en el Guinness de los récords, te lo aseguro».

Visto con perspectiva, lo que más valoraba de ella era que, salvo sus presiones para que me introdujera en el mundo del lesbianismo —y a diferencia de lo que sucede con la mayor parte de las madres, que ven a sus hijos como quieren que sean y no como son—, me veía como yo era en realidad, sin intentar cambiarlo, lo que resultaba enormemente gratificante.

\* \* \*

Lamentablemente, mi amiga Clara no podía decir lo mismo de la suya, que,



además, andaba de los nervios desde que su hija había vuelto a instalarse en el domicilio familiar tras su ruptura con Román. Y el sentimiento era mutuo.

Por si fuera poco, y como Murphy debía de estar aburrido, que como era julio quizá anduviera de vacaciones, y mano sobre mano, resolvió que Clara no había tenido suficiente con perder a su novio y decidió atacarla por un segundo concepto. Así, cuando llegó a la mañana siguiente al trabajo, el dueño de la empresa ya la estaba esperando en su despacho.

—Clara, tenemos que hablar. Nos desbordan los problemas.

De antemano, esas dos frases le sonaron a mi amiga a la conversación que inicia el marido cuando quiere abandonar a su mujer. Pero, con el fin de no dejarse arrastrar por una primera impresión, decidió interrumpir durante un segundo el generador de sus pensamientos para poder dar un paso atrás y coger perspectiva. Sin embargo, cuando sus ideas y sus sentidos volvieron a retomar su actividad normal, lo primero que vio fue la enorme sonrisa que adornaba la cara de Fernando Lledó y, acordándose del refrán, no le quedó ningún género de dudas: «El que es capaz de sonreír cuando todo le está saliendo mal es porque ya tiene pensado a quién echarle la culpa».

Y, dado que en aquella habitación únicamente había dos personas, resultaba evidente en quién iba a recaer la culpa de fuera lo que fuese..., y no sólo la culpa.

—Mucho me temo que vamos a tener que tomar decisiones drásticas —comenzó Lledó.

—¿A qué te refieres, Fernando?

—A que a los graves problemas económicos que está atravesando esta compañía, debido a la crisis, se suma el hecho de que algunos empleados no se están adaptando a la visión global que queremos infundir en la empresa.

—¿Podrías concretar un poco más? —intentó conducir la conversación Clara, temiendo que el dueño se acabara yendo por las ramas y se les fuera en el intento toda la mañana.

—Que lo que estamos buscando es gente capaz de generar relaciones positivas con los demás.

—No sabía que valorarais, ni que buscarais, ese tipo de vínculo entre los empleados... —se sorprendió Clara.

—Bueno, al menos gente con un espíritu positivo, o que acate positivamente las decisiones de la empresa —matizó Lledó—, como la que adoptamos en su momento con el fin de que los trabajadores hicieran sus necesidades fisiológicas fuera de la oficina. Y te voy a dar un segundo ejemplo: ahora mismo, en este instante, te voy a despedir, y sé que te lo vas a tomar mal.

—¿Perdona? —aseguró mi amiga sin poder asimilar todavía el trasfondo de esas palabras—. ¿Lo que me estás diciendo es que me estás despidiendo? Y ¿la razón es que no me voy a tomar bien mi despido, de la misma manera que no me tomé bien vuestra decisión de tener que bajar a la calle a miccionar y a defecar? —se le empezó a calentar la boca a Clara.

—¿Ves? No eres una persona positiva. Tu actitud es negativa, y eso no se adapta en absoluto al espíritu de esta empresa —confirmó Fernando Lledó, encogiéndose de hombros a continuación.

—¿Quieres decir que, si me pongo a dar saltos de alegría por el hecho de que me estés despidiendo, no vas a hacerlo?

—No, mujer, ¡pero ¿cómo se te ocurre pensar eso?!...

—Entonces ¿esto qué es?, ¿un ejemplo de la importancia del yin y el yang pero en versión tu empresa?

—Ésa es tu explicación. Tu despido se debe, además, a que no haces las contribuciones que debes. Sugerir que la gente utilizara el servicio del bar como medida de control del tiempo que pasan en el baño debería haber sido cosa tuya. Si el comité directivo de esta empresa es el que tiene que pensar en todo, la consecuencia laboral es que ya no te necesitamos a ti.

Y Fernando se quedó con la misma sonrisa con la que había empezado la conversación, mientras que a Clara se le quedó otra, pero de incredulidad y surrealismo, que más se parecía al rictus de un difunto muerto por delirio que a una sonrisa.

Cuando me llamó para contarme lo sucedido tuve que ir a buscarla a la oficina, pero no porque se encontrara mal, o porque la vida del botarate Lledó corriera peligro, sino porque casi hubo que contratar a un camión de mudanzas para que la ayudara con el traslado, que lo suyo no se parecía a esas películas americanas en las que los despedidos se marchan con una pequeña caja

marrón de la que asoma una foto y sobresale una planta. ¡Llenó seis cajas!, ¡y de tamaño industrial!, suficientes para tener que hacer cinco viajes hasta su casa, que mi pobre Mini andaba suplicando un descanso en su jornada laboral.

Mirando el contenido de aquellas cajas, yo me preguntaba si sólo había trabajado allí o en algún momento había ejercido de okupa, o de Marnie, la ladrona —como en la película de Hitchcock—, ya que se podía encontrar de todo, desde rulos hasta unas zapatillas de estar por casa, pasando por un albornoz, una sartén, un juego de café, un libro sobre el ratoncito Pérez... ¡y un velo de novia!

Sin atreverme a preguntar, por si ponía en peligro mi vida toda vez que la de Fernando-tarambana-Lledó parecía estar a salvo, lo que sí pude constatar es que arrampló con todo a excepción de su famosa pizarra, en la que dejó escrita una última sentencia:

Espero que recordéis las veces que me dijisteis: «No sé lo qué haríamos sin ti», porque a partir de mañana lo vais a averiguar.

P. D. Y, cualquier cosa que necesitéis, me buscáis en las redes sociales, donde puedo cargarme a la gente sin ir a prisión.

Cuando finalmente nos marchamos de allí, pensé que su cerebro se pondría a trabajar en modo cagalera, soltando un exabrupto tras otro cual intestino en proceso de descomposición alimentaria. Sin embargo, se limitó a manifestar un pragmático:

—No tiene sentido, pero tampoco remedio, ni lo de ellos ni lo mío.

Días después, por el contrario, Clara sí sacó a relucir su verdadera personalidad, preparando una venganza digna de sí misma.

*Marina, Clara, Sabrina, Blanca y  
desesperadas sin fronteras*

Ése iba a ser el día de vete tú a saber, porque vete tú a saber cómo me iba a sentir ese día.

Y es que, desde que Alejo me había sido infiel, me sentía muy cercana a los enfermos bipolares —como aquella clienta que tuve, la de los treinta y un vestidos de novia—, esos que tan pronto están a punto de trepar hasta el cielo para darse un festín de nubes como de descender hasta los infiernos para dejarse abrasar el culo con un tridente.

Los primeros días me encontraba tan mal que hasta enfermé. No es que tuviera tos, es que cuando tosía expectoraba una criatura verde de los pantanos que para mí que tenía vida propia y quería vengarse de Alejo, porque yo veía cómo corría por los clínex como alma que lleva el diablo.

Los días posteriores decidí que era el momento de hacer una colada emocional en un intento de lavar, y exterminar, las manchas que la relación de Alejo había dejado en mi ánimo, sólo que en lugar de separar primero los recuerdos blancos de los de color los mezclé todos, con lo que mi empeño, bien oscuro, acabó pareciéndose a la camisa negra de Juanes, que también encontró acomodo en mi interior, pues la lució mi corazón.

El siguiente objetivo que me fijé fue hacer una limpieza de primavera, aunque en julio, pretendiendo erradicar la suciedad emocional acumulada a lo

largo de todo un año, así como desinfectar y desratizar cualquier rincón anímico que Alejo hubiera podido contaminar con su presencia en mi vida. Para mi desgracia, tampoco esta vez estuve hábil en la gestión de los recursos ni ágil en la respuesta a mis descuidos, ya que me excedí con los productos nocivos y acabé intoxicada y a punto de ser ingresada en un sanatorio para corazones rotos y demás almas perdidas, sin posibilidad de rehabilitación.

Afortunadamente, las cosas empezaron a cambiar cuando resolví que había llegado el momento ejercitar salvajemente la vejiga, consistente en atocinarme viendo una película de amor tras otra, lo que se dice sin parar. De hecho, llegué a verme hasta tres seguidas, sin ninguna interrupción, y cuando digo ninguna quiero decir ninguna, ni tan siquiera para hacer una breve incursión en el cuarto de baño, como el nombre del momento en cuestión indica.

Además, y si un largometraje me gustaba, entraba en una consideración y categoría aparte que yo denominaba elegidos para el padecimiento, ya que machacaba el DVD, o el soporte que fuera, hasta prácticamente dañarlo. La razón se debía a que podía llegar a visionarlos hasta dos o tres veces en los dos o tres días siguientes a haberlos visto por primera vez, retrocediendo continuamente para saborear los mejores momentos, como hace un niño obsesiva y compulsivamente con su película favorita hasta que su madre, harta, le da una colleja con el mando. Pues en mi caso sucedía lo mismo..., y también la colleja de mi madre con el mando.

Este planteamiento se aplicaba sólo a las películas que me gustaban, porque si me entusiasmaban las veía en un número indefinido, o infinito, de veces si así me lo pedía el cuerpo. No es difícil deducir, por tanto, que me sabía párrafos enteros, diálogos enteros, escenas enteras.

Mis amigas se burlaban de mí asegurando que, si un día la filmoteca universal se quemaba, los técnicos de la organización sólo tendrían que ponerme una sonda en el cerebro para volver a recuperar todas aquellas que hubiera visto, ¡que hasta sería capaz de mejorar!

Ellas no se daban cuenta, porque no hay más ciego que el que no quiere ver, pero lo cierto es que me andaban a la zaga, y pisándome muy de cerca los talones. En los tiempos en los que Sabrina aún era nuestra amiga, Clara, ella y yo organizábamos maratones como plan alternativo para algunos fines de

semana, fiestas de pijamas incluidas, sobre todo cuando andábamos deprimidos debido a que nuestra vida amorosa real no se correspondía con la irreal, que era la que todas anhelábamos. Y ¿dónde se concentraba esta última? Supongo que nadie se sorprenderá si respondo que en las películas.

Así las cosas, cuando quedábamos nuestro objetivo era, básicamente, devorar comedias de amor porque, aunque a las tres nos apasionaba el buen cine en general, el que nos privaba era el romántico en particular. Esas noches, además, tenían un aliciente añadido, que era toda la parafernalia que nos rodeaba, digna de ser filmada y sin caer o dejarnos llevar por ningún tópico.

El primero de ellos era nada de palomitas, ya que Sabrina era alérgica, al maíz y a casi todo lo demás, por lo que acababa dándoles a las hortalizas, que no puede haber nada más turbador que verte una película de amor mientras te estás zampando una zanahoria. ¡Y, ya se sabe, de lo que se come se cría!, que era la lección que tanto Clara como yo queríamos que aprendiera —por todas las implicaciones corporales que pudieran derivarse de ese hecho—..., pero, no, no la aprendía.

La segunda tradición que incumplíamos era la de los helados, y menos a granel, porque Clara era intolerante a los lácteos, que le daban gases. Si existe una verdad universal es que no hay nada peor que verte una comedia romántica mientras tu compañera de sofá está que se sale, pero en concreto por dos orificios, y lo que sale de ellos hace ruido... y huele.

El resto del largometraje que podría haberse rodado con nosotras mismas de protagonistas habría partido de la base de su filmación en color, debido a que poníamos verdes a los tíos; rojas a nosotras, de los sofocones de tanto llorar, y verdes de nuevo, de la envidia que nos producía la suerte que tenían algunas, aunque de sobra supiéramos que no existían en realidad.

Era cierto que las historias que se contaban en esas películas que tanto nos gustaban nos hacían llorar, a veces desconsoladamente, lo que en principio no resultaba muy beneficioso para el estado por el que estaba atravesando mi ánimo tras el *Alejo affaire*; sin embargo, no era menos cierto que la mayor parte de ellas acababan transfiriendo una sonrisa a mi cara, lo que compensaba el denominado por mí efecto tsunami de lágrimas. Y, abundando en este hecho, hubo una de ellas que fue más allá, mostrándose capaz de

enderezar mi moral, e incluso de hacerme a reír ¡a carcajadas!

En cuanto ese hecho sucedió, llamé a Clara de inmediato, asegurándole un sucinto pero intenso:

—Tienes que ver esto.

Obediente, mi amiga vino a casa, y se quedó tan boquiabierta que lo siguiente que hizo fue volver a la suya, retirar de una de las paredes de su habitación el póster de Adam Levine —el atractivo líder del grupo Maroon 5 y coach del programa *The Voice*, el equivalente americano de *La Voz*— que, dejándose llevar por una vena adolescente, había colocado tiempo atrás, y procedió a colgar otro en su lugar, de Gerard Butler, a la sazón, protagonista de la película que yo la invité a ver.

La comedia en cuestión era *La cruda realidad*, cuya historia se basaba en las relaciones entre hombres y mujeres, así como en el inmenso abismo que los separa en su forma de pensar, en las fantasías que albergan sobre el otro sexo y en las tácticas de seducción que emplean a la hora de buscar pareja.

Antes de sentarme en el sofá ya pensé que la película auguraba una buena tarde, dado que los actores eran buenos y el guion lo parecía también, o lo suficiente al menos para garantizarme unas risas. Empecé a verla, por tanto, con mucho interés, comprobando que todo era perfectamente normal..., salvo en el hecho de que Butler bordaba el papel, hasta el punto de que toda la pantalla de la tele la ocupaba él.

No sería capaz de recordar el número de veces que los fotogramas pasaron por delante de mis ojos, ¡pero sólo para fijarme en Gerard!, ya que cada vez que lo veía más me gustaba cómo interpretaba el papel y más me reía con él. ¡Y Clara conmigo!, que acabó tanto o más enganchada que yo.

Así, aunque suene ridículo, jocoso o irreal, fue gracias a las carcajadas que desencadenó en mí ese actor, que para más señas es escocés —lo que debía de significar algo en el lenguaje oculto de los planetas—, que empecé a remontar. Y es que no hay nada como el cine, o la música, para transformar, o modificar, un estado de ánimo, y tal vez ayudarte a contemplar la vida desde otra perspectiva.

Hay mujeres que, para pasar el rato, hacen puzzles, sudokus, punto de cruz o ven la lluvia caer, mientras que yo veía películas y escuchaba música. De

hecho, para cualquier situación por la que atravesaran mis días siempre encontraba la letra de alguna canción que la acompañara.

Y, al igual que me sucedía con el cine, me encantaban las buenas canciones en general, pero las de amor en particular, porque para mí la música era como el amor, o el café de mi madre, que tiene que hacer latir el corazón, o como el desamor, que tiene que pararlo, al menos durante un segundo. En cualquier caso, y en ambos casos, la música ha de alterar el flujo sanguíneo, intensificándolo o reduciéndolo; tiene que hacerte mover los pies, o serenarte el alma; conseguir que los labios se arqueen hasta formar en ellos una sonrisa, o que una lágrima asome a nuestro espíritu; mudar los pensamientos a otro lugar, más feliz, o quizá más triste; permitir que cerremos los ojos para sentir alegría, o tal vez dolor, con la certeza de que a veces vivir se hace más fácil si tan sólo se cierran los ojos.

Por tanto, para mí, la música era una de las mayores expresiones de arte que podría haber creado el ser humano, aglutinando además otras disciplinas. Desde mi punto de vista, hay pintores que pintan cuadros, y también músicos, de forma que se puede ver tanto en sus acordes como en su voz toda la paleta de colores; de la misma manera, hay escritores que escriben libros, como hay poetas que además de componer las palabras les añaden música, como mi venerado Passenger, y, más aún, existen voces que cuentan historias, como la de George Ezra.

En mi lista de cantautores favoritos había unos cuantos veinteañeros, como el mencionado Ezra, que, no por jóvenes, o porque arrastraran tras de sí a todas las quinceañeras del planeta Tierra, se les podía restar talento. Muchos de ellos eran británicos, pues Gran Bretaña es un país bendecido para la música, así como para las artes escénicas. No en vano, uno de los primeros dichos que aprendí cuando de pequeña estudiaba su idioma en Londres fue que «dentro de todo inglés se esconde un actor».

Y fue precisamente viendo una hilarante película británica, *Un funeral de muerte*, cuando a Clara se le ocurrió cómo vengarse de su exempresa, aunque únicamente mi amiga sabría el porqué, ya que nada había en la comedia que se asemejara al plan ideado por ella, consistente en algo enviado por mensajería, que en ningún caso podría denominarse regalo, más una nota explicativa:



Estimado Fernando:

Dado que mi despido fue tan prematuro, no tuve tiempo de cagar antes de marcharme, por lo que considero que esta mierda es propiedad de la compañía, y como tal te la hago llegar.

Y para que veas lo instructiva que fue nuestra charla, quiero que compruebes en la foto que te adjunto lo positivo de mi carácter en estos momentos. Así, si la miras con detenimiento, observarás cómo mi dedo corazón se yergue inhiesto sobre todos los demás.

Esperando que, de cara al futuro, tu ano, tu recto, así como todos tus intestinos te funcionen bien, te saluda olorosamente,

Clara

Vamos, que le mandó la caca de la vaca, que en realidad había sido excretada por su perro, más una peineta, pero en toda regla. Y más ancha que larga se quedó, como si en verdad hubiera evacuado tras varios días aquejada de un pertinaz estreñimiento.

Una vez preparado, y aislado, el contenido, cerró el sobre, escribió las palabras «Estrictamente personal» junto al remite, llamó a un mensajero y se relajó, porque a Clara le daba igual si había que tener amigos hasta en el infierno, o si la vida es muy larga y nunca se sabe a quién se va a tener que suplicar para comer. La razón estribaba en que en este mundo hay tres tipos de seres humanos: los que ignoran las ofensas, los que las olvidan y los que se vengan. Y mi amiga era de estos últimos, de los que saben que no podrán descansar hasta que su venganza esté resuelta, y bien satisfecha.

De la que no se vengó, aunque ganas le dieron, fue de Sabrina, que tuvo la

osadía, y también la desfachatez, de presentarse en su casa para intentar arreglar la situación entre nosotras. Nada más verla, Clara estuvo tentada de echarla con cajas destempladas tras hacerle un par de peinetas, una con cada mano, que le salían redondas después de tanto practicar para la foto de Lledó. Sin embargo, optó por dejar que se explicara, ya que, en el fondo, le picaba la curiosidad sobre cómo y cuándo se habían conocido Alejo y ella, y acerca de cómo y cuándo habían acabado liándose.

—Fue sólo una cuestión de casualidad —comenzó Sabrina—. Quiso la mala suerte que un camión de la basura estuviera parado, vaciando unos contenedores, en una calle por la que yo pasaba de camino hacia la mía. Mientras esperaba a que desbloqueara el paso, vi por la ventanilla a un tío imponente que abría la puerta de su casa para recoger un paquete que le llevaba un mensajero.

—¿Casualidad o lo habías googleado?

—Sabiendo como sabes quién es él, ¿de verdad crees que, aunque hubiera querido, podría haber conseguido su dirección en internet?

Clara se conformó con la explicación, aunque bien sabía que podría haberla obtenido de mil maneras, incluyendo echarle un ojo al móvil de Marina.

—Además —prosiguió Sabrina—, hasta ese momento ni siquiera lo había reconocido, cosa que sucedió minutos más tarde, cuando el mensajero le preguntó: «¿Es usted Alejo Larralde?».

—Y fue ahí cuando se te escurrió por las piernas la prenda íntima que tapa tus vergüenzas... ¡Ah, espera, que tú no tienes vergüenza!

Sabrina se tragó esas palabras con tristeza, ya que no encontró la valentía suficiente en su interior para rebatirlas, y se limitó a continuar con su justificación de los hechos.

—Es verdad que entonces aparqué el coche y me dirigí hacia él con la intención de presentarme como amiga de Marina, cosa que hice, aunque no me sirviera de nada, ya que no me prestó la más mínima atención.

—De manera que, para que se fijara en ti, te quedaste en mitad de la calle con el sugerente conjunto de ropa interior con el que Marina te encontró al día siguiente.

Una vez más, Sabrina tragó saliva, deseando abandonar la tarea que ella misma se había impuesto. Pese a ello, fue consciente de que si se echaba atrás jamás podría recuperar a sus dos mejores amigas, por lo que optó por retomar el hilo de la conversación e intentar ser lo más honesta posible.

—No sucedió así. Y si me dejas que te lo cuente todo verás que soy sincera.

—Adelante —accedió Clara con un tono de dureza en la voz.

—Aunque no reparó en mí, me quedé, de forma que pude ver cómo abría el paquete, cómo leía la nota y cómo su cara se contrariaba. A continuación, y sin decirme nada, se metió en su casa. Y ahí sí que reconozco que empecé a perder los papeles porque, sin invitación, entré tras él.

—Y la verdadera Sabrina hizo acto de presencia, sacando sus garras...

—Te juro que no sé lo que me pasó... —se justificó ella—. Era Alejo, que no es sólo que esté buenísimo, sino que tiene un halo especial alrededor que te fascina y te atrapa, esa casa, que no es de este mundo. Saber quién era él y, por qué no, ser consciente de todo el dinero que tiene..., supongo que pensé que, quizá, si el camión de la basura se había parado ante su puerta era porque el universo quería decirme algo: que ésa era mi oportunidad y que ése era mi hombre.

—¿Te refieres al que en realidad era de tu mejor amiga, a la casa que a su vez le había construido ella y a un dinero que no era tuyo y que en ningún caso lo sería? ¿O te crees que los ricos lo son por ir regalándolo a espuestas a la primera buscona que se planta frente a su puerta?

—Visto con perspectiva... —respondió con dolor Sabrina.

—¿Acaso allí no la tenías? ¿Es que además de muda te quedaste ciega, tanto que no viste lo que estabas haciendo? Y ¿a que acierto si digo que tampoco te quedaste muda? ¿A que fuiste capaz de decir más de una palabra?

—Algunas... Pensé que era la oportunidad de mi vida...

—Y ¿no lo fue?

—No resultó como yo esperaba...

—Claro, y como la cagaste con él has venido a ver si nuestra amistad tiene arreglo. Me apuesto todo lo que tengo a que no estarías aquí si la cosa te hubiera salido bien con Alejo.

Sabrina se calló, porque en su fuero interno sabía que su ahora examiga tenía razón; por eso se limitó a constatar las consecuencias, sus consecuencias.

—Lo he perdido todo por el polvo más lamentable de mi vida. Y creo que a él le pasó lo mismo, o, peor, porque en su caso incluso vomitó después.

—¡Pobre...! —aseguró Clara con ironía—. ¡Que se puso malito y echó los higadillos! ¡Qué lástima que no se le fueran la conciencia y el corazón por la garganta también! ¡Ah, espera!, que no tiene, ni tú tampoco, que la única que tiene uno es Marina, y lo tiene roto.

—Me merezco todo lo que me digas, y supongo que él también, aunque en última instancia eso no es asunto mío.

—Desde luego. ¡Bastante tienes con lo tuyo! Y, con respecto a eso, tengo una curiosidad, ¿empleando qué argumentos conseguiste llegar desde la puerta de la entrada hasta la cama?

—Ya te he mencionado antes que él estaba contrariado por el contenido de la carta, o de la caja; en realidad, lo ignoro, porque no lo comentó. En cualquier caso, lo sacó todo, con prisa, de manera que en el proceso se le cayeron algunas cosas, unos platos, creo, que se rompieron al estrellarse contra el suelo. No obstante, no pareció importarle mucho, o de nuevo no lo comentó, pero al ver los calzoncillos sí me preguntó: «¿No tienes nada a juego?».

—Y lo encontraste. ¡Un alma, igual de negra que la suya! ¡Dos almas gemelas!

Desde el principio, Sabrina sabía que convencer a Clara, o pretenderlo, no iba a ser tarea fácil, pero nunca habría sospechado que fuera a ser tan ardua.

—Así las cosas, y como el primer polvo os salió mal, decidisteis pernoctar juntos para coger fuerzas e intentarlo de nuevo por la mañana, ¿o me equivoco? —inquirió Clara.

—En realidad, sí —confesó Sabrina con humildad—. Lo cierto es que aquella noche me pidió que me fuera, con la excusa de que prefería estar solo, pero, como se quedó dormido, no lo hice. Al día siguiente, nos despertó el timbre y, ya antes de abrir la puerta, al verme a su lado, se sorprendió. «¿Todavía estas aquí?», me dijo. Tras ese comentario, y al oír la voz de Marina, pensé que cualquier oportunidad que pudiera tener yo con Alejo

peligraba por la presencia de ella, por lo que me mostré mordaz e hiriente, supongo que con el objetivo de reafirmarme ante ella, ante él y ante mí misma.

—Y ¿cómo acabó la cosa al irse Marina? —quiso saber Clara.

—Justo después de que se marchara, Alejo aseguró: «Y ¿dices que tú eras una de sus mejores amigas? Pues si los dos queríamos mandarle un mensaje, creo que ya lo hemos hecho. Y ahora te rogaría que te fueras».

—Y ¿lo hiciste?

Una vez más, a Sabrina le costó sacar a relucir los hechos, aunque finalmente los presentó ante Clara.

—Traté de reconducir la situación y, dado que mi fuerte no son las palabras, intenté emplear otras fórmulas, hasta que él se mostró tajante: «No me gustaría ser descortés, y menos aún teniendo en cuenta que entre nosotros ha pasado algo íntimo, lamentable, pero íntimo. No obstante, precisamente por ese hecho, no querría que hubiera equívocos. Por tanto, prefiero pecar de rudo que de no sincero, y la situación es la siguiente: yo no tengo ningún interés ni en ti ni en volver a verte».

—Y ¿no has vuelto a intentar contactar con él?

—Aunque quisiera, ya me dirás cómo... No tengo su móvil, y por su casa para poco. O montas guardia, y tienes suerte, o ya me contarás.

—Pues, tal como lo cuentas, parece que no te mereció la pena... —sonrió Clara con suficiencia.

En consonancia, Sabrina también forzó una sonrisa, para a continuación afirmar:

—Clara, te he contado todo tal cual sucedió, lo que no me deja en muy buen lugar, incluso peor que a él. Podría haber mentido, o suavizado las cosas, y probablemente nunca lo habríais descubierto, pero he querido ser sincera como primer paso de buena voluntad hacia vosotras. Además, desde ese día he tenido tiempo de reflexionar mucho y bien...

—Ya, la perspectiva... —la interrumpió Clara.

—Sin lugar a dudas. Las cosas se ven mejor cuando te alejas de ellas.

—Pues ten cuidado, no sea que tengas un precipicio ahí atrás.

—Por favor..., dadme una oportunidad... —suplicó Sabrina.

—Estás llamando a la puerta equivocada. Tendrías que estar delante de la

de Alejo. Por difícil que te resulte creerlo, tienes más posibilidades de que lo tuyo con él llegue a buen puerto que nosotras dos te dejemos volver a subir a bordo.

—Sois mis únicas amigas..., no tengo a nadie más... —se lamentó Sabrina.

—Aparte del obvio «haberlo pensado antes», lo que dices no es cierto: te tienes a ti misma y, dado como eres, eso es tanto como poseer un tesoro de un valor incalculable —ironizó Clara.

—A ti no te he hecho nada..., quizá tu y yo podamos seguir siendo amigas...

—Yo no soy políticamente correcta. Yo cierro filas, además de por lealtad, por egoísmo e inteligencia: ¿o no me harías a mí lo mismo que le has hecho a ella?

—He aprendido...

—Yo también. Y ¿sabes lo que se me da de puta madre? Mandar mierda.

—¿Perdona?

—Sí, mandar mierda a la mierda. Me he vuelto una experta, de manera que, si no quieres recibir en tu casa un sobre con una mierda monumental cagada por un perro, ya puedes irte tú sola a la mierda que consideres más oportuna.

Cuando poco después Clara me contó lo sucedido, sólo alcancé a pensar en seis letras dichas por mi madre: «Hechos». Por tanto, las únicas palabras que salieron de mi boca fueron:

—No sólo eliges con quién te acuestas, también con quién te levantas.

El resto, la confianza rota, la deslealtad, el dolor..., se quedó dentro de mí, junto con sus opuestos, en ese proceso bipolar que estaba empezando a gestarse en mí.

Y es que ese día parecía que, definitivamente, iba a ser el día de vete tú a saber, pero no sólo a lo que mi estado de ánimo se refería, sino al del tiempo que se vislumbraba a través de la ventana de mi habitación. De hecho, tal vez mi ánimo fuera un reflejo de ese tiempo.

Así, si navegaba por las páginas especializadas en internet, éstas auguraban un sol espléndido para toda la jornada, típico de cualquier día del

mes de julio; por el contrario, cuando miraba tras el cristal, caían chuzos de punta procedentes de un cielo negro más negro que la noche más negra, típico de cualquier tormenta de verano, que había hecho caer casi veinte grados los termómetros y trepanado la tierra con la avalancha de granizo procedente de ese mismo cielo que se nos abalanzaba en forma de piedras de hielo.

«¡Esto va a acabar pareciéndose a Escocia, que pueden llegar a tener hasta las cuatro estaciones en un mismo día!», me dije, y recordé el que era uno de los primeros consejos con los que daban la bienvenida a los visitantes nada más poner un pie en su país: «Si no te gusta el tiempo, sólo tienes que esperar un rato».

Y, de repente, todo cobró forma en mi mente. Escocia era mi solución.

Escocia era ese lugar perfecto, para sobrevivir de nuevo al amor, para superar otra vez el desamor, para encontrar en sus paisajes, y en el futuro, un poco de paz, que yo ya no pedía otra cosa que no fuera paz, porque las cosas que esperaba de la vida, las que de verdad me hacían sentir bien, eran tan pequeñas como sencillas, como esa paz que yo anhelaba: un buen cielo al que mirar y bajo el que caminar, una buena chimenea con la que calentarse al volver, una buena charla acompañada de un buen whisky, o un buen té..., nada que en Escocia no pudiera encontrar.

Sin embargo, esta vez sería yo la que organizaría mi propio programa de supervivencia sentimental, en el que no incluiría poemas de amor, ni veinte ni ninguno, ni tan siquiera un verso..., aunque tampoco me limitaría a hacer turismo.

Me llevaría veinte comedias de amor con las que sonreír un poco y de las que tal vez aprender algo, como que en ocasiones es un desconocido el que pone una carcajada en tu ánimo en el momento más inesperado de tu vida —al igual que Gerard Butler ya había hecho conmigo—, que a veces es el peor, mejorándolo.

El número no estaba elegido al azar. Me gustaban los símbolos. Y como muestra de ello llevaba un veinte elevado al infinito tatuado en mi muñeca. Asimismo, me gustaba que las cosas fluyeran suaves en la vida, como el caudal de un pequeño río, por lo que me parecía acertado hacer que mi primer desengaño amoroso tuviera una cierta ligazón con el segundo, e intentar

prevenir con ello que existiera un tercero. De esta manera, primero fueron veinte poemas, y ahora serían veinte películas, pero elegidas por mí, y tampoco concluirían con una canción desesperada —como el libro de Neruda—, adoptara ésta la forma que adoptase.

Afortunadamente, había un hecho que favorecía mis planes, y era que aún no había disfrutado de mis vacaciones de verano; es más, ni siquiera había llegado a plantearlo en la empresa. Tonta de mí, tras la reconciliación con Alejo —anterior a la ruptura definitiva—, había decidido mantenerme a la espera por si era factible hacer algún viaje juntos, hecho que, obviamente, no se produjo. Por tanto, tenía por delante un mes completo para mis nuevos planes, y agosto parecía un mes perfecto para ellos.

Una vez que lo tuve todo decidido, la primera persona en la que pensé fue en Calem.

—¡Me parece una idea fantástica! —aseguró entusiasmado—. Tengo una habitación libre en casa, con lo que puedes quedarte conmigo sin ningún problema.

—Te lo agradezco un montón —le respondí sincera—, pero lo que me apetece de verdad es un ambiente un poco más rural, donde se pueda caminar mucho y ver paisajes en cantidad. Edimburgo no es exactamente en lo que yo estaba pensando, aunque mi idea es acercarme desde donde esté para verte y hacer algo de turismo por allí también.

Además, Calem acababa de embarcarse en su segundo libro, con lo que lo último que necesitaba era un invitado del que ocuparse, cosa que haría aunque yo atara su cuerpo a la silla y pegara con Super Glue su cerebro al ordenador.

—Lo que a ti te haga feliz, a mí también —comentó cariñoso ante mi negativa—, aunque mi oferta sigue en pie por si cambias de opinión.

—Gracias de nuevo, pero creo que un poco de vida en el campo me sentará mejor. Por cierto, ¿cuál sería el mejor sitio para visitar? —le pregunté, segura de que su opinión en ese tema sería de gran ayuda.

—La isla de Skye. Es el lugar más maravilloso y mágico del mundo —me recomendó.

—Pues un poco de magia no me vendría mal, así que me voy a poner a navegar ahora mismo a ver qué *bed and breakfast* encuentro para alojarme.



Antes de hacerlo, sin embargo, llamé también a Clara para informarla sobre mis planes, si bien ella no fue tan positiva como Calem.

—¿De verdad que te vas a ir allí sola, tú sola, a llorar por las esquinas, por muy escocesas que éstas sean?

—¡Mujer, que lo pintas de una manera que me dan ganas de no ir! —no pude por menos que reírme al oír su ocurrencia.

—Es que si te quedas aquí yo podré cuidar de ti, y tu madre tambi... —Se interrumpió—. Bueno, tu madre..., ¡a saber lo que haría contigo tu madre! Darte el mejor consejo, el más peregrino, o presentarte a la supuesta lesbiana de tu vida, así que retiro lo dicho, y con tu madre no cuentas para nada. ¡Pero aquí estoy yo para todo lo demás!

Solté unas cuantas carcajadas antes de agradecerle sus palabras e intentar explicarle los verdaderos motivos de mi decisión.

—Me apetece mucho un cambio, algo que suponga un corte, y radical...

—¿Sabes lo que te va a pasar? ¡Lo veo, lo veo! —presagió Clara, con voz y supuse que también con cara de iluminada—. ¡Vas a acabar en cualquier antro con un amor, con otro amor, no correspondido, y va a hablar escocés, cuando no gaélico escocés! ¡Y no va a haber Dios, ni católico ni protestante, que lo entienda!

—¡Siempre puedo recurrir a Calem para que me traduzca, que creo que habla los dos idiomas, además del inglés! —acerté a decir tras reírme una vez más con su comentario.

Una vez concluida nuestra conversación, me metí en todas las webs sobre la isla de Skye que pude encontrar, hasta que a los cinco minutos recibí una nueva llamada de Clara.

—Me voy contigo —me confirmó decidida nada más descolgar el teléfono.

—¿Qué?! —exclamé sin dar crédito—. ¡Pero si hace cinco minutos te parecía la peor idea del mundo!

—Me has convencido. ¡A arrasar a las Highlands!

—Pero ¿qué te ha hecho cambiar de opinión? —le pregunté verdaderamente intrigada.

—¡Lo veo, lo veo! —presagió de nuevo—. ¡Yo cuido de ti, tú cuidas de

mí, y para todo lo demás ya está allí Calem!

Desternillándome de nuevo, sólo pude preguntarle si sería capaz de organizarse tanto con el papeleo del despido como del paro, al estar ese asunto tan reciente.

—No creo que haya problema, aunque no sé si podré ir todo el mes completo, los mismos días que tú, porque no tengo mucho dinero ahorrado. Sin embargo, ahora que lo pienso, con tal de perderme de vista seguro que mi madre suelta la pasta, y hasta para viajar en *business* y alojarme en un hotel de cinco estrellas si hace falta.

—Entonces te dejo que te apuntes —le confirmé encantada—, pero hay dos cosas que tienes que saber y que son condición *sine qua non*: pienso dedicar la mayor parte del día a caminar, y por las noches tengo hasta veinte películas que ver.

La primera de ellas sabía que le generaría un problema, porque Clara era el prototipo de la vida sedentaria; además, para hacer deporte tendría que bajarse de sus inseparables tacones, hecho que no sucedía ni cuando iba a la playa, con lo que no me la imaginaba yo saltando como las cabras por los montes escoceses con unos *stiletos* de Manolo Blahnik. Aun así, estuvo ágil con la respuesta, asegurando que tenía mucho sueño atrasado y que una cama en la isla de Skye le parecía el mejor sitio para recuperarlo.

En cambio, con la segunda... se le iluminó el cerebro, que yo pude verlo desde mi casa, y eso que vivíamos a varios kilómetros de distancia. Y no fue sólo que en el interior de su cabeza se hiciera la luz, es que empezó a rodarse una película dentro de ella, una de tantas de las que íbamos a ver en Escocia.

En consecuencia, el primer paso que dio fue abrir una cuenta en Twitter, en inglés, para que nuestro escarnio fuera no sólo mayor, sino universal. A continuación, eligió el nombre del perfil, Desesperadas Sin Fronteras, en relación con una conversación que habíamos mantenido en broma Sabrina y yo tiempo atrás acerca de la creación de un grupo de mujeres que recorriera el mundo dando apoyo y consuelo a otras atormentadas por los hombres. Y, por si ese nombre ya no dejaba lugar a ninguna duda sobre el estado de nuestras entretelas, explicó someramente nuestra situación: la de dos chicas a las que sus respectivas parejas habían roto el corazón, de muchas maneras y todas

pésimas, sobre todo a una de ellas, afortunadamente sin precisar a cuál.

Seguidamente, solicitaba la ayuda de cuantas más mujeres mejor para decidir cuáles eran las veinte mejores comedias, o películas, de amor con las que irnos a Escocia, donde pretendíamos olvidar a nuestros ex, así como sustituir lágrimas por risas, que emplearíamos tanto para reírnos de nosotras mismas como de los capullos en cuestión que nos habían destrozado el corazón.

Por último, y una vez elegido el *hashtag*, #PelículasdeAmor, Clara se dedicó a la promoción de la cuenta en internet con el objetivo de que tuviera un buen seguimiento y contar así con la mayor oferta posible de largometrajes donde elegir.

Sólo me quedaba, pues, plantear mis vacaciones en la empresa para que mi plan pudiera hacerse real. Y con ese propósito me dirigí a la oficina aquella mañana de lunes, hasta que una vez más me topé con los hombres y sus singularidades, peculiaridades, excentricidades, o cualquier otro sustantivo que pueda reflejar ¡que están grillados!..., eso, o que jamás conseguirán domesticar al animal que llevan dentro, ¡aunque no sean precisamente grillos!

De camino al trabajo, a eso de las ocho de la mañana, vi que había un par de conductores que parecían estar mosqueándose el uno con el otro por un ceda el paso. Yo percibía que el que se situaba justo delante de mí estaba empezando a ponerse muy nervioso, ya que, aunque no tenía la prioridad, pretendía que se cumpliera la norma no escrita de que, en momentos de atasco monumental —como los que se forman en las horas punta y, en concreto, ese día—, el paso de los coches debería realizarse de uno en uno, independientemente de quién tuviera la preferencia.

Por desgracia, el otro individuo no estaba dispuesto a permitirlo, de forma que ambos comenzaron a amagarse con los morros de los coches, en un comportamiento típicamente masculino que se reducía a un «¡por mis cojones que paso!», o a su opuesto: «¡por mis cojones que no pasas!».

El asunto se resolvió, aunque no en un sentido positivo, cuando el que estaba delante de mí echó el freno de mano a su impresionante BMW descapotable —que ya lo querría James Bond para su próxima película—, del que salió un hombre que más se parecía a un dios que a un hombre, con más de

dos metros de altura, una cara digna de un modelo y un cuerpo acorde, que vestía con un impecable traje de chaqueta hecho a medida. En cuanto puso un pie en tierra se fue como un poseso hacia el dueño del otro automóvil, un paisano regordete y chaparro claramente entrado en años. Acto seguido, el llamémoslo modelo sacó en volandas al supuesto labriego de su todoterreno, al que empezó a utilizar como saco de boxeo.

Yo, aunque pueda parecer frívolo, o superficial, temí más por el primero que por el segundo, ya que era tan guapo que me daba dolor sólo de pensar que, en la refriega, se le echara a perder esa cara o alguna parte no visible de su cuerpo.

Mi siguiente pensamiento fue, sin embargo, para los hombres en general, porque ¿qué necesidad tenían esos dos, un lunes, a las ocho de la mañana, de ponerse hasta arriba de golpes?, que uno —el de más edad— iba a tener que irse derecho al hospital, y el otro a su casa, no porque la sangre lo alcanzara, que ni lo rozaba, sino porque ¡había que ver cómo sudaba!

No obstante, lo mejor del espectáculo llegó poco después, y por partida doble, en primer lugar, porque nadie los separó, algo que yo calificaría de acto de justicia universal, ya que esos dos se merecían cualquier cosa que les pasara, y, seguidamente, porque el problema no se resolvió hasta que una mujer se hizo cargo de la situación. Así, como llegó un momento en que el todoterreno impedía el paso al resto de los coches que se situaban detrás, una mujer se apeó del suyo, movió el del paisano, lo estacionó en el arcén unos metros más adelante, ocupó de nuevo el suyo y ¡ruedas, ¿para qué os quiero?!, las suyas y las de todos los demás. ¡Y allí se quedaron los otros dos, zurrándose y vapuleándose hasta reventar!

De esta manera, llegué al trabajo muy confiada y altamente esperanzada en el futuro de la humanidad, tanto de la masculina como de la femenina.

Una vez en la oficina, y con la mente ya totalmente despejada tras el espectáculo tan lamentable que acababa de presenciar, lo primero que hice fue dirigirme al despacho de Adrián para tratar el tema de mis vacaciones, asunto que abordé directa al grano.

—¿Qué tal te vendría si me cojo todo el mes de agosto?

—Pues no sé qué decirte —dudó mi jefe nada más plantearle la cuestión

—, porque quizá sea un poco precipitado.

—Ya sé que debería habértelo dicho antes, o al menos con más tiempo, pero es que no tenía ningún plan especial, hasta ayer, que me surgió uno muy bueno.

—No te preocupes por eso. Yo también debería habértelo preguntado, pero hemos estado tan liados que ni siquiera había caído.

Adrián tenía razón. De un tiempo a esa parte, el trabajo se había incrementado exponencialmente, sobre todo para mí, que había asumido la totalidad de los proyectos que entraban en la casa, aunque bien es cierto que de algunos sólo me encargaba de su supervisión, mientras que de otros también lo hacía de la ejecución. Y, al parecer, me había caído uno de estos últimos.

—Además —prosiguió Adrián—, acaban de pasarme una casa nueva, muy sencilla, sólo un lavado de cara, pero que hay que entregar a finales de agosto y cuya dueña ha pedido expresamente que seas tú quien le haga el diseño.

«¡Mi gozo en un pozo!», me lamenté para mis adentros, y el de Clara, porque a ver cómo le explicaba yo, a esas alturas, que nuestros planes se habían truncado. Afortunadamente, el propio Adrián sacó el gozo del pozo, devolviéndolo a Escocia, al proponerme un plan alternativo.

—Pero, si te parece bien, puedo darte septiembre completo. ¡Quiero que estés contenta! ¡Eres nuestra diseñadora estrella! De hecho, a la vuelta de las vacaciones, hablaremos tanto de tu categoría como de tu sueldo, que ya hace un año que estás con nosotros y va siendo hora de revisar ambos, ¡y muy al alza!

¡Menudo subidón! ¡Menuda inyección de adrenalina! Por fin algo me salía bien en la vida, y precisamente en ese año, que había sido tan canalla conmigo en otros sentidos, en el resto de los sentidos. Al menos ya no sería una paria en el mundo laboral, aunque siguiera siéndolo en el sentimental, pero ¡afortunada en la ocupación, desafortunada en la pasión!..., y en el amor, en el cariño, y en un largo etcétera de afectos varios que me hacían comprender hasta la perfección que no se podía, o yo no podía, tenerlo todo.

—Lo único que te pediría —continuó Adrián— es que, a lo largo del mes de agosto, pongas al día al jefe de Diseño sobre los proyectos que están en

marcha y que me prometas que estarás en contacto en septiembre para orientarlo con los nuevos que puedan llegar.

—¡Por supuesto! ¡Cuenta con ello! —le aseguré feliz.

Y, más que feliz, entusiasmada estaba, que hasta trabajo me habría llevado a las Highlands de habérmelo pedido.

Por otra parte, retrasar el viaje un mes no representaría ningún problema para Clara, que, estando ocupada en su desocupación, disponía de todo el tiempo del mundo para distribuirlo a su antojo, y menos aún para mí, ya que así podría preparar con más tranquilidad todas las cosas que necesitaba para Escocia, desde el alojamiento hasta el material necesario para las caminatas que pensaba darme.

Cuando se lo comenté a Calem me aseguró, además, que septiembre tenía una ventaja fundamental sobre agosto, y eran las auroras boreales, imposibles de contemplar en los meses de verano, pero que sí se atisbaban a comienzos del otoño. Y ese hecho, por sí solo, ya me pareció razón suficiente porque una de las ilusiones de mi vida era ver un cielo negro teñido de un verde luminoso, suave e intenso a la vez, con pequeños toques rosas, o violetas tal vez, que bailaba formando cortinas, columnas o pequeños tornados de luz, tal y como yo me imaginaba que serían las luces del norte.

Lo malo de permanecer un mes más en Madrid fue tener que aguantar a mi madre, que andaba histérica ante la perspectiva de conocer a la hija de Tristán, Sara —que ése sí era su nombre de verdad, sin ningún personaje de leyenda de por medio—, recién llegada a España tras haber pasado un año estudiando en Estados Unidos.

Y peor aún fue irme de compras para elegir el atuendo con el que presentarse ante ella, la cual, con dieciocho años recién cumplidos, mucho me temía que no iba a augurar nada bueno en la relación de Tristán e Isolda porque, «¿a qué edad dejan de ser adolescentes las niñas hoy en día?», me preguntaba yo.

—Pues o sus padres la tuvieron demasiado tarde, o vosotros a mí demasiado pronto, porque Tristán y tú tenéis la misma edad, ¿no?

—Y ¿yo qué coño sé? ¿Tú crees que si no le he preguntado el nombre le voy a preguntar la edad?

—¡Ay, hija, qué carácter! ¡Que sólo era una pregunta! —me defendí.

—¡Es que me estresas! Y ¿no ves lo atacada que estoy con esta situación? —se justificó Blanca—. A ver..., tu padre y yo nos casamos cuando yo tenía diecinueve años, que ya me vale ese alarde de inconsciencia que me gastaba..., y tú naciste al año siguiente, con lo que si hay alguien raro en esta historia somos nosotros dos, y tú por ende.

—Gracias, mamá, no sabes cuánto te quiero y cuánto valoro tus palabras —le respondí con un gesto de sufrimiento infinito.

—Y yo te querré más —se mofó de mí— si me ayudas a encontrar algo que me guste, y en lo que entre.

Pero yo ya sabía desde el principio que no iba a ser tarea fácil. De hecho, estuvimos tres cuartos de hora en Oysho para comprar un sujetador, que no compramos; una hora en Mango para comprar un vestido, que no compramos, y hora y media en Zara para comprar unos zapatos y un bolso a juego, que no compramos.

La hora y tres cuartos primeros tuvieron un pase, pero la hora y media restante yo no hacía más que preguntarme, y con desesperación: «¡Pero ¿a juego con qué estamos buscando bolsos y zapatos?!», que para mí que Blanca Solís no había superado la inconsciencia esa de la que había hablado escasos minutos antes, ¡porque era más que evidente que seguía haciendo gala de ella a los cincuenta y uno!

El resumen de esas más de tres horas fue que mi madre no adquirió absolutamente nada y que descubrí que ¡yo era un hombre!, porque, por primera vez en mi vida, sentí lo que debe de padecer un tío cuando va de compras con una mujer. ¡Y mira que a mí me gustaba ir de compras!

Tan desesperada estaba que llegué a suplicarle que me dejara marchar, o que diera aviso a un cura para que me administrara el último y postrero sacramento que concede la Iglesia católica; sin embargo, ella fue incapaz de mostrarme la más mínima caridad cristiana, de manera que siguió arrastrándome el resto de la tarde de aquí para allá.

Es más, el asunto empeoró cuando Blanca decidió, tras haber visitado varios centros comerciales de tamaño pequeño-mediano, que había que apostar a lo grande e ir al Gran Plaza 2. Así, a medida que nos acercábamos, y

por más que yo lo intentaba, no conseguía visualizar sus casi doscientas tiendas distribuidas en el plano horizontal, sino apiladas en vertical, y más inexpugnables que el Himalaya.

Entre ascensión y ascensión, por tanto, me vi otra vez en los probadores, y de nuevo oyendo a mi madre decir las cosas más peregrinas porque, comprar no compraría, pero, desde luego, sembrada estaba aquel día.

—El vestido me gusta, aunque no la talla.

—¡Pues córtale la etiqueta! —casi le grité en aquel instante.

—Un poquito de por favor —me recriminó—, que no preocuparse por el peso está muy bien cuando tienes treinta y un años y estás delgada, ¡pero a los míos...! Y, fíjate, todo el mundo se empeña en decir que la pregunta que jamás debes hacerle a una mujer es la edad. ¡Para mí que es la talla! ¡Y que conste que la mía es la 38!

Me tuve que reír, y también cuando finalmente encontró algo que le gustaba y se dirigió a pagar, porque Blanca todavía no se aclaraba con los euros, que malo fue durante los primeros años tras la implantación de la moneda única, pero peor fue después, porque ya no entendía ni de euros ni de pesetas.

Por el contrario, al resto de los avances implantados en nuestro pequeño mundo desde el advenimiento del siglo XXI se había adaptado bastante, incluso muy bien, como a las redes sociales, en casi todas las cuales tenía perfiles y se manejaba a veces mejor yo. ¡Si hasta se había hecho una experta en YouTube!, que loca y sorda me tenía con su caza y captura de canciones antiguas.

Pese a ello, en lo que a redes sociales se refería, la reina indiscutible era Clara. No en vano, en sus ratos libres había hecho un curso para convertirse en *community manager*, en el que si algo había algo aprendido era a saber posicionarse en internet para ganar adeptos, y acrecentarlos. En consecuencia, un mes después de haber abierto nuestra cuenta en Twitter no sólo teníamos miles de propuestas de películas de amor, sino que nos estábamos acercando al medio millón de seguidores —empleando el masculino con propiedad, porque nos seguían muchos hombres también—, y podíamos contar a su vez por miles las historias que nos relataban, los mensajes de ánimo que nos dedicaban, así como los consejos, tanto los que nos ofrecían como los que nos



solicitaban.

De esta manera, de Desesperadas Sin fronteras pasamos a ser Solidarizadas en Amores Sin Fronteras —aunque sin necesidad de cambiar el nombre de nuestro perfil—, debido a que, de repente, nos habíamos convertido en un grupo de mujeres que, sin conocerse, y perteneciendo a países diferentes, culturas diferentes, religiones diferentes, querían ayudarse las unas a las otras a superar sus problemas sentimentales. Y aquello empezaba a vislumbrarse como un movimiento global, que tanto a Clara como a mí nos iba a deparar alegrías inesperadas, mientras que a mi madre lo que le esperaban eran penas insospechadas.

*Marina, Calem, Lilly, Victoria, Alistair,  
Clara y un antro de perdición*

Los edificios adoptan el color de las ciudades que los acogen, mientras que las ciudades son un reflejo del cielo que las ampara. Al menos, Edimburgo era así. Y yo lo recordé mientras recorría sus calles en el coche de Calem, de camino hacia su casa desde el aeropuerto..., ese cielo uniformemente gris apenas penetrado por unas nubes envueltas en luz. Y me acordé a su vez de esa lluvia, que era como un océano puesto del revés, y de ese verde colmado de brillo.

A medida que los kilómetros avanzaban también veía a través de la ventanilla pequeños trozos de mí repartidos por el paisaje, que se unificaban ante mis ojos y me hacían sentir de nuevo en casa. Y, por si tenía alguna duda sobre este hecho, Calem estaba dispuesto a despejármela, habiéndome puesto sobre aviso ya antes de salir de España.

—Te pongas como te pongas, la primera noche la vas a pasar conmigo, en mi casa, que voy a preparar una cena para darte la bienvenida en condiciones. Quiero presentarte a unos amigos que, además, tienen mucho interés en conocerte.

—¿A mí? —pregunté extrañada.

—Son escritores y, aunque no me lo han confesado, creo que secretamente pretenden que les presentes sus originales a algún concurso, a ver si les das

suerte, como pasó conmigo —sonrió Calem.

—¡Sin ningún problema! —me ofrecí tan resuelta como divertida—. ¡Y hasta puedo montar un negocio: «El premio pasa por mis manos. Se garantizan los resultados»!

Por tanto, tan sólo unas horas después de haber llegado, pude conocer a sus tres amigos, dos chicas, Emma y Joyce, y un joven, William, todos ellos situados en la treintena y en los que se podía adivinar, con sólo mirarlos, tanto el talento como los sueños.

William era muy parecido físicamente a Calem, bastante alto, corpulento y bien parecido, aunque rubio, con una mirada que denotaba inteligencia. Emma y Joyce, por su parte, eran las dos muy menudas, ambas con caras pecosas y sonrisas francas.

Aunque la concurrencia habría preferido una cena española por ser más novedosa para ellos, como reconocieron nada más llegar, Calem optó por comida típicamente escocesa con el fin de que yo pudiera degustar la gastronomía de la región. De plato fuerte preparó *stovies*, un guiso cuyos ingredientes principales eran cordero asado, cebolla y patatas, que se acompañaba de nabos y zanahorias y se servía con galletas de avena y remolacha encurtida. Y, en cuanto al postre, éste consistió en *cranachan*, elaborado con frambuesas frescas, nata montada, miel y avena tostada, todo ello regado con un buen chupito de whisky para darle un toque aún más escocés.

—Desde luego —le aseguré entusiasmada a Calem—, si te aburres de ser escritor, o quieres tener un trabajo alternativo que no sea la decoración, que no te quepa duda de que la de chef es tu profesión. Y te lo digo yo, que soy una experta...

—¿Perdona? —se sorprendió Calem.

—Te daré una pista: cosas peregrinas que he hecho antes de venir a Escocia, y para venir a Escocia.

—No tengo ni la más mínima idea de lo que estás hablando —aseguró Calem.

—¡Me he visto todos los programas de Jamie Oliver que ponen en Fox Life! *30 minutos con Jamie*, *15 minutos con Jamie*, *Las batallas culinarias*

*de Jamie, Las escapadas de Jamie...* ¡Absolutamente todo! Ya sé que no es escocés, pero es uno de los pocos cocineros británicos que es conocido en España.

Mientras los otros tres allí presentes se desternillaban de la risa, Calem fue el único capaz de articular palabra.

—Y ¿en concepto de qué has hecho eso, si puede saberse?

—Cuando vas a pasar un mes en un determinado país hay que informarse bien de todas sus costumbres, y como vuestra tierra tiene tan mala fama con la comida, quise averiguar de primera mano si era verdad.

—Pues se me acaba de ocurrir una idea —comentó William—. Podríamos empezar una nueva tradición en todas las cenas a las que acudamos, para echarnos unas risas y conocer mejor a la gente que acuda: «cosas peregrinas que hice antes de, y para ir a...».

—Yo sé de cinco aquí que tienen suficientes para llenar un libro... —confesó Calem.

—¡Yo ya he cumplido con lo de Jamie!, así que ahora le toca a... ¡Emma! —propuse.

—Vais a conocer la parte más estúpida de mí..., pero ¡adelante con ello! —se atrevió finalmente—. Me gasté los ahorros de mi vida en invitar a un chico con el que sólo llevaba unos meses saliendo, aunque pensaba que era el hombre de mi vida y al que quería demostrar todo lo que me importaba, a un viaje impresionante para bucear en la barrera de coral australiana. Y cuando llegamos allí descubrí... que no sabía nadar, cosa que puso de manifiesto vehementemente mientras me dejaba, esgrimiendo que yo no había demostrado tener el más mínimo interés en conocerlo, aunque volverse no se volvió, que el hotel lo disfrutó, el muy cabrón.

—¡Qué fuerte! —exclamamos todos a la vez.

—¡Y qué capullo! —rematé yo, pensando además que esa historia sería digna de un tuit de honor en nuestro perfil.

—¡Y seguimos con las chicas! —dictaminó Calem—. Te toca, Joyce.

—Mi novio se fue a Alemania a estudiar la carrera, con lo que yo me gastaba todo el dinero que ganaba en comprar billetes de avión para ir a verlo, aunque a cual más barato, claro, ya que arruinada sería la mejor definición de

mi estado económico en aquellos momentos. En uno de esos viajes, y como se me había roto la maleta, le pedí prestada una a mi madre, cuyas medidas no resultaron ser las adecuadas para ubicarla en la cabina de pasajeros, como pude comprobar nada más llegar al aeropuerto. Ante la exigencia de la compañía aérea de tener que pagar cuarenta libras, ¡que no tenía!, para facturarla, saqué una toalla que llevaba dentro, vacié todo el contenido en ella e hice un hatillo. ¡Y no tuvieron más remedio que dejarme pasar! La gente me miraba como si fuera una pordiosera, pero tanto mi ropa como yo, y mis inexistentes cuarenta libras, llegamos a Berlín.

—No hay nada como la improvisación para superar las dificultades — comentó Calem inspirado.

—Y ahora le toca el turno a William —indiqué yo esta vez.

—¡Pues vamos allá! Organicé una pelea en una celebración de abrazos.

—¿Cómo? —preguntamos incrédulos los cuatro restantes.

—Lo que oís. Estaba en King's Cross, en Londres, esperando el tren para viajar hasta Edimburgo cuando, de repente, empezó a montarse un revuelo enorme a mi alrededor. Al fijarme pude comprobar que estaban llevando a cabo una de esas celebraciones de abrazos en las que unos pocos les van pidiendo achuchones a unos muchos para infundir espíritu positivo al mundo. Yo soy muy especial con el tema del contacto corporal, especialmente por los olores, que me producen náuseas cuando me resultan desagradables, de manera que, ante la perspectiva de potar en mitad de la estación, decliné la invitación amablemente.

—Lo que deduzco les sentó mal —apostilló Calem.

—Y aciertas, ya que desde el primer momento constaté que mi negativa no fue muy bien recibida. Un taco por aquí, un empujón por allá..., hasta que se acabó armando la de San Quintín. Todos los que antes se habían abrazado ahora se sacudían, inundando el mundo de espíritu negativo, de olores vomitivos..., y de policías, que nos acabaron trasladando a todos a la comisaría.

—Y lo de Edimburgo se quedó para otro día... —se rio Emma.

—¡Y para después de varios días! —confirmó William.

—Bueno, ¡ya sólo quedas tú, Calem! —afirmó Joyce.

—¡Pues preparaos! Una amiga mía, que no mi novia, estaba pasando por un pésimo momento sentimental, de manera que decidí ir a verla para ayudarla a superar el mal trago. Antes de subir al avión, le compré tres, sí, tres ramos de rosas, algo que tenía una simbología especial para nosotros...

Mientras Calem contaba el resto de la historia, me fijé en los rostros de las chicas, en los que se alternaban las risas con algún que otro amago de ternura, así como de lágrimas. Y también en el de William, en el que confirmé esa inteligencia que ya había sospechado nada más conocerlo y que lo había llevado a averiguar, por sí sólo, la verdadera realidad de Calem. Sin embargo, su mirada iba más allá, porque en sus ojos vi a su vez empeño, y también anhelo.

No en vano, cuando Calem hubo terminado de relatar la historia, nuestra historia, me levanté para ir al cuarto de baño. A la vuelta, William me estaba aguardando en la cocina, y con una conversación también a la espera.

—Tú eres la chica de las flores, ¿verdad?

—¡Chico listo! —le respondí.

—Tengo entendido que eres una persona muy importante para él, así que creo que necesitaría tu permiso para intentar ser su chico.

Una sensación de alegría inmensa me invadió. Por fin mi amigo tendría la oportunidad de borrar de su pasado aquella historia que lo marcó, fuera la que fuese, dado que nunca había llegado a contármela, pero que sí intuí en una de nuestras charlas en el lago Ness el año pasado. ¡Por fin Calem podría sacudirse las telarañas del alma!

De cualquier manera, y aunque mi expresión era más de júbilo que de preocupación, me acerqué un poco más a William, lo suficiente para advertirle susurrándole al oído:

—Yo no soy una persona importante: soy su mejor amiga, su madre, su hermana, su tía, su prima, su guardaespaldas y hasta la vigilante de la playa. Si le haces daño, él se comportará como un señor, pero la que perderá los papeles y te matará seré yo.

—Eso no sucederá, ya lo verás —me tranquilizó—. La próxima vez seremos los dos los que te llevemos las flores —sonrió con malicia.

—¡Pues va a ser a mi tumba, porque como haya una próxima vez...!

—Ya veo por qué eres una persona especial...

—¡Él sí que lo es! —le confesé con cariño.

Y por supuesto que lo era, tanto como yo feliz en ese momento. Por eso me acerqué por detrás para decirle:

—Parece que tu buena acción conmigo te va a servir para encontrar a alguien especial en tu vida. ¡Y no sabes cuánto me alegro!

Calem no respondió, porque no hacía falta ninguna palabra, porque antes de pedir una explicación se debe ser capaz de entender una mirada. Y toda la elocuencia que yo necesitaba estaba en la suya, y también la iridiscencia, la efervescencia, la incandescencia... Y sólo por haber visto la luz de esa mirada en sus ojos ya había merecido la pena el viaje a Escocia.

Cuando todos se hubieron marchado, mientras recogíamos los restos de la cena, Calem se colocó muy cerca de mí, mirándome con mucho interés.

—¿De verdad que no me vas a preguntar nada? —inquirió con picardía.

—¡No! —solté una carcajada.

Él siempre había sido muy discreto con su vida privada, y yo, igual de discreta, jamás le preguntaba. La razón se debía a que yo aplicaba a todo el mundo la misma regla, ya fueran amigos íntimos o extraños: sólo me interesa lo que quieras contarme y cuando quieras contármelo. En mi opinión, a la gente no hay que apremiarla, o agobiarla, porque llega un día, si es que llega, en que se siente lo suficientemente triste, lo suficientemente feliz, o lo suficientemente cómoda para revelar algo que tal vez haya permanecido escondido durante años.

—Pues entonces te lo contaré yo —se lanzó—. Aún no ha pasado nada entre nosotros... De hecho, no hemos intercambiado ni una palabra con respecto a ese tema.

—¡Pues de mañana no pasa! —lo apremié entre risas—. ¡Que conste que es broma! Tomaos todo el tiempo que os apetezca y ¡disfrutad! ¡Los preliminares son lo más bonito de todo!

—Veremos a ver qué sucede —confesó—, aunque, de momento, lo único que tengo claro es la sensación que me produce, que no la había experimentado jamás. Es cierto que no he mantenido muchas relaciones, más bien ninguna, con lo que no soy precisamente un experto en la materia, pero sí

soy consciente de que esto no lo había sentido antes.

—No hace falta que te diga a lo que suena, ¿verdad?, esa palabra de cuatro letras que tienes en la punta de la lengua y que no atreves a pronunciar...

—¡Cuidadín! ¡A ver si lo vas a gafar antes de que empiece! —me advirtió señalándome amenazadoramente con el dedo.

—¡Punto en boca! —me retracté al instante.

—¿Sabes lo que sucede? En el colegio no tuve lo que se dice una infancia fácil. Nadie lo sabía, aunque todo el mundo lo sospechaba, de manera que buena vida no fue precisamente lo que me dieron: me encerraban en la taquilla, me metían la cabeza en el váter, o en una bolsa de plástico, dependiendo del día, y un largo etcétera de torturas que si te las enumero no harían sino amargarte tu mes de vacaciones. Por tanto, y como mecanismo de supervivencia, adopté la determinación de parecer más hombre que nadie, en el sentido clásico de la palabra, y así prácticamente hasta ahora.

—¿No te has abierto con nadie? —pregunté eligiendo con mucho esmero mis palabras para no poner el dedo en ninguna llaga que aún pudiera estar abierta.

—Apenas. Cada vez que lo intentaba me visitaban los fantasmas del pasado y me daba miedo.

Ese miedo, que para la mayor parte de las personas es inconsciente y que forma parte del proceso del amor, y de la vida, había acompañado a Calem como una sombra permanentemente visible a lo largo de todos sus días, conformándolo, y definiéndolo, como persona.

—Es cierto que hasta el momento he tenido lo que podríamos calificar de encuentros esporádicos —prosiguió—, aunque con poco de encuentros y mucho de esporádicos. Exceptuando eso, poco más hay que contar.

Soledad y miedo. Ésas eran las dos únicas experiencias que Calem podía relatar.

—¿Y el miedo ha desaparecido con William? —me atreví a preguntar.

—Lo sigo teniendo —confesó—, pero no me bloquea. De hecho, la primera vez que lo vi tuve una sensación muy parecida a cuando te conocí a ti. Adiviné en su mirada que él sabía quién se escondía bajo mi piel, y también adiviné su interés en mí. De la misma forma, intuí que podía confiar en él, al



igual que supe que podía confiar en ti, y que me querrías tal y como soy. Por eso eres tan importante para mí.

Lo abracé fuerte, muy fuerte, por sus palabras, por sus sentimientos hacia mí, por su esperanza, intentando resarcirlo a la vez de sus años de infancia, de los años de soledad, y tratando de ahuyentar con ello el miedo que aún se alojaba, desafiante, en su interior.

Esa noche, cuando me fui a la cama, lo hice con la placentera sensación de serenidad que se tiene al contemplar un cielo repleto de estrellas y de justicia poética; con el sosiego que se encuentra al saber que, a veces, a las personas buenas les suceden cosas buenas; con la calma que se percibe al comprobar que Murphy se ha cogido el día libre, o, como diría mi amiga Clara, que «el mundo hoy se ha puesto de acuerdo y me ha dejado estar aquí para verlo».

Quizá tuviera suerte y parte de esa paz me alcanzara a mí también en ese período de transición en el que me encontraba, en ese territorio incierto por el que viajaba y para el que no tenía cartas de navegación, y no me refería a la tierra que se encontraba físicamente bajo mis pies. Escocia no era mi paraje desconocido; lo era el hecho de, al no haber tenido ninguna relación previa, no haber sufrido tampoco ninguna ruptura, con lo que ello conllevaba de no contar con ningún manual de supervivencia resultado de experiencias anteriores que pudiera servirme de referencia y, por tanto, de ayuda.

En otras palabras, me sentía como una mutante, pero, en cualquier caso, decidida a vivir mis días allí con los brazos abiertos, brincando al mar, brincando al cielo. Al fin y al cabo, a eso había ido a Escocia, a ver mares, a ver cielos, a ver paisajes, a caminar, a coger aire y a respirar.

Y, para ello, a la mañana siguiente, a primera hora, salí hacia Skye. Calem me había recomendado el autobús como medio de transporte, atravesando el puente que comunica la isla con tierra firme, y dejando el ferri para realizar una excursión posterior alrededor de aquélla.

Clara no llegaría hasta un par de días más tarde, con lo que tendría tiempo de sobra para instalarme, así como para buscar un guía que me acompañara en mis excursiones, ya que, dado mi sentido de la orientación, ése era uno de los aspectos que más me preocupaban del viaje. Conociéndome como me conocía, no me resultaba difícil imaginarme, en mitad de la nada, dando vueltas sobre

mí misma incapaz de encontrar el camino de vuelta, ¡o cualquier camino!

Al menos, de momento, sabía que iba en la dirección correcta hacia «el lugar escondido por la bruma», significado de Skye en gaélico, bruma que cuando se levantaba dejaba a la vista un horizonte salvaje y abrupto, como podía contemplar desde la ventanilla de mi autobús. Así, a medida que me aproximaba, veía la costa dentellada, con riscos inaccesibles que parecían inclinarse, cuando no sucumbir, ante la erosión del viento, aunque resistiendo el embate, al igual que los árboles se esculpen acoplándose a su fuerza.

El paisaje de Skye tenía una personalidad única, con carácter, con genio, forjada —como la de cualquier individuo— tanto por el pasado como por sus circunstancias. La suya se había moldeado a base de cielos siempre cambiantes, de lloviznas, de chubascos, de tormentas, de olas colosales batiendo los acantilados, de vientos rabiosos, de soles tímidos que dejaban un rastro de brillos rojos y azulados formando a veces dramáticos arcoíris con colores etéreos para desaparecer después entre la densa niebla.

Sin embargo, cuando puse un pie en Portree, el «puerto del rey» y a su vez centro geográfico de la isla, no había bruma, tan sólo unas nubes altas que se movían veloces a mi paso.

Tan ilusionada como entusiasmada, me dirigí hacia el *bed and breakfast* en el que había reservado alojamiento para todo el mes y, de camino hacia allí, me llamó la atención una boda que se estaba celebrando en una iglesia cercana. «Ésta es una buena señal —me dije—, aquí hay gente feliz, que quiere ser feliz, una mujer que es feliz...» Hasta que observé que era difícil distinguir en esa pareja quién era la novia..., si es que había alguna...

Corrí un tupido velo —que no de novia— y dirigí de nuevo mis pies hacia la pensión..., hasta que me encontré con un entierro...

«¡Voy de sacramento en sacramento!», exclamé para mis adentros. Desafortunadamente, ese ápice de humor se borró de inmediato de mi mente en cuanto me aparté para dejar paso a la comitiva, al ver desde la acera cómo una niña, de unos seis años, caminaba tras dos ataúdes que inmediatamente temí contuvieran a sus padres, ya que junto a ella únicamente se encontraba un adulto que, por edad, bien podía ser su abuelo.

Para mi asombro, y mi desconcierto, al pasar por mi lado y ver la maleta,

la niña se soltó de la mano de esa persona que la acompañaba, se aproximó a mí y me preguntó con una esperanza infinita en sus ojos:

—¿Eres mi ángel? Mi abuelo me ha dicho que mi mamá me iba a mandar un ángel desde el cielo para que cuide de mí...

Me quedé rota, e inerte, sin saber qué pensar, o qué decir, porque ¿qué se puede responder en una situación así, tan desgarradora y tan de improviso?

Al ver mi turbación, el sacerdote que precedía el cortejo fúnebre se acercó con el fin de explicarle a la pequeña que mi equipaje no era sinónimo de alas y que yo sólo era alguien de paso, cuya estación de salida no era precisamente el firmamento. No obstante, unos segundos antes de que el cura pronunciara palabra alguna, fui capaz de reaccionar.

—Por supuesto que cuidaré de ti, cariño, aunque ella también lo hará desde el cielo.

Lo dije sin meditarlo, inconsciente, probablemente presa de una borrachera de sentimientos encontrados, la que experimentas cuando quieres seguir bebiendo, aunque sabes que debes parar. Pero, incluso a sangre fría, ¿cómo negarle la esperanza a una niña que buscaba una inexistente ilusión entre los pedazos rotos de su mundo, cuando su mundo estaba contenido en dos féretros situados delante de ella, delante de mí?

Supongo que, con mi afición a emparejar cada situación de mi vida con una canción, me acordé de una de Rihanna —que Ed Sheeran había versionado creando una conmovedora versión lenta—, que decía «*We found love in a hopeless place*» («Encontramos el amor en un lugar sin esperanza»), y ¿qué lugar había en todo el mundo con menos esperanza que aquél?

Luego, inevitablemente, mi corazón salió por mi boca adoptando la forma de esas palabras, que yo pensé provocarían el llanto en la pequeña, o que ésta se lanzaría a mis brazos. Por el contrario, se limitó a decir, con una mirada entre impasible y confiada: «Me llamo Lilly», para, a continuación, coger mi mano y tirar de ella hasta que ambas estuvimos situadas junto a su abuelo, momento el que la comitiva prosiguió su marcha.

Recuerdo que alguien, aunque no quién, cogió mi maleta para que yo pudiera caminar ligera entre unas calles repletas de silencio y de casas blancas con tejados de pizarra que nos condujeron hasta el cementerio, algunas

de cuyas lápidas habían sido volteadas por el viento.

Lilly no derramó una sola lágrima en todo el recorrido, ni siquiera cuando los ataúdes fueron introducidos en la tierra, aunque sí apretó mi mano con más fuerza. Yo me mostraba expectante, incapaz de tomar ninguna iniciativa, desconocedora de qué se esperaba de una española recién llegada de allende los mares y reconvertida en un ángel escocés, otro territorio desconocido para el que tampoco tenía cartas de navegación ni manual de supervivencia, ya fuera para Lilly o para mí.

Poniendo rumbo, por tanto, hacia la improvisación, decidí acompañarla hasta su casa tras el entierro junto con el resto de la comitiva, que optó por seguir mis pasos, pero en fila india, que yo me preguntaba si pensarían también que yo era un ángel debido a que me miraban con cara de evanescencia, como si fuera a desmaterializarme tras el evento.

Una vez allí, ayudé a su abuelo a bañar a la pequeña, a darle la cena y a acostarla. Cuando iba a darle un beso de buenas noches, Lilly afirmó:

—Yo te he dicho mi nombre, pero no sé el tuyo.

Tenía toda la razón. Estaba tan desbordada en aquel momento que no había reparado en ese detalle, de manera que rectifiqué, ofreciendo un poco de información extra para paliar mi error.

—Me llamo Marina Mirizarry, y soy española.

Noté que le costaba memorizar ambos, por lo que aseguré resolutiva:

—Creo que te voy a llamar ángel, que me va a resultar más fácil: mi ángel español.

Yo me sentía más como un torniquete que impide que una herida se desangre que como unas alas capaces de alzar un corazón, pero al menos había dado a conocer mi nacionalidad, lo que, aunque desconocía la razón, me reconfortaba, tal vez por tratarse de un terreno cierto en el que podía reconocerme.

Mientras esperaba a que sus ojos azules se vencieran definitivamente ante el sueño, observé su rostro redondo; su pelo rubio, largo, con un flequillo que le llegaba justo a la altura de las cejas; sus manos, mínimas, abrazando a una oveja de peluche llamada *Piti* cuya dueña era la niña más dulce que yo había visto jamás y que en un mundo hecho a la medida del hombre su dulzura nunca

se habría visto oscurecida por la sombra alargada de dos cajas de madera.

Al levantarme de la cama vi que el abuelo nos había estado observando desde el umbral de la puerta. No habíamos intercambiado ni una sola palabra en toda la tarde, sólo alguna sonrisa, pero no de las que se construyen con los labios, sino con los ojos, ya que a veces no es una imagen, es una mirada la que vale más que mil palabras, y porque a veces las palabras son la forma más estéril e inútil de comunicación que existe. Tal vez por eso, cuando pasé por su lado me limité a poner mi mano sobre su hombro, dejándola allí, inmóvil, durante unos segundos, tiempo en el que pude oír, en su respiración, el peso de su pena, y también de su pérdida.

Ya al salir pregunté a los vecinos sobre las costumbres y los horarios de Lilly, y les pedí también el número de teléfono del abuelo —de nombre Mark, según me informaron— con el fin de mandarle un escueto mensaje:

Estaré mañana, y todos los días del mes que tengo previsto pasar en Skye, a la salida del colegio para esperar a Lilly, llevarla a casa y ayudar con cualquier cosa que podáis necesitar. Su respuesta no tardó en llegar:

En el cielo hay dos ángeles que sonríen y en esta  
tierra hay un viejo agradecido.

No recuerdo de mano de quién, pero la maleta volvió a mis manos, esa maleta que Lilly había visto y que la había inducido a pensar que en su interior se escondían unas alas tejidas con el amor de su madre. Yo sabía que en esa maleta no sólo había ropa, ya que, al hacerla, se me había colado dentro más dolor del que habría querido traer conmigo, pero también pude meter algunos buenos augurios que, bien administrados, quizá pudieran serle de ayuda a alguien, además de a mí misma.

Y, así, y de repente, una extraña con una maleta se convirtió en la principal voluntaria de la inexistente organización Los Ángeles de Lilly, así como en un personaje popular en la isla, que pasó de tener un nombre de mujer al de un enviado del cielo, aunque con denominación de origen. De hecho, en cuanto llegué al Portree Bayview B&B, nada más verme, la dueña me preguntó con una sonrisa:

—Eres el ángel español, ¿verdad?

Le devolví la sonrisa, confirmando así su teoría, y aseguré a continuación:

—Llego un poco tarde con respecto a la hora prevista. Lo siento, pero...

—Los ángeles no tienen hora —me interrumpió de repente, complacida.

Ángel o no, pensé que estaba en el paraíso cuando miré por el ventanal que daba vida a la recepción, desde donde se podían contemplar unas espectaculares vistas sobre la bahía de Portree. También lo era el interior de la pensión, que en ningún caso parecía una casa de huéspedes, sino una en la que querrías despertarte el día de Navidad.

Tras presentarse como Victoria, la dueña del B&B hizo un breve repaso a todas las actividades que podría realizar durante mi estancia en la isla de Skye, que eran muchas y variadas, desde deportes acuáticos, paseos en bici o a caballo, hasta senderismo, lo que constituía mi principal objetivo.

Al hilo de esa conversación, lo primero que le pregunté fue si conocía a alguna persona que pudiera orientarme sobre las excursiones que debería hacer, así como acompañarme, explicándole mi problema con las posiciones y las situaciones de los lugares —que se me desperdigaban—, hecho que, si ya era problemático en la ciudad, aún cobraba más relevancia en el campo, un campo que, además, era totalmente irreconocible para mí.

Por suerte, Victoria me indicó que durante al menos cuatro o cinco días se alojaría en el Bayview un afamado fotógrafo escocés, que trabajaba esporádicamente para la revista *National Geographic*, al que le habían encargado parte de un reportaje sobre los lugares más bellos del mundo, entre los que estaría incluido Skye. Y, aunque profesionalmente no se dedicara a ello, era la persona ideal para el trabajo, ya que era un enamorado y un perfecto conocedor de la isla.

Según me informó Victoria, Alistair Burgess y ella eran viejos conocidos, debido a que éste solía permanecer en su pensión cada vez que visitaba la región, cosa que venía sucediendo en la última década al menos un par de veces al año. Por esa relación que los unía, me comentó que no creía que hubiera ningún problema en que yo lo acompañara, y más teniendo en cuenta que él tendría que recorrer los mismos paisajes que yo quería visitar, pero que, en cualquier caso, se lo consultaría en cuanto regresara del paseo

nocturno que daba cada noche junto con su perro *Max*.

Por sus palabras deduje que Alistair debía de tener la misma edad que Victoria, unos sesenta años aproximadamente, parte de los cuales se reflejaban en su pelo corto y cano, así como en las arrugas que empezaban a despuntar en su rostro. Su cuerpo, redondeado también por los años, no le impedía mostrarse, sin embargo, como una mujer enormemente vital con la que parecía imposible no congeniar.

Tras nuestra pequeña charla, y con la intención de deshacer la maleta, subí a mi habitación, donde cada esquina y cada rincón me causaron la misma impresión que ya había tenido en la planta inferior. La decoración era sencilla pero elegante, pensada para relajar el ánimo y fundirse con el paisaje que se divisaba desde la ventana, el impresionante puerto de Portree. Asimismo, todos los detalles estaban cuidados con mimo y esmero: un pequeño jarrón con flores frescas sobre la mesa, unas galletas *shortbread* escocesas junto a la tetera, unas palabras manuscritas en una tarjeta dando la bienvenida y deseando una feliz estancia...

\* \* \*

Mientras tanto, en la recepción, Victoria se había quedado pendiente de la llegada de Alistair con el fin de consultarle mi petición. Para su sorpresa, éste declinó la propuesta.

—Lo siento, pero lo último que necesito ahora mismo es a una mujer a mi lado hablándome todo el rato sin parar. Me hace falta todo el espacio, un espacio sin palabras, para pensar.

—¿Elizabeth ha vuelto a dar señales de vida? —preguntó Victoria, conocedora del problema que lo abrumaba.

Contestando con otra pregunta para evitar verse obligado a dar una respuesta, Alistair afirmó:

—¿Sabías que los hombres utilizan quince mil palabras diarias de media, mientras que las mujeres emplean treinta mil? Pues en este momento a mí me sobran las quince mil de ellos, con lo que imagínate las treinta mil de ellas...

—Sabrá estar en silencio...

—Eso es lo que dicen todas, hasta que hablan...

—Pues no me va a quedar más remedio que apelar a la cadena de favores...

Tras contarle el episodio sucedido con Lilly, la firme decisión de Alistair comenzó a tambalearse.

—Así que, ya sabes —prosiguió Victoria—, alguien que ha hecho un favor así a un desconocido se merece que otro haga algo por él.

—Y ¿a qué ha venido a pasar un mes aquí? —se interesó.

—Yo creo que a sacudirse el alma.

A Alistair lo conmovieron esas últimas palabras, de forma que, tras pensarlo unos minutos más, finalmente acabó claudicando.

—Lo voy a hacer, pero por ti, porque me lo pides tú, que tú sí que eres mi ángel cada vez que vengo por aquí, pero dile, por favor, que no me maree, y también que esté preparada a las ocho en punto de la mañana. Y otra cosa: explícale que iremos en coche hasta una zona alejada del sitio elegido para poder tener más opciones con las fotos, por lo que caminaremos más de lo que sería habitual y a veces por terrenos un poco escarpados.

—Y, con respecto al precio, ¿qué cantidad te parece que le diga?

—No tengo ni idea. ¿Nada? Yo voy a ir de todas formas...

—La harás sentir mejor si le cobras algo.

—Pues di tú una cantidad y ya veremos qué hacemos con ese dinero —apostilló Alistair.

Segundos después, Victoria tocó con los nudillos la puerta de mi habitación con el propósito de informarme con respecto a la decisión final de Alistair, así como sobre sus condiciones.

—Ha accedido, pero procura no hablarle, que no está pasando por un buen momento y necesita un poco de tranquilidad. Y que conste que es una persona encantadora, muy sociable y afable, aunque cuando las cosas se tuercen... — Victoria se interrumpió sin querer profundizar más.

Lo cierto es que, en ese instante, me dio igual a lo que pudiera referirse, ya que mi cerebro se había quedado estancado en la frase «procura no hablarle», porque ¿cómo iba a poder estar callada, yo, durante cuatro o, tal vez, cinco días? «Con mi diarrea verbal, tendré que tomarme un astringente de caballo o,



directamente, ponerme un bozal», me dije. Y, dado que todas esas posibilidades estaban sospechosamente relacionadas con el mundo animal, di en pensar que, aunque fuera sólo desde una perspectiva estrictamente positiva, quizá una terapia y/o cura de silencio fuera el cambio radical y definitivo que necesitaba mi vida.

Fue Victoria la que me sacó de los ejercicios espirituales en los que mi mente ya se estaba recluyendo al preguntarme:

—Ya que vamos a pasar un mes bajo el mismo techo, a lo mejor te apetece que nos tomemos algo juntas y charlemos un rato.

Me pareció una idea magnífica, e ideal para comprobar la veracidad de una teoría de Calem, según la cual los españoles y los escoceses somos muy parecidos en nuestros caracteres y tendemos a llevarnos bien porque ¡compartimos antepasados! Al parecer, uno de los genetistas más famosos del mundo, el doctor Bryan Sykes, de la Universidad de Oxford, asegura que estos últimos descienden de una población de pescadores celtas provenientes de Galicia y Asturias que se asentaron en el norte del Reino Unido hará unos seis u ocho mil años. ¡Ahí es nada! ¡Si cuando alguien ya dijo que el mundo era un pañuelo lo hizo pensando en que hispanos y *highlanders* acabaríamos hermanándonos!

Primas lejanas o no, afortunadamente Victoria y yo no tuvimos que tirar del botijo ibérico para beber, que no pegaba nada por aquellas latitudes, pudiendo disfrutar en su lugar del buen whisky de la tierra que mi anfitriona sacó para la ocasión.

—¿Empezamos fuerte? —sugirió Victoria.

—¿A qué te refieres? —le pregunté extrañada.

—A que las cosas malas hay que quitárselas de encima cuanto antes para poder avanzar. Luego, ¿qué es lo que ha llevado a una habitante del país del sol a venirse como turista hasta la región de la bruma?

Me hizo gracia su franqueza, a la que respondí en igual medida con un pequeño resumen —bueno, quizá no tan pequeño— sobre mi lamentable pasado y presente sentimental.

—Y tú —inquirí yo esta vez—, ¿vives aquí sola?

—No estoy sola —me respondió señalando el paisaje que se divisaba

desde el ventanal—. El mar y el viento me acompañan.

—Pero no creo que te ayuden con las tareas de la casa... —aseguré con una sonrisa que ponía en duda sus palabras—. Aunque este viento es capaz de barrer lo que sea...

—Para las faenas más duras tengo a Bernie, que me ayuda con las típicas cosas de hombre que nadie hace desde que Kendrick se fue.

—¿Kendrick? —me interesé.

—Mi marido.

—¿Os separasteis? —pregunté tímidamente.

—No. Murió hace un año.

—Lo siento muchísimo —me disculpé todo lo vehementemente que pude—. Soy una bocazas. No debería haber preguntado...

—¡Y ¿cómo ibas a saberlo?! No hay nada que perdonar, por favor; además, me reconforta hablar de él.

—¿Tuviste un buen matrimonio?

—El mejor.

—¿Eso existe? ¿De verdad? —exclamé con sinceridad.

—Era el hombre perfecto.

—Y extraterrestre, ¿verdad?

Se rio con ganas, para asegurar a continuación:

—Era de esa clase de personas que te hacen crecer, que te hacen sentir grande, capaz de sacar la grandeza que está escondida en tu interior, aunque ni tú mismo supieras que la albergabas dentro.

—Lástima que yo no me haya encontrado con nadie así —me lamenté—. Y ¿estuvisteis casados muchos años?

—Treinta.

«Los mismos que mi madre —pensé—, ¡aunque con una notable diferencia!»

—Y ¿cuál es el secreto para haber conseguido sobrevivir juntos tanto tiempo? —casi le exigí que me desvelara.

—Él lo llamaba amor; yo, trabajo.

En esta ocasión fui yo la que se rio con ganas.

—Y ¿en qué consistía tu trabajo? —proseguí con mi interrogatorio.

—Reconozco que la convivencia no siempre es fácil. Y ceder suele ser el escollo principal. El problema es similar a lo que sucede con las promesas, que no importa cuáles hagas, sino únicamente las que cumplas; de la misma manera, las concesiones no sólo tienes que hacerlas, sino también que mantenerlas. Desgraciadamente, los años hacen que el poder de adaptación a otra persona se complique, se pierda o desaparezca.

—Y ¿qué método utilizaste tú para que eso no ocurriera?

—Al final lo único que importa es si quieres ser feliz o tener razón.

Me pareció una frase soberbia, y sabia, de las que deberían ser incluidas en los cursillos flotador, esos a los que acuden las parejas cuando intentan salvar una relación que hace aguas por todas partes; sin embargo, me quedaba una duda que esperaba que Victoria pudiera desvelarme.

—Y ¿no discutíais?

—¡Claro! Pero como nunca conseguíamos ponernos de acuerdo, nos quitábamos de en medio. No hay mal que cien años dure, sobre todo si ninguno de los dos se queda para verlo. Y fue Kendrick quien finalmente no lo vio..., ni eso ni nada más, porque un cáncer fulminante se lo impidió.

La mirada de Victoria se enredó con sus recuerdos, enmarañándose.

—¿Sabes que a veces no es la muerte lo que más asusta? —se desahogó—. Lo que da más miedo es la esperanza en vida..., cuando no va a haber ninguna vida después que justifique esa esperanza. Es morir mil veces, y tú con él.

—Pero tú has salido adelante... —me atreví a decir.

—Levantarse todas las mañanas no es vivir. ¿Tienes idea de cómo es morir de amor? Es extinguirse, notar que se te escapa toda la vida por la boca hasta que te queda sólo una gota, una única gota de saliva, de manera que, si la pierdes, si finalmente se te escapa, la pérdida no es tan grande, ya que apenas te quedaba, por lo que en realidad no tienes sensación de haber perdido nada.

—Necesitas un duelo, un tiempo desde que sucedió para empezar a remontar —le sugerí.

—Y ¿desde qué momento? —negó con la cabeza—, porque las personas no se mueren de golpe. Ellos sí; ellos desaparecen en apenas un segundo, pero a ti se te van muriendo cada día, un poco más cada día, día tras día.

A los pocos meses de fallecer su marido, Victoria se enfrentó al vacío —al

que dejaban las cosas de Kendrick tras su retirada de los armarios, de los cajones, de las estanterías—, con la certeza de estar liquidando sueños, su vida entera llena de planes quebrantados que ya no se materializarían jamás, los de tres personas, los de él, los de ella y los de esa otra persona que constituían los dos.

De entre todas sus pertenencias únicamente se quedó con algunos recuerdos, y las fotos, algunas de las cuales me enseñó aquella noche. Sólo eligió las que estaban impresas en blanco y negro, que parecían trascender, alcanzar otra dimensión, y que a Victoria la conducían al espíritu de lo que fue, de lo que hubo entre ellos.

En ellas se podía ver cómo se querían, y mirando a Victoria se podía ver cómo seguía queriéndolo todavía. Ella acariciaba el papel satinado, que atrapaba su memoria, intentando recuperar un poco de su marido en esas figuras estampadas que algún día fueron él, y también ella, y los dos, las personas que fueron entonces y que jamás volverían a ser.

—Tal vez no se trate sólo de que tú lo dejes ir a él —aseguré—; se trata de que él te deje ir a ti, esa parte viva de él que sigue estando dentro de ti.

—Los muertos permanecen vivos mientras se los recuerda —me insinuó.

—Entonces tendrás que encontrar el modo de aprender a vivir con él —le sugerí.

—Ya he probado varios —me indicó, y me ofreció un ejemplo a continuación—: Cuando Kendrick falleció empecé a creer en Dios, aunque para odiarlo. Un día, un amigo me preguntó acerca del sentido que tenía aquello. Al responderle que lo detestaba por haber dejado que muriera, me aseguró que Dios es como un padre, que no puede evitar que te caigas, pero sí ayudar a que te levantes. «Dios no pudo salvarle la vida a él, pero tal vez a ti sí», creo que fueron sus palabras exactas.

—Y ¿te sirvió?

—No —me respondió radical—. Pero, haciéndote una pregunta similar, ¿quién te va a salvar a ti?

—Yo ya he renunciado al amor —afirmé contundente.

—No puedes. Sin haberlo disfrutado de verdad, no constituye una opción.

—¡Claro que sí! Lo ideal es tener dos riñones, aunque con uno solo se

pueda vivir y, si el que te queda funciona bien, no se nota la ausencia del otro. Por otra parte, y por mi experiencia, yo diría que el amor está sobrevalorado.

—No es cierto. Te hace ser mejor persona, otra persona en realidad..., y mucho más feliz.

—Conformarme conmigo misma es mi única ambición. Puedo llegar a comprender que resulte más gratificante viajar en avión privado que en *low cost*, pero los dos te llevan, al igual que lo hace un Dacia o un Rolls-Royce. Además, el amor no te da garantías de que vayas a ser feliz; es más, creo que te da garantías de todo lo contrario.

—Eres muy joven: tienes que dejarte llevar, y soñar...

—Cuando eres pequeño tienes sueños grandes, y cuando te haces grande ves lo pequeña que es la vida, y lo diferente, con respecto a lo que habías supuesto, o esperado —sentencié.

—No debes rendirte. A veces el amor es precoz y llega pronto, pero otras es perezoso y se retrasa.

Con esa frase en la cabeza me fui a la cama, con el convencimiento de que, si cada persona tenía destinado un tipo específico de amor, el mío, en ningún caso, era precoz, ni por supuesto perezoso, letal si acaso, porque ya había arrasado con todo lo que había encontrado a su paso.

A la mañana siguiente, y deseosa de causar una buena impresión en Alistair para que no me dejara abandonada de la mano de Dios en mitad de un risco y a merced del viento, estuve preparada quince minutos antes de la hora convenida, tiempo que pasé sentada en un banco del jardín delantero, desde donde se podía observar la puerta de entrada.

Cuando ésta se abrió y mi guía la atravesó, no pude evitar sentir un pequeño estremecimiento. Alistair no tenía nada que ver con la idea que me había formado previamente de él: entrado en años —con todo lo que ello conllevaba físicamente— y, probablemente, calvo. De hecho, era todo lo contrario: como mucho debía de tener treinta y cinco y ¡era el hombre más atractivo que había visto jamás!, lo que era mucho decir, teniendo en cuenta que Alejo, o el propio Calem, eran guapos con avaricia. La diferencia estribaba en sus ojos, que tenían la mirada azul de Paul Newman, aunque no su tamaño, ¡ya que los quintuplicaban! Eran tan grandes, y tenía tal intensidad su

color, que no es que cobijaran una inmensidad azul dentro, es que alojaban los cinco océanos, los cincuenta y siete mares y hasta el propio cielo.

Al verlo, además, no pude por menos que preguntarme qué les daban de comer a los niños escoceses para que crecieran como los árboles, porque, acostumbrada como estaba a la altura de Calem, habría dicho —sin temor a equivocarme— que este moreno de pelo castaño oscuro lo superaba.

Para mi sorpresa, también advertí que la primera vez que nuestras miradas se cruzaron él creyó reconocerme. Así, noté cómo sus ojos enfocaban hacia el pasado, buscando el recuerdo exacto que nos situara a los dos en el mismo plano espacio-tiempo, sin conseguirlo, porque de haber existido ese momento yo lo habría recordado. ¡¿Quién podría olvidar esos ojos adictivos, que una vez que los mirabas era imposible apartar la vista de ellos?!

Sin embargo, percibí en ellos más tristeza aún que en los míos, un halo de nostalgia, cuando no de amargura, pago del peaje del algún viaje de ida que aún no había tenido su vuelta: el de haber vivido, y sufrido, sin haberse resignado todavía.

—¿Estás lista? —me preguntó en cuanto llegó al banco en el que yo estaba sentada.

Evité pronunciar palabra alguna a modo de respuesta, con el fin de empezar con buen pie la jornada, y me limité a arquear mis labios hasta que formaron una media sonrisa.

—En marcha entonces. Hoy nos dirigiremos hacia Fairy Glen, el valle donde, según cuenta la leyenda, viven las hadas —comentó a continuación.

Me entusiasmé con la idea, aunque sólo internamente, para no demostrar ninguna emoción que pudiera poner en peligro mi silencio.

—¿Llevas las cosas básicas?

Supe que se refería al móvil con la batería cargada, una botella con agua, algo de comida, una linterna..., es decir, el kit básico de supervivencia de un senderista, equipo que yo tenía más que controlado. Por tanto, volví a sonreír como única contestación, poniéndome en pie a continuación y colocando mi mochila al hombro.

Noté cómo me miraba con una cierta cara de preocupación, sin atreverse a decir nada, hasta que su intranquilidad pudo más que su temor a molestarme:

—Sabes hablar, ¿verdad?

Esta vez mi sonrisa anduvo cerca de acabar en carcajada, aunque estuve ágil y pude controlar el movimiento casi reflejo de mi garganta, musitando un apenas audible «sí».

Aun así, advertí que mi mensaje afirmativo no lo satisfacía, con lo que volvió a la carga:

—Y ¿sabes hablar inglés?

A duras penas logré controlarme esta vez, pero, finalmente, y tras otro «sí» levemente susurrado, comenzamos a caminar.

Colocándome a su lado, le tendí el sobre en cuyo interior había depositado la cantidad indicada por Victoria como pago por sus servicios, dinero que él rechazó.

—Mejor el último día..., si es que aguantas...

Esta última parte de la frase la dijo para sí mismo, aunque en voz alta, probablemente con el convencimiento de que yo no la entendería, cosa que hice sobradamente, si bien me limité a reírme para mis adentros asegurando: «No sabes tú con quién te la estás jugando».

Al parecer, sólo le había puesto a Victoria dos condiciones para que yo lo acompañara en sus caminatas: la primera, que haríamos tantas paradas como fueran necesarias a fin de obtener las fotografías para *National Geographic*, y, la segunda, que pudiera seguir su ritmo. Y aquí era donde Alistair pensaba que yo iba a morir en el intento. No obstante, tras la primera hora caminando, empezó a comprobar que quizá estuviera equivocado, ya que la mayor parte de las veces tenía la sensación de que era él quien frenaba mi paso.

De cualquier manera, yo intentaba mantenerme alejada de Alistair, al menos a medio metro de distancia, evitando molestarlo y procurando no romper el pacto de silencio acordado con Victoria. Increíblemente, este hecho me costó mucho menos de lo que esperaba, cosa que agradecí enormemente porque mi guía no es que fuera parco, es que era tacaño, avaro, en palabras..., aunque lo cierto es que él podría haber dicho lo mismo de mí.

Caminábamos, por tanto, sin ningún sonido proveniente de nuestros labios, aunque tampoco en silencio, acompañados de un viento que, armónico, empujaba nuestros cuerpos, parejo a la humedad que nos ceñía.

Cuando empezamos a adentrarnos en el territorio de las hadas, el paisaje cambió abruptamente. Entramos —literalmente— en otro mundo, el lugar más mágico de la tierra, un valle recóndito lleno de formaciones cónicas; extraños montes con altibajos serpenteantes; muros derruidos; árboles caídos con sus raíces y sus ramas secas formando paisajes en sí mismos; árboles erguidos cuyas ramas más se asemejaban a bucles, o tal vez tirabuzones, y cuyas raíces exhalaban turgencias envueltas en musgo; árboles todo ellos que parecían objeto de un encantamiento, a la espera de que la reina de las hadas rompiera el hechizo, permitiendo con ello que se enderezaran y echaran a andar.

Fue en ese bosque donde efectuamos la primera parada, tras informarme Alistair de que se tomaría un buen rato para sacar fotos.

—Yo creo que estaremos aquí al menos un par de horas, así que ponte cómoda —me avisó.

Me senté en una piedra que encontré junto al camino y me dispuse a esperar mientras disfrutaba del paisaje, a la vez que sacaba de mi mochila un termo con té caliente que había llenado justo antes de salir. Noté que Alistair se sorprendía al verme tan preparada, con cara de apetecerle dar un buen sorbo de mi té; pese a ello, decidida como estaba a permanecer en el mutismo más absoluto, me mantuve inmutable, aunque regodeándome en un satisfecho «y tú creías que no aguantaría, ¿eh?».

Sentada en aquella roca, eché la cabeza hacia atrás a la vez que apoyaba las manos sobre la piedra, inclinando el cuerpo para poder disfrutar de un cielo que, de repente, se cerró, convirtiéndose en gris marengo, tan oscuro que apenas se podía distinguir ninguna nube. Poco después se abrió en él un cráter de luz, del que surgió un haz plateado ajeno a cualquier sol que pudiera ocultarse detrás, transfigurando el paisaje con su brillo metálico.

Aquello no era una maravilla, era un regalo, del universo, de Escocia, que me daba la bienvenida. De haber creído en Dios, habría pensado que se trataba de una señal divina para indicarme que estaba en el sitio correcto, en el momento correcto, o que al menos había empezado a transitar por el camino correcto.

Cuando Alistair volvió yo seguía en el mismo sitio, en la misma posición, aún conmovida por esos haces de luz que salpicaban de magia una tierra que



ya había sido bendecida con ese don. Tan abstraída estaba que probablemente me hablara, aunque no alcanzara a oírlo, por lo que me tocó ligeramente el brazo, preguntándome:

—¿Estás bien?

Le respondí asintiendo ligeramente con la cabeza, cerrando los ojos para mostrar más convicción.

—¿Seguro? —volvió a preguntarme al comprobar que tardaba en reaccionar.

—A veces, cuando miras, el mundo te asusta; sin embargo, otras, cuando miras, el mundo te enamora, y ésta es una de esas veces —le respondí con naturalidad.

Advertí, en esos ojos de tamaño incalculable en los que era imposible esconder ninguna emoción, que mis palabras le habían calado hondo..., ¡y en mí misma también, porque me habían dejado petrificada! ¡Se me habían escapado! Y, para no querer hablar, ¡menudo discurso le había soltado!

Por ello, y como más valía rectificar a tiempo que convertirme en hada de por vida, llegado el caso de que me dejara allí tirada, me disculpé diligente:

—Lo siento, perdona. No volverá a suceder —le aseguré lo más sinceramente que pude.

De nuevo advertí una emoción en sus ojos, aunque esta vez fue desconcierto, al no entender el significado de mi comentario. Aun así, optó por callarse, actitud que yo secundé, y de inmediato proseguimos nuestra caminata, que, esta vez sí, transcurrió en completo silencio.

De vuelta en el Bayview, Alistair se despidió de mí, emplazándome a la mañana siguiente a la misma hora. A continuación, se dirigió a su habitación, donde, al revisar las fotos, buscó con interés una en concreto, una que había tomado sin que me diera cuenta y en la que yo aparecía en mitad de unos haces de luz. Mientras la contemplaba, oyó unas palabras que resonaban todavía en sus oídos: «A veces, cuando miras, el mundo te enamora...».

Aún no podía creerse Alistair que yo hubiera podido aguantar toda la jornada caminando, y a un ritmo profesional, aunque por último pensó que tal vez se tratara del esfuerzo que se hace el primer día para impresionar, de forma que, a la mañana siguiente, probablemente, no aparecería. Y cuando

salió por la noche a pasear a *Max* creyó confirmar esta última teoría, ya que me vio sentada en un banco del jardín trasero —desde donde se contemplaba la bahía de Portree— con un vaso entre las manos, que bien podía ser de té, o tal vez de whisky, a juzgar por el color de su contenido.

«Como sea eso último, fijo que mañana no se presenta», se dijo.

Calem me había asegurado que, para poder contemplar auroras boreales, lo más importante era la persistencia. Por tanto, había decidido que todas las noches me sentaría en ese banco un par de horas al menos, entre las diez y las doce, momento del día en que era más factible que ese fenómeno atmosférico se produjera. Y como, a pesar de ser septiembre, estábamos en el norte de Escocia, esas dos horas a la intemperie imponían una bebida energética capaz de calentar tanto la parte interior como exterior de mi organismo.

Sin embargo, mi vaso nocturno de whisky no me impidió estar al día siguiente, quince minutos antes de la hora prevista, en el jardín delantero a la espera de que apareciera Alistair, quien, definitivamente, se sorprendió al verme. No obstante, sólo un escueto «¿Nos vamos?» salió de su boca.

—Por si ayer nos quedamos con ganas, nuestra excursión de hoy va a ser a las Fairy Pools, las piscinas de las hadas —precisó.

Asentí con la cabeza y me regocijé con el alma, pensando que si el sitio era la mitad de bonito que el del día anterior ya podía dar por bien empleado el día.

Para llegar allí fuimos hasta el bosque de Glen Brittle, donde esas piscinas naturales —que bien podían considerarse ríos, pozas o cuevas— se localizaban desde la base a la parte media de las montañas de Cuillin. En realidad, se trataba de una sucesión de estanques, cascadas y piscinas cuya agua era tan transparente, y de un color turquesa tan intenso, que si hubiera conseguido abstraerme del entorno habría pensado que mi ubicación real no eran las Highlands escocesas, sino un tórrido y desértico paraje tropical.

Una vez más, el cielo nos brindó unos contrastes de luces espectaculares, que modificaban los paisajes a medida que nos adentrábamos en ellos. Así, algunas de las Fairy Pools pasaron de ser turquesas a esmeraldas delante de nuestros ojos, cuando no confluían ambos colores en ellas.

A pesar de no entender de fotografía, pensé que las imágenes que estaba

capturando Alistair debían de ser espléndidas. El paisaje era, nuevamente, mágico, arropado por un cielo que se abría y se cerraba desordenadamente, formando claroscuros de luz que alteraban hasta la naturaleza de los colores. Aplicando un símil culinario, con tan buenos ingredientes, a poca maña que se diera el cocinero con el manejo de los fogones, era imposible que no le saliera un guiso perfecto.

A la vuelta, por el contrario, la temperatura bajó considerablemente y comenzó a llover, por lo que Alistair me puso sobre aviso:

—Tenemos que darnos prisa. Si llueve mucho, la corriente de los estanques puede llegar a ser peligrosa.

Los dos apresuramos el paso, con Alistair pendiente de mí en todo momento, temeroso de que no pudiera recorrer con agilidad, y facilidad, la parte más rocosa del camino. Para mi satisfacción, una vez más le demostré que me manejaba mejor que muchos deportistas avezados en terrenos abruptos, adelantándolo a él en la mayor parte de los tramos.

Cuando la lluvia empezó a arreciar, abrí la mochila para sacar algo con lo que protegerme de la manta de agua que nos estaba cayendo. Al hacerlo, vi la cara de estupefacción que puso Alistair, en la que adiviné un «¡como saque un paraguas dejo abandonada a esta senderista de pacotilla aquí mismo!». Sin embargo, lo que yo buscaba era una gorra especial, pensada para escurrir el agua, así como una capa impermeable que tapase tanto mi mochila como a mí.

Nuevamente, Alistair no encontró explicación al hecho de que estuviera tan perfectamente equipada para cada ocasión y, además, que el material no fuera nuevo, es decir, que no se hubiera comprado expresamente para Escocia. De hecho, lo que se le pasó por la mente fue: «¡Pero si tiene más pinta de pija que de entusiasta de la naturaleza!». De cualquier manera, y como era de esperar, no se atrevió a preguntar. Así, todo el camino de vuelta, al igual que había sucedido con el de ida, lo hicimos en el más absoluto silencio, salvo por un par de instrucciones que tuvo a bien darme. Y he de reconocer que estaba empezando a disfrutarlo, y mucho. Gracias a ello se me agudizaban otros sentidos, como el del oído, o el de la vista, lo que resultaba muy gratificante precisamente para ese viaje, en el que allá donde mirara había un paraje hermoso con el que deleitarse.

Tras conseguir llegar a Portree sanos, salvos y mojados —aunque él más que yo—, y quedar con Alistair a la misma hora del día siguiente para la próxima excursión, me di una ducha rápida, me cambié de ropa y me fui corriendo a esperar a Lilly a la salida del colegio, cumpliendo por segundo día consecutivo con mi promesa, tal y como pensaba hacer todos los días que permaneciera allí.

Desafortunadamente, Lilly no había tenido una buena mañana.

—¿Qué te ha pasado, cariño? —quise saber en cuanto vi su carita triste aparecer por la verja.

—Unas niñas malas me han dicho que tú no eres ningún ángel y que no me vas a querer.

Otra de las verdades universales que existen en este planeta llamado Mierda es que la crueldad de los niños no entiende de ni de razas, ni de religiones, ni de culturas ni, por supuesto, de geografía, ya que puede encontrarse, en estado puro, tanto en España como en Escocia, o hasta en Tombuctú, si esa ciudad de Mali nos pillara de camino entre la casa y el colegio de Lilly.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Te voy a dar un abrazo de ángel español —me inventé sobre la marcha— y se van a enterar esas niñas de si te quiero o no.

—Y ¿qué es eso del abrazo español? —me preguntó con mucho interés.

—Te voy a abrazar fuerte, muy fuerte, y mientras lo hago voy a respirar hondo para llevarme conmigo las cosas feas que te han dicho, o cualquier preocupación que tengas. Y después voy a hacer lo contrario, que es sacar el aire de mi interior junto con las cosas buenas que yo siento por ti, de manera que, inmediatamente, te vas a sentir mejor y vas a notar cuánto te quiero.

—Y ¿eso puedes hacerlo? —se sorprendió, mostrando un poco de esperanza en sus preciosos ojos azules.

—Ya verás como sí —le aseguré mientras alargaba mis brazos, abiertos casi en cruz, para que se acercara y me dejara rodearla con ellos.

En ese momento la abracé, con todo el amor con el que recordaba que mi madre me abrazaba cuando tenía su edad..., o con el que un ángel verdadero abrazaría a una niña cuyo cuidado le hubiera sido confiado.

Esperé sin moverme todo el tiempo que Lilly necesitó, hasta que, finalmente, se apartó ligeramente diciendo:

—¡Funciona! Y ¿puedo llamarte siempre que necesite un abrazo español?

—¡Por supuesto! ¡Tu ángel español está siempre a tu disposición!

Automáticamente vi cómo de su rostro desaparecía la tristeza y una sonrisa de felicidad acampaba en él. A lo largo de los años había oído muchas historias que relataban la rapidez con la que los niños mejoran cuando están enfermos, una vez que se les administra el tratamiento adecuado; sin embargo, nunca las había oído con respecto a las dolencias del alma. «Inteligentes ellos», pensé, con esa inteligencia producto del instinto de supervivencia que los hace adaptarse con facilidad a una nueva forma de vida que incluya una rutina con la que llenar y normalizar sus días.

«¡Ojalá los adultos fuéramos iguales!», pensé de nuevo, para poder afrontar el futuro, si no con esperanza, al menos sí con inocencia. Desgraciadamente, no era mi caso, ni iba a serlo. El pasado, mi pasado, había maleado las ilusiones y pervertido las ganas.

Pese a todo, aquella noche al menos tenía un aliciente. Cuando llegué al B&B, Clara me esperaba en la recepción, con una enorme sonrisa en los labios y su peculiar forma de interpretar la vida, su propia vida:

—¡Al fin me he ido de casa!

Pocas cosas puede haber más patéticas que considerarte una rebelde por marcharte de casa... con treinta y un años..., y más cuando es tu madre quien costea la marcha.

De cualquier manera, Clara no era lo que se dice una experta interpretando las situaciones, o en que se las interpretaran a ella, ya que en su lista de tragicomedias varias ocupaba un lugar de honor que un compañero de fatigas confundiera su clímax con la exacerbación de su asma, al considerar no que estuviera alcanzando la culminación, sino que lo que no alcanzaba era el inhalador.

Afortunada, o desafortunadamente, ese problema no se presentaría en Escocia, ya que allí, por decreto, no íbamos a tener compañeros de fatigas, juergas o alegrías. De hecho, el miedo que tenía Clara a acabar en Skye en cualquier antro con un amor escocés no correspondido lo había solventado yo

nada más llegar. Y se lo mostré en cuanto pude meter baza:

—Te presento el BMTSEEA, el Banco para Mujeres Turistas Solitarias y en Espera de Estar Alcoholizadas —indicándole el lugar donde había pasado un par de horas las noches anteriores aguardando la aparición de una aurora boreal, y en el que ya tenía preparado tanto mi whisky como su ron—. ¡Éste va a ser nuestro único antro de perdición!

Después de soltar una carcajada, aseguró:

—Un poco gélido, pero me vale. Y, aprovechando la ocasión, te voy a poner al día sobre cuáles son mis planes para el próximo mes, que no pasan por quedarme todas las mañanas en la cama durmiendo, ni tampoco por la soledad, estrictamente hablando.

Miedo me daban esas palabras viniendo de ella, cuya imaginación no es que fuera calenturienta, es que era disparatada, cuando no delirante... o desquiciante.

—¿Hacer la selección de las veinte películas conmigo? —inquirí con desasosiego, aunque con un atisbo de esperanza, deseando con todas mis fuerzas que su siguiente contestación fuera una respuesta afirmativa a mi pregunta.

—Además de eso. Gerard Butler va a venir a conocernos a Escocia.

*Clara, Marina, Alistair, Blanca y un error*

Consentir que Clara condujera en Escocia era un acto de irresponsabilidad total por mi parte, no sólo porque el volante —y todo lo demás— estuviera en el lado opuesto al nuestro, sino porque, a su vez, la mayor parte de las carreteras de Skye no tenían dos carriles, uno para cada sentido, de manera que cuando dos coches se cruzaban había que orillarse y compartir la calzada, materia en la que mi amiga no era precisamente ducha..., ni interés que tenía en serlo.

Así, para alguien tan broncas que daba ráfagas a la gente hasta cuando conducía por Mercadona con el carrito de la compra, permitirle transitar por un mundo rural y pacífico, ajeno a la jungla salvaje a la que estaba acostumbrada, y que ella misma propiciaba, no era algo que yo estuviera dispuesta a admitir. Por tanto, me apalanqué su carné y le mostré la parada del autobús que recorría la isla, por si tenía algún interés en conocerla mientras yo estaba ausente practicando senderismo.

En su defecto, le pedí que se centrara en la selección de las comedias de amor que veríamos por las tardes y en fuera cual fuese la enloquecida idea Butler con la que había pensado llenar sus mañanas, porque, efectivamente, Clara había llegado a Escocia con un plan en la cabeza y veinte películas debajo del brazo que, en realidad, se habían convertido en más de tres mil,

habida cuenta de la enorme acogida que había tenido nuestra propuesta en Twitter. De hecho, nos estábamos acercando al millón de seguidores, con miles de tuits diarios, más la satisfacción de haber propiciado que esas mujeres, que estaban en una situación similar a la nuestra, se ayudaran entre sí para poder superarla.

A la hora de hacer la selección de los largometrajes, Clara ya había descartado previamente algunos, que, por demasiado visionados, como *Pretty Woman*, habían dejado de tener verdadero interés para nosotras. De la misma manera, habíamos eliminado de la lista *Orgullo y prejuicio*, protagonizada por Keira Knightley, no porque no nos gustara, sino porque a nuestro entender tenía un fallo garrafal consistente en que ¡entre los protagonistas no había beso final! Y es que en una película romántica que se precie no puede faltar, al menos, un buen beso que garantice el «felices para siempre» que no existe en la vida real.

Finalmente, la recopilación resultó variopinta, debido a que incluimos desde musicales hasta dramas, e incluso alguno con un final abierto, e incierto, al decidir que, en última instancia, lo único que pretendíamos era ver un poco de amor, sin importarnos en demasía el envoltorio:

- *La cruda realidad* (Gerard Butler, Katherine Heigl), que no por haberla visto muchas veces iba a faltar en nuestra lista. ¡Al fin y al cabo, era el motivo de nuestra escapada a Escocia!
- *Posdata: Te quiero* (Gerard Butler, Hilary Swank, Kathy Bates, Lisa Kudrow), protagonizada de nuevo por nuestro adorado Butler, cuyo personaje, al fallecer, deja una serie de cartas a su viuda para ayudarla a superar su pérdida. ¿Motivo de su elección? La pasión de Butler y la desnudez en los sentimientos de Swank.
- *El día de la boda* (Debra Messing, Dermot Mulroney, Amy Davis), en la que su protagonista contrata a un acompañante masculino para asistir a la boda de su hermana en Inglaterra. Y ¿qué inclinó la balanza para escogerla? Situaciones divertidas, buenos diálogos y final feliz garantizado.
- *Tenías que ser tú* (Amy Adams, Matthew Goode). En esta ocasión, una



antigua tradición sirve de pretexto para que una joven americana viaje hasta Irlanda con el fin de pedirle a su novio que se case con ella, con la garantía de que éste no la rechazará. ¿Paisajes irlandeses y esos dos protagonistas? Algo bueno tenía que salir de ahí.

- *Mientras dormías* (Sandra Bullock, Bill Pullman, Peter Gallagher). Un amor platónico como punto de partida, el que siente una cajera del metro hacia uno de los pasajeros habituales —que desconoce su existencia, hasta que ella le salva la vida en un accidente—, y los numerosos equívocos que se generan entre ellos a continuación constituyen su trama. ¿Nuestra crítica previa? ¡Tan dulce, tan tierna...!
- *Con derecho a roce* (Mila Kunis, Justin Timberlake). En ella se plantea una de las eternas preguntas en las relaciones entre hombres y mujeres: ¿es posible tener una relación exclusivamente sexual y seguir siendo amigos? ¿Nuestra respuesta? Buen ritmo y efervescencia.
- *Cartas a Julieta* (Amanda Seyfried, Vanessa Redgrave, Gael García Bernal, Franco Nero), o como el amor puede sobrevivir más de veinte años en la forma de una carta —escrita por una enamorada inglesa que solicita ayuda sentimental— que es encontrada por una joven americana en Verona, donde pasa unas vacaciones junto con su novio. ¿Alicientes? Preciosa premisa y escenografía.
- *Notting Hill* (Julia Roberts, Hugh Grant), en la que la vida le cambia al protagonista en cuestión de segundos, los que tarda en entrar una famosa actriz norteamericana en la pequeña librería londinense propiedad de él. ¿Opiniones? Muchas, y todas buenas: dos horas de permanente sonrisa, algunas escenas realmente divertidas, pintorescos personajes secundarios y un Hugh Grant magnífico.
- *Mamma mia!* (Meryl Streep, Amanda Seyfried, Pierce Brosnan, Colin Firth). De un padre desconocido... a tres, descubiertos por una joven que ha crecido en una pequeña isla griega educada por una madre poco convencional. ¿Expectativas previas? Inmejorables, ya que la sonrisa se contagia al principio, se instala a la mitad y no te abandona hasta el final. Por lo demás, vibrante, divertida, con un reparto atractivo y, cómo no, una música espléndida.

- *Cuatro bodas y un funeral* (Hugh Grant, Andie MacDowell, Kristin Scott Thomas). Una de las mejores comedias románticas de todos los tiempos, con efectivos golpes de humor, un delirante despliegue de personajes secundarios, un brillante Hugh Grant, que borda el papel de balbuceante patoso, y un gran guion que demuestra que cuando las cosas se tuercen a veces consiguen enderezarse, aunque sea a fuerza de encuentros y desencuentros entre los dos protagonistas. ¿Cómo se auguraba el desenlace? Momentos muy muy, divertidos, seguidos de otros tantos dulces y tiernos.
- *Más allá del odio* (Kevin Costner, Joan Allen). Encontrar refugio en el alcohol, en la mala leche, en un vecino o en el enfrentamiento con sus hijas son las opciones elegidas por la protagonista ante el abandono de su marido. ¿Nuestro interés? Muy buenas interpretaciones, llenas de matices, en personajes no creados para gustar, pero que terminan haciéndolo a pesar de lo exasperantes o autodestructivos que resultan.
- *HappyThankYouMorePlease* (Josh Radnor, Kate Mara). Una mala decisión —la de un aspirante a escritor que acoge a un menor en su casa sin el permiso de las autoridades— y las consecuencias que se derivan de ella resumirían su guion. ¿Nuestras perspectivas? Excéntrica, y auténtica, narrada desde el humor, con personajes convincentes y creíbles, al carecer de falsas pretensiones.
- *Once* (Glen Hansard, Markéta Irglová), o cómo un puñado de canciones pueden unir a un compositor que las interpreta por las calles de Dublín y a una vendedora de flores ambulante. ¿Nuestras intenciones? Deleitarnos con una música excelente —merecedora de un Oscar— que constituye el nexo de unión de este musical atípico, basado en una historia sencilla sobre gente sencilla que te llega al alma.
- *Bajo el sol de la Toscana* (Diane Lane, Sandra Oh). Reinventarse tras un divorcio a veces implica, como en el caso de la protagonista —una escritora norteamericana—, comprarse una villa en ruinas en la Toscana. ¿Nuestro objetivo? Disfrutar de una fábula tradicional, aunque con trasfondo actual.
- *Mejor otro día* (Pierce Brosnan, Toni Collette). La mala o la buena suerte

hacen que cuatro personas coincidan en el mismo edificio al pretender suicidarse el día de Nochevieja. ¿Nuestra meta? Contemplar una ilustración de la vida, con muchos momentos jocosos.

- *My Blueberry Nights* (Jude Law, Norah Jones, Natalie Portman, Rachel Weisz). Una joven inicia un viaje espiritual tras una ruptura, encontrándose en el camino con personas enigmáticas que la ayudarán en dicho viaje. ¿Su seña de identidad? El drama que se refleja en las escenas individuales, así como la fuerza de los personajes.
- *Sólo una noche* (Keira Knightley, Sam Worthington, Guillaume Canet, Eva Mendes). Historia de amor, engaños y celos en un relato a cuatro bandas. ¿Lo más relevante? La química existente entre Knightley-Canet y, por encima de todo lo demás, la interpretación de este último, desnuda de sobreactuaciones.
- *Atando cabos* (Julianne Moore, Kevin Spacey, Cate Blanchett, Judi Dench). La pérdida de su esposa lleva al protagonista a iniciar un viaje para encontrarse a sí mismo que lo lleva hasta Terranova, a una casa sin cimientos que resiste el embate de los vientos atada con cuerdas. ¿Nuestro propósito? Regodearnos en la ambientación, en las interpretaciones, así como en la banda sonora.
- *Efectos personales* (Michelle Pfeiffer, Ashton Kutcher, Kathy Bates), o cómo el dolor sufrido por personas que han perdido a seres queridos tras actos violentos puede unir a dos individuos dispares. ¿Intención que alcanzar? Descubrir un relato íntimo, que se mantiene en el filo entre la tristeza y la recuperación emocional de sus personajes.
- *Amar peligrosamente* (Clive Owen, Angelina Jolie). Historia de amor entre una acaudalada norteamericana y un cooperante que recauda fondos para paliar el hambre en África, en la que sobresale, práctica y únicamente, y sobre cualquier otro aspecto, el papel de Owen. ¿Destacable? Él, él y sólo él.

Tras hacer pública la relación, y una vez más para mi sorpresa, muchas de las seguidoras con las que compartíamos franja horaria nos pidieron que convocáramos una hora fija para poder ver, cada día, las películas a la vez,

pudiendo así comentar sobre la marcha todos los detalles de las mismas y hacer aún más divertida la experiencia.

Estipulamos, por tanto, las ocho de la tarde como referencia, lo que me dejaba tiempo de sobra antes para estar con Lilly y también para sentarnos después en nuestro banco a contemplar el cielo en espera de que se éste se abriera, dejándonos ver sus entresijos en forma de amasijos, su amalgama serpenteante de luces y colores.

Una vez, pues, que el asunto de las películas estuvo encauzado, sólo quedaba por averiguar cuál era la idea descabellada que había elucubrado Clara para atraer a Gerard Butler hasta la isla de Skye.

—Twitter se nos ha quedado pequeño. Necesitamos YouTube.

Casi me echo a temblar al oír esas palabras. Aun así, me atreví a preguntar:

—Y ¿qué es exactamente lo que has pensado?

—Dos cosas, que están íntimamente relacionadas. La primera, le vamos a enviar un mensaje a Butler para informarlo sobre los motivos por los que debe venir hasta aquí a conocernos. Al fin y al cabo, y aunque viva en Los Ángeles, es escocés, ¿no?, con lo que sólo tiene que darse un garbeo por su casa. Tampoco es para tanto...

Desde luego, a optimista no había quien la ganara, y a ambiciosa tampoco. Mientras que yo me conformaba con dar patadas a las piedras escocesas como plato fuerte de mi recuperación emocional, así como con ver películas, ella se había propuesto conocer a una estrella de Hollywood protagonista de un par de ellas. ¡Para quedarse sin habla! De cualquier manera, quise cerciorarme de que su salud mental seguía estando intacta.

—Tú sabes que el mundo es grande y Butler muy famoso, ¿verdad?, y que no creo que sea precisamente uno de nuestros admiradores...

—Y ¿tú sabes que internet ha hecho el mundo pequeño y que el boca a boca *online* lo hace más pequeño todavía? Ahora mismo tenemos un millón de seguidores en Twitter, que lo serán de YouTube en cuanto abramos el canal. Te aseguro que ésas son cifras que llaman mucho la atención. Además, ¿te crees que no he localizado ya la página de su representante?

Confirmado. A eficaz y a rematadamente loca no había quien la superara.

—¿Y la segunda idea íntimamente relacionada con la primera? —inquirí con miedo.

—Hacer una retransmisión diaria de nuestras actividades en Escocia.

—Y ¿con qué fin? —le pregunté, cada vez más alarmada, porque no se me ocurría que nada de lo que estábamos haciendo, o de lo que pensábamos hacer, pudiera resultar de interés para nadie.

—Te enterarás a su debido tiempo, que será cuando grabemos el mensaje para Gerard.

—Y ¿puedo saber qué es lo que le vamos a decir?

—Lo sabrás sobre la marcha, ya que lo haremos en directo, para que quede más natural, que seguro que le gusta mucho más.

Demasiados misterios para que me resultara tranquilizadora la situación. Y demasiadas ocupaciones para unas supuestas vacaciones tranquilas en las que pensaba descansar: senderismo, Lilly, películas, auroras boreales..., ¡y ahora, grabar! ¡Las tareas se nos empezaban a acumular!

—Olvídate, que yo me encargo tanto de la intendencia como de la organización, y también de la planificación —se ofreció Clara.

Aquella noche, cuando Alistair salió a pasear a *Max*, no vio a una, sino a dos mujeres españolas sentadas en el banco, con sendos vasos entre las manos que alojaban, el primero de ellos, un contenido oscuro, mientras que el segundo era de un color ostensiblemente claro, con las suficientes risas entre ambas para deducir que no se trataba ni de té ni, por supuesto, de agua. Y de ésta sí que pensó: «Mañana ni de coña se presenta. ¿O se presentarán las dos?». Pero, una vez más, se equivocaba.

\* \* \*

Al día siguiente, y quince minutos antes de la hora, según acostumbraba, yo ya estaba preparada, sola, delante de la puerta de entrada.

—Hoy iremos a Neist Point, el extremo más septentrional de la isla —me informó Alistair.

Se trataba de un lugar que conseguía fascinar, con enormes acantilados, salvajes, que el tiempo y la fuerza del agua habían convertido en un

rompecabezas geológico, dando paso a una bahía tras la cual se contemplaba un mar que parecía no tener fin. El día, además, había amanecido espectacularmente despejado, por lo que se podía divisar The Minch, el brazo de mar que separaba la isla del archipiélago de las Hébridas Exteriores.

A mitad del camino se situaba un peñón, bajo el cual se encontraba un faro blanco que databa de primeros del siglo pasado, tan aislado de cualquier otro edificio cercano como remoto parecía ser su uso en el tiempo. Merecía la pena sentarse en la cima de ese saliente gigante para contemplarlo, y sentirse insignificante a su vez, respirando el aire de un rincón perdido del mundo en el que sólo estábamos Alistair y yo.

Rara vez he sentido un efecto de desconexión del mundo tan enorme como en aquella ocasión, que sólo se vio interrumpido cuando Alistair, una vez acabadas sus fotografías, se colocó a mi lado para asegurar:

—En este punto de la isla las puestas de sol son espectaculares.

Lo dijo empleando un tono nostálgico, como si estuviera revelando, o desvelando, una intimidad. Yo, por el contrario, no dije nada, aunque sí miré de reojo sus increíbles ojos azules, que se habían mimetizado con el mar que contemplaban los míos. Cualquier mujer opinaría que un hombre se vuelve irresistible cuando muestra un poco de tristeza, o cuando aflora en él un alma de lobo solitario, y Alistair los aglutinaba ambos. Sí, definitivamente, cualquier mujer lo pensaría.

Tras unos segundos de incertidumbre, en los que dudé acerca de si debería hacer algún tipo de comentario, inmediatamente volvimos a recuperar el silencio, hasta que, en el camino de vuelta a Portree, Alistair sugirió:

—Si te gustan las galletas *shortbread*, típicas de Escocia, aquí cerca hay una cafetería donde las preparan caseras y son estupendas, de las mejores que he probado. Podemos parar un rato, si te apetece.

Le respondí afirmativamente, y con una sonrisa gigante, ya que pocas cosas había en el mundo que me gustaran más que esas galletas.

Al entrar en el local me indicó que tenía que ir al baño y me señaló las mesas para que lo esperara allí. Elegí una de ellas, en el extremo más alejado, pegada a una ventana, desde la que se podía contemplar tanto el mar como el cielo de Skye.

Como había mucha gente y la visibilidad era reducida, estuve pendiente en todo momento de la puerta del servicio por si no me veía al salir. Por tanto, en cuanto mis ojos lo localizaron, agité la mano para indicarle mi ubicación, a lo que él me respondió de la misma manera..., aunque no con el efecto esperado, puesto que no se sentó a mi lado. De hecho, se dirigió justo hacia el extremo opuesto del establecimiento, de manera que para alejarse más de mí habría tenido que zambullirse en el agua.

«¿De verdad me merezco esta descortesía? —pensé dolida—. Pero ¡¿acaso no le he demostrado ya que no le voy a hablar?!» Desde luego, si algo me había quedado claro es que yo sería una neurótica de las relaciones amorosas en particular, pero ¡ese tío era un psicópata de las relaciones en general!

El concepto de apestado se acercaba bastante al estado en el que se encontraba mi ánimo en ese instante, lo que no auguraba nada bueno ni para mi moral, bastante vulnerable tras mi ruptura con Alejo, ni para mis lagrimales, siempre sensibles a cualquier emoción, que, por pequeña que fuera, hiciera tambalear mi frágil autoestima. ¡Y no me faltaba más que ponerme a llorar! ¡Y que lo viera él!

Con el fin de evitarlo, puse todos mis sentidos a trabajar en modo control, es decir, funcionando todos a una para dominar, y conseguir retener, mi lágrima fácil, y opté acto seguido por ir al cuarto de baño como mejor solución, sobre todo cuando no logras el éxito esperado con el despliegue del operativo. Mientras recorría el espacio que me separaba de los lavabos, vi por encima de las cabezas de la gente que Alistair tenía el móvil en la mano y que a él también le brillaba la mirada. Arrepentida, pues, por haber pensado de más, opté por desviar la mirada y respetar su intimidad con el fin de que resolviera en solitario su propia crisis personal, al parecer desatada por vía telefónica.

Tras superar yo la mía, le indiqué desde la puerta que lo esperaba fuera, donde supuse que el aire fresco acabaría por recomponer del todo el estado de mi ánimo.

Cinco minutos después, Alistair apareció con el rostro un poco congestionado y la mirada ligeramente enrojecida. En ese momento, bien

podría haberle dirigido un cortés y aparentemente indiferente «¿te encuentras bien?», no obstante, lo descarté, en primer lugar, porque a la vista estaba que no lo estaba y, en segundo, porque si hay algo que incomoda a los hombres es mostrar su debilidad, o darse cuenta de que alguien la ha percibido.

De esta manera, me limité a asentir con la cabeza cuando me preguntó si estaba lista, tras lo que reanudamos la marcha, instalándonos de nuevo en el silencio, en ese silencio que, como el ruido, podía llegar a ser pertinaz.

Clara me salvó de él cuando llegamos al Bayview, donde me estaba esperando en la parte delantera. Tras unos segundos de mal disimulada sorpresa, se centró en mirar con interés a mi guía, si bien yo no mostré ninguno en presentarlos a ambos, consciente de que, por lo que se refería a Alistair, no se trataba del mejor día para entablar relaciones sociales.

—¡Qué calladito te lo tenías...! ¡No me habías dicho que fuera tan mono!  
—me recriminó mi amiga en cuanto nos quedamos a solas.

—Ni eso ni otras cosas... —le aseguré, poniéndola al día a continuación.

—Pues que se lo quede otra —sentenció—. Ése tiene la palabra *problema* escrita con tinta roja en la frente.

—¡Y tanto! —reconocí.

—Bueno, olvidémonos de este tema y vayamos a otro más importante.

—Y ¿cuál es? —quise averiguar, desvelando un cierto aire de preocupación.

—¡Ya lo tengo todo preparado para que rodemos el mensaje que le vamos a hacer llegar a Gerard Butler!

Intranquila es decir poco para cómo me sentía, ya que algo en mi fuero interno me aseguraba que esa idea también tenía la palabra *problema* escrita con tinta roja en mi futuro más cercano. Aun así, intenté potenciar el posible lado divertido del asunto.

—¿Y el guion? —le pregunté, por tanto, con humor.

—Lo tengo todo en la cabeza, y tú a improvisar.

En tan sólo una fracción de segundo me desapareció todo el humor, y más cuando me enseñó la materialización de su plan: una habitación que le había cedido Victoria, con una cámara ya instalada, en una de cuyas paredes, además, estaba colocado un póster de Gerard Butler.



—Es para meternos en situación —precisó.

Abocada al absurdo, y probablemente al esperpento, no me quedó más remedio que sentarme tras de una de las dos mesas que Clara y Victoria habían dispuesto.

—Vamos a parecer las presentadoras del telediario de la tarde...

—Y es lo que seremos. Y contaremos las noticias, nuestras noticias.

—Pero ¿qué noticias? —exclamé con exasperación.

—En cuanto empecemos... y acabemos... lo sabrás —afirmó contundente.

Justo cuando iba a encender la cámara, me lamenté por última vez:

—¡Ni siquiera sé de qué tengo que hablar!

—Querida, esto es como el amor: en cuanto lo sientes, lo sabes; pues aquí también vas a sentir que sabes lo que tienes que decir. ¡No te quepa la menor duda!

Pues dudas tenía unas cuantas, y no menores precisamente, pero al menos fue ella la que tomó el control para arrancar.

—Hola, Gerard —comenzó—. Tanto Marina como yo representamos a un colectivo de mujeres cuyo nexo es que recientemente les han roto el corazón de las peores maneras posibles, trágica situación que tan sólo se ha visto aliviada por las carcajadas que nos ha arrancado tu interpretación en la película *La cruda realidad*.

Las caras que yo estaba poniendo, y que suponía estaría recogiendo la cámara, no eran las de representar a nadie, ni querer hacerlo, ni tampoco de desear admitir públicamente que me habían desgarrado de todas las formas imaginables el músculo cardíaco. Sin embargo, como el monólogo parecía contenido, dejé que Clara prosiguiera.

—Por tanto —continuó ésta—, se te necesita en Escocia, en la isla de Skye para ser exactos, y los principales motivos son la redención y la resucitación. Así, si decides venir a conocernos, redimirás a un montón de hombres de la consideración general que tenemos de ellos como capullos. En segundo lugar, si finalmente te animas, también nos harás recuperar la esperanza en el sexo opuesto, que, al fin y al cabo, es lo que se vende en las películas, ¿no? Y es que, amigo Butler, eso es lo que tiene ser bueno en lo tuyo, que debes acarrear con lo positivo, que es el éxito, pero también con lo negativo, que es cumplir

con los sueños de la gente que ayudó a que se hicieran realidad los tuyos, lo que en este caso significa tener que cruzar el charco hasta Escocia. Y para ello sólo tienes un mes de plazo, que es el tiempo que permaneceremos aquí.

«¡Toda una declaración de intenciones! —pensé—, y tocando la fibra sensible encima.» Y aún había más...

—Por otra parte, como somos conscientes de que tenemos que realizar un esfuerzo para convencerte, y dado que una de las escenas de la película que más gusta a nuestras seguidoras es la del baile latino, hemos decidido que Marina lo haga para ti cuando vengas.

—¿¡Qué?! —exclamé hasta casi desgañitarme—. ¿¡Que hemos decidido qué?! ¡Pero si eres tú quien quiere conocerlo! ¡Baila tú para él!

—¿Tú te has fijado en mi altura? —se defendió Clara poniéndose de pie, lo que me obligó a la vez a que yo hiciera lo mismo—. No voy a reconocerlo públicamente, pero al 1,51 no llego, mientras que él mide 1,90, Google *dixit*, que me he molestado en buscarlo. De esta manera, si tenemos que bailar juntos, o a él le da una escoliosis de tanto agacharse o a mí una artrosis de auparme en los tacones que voy a necesitar... para llegarle al culo, que de ahí no voy a pasar. Eso, y que a la cámara le vamos a tener que poner unas gafas de aumento, o una lupa gigante, o alquilar el telescopio *Hubble* si me apuras, para que me localice y me identifique en el plano.

—Aparte de otras muchas consideraciones, ¿tú eres consciente de que yo no sé bailar?! —proseguí con mi lista de protestas.

—¡Mujer! Un bailecito flamenco de nada..., que he leído que todos los guiris piensan que es el baile más sexi del mundo...

—¿¡Flamenco?! Pero ¿tú estás loca?! Que yo soy de Madrid, tengo los ojos medio azules medio grises y la piel más clara que la reina de Inglaterra. No doy el perfil ni de española, ¡como para hacerme pasar por una andaluza de raza! Y por no mencionar la gracia, que en el culo tengo yo la gracia.

Ya sabía yo que de eso no podía salir nada bueno, ¡desde el minuto uno lo sabía! No obstante, esta vez estaba decidida a que mi carácter acomodaticio no me dejara en la estacada.

—¡Me niego en redondo! En primer lugar, porque no tengo ningún interés en conocer a Butler, con perdón, ¡con lo que imagínate en bailar flamenco para

él! A mí lo que me gustan son sus personajes, ¡pero a saber si me gusta él! ¿Tú te has parado a pensar en que puede ser un horror?

—Tú sabes que esto es en directo, ¿verdad? —me interrumpió Clara—, de manera que tenemos bastantes posibilidades de que Gerard te oiga decir que es un horror, y eso no nos va a ayudar...

Mi expresión pasó de la ira al espanto en cuestión de segundos, los que tardé en recuperar mis palabras para asegurar: «¡Lo siento, Butler! En absoluto eres un horror; es más, seguro que eres un amor», frases que acompañé de todos los gestos positivos que pude recordar: un corazón formado con ambas manos, los pulgares hacia arriba, el símbolo de la paz, e incluso el de Star Trek, aunque no era capaz de separar los dedos de dos en dos, por lo que tuve que ayudarme con la otra mano para conseguirlo..., hasta que Clara me dio un manotazo, seguido de un capón, para que me estuviera quieta y recuperara de paso al menos uno de mis sentidos: el del ridículo, y probablemente también el de la dignidad.

—Recapitulando, Gerard —prosiguió—, que, aunque la impresentable de mi amiga no quiera conocerte, ¡yo sí! Y a mí me basta con que tengas los mismos ojos, la misma sonrisa, ¡y el mismo cuerpazo que tus personajes!

Y esta vez fui yo la que le dio el capón.

—Digo yo que habrá que comprobar, para informar a nuestras seguidoras, si tiene tanta fuerza y pasión como en los papeles que interpreta, ¿no? —se justificó Clara—, que más parece un latino de sangre caliente que un escocés venido de la tierra de la bruma y el frío, que hay que ver la rasca que hace en este pueblo, ¡joder!, y eso que sólo estamos a principios de septiembre.

—¿Tú te has planteado en algún momento —intenté hacerla entrar en razón— que ese hombre es un actor famoso, una estrella en realidad, y que le va a dar igual que una española loca, su amiga medianamente cuerda y su millón de seguidoras le hagan la ola?

—Te voy a responder con dos obviedades: primera: es actor, con lo que probablemente tenga un ego grande; segunda: es hombre, con lo que seguro tiene un ego grande, e incluso una tercera: es escocés, con lo que tendrá una gaita grande...

Esta vez no fue un capón, sino tres collejas las que se llevó Clara.

—¿No eras tú la que decías que esto era en directo? —le recriminé—. Y ¿las ordinariieces no cuentan?

—¡Ay, hija! ¡Cómo te pones por nada! ¡Habrá que darle algo de vidilla, digo yo! Además, estoy convencida de que no le molesta, más bien todo lo contrario. ¿Sabías que con los maratones *online* que hemos organizado para ver sus películas se ha incrementado su visionado un veinte por ciento en internet? ¡Si nos estará agradecido, porque hasta el caché le habremos subido!

—¡Alucino contigo! —exclamé cuando menos impresionada.

—Bueno, resumiendo, Gerard —me ignoró Clara, concentrándose ante la cámara—, que como a Marina el sitio que más le gusta de todo el mundo es Escocia, se ha venido hasta aquí para *desdeprimirse*, arrastrándome a mí con ella. Y, como resulta que tú eres escocés, pues ya tenemos algo de que hablar para romper el hielo cuando nos conozcamos. ¿Qué? —preguntó directamente a cámara—. ¿Hace un viajecito a la madre patria? —recapituló—. Y poco más tenemos que decirte, la verdad..., que te agradecemos mucho tu tiempo, ¡y a ver si no nos haces perder el nuestro y te presentas por aquí!

—Pero ¡¿cómo le dices esas cosas?! —la regañé entre risas—. ¡Más que atraerlo, lo vas a espantar!

—¡Ah! Y por último comentarte que subiremos un vídeo todos los días con los progresos de Marina con respecto a sus clases de flamenco, para que veas que se lo toma en serio.

—¡Ni de coña! ¡Pero ni de coña! ¡Que yo no bailo flamenco ni me hago un vídeo diario!...

Mis protestas siguieron oyéndose a lo lejos hasta que Clara apagó la cámara, de manera que lo único que no se grabó fue la sarta de collejas que se llevó después.

Una vez que dejamos de regañar, pasamos a la siguiente actividad programada para la noche, consistente en el visionado de la primera comedia del mes, que, como no podía ser de otra manera, sería *La cruda realidad*, elegida por Clara para hacer más mella en Gerard Butler, afianzar nuestra posición y conseguir que viniera.

Y, en honor a la verdad, he de decir que fue espectacular, no la comedia en sí, que ya la habíamos visto el número suficiente de veces para que no nos

sorprendiera, sino el hecho de que más de cien mil personas lo hicieran a la vez que nosotras: cien mil personas riendo, compartiendo... y soñando a la vez...

Locuras de Clara aparte, tuve que reconocer, y reconocerle, mi admiración por ella y por las cosas increíbles que conseguía, precisamente con y por esas locuras. Además, el asunto mejoró, convirtiéndose en tremendamente divertido cuando empezamos a chatear con nuestras seguidoras sobre cuáles habían sido los momentos más estelares de la noche.

Me he visto cincuenta y siete veces el baile latino entre los dos protagonistas, aseguraba Meredith, desde Glasgow.

¡Y yo sesenta y nueve veces el beso en el ascensor! ¡¿Será premonitorio el número?!, se preguntaba jocosamente Chloe desde Lyon.

¡Yo que tú me acercaba hasta el ascensor de tu casa, si es que vives en un edificio, a ver si te encuentras a alguien haciendo el pino esperándote!, se carcajeaba Mónica desde Turín.

Pues a mí la escena que más que me gusta es cuando el pobre Mike, el personaje de Gerard, va a la habitación del hotel a declararse... y se encuentra con el pastel..., comentaba Mireia desde Barcelona.

¡Pues es cierto que había un pastel! ¡Y era él!, afirmó divertida Petra desde Berlín.

Tan entretenidas como estábamos, Clara y yo decidimos no interrumpir la charla *online* y continuarla desde el banco del jardín, donde Victoria se nos unió, sumando sus ojos al club de las auroras boreales y su vaso de whisky al de las Mujeres Turistas Solitarias y en Espera de Estar Alcoholizadas, grupo al que hubo que rebautizar, eliminando la segunda palabra, ya que, al ser ella autóctona, no se adecuaba a las nuevas circunstancias.

Entre sorbo y sorbo, con esa sinceridad que proporciona el alcohol, Victoria no pudo evitar posicionarse del lado de Clara, asegurando que tanto la idea del vídeo como la del baile le parecían muy acertadas y, sobre todo, divertidas.

—¿Lo ves? —se jactó Clara—. Y, a tenor de los mensajes, nuestras seguidoras piensan lo mismo, incluido las nuevas, que ya suman medio millón más.

—De verdad, chicas —intenté justificarme—, a mí de los famosos lo único que me interesa es su talento. Hasta el momento he conocido a unos cuantos, a los que he decorado sus casas, y os aseguro que son gente normal; es más, la mayor parte de las veces te decepcionan. Lo único que los diferencia de nosotros es la proyección pública de su trabajo.

—Todo lo que tú quieras —se desentendió Clara de mi comentario—, pero a mí se me presenta aquí Chris Martin, de Coldplay, y me canta *A Sky Full of Stars*, o James Blunt, haciendo lo propio con *Heart to Heart*, y yo me derrito, por no decir algo más escatológico.

—Bueno, como es algo que no va a suceder, puedes seguir congelándote aquí fuera con total tranquilidad —afirmé.

Mientras hablábamos, Alistair nos observaba desde la distancia acompañado de su perro *Max*, al que una noche más había sacado a pasear. En esta ocasión no se atrevió a pensar que a la mañana siguiente no me presentaría, pero sí se sorprendió con respecto a nuestro poder de convocatoria. «¡Al final va a acabar aquí medio pueblo!», exclamó para sí.

Un buen rato se quedó inmóvil en la distancia, observando nuestras caras, nuestras risas, nuestra conversación intrascendente, que se vio interrumpida por una llamada de mi madre.

—¿Te pasa algo? Te noto la voz alterada —le pregunté alarmada.

—Tristán y yo hemos roto.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? —quise saber, aún sin alcanzar a comprender cómo había podido suceder algo así, teniendo en cuenta que no había transcurrido ni una semana desde que me marché de España y que la relación entre ambos iba viento en popa cuando me fui de allí.

No obstante, antes de viajar a Escocia yo ya había intuido que Sara, la hija de Tristán, podría convertirse en una fuente de problemas para ellos, pero de ahí a romper en unos pocos días se me antojaba un dislate. En cualquier caso, intuitiva como era, encaminé mis preguntas en esa dirección.

—¿La has conocido y no le has gustado nada? —inquirí con franqueza.

—Si sólo fuera eso...

—¿A qué te refieres?

—A que, efectivamente, la he conocido hoy y no le he gustado, ni yo ni

nadie que no sea su madre, dicho sea de paso.

—Entonces el problema es menor —respiré aliviada—, ya que Tristán entenderá que es algo que sucederá con cualquier pareja que tenga.

—Eso lo ha entendido perfectamente; lo que no ha comprendido es todo lo demás.

—¿Te lo voy a tener que sacar con sacacorchos, o me lo vas a contar de una vez?! —exclamé contrariada.

—¡Calma, que sólo quería ponerte en antecedentes! —se defendió mi madre antes de empezar a relatarme los hechos, cosa que hizo a continuación —: Mientras estábamos cenando, Sara le comentó a su padre que le parecía muy raro que no supiéramos nada el uno del otro, ya sabes, que nunca habláramos del pasado y, sobre todo, que no nos llamáramos por nuestros verdaderos nombres, dando a entender que le parecía muy inmaduro e irreal.

—Y ¿qué respondió Tristán?

—Le restó importancia al asunto, sabiendo como sabía que su hija buscaría cualquier clavo al que agarrarse para desestabilizar la relación.

—Y ¿de ahí a romper?

—La hija siguió insistiendo, hasta que el padre cedió, en lo básico, asegurando que mi nombre era Blanca y que habíamos bailado juntos el día de mi boda.

Y ahí fue cuando yo también lo comprendí.

—Dime que a lo largo de todos estos meses te has molestado en buscar en algún sitio quién es o al menos cómo se llama.

—Pues no te lo puedo decir porque no lo he hecho, al principio porque me daba miedo de que me pillara husmeando entre sus cosas, y al final porque estaba tan acostumbrada, y tan cómoda con la situación, que dejó de tener importancia para mí.

—Y ¿no pudiste eludir el momento?

—Lo intenté, y no sabes cómo, cual gato panza arriba, inventándome cualquier excusa posible, hasta que Tristán me pidió, por favor, que, para contentar yo también a su hija, lo llamara por su nombre de pila y mencionara algún detalle del día que nos conocimos.

—¿Te quedaste callada o preferiste dar una explicación?

—¿Cuál?

Lo cierto es que en ese punto no me quedó más remedio que darle la razón a mi madre, ya que nada de lo que pudiera haber dicho habría mejorado la situación; es más, cualquier atisbo de palabra la habría empeorado.

—Silencio radical entonces —confirmé—, que Tristán sí rompió... —aventuré.

—En realidad, quien lo rompió fue Sara, aunque se limitó a decir: «Papá, te espero en el coche», dando por sentado que su padre iba a dejarme allí plantada.

—¿Lo hizo?

—Minutos después, tras recriminarme la indiferencia que había demostrado con mi comportamiento, así como la falta de respeto e interés en él.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Creo que sus palabras exactas fueron: «¡¿No tienes ni idea de quién soy y ni siquiera te has molestado en preguntármelo?! ¡Si no sabes ni mi nombre! ¡¿No te quemaba la garganta cada vez que decías Tristán? ¡¿Y yo me he pasado treinta años pensando en alguien que me dio a entender que el sentimiento era mutuo cuando volvimos a encontrarnos, pero que en realidad desconocía mi existencia?!».

—Y ¿sabes ya quién es? —me atreví a hacer un inciso.

—No me lo dijo y, como comprenderás, no era precisamente el día para tocar el tema.

Por segunda vez en la noche, estuve de acuerdo con ella. Hay cosas que, aunque te mueras por saber, es mejor no preguntar.

—¿Tienes ya algún plan? —continué interesándome.

—¿Plan? —me respondió con un tono de incredulidad en la voz.

—No te hagas la tonta —protesté—, ya sabes a lo que me refiero, a encontrar una manera de arreglar las cosas.

—Esto no tiene arreglo, cariño.

—Sobre todo si no lo intentas. ¿En serio te vas a cruzar de brazos y a dejar ir sin más a un hombre bueno que ha demostrado que te quiere y con el que estás mucho más que a gusto?



—Yo hago otra lectura de la situación. Creo que Tristán está exagerando con lo sucedido. De hecho, me ofende su actitud. Lo importante en nuestra relación nunca fue de dónde partimos entonces, sino adónde habíamos llegado ahora. Y eso se le olvidó ayer de un plumazo.

—No, mamá. Estás completamente equivocada, y Tristán tiene toda la razón. Tan importante es valorar lo que habíais logrado como la forma de conseguirlo, y no querer verlo es...

—Ya he sufrido mucho por los hombres —me interrumpió—. Cuando me separé de tu padre me prometí a mí misma no volver a hacerlo nunca más, por ninguno de ellos. Y ayer ya tuve una nueva dosis, más que suficiente, de sufrimiento.

—Sufriste con y por un hombre, no con y por el resto de la humanidad masculina. Y si has sufrido en este caso es porque has hecho mal las cosas desde el principio. Además, haber sufrido no te da bula para hacer lo que te dé la gana, ni para estar en posesión de la verdad, o para no pedir perdón o rectificar tus errores.

—Hay equivocaciones que, de serlo, no tienen solución, o posibilidad de dar marcha atrás...

—Falso —la corté yo esta vez—. De pequeña siempre me decías que los errores hacen la vida interesante, tanto los de los demás, porque nunca sabes qué de bueno puede salir de ellos, como los tuyos, ya que estos últimos puedes transformarlos en grandes aciertos. Pues tu vida acaba de convertirse en muy interesante, al haber cometido tú ese error, así que no te va a quedar más remedio que averiguar en qué va a consistir tu acierto.

Mi madre se calló, sin querer comprometerse a pensar en nuestra conversación, pero asegurándome que me llamaría si se producía algún cambio en su situación sentimental. Sin embargo, pocos días después volvió a contactar conmigo, aunque por un motivo bien diferente esta vez: mi padre, y, por tanto, su exmarido, había conseguido superarse a sí mismo.

*Marina, Alistair y la chica con los ojos  
del color del lago*

La sola perspectiva de hacer el ridículo delante de un millón y medio de personas no me había dejado dormir en toda la noche. ¡Bailar flamenco...! ¡Y todos los días! ¡Pero ¿qué demonios tenía Clara en la cabeza?! ¡¿Tal vez demonios?!... Que no es que Murphy anduviera siempre cerca, acechándonos, ¡es que en algunas ocasiones parecía que lo provocábamos!

Asimismo, había otra pregunta con exclamación que daba patadas a mi ansiedad y martillazos a mi tranquilidad, y era: «Pero ¿qué necesidad tengo yo de todo esto?!». Ante esta situación, decidí no dejarme intimidar esta vez, ni manipular, sino presentar batalla y contraatacar, empleando para ello tres sólidas, bien fundamentadas y hasta científicas razones, cuando no tácticas militares:

Muerto el perro, se acabó la rabia.

A grandes males, grandes remedios.

Política de hechos consumados.

Esta última, además, le resultaría familiar a Clara, ya que era la misma que ella había utilizado conmigo, que en su caso no fue otra que la de acorralarme. Así, con mi decisión ya tomada, me lancé a escribir un par de textos breves:

Clara no ha podido resistirse a su propia idea y ha decidido que ¡quiere ser ella la que baile!  
Y, como donde hay patrón no mandan marineros, le cedo encantada el testigo. ¡Y estoy deseando

ver cómo lo hace!

Una décima de segundo más tarde, mis dos tuits ya estaban publicados en nuestro perfil, y acto seguido me marché a mi excursión diaria. ¿Destino para el día hoy? Las Cuillin, o lo que es lo mismo, la cadena montañosa más famosa de la isla de Skye.

De camino en el coche, según me contó Alistair, que estaba extraordinariamente parlanchín aquella mañana, se trataba de una sucesión de montañas bastante rocosas, siendo las dos más importantes la roja y la negra, es decir, *the Red and the Black Cuillin*. Al parecer, esos dos adjetivos se debían a la luz que recibían del sol, que en el caso de la primera la convertía en fuego, con un enorme colorido y vistosidad, mientras que a la segunda, más rocosa, la matizaba, oscureciéndola.

Para acceder a las cimas de ambas habríamos necesitado equipos de escalada y conocimientos técnicos, de los que nosotros carecíamos; no obstante, Alistair me aseguró que sí podríamos ascender hasta la altura suficiente para divisar el lago Coruisk, probablemente uno de los más desconocidos de toda Escocia y también de los más bellos, entre otras maravillas porque el agua en sus orillas se volvía completamente cristalina. Además, contaba la leyenda que en él habitaba un animal mitológico de las Highlands, el *water horse*, o «caballo de agua», lo que lo hacía todavía más fascinante a mis ojos.

Mientras dejábamos atrás Portree, a través del cristal de mi ventanilla pude ver una parte de la isla de Skye aún más salvaje, fuerte, intensa y extrema que la que había contemplado hasta el momento, con un mar cuyas mareas dejaban a la vista turbadoras playas de arena oscura, así como kilómetros de piedras negras al descubierto, con colinas despobladas, con carreteras angostas devoradas por las tormentas, con caminos desolados anegados por el agua, que de haber tenido alguna señalización habría sido «éstos son los homologados para ir a ninguna parte», o «senderos oficiales para perderse y, tal vez, encontrarse».

Sin embargo, Alistair sí sabía adónde nos dirigíamos y, tal y como había asegurado a primera hora de la mañana, estábamos ante uno de los paisajes

más espectaculares de toda Escocia. A ratos parecía que el cielo y el mar andaban peleados, pugnando ambos por demostrar cuál de los dos era superior al otro, si los grises profundos del cielo o los azules grisáceos del mar, actuando como árbitro intermitente la bruma, que los fundía ambos a la altura del horizonte.

Cada vez que me embelesaba un lugar —lo que era siempre—, me moría por pedirle a Alistair que me enseñara el reportaje una vez acabado, aunque *a posteriori* jamás me atreviera. Nunca había sentido mucha inclinación por la fotografía, ni siquiera para immortalizar momentos, ya que me gustaban los recuerdos a palo seco. Para mí, los buenos recuerdos son como los buenos vinos, que mejoran con los años..., sobre todo cuando no se tiene con qué compararlos. Pese a ello, en aquella ocasión lo sentía diferente, al parecerme que yo había formado parte de la escenografía, como quien sujeta los pinceles del pintor, sintiéndose por ello parte del cuadro.

Que el artista fuera un fotógrafo, que lo que retratara fueran paisajes y que lo único que yo sujetara —para que no se escaparan— fueran mis palabras no cambiaba demasiado mi percepción de las cosas..., ni la de él, que andaba absorto y ajeno, capturando sus propios momentos, que, en ningún caso, serían los míos. Por tanto, una vez que Alistair afirmó que ya tenía todo lo que había ido a buscar allí, iniciamos el camino de vuelta, en el que nos sorprendió una lluvia torrencial.

—Deberíamos resguardarnos —sugirió.

—Por mí no lo hagas —me atreví a decir—. No me importa caminar con lluvia.

—¡Pero a mí sí! —se rio—. Este cielo, además, indica que el asunto va a ir a peor. Habrá tormenta eléctrica. No sería seguro que permaneciéramos a la intemperie. Si no recuerdo mal, cerca de aquí hay una cueva donde podremos guarecernos hasta que escampe.

La encontró con facilidad, sólo unos minutos más tarde de haberla mencionado, los suficientes, en cualquier caso, para llegar completamente calados debido a la cantidad de agua que el cielo ya había empezado a achicar.

—Con un poco de suerte, y si hay algunas ramas secas dentro, podremos

hacer un buen fuego para calentarnos —aseguró mientras despejaba la entrada.

Afortunadamente para ambos, Alistair supo encender la hoguera sin necesitar mi ayuda, que no es nada fácil hacer que prenda la madera, y el día que dieron la clase de supervivencia forestal en el colegio debí de hacer pellas.

Una vez que las llamas empezaron a cobrar consistencia, cerré los ojos y sonreí con un agradecimiento infinito mientras acercaba las manos, y el resto de mi cuerpo, al fuego. «¡Qué agradable!», pensé, a la vez que observaba de reojo cómo Alistair me miraba.

—Espero que esta tormenta no empañe tu recuerdo de Escocia —comentó con amabilidad.

Negué con la cabeza y le respondí con una sonrisa igual de amable que sus palabras.

—Sabes que puedes hablar, ¿verdad? —inquirió con un cierto aire de duda, o tal vez de extrañeza.

Sonreí de nuevo, pero esta vez aséptica, poniendo de manifiesto que no pretendía iniciar conversación alguna. Por su parte, él dejó pasar unos segundos, tal vez esperando a que yo me lanzara, hasta que comprobó que ese hecho no iba a producirse y volvió entonces a la carga.

—¿Por qué no hablas nunca? —preguntó, directo al grano y con la suficiente curiosidad para no despegar sus ojos de los míos, intentando evitar que me zafara—. En un principio creí que eras muda...

Me reí con ganas, resolviendo que esta vez no me quedaba más remedio que responderle.

—En realidad soy todo lo contrario a muda...

No acabé la frase a propósito, ya que prefería explicarme mediante un sobre que le tendí y que había estado guardado en mi mochila desde el primer día, sobre que contenía un esparadrapo y una nota en su interior:

Padezco una grave enfermedad denominada incontinencia verbal. Utilizar el apósito adjunto en caso de diarrea, pero, por favor, no me dejes tirada en mitad

de la nada, porque estoy diagnosticada de una segunda enfermedad, y ésta puede ser terminal en según qué medio, que es una ausencia total del sentido de la orientación.

Soltó varias carcajadas, hasta que finalmente me pidió juntando ambas manos en señal de súplica:

—¡Una explicación, por favor!

Y se la di, matizando las instrucciones que Victoria me había dado el primer día y que me recordaba cada noche: «Mejor una palabra de menos que una de más, que odia la cháchara y no está pasando por un buen momento, con lo que no anda sobrado de paciencia...».

Así, cuando terminé de hablar, le pregunté inquieta:

—No me vas a abandonar aquí por haber hablado tanto, ¿verdad? ¡Te juro que no te vuelvo a dirigir la palabra!

Se rio de nuevo y me miró fijamente con esos ojos azules... que eran dos apisonadoras aplastando todo lo que pillaban a su paso, convirtiéndome en parte de algún asfalto.

—¡Así que era eso! —afirmó satisfecho—. Pero no puedes tener un sentido de la orientación tan pésimo. ¡Mira cómo andas! Si casi a mí me cuesta seguirte muchas veces, y eso que me dedico a esto. Debes de haber caminado mucho...

Alistair esperó unos segundos y, al ver que yo no respondía, intervino de nuevo.

—No era una pregunta, pero me encantaría conocer la respuesta —solicitó con amabilidad—. ¿Hacemos un trato? Yo te garantizo que te llevo de vuelta a Portree si tú respondes a todas mis preguntas, ¡aunque tengo unas cuantas!

¡Si al final mi madre iba a tener razón también en eso! Infinidad de veces me había aconsejado que la mejor estrategia frente a los hombres era hacerse la interesante, contar las menos cosas posibles y rodearse de misterio como táctica infalible para despertar su atención. Y esta vez, sin pretenderlo, había funcionado. ¡Alistair sentía curiosidad por mí!

—De acuerdo entonces —accedí con una sonrisa—. Aparte de que caminar es una de mis aficiones favoritas, he hecho unas cuantas veces el Camino de Santiago, en el que, como está lleno de carteles indicadores, es imposible perderse.

—¿En qué consiste?

—Se trata de una ruta que existe desde hace más de mil años y que conduce a los caminantes, llamados peregrinos, hasta la catedral de Santiago de Compostela, donde se encuentran los restos del apóstol Santiago el Mayor. Al tratarse de una ruta religiosa, la más famosa de la cristiandad durante la Edad Media, originariamente todos los peregrinos alcanzaban el perdón de sus pecados al pisar la tumba del santo. Hoy en día tiene un significado también cultural, y supongo que histórico, de recuperación de parte de nuestro pasado, aunque también lo recorren muchísimos extranjeros.

—Y ¿en qué zona se encuentra Santiago?

—En el noroeste de España, en una región que, por climatología, es muy parecida a Inglaterra, de manera que si haces el camino en invierno llueve muchísimo y hace bastante frío. Pero el viaje compensa con creces, porque el entorno y los paisajes son preciosos. Eso sí, tienes que hacer un mínimo de cien kilómetros andando para que te den el certificado oficial de peregrino.

—Ahora entiendo muchas cosas... —aseguró complacido—. Y suena genial. La verdad es que me están dando ganas de hacerlo.

—Seguro que te gustaría. Y podrías hacer unas fotos preciosas.

—¿Y a ti?, ¿te han gustado los sitios que hemos visitado estos días? —cambió de tercio Alistair.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida. Un trozo del cielo puesto en la tierra.

Noté que se quedó agradablemente sorprendido con mi respuesta, aunque no hizo ningún comentario al respecto, salvo una nueva pregunta:

—¿Incluso en un día como hoy, en el que no parece que vaya a dejar de llover?

Asentí con la cabeza con rotundidad, mientras que pronunciaba un «sí» superlativo y, por si había dejado alguna duda sin despejar, concluí:

—Un día feliz.

De nuevo se mostró sorprendido, o tal vez desconcertado, ya que su siguiente pregunta, con un tono de intriga en la voz, fue:

—Y ¿qué es para ti un día feliz?

Dudé si debía darle una respuesta sincera, porque a veces la verdad asusta, intimida hasta a uno mismo..., con lo que a los demás..., pero no por sencilla dejaba de ser menos cierta.

—Una ducha de agua hirviendo para empezar el día, un cielo nublado y profundo bajo el que caminar, un paisaje que contemplar, una chimenea encendida al regresar, una buena charla alrededor del fuego, con un té muy caliente para calentar las manos mientras rodeas la taza, la garganta, y un poco también el alma si hace falta... Y, como ves, hasta ahora he cumplido todas mis premisas.

Se quedó en silencio durante unos segundos, concentrando todo su interés en mis ojos, tan fijamente que llegó un momento en que yo no sabía si lo había convencido mi explicación o había llegado a la conclusión de que, en lugar de proceder de España, tenía otro pasaporte comunitario, pero intergaláctico...

—Te falta el té... —comentó afable al fin.

—Bueno, no será reciente, pero tengo uno hecho de esta mañana en la mochila. ¿Te apetece?

—¡Muchísimo!

—También tengo galletas *shortbread*. ¿Quieres?

—¡Claro! Y ¿el té es lo último de tu lista, o hay alguna cosa más después? —preguntó a continuación.

—Una buena película bajo una manta, lágrimas y risas incluidas..., y miles de cosas más, pero todas por el estilo, igual de insignificantes y con las que puedes hacerte una idea de ¡lo patética que es mi vida!

Tras decir esa última frase solté una carcajada en un intento de desdramatizar la desnudez de mi constatación, adoptando una actitud similar a cuando te caes por la calle ante desconocidos y utilizas la risa —inmediata y casi refleja— como medida de protección, y de defensa, en previsión de las tuyas, tratando con ello de vencer el sentido del ridículo y salir lo más indemne posible de la situación. De la misma manera, la revelación de cualquier verdad, por pequeña o sencilla que sea, abre una fisura en el ánimo



que deja el espíritu al descubierto, indefenso. La risa, sin embargo, desvía la atención, minimizando la vulnerabilidad que se siente.

Y al oír la mía él también rio, conmigo, sin añadir ninguna palabra. No obstante, yo observaba su lenguaje corporal y percibía que cada vez se encontraba más a gusto, relajando primero los hombros, para después ir distendiendo poco a poco el resto de los músculos, hasta que aseguró:

—Pues si aceptas un vaso de whisky al final del día, creo que no podría estar más de acuerdo contigo. Nunca me había parado a pensarlo, pero creo que tu lista se acerca mucho a la idea que yo tengo del paraíso.

—Moción aceptada y whisky incluido —sonreí.

—¿Sabes algo de whisky? —me preguntó con interés.

Para mis adentros pensé: «¡No lo sabes tú bien...!», pero fui mucho más edulcorada a la hora de responderle, si bien lo hice con algo de humor, lo que motivó a su vez otra pregunta:

—¿Que los hay buenos y mejores?

Tras soltar una sonora carcajada, me relató que el origen del whisky se remontaba a los celtas, quienes lo consideraban un regalo de los dioses, ya que revivía a los muertos —de donde proviene su nombre en gaélico, *uisge beatha*, o «agua de vida» en castellano—, además de calentar cuerpo y alma durante los fríos inviernos.

Al parecer, su uso empezó a extenderse hacia el siglo XV como antídoto contra la pena, por lo que se consumía principalmente en funerales, o por personas que habían perdido a un ser querido. Con el tiempo, beber y brindar por los fallecidos se convirtió en un acto de alegría, de forma que terminó popularizándose y convirtiéndose en una bebida universal.

—Por cierto, ¿te gustaría conocer una destilería? —me preguntó tras su explicación.

Respondí que sí de inmediato, taquicardia incluida, aunque con un atisbo de lucidez que me permitió mantener a salvo mi dignidad.

—Si me recomiendas alguna, puedo ir en los días que me quedan cuando tú ya te hayas marchado.

Alistair negó con la cabeza.

—Los de *National Geographic* me han ampliado el encargo a Escocia en

general, y no sólo a Skye, así que me voy a quedar todo el mes visitando lugares. Si te apetece, puedo seguir enseñándotelos.

—¡Me encantaría!

Fui intencionadamente parca en mi respuesta; es decir, lo menos efusiva — verbalmente hablando— que pude, consciente de que, si me abandonaba a mis palabras, se acabaría dando cuenta del entusiasmo, la algarabía y el alborozo que su propuesta había desatado en mi interior. Empleando un símil lúdico-festivo, Alistair había presionado el botón de encendido de todas las atracciones y el parque al completo se había puesto a funcionar, noria, montaña rusa y lanzaderas incluidas, con mi corazón subiendo y bajando enloquecidamente de todas ellas.

Por tanto, y dado que en todo momento la situación estuvo exteriormente bajo control, él se limitó a sonreír, restándole importancia a su ofrecimiento y cambiando de tema segundos después.

—Lo único que me tiene preocupado —se sinceró— es que me han pedido también que les haga los textos, y eso no sé si voy a ser capaz de hacerlo.

—¿Por qué no? —le pregunté intrigada.

—Es sentarme a escribir y no se me ocurre nada que decir...

Yo no era muy buena redactando, pero mi amistad con Calem me había aportado algunos conocimientos, como que el proceso de escribir se basaba en tres sencillos pasos: saber lo que quieres decir, decirlo y decirlo bien. Además del factor abundancia, como intenté explicarle.

—¿A que cuando haces fotos tomas decenas, para tener dónde elegir cuando hagas la selección posterior, pese a que finalmente sólo te quedes con una, con la mejor? Pues igual sucede con las palabras. Probablemente tengas que escribir muchas hasta dar con las que te sirvan.

Me pareció que captaba mi idea, aunque también que lo abrumé aún más, sobre todo cuando oyó lo de «escribir muchas».

—Vamos a cambiar el enfoque —intenté ayudarlo de nuevo—. Creo que el error consiste en que lo estás mirando de un modo global, cuando tienes que analizarlo desde otra perspectiva, individual.

Y ahí sí fui consciente de haber captado su atención, ya que percibí en sus ojos la sospecha de que quizá se le hubiera pasado por alto algún aspecto

relevante que pudiera sacarlo del atolladero en el que se encontraba.

—Yo me dedico a decorar casas, y escribir no puede ser muy diferente — afirmé.

Percibí la sorpresa, y la incredulidad, en su cara; pese a ello, en lugar de interrumpirme, optó por escuchar el desarrollo de mi argumento.

—Cuando veo un espacio por primera vez —proseguí—, cojo un punto de referencia, el que destaca más, y a partir de ahí creo volumen, creo vida. Mira el paisaje que se contempla desde la entrada de la cueva —le indiqué, señalándole con la mano la zona a la que me refería— y dime qué es lo que más te gusta de lo que ves.

—El moho de los árboles y lo enroscado de sus ramas.

—Perfecto. Ya tienes tu punto de partida. Y ¿en segundo lugar?

—Los diferentes tonos de verde.

—Perfecto de nuevo. Ya sabes por dónde seguir.

Poco a poco, paso a paso, fuimos aislando todos los elementos hasta que Alistair tuvo desglosado el paisaje en su mente.

—¿Sabes un error que suele cometer la gente cuando visita una casa o un edificio antiguo? —le hice notar—. Que nunca mira hacia arriba. Y siempre hay que dirigir la vista al techo, porque ahí se encuentran verdaderos tesoros. A ti también se te ha olvidado el cielo, y probablemente sea lo más bonito que tenga Escocia. ¿Sabes cuál sería mi sueño como decoradora? —le pregunté.

—¿Cuál? —inquirió con verdadero interés.

—Construirme una casa aquí con el techo de cristal, para ver siempre el cielo y las nubes. Yo, que soy española y provengo de un país con cielos abrumadoramente azules, siempre echo de menos éstos, con tantos colores y tonalidades que parecen estar hechos en tres dimensiones y con efectos especiales.

—Si algún día lo consigues, creo que no me importaría que me invitaras a la inauguración —confesó divertido—. Y ¿qué más trucos necesito para mi artículo?

—Ahora que tenemos el espacio analizado, necesitamos las palabras, igual que yo preciso de muebles para llenar una habitación. Una palabra por sí sola, como un objeto suelto, sólo te ofrece la información de lo que es y cómo

puedes usarlo, pero resulta insuficiente por sí misma. En este punto, en el momento en el que se interrelacionan entre ellos, yo puedo amontonar, o apilar, los muebles, igual que tú las palabras, sin ningún criterio estético, con el único objetivo de que sean efectivos, eficaces y cumplan una función. Sin embargo, a mí me despedirían por no tener gusto, y a ti te rechazarían el artículo por soporífero.

—Y ¿qué es lo que necesitamos entonces? —volvió a preguntar, cada vez más interesado.

—Un contexto, tu contexto. Las casas, igual que las palabras, tienen alma, pero eres tú quien ha de otorgársela, al mezclarlas. Tienes que mimarlas, adornarlas, ordenarlas, desordenarlas, darles fluidez y ritmo..., añadir pequeños accesorios que confieran luz y color, como los adjetivos, o un toque inesperado, algo *kitsch*, o una frase divertida en mitad de una profunda. Lo que necesitas es atrapar al lector y que no pueda parar de leer hasta llegar al final, de la misma manera que yo pretendo que mi cliente no pueda imaginarse viviendo en otro sitio que no sea el que yo he creado para él.

—¿Algún consejo para que ese milagro se produzca? —solicitó con afán.

—Llévalo siempre al terreno personal. ¿Sabes por qué a la gente le gustan mis casas? Porque las decoro para mí y luego las adapto a sus necesidades. Cuando escribas, no les digas por qué tiene que gustarles Escocia a ellos; diles por qué te gusta a ti.

—¡Verdaderamente sabes de lo que hablas! —me aseguró con convicción, incluso noté que con cierta admiración.

Y en ese preciso momento percibí que Alistair ya sabía también lo que tenía que decir. Observé cómo su mirada se dirigía de nuevo al paisaje, su paisaje, su Escocia, y cómo las palabras entraban en su mente, agolpándose, a través de esos dos enormes ojos azules.

Para acabar con mi exposición, quise ofrecerle un truco que Calem empleaba y que, casualmente, yo también utilizaba en mis casas, que era el efecto paella, o un más genérico efecto arroz.

—Una vez escritas, las palabras tienen que reposar en el papel. No le envíes el artículo a tu editor nada más acabarlo. Guárdalo en un cajón, sin que vea luz, durante al menos un día, y vuelve a leerlo antes de mandarlo. Lo verás

con otros ojos, ajenos a los del día anterior, y te sorprenderá todo lo que no te gusta y querrás cambiar. De todas maneras, por lo poco que sé de escribir, creo que se parece bastante a cocinar: aunque te haya llevado horas elaborar la comida, probablemente el mismo tiempo que le dediques a escribir una página, desaparece en cuestión de segundos en la boca del comensal, como las palabras en los ojos del lector. ¡Afortunadamente, mis casas duran más!

Y el que también parecía durar, eternamente, era el diluvio que caía fuera, cuya descarga de agua golpeaba impenitentemente una tierra que debía de estar hecha de otra pasta, lo suficientemente sólida para no convertirse en un océano de lluvia. Asimismo, y lejos de palidecer a causa de ésta, los campos ganaban en brillo y hermosura gracias a ella. Y es que, si Skye pudiera considerarse un paisaje de luces y sombras, sin lugar a dudas el de aquella tarde no era el de las sombras, sino el de las luces.

Sobre las luces, las sombras, la lluvia y mil cosas más estuvimos charlando durante horas mientras esperábamos a que la tormenta amainara, hasta que la luz del día empezó a encogerse en el cielo y la de la noche ocupó todo su espacio. Intranquilo por lo que esa oscuridad pudiera depararnos en el camino de vuelta, Alistair decidió que no era seguro intentar regresar.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí hasta mañana, a ver cómo amanece el día. Por suerte, hay bastantes ramas para que el fuego permanezca encendido, pero nos va a tocar dormir en el suelo.

Un rato largo estuve rebuscando en mi mochila, hasta que logré encontrar lo que buscaba.

—En el suelo dormiremos, pero algo más cómodos.

Lo que había conseguido localizar era un pequeño saco sábana térmico, cuya base se inflaba ligeramente.

—Haber hecho el Camino de Santiago tantas veces tiene sus ventajas... —me regocijé—. Nunca se sabe lo que te vas a encontrar en los colchones de los albergues donde duermes, con lo que siempre es mejor llevar algo que te aíse de ellos.

—¡Chica previsora! ¡Vas a tener suerte!

—Y tú también, porque tengo dos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó encantado.

—El último viaje lo hice con una amiga, y éste debe de ser el suyo, aunque la verdad es que no sé cómo ha llegado hasta aquí. ¡Seguro que me lo colocó para llevar menos peso ella! ¡Aunque sólo pesa cien gramos! Ya la mataré, ya...

—Pues lo siento por ti, y por tu espalda, pero me alegro por mí, ¡y por la mía!

Mientras Alistair inflaba ambos sacos, cogí el móvil para informar al abuelo de Lilly de que hoy no podría pasarme a verla, e hice lo mismo con Clara.

—No sabes la que te espera a la vuelta —aseguró mi amiga en un críptico mensaje, en el que no quise profundizar.

El siguiente wasap fue para mi madre, con el fin de averiguar si había dado algún paso con respecto a su relación con Tristán.

¿Hay alguna novedad?

No

¿Eso quiere decir que no has movido ficha?

Efectivamente.

Y ¿a qué estás esperando?

A nada. Lo que tenga que ser será..., o no será.

Según tengo entendido, el amor de verdad sólo pasa una vez en la vida, o ninguna, y tú llevas mucha gastada de la única que tienes. ¿De verdad te vas a arriesgar a perderlo?

Quizá no sea para mí...

Entonces será para la siguiente... Pues vas a hacer muy feliz a la mujer a la que le pases el testigo. Aún no lo sabe, pero en algún lugar del planeta Tierra hay una mujer que será afortunada a costa de otra que fue idiota. Por

cierto, ¿qué tal te va con el orgullo?, ¿es una buena pareja?, ¿te invita a palomitas en el cine?, ¿es un tertulio agradable en los restaurantes a los que te lleva?

El silencio fue su única respuesta.

«¡Ella sabrá!», me rendí finalmente. Al fin y al cabo, más de medio siglo la contemplaba, de manera que era oficialmente mayorcita para fastidiarse la vida ella sola sin necesidad de que nadie la fastidiara a ella por querer hacerlo.

A diferencia de mí, Alistair no utilizó su móvil para contactar con nadie, ni tampoco comentó nada sobre los gestos que yo hacía mientras chateaba, aunque no perdía detalle. Era cierto que él desconocía que la receptora de los mensajes era mi madre, pero tampoco creía yo que pudiera pensar que al otro lado de la línea se encontrara un supuesto novio, si es que eran ésas sus sospechas, porque ¿quién se va, en su mes de vacaciones, hasta un rincón perdido del mundo a hacer senderismo si se tiene pareja? Más bien se va a olvidar que se ha tenido, si es que alguna vez llegué a tener algo parecido.

Cerca de la medianoche, nos metimos cada uno en nuestro saco, separados por más de un metro de distancia y por el fuego, que se situaba justo entre ambos. Mientras acomodábamos las mochilas para que nos sirvieran de almohadas, Alistair me preguntó:

—¿Te apetecería que fuéramos mañana al lago Ness? Seguro que, después de la tormenta, amanece un día precioso, y es un sitio maravilloso para fotografiar con buena luz.

—Sí, lo es —le respondí medio dormida—. Me parece una idea estupenda. Cuenta conmigo.

—¿Lo conoces? Pensé que nunca habías estado en Escocia...

Sin embargo, yo ya no oí esa última pregunta porque mi oído, al igual que el resto de mis sentidos, se había quedado dormido. Él permaneció despierto unos minutos más, con una expresión de extrañeza en el semblante que dio paso, poco después, a una sonrisa, con la que finalmente se acomodó en su sueño.

A la mañana siguiente, y tal y como Alistair había previsto, el día apareció

luminoso. Nada más amanecer, estiramos bien los músculos, apagamos el fuego, guardamos los sacos y nos pusimos en marcha.

En el camino de vuelta hasta Portree, empleando el método ya habitual entre nosotros, no intercambiamos palabra alguna; no obstante, y a diferencia de los días anteriores, cada vez que nuestros ojos se cruzaban, ambos sonreíamos con timidez, o tal vez con un atisbo de turbación.

Mientras las ruedas del coche engullían los kilómetros, yo sólo hacía que pensar en mi mala suerte. ¿Por qué cada vez que decidía retirarme de los hombres aparecía alguien que hacía tambalear mis propósitos? ¡Y las dos veces en Escocia! ¡Primero Alejo y ahora Alistair! Y es que me estaría engañando a mí misma si no reconociera que Alistair me gustaba, me gustaba por sí mismo y por lo que me hacía sentir: un hombre que disfrutaba escuchándome, que tenía interés en mí, que me miraba con interés, que me miraba, con esos dos ojos suyos...

De la misma manera, mentiría si dijera que no había sentido ya esa punzada en mi interior nada más conocernos, el primer día, desde el primer momento, desde la primera vez que lo miré a los ojos, a esos dos inmensos ojos azules..., pero el día anterior había sido diferente..., y peor..., porque lo descubrí un poco más, y me gustó mucho más.

Objetivamente hablando, él también quería saber algo más de mí. Por eso, nada más llegar al B&B, mientras yo me dirigía a mi habitación para darme una ducha, cambiarme de ropa y prepararme para salir a continuación hacia el lago Ness, tal y como habíamos quedado Alistair y yo, éste se fue a hablar con Victoria antes que nada.

—¿No me dijiste que ésta era la primera vez que Marina visitaba Escocia?

—No. Te dije que nunca había estado en Skye. En Escocia, sí, estuvo el año pasado. ¿Te acuerdas del espectáculo del Royal Ballet que se celebró a orillas del lago Ness, ese que te gustó tanto cuando fuiste a hacer las fotos para *National Geographic*? Ella fue quien lo montó.

—¡Así que era eso! ¡De eso me sonaba! ¡Es la chica con los ojos del color del lago!

Victoria se quedó con cara de no entender nada, pero tampoco se molestó en preguntar, entre otras cosas porque Alistair llevaba ya varios segundos



corriendo por el pasillo y habría sido hasta peligroso intentar alcanzarlo.

A donde Alistair se encaminaba tan rápidamente era a su habitación. Nada más llegar, encendió el ordenador, indagó en la carpeta correspondiente y rebuscó entre cientos de fotos hasta que las encontró..., hasta que me encontró, porque allí estaba yo, subida al escenario del lago Ness, bailando con Calem mientras la orquesta tocaba *The Man That Can't Be Moved*.

Entre todas las que había localizado una, la que más le gustaba, que era prácticamente un primer plano mío en el que Calem también aparecía, aunque de espaldas y con la cabeza difuminada, mientras que yo me situaba frente a la cámara, increíblemente sonriente, mirando hacia algún punto indeterminado del horizonte con las aguas del lago adormecidas detrás. «La chica de los ojos del color del lago...», se maravilló Alistair.

Antes de cerrar la puerta de mi habitación, pensé que, dado que ese día empezábamos una nueva ruta, fuera de Skye, debía saldar con él la deuda que tenía contraída, pagándole sus servicios por los cuatro días previos. Por tanto, saqué de un cajón el sobre donde ya tenía la cantidad preparada y lo guardé en mi mochila para entregárselo nada más verlo. Así, en cuanto llegó al coche le tendí el dinero, indicándole:

—Ya me dirás cuánto te debo por el resto.

Alistair negó inmediata y tajantemente con la cabeza, con una sonrisa enorme que no vino acompañada de ninguna explicación, salvo de un hecho, que el sobre volvió a mi mochila, donde él lo colocó en su bolsillo exterior. Cuando fui a protestar, me cortó en seco, poniendo un dedo sobre sus labios en señal de silencio, tras lo que aseguró:

—Recuerda que si hablas de más corres el riesgo de que te abandone a tu suerte..., y Ness queda lejos de aquí. Yo que tú no me arriesgaría.

Sonreí con agradecimiento y, efectivamente, me callé, pese a que en mi cabeza empezó a rondar la idea de cómo corresponder a su gesto, hasta que caí en la cuenta de que en la cueva se había quejado de perder siempre las bufandas en las excursiones, al escurrirse éstas mientras caminaba.

«¡Podría tejerle un cuello!», pensé entusiasmada, ya que al ir cosido por ambos extremos no se le resbalaría. Por fortuna, en alguna tienda de Portree había visto que vendían lana, la famosa lana de Escocia, con lo que no me

sería difícil hacerme también con unas agujas para, mientras veía la película del día, tejer ese cuello que podría entregarle el último día a modo de regalo de despedida.

Con esa idea asentada ya en mi cabeza, emprendimos nuestro viaje recorriendo un paisaje de praderas verdes que se extendían hasta la orilla del mar, de valles enmoquetados con musgo, de puertos rebosantes de luz y muelles contruidos con toscas maderas a los que volvían las barcas pesqueras repletas de carga. «Volver...», me dije intentando serenarme y, a la vez, haciendo acopio de algo de valor.

Por una parte, me apetecía mucho regresar al lago Ness, lo que no era óbice para que también me invadiera un cierto desasosiego, cuando no pesar. No en vano era el lugar donde Alejo y yo nos habíamos conocido, el lugar donde todo había comenzado. ¡Y cuántas cosas, y meses, habían pasado desde entonces! Más que un año parecía que hubiera transcurrido media vida, marcada de nuevo por mi necesidad, la de ser tan ilusa que había llegado a creer que alguien querría compartir sus días conmigo.

La sensación que experimentaba se me antojaba similar a cuando volví al pantano de San Juan, sola, con mis *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* bajo el brazo, dispuesta a enfrentarme a mi estupidez y a la poesía número veinte, la última que entonces me quedaba por leer. Hoy, sin embargo, mis veinte comedias de amor tenían compañía, la de un millón y medio de personas que me esperaban al llegar a Portree, más la de Victoria y, por supuesto, la de Clara. No obstante, ya fuera en soledad o rodeada de multitudes virtuales, la esencia de la situación no se había modificado, y era que yo seguía sola y, una vez más, intentando recomponerme, remendando mis jirones.

De la misma manera, el hecho de que Alistair estuviera a mi lado en ese momento tampoco cambiaba nada. Lo miré de reojo mientras aparcaba el coche, pensando que, por mucho que me gustara, tenía que deportarlo de mi cerebro. «Él tiene la palabra *problema* escrita con tinta roja en la frente, y yo con sangre en el alma.» Algo había dentro de mí que no gustaba, que hacía que los hombres me rechazaran y, con el paso de los años y el devenir de las relaciones, lejos de averiguar qué era, lo único que descubría eran nuevas y

torturadoras formas de que me rompieran el corazón, mientras que los de ellos salían ilesos, acabando arropados por los brazos de otras mujeres, ya fueran conocidas o extrañas, mi amiga Sabrina u otra incauta como yo.

Siguiendo esa misma línea argumental, y aplicando la relación causa-efecto —que era la que marcaba la inercia de mi vida—, si entre Alistair y yo llegara a pasar algo, él acabaría dejándome sin ninguna explicación aparente, pero con el corazón roto en millones de pedazos, mientras que el suyo permanecería indemne, reconfortado por las manos de otra mujer.

Nada más salir del coche, dirigí mi vista al sitio donde Alejo se había presentado un año atrás, donde me había invitado a cenar..., aquella primera cena, la primera de tantas, de tantas ilusiones, de algo que tantas veces llegué a pensar que era amor..., pero que no lo era, que nunca lo fue, al menos para él.

Paseando por los alrededores del lago mientras Alistair tomaba sus fotografías, pude comprobar que todo era aún más bonito de lo que recordaba, las ruinas del castillo de Urquhart, el color de las aguas del lago, la luz..., esa luz que predijo el día anterior y que no lo defraudó, ya que parecía una mecha encendida que lo prendía todo de brillo.

Una hora más tarde, cuando Alistair regresó, tenía un tema pendiente del que quería hablar conmigo. Por ese motivo, en lugar de indicarme que ya podíamos marcharnos, se sentó junto a mí en la piedra en la que yo había permanecido esperándolo y comentó:

—Me enteré ayer de que el espectáculo del Royal Ballet lo montaste tú.

—¿Lo conoces? ¿Lo viste en algún sitio? —le pregunté gratamente sorprendida.

—Más que eso... Estuve.

—¿En serio? —inquirí de nuevo, aunque esta vez extrañada.

—Cubrí el acto para *National Geographic*.

—Pensé que había acomodado yo personalmente a todos los periodistas y no recuerdo haberte visto... —aseguré, fingiendo que hacía memoria mientras pronunciaba esas palabras, aunque de sobra sabía la respuesta, porque ¡ni en mil años de vida podría haber olvidado esos ojos!

—Llegué unos minutos tarde y fue una azafata la que me dio la

acreditación para acceder al recinto. Tengo que decirte que es lo más bonito que he visto en años. Debes de ser muy buena en lo tuyo.

—Eres muy amable, pero creo que el mérito fue de la compañía.

—Y tú muy modesta, porque el montaje fue tan o más impresionante que la coreografía en sí o la técnica de los bailarines.

Parecía sincero en sus palabras, y se las agradecí de corazón sonriendo ampliamente, hasta que él prosiguió con la conversación.

—De hecho, la primera vez que te vi en Skye pensé que te conocía, pero no conseguía ubicarte..., hasta ayer.

—Pues yo no recuerdo que nos viéramos... —le reconocí sincera.

—Tú probablemente no, aunque yo a ti sí te vi, subida encima del escenario, bailando con un chico alto, pelirrojo, mientras la orquesta interpretaba una canción para vosotros.

—¿De verdad estabas ahí? —exclamé pensando en las paradojas de la vida, en que tanto Alejo como él y yo misma hubiéramos coincidido los tres, sin saberlo, en el mismo espacio-tiempo.

«¡Es curioso cómo puede a veces estrecharse tanto este mundo tan enorme!», me dije sobrecogida, y más aún cuando me confesó:

—Me pareció precioso. Una pareja bailando a la luz de las velas, del fuego y del anochecer, con la música de fondo de una de las mejores orquestas del mundo tocando sólo para ellos, un paisaje único detrás... y vuestras sonrisas. Recuerdo haber pensado con envidia que al menos había alguien en este mundo que era feliz.

«¡Las apariencias engañan!», me dije mientras lo escuchaba; no obstante, me admiró su sensibilidad, su elocuencia, su sinceridad...

—Porque era, o es, tu novio, ¿no?

Lo preguntó torpemente, y tímidamente, dirigiendo sus ojos hacia el suelo, evitando así encontrarse con los míos, de forma que los suyos no desvelaran alguna posible segunda intención en sus palabras.

—Es un amigo —respondí lo más escuetamente que pude, creyendo que esa información no revelada podría servirme de escudo protector para no implicarme emocionalmente con él.

Alistair percibió que mis palabras ponían distancia entre ambos, por lo

que inmediatamente rectificó:

—Lo siento si te he incomodado con mi pregunta. No pretendía inmiscuirme en tu vida privada.

A pesar de lo contundente de su afirmación, noté claramente que pronunciaba esas dos frases sin sentirlas de verdad, esgrimiéndolas sólo como excusa para ofrecerme una segunda oportunidad de explicarle quién era mi pareja aquella noche; sin embargo, no lo hice, decidida como estaba a guardar las distancias, y me limité a responder:

—No me molesta. No te preocupes. Todo está bien.

—Pues espero que no te moleste tampoco lo que voy a decirte a continuación, porque os saqué un montón de fotos, y está mal que lo diga yo, pero son preciosas. Quizá te apetezca verlas.

—¡Por favor! ¡Me encantaría! ¡Cuando puedas me las pasas! —le pedí con tanta curiosidad como ilusión.

—Además, tienen nombre, o tú tienes otro nombre, porque te bauticé como la chica con los ojos del color del lago. ¡Me pareció prodigioso cómo se fundían!

Y a mí me pareció tan bonito, tan dulce, tan tierno, que toda la fortaleza de la que había hecho acopio escondiéndome detrás de Calem se vino abajo en cuestión de segundos.

Por si fuera poco, otro pedazo de mi muralla también se derrumbó cuando, delante de nosotros, un chico clavó su rodilla en tierra para pedirle la mano a su novia, declarándole su amor infinito y eterno. Al ver mi sonrisa nostálgica, Alistair me preguntó con una extraordinaria dulzura:

—¿Te conmueve el amor? ¿Eres de las que piensan que el mundo lo mueve el amor?

Negué con la cabeza, adoptando un inevitable gesto de melancolía, que abandoné para asegurar con pesar:

—El mundo lo mueve la insatisfacción y, a veces, la esperanza.

Lástima que en mi vida hubiera siempre mucho de lo primero y nada de lo segundo..., aunque en ocasiones un giro inesperado podía convertir en promesa lo que hasta el momento sólo había sido ausencia.

*Marina, Alistair, Lilly, Clara, Victoria y  
una pareja feliz*

A veces no sabía si Clara era Blancanieves, o la madrastra —ya que andaba con el ánimo vengativo desde que tuiteé mi renuncia al flamenco—, y Alistair el príncipe..., o el enano gruñón, debido a que tan pronto era encantador como una mezcla entre hidra y dragón —aunque mudo—, transformación que se producía cada vez que recibía un mensaje en su teléfono.

Lo cierto es que ese hecho no ocurría muy a menudo, porque si alguien había en esa tierra que no era adicto al móvil ése era él, pero cuando sucedía hasta convulsiones le provocaba. Así, no es que tras leer los wasaps viera el mundo de otro color, pasando de blanco nuclear a negro radical, es que lo arrasaba con la mirada, haciendo uso de los poderes que le confería la mitad dragón en la que se convertía. Y, con el tamaño de esos ojos, mucho me temía yo que de acabar echando fuego por ellos iba a dejar Escocia, y alguna que otra región vecina, sin tierra en la que vivir... o visitar.

El hecho en cuestión se produjo aquella mañana cuando salíamos del lago Ness hacia Portree, justo cuando arrancaba el motor, y la transfiguración se obró sólo una décima de segundo después, con Alistair debutando con cara de endriago y voz de jirafa, que para todo aquel que no lo sepa es el único animal que no tiene cuerdas vocales. Una vez metamorfoseado, se encaminó hacia la carretera general —aunque su destino emocional fuera mucho más incierto—,

tras lo que bajó inmediatamente las cuatro ventanillas, para que todos los animales que contenía de repente ese coche no se asfixiaran, o eso me dije yo.

El aire casi me succionaba, pero por la ventanilla del conductor, por lo que en algún momento llegué a pensar que mi cuerpo iba a convertirse en un globo gigante ascendiendo en espiral hacia el cielo, como lo hacen las casas..., y las vacas..., en mitad de un tornado. Sin embargo, lo que más me preocupaba era cómo podría explicarle a Alistair que yo no pretendía, bajo ningún concepto, abalanzarme sobre él, sino que era víctima de una fuerza mucho mayor que la que pudieran tener mis instintos, llamada efecto trasero, o, lo que es lo mismo, que como no cerrara ipso facto las ventanillas del coche no iba a ser el fuego de sus ojos lo que no lo dejara ver la carretera, ¡sino mi culo delante de ellos!

De repente, el lado más desconocido de Alistair salió a relucir al preguntarme con un tono de necesidad en la voz:

—¿Por qué decidiste venir a Skye?

Difícil cuestión para responder tan inesperadamente y sin querer dejar expuesto mi maltrecho corazón, de manera que me decanté por una respuesta ambigua.

—Porque había llegado al final de todo lo que consideraba importante.

Debió de bastarle, ya que, momentáneamente al menos, se conformó, y percibí además que su nivel de tensión se relajaba, lo que me animó a hacerle la misma pregunta.

—¿Y tú?

—Para enfrentarme con la realidad, esa parte de la vida que nunca es la divertida...

Dicho eso, puso el intermitente y se orilló en el arcén con la intención de completar la frase, según pude comprobar instantes después:

—... y para descubrir que lo más duro de todo es dejarse llevar.

Probablemente sólo duró una fracción de segundo, pero me miró tan fija e intensamente que mis ojos no tuvieron escapatoria, como si hubiera puesto en marcha un imán gigante que atrapara mi voluntad... y hasta mi capacidad de pestañear.

Una vez comprobada la imposibilidad de apartar mis ojos de los suyos, al

menos sí pude poner en movimiento mis músculos faciales con la intención de mostrarle que no era capaz de entender, ni a él ni lo que estaba sucediendo en el interior de ese coche.

Apenas un minuto más tarde, y cuando Alistair aún no se había decidido a hablar, mi móvil sonó. Se trataba de Mark, el abuelo de Lilly, que me preguntaba si llegaría a tiempo para recogerla del colegio. Sin que yo hubiera acabado la conversación, y sin mediar palabra alguna entre nosotros, aunque con el gesto claramente contrariado, Alistair volvió a poner el intermitente y se incorporó de nuevo a la carretera.

¿Había querido decir lo que yo estaba suponiendo?

En ese momento recordé una canción de Christina Perri, *The Words* («Las palabras»), cuyo estribillo recogía una frase similar a la que Alistair acababa de pronunciar.

Lo que la cantante norteamericana sentía cuando la escribió probablemente fuera lo mismo que experimentan todos aquellos aquejados de miedo a reconocer públicamente el amor que los abrumba y por el que sufren tanto por el temor a abandonarse a otra persona como por la posibilidad de no ser correspondidos.

Mientras esos acordes resonaban en mis oídos di en pensar, pese a todo, que si en algo era experta era en equivocarse las señales, en no verlas cuando debería o en verlas donde no las había. Por eso me dije que lo más probable era que no existiera ninguna doblez en las palabras, en las intenciones ni en las miradas de Alistair.

Por tanto, que el comportamiento que yo consideraba extraño en él fuera todo un engaño de mi imaginación era la opción más plausible. Era cierto que algún mal de amores lo aquejaba, proceso emocional que se mantenía inestable dentro de la gravedad, porque para reconocer esa enfermedad y su estadio no había que ser un psiquiatra de reputado prestigio, pero de ahí a pensar que tenía algún interés en mí... Si buscaba algo en Marina Mirizarry era, sin lugar a dudas, el consejo de una mujer para saber a qué atenerse con otra mujer.

Además, si por una vez quería ser honesta conmigo misma debía reconocer que mi única aspiración en la vida era, y había sido siempre, la de encontrar a



alguien que me quisiera, lo que presumiblemente me llevara a distorsionar, o incluso a falsear, cualquier evidencia que beneficiara ese fin. Sin embargo, y a la vista del estrepitoso fracaso en mi propósito, no me iba a quedar más remedio que dedicar mi tiempo y mi energía a intentar quererme a mí misma, en lo bueno y lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad..., y, en el fondo, a eso había ido a Escocia, a aceptarme tal y como era, a firmar la paz conmigo misma.

De vuelta, pues, a mi realidad, me enfrasqué de nuevo en el silencio. Ninguno de los dos dijo nada en el camino hacia Skye, lo que no era de extrañar entre nosotros, pero sí su semblante, enojado, así como enérgico y contenido, como si estuviera enfrentándose a dos fuerzas internas que lucharan en sentidos opuestos, e incluso una tercera que pugnaba para que ambas dejaran de batirse y abandonaran la pelea.

Cuando llegamos a Portree no hizo falta que le pidiera que me llevara hasta el colegio de Lilly, ya que se encaminó hasta allí directamente, sin pasar por la pensión. No obstante, y aunque yo me bajé inmediatamente del coche, él permaneció sin moverse hasta que la niña apareció por la verja. Al arrodillarme para abrazarla, vi cómo Alistair giraba el volante para volver sobre sus pasos, y también cómo clavaba sus ojos en los míos, una mirada de ímpetu.

La que yo le devolví fue de indefensión.

Mientras lo veía alejarse tuve la sensación de que el corazón se me encogía.

—¿A que no sabes lo que me han dicho hoy en clase? —me preguntó nada más verme Lilly.

—¿Qué, tesoro? —le pregunté yo a su vez, sintiendo aún cómo los ojos de Alistair se atornillaban a los míos.

—Que hay que prepararse mucho en la vida para hacer cosas grandes.

—Y es un muy buen consejo. ¿Quieres que yo te dé otro?

—¡Vale!

—Que hay que disfrutar de las cosas pequeñas, porque nunca sabemos si las tendremos mayores.

—¡Me gusta! Y también nos han dicho que esta noche tenemos que estar

muy pendientes porque va a haber un cielo lleno de estrellas. ¡Espero no quedarme dormida y perdérmelo! —exclamó con sus preciosos ojos azules llenos de pena.

—No te preocupes, cariño. Podemos poner a grabar la cámara de vídeo del abuelo y, además, aunque no lo vieras no pasaría nada. Mañana por la mañana podremos disfrutar de un nuevo cielo...

—Pero por las mañanas no hay estrellas... —aseguró con pesar.

—Cierto. Por eso a mí me gustan los cielos llenos de nubes, porque no siempre tenemos estrellas.

Lilly se quedó satisfecha..., aunque deseosa de contemplar, y contar, sus estrellas.

En mi dudoso papel de ángel, incapaz de saber lo que necesitaba una niña huérfana de seis años, lo único que pretendía con mis amagos de consejos era ahorrarle más sufrimientos, que bastantes le había infligido ya la vida. Así, lo que yo procuraba era que aprendiera a conformarse, y a disfrutar de lo que se tiene, a mantenerse con los pies en la tierra..., porque si algo no tenía este ángel español eran alas.

No obstante, tras dejarla en su casa y dirigirme hacia el B&B, no era precisamente en un ángel en quien yo iba pensando. Miedo me daba averiguar con quién me iba a encontrar a mi llegada, si con Blancanieves... o con la madrastra, aunque cierto era que Clara no se ajustaba demasiado al perfil de la primera, ese personaje dulce y tierno que retrataba Disney en su película, ya que su mala leche necesitaba de un papel con más matices, con más claroscuras, como la bruja buena... o la menos mala.

Aun así, no me la encontré convertida ni en bruja ni en madrastra, ni planeando ningún tipo de venganza contra mí, sino centrada en desahogarse contra algún hecho que debía de haberle sucedido en el transcurso del día y del que todavía no me había informado, ni superado. Y, a falta de coche, que era con lo que solía desfogarse en Madrid, *apatrullando* la ciudad, había cogido una bici.

Casi me da un síncope al ser consciente de la concatenación de desgracias que podían derivarse de ese hecho tan aparentemente nimio. En consecuencia, en ese instante vi cómo se encendía en mi cabeza una señal enorme de peligro,

ni más ni menos lo que era Clara con cualquier objeto que incorporara ruedas, ya fuera un triciclo o una maleta. Y si, además, sujetaba el móvil con una de las manos, ya podía darse por garantizado que sucedería una debacle.

Con esa mente mía tan fecunda, consideré como susceptible de ser estipulado que, cada vez que ella pusiera una rueda en el asfalto, la Dirección General de Tráfico —o su equivalente escocés— estableciera un dispositivo para repartir cinturones de seguridad a los viandantes, aunque fuera para sujetarse a las farolas o colgarse de las ramas de los árboles, no sólo porque podría atropellarlos, sino por lo que pudiera pasarles.

En una ocasión se dio un golpe, cien por cien culpa suya, como ella misma reconoció *in situ*, de forma que no tuvo problema en agachar la cabeza y asumir su responsabilidad..., hasta que al conductor agraviado se le calentó la boca y acabó preguntándole si el seguro de su coche le cubriría el síndrome premenstrual. Fue entonces cuando Clara empezó a agredirlo, verbalmente, haciéndole ver que él padecía otro síndrome, pero de estupidez generalizada.

Cómo sería la cosa que el otro conductor —que casi doblaba en altura a mi amiga, lo que tampoco quiere decir que fuera muy alto, dicho sea de paso — acabó abandonando allí su coche, perseguido por una crecida Clara que amagaba con alcanzarlo allá por Sebastopol, pasando por Bollullos Par del Condado y demás pueblos de la ribera del Duero, del Tajo, del Miño, del Ebro, o de cualquier otro río que atravesara España de parte a parte.

Una de las cualidades que más me maravillaban de ella era cómo podía estar tan en forma esa mujer tan pequeña con el poco ejercicio que hacía, ya que para Clara deporte era sinónimo de subirse y bajarse de los tacones..., claro que, teniendo en cuenta que a lo que se subía y de lo que se bajaba más parecían andamios que tacones, quizá tuviera algo de lógica.

Pero ciñéndonos al día escocés en cuestión, tras unos cuantos amagos ridículos de persecución e intentos de evasión, finalmente pude hacerme con ella, apearla de la bici y conseguir que me contara el motivo de su ansiedad.

—¡No te lo vas a creer! Mi abuela ha dejado a su novio ¡por otro más joven! —me confesó rayando en la histeria.

Casi exploté en risas, y no solté más carcajadas porque notaba la mirada furibunda de Clara a punto de convertirse en sogas con la que ahorcar mi

garganta para evitar que me riera más.

—Y ¿cuántos años tiene? —atiné a preguntar cuando pude recuperar el aliento, y también la voz.

—El otro tenía sesenta y cinco, ¡pero es que este tiene sesenta! ¡Sesenta años! —gritó al borde de la convulsión.

—Y ¿qué hace un hombre de esa edad viviendo en un geriátrico? —me picó la curiosidad.

—No desvaríes, que ésa no es la cuestión —me regañó Clara—, ¡sino qué tiene esa mujer que no he heredado yo!

—¡Por lo pronto, años! —le respondí divertida—, porque ¿cuántos tiene ya? ¿Noventa y cuatro?

—¡Efectivamente! ¡Y él sesenta! ¡Si es que mi abuela está cometiendo un infanticidio y en la residencia lo están consintiendo! ¡Si es que, aunque un poco talludito, casi me vale a mí!

—¡Pues tú estarías cometiendo un abuelicidio, bonita!, que a ese pobre tendrían que implantarle un marcapasos si te insinúas, que digo yo que alguna dolencia grave tendrá que padecer para vivir en un geriátrico a esa edad...

—Y dale... —me interrumpió—, ¡que seguro que está en forma, porque ya antes de romper con el otro le había puesto los cuernos con éste!

Yo no daba crédito a las palabras de Clara. O tal vez sí. Es más, pensándolo fríamente, estaba en línea con las cosas insólitas que sólo nos podían pasar a nosotras..., eso, o que la abuela, más que nadie, era consciente de que la vida es corta y estaba dispuesta a probar de todo, y a todos, antes de cambiar de vecindario.

—Y ¿qué explicación te ha dado sobre la ruptura con el anterior pretendiente?

—Que el de sesenta y cinco se estaba haciendo mayor y que ella no quería ser enfermera de nadie... ¡Con dos cojones!

No podía más. La risa me desbordaba, como un volcán en erupción imposible de parar. A ese paso, el marcapasos iban a tener que implantármelo a mí, pero en el cerebro, porque cada dos por tres se me interrumpía el suministro de oxígeno a causa de las carcajadas.

—A lo mejor es una psicópata sexual y por eso se la disputan —comenté

desternillándome.

—O una ninfómana. ¿Te crees que no lo he pensado? —apostilló con un gesto de horror tanto en sus ojos como en su tono.

—Anda, vamos, que le voy a pedir prestada a Victoria la cocina y te preparo tu comida favorita, para que se te pase el soponcio —intenté animarla.

—¿Tengo comida favorita? —se sorprendió Clara.

—¡Pues claro! La tortilla de patatas.

—Vas a tener razón... ¡Qué buena amiga eres! ¡Qué bien me conoces! ¡Mejor que yo! Y, hablando de buenas amigas, tú sabes que una de verdad no me habría dejado en la estacada con el tema del flamenco, ¿no?

Más tarde o más temprano, sabía que llegaríamos a ese tema.

—Y una buena amiga tampoco acorrالا, y menos en directo, con la intención de obligarme a hacer algo que, en ningún caso, quiero hacer.

—Tú te encuentras a gusto bajo las nubes y entre las piedras, ¡pero yo necesito divertirme para superarlo! Y no me digas que no sería un puntazo que Gerard Butler viniera hasta aquí. ¡Venga, ayúdame!

—Yo te asesoro, fuera de cámara, y tú bailas. Y, sabes que no va a venir, ¿verdad?

—Probablemente sólo tengamos un 0,1 por ciento de probabilidades, pero esa nimiedad es real. Además, ¿a que tampoco pensabas que fuéramos a conseguir tantas seguidoras?

—En esto último tienes razón, pero reconoce que no es lo mismo.

—Torres más altas han caído —se creció Clara—. De cualquier manera, he estado navegando un rato esta mañana por internet y me ha dado la sensación de que es un tío bastante enrollado, campechano, cercano, nada que ver con lo que el común de los mortales identificaría como una estrella de Hollywood. Y también parece muy divertido, con mucho sentido del humor. Lo mismo le caemos en gracia y se tira el rollo. ¡Venga! Lo peor que puede pasar es que no venga, y, aun así, ¡nos echaríamos unas risas!

Estuvimos unos cinco minutos más con nuestro tira y afloja, hasta que, al final, y como yo ya sospechaba desde el principio de la charla, acabé cediendo, con ese carácter mío tan poco combativo y acomodaticio que mi madre no había conseguido enderezar.

Lo que yo no sabía, ni llegaba a sospechar, era hasta qué punto me iba a arrepentir de haber tomado esa decisión, pero desde ese preciso instante, ya que en cuanto el «sí» final salió de mis labios, Clara me llevó por el camino de la perdición..., para lo que, previamente, me llevó de excursión...

Cuando finalmente nos pusimos a grabar, me cedió el micrófono a fin de que pudiera explicar los motivos que me habían llevado a cambiar de opinión.

—¡Hola, gente! Después de la avalancha de críticas recibidas a través de Twitter y YouTube, veinticinco mil de las cuales me han tachado de cobarde, cuarenta mil de gallina y cien mil de sosa, tengo que decir que son estas últimas las que me han hecho rectificar, porque ¡sí hay algo que no soy es sosa!, así que, ¡vamos a empezar por hacer ese baile, que ya habrá tiempo para todo lo demás!

A pesar de lo festivo del momento, sobre todo para Clara, que no hacía más que dar botes en la silla, quise dejar claro de antemano, tanto para los conocedores como los no conocedores del flamenco, que era un arte que me producía muchísimo respeto, fundamentalmente porque su encanto no radicaba tanto en la técnica, sino en la mezcla de deseo, lucha, dolor y pasión que entrañaba, algo que no se puede aprender en un tutorial sacado de cualquier web.

Además, tal y como comentó Clara a continuación, nos habíamos encontrado con otro problema fundamental.

—Para todo el que no lo sepa, estamos en Escocia, donde las faldas que tienen son, por defecto..., escocesas, es decir, de cuadros, con tablas e imperdibles, ¡pero sin volantes! ¡Por no hablar de la dificultad para encontrar los zapatos típicos de gitana! Así las cosas, hemos decidido improvisar.

Acto seguido, Clara dividió la pantalla del ordenador en dos mitades para que en una de ellas se nos pudiera ver a ambas, en directo, mientras que en la otra mitad se reproducía un vídeo previamente grabado en el que aparecía yo vestida con el traje de Victoria de primera comunión, pero en versión escocesa: la consabida falda con su chaqueta y sus calcetines de rombos a juego, todo muy a juego y de un rosa primoroso. Decir que yo era lo más parecido a un chupa-chups Kojac de fresa *total look* que hubiera parido madre era quedarse ostensiblemente corto, ya que, para completar el estilismo, el

conjunto se adornaba con una boina culminada por un pompón en lo alto de la cocorota, o sea, la guinda rosa del pastel. Vamos, como una lagarterana, pero con *kilt*. ¡Había que verme! ¡Si hasta mi madre habría renegado de mí!

Finalmente, y en lugar de clavel —que tampoco se prodigaban mucho por esas tierras—, Clara me colocó un cardo en la boca, la flor típica de Escocia, de la que no creo que sea necesario, por repetitivo, que mencione el color.

Sin embargo, y a pesar de que podría pensarse que no habría nada más oprobioso que esa indumentaria —que perfectamente podría ocupar un lugar de honor en la Colección Vestidos del Mundo de esa muñeca de nombre Barbie y apellido Mattel—, lo peor de todo, con diferencia, fue intentar bailar flamenco con ese atuendo, como pudieron comprobar sobradamente el millón y medio de personas que nos seguían, en una ejemplificación sin paliativos del patetismo más absoluto.

Desde luego, si el sentido del ridículo es el último recurso de la inteligencia para preservar la dignidad humana, hacía varios tonos de rosa que a mí no me quedaba ninguna.

—Una vez comprobado que esos derroteros no nos llevaban a ningún camino —prosiguió Clara, todavía en directo—, decidimos sobre la marcha tomar otro alternativo.

Mi amiga mostró esta vez otra imagen mía llevando un mantel en lugar de la tradicional bata de cola, que muy poco artísticamente me había colocado Victoria —quien aparecía saludando en segundo plano, bastante poco artísticamente también— y en el que previamente habíamos pegado unos redondeles de cartón a modo de lunares, haciendo un alarde hispanoescocés de cutrerío.

—Y, por lo que se refiere a los zapatos de flamenca —continuó—, las opciones que, de momento, barajamos son dos.

La nueva imagen me mostraba con un pie embutido en una de mis botas de senderismo, restos de barro incorporados, mientras que en el otro calzaba una de mis zapatillas roncadoras de Winnie the Pooh, efectos especiales incluidos.

Tenía una pinta tan innoble que Victoria sugirió llevarme de vuelta al lago Ness como reclamo para conseguir que *Nessie* subiera a la superficie... a descojonarse.

—El siguiente problema con el que nos hemos encontrado es lo que tenemos que conseguir —continuó con su explicación Clara, para lo que mostró un vídeo de una bailaora profesional, con otra detrás batiendo palmas —, cuando la materia prima con la que contamos no se acerca ni de lejos a esa realidad.

En esta ocasión, la imagen era de nuevo la mía, con ese atuendo folclórico-depresivo que me habían colocado, y la de Victoria detrás, jaleando y aplaudiendo, que no puede haber cosa más desaborida que una escocesa de mediana edad metida a flamenca de mentirijillas, que, si yo decía de mí misma que tenía la gracia en el culo, Victoria no la tenía en ningún sitio. Y es que, si yo parecía haber contraído una enfermedad espasmódica, cuyo síntoma era el movimiento convulsivo de mis extremidades, Victoria aglutinaba epilepsia, párkinson, Huntington y cualquier otro trastorno mental que implicara un movimiento desenfrenado y descontrolado de sus manos... y de sus ojos..., que, ¡coño!, había que ver cómo se parecía a mi madre cuando le daban esos ataques suyos de estrabismo.

Yo me reía de ella, desternillándome, mientras que ella se reía de mí, descuajeringándose, y no sabía decir cuál de las dos se tronchaba más, porque, a ciencia cierta, resultaba difícil discernir cuál de las dos lo hacía peor, probablemente alcanzando ambas la excelencia en el dudoso arte de hacerlo rematadamente mal.

—A la vista de lo pésimamente que se nos da —reconoció Clara, aún en directo— hemos salido a las calles de Skye para buscar ayuda, y nos hemos encontrado con otro problema esencial: ¡que Escocia está llena de escoceses!

El siguiente vídeo, por tanto, nos mostraba a las tres implorando ayuda a los afables paisanos de la isla de Skye, solicitando sus consejos sobre cómo mejorar nuestro flamenco, cosa que, para nuestra sorpresa, sucedió. Así, desde abueletes con bastón —que se prestaron a contonear sus prótesis de cadera—, hasta niños pequeños —que botaron y botaron, y nosotras con ellos—, se ofrecieron a servirnos de improvisados maestros. No obstante, tanto bote dio que pensar a Clara, al caer en la cuenta de que tal vez en las Highlands consideraran que nuestro baile más típico tenía algo que ver con las camas elásticas, o incluso con los saltos acrobáticos. «Habría que hablar con el



Instituto Cervantes, o similar, para averiguar qué coño de difusión de nuestra cultura hacen por aquí, porque me da a mí que los lugareños confunden el flamenco con la *capoeira*», fue su crítica inicial y recomendación posterior.

Ya fuera pensando que éramos brasileñas o españolas, lo cierto es que todos aquellos a los que abordamos fueron extraordinariamente amables con nosotras, sobre todo un abuelillo que me sirvió de apoyo logístico durante el camino..., para ayudarme a recoger todos los lunares que se me iban despegando, y desperdigando por las aceras, procedentes de esa chapuza de falda que habíamos diseñado a medias entre Victoria y yo.

La conclusión final a la que llegamos las tres después de nuestra solicitud callejera de colaboración fue que yo seguía haciéndolo igual de mal, pero, contra todo pronóstico, el noventa y nueve por ciento de los escoceses bailaba flamenco mejor que yo.

—... Así que no quiero desanimar a nadie —concluyó Clara la retransmisión mientras me miraba fijamente a los ojos—; sin embargo, sí quiero vaticinar que bailar no sé lo que Marina acabará bailando, pero reírnos nos vamos a reír... hasta reventar.

Cuando, unas horas después, estuvimos las tres sentadas en nuestro banco del jardín esperando nuestra aurora boreal, una cosa tuve que reconocerle a Clara: si es cierto que admitir que se tiene un problema es el primer paso para resolverlo, también lo es que reírse de uno mismo es la primera confirmación de que has empezado a superarlo.

Y, aunque no sabíamos si para hacerlo con nosotras o de nosotras, lo cierto es que medio millón de personas más se habían sumado a nuestro peculiar club de risas *online*. «¡Dos millones y subiendo!», brindó Clara con su ron, haciendo chocar con entusiasmo nuestros vasos de whisky.

Increíblemente, la que parecía estar más eufórica de todas era Victoria, más incluso que Clara, como si hubiera recuperado parte de una juventud que daba por perdida o resucitado unas risas que hubieran fallecido, tal vez las primeras desde la muerte de su esposo. «Si al final Clara va a saber lo que se hace», me dije convencida.

—Ya veréis como de esto va a salir algo bueno para vosotras —aseguró Victoria complacida—. Seguro que acabaréis conociendo a alguien que os

haga olvidar los malos tragos.

—¡Ni de coña! —respondió veloz Clara—. Yo no pienso conocer a nadie más. De hecho, voy a encargarle a mi madre que me concierte un matrimonio, como en la Edad Media, que seguro que voy a tener más probabilidades de que funcione. Y lo voy a hacer en plan salvaje, sin conocernos, llegando con el velo puesto al altar.

—¿Y él también? —pregunté con malicia—. ¿Te imaginas que debajo te aparece el hombre elefante?

—¡No seas agorera! —me dio una colleja Clara—. ¡No me fastidies el plan!

—Pues yo no te lo aconsejo —recomendó Victoria—. Uno de los secretos para que un matrimonio funcione son las mariposas en el estómago.

—Explícate —exigió Clara.

—Que, si no os casáis enamoradas, pero enamoradas de verdad, os divorciaréis la primera vez que os encontréis unos calcetines tirados por medio. El aleteo de las mariposas en el estómago os hará falta para llegar hasta el final.

—No me creo que habiendo estado casada treinta años sintieras todavía las mariposas —afirmé con rotundidad.

—Pues te equivocas. No todos los días, no a todas horas, pero ahí estaban. Para que sobrevivan tantos años sólo tienes que alimentarlas...

—Y ¿hay un néctar específico para eso? —preguntó Clara con incredulidad.

—Sí, se llama intimidad... —confesó pícaro Victoria.

—Las relaciones sexuales están sobrevaloradas —rechazó el planteamiento Clara—. No te niego que sean importantes (más para ellos que para nosotras), y a mí me gustan como a la que más, pero de ahí a que sean la base para que un matrimonio aguante...

—Pues te equivocas tú también. Te sorprenderías de lo que pueden llegar a unir... Y puede que los hombres las sobrevaloren, pero es que nosotras las infravaloramos..., y mucho. ¿A que tú agradeces que tu chico vaya contigo de compras una tarde entera, o te lleve al cine a ver una película romántica, cosa que a él no le apetece lo más mínimo?

—¡Claro! Igual que nosotras nos tragamos los partidos de fútbol que, en general, no nos gustan nada —confirmó Clara.

—Pues lo del sexo es lo mismo. El éxito de una relación se basa en satisfacer las necesidades del otro, y no sólo que el otro satisfaga las tuyas; es más, a veces tienes que anteponer las de él, empleando una táctica que se llama generosidad. Yo no te digo que haya que hacerlo obligada, pero a veces es sólo que pasas, o te olvidas del tema, y si hay una cosa que hay que recordar sobre el sexo es que, como en el comer, o en el rascar, ¡todo es empezar!

Permanecimos allí las tres, hablando un buen rato más, unas risas por aquí, unos brindis por allá, hasta que, medio dormidas todas, Clara y Victoria se marcharon a la cocina a preparar unos té con los que calentarnos antes de irnos a la cama.

\* \* \*

Me quedé yo sola, pues, en el banco, dando alguna que otra cabezada, con la compañía acústica de mis dos zapatillas roncadoras y la muda de una botella vacía de whisky.

A una cierta distancia apareció Alistair tras pasear a su perro, que no pudo evitar reírse al contemplar la escena..., mi escena: mi aparente soledad, mi cabeza amagando la muerte del loro, la botella gritando públicamente el motivo y mis zapatillas proclamando la conclusión..., ronquido que te crio...

Por la mente se le pasó acercarse para despertarme y mandarme a la cama, aunque finalmente creyó que podría incomodarme y que, en última instancia, no era asunto de su incumbencia. De igual manera, consideró una clamorosa ausencia por mi parte a la excursión que teníamos prevista para el día siguiente, si bien finalmente descartó la idea, cosa que hizo con una enorme sonrisa en los labios, la misma que lo acompañó durante todo el trayecto hasta su habitación y la misma con la que se escurrió bajo las sábanas.

En lo que a mí se refería, obligada me vi a recurrir a un refrán de nueva acuñación: «Noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno», pastilla que tuve que tomarme en cuanto me desperté para poder hacer frente a la mencionada

excursión, cuyo destino era Kilt Rock, de nuevo en la isla de Skye.

Se trataba de una formación rocosa originada hacía millones de años por un fenómeno volcánico, cuyo nombre se debía a su semejanza —en forma y color— con el *kilt*, la típica falda escocesa. Otro de sus atractivos radicaba en una impresionante caída de agua —de unos cincuenta metros de altura, que vertía directamente al mar—, así como en el paisaje que se divisaba desde los acantilados, compuesto por montañas de un verde salvaje y lagos de aguas grises, que no eran sino lenguas de mar sorteando múltiples y pequeños islotes.

Cuando llegamos allí, Alistair se encontraba en un estado físico lamentable, que más parecía que la noche de juerga se la hubiera corrido él y no yo. Su estómago no rugía, sino que fluía, con un caudal que para sí lo quisiera el río Amazonas en época de lluvias, hecho que intenté mitigar ofreciéndole algo de comer. Después lo acometió el hipo, para lo que le di agua; luego vino la tos, que intenté sofocar con un caramelo de eucalipto, y, finalmente, le sobrevino un ataque agudo de mucosidad, para lo que le suministré uno, dos y hasta tres pañuelos desechables.

—¿Hay algo que no lleves en esa mochila? —me preguntó con un ánimo muy próximo a la carcajada.

—Depende de cuáles sean los próximos fenómenos fisiológicos que vayas a experimentar —comenté divertida.

Tras soltar la carcajada, y poniendo yo cara de estar pensando en el resto de sus órganos u orificios, y qué consecuencias, en forma de gases o similares, podían provenir de ellos, Alistair aseguró:

—Ves la vida con humor, ¿verdad?

—Mejor reírse, y que pase lo que tenga que pasar..., total, ¿no vas a poder evitarlo!

—Dicen que los que se ríen viven más y mejor —aseguró, argumentado una segunda hipótesis que apoyara mi teoría.

—O se los oye más —sentencié mientras Alistair se anegaba en risas.

Definitivamente, ese día parecía estar de buen humor, y no atormentado por su móvil, su relación con alguien, o conmigo, con esas miradas que me dedicaba a veces y que me empalaban.

Descansando en el mirador de Kilt Rock, junto a las huellas que probaban la existencia de los dinosaurios y su paso por esas tierras, cualquiera que nos hubiera visto habría pensado que éramos una pareja cualquiera haciendo turismo. Además, Alistair se había sentado junto a mí un poco más cerca de lo que era habitual, o de lo que podría ser considerado como normal entre dos personas que ni siquiera compartían una amistad. Así, al regresar de tomar sus fotos, se había arrellanado a mi lado, como quien se acomoda con gusto en el sofá de su salón, de manera que nuestras piernas, y el resto de nuestros cuerpos, casi se rozaban. A su vez, y a pesar de que nos encontrábamos en paralelo, su cabeza estaba más tiempo girada hacia la mía —aunque no mediara ninguna palabra entre nosotros— que mirando al frente, donde estaba el paisaje que se suponía tendría que contemplar.

Alistair parecía sentirse muy cómodo con su postura; a mí, sin embargo, tanta proximidad —y sin un motivo aparente que la justificara— me inquietaba, convirtiéndome en vulnerable y ejerciendo sobre mí como un destabilizador. Me veía a mí misma como un volante que ha de luchar contra la resistencia de una rueda pinchada, aunque no fuera aire lo que se liberara de ella, sino mis emociones, que entorpecían mi pretendido alejamiento de Alistair, lo impregnaban todo de dudas y potenciaban aún más mis sentimientos.

Apenas unos minutos después comprendí el motivo de su acercamiento, lo que confirmó a su vez mi teoría sobre su nulo interés en mí, salvo para ofrecerle un punto de vista femenino acerca de sus cuitas amorosas con la mujer que lo llevaba por el camino de la amargura.

—¿Tú estarías con alguien que detestara lo que a ti más te gusta en la vida?, ¿disfrutar de esto, por ejemplo? —preguntó señalando el paisaje que teníamos frente a nosotros.

Directo, sin preámbulos o prolegómenos que explicaran el contexto en el que se ubicaba su preocupación, o por qué mi opinión era requerida e importante para él. Inmersa en la ignorancia, por tanto, decidí adoptar la misma actitud.

—¿Alguna vez te dijo, o te hizo creer, que le gustaba? ¿O diste por sentado, sin llegar a planteártelo, o a planteárselo, que iba a ser de otra

manera?

Se quedó perplejo, no sé si por mi franqueza o porque la respuesta le pareció un perfecto desatino. Por su expresión deduje, en cualquier caso, que lo que él esperaba era un básico y mayúsculo «no» como única contestación a su pregunta. Aun así, quiso ceñirse a mi comentario sugiriendo, con un atisbo de duda, aunque también con algo de asombro:

—¿Efecto distorsión de la realidad?

—Me refiero a que yo primero averiguaría si la persona que desearías que fuera se corresponde con la que es en realidad —intenté explicarme.

—La primera no creo que exista, y para encontrar a la segunda nos haría falta un experto que pudiera discernir entre lo que es realidad y lo que es ficción —afirmó con pesar.

—Pues ése es un máster que he suspendido cada vez que me he presentado, ¡y me he matriculado ya unas cuantas veces!, así que mucho me temo que estás hablando con la persona equivocada.

—No creo que seas la persona equivocada...

Lo dijo con un regusto de cariño, con un tono en la voz que yo intuí, o imaginé, pretendía reconfortar.

—Es más —prosiguió—, creo que eres la persona más acertada con la que podría hablar.

Esta vez, tras pronunciar esas palabras, hundió la mirada en la tierra, con tal intensidad que pensé que iba a abrirse el suelo que sostenía nuestros pies. Acto seguido, giró los ojos, ensamblándolos con los míos, con una precisión digna de un maestro carpintero cuya tarea fuera encajar las cuatro piezas que constituirían un mueble imperecedero.

Automáticamente, noté cómo el volante de mi coche zozobraba, y cómo no una, sino las cuatro ruedas perdían aire a la vez, al igual que una olla exprés. A punto estuve de darle una respuesta ambigua, pero acorde con sus palabras y con mis sentimientos, hasta que recordé una frase de mi padre (¡mi padre!): «En ocasiones se puede ser honesto, pero nunca, nunca, se debe decir la verdad». Pues ésa era una de esas veces en las que había que salir por la tangente...

—Victoria es tu persona. Ella es una experta en relaciones que

funcionan... y perduran.

Se quedó desconcertado, sin saber cómo reconducir la conversación, aunque al final acertó a decir:

—De los fracasos salen grandes aciertos...

—Probablemente. Hay gente que acierta después de muchos fracasos, pero también la hay que es experta sólo en equivocarse, que pone tanto empeño en atinar que se pasa de rosca y acaba en el bando contrario; es decir, que consigue justo lo contrario de lo que se propone. Si te encuentras con una de esas personas, nunca le pidas consejo, porque cualquiera que te dé estará abocado al fracaso.

No le dije que ésa era yo, al menos no con esas palabras, pero sí le dejé claro que no era la persona indicada para ayudarlo, tanto si lo que pretendía era romper definitivamente con su novia como volver con ella, porque ¿a quién quería engañar? Si ese chico necesitaba ayuda, orientación, o incluso consuelo, yo era la última persona con la que debía hablar, o tratar.

Pese a ello, Alistair no estaba dispuesto a renunciar, al menos todavía. Por tanto, me tendió una mano, verbalmente hablando, en la que, de haber querido, habría visto una segunda intención, incluso el planteamiento de una propuesta en común.

—Compartir los fracasos que has vivido en relaciones anteriores puede ser una buena manera de remontarlos...

—Sinceramente —lo interrumpí—, de relaciones no entiendo mucho, más bien nada. Hoy en día, sólo sé que la vida es un contrato, el famoso «hasta que la muerte nos separe», pero no con otro, sino con uno mismo.

Mi maltratado corazón seguía, de momento, a salvo, solitariamente a salvo. Compartir fracasos, experiencias, deseos, anhelos, esperanzas de futuro... no constituía una opción para mí. Ya tenía demasiados recuerdos sobradamente compartidos con todas mis citas a lo largo de mi vida y un año entero de ellos con Alejo que sólo me habían llevado a estar sentada con los pies colgando hacia el abismo en ese rincón perdido del mundo que era Kilt Rock.

Si algo no tenía eran fórmulas mágicas. En mi vida no había magia potagia, ni abracadabras, ni llaves modelo «ábrete sésamo» que desbloquearan las

puertas cuyo franqueo se me había negado siempre. Tampoco existían trucos, como un *supercalifragilisticoespialidoso*, o un *hakuna matata*, que me hicieran sentir bien después, cuando todo se malograba, porque siempre se malograba...

—Y ¿no te plantearías intentar cambiar las cosas? ¿Hacerlas de otra manera, con otra persona? ¿Darte una nueva oportunidad?

Me pareció que Alistair lo preguntaba con pesadumbre, incluso con desesperanza; sin embargo, inmediatamente deseché ese matiz, segura como estaba de que cualquier señal que yo pudiera vislumbrar en mi cabeza no existía en el mundo real.

Probablemente no había sido consciente hasta ese momento, pero tal vez padeciera una enfermedad merced a la cual las palabras que pronunciaban los demás adquirirían un significado diferente al entrar en mi cerebro, radicalmente distinto del que tenían mientras circulaban, libres, de camino entre su boca y mis oídos, hasta que al atravesar mi mente se transformaban en lo que yo quería que fueran y no en lo que eran en realidad..., el mismo error que yo le achacaba a Alistair con respecto a su novia.

Incapaz, por tanto, de vislumbrar, y demoler, la viga de mi ojo antes de desbrozar la paja de los ajenos, resultaba evidente que no podía concederle más oportunidades al amor, a un amor que estaría condenado al fracaso, con lo que le respondí a Alistair la verdad, mi única verdad:

—Lo he intentado el suficiente número de veces para saber que desear las cosas no las cambia..., ni tampoco hacer algo por cambiarlas. ¿Te suena el dicho «el que nace pobre y feo tiene grandes posibilidades de que, al crecer, se le desarrollen ambas condiciones»? Pues yo ya he crecido, y tengo mis capacidades, o no-capacidades, desarrolladas al máximo. ¡Y esto es lo que soy! ¡Esto es lo que hay!

Y no hubo más aquella mañana, salvo un wasap de Calem en el que me informaba del cambio en su estado civil:

¡Soy oficialmente un hombre emparejado!

¡Y yo soy oficialmente la amiga feliz de un hombre emparejado! ¡Y cuando vengas por aquí, o yo vaya



por allí, querré todos los detalles!

Suerte la de algunos; suerte la de aquellos que se la merecen; suerte la de mi amigo, que no tuvo que cambiarse a sí mismo para que le cambiara la suerte; suerte la de él, que no se dejó desanimar en el pasado por su mala suerte, o que supo afrontar el lado negativo de su vida en espera de que llegara el positivo; suerte de esa amalgama de destino, fortuna, coincidencias, circunstancias, azar, oportunidades y experiencias que lo llevaron hasta William, hasta él, hasta los dos.

Pensando en la suerte de otras parejas felices, o que en algún momento lo fueron, le mandé otro mensaje a mi madre:

¿Alguna novedad?

Para ti sí...

¿Qué quieres decir?

¡Vas a tener un hermanito!

*Marina, Blanca, Clara, Alistair y una  
manada de caballos salvajes*

Tan pegado tenía el móvil a la oreja que me iba a trepanar el cerebro.

Resulta rigurosamente cierto que cuando se está nervioso la capacidad mental se reduce en un porcentaje abismal, como pude comprobar mientras intentaba entender las palabras de mi madre, sin conseguirlo, de forma que segundos después de su llamada todavía no sabía si el hermanito iba ser paterno o materno.

Yo suponía que a mi madre se le habría pasado no el arroz, sino el arrozal entero, pero no me atreví a descartarlo debido a la cantidad de noticias que se publican acerca de mujeres que tienen hijos en lugar de bisnietos, que es lo que por edad casi les correspondería y que es lo que tendría la abuela de Clara —¿o serían tataranietos?— si se pusiera a ello..., que desconozco por qué se me vino a la cabeza la pobre señora, que sólo le faltaba eso a la abuela de noventa y cuatro años, a su novio de sesenta, a Clara... y a Tim Burton, que tendría que rodar una nueva versión de su película *La novia cadáver...* preñada.

«¡Que me disipo y no me entero!», me dije mientras maldecía no sólo la capacidad de mi lengua para proferir trescientas palabras por minuto —que seguro que mi madre me llevó a escondidas a clases de mecanografía especiales para lenguas—, sino también la de mi cerebro, cuyos pensamientos

se originaban y se desplazaban a una velocidad superior a la de la luz.

—Y ¿quién dices que va a tener el hijo? —atiné a preguntarle finalmente a mi madre.

—Pues ¿quién va a ser?, ¡tu padre! ¿Te crees que soy idiota? Aunque pudiera físicamente, ¿cómo se te ocurre pensar que querría volver a pasar otra vez por aquello? ¡Un bebé! ¡Con todo lo que implica y significa! ¡No poder depilarme las dos piernas en el mismo día! ¡O tener que dejar pasar una semana entre que te afeitas una axila y puedes afeitarte la otra!, que no sabes la grima que da verte con una rasurada y la otra con el matojo...

Resultaba evidente que el cerebro de mi madre funcionaba igual que el mío, como los aspersores de las rotondas..., que echan agua por todas partes menos para la que deben. Y el «honra merece quien a los suyos se parece» no me iba a servir de mucho consuelo en esa ocasión: mi madre divagando acerca de su seto en el sobaquejo treinta y un años atrás y mi padre embarazado a una edad cercana a la del novio de la abuela de Clara, quien, recordémoslo, vivía en un geriátrico.

Y, de repente, todas las piezas encajaron en mi cabeza como si de un puzle se tratara: me imaginé a mi padre siendo a su vez el padre del hijo de la abuela nonagenaria de Clara. ¡Sería maravilloso! ¡Seríamos familia! Su abuela tendría un hijo-tataranieto, mi padre un hijo-bisnieto, y Clara y yo un hermano-nieto... Más que en el *Guinness de los récords*, ¡de ésta entrábamos en los anales de la historia! Y mi madre podría posar en la foto con o sin arbusto en su alerón, a su elección.

Tras compartir unas cuantas risas conmigo misma, dejé de lado todos mis desvaríos e intenté centrarme en el notición del día, pidiéndole a mi madre que me informara de todos los detalles de los que tuviera conocimiento.

—Y ¿de quién es el horno en cuyo interior se cuece el bollo? —le pregunté en primer lugar.

—De la loca con cara de loca.

—¡No me jodas! —exclamé sobrecogida.

Casi me caigo de culo de la impresión. Sin embargo, no se trataba únicamente del impacto de saber que parte de mi sangre, ADN y demás intimidades genéticas ya circulaban por el organismo de un nonato. El meollo

de la cuestión radicaba en que mi padre —reconocido psicópata— había elegido para ejercer de ídem, de entre todas las mujeres del mundo, a una que estaba loca y que además tenía cara de loca, con lo que ese hijo estaba condenado de por vida a ser jardinero..., sentenciado a cadena perpetua a estar como una regadera.

De cualquier modo, y antes de que mi cerebro entrara en un bucle de generación espontánea de despropósitos, quise cerciorarme de que lo que había oído era correcto y se atenía a los hechos expuestos.

—¿De verdad? ¿La loca con cara de loca? —pregunté de nuevo, por tanto, con el fin de obtener esa segunda confirmación.

—¡Lo que oyes! —corroboró mi madre.

—Tantas veces que negó que estuviera con ella cuando te perseguía, o cuando nos vigilaba... —recordé con voz avinagrada.

—Una prueba más de lo que vale su palabra... —constató ella sin especial acritud en el tono.

—Y ¿cómo te has enterado?

—Me ha llamado él para decírmelo.

—¿En serio? Y ¿por qué? —le pregunté con asombro.

—Al parecer, la loca le mete prisa para que se casen ya mismo o, en cualquier caso, antes del feliz acontecimiento.

—Que tendrá lugar...

—Dentro de tres meses aproximadamente. Al parecer, está de seis.

—Y ¿te lo ha comunicado como deferencia? —quise saber con verdadera curiosidad, ya que me extrañaba ese nivel de atención y detalle tratándose de mi padre, a quien lo que le pegaba era, en primer lugar, ocultarlo y, si llegaba a saberse, negarlo.

—No lo creo. Más bien para que te lo dijera a ti.

—¿A mí? Y ¿por qué no me ha llamado él o me ha mandado un mensaje?

—Como apenas os habláis, pensó que no le cogerías el teléfono, con lo que llegó a la conclusión de que a través de mí sería más rápido y efectivo.

—Y ¿sabemos cuáles han sido las circunstancias? ¿Un penalti? ¿Un golazo en toda regla?

—Pues la verdad es que ni me lo ha dicho ni se lo he preguntado.

Así las cosas, desconocíamos si a mi padre se le habían escapado los soldaditos o si, por el contrario, había dado rienda suelta a las tropas. También cabía la posibilidad de que hubiera sido ella, mediante una emboscada, la que liberara al ejército cautivo, que ambos se lanzaran conscientemente a un fuego cruzado de fluidos... o que existiera un fallo en el *chubasqueiro do pito*.

Para atenernos a los hechos, lo único que nos constaba era que yo iba a tener un hermano de una madre cuya salud mental estaba seriamente perjudicada, como lo probaba haber hecho del disparate su forma de vida, la mayor parte de la cual la pasaba dentro de un seto, vigilando cuatro ventanas, aunque sin prismáticos, que con esos dos ojos que tenía, que más parecían periscopios, ninguna falta le hacían.

«Y ¿dónde vivirán los tres? —me preguntaba yo—. ¿Se mudarán al seto?» Así, cuando le preguntaran a mi padre sobre su lugar de residencia, éste podría afirmar sin miedo a exagerar: «Nos hemos hecho con un bajo con jardín, rodeados de verde, de mucho verde».

«Pues como el niño les salga alérgico y herede los ojos de la madre, no va a haber ya seto, sino urbanización suficiente ¡en la que quepan esos ojos cuando se le hinchen!», me desternillaba yo sola.

Y, hablando de legados, ¿acabaría el niño siendo el heredero universal del seto? Si cuánta razón tenía yo cuando pensé, ya desde el primer instante, que ese crío iba para jardinero...

Como conclusión de tanto desatino, y partiendo de la base de que nada bueno podía salir de todo aquello, con esos dos mezclándose entre sí, o esos tres, que ya había uno en camino que compartía la tara genética, decidí que no quería tener nada que ver con esa familia de okupas forestales. Por lo que a mí se refería, o resucitaban a Mendel para que me explicara pormenorizadamente lo de los guisantes, así como cuáles eran los caracteres recesivos y cuáles los dominantes, o cada vez que los viera debajo de la ventana los echaría no con cajas destempladas, sino con cubos de agua helada.

Cuando Clara vino a buscarme para rodar la siguiente retransmisión me encontró enfrascada en mis dislates, tanto que no pudo por menos que decirme:

—Les estás hablando a las paredes y, aunque parezca que te escuchan, no

creo que te entiendan.

Por una vez agradecí tener que ponerme delante de la cámara y olvidarme así del *baby born* floricultor, ya que mi cabeza se estaba transformando no en un volcán erupcionando despropósitos, sino en una anomalía geotérmica, esos orificios que conectan con el centro de la Tierra, como los que existen en Lanzarote, por los que sale calor en plan géiser a tanta temperatura que hasta se puede cocinar en ellos: «¿Alguien quiere un pincho moruno de loca con cara de loca braseado en una oreja, o una barbacoa parental hecha a la parrilla bucal?»...

Una colleja de Clara me sacó de este último ensimismamiento, conduciéndome a continuación a la sala donde ya se encontraba todo el equipo preparado y en la que, segundos después, comenzó a hablar:

—¡Hola, gente! En primer lugar queremos dar la bienvenida a las nuevas incorporaciones y, en segundo, daros las gracias por todos los mensajes, los de apoyo, los de consuelo, los de desconsuelo y los de pésame..., especialmente el de Sofía, de Roma, que ha propuesto ubicarnos en un puente debajo de su casa, así como facilitar la dirección postal del mismo en las dos redes para que podáis mandarnos bocatas y demás suministros, porque, desde luego, como nuestro sustento dependa del flamenco de Marina..., ¡lo llevamos clarinete! ¡No nos va a dar ni para pagar el alquiler de una favela!

—En mi descargo diré —y lo hice con rotundidad— que anoche me vi doscientos cinco tutoriales, y los practiqué todos ellos.

Para demostrarlo, Clara mostró un vídeo en el que se podían comprobar todos mis esfuerzos, inútiles, de convertir mis zarandeos en contoneos, mis oscilaciones en balanceos y mis pavoneos en meneos. De la misma manera, todos ellos observaron cómo se me agarrotaron mis 650 músculos, la rigidez extrema de mis 205 huesos... y la brutal inexistencia de mis 350 articulaciones.

—Como ya habréis podido comprobar por vosotros mismos —prosiguió Clara—, el principal problema con el que nos hemos encontrado es que Marina es tan poco sexi que, a no ser que le pongamos remedio, ningún semáforo se va a poner en rojo por ella. En consecuencia, Gerard Butler, te necesitamos aquí por un doble motivo: el primero, para que yo te conozca, y el

segundo, para que enseñes a esta chica a ser un poco más erótica-festiva, que no es sólo que no vaya a aprender a bailar flamenco en el transcurso del mes, ¡es que no la vamos a emparejar en la vida!

Después de propinarle sendas collejas a Clara, ésta prosiguió con su alocución:

—Así, cada vez que yo le aconsejaba que pusiera mirada interesante, lo que traslucía su cara era dolor menstrual.

—Pues lo tuyo es peor —me defendí—, que ni siquiera tienes síndrome premenstrual, sino un trastorno de mala leche generalizado que abarca todos y cada uno de los días del mes.

Nueva ronda de pescozones por ambas partes y nuevo cruce de acusaciones:

—Además —continuó—, cuando yo le decía que adoptara una actitud sexi, su lenguaje corporal la hacía parecer estreñida.

—El efecto opuesto a tu diarrea... mental.

Colleja por aquí, exabrupto por allá, estuvimos un buen rato así, hasta que, apenas sin darnos cuenta, llegó la hora del visionado de nuestra película y la que elegimos para esa tarde fue *El día de la boda*, que siempre alimentaba nuestras esperanzas sobre la existencia de segundas oportunidades para todas aquellas mujeres humilladas y vilipendiadas por sus ex, el vivo reflejo de nuestro caso.

Como colofón del día, llevamos a cabo nuestros habituales ejercicios de flexión de cuello —en espera de nuestra deseada aurora boreal, que se hacía de rogar—, así como de los músculos lisos involuntarios que se encargaban de escurrir hasta el estómago nuestras bebidas espirituosas.

También como otra noche más, Alistair, a lo lejos, junto a *Max*, oía nuestras risas y, de nuevo un rato después, al regresar de su paseo, volvió a encontrarme medio dormida, pero esta vez junto a dos botellas vacías, aunque habiendo sustituido mis zapatillas de Winnie the Pooh por una mucho más sonora Clara, sin saber él que Victoria, que había ido a preparar unos tés, era responsable a su vez de la desaparición de buena parte del contenido.

Su sonrisa no se hizo esperar. «El poder de convocatoria», pensó una vez más.

Pero, a diferencia de otros días, Alistair no se fue directamente a la cama. Esperó un rato en la distancia hasta que Victoria y Clara se hubieron marchado, momento en el que me quedé yo sola en el banco.

—¿Puedo? —dijo simplemente, indicando con la mano si era posible sentarse a mi lado.

—¡Claro! —respondí sorprendida al verlo despierto a esas horas.

Tardó unos segundos en arrancarse a hablar, hasta que, mirando las botellas vacías, aseguró:

—¿Sabes? Durante un tiempo busqué con mucho, mucho interés lo que se escondía en el fondo de una botella cuando la vacías, y vacié unas cuantas, hasta que descubrí que lo que se busca, y lo que se encuentra, ya sea consuelo, o tal vez esperanza, siempre, siempre desaparece por la mañana.

Entraba fuerte Alistair; sin embargo, yo estaba dispuesta a seguir el camino que me había trazado y, por tanto, a resistirme.

—Yo no busco nada ahí abajo. Todo lo que necesito lo tengo ahí arriba —respondí señalando al cielo—, y eso no desaparece por la mañana.

Lo que pretendía decir es que el cielo, mi cielo, o ese cielo que Escocia me prestaba cada noche y cada mañana, del que por las noches esperaba un tornado de colores y por las mañanas una montaña de nubes y luz, nunca se movería de ahí.

No supe si me entendió, pero sonrió con satisfacción, moviendo a la vez su cuerpo para aproximarse ligeramente al mío.

—¿Puedo hacerte una pregunta que te va a sonar rara? Pero, por favor, respóndeme la verdad. Si pudieras tener un superpoder, ¿cuál elegirías?

No pude evitar soltar una carcajada, pensando que no parecía una pregunta típica de alguien tan aparentemente formal como Alistair, y también porque se me antojó muy divertida la idea de convertirme en la mujer invisible, desapareciendo de la vista de todos cuando las circunstancias se volvían trágicas, o en Superwoman, ajusticiando de por vida a hombres crueles y malvados. Pese a ello, finalmente respondí algo que se asemejaba bastante a una respuesta seria y que, en cualquier caso, se ajustaba mucho a la realidad.

—Leer la mente.

Lo dije completamente convencida, ya que un par de malos tragos me



habría ahorrado de haber sido consciente de lo que pensaban algunos hombres de mí, o lo que pensaban hacer conmigo.

—¿Sabes que coincidimos? Somos más parecidos de lo que tú te crees, y lo que revela eso es que...

—¿... eres extraterrestre y me lo vas a conceder? —lo interrumpí, empleando el humor como vía de escape.

Lo hice porque no se trataba de una conversación que quisiera mantener. Ya podía deducir yo sola lo que significaba, y era que, por encima de otras cosas, lo que más nos había marcado de nuestras relaciones anteriores había sido la deslealtad, la deshonestidad, las traiciones, los engaños, provocados por aquellos que supuestamente nos querían.

Yo me negaba a compartir mi lastimoso pasado con Alistair, a desvelarle mis penosas experiencias sentimentales, a mostrar el dolor que otros me habían causado, y tampoco deseaba que él hiciera lo propio con el suyo porque esa situación, inevitablemente, me acercaría aún más a él —al que ya me sentía bastante próxima—, dejándome emocionalmente expuesta, abierta en canal, para ceñirme a la realidad. Y lo que empeoraba aún más la coyuntura era que él y yo ni siquiera estábamos al mismo nivel, ya que mientras Alistair pretendía sólo consejo, lo único que yo quería era amor.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Mientras no sea qué *topping* sería si fuera una pizza... —afirmé riendo e intentando distanciarme una vez más.

—¿Por qué te escondes de mí?

Me dejó muerta. Y su mirada me remató, porque ahí estaban de nuevo esos ojos, ensartándome. Afortunadamente, en esta ocasión sí conseguí zafarme pensando que, de no hacerlo, Alistair sería capaz de ver a través de los míos su nombre escrito, con neón, entre todas mis neuronas.

No obstante, no fui capaz de responderle, porque no sabía qué. Una mentira tarda en elaborarse, mientras que lo único inmediato es la verdad, y ésa no era una opción que estuviera dispuesta a barajar.

El silencio y una mirada esquiva fueron, por tanto, mi única contestación, que Alistair interpretó como un triunfo, o eso habría pensado yo de haber creído que tenía algún interés en mí. Es más, me dio la sensación de que a

partir de ese momento su espíritu se crecía, adquiriendo un punto torero, un aire de matador que lo hacía sentirse seguro de sí mismo, capaz de sortear cualquiera de mis evasivas con su capote..., que yo había oído hablar de toreros franceses, ¡pero no escoceses!

A continuación, decidido como estaba y viendo que mis ojos buscaban el destino más opuesto posible al de los suyos, me preguntó con delicadeza:

—¿Adónde quieres huir?

Para ser honesta, habría tenido que responder que a cualquier sitio donde no él estuviera, o, mejor aún, a un lugar en el que no hubiera nadie, ni tan siquiera yo misma, pero al menos esta vez sí conseguí ordenar mis pensamientos para, en un tiempo razonable, asegurar:

—Ya vine huyendo aquí. Y no de ti.

Cometí el error de mirarlo al responderle y probablemente me había equivocado también en la elección de mi superpoder, ya que de haber escogido la invisibilidad podría haber estado fuera de su alcance, del alcance de esos ojos que habían vuelto a enhebrar un hilo invisible para coserlos a los míos, del alcance de esa mirada que era como una manada de caballos salvajes pasando por encima de mí y pisoteando mi voluntad.

Muchas veces he tenido la sensación de que la vida se movía tan rápido que me dejaba atrás, indefensa, incapaz de decidir, y así me sentía cada vez que Alistair me miraba, como si fuera un tren expreso al que tuviera que subirme en marcha para no quedarme sola en el andén. Por el contrario, sentada en aquel banco, me repetí a mí misma que en la vida no hay ascensor que valga. Hay que coger la escalera, ascender peldaño a peldaño y parar, de cuando en cuando, a tomar aire y pensar si se está en el edificio correcto porque, por descontado, lo que no hay en la vida es un cambio de sentido en el que sea posible dar media vuelta para regresar al punto de partida.

Otras veces, sin embargo, la vida da un giro inesperado y hechos ya de por sí rocambolescos, como el embarazo de mi padre, podían convertirse en aún más intrincados, cuando no retorcidos, por no hablar de los famosos, de los que comenzaba a tenerse noticias en la isla de Skye.

*Clara, Marina, Blanca, Alistair y una  
canción de Passenger*

Clara estaba eufórica, y no era para menos. No se trataba únicamente de que el número de seguidores fuera incrementándose día a día, sino de que la cifra de visitas que tenían nuestros vídeos en YouTube comenzaba a ser espectacular, así como la fama, que nos estaba empezando a alcanzar. «La comunidad internacional de mujeres solidarias en mal de amores se hace notar», como lo definía Victoria.

Por lo que se refería a nuestros admiradores, se habían incrementado en medio millón más; en cuanto a las visitas, nuestras grabaciones superaban ya los cinco millones, y, en lo que concernía a los famosos, ¡había uno que se había prestado a ayudarnos!

—¡Hola, gente! Hoy tenemos una noticia espectacular que ofreceros —comenzó Clara la retransmisión—, y es que uno de los bailarines de flamenco más famosos e internacionales de nuestro país, Joaquín Cortés, nos ha enviado una falda y unos zapatos en condiciones, así como ¡un tutorial a medida para que Marina aprenda! Y, por si fuera poco, ¡nos ha mandado un ramo de claveles con esta preciosa nota acompañándolo!:

»«Idiotas hay muchos repartidos por todo el mundo, pero los dos mayores son los que os dejaron. Seguro que ya andan lamentando lo que perdieron. En cualquier caso, los buenos tíos, que haberlos, *hailos*, y yo doy fe de ello, en

breve empezarán a lanzar piedrecitas a vuestras ventanas, y ¡espero que me lo contéis!

»”Yo me encuentro de gira ahora mismo por Japón, pero en cuanto esté/estemos en España, me encantaría que quedáramos un día para conocernos y ponernos al día.

»”Mucho ánimo y ¡mucho baile!, ¡que tú puedes!”

Una vez leído el mensaje, Clara se puso en pie, descolgó el póster de Gerard Butler que se ubicaba en la pared trasera y colocó una cinta vertical para dividirla en dos partes en una de las cuales escribió: «Agradecimientos», mientras que en la otra pegó una nota que decía: «Se los espera». Acto seguido, instaló una foto del bailarín español y repuso la ya existente del actor escocés, cada cual en la zona que le correspondía.

—Cortés ya ha empezado a redimir a los tíos, así que, Butler, a ver si te aplicas el cuento y apareces por aquí —aseguró Clara.

A pesar de que este último no daba señales de vida, el asunto fue haciéndose cada vez más grande a medida que pasaban los días, sobre todo porque Clara decidió dar un giro en el contenido de las retransmisiones, adaptándonos con ello a los mensajes que recibíamos. Así, llegó un momento en el que, además de exponer mis progresos con respecto al flamenco —que alguno que otro había—, comenzamos a ejercer de consultoras sentimentales improvisadas, tratando de ayudar a todas aquellas mujeres que nos exponían sus penas amorosas, que eran unas cuantas.

El único objetivo que nos propusimos para tratar estos temas, y así lo comunicamos oficialmente al grupo, fue abordarlos desde la perspectiva del amor-humor-desamor, sabedoras de que, cuando ya nada se puede hacer en una relación, una que vez que el amor ha desaparecido —sea por la parte que sea y por los motivos que sean—, lo único que nos puede salvar de abandonarnos al dolor es reírnos de nosotros mismos, en una suerte de mecanismo interno que se pone en funcionamiento mediante el que el humor fagocita la dramatización.

En este mismo orden de cosas, y de igual manera que el objetivo de nuestras grabaciones se había modificado, o ampliado sobre la marcha, nuestros seguidores también experimentaron un cambio. En consecuencia, cada

vez teníamos más admiradores masculinos, muchos de los cuales solicitaban consejo sobre sus problemas con el género femenino, ofreciendo a cambio indicaciones sobre la forma de proceder de los varones en sentido inverso.

No obstante, éstos no eran los únicos mensajes que los hombres nos hacían llegar, ya que también recibíamos de otra clase, fundamentalmente de dos tipos:

Cientos de comentarios jocosos sobre nuestro estado sentimental, acerca de cómo era posible que dos mujeres plantadas en la veraniega España, por dos tíos que debían de ser setos —para no haber sabido apreciar nuestros encantos en general y nuestro sentido del humor en particular— hubieran acabado echando raíces en la invernal Escocia.

¡Propuestas de matrimonio! Yo había visto que eso les sucedía a los cantantes de éxito durante sus conciertos, a los que incluso les lanzaban bragas y sujetadores al escenario —que yo rezaba para que eso no nos ocurriera a nosotras, porque con lo guarros que son los tíos a veces, ¡capaces eran de mandarnos unos gayumbos con palominos!—, pero no a través de Twitter y YouTube, ¡y a dos perfectas desconocidas! ¡Tanto Clara como yo flipábamos con los instintos que despiertan las redes sociales!

Y esto último sólo resultó ser la punta del iceberg. Así, y en relación con las dimensiones que nuestro proyecto estaba alcanzando, la confirmación definitiva de que se estaba convirtiendo en algo realmente grande la tuvimos un sábado, cuando decidimos ir a Inverness a pasar el día. Alistair tenía que tomar sus consabidas fotografías y yo pensé que, en lugar de hacerme el recorrido con él —¡miedo me daba quedarme a solas con él!—, podía aprovechar para llevar a Lilly de compras de cara al próximo invierno, algo que a su abuelo se le hacía muy cuesta arriba.

A Mark le pareció un plan estupendo, así como a Victoria y a Clara, que inmediatamente se apuntaron. Al que no sabría decir si le hizo tanta gracia fue a Alistair, por aquello de llevar a tanta gente en el coche, que, definitivamente, hablaría, aunque finalmente aceptó.

Nada más llegar a la ciudad ya empezamos a notar que algunas personas nos miraban con gesto de sorpresa, aunque sin atreverse a acercarse, o a decirnos nada, hasta que una joven se aproximó, preguntándonos:

—Sois las españolas, ¿verdad?, las del canal de YouTube.

Al responderle que sí, un revuelo empezó a formarse a nuestro alrededor. La gente nos pedía autógrafos, que posáramos con ellos en fotos, que accediéramos a ser sus novias, como hizo un grupo de tres jóvenes vestidos con el atuendo tradicional, que incluso llegaron a enseñarnos el género —el posterior— para que pudiéramos elegir con conocimiento de causa y comprobar a su vez que, efectivamente, los escoceses no llevan nada debajo del *kilt*. Clara y yo, muy recatadas, nos tapamos las caras cuando se levantaron las faldas, aunque a la muy pícara de ella se le acabaron cayendo las manos... para comprobar la mercancía. ¡Y cuando los chicos la vieron nos ofrecieron un 3×2!, que decía yo si sería costumbre a la hora de promocionar los productos típicos de la región, aunque por allí cerca no es que hubiera visto yo ningún Carrefour especializado en ese tipo de género.

De entre los otros muchos que se arremolinaron en torno a nosotras, algunos se arrancaron a bailar flamenco para mí, que hasta un corrillo formaron, y otros cuantos me pidieron que lo bailara yo, cosa que hice, aunque con poco éxito, ya que coseché comentarios tan poco positivos como: «*You're not sexy, you're crazy!*», lo que viene a decir: «Todo lo que tienes es de loca, porque de sexi...», seguidos de mensajes enviados a nuestros canales suplicándole a Butler que se dejara caer, del tipo: «Voluntad le pone la chica..., pero poco más. La verdad es que una ayudita no le vendría nada mal».

A lo largo del día también hubo alguna que otra propuesta individual de matrimonio, alguna que otra colectiva, así como la del escocés más fogoso, que se saltó el paso de rodilla en tierra y altar para ir directamente al lecho nupcial..., que resultó ser la pernera de mi pantalón..., y al que tuve serias dificultades tanto para comprender como para hacerme entender..., ya que ladraba y se apellidaba pastor alemán.

Clara volvió eufórica del viaje, restregándome por la cara mis dudas con respecto a su operativo, por lo que no me quedó más remedio que darle la razón. Aun así, intenté hacerle ver que, de haber estado en alguna otra ciudad más lejana, nada de esto habría sucedido, pero en Inverness, a tan pocos kilómetros de donde estábamos viviendo nosotras temporalmente, debía de

haberse corrido la voz entre los lugareños, de igual manera que en la isla de Skye éramos archiconocidas.

Seguro que razón no me faltaba a mí, pero tampoco a ella, sobre todo a tenor de lo que ocurrió un par de días después, aunque creo que ni ella misma en el mejor de sus sueños llegó a imaginar que algo así pasaría. De este modo, cuando volvía de una de mis excursiones con Alistair, Clara me estaba esperando en el jardín delantero de la pensión dando botes de alegría.

—¡Un famoso muy famoso nos sigue y nos ha mandado un mensaje!

—¿Qué? ¿Más clases de flamenco? —pregunté pensando que tal vez otro bailarín se hubiera compadecido de nosotras.

—¡Qué va! ¡Es Ewan McGregor!

—¿Cómo?! —respondí sin dar crédito—. ¿Te estás quedando conmigo o me lo estás diciendo de verdad? ¿Ewan McGregor?

—¡Que sí, mujer! ¡El protagonista de *Moulin Rouge*, de *Lo imposible*...!

—¡Tonta! —la interrumpí—. ¿Te crees que no sé de sobra quién es? ¡Es sólo que no me lo creo...!

—¡Te lo juro! Y el mensaje que nos ha mandado es el siguiente: «Yo también soy actor, y escocés, así que tal vez os sirva».

—Y ¿le has respondido ya?

—¡Por supuesto! En realidad, no creo que pueda venir, porque está rodando, ¡pero la intención es lo que cuenta!, por lo que ya lo he colocado en la galería de agradecimientos.

«¡Lo que no consiga esta mujer!», me maravillé, pensando que ya no ella, sino yo, jamás habría llegado a sospechar que algo así nos sucedería. ¡Ewan McGregor nos leía, y nos veía!, es decir, que de alguna manera ¡nos conocía!

Pese a ello, y de lo eufórico del momento, hubo un hecho que nos borró la sonrisa de la boca, y tuvo lugar cuando Clara se puso a decidir a qué o a quién le dedicaríamos la retransmisión del día. Entre los cientos de mensajes recibidos el que más le llamó la atención fue el de una chica noruega de treinta y un años, cuya historia, y no sólo la edad, le resultó extraordinariamente parecida a la mía.

—Honestamente, creo que necesita de nuestra ayuda, y tú mejor que nadie puedes dársela —me sugirió.

Clara tenía toda la razón. Desde luego, yo jamás podría dar consejos sobre cómo conseguir que una relación funcionara, pero sí qué hacer cuando te engañaban. Convinimos, por tanto, en abordar el tema de Ingrid, aunque para ahorrarme un sufrimiento innecesario, o que se me saltaran las lágrimas en directo, Clara presentaría el caso y yo me encargaría de los comentarios.

—Los hombres no son siempre los malos de la película —comenzó—, o no los únicos. A veces las mujeres los ayudan, sobre todo las mejores amigas, especialmente cuando lo son de las novias. En este caso, Ingrid, nuestra seguidora, es la novia que, al llegar a su casa esta tarde, se ha encontrado con que la cama ya estaba llena. Se ha quedado mirándolos a ambos durante unos segundos, hasta que, incapaz de decir nada, ha dado media vuelta y se ha marchado. Nadie ha ido tras ella, ni su móvil ha sonado, ni en ése ni en ningún otro momento posterior. Sin embargo, y dado que no siempre descubrir cómo son las personas a las que queremos nos hace dejar de amarlas, se está planteando llamarlo ahora mismo y darle la oportunidad de volver a empezar.

—Ingrid —intervine a continuación—, yo no voy a decirte que si te quisiera de verdad no te habría engañado con tu mejor amiga, o que si te quisiera de verdad habría salido corriendo detrás de ti para intentar explicarse y arreglar las cosas. Tampoco voy a decirte lo que tienes que hacer, o lo que no debes hacer, porque la decisión de volver o no con él únicamente tú puedes tomarla. Yo sólo te pediría que no hagas nada hoy. Y, para ello, aquí van unos cuantos consejos:

»Hasta que el sol despunte mañana haz exclusivamente lo que te haga sentir mejor: grita, rompe la vajilla, destroza una pared..., lo que sea, menos volver con él.

»Necesitas una copa de vino... y varias botellas. ¡Es broma! Pero no que cojas un vaso (¡sólo uno, no se te vaya a ir la mano!), lo llenes de la bebida que más te guste y lo dejes reservado. A continuación, busca un tubo pequeño, del tamaño de los botes en los que solían conservarse los carretes de fotos, y ponlo junto a aquél.

»Sujeta el vaso con una mano y con la otra el tubo y haz el siguiente brindis antes de beberte el contenido de un único trago: “¡Sólo las lágrimas que quepan en el tubo y después a tomar por el culo!”. Morir anegada en



lágrimas no suele ser ninguna solución, y piensa en la segunda parte como una opción... de lugar definitivo adonde mandarlo a él.

»Además de la nuestra, abre otra ventana en YouTube y busca la canción *A Sky Full of Stars*, de Coldplay y, mirando el vídeo, baila como si te fuera la vida en ello, como una posesa, intentando sacar toda la rabia que tienes escondida en tu interior, todo el dolor. En la buena música siempre hay alguna solución.

»Yo no voy a decirte que hay alguien mejor esperándote ahí fuera, porque no lo sé, pero sí te puedo decir que esta noche nosotros estaremos, para ti, ahí fuera, ya que seremos tu cielo lleno de estrellas.

»Éste que viene ahora no es un consejo, sino una solicitud, y tampoco para Ingrid, sino para todos aquellos que nos seguís: mandadle mensajes, dadle vuestra opinión y, también vosotros, poneos la canción. Empezad a bailar y, todo el que pueda, que nos envíe una grabación porque mañana montaremos un vídeo y se lo haremos llegar. ¡Y podrás comprobar, Ingrid, cómo hubo, para ti, una verdadera lluvia de estrellas!

»Por último, sólo tienes el día de hoy para hundirte. A partir de mañana tendrás que comenzar a nadar, así que sácale partido a esta noche, bucea hasta reventar, ya que será el último y el único mar de penas en el que te sumergirás.

Tras acabar de hablar, pensé que yo no me había dado a mí misma ni un día. Sabía que, de haberlo hecho, no habría habido océano lo bastante grande en el que buscarme. Yo, ese mismo día en el que Alejo me engañó, me fui a Pedraza y, en cuanto pude, me vine a Escocia; asimismo, y después de recordarlo todo esa noche salí, yo sola, al banco, al antro de los amores no correspondidos, con mi móvil en la mano y una sola idea en la cabeza.

No has hecho nada, ¿verdad, mamá?

No comprendía cómo podía ser tan obstinada. Yo habría dado media vida por tener a alguien como Tristán a mi lado, a alguien que me quisiera como él lo hacía..., y ella lo perdía.

No sabría cómo hacerlo.

Al menos, algo habíamos avanzado. En su respuesta ya no había negación, o silencio. Había un amago de voluntad.

Ponte tu vestido más bonito, el rojo, que es el que mejor te sienta; maquíllate un poco, lo suficiente para que no parezcas una muerta pero tampoco una pueta; ponte perfume, las gotas necesarias para sentirte más segura de ti misma; sal a la calle y ¡a ver adónde te llevan tus pies!

¿Presentarme en su casa así, por las buenas?

¡No va a ser por las malas! ¿O acaso quieres un comité de bienvenida?

¿Lamarlo al menos para decirle que quiero hablar?  
Y, por cierto, ¿de qué quiero hablar?... , porque no sabría qué decirle para disculparme...

Entre las verdades universales, ejemplo de las cuales es que un moño sujeto con doscientas horquillas acabará provocándote dolor de cabeza, hay dos que atañen directamente a las relaciones sentimentales: no existe ninguna forma que no sea dolorosa de dejar a alguien, y no hay explicación lo suficientemente buena que justifique una metedura de pata espectacular. Y el ubicuo «lo siento» no suele ser la solución.

Dile precisamente eso, que no tienes palabras, porque no las hay. Y ¿qué arreglas preavisándolo? ¿Prescindir del factor sorpresa, que, por otra parte, siempre constituye una ventaja? Si te presentas de improviso, al menos verá que tu predisposición es mayor. Dar la cara siempre es un acto de valentía, una muestra de respeto y de consideración hacia el otro..., aunque sea para que te la parta.

Espero que sea metafóricamente hablando...

Yo me llevaría una caja de tiritas..., por lo que pueda pasar.

No quise decirle que, como estuviera la hija en casa, a lo mejor necesitaba la ayuda de un cirujano maxilofacial, entre otras cosas porque no conocía a ninguno, que, de haberlo conocido, sin lugar a dudas se lo habría recomendado.

Y ¿Amanda qué te dice?

Lo mismo que tú.

¿Qué tal le va a ella? ¿Igual de bien?

Mejor imposible. Fíjate lo que son las cosas: todo el tiempo que tardó en tomar la no-decisión, que se transformó en la sí-decisión en un acto de enajenación mental transitoria y que, sin embargo, acabó siendo la más acertada de su vida..., ¡y él que la esperó!

Y ¿a ti no te da envidia?

Esta vez el silencio sí fue la respuesta. Pero yo no pensaba darme por vencida.

Te acuerdas de que Tristán te esperó treinta años, ¿verdad?

No sé si lo recordaba o no, porque no obtuve confirmación. No obstante, un cuarto de hora después, recibí un nuevo mensaje de ella que decía:

Me he echado el bote de perfume entero.

¡Ésa es mi madre!

De ésta, o me perdona y nos metemos en la ducha juntos para borrar el rastro, o se muere de una sobredosis olfativa.

Tras leerlo, y a pesar del comentario íntimo, solté una carcajada, mirando al cielo en señal de agradecimiento.

Absorta como estaba pensando que quizá algo bueno saldría de ese día, a pesar de todos los recuerdos de Alejo machacando mi cerebro desde la retransmisión, no vi llegar a Alistair, que se aproximó por detrás.

—¿Buenas noticias? —comentó con una sonrisa.

—¡Sí! —le respondí a su vez con otra, que no era sino una prolongación de la anterior, cuya única responsable era mi madre.

—¿Para ti? —preguntó dudoso al ver la enormidad de la mía.

—No, bueno, al menos no directamente.

Respiró aliviado, o eso pensó mi deteriorado radar identificador de señales, con lo que automáticamente volví al modo hombre desesperado en busca de consejos en el lugar equivocado.

—¿Te molesto si me siento contigo?

—¡Por supuesto que no! —le respondí con convicción, aunque maldiciendo internamente la razón por la que ese chico valoraba tanto mis opiniones como para no cejar en el empeño de conseguirlas. Y precisamente esa tarde, en la que yo no estaba lo que se dice fuerte para resistir sus embates, con Alejo convertido en un latido en mi sien.

Tal vez Alistair había visto el vídeo de YouTube y quisiera ampliar la relación hecha a Ingrid, o pedirme alguna aclaración si es que el tema se asemejaba a lo sucedido con su novia, aunque me extrañaba. Nunca habíamos hablado de ello, pese a que yo suponía que él sabía a lo que nos dedicábamos tanto Clara como yo por las tardes-noches. De cualquier manera, era cierto que, a pesar de que yo participaba, y me divertía, no era un proyecto en el que me sintiera especialmente implicada —ni proclive, por tanto, a hablar—, sino en el que me veía más bien como una convidada, aunque no precisamente de piedra. Pero ese extremo él lo desconocía.

Lo único que se ceñía a la realidad era que él nunca me preguntaba al respecto, ni yo sacaba el tema..., ni ése ni ningún otro, para ajustarnos a los hechos. Yo me limitaba a esquivar sus preguntas, que cada vez se hacían más personales, directas e incómodas de manejar para alguien que, como yo, no

quería abandonarse.

Quizá mi madre tuviera razón una vez más al asegurar que, cuanto más le cuentas a un hombre sobre ti misma, más quiere olvidar... y olvidarte; por el contrario, cuanto menos le cuentas, más quiere saber.

Y, definitivamente, Alistair quería saber.

—Dime la verdad, ¿qué fue lo que te trajo hasta aquí?

No era la primera vez que me preguntaba algo parecido, y tampoco era la primera vez que me preguntaba qué importancia debía de tener eso para él. A fin de cuentas, ¿qué más le daba si me habían roto el corazón, cuando lo único que él pretendía era recomponer el suyo? Lo que sí debería preocuparle, a la vista de su desazón, era si lo estaba intentando con la persona adecuada.

Las mías no lo habían sido... Pensé en el pantano de San Juan, pensé en el lago Ness, en un libro con veinte poemas y en veinte comedias de amor, en un tatuaje con un veinte elevado al infinito, en mi estupidez..., y las palabras me salieron solas:

—Vine a no olvidar.

Tardó unos segundos en reaccionar, los suficientes para ubicar el «no» delante de esa supuesta intención de dejar de retener algo en la memoria. A continuación, podría haber hecho una pregunta abstracta que le facilitara algún atajo, pero, conociendo mi habilidad para escapar, prefirió ir a lo seguro.

—Entonces ¿viniste a Escocia por amor?

De nuevo empezaban las cargas de profundidad, por lo que pensé en abandonar, aunque finalmente decidí que, si él quería jugar fuerte, yo lo iba a hacer más..., al menos hasta que me aguantaran las fuerzas.

—¿Escocia por amor? No recuerdo haber estado nunca en ese lugar, o si lo hice debió de ser un viaje fugaz, de ida y vuelta.

—Sólo te ha faltado decir que ligera de equipaje...

—Todo lo contrario. La maleta pesaba más que yo.

—Y ¿para la vuelta, tu próxima vuelta?

—Ya tengo los horarios de salida, el billete y hasta el localizador.

—Y ¿cuál es?

—Que a los viajeros no se los debe retener.

No pude ser más críptica, y a la vez más clara. O eso era lo que yo creía.

—Y ¿no contemplas la opción de viajar acompañada?

—Ese barco ya zarpó, ese tren ya partió, ese autobús ya arrancó, y ese avión ya despegó. Y, salvo los espaciales, creo haber cubierto todos los medios habituales de transporte —comenté con algo de humor, aunque salpicado por unos toques de amargura.

—Te queda mi coche..., que está aparcado fuera.

Una vez más, no supe qué decir, pese a que no pude evitar sonreír con ternura, y con una duda..., porque, ¿qué era lo que ese chico quería de mí? Hasta que caí en que probablemente se tratara sólo de una broma, momento en el que las palabras volvieron a circular libremente por mi mente.

—En un coche las distancias que se recorren siempre son cortas y, o llevas un GPS, o te pierdes —asegué.

—A veces perderse es un placer, sobre todo si es con la persona correcta...

—No para alguien con mi sentido de la orientación.

Desgraciadamente, ese principio no era únicamente aplicable a las calles, o los parajes escoceses, sino también a los hombres. Yo podía estar con la persona más incorrecta —como ya me había sucedido dos veces en el pasado — y darla por perfecta, mientras que podía tener delante a la persona ideal y no ser capaz de verla. Suerte que quien se sentaba a mi lado era Alistair, que ya era el perfecto... para otra mujer.

—Siempre y cuando seas consciente de que puede ser un problema... — intentó reconducir él la conversación.

—Que seas consciente de que haces mal las cosas no quiere decir que sepas, o puedas, cambiarlas. Y siempre está la posibilidad de ser adicto al fracaso...

—No todos los que fracasan lo son —me interrumpió Alistair con un deje de esperanza—. No todos se boicotean a sí mismos. Algunos luchan...

—... Pero no vencen —lo interrumpí yo esta vez.

—A veces el esfuerzo en sí es una victoria, o al menos una suficiente.

—O se muere en el intento, y eso no significa haber logrado una victoria, sino un fracaso mayúsculo.

—¿Y si se volvieran las tornas?

—No mientras exista una cosa llamada predisposición genética.

—Y ¿en qué consiste? —preguntó Alistair con curiosidad.

—Hay personas que fuman como carreteros, no contraen cáncer de pulmón y se mueren de puro viejos a los ciento cinco años; sin embargo, otros, que ni siquiera han sido fumadores pasivos, fallecen a causa de esa enfermedad recién entrados en los cincuenta. Los médicos lo llaman predisposición genética. Y lo mismo sucede con las relaciones. Así, hay gente que, apenas sin esfuerzo, conoce a la persona adecuada y consigue que funcione *ad eternum*, mientras que el resto..., una de las cuales está aquí contigo ahora mismo, sentada en este banco.

Alistair sonrió con dulzura antes de, ocurrente, hacer un nuevo comentario:

—¡Imagínate que encontramos la cura! ¡No sólo haríamos feliz a mucha gente! ¡Saltaríamos a la fama!

Yo sonreí también, aunque sin querer prestar atención al plural que había empleado y sin querer moverme ni un ápice de mi postura.

—Llega una edad, o un momento en la vida, en el que debes tener claro cuál es el papel de cada uno. Hay médicos que salvan vidas, como los cirujanos, y otros que salvan... pies, como los podólogos. Y no estoy diciendo que estos últimos no sean importantes. Todo depende del contexto. Cuando el músculo cardíaco te funciona perfectamente y lo que te fastidia es el juanete..., ¿a quién te gustaría tener sentado al lado en el banco? Pero ¿a que no dejarías que el segundo te operara a corazón abierto? Es decir, que éste te hace un apaño, pero no te soluciona la vida.

—Hay verdades que no siempre se cumplen...

—Las universales, sí: ni todas las novias están guapas el día de su boda, ni todos los bebés son monos (o sí, pero algunos en el sentido animal de la palabra), ni todas las mujeres somos princesas.

Se me escapó algo de dolor, o quizá mucho, en esa última frase, tanto que percibí cómo Alistair se compadecía, acercándose —y comenzando a abrir los brazos en la maniobra— para ¿consolarme?, o tal vez ¡abrazarme?! Mi averiado radar empezó a pitar descontroladamente, como lo hace un coche moderno con sensor al avisar de que un objeto se aproxima demasiado a la zona de colisión. En ese preciso instante yo todavía no sabía si podría evitar

el choque frontal, pero, de momento, lo que sí había entre nosotros era un conflicto, cuando menos de intereses. ¡Yo no quería compasión! ¡De querer algo, habría sido amor!

Tan nerviosa estaba que lo único que acerté a pensar, y por tanto a ejecutar, fue fingir que se me caía el móvil, intentando esquivar el impacto corporal, tanto físico como mental, ya que pocas cosas hay más denigrantes en la vida que ser abrazada por un hombre que te gusta siendo el motivo la lástima. ¡Se me saltarían las lágrimas!, lo que sería el colmo de la humillación. No se podría caer más bajo en el escalafón.

Al menos a Alistair conseguí evitarlo. Para ello, mientras dejaba caer mi teléfono, le di una patada con el pie para esconderlo debajo del banco, con lo que me llevó unos segundos dar con él, tiempo suficiente para que sus brazos volvieran a su posición original.

Después sólo me preguntó:

—¿Estás bien?

—¡Claro! ¿Por qué no habría de estarlo? —intenté quitarle hierro al asunto.

No me respondió, tal vez por educación, por no dejarme en evidencia..., o por no añadir más pena al asunto, ya de por sí penoso.

Permanecimos en silencio durante unos minutos, incómodos, lo que resultaba curioso teniendo en cuenta la enorme cantidad de tiempo que ese mismo silencio lo había ocupado todo entre nosotros durante las muchas excursiones que habíamos realizado juntos.

Finalmente fue Alistair quien rompió el hielo.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?

Miedo me daba, pánico en realidad, tanto que el cuerpo me pedía a gritos que saliera huyendo de allí. Pese a ello, antes de echar a correr, quise averiguar de qué tipo de pregunta estábamos hablando.

—Déjame que adivine. ¿Es una de esas que, cuando te la formulan, te hace sentir vulnerable, pero que, para cuando la respondes, ves que te has quedado desnuda, completamente desnuda?

Alistair sonrió con humor, y con ternura.

—Puede que sí..., ¡pero prometo no mirar!



Me hizo reír, lo que era mi punto flaco, con lo que acabé accediendo, aunque con una condición:

—De acuerdo. Pero me reservo el derecho a acogerme a la quinta enmienda americana, esa que siempre sale en las películas, para no tener que acusarme a mí misma... de lo que sea.

Una sonrisa volvió a aparecer en sus labios, que yo le devolví con un gesto de súplica, implorando clemencia para lo que se me pudiera venir encima. Desafortunadamente, Alistair no estaba dispuesto a echarse a atrás.

—Presuponiendo que hayas venido hasta aquí por culpa de alguien, no creerás que él se llevó la mejor parte de ti, ¿verdad?

Pues sí que era personal la pregunta y, muy a mi pesar, también lo fue mi respuesta:

—Él no se llevó la mejor parte de mí; la mejor parte de mí era él.

De mi boca salió mi verdad más enorme, mi dolor más grande..., que, para no querer contar más, parecía que no podía parar, de manera que, acto seguido, y casi en un acto reflejo, recurrí al humor para protegerme. Así, le tapé los ojos con una mano mientras exclamaba a continuación:

—¡Me he quedado en bolas! ¡Y te recuerdo que has prometido que no ibas a mirar!

Esta vez no sonrió, aunque no anduvo corto de reflejos para responder, ya que enseguida afirmó:

—Eso no es verdad, y estoy convencido de que tú lo sabes. Sólo tienes que encontrar, o dejarte encontrar por alguien que te quiera de verdad...

No grité «¡quinta enmienda!», pero poco me faltó. En cualquier caso, me cerré en banda. El momento de la sinceridad, la jornada de puertas abiertas, ya había acabado. Desconocía los motivos, pero Alistair estaba abandonando el terreno personal para adentrarse en el íntimo, y no se trataba de una frontera cuya violación pudiera hacer frente mi ánimo. No me quedó más remedio, por tanto, que reconducir la conversación hasta mi zona de confort.

—Supongo que querer a alguien es estupendo..., sobre todo si les sucede a los dos al mismo tiempo.

Esta vez sí tardó unos segundos en reaccionar, tiempo en el que pude adivinar algo de decepción en su rostro, si bien finalmente acabó

comprendiendo la situación, o eso deduje yo por el tono de voz que empleó en su siguiente pregunta.

—A buen seguro que hay una explicación interesante para esa afirmación, ¿verdad? —comentó, acompañando sus palabras de una generosa sonrisa.

—Lo que quiero decir es que a veces hay desfases, o falta de sincronización, que impiden que dos personas estén alineadas perfectamente. Imagínate dos relojes, con una única manecilla cada uno, que marcan las doce en punto para, partiendo de ahí, moverse al unísono, lo que significa que ambos tienen unos sentimientos similares, en un contexto que es proclive a ello. Sin embargo, en un momento dado, algo interfiere en el desplazamiento de una de ellas, desde una persona nueva a la que has conocido hasta la sombra de una duda, o cualquier distracción, de manera que una de las manecillas se para, aunque sólo sea durante un segundo...

—Lo que impide que vuelvan a alinearse...

—Efectivamente. El tiempo no da marcha atrás, con lo que nunca, jamás, podrán volver a estar los dos en el mismo punto, mundo o universo, a veces ni siquiera en uno paralelo. Es más, aunque quisieran los dos, por mucho que sean capaces de hacer, por mucho que intenten correr, se habrán vuelto inalcanzables el uno para el otro. Quizá puedan volver a sincronizarse, con otros relojes, pero no con ellos mismos.

—A lo mejor si el segundo reloj se para el tiempo suficiente para esperar al primero...

—Y, habiendo tantos errores que cometer en la vida, ¿no sería mejor que fueran nuevos?

Alistair se rio con ganas, para asegurar a continuación:

—No eres muy partidaria de las segundas oportunidades, veo.

—Creo que a la vida es mejor ponerle caras nuevas. Además, todo tiene su momento, una única manecilla, y su lugar, un único reloj.

Curiosamente, la película que había elegido Clara para esa noche partía de esa premisa, que todo tiene un momento y un lugar para que las relaciones sentimentales germinen, y era *Sólo una noche*, protagonizada por Keira Knightley, Sam Worthington, Guillaume Canet y Eva Mendes.

En absoluto se trataba una comedia, aunque tampoco de un drama al uso.

Planteaba un hecho que puede sucederle a cualquier pareja: la sombra de la infidelidad en un matrimonio que, aparentemente, no atraviesa por ninguna crisis. En el caso del hombre, la duda la generaba el deseo por una compañera de trabajo, mientras que en el de la mujer venía motivada por la aparición de una antigua relación que no había prosperado tiempo atrás.

Una vez acabada la película volví al jardín. Ni Clara ni Victoria se animaron esa noche, entusiasmadas como estaban leyendo y respondiendo a los comentarios de los miles de mujeres —medio millón, para ser exactos— que la habían visto a la vez que nosotras.

Cuando me aproximé al banco vi que Alistair estaba sentado en él con dos vasos de whisky en la mano.

—¿Te apetece acompañarme? —me preguntó con una sonrisa enorme.

—¡Claro! —le respondí, cada vez más sorprendida por su perseverancia.

«¡Cualquiera diría que mis opiniones son importantes! ¡Pues mira adónde me han llevado!», me dije. No obstante, él no parecía dejarse desanimar por ese hecho.

—¿Sabes? He estado pensando en nuestra última conversación.

—Y ¿a qué conclusión has llegado? —quise saber.

—¿Te suena un cantante inglés que se llama Passenger?

—¡Por supuesto! Es uno de mis músicos favoritos.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia!

La primera frase la dijo con alegría, y la segunda con entusiasmo, seguidas ambas de una mirada de las suyas, de esas que te echaban el anzuelo y no te dejaban escapar. «Pero ¿qué querrá pescar?», me preguntaba yo mientras intentaba soltar el hilo de la caña.

—He estado escuchando una canción suya —prosiguió— que se llama *Words*, «Palabras», que me ha recordado una historia que me contaron tiempo atrás, la de una pareja que acababa de conocerse y en la que surgía el amor, en un sólo día, a primera vista. Por desgracia para ellos, se trataba de un amor imposible, porque al final de la noche él le confirmaba que estaba comprometido con otra mujer.

—Y ¿qué hizo la chica? —pregunté.

—Pensar que le parecía imposible cómo el corazón se le podía haber roto

en un solo día.

—Y ¿qué pasó después?

—Casualidades de la vida, se encuentran un año más tarde y, nada más verse, son conscientes de que sus sentimientos no han cambiado, a pesar de que ahora es ella la que está comprometida con otro chico.

—¿Cuál es la reacción de él?

—Jurar que nunca podría haber imaginado que el corazón se le pudiera romper de tantas formas diferentes en tan poco tiempo.

—¿Y el final de la historia?

—Vuelven a coincidir tiempo después, libres ambos al fin y con sus corazones recompuestos.

—¡Bonita historia! Y a los protagonistas les costó, ¡pero se alinearon! —aseguré divertida.

—¡A veces sólo hay que saber, o querer, esperar! ¡Lo dice la vida, y también Passenger!

No podía ser cierto. Un hombre que me gustaba y al que le gustaba la misma música que a mí, que se fijaba en la letra de las canciones, que las asociaba con momentos determinados... y que estaba destinado a ser de otra mujer, ya fuera su novia o cualquier otra que no fuera yo, porque —me repetí a mí misma una vez más—, aunque fantaseara con la posibilidad de que pudiéramos estar juntos, lo que no podríamos sería acabar juntos, ya que él acabaría junto a una desconocida o una Sabrina de la vida. ¡O ambas, vistos mis sonados éxitos en la materia!

Por supuesto que no fui yo, pero aquella noche sí hubo una gran triunfadora, la que cosechó todos los éxitos —aunque no sentimentales—, que fue mi buena amiga Clara. Y no se trataba sólo del seguimiento multitudinario de la película, sino del vídeo subido a YouTube para Ingrid, que llevaba, tan sólo unas horas después de su emisión, la friolera de ¡diez millones de visitas!

Sin embargo, el éxito propiamente dicho nos llegó poco tiempo después, y con mayúsculas.

*Marina, Clara, Blanca, Alistair y todos  
aquellos a los que les gustó más lo que  
vieron en otro lado*

Viral. No existía otra palabra más que ésa para definir el éxito que tuvieron en internet los consejos dedicados a Ingrid la noche anterior, en especial la frase acuñada por mi madre «¡Sólo las lágrimas que quepan en un tubo y después a tomar por el culo!», que había prendido fuego como una cerilla en contacto con gasolina.

Así, cuando Clara y yo nos levantamos al día siguiente, nos encontramos con que la gente ya la lucía en camisetas, adornaba las tazas en las que desayunaban y se leía en los cojines en los que se recostaban. Y éstos eran sólo tres ejemplos de una enormidad que ni Clara ni yo conseguíamos abarcar, ya que no había posibilidad de medida en la desmedida, ni de mesura en la desmesura. Chistes, vídeos, parodias, comentarios de la gente por doquier..., así como el incremento en los millones de visitas y de admiradores, que más parecían una marabunta que una legión de fans. ¡Si hasta empezaron a llamarnos de las televisiones para entrevistarnos! E incluso la única destilería de Skye mandó a un comercial, ya a primera hora de la mañana, para contratarnos con el fin de hacer un anuncio ¡bebiendo su whisky! Es decir, nosotras, nuestro brindis y su whisky.

Y es que la frase, aparentemente, había pasado a significar algo más que un

grito de guerra para todas las mujeres humilladas y abandonadas por hombres desconsiderados: se había convertido en la seña de identidad de un colectivo que había decidido que ya era hora de dejar de sufrir por ellos y, sobre todo, de andarse con contemplaciones.

De cualquier manera, yo no era capaz de comprender cómo algo tan gigantesco podía estar sucediendo, aunque, después de darle muchas vueltas a la cabeza, deduje que, al final, todo se reduce a las emociones que seas capaz de despertar en la gente, a pesar de tratarse de personas que no conoces y de que el vehículo de transmisión sea un ordenador.

Pero aún hubo otro fin de fiesta, una guinda para el pastel, la que pusieron los miles de vídeos que recibimos de nuestros seguidores bailando la canción de Coldplay *A Sky Full of Stars*, tal como habíamos pedido la noche anterior. En ellos nos encontramos desde verdaderos profesionales, con coreografías que para sí habría querido Michael Jackson, hasta verdaderos payasos, pasando por algunos realmente jocosos, como un grupo de japonesas vestidas todas ellas de escocesas rosas bailando flamenco al son de la canción..., que era pop. Decir hilarante sería como calificar a George Clooney de feo: injustificado e injustificable.

Cómo sería el subidón de risas que hasta yo me animé a bailar, junto con Clara y Victoria, para cerrar el vídeo que le habíamos prometido a Ingrid antes de subirlo a YouTube. En él incluimos a todas y cada una de las personas que nos habían hecho llegar los suyos, porque todas y cada una de esas personas alumbraron su peor noche ofreciéndole su luz para mostrarle el camino correcto, que era darse un poco de tiempo para pensar. Y lo hizo, como lo demostraba una grabación que nos envió con ¡un bote vacío de lágrimas!, imagen que, por supuesto, incorporamos.

Una vez acabado, tanto Clara como yo estábamos realmente expectantes por saber la acogida que tendría, a la vista de las cifras tan astronómicas en las que nos estábamos moviendo. Ella no paraba de morderse las uñas y yo no dejaba de recargar la página, como si tuviera un tic nervioso en el dedo que me impidiera dejar el botón en paz, hasta que, dos horas más tarde de subirlo, comprobamos que ¡el vídeo ya había cosechado más de veinte millones de visitas!

Además de la alegría desbordante, había otro factor que no habíamos llegado ni a sospechar al principio, y era el del dinero. YouTube pagaba un euro por cada mil visitas, con lo que, a pocas visitas, nada de dinero; sin embargo, a millones de visitas, y con unos cuantos vídeos ya subidos, empezábamos a juntar algunos montoncitos.

No obstante, si de algo estábamos convencidas Clara y yo era de no querer beneficiarnos del sufrimiento de la gente. Al fin y al cabo, y aunque indirectamente, ese dinero provenía de mujeres —como nosotras— a las que les habían partido el corazón. Y no había bolso, zapato o vestido lleno de ropa que pudiéramos comprarnos con él que compensara y justificara ese hecho.

Por tanto, Lilly era nuestra mejor, y única, opción. Y así se lo hicimos saber a nuestros seguidores en un mensaje que cargamos en ambos canales y en el que explicábamos nuestros motivos y sus circunstancias, sin que hiciera falta mencionar que, a partir de ese momento, las visitas serían mucho más agradecidas, ya que eso implicaría mayores ingresos para ella. ¡Si hasta desvelamos que nos estábamos planteando rodar el anuncio del whisky!, que una aportación extra a mi ahijada escocesa no le vendría nada mal el día de mañana.

Mientras Clara y yo hablábamos del tema, mi teléfono empezó a sonar con insistencia. Tras ver que la llamada era de mi madre, pensé que el motivo tal vez se debía a su posible reconciliación con Tristán, de la que aún no me había contado nada. Desgraciadamente, andaba muy, pero que muy errada yo.

—Eso puede esperar —me respondió frenética en cuanto le planteé la pregunta.

Me quedé sobrecogida, fundamentalmente por el tono de su voz, rayano en la locura, aunque no supe identificar con qué estado emocional se correspondía. Así, no podría haber dicho si mi madre se estaba descojonando —de mí, de sí misma, o de algún objeto volador no identificado que hubiese traspasado su espacio aéreo... mental— o convirtiéndose, cual psicópata, en un arma de destrucción masiva, adoptando la forma de una bola de fuego y bilis.

Visto —u oído— su estado, próximo a la demencia, decidí esperar sin

hablar hasta que recuperara, al menos, un ápice de cordura.

—¿Te acuerdas de que te comenté que tenías un hermanito en camino? — prosiguió tras conseguir hacerse con la situación.

—¡Como para olvidarlo! —le respondí rápida como una gacela.

—Pues ya no.

—¿La loca ha perdido al bebé?

—El que lo ha perdido ha sido tu padre...

—¿Qué quieres decir? —Comenzaba a ponerme nerviosa por la falta de información—. ¿Que ha dado a luz en el supermercado y lo ha perdido en el pasillo de los congelados?

—Más bien que se desconoce el origen del preparado...

—¡No te andes por las ramas! ¡Al grano! —la conminé, consciente de su afición a dar vueltas alrededor de los hechos para aumentar el dramatismo.

—¡Vale! Al parecer, dio a luz ayer prematuramente por razones que desconocen, ya que hasta ese momento todo iba bien. Lamentablemente, al reconocer los médicos al niño, y hacerle los análisis de rigor, se dieron cuenta de que tenía una forma aguda de leucemia.

—¡Joder!

—Pues sí, pobre niño, al que no le deseo ningún mal...

—Ni yo, pero sigue contando —la apremié.

—Por tanto, y de cara al tratamiento, ambos tuvieron que hacerse las pruebas para ver si eran compatibles con vistas a un posible trasplante de médula.

Casi me echo a temblar, pensando que, como no lo fueran, tal vez tuviera que donarle yo parte de la mía ¡al hijo jardinero de esa pareja de asaltasetos!, con los que había decidido de antemano no mantener ningún contacto. «¡Pues sí que me salen a mí bien los planes!», me lamenté.

—No adelantes acontecimientos —me advirtió mi madre en un alarde de adivinación, porque, una de dos, o yo había pensado en voz alta, que no era el caso, o ella había oído mis pensamientos a casi dos mil kilómetros de distancia.

—¿Por qué? —respondí de inmediato, sin querer indagar sobre sus dotes como pitonisa.



—Cuando han estado listos los resultados de los análisis, los médicos se han llevado a tu padre a una habitación aparte para decirle que ¡en ningún caso podía serlo de ese niño!

—¡No me jodas!

—¡Lo que oyes!

—Y ¿quién es el padre?

—Pues la situación mejora porque... ¡ella no lo sabe!

—¡No me jodas! —exclamé por segunda vez, incapaz de dar con otras palabras más elaboradas que pudieran describir el desconcierto en el que se encontraba inmerso mi cerebro.

¡Así que la loca con cara de loca no tenía ni un pelo de tonta!; es más, ¡nos había salido muy lista!

—Por eso tenía tanta prisa por casarse —sentenció mi madre—, para garantizarse un padre, aunque, claro está, no contaba ella con un parto prematuro ni con una leucemia.

—Lo que me maravilla es de dónde sacaba tiempo para poder estar con otros tíos, ¡si se pasaba todo el día vigilando nuestra casa!

—Pues te vas a reír, pero, al parecer, ¡tenía a varias familias vigiladas! —exclamó mi madre mientras soltaba una carcajada.

Aunque estaba segura de que tal afirmación era cierta, me resultaba muy difícil de creer, ya que el nivel de seguimiento al que nos tenía sometidas, multiplicado por lo que fuera, no había tiempo ni cuerpo que lo aguantara, por no hablar del factor ubicuidad. ¿O tal vez había hecho un pacto demoníaco con el omnipresente Murphy para, a cambio de su alma loca, poder aparecerse, toda ella a la vez, en las casas de sus víctimas?, que, por cierto, ¿a qué número debían de ascender?

—A todo esto, ¿cuántos padres posibles hay? —pregunté—. No será difícil...

—Todo lo contrario. Lo que no va a ser es fácil.

—¡Hay que joderse con la loca! ¡Y nunca mejor dicho! —me desternillé yo sola.

En ese punto de la conversación, caí en la cuenta de que toda esa información obraba en poder de mi madre procedente directamente de mi

padre.

—Y, a propósito, ¿papá te ha llamado para...?

—¡Desahogarse!, que manda cojones los huevos que tiene, que debería vendérselos a los chinos para hacer moldes en serie porque, desde luego, cuadrados los tiene..., y jurando en arameo que estaba sobre cómo era posible que a él, Rodrigo Mirizarry, le hubieran dado gato por liebre, un gato que, además, lucía en la cabeza un peculiar gorro de recién nacido con forma de cornamenta.

Ahora entendía el tono psicópata de mi madre al inicio de la conversación. Mi pobre madre —cuyos cuernos no cabrían por ninguna puerta, que más se parecían a rascacielos arañando las nubes con sus astas—, teniendo que lidiar con el orgullo herido del, por una vez, cornudo de mi padre.

—Y ¿qué le has dicho?

—Llegados a ese punto, y cuando ya me había enterado de todo lo jugoso, le he espetado que donde las dan las toman, y que para tomar, lo que se dice tomar, a donde tenía que irse él era a tomar por culo.

Dar, tomar... y repartir, cualidades divinas todas ellas, aunque en esa ocasión Dios, más que repartir, lo que había era plantado, porque había estado sembrado.

Semillas aparte, lo que mi madre sacó en claro ese día fue que las maldiciones —entendidas como una expresión del deseo de que le ocurra algún mal a alguien— constituyen uno de los mecanismos mediante los que el universo restablece el orden y el equilibrio, poniendo a cada cual en su sitio..., al menos las que surten efecto, como fue su caso.

—Cuando le puse la maleta en el descansillo —afirmó—, le vaticiné que sufriría en sus propias carnes todas y cada una de las putadas con las que él había acuchillado previamente las mías, así que voy a ir bajando una silla a la calle y a colocarla en primera fila para sentarme a esperar, que no creo que el cuerpo de tu padre, con los cuernos por delante, tarde ya en pasar.

La conclusión final a la que llegué yo fue que, afortunadamente, me había ahorrado un hermano nacido de una loca con cara de loca —de la que no llegué a saber siquiera su nombre— y de un padre que estaba aún más loco, sobre todo por pensar que no podía haber nadie más que él en la vida de una

loca con cara de loca.

Así las cosas, y mucho más tranquila tras saber que seguía siendo la única descendiente Mirizarry que poblaba la Tierra, me fui, junto con Clara y Victoria, a celebrar el éxito obtenido en las redes sociales.

Bernie, que ayudaba a esta última con las tareas de la pensión, nos había asegurado que esa noche no habría auroras boreales, ya que el cielo estaba demasiado cubierto para que pudieran traspasar las nubes. Las tres decidimos, por tanto, que era la ocasión ideal para visitar alguno de los pubs de Portree y, de paso, dar un paseo nocturno por el centro del pueblo, que era realmente pintoresco.

Todas las calles de la localidad estaban salpicadas de locales con mucho ambiente, hoteles con encanto y restaurantes en los que siempre podían comerse langostinos y pescados muy frescos. Por el contrario, en cuanto dejabas atrás Somerled Square, la plaza principal, y empezabas a caminar con la intención de alejarte de ella, una sensación de haber llegado al fin del mundo te invadía.

«Los inviernos deben de ser duros tan al norte, pero la paz debe de compensar», pensé mientras íbamos camino de The Isles Inn Pub, una de las tabernas preferidas de Victoria, ya que, por las noches, solía haber música en directo. Y, efectivamente, cuando llegamos pudimos comprobar que un grupo, violín y guitarra en mano, interpretaba temas locales.

La noche no pintaba mal, pues, sobre todo para Clara, que había conseguido atraer la atención de un par de jóvenes del pueblo que, desde el principio, parecieron encantados de revolotear a su alrededor.

Tras disfrutar de nuestro primer whisky, de una charla agradable, así como de una buena música, noté cómo Victoria perdía el hilo de la conversación, moviendo la cabeza a un lado y a otro con la intención de atisbar por encima de la gente.

—¿Buscas a alguien? —le pregunté.

—Me había parecido ver a Alistair, pero ahora no consigo localizarlo.

—Pensaba que no le gustaba trasnochar —comenté sorprendida.

—Y no suele hacerlo, pero le dije que estaríamos aquí, por si le apetecía pasarse un rato. Mira, ¡ahí está! —exclamó mientras movía la mano para

indicarle nuestra posición.

Como él no parecía darse cuenta, Victoria optó por ir en su busca, aunque regresó sola un par de minutos después.

—Dice que no, que tenemos compañía y que no quiere molestar.

Me limité a encogerme de hombros y a asegurar lo más aséptica que pude:

—Él sabrá.

Era cierto que uno de los dos chicos parecía estar realmente interesado en Clara, y ella en él, hecho que podía deducirse incluso desde la distancia a la que Alistair se encontraba; sin embargo, por lo que se refería al segundo, desconozco si mostró algún interés por mí, ya que no le presté ni la más mínima atención en ningún momento de la noche, entusiasmada como estaba charlando con Victoria sobre lo mucho que estaba disfrutando de mi estancia en la isla de Skye.

Y así fue cómo caí en la cuenta de que quizá por quien bebiera los vientos Alistair fuera por Clara, e intentara llegar hasta ella a través de mí. Yo misma era consciente de que esa hipótesis resultaba poco plausible, por retorcida, pero cosas más raras se habían visto. Y el hecho de no haber notado ninguna predisposición, o inclinación, por su parte hacia mi amiga tampoco me desanimó. No en vano, mi radar funcionaba igual de mal para propios que para extraños, con lo que todo entraba dentro de lo posible.

Lo que en última instancia me hizo no descartar mi teoría fue el recurrente factor hechos: lo miraras por donde lo mirases, lo vieras por donde lo vieses, la única que esa noche tenía colgado un cartel en el que se leía «ocupada» era Clara, mientras que Victoria y yo permanecíamos desocupadas, de manera que, si Alistair había rehusado acercarse, sólo había que sumar dos más dos. ¿O no era eso lo que los expertos llamaban relación causa-efecto?

La que, sin duda, sabía algo sobre ese asunto era Victoria, que agudizaba la mirada para no perder detalle; no obstante, y haciendo gala de una enorme discreción, no hizo ningún comentario al respecto, actitud que yo secundé.

Permanecimos allí un buen rato más hasta que ella decidió que había llegado la hora de volver al B&B, ya que tenía mucha faena que atender al día siguiente, y a mí me pareció buena idea, porque había quedado con Alistair antes de la hora habitual para realizar nuestra consabida excursión, que nos

llevaría hasta el castillo de Dunvegan, con lo que un poco de sueño extra no me vendría mal.

Por lo que se refería a Clara, y dada la química que bullía entre el desconocido lugareño y ella, pensé que no regresaría con nosotras. Pero, para mi sorpresa, ésta se nos unió, aunque con una sonrisa tan elocuente que no dejaba lugar a ninguna posible malinterpretación.

—La última vez que estuviste tan contenta había un motivo, ¡y tenía un nombre! —le comenté divertida.

—Pues no te creas que me cae especialmente bien... —quiso echar balones fuera, pese a que la sonrisa que seguía pendiendo de sus labios ponía de manifiesto la descoordinación existente entre sus palabras y su efervescencia interior.

—Bueno, los seres humanos somos así de raros: hay gente que te gusta, aunque te caiga mal, si es que de verdad te cae mal —puntalicé—, de la misma manera que hay gente que no es guapa, pero que para ti lo es... ¡y mucho! —exclamé con picardía.

Clara se limitó a sonreír, bajando la mirada con un gesto de timidez impropio en ella, por lo que le pregunté:

—¿Algo definitivo se mueve ahí dentro? —le planteé, señalando su corazón con el dedo.

—¡Sí! ¡Definitivo! —se mofó de mis palabras—. ¡Hasta que el alba nos separe!

Viendo que quizá me había precipitado un poco a la hora de extraer conclusiones, volví sobre mis pasos para averiguar el motivo por el que no habían prolongado la velada.

—Y ¿por qué no os habéis quedado un rato más? Tú mañana no tienes que madrugar...

—Pero él sí. Sale a primera hora hacia Londres, conduciendo, y tenía que descansar.

Esa última frase la pronunció con un atisbo de pena, la misma que adoptó su cara mientras paseábamos por la orilla del mar de vuelta hasta la pensión, expresión que no se mantuvo durante mucho tiempo, ya que, pocos minutos después, el joven —de nombre Peter— se acercó hasta ella corriendo y le

preguntó con entusiasmo:

—¿Me dejas que te acompañe hasta el Bayview?

No hizo falta que Clara respondiera, porque la alegría que irradiaba su cara fue su respuesta.

Victoria y yo nos quedamos rezagadas para dejarles un poco de aire a su alrededor, pero observando desde la distancia cómo se acercaban el uno al otro mientras lanzaban piedras al agua.

—¡El principio es siempre lo más bonito! —afirmó ella con un tono de felicidad.

«¡Cuánta razón tiene!», me dije recordando a Alejo, hacía poco más de un año, a la orilla de otras aguas, las de un lago llamado Ness.

\* \* \*

Y hacia las orillas de un nuevo lago nos dirigimos Alistair y yo a la mañana siguiente, el Dunvegan, junto al que se encontraba el castillo del mismo nombre y en el que atesoraban uno de los objetos más peculiares de toda Escocia, la llamada Fairy Flag, la «bandera de las Hadas», cuyos orígenes se remontaban a un tiempo incierto y al amor surgido entre un hada y un humano.

Según contaba la leyenda, la hija del rey de las hadas y un joven noble, hijo del dueño del castillo, se enamoraron perdidamente y lograron convencer al padre de aquélla para que consintiera en su casamiento con un mortal, aunque con la condición de que el matrimonio sólo durara un año. Transcurrido ese tiempo, el día que la joven esposa debía regresar a su reino dejó a su marido un amuleto de la suerte consistente en una bandera hecha por las hadas con la seda más pura y hermosa del mundo, con el fin de que lo protegiera, ya que, con sólo ondearla, un ejército de hadas y duendes acudiría en su ayuda en caso de necesitarlo.

Me encantaban esas fábulas, que impregnaban de magia parte de la historia de un país y que conferían a su gente el ánimo suficiente para afrontar con esperanza situaciones de final impreciso. Así, durante la segunda guerra mundial, muchos aviadores escoceses portaron el símbolo de esa bandera en

sus aviones como presagio de buena suerte para volver a casa sanos y salvos.

Y sano y salvo estaba Alistair esa mañana, aunque también inquieto, cosa que noté nada más meternos en el coche y que comprobé en cuanto comenzó a hablar. Nuestros viajes solían discurrir en silencio, ya que, incluso cuando quería abordar algún tema, solía esperar a tener las fotografías acabadas con el fin de tener la mente completamente despejada. Por el contrario, algo lo tenía desazonado ese día, y en cuanto abrió la boca pude saber el motivo:

—Lo pasasteis bien ayer. ¿Tuvisteis una buena noche?

Mi defectuoso radar había detectado un intento de sonsacar información para averiguar si los moscones de la noche anterior habían conseguido posarse sobre algún tarro de miel. Por tanto, y ante la posibilidad de estar ante esa tesitura, reconozco que fui mala al responderle con mucha, mucha picardía:

—Sobre todo, un buen fin de noche.

Inmediatamente vi cómo le cambiaba la cara, pasando de un nerviosismo contenido a una preocupación pésimamente disimulada.

Lejos de sentir pena, comencé a reírme, hasta que él, un poco molesto, me preguntó:

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

En un principio dudé, durante unos instantes, pero luego me decidí.

—Te lo voy a contar, pero tienes que prometerme dos cosas. ¿Cuento contigo?

—¿Tengo otra opción? —me contestó con una tímida sonrisa.

—Si quieres saber, no.

—De acuerdo entonces —aseguró, agrandando su sonrisa.

—Las promesas que tienes que hacer son las siguientes: la primera es guardar el secreto, incluidas Victoria y Clara, y la segunda es que no vas a pensar mal de ninguna de nosotras tres.

—Hecho —afirmó con intriga.

—Quiero que seas consciente de que, si incumples tu palabra, iré a buscarte a cualquier lugar del mundo para matarte, varias veces y de las peores formas posibles.

—Seré una tumba —me garantizó mientras simulaba cerrar una cremallera sobre su boca.

Sabía que, al contárselo, quizá me estuviera extralimitando, porque la historia no nos dejaba en muy buen lugar a ninguna de las tres, pero ¡era tan divertida! Además, si de verdad estaba interesado en Clara, era mejor que supiera a lo que atenerse.

—Ayer, después de tomar unas copas en el pub, regresábamos las tres solas al B&B dando un paseo por la playa cuando uno de los chicos que Clara había conocido en la taberna se acercó hasta nosotras. Victoria y yo nos hicimos a un lado y los dejamos a su aire, aunque, como todos llevábamos el mismo camino, era inevitable que siguiéramos viéndolos. Por tanto, ambas fuimos testigos de cómo el tal Peter enseñaba a Clara a tirar piedras al agua.

—¿Tirar piedras al agua? —preguntó Alistair sin llegar a comprender.

—A lanzarlas, para que reboten sobre la superficie del agua el mayor número posible de veces y acaben hundiéndose formando remolinos.

—Entiendo —se situó tras la aclaración.

—Visto desde fuera, la situación era muy divertida, porque podías observar cómo él utilizaba los trucos básicos del flirteo: poner sus manos sobre la cintura de ella para indicarle cómo tenía que moverla... ¿Me sigues? —me interrumpí a mí misma durante un segundo para saber si captaba el contexto que se escondía tras la escasa información que le había facilitado.

—Perfectamente —aseguró, cada vez más intrigado.

—Pues en una de éstas en las que Clara estaba inclinando la espalda hacia delante, con Peter detrás de ella, con sus manos, las de él, en las caderas, las de ella..., a ella se le escapó un aire por su orificio anal...

—¿Qué?! ¿Se tiró un pedo?! —exclamó Alistair sin poder dar crédito.

—Bueno, para ser justos habría que decir que se le fugó... ¿de la cárcel de gases?..., supongo... —creo que aclaré, o al menos lo intenté, en un intento de dulcificar lo sucedido.

A tenor de su respuesta, deduje que no lo conseguí, dado que le dio tal ataque de risa que tuvo que parar el coche en el arcén por miedo a darse un golpe.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó cuando pudo reponerse, confirmando que no se trataba de una broma.

—¡Sí! —me lamenté—. Y te aseguro que es lo más humillante que le



puede pasar a una mujer, siempre pensando de nosotras mismas que somos el colmo de la finura y la sofisticación. ¡Ya hay que tener mala suerte! Después de todo por lo que ha pasado la pobre, que hasta se quedó sin trabajo y sin novio en el mismo mes, viene a Escocia, conoce a un tío que le gusta y, para celebrarlo, ¡su cuerpo se pone gaseoso!

Decir que Clara acababa de perder a su novio no había sido un desliz. Lo hice intencionadamente para que Alistair supiera, en caso de estar interesado en ella, que ya había tenido su buena ración de sufrimiento y que no se había quedado con hambre. Sin embargo, salvo reírse de la situación en general, no hizo ningún comentario sobre ese tema en particular.

Cuando fue a poner el intermitente para incorporarse de nuevo a la carretera, le indiqué, moviendo el dedo índice varias veces, que tal vez no fuera una buena idea.

—Yo de ti me esperaría —precisé.

—¿Acaso hay más? —se sorprendió, mirándome también con algo de asombro.

—¡Por supuesto que sí! ¡¿Con quién crees que estás hablando?! —lo conminé jocosa—. Tú nos conoces poco, pero con nosotras no hay nada que empiece mal que no acabe peor.

Tras soltar una nueva carcajada, volvió a poner el intermitente en su posición original y se dispuso a escucharme, dándome a entender que tenía toda su atención.

—Sé que está mal —proseguí—, pero Victoria y yo apenas si podíamos contener la risa. ¿Has comido alguna vez comida muy picante en casa de tu suegra y, como no quieres quedar mal, haces como si no te pasara nada aunque estés a punto de reventar? Pues ésas éramos nosotras dos. No queríamos reírnos para no avergonzarla más, pese a que teníamos todos los músculos faciales próximos a estallar, por no hablar del color rojo, que parecíamos una aurora boreal.

—Y ¿qué hizo Clara?

—¡La pobre...! Estaba tan abochornada que ni siquiera se reía..., ya sabes, en un intento de utilizar la risa como mecanismo de defensa para desdramatizar la situación.

—¿Y él?

—¡Ése era el verdadero problema! En ningún momento le dijo «no te preocupes», «son cosas que pasan», «ha sido un accidente», o cualquier frase por el estilo. Se limitó a mirarla con cara de extrañeza, abriendo y cerrando la boca desordenadamente, moviendo las manos sin ningún sentido, andando unos pasos con intención de marcharse para volver, segundos después, gesticulando de la misma manera. ¡Te juro que parecía el pato Donald en estado de embriaguez!

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó tras conseguir sofocar una incipiente carcajada.

—Como el comportamiento de Peter se prolongaba, yo veía que Clara estaba al borde de las lágrimas, lo que habría sido el colmo de la humillación para ella. Yo quería hacer algo, pero, salvo darle dos bofetadas a él y decirle «¿de qué vas?, ¡no es tan grave!, ¡eres un tío..., los tíos hacéis esas cosas continuamente!» o darle un abrazo a ella para consolarla, no se me ocurría nada más.

—No harías eso último, ¿verdad?

Lo dijo con cara de susto, y animándome con las manos a darle una respuesta... negativa. Pese a ello, hice caso omiso tanto de sus palabras como de sus gestos y proseguí con mi relato.

—En ese momento, Victoria y yo, sin mediar palabra entre nosotras, como si fuéramos un par de zombis telépatas, empezamos a caminar hacia ellos...

—¡No! ¡No me digas que fuisteis a abrazarla!, ¡con el tío allí!... ¿Sabes lo que eso significa desde la perspectiva de un hombre?

Mientras asentía con la cabeza y me encogía de hombros a la vez, concluí el desarrollo de la historia.

—Cuando estuvimos a un palmo de ellos, Victoria y yo nos miramos directamente a los ojos y, de nuevo sin hablar, como si estuviéramos unidas por una conexión astral, nos dimos media vuelta, nos agachamos ligeramente, inclinamos la espalda hacia delante y nos tiramos ¡un sonoro pedo cada una!

¡Menos mal que Alistair había sacado el coche de la circulación!, porque su estómago chocó con el volante, su cabeza contra el cristal, y sus risas se expandieron por el espacio sideral.

—¡No me lo puedo creer!... ¿De verdad hicisteis eso? —alcanzó a preguntar en cuanto logró que su caja torácica dejara de convulsionar.

—¡Como que me llamo Marina! —le respondí tajante.

—Y ¿qué pasó entonces?

—A Clara, esta vez sí, le dio un ataque de risa, y muy similar al que acaba de darte a ti, por cierto. Por lo que se refiere a Peter, nos miró a la tres con la misma cara de extrañeza de antes, abrió y cerró la boca desordenadamente, movió las manos sin ningún sentido y anduvo unos pasos con intención de marcharse para volver, segundos después, gesticulando de la misma manera. ¡Vamos, como un pingüino, pero escocés!

—¿Y vosotras dos? —quiso saber Alistair.

—Haciendo gala una vez más de ese vínculo extracorpóreo que nos unía, exclamamos al unísono: «¡Son cosas que pasan! ¡A nosotras nos pasan!».

Tras otra buena ronda de risas, Alistair comentó con perplejidad, y también con algo de satisfacción:

—¡Sois grandes!

—Lo que estamos es locas —aclaré—, que es, ni más menos, lo que debió de pensar Peter.

—Después de eso se marcharía, ¿no?

—¡Qué va! Nos fuimos nosotras. ¡Allí seguía él, la viva reencarnación del pájaro bobo, aleteando manos y pies!

—Y a Clara, ¿se le pasó el disgusto?

¡Por fin preguntaba por ella y por su estado de ánimo! Quizá, al fin y a la postre, no estuviera tan errada en mis suposiciones, de manera que, aprovechando la coyuntura, me dispuse a ubicar a Alistair en la situación sentimental exacta en la que se encontraba mi amiga en esos momentos, lo que constituía mi único objetivo desde el principio.

—Le quedó claro que Peter no era para ella, cosa de la que me alegro. Los tíos que no tienen sentido del humor, los tristes de la vida, nunca merecen la pena. Y ligar no ligó, pero al menos no sabes lo que se rio.

—¡Me lo puedo imaginar!

—¡Así que Clara vuelve a estar disponible! —sentencié.

Tras pronunciar esa frase escudriñé sus ojos, así como su expresión, para

ver si podía atisbar algún amago de sentimiento hacia ella..., pero no lo encontré. De hecho, por su siguiente comentario, nada parecía indicar que fuera Clara quien ocupara sus pensamientos.

—Entonces ¿qué has dicho que me ibas a hacer si revelo el secreto? —preguntó divertido.

—No tienes mundo para correr... —lo amenacé—. Y ya puedes valorar esa confesión —precisé acto seguido—, porque si los españoles tenemos algo es un exacerbado sentido del ridículo, que ya hacerlo fue un trago, pero contártelo...

—Pues a mí me parece estupendo, las dos cosas, tanto hacerlo como contármelo.

Si las frases tuvieran un equivalente en la repostería, la de Alistair habría sido un bizcocho con olor a canela, con mucha canela, suave, tierno, esponjoso, que comes con la esperanza de que haya un segundo trozo que también puedas tomar, porque ese «hacerlo» estaba impregnado en dulzura, y ese «contármelo» relleno de ilusión.

Por tanto, y por si mis percepciones estaban en lo cierto, le respondí intentando quitarle emociones al asunto.

—Sí, soy única humillándome en público, ¡y Victoria también, que estuvo a la altura de las circunstancias! Al menos, la causa era buena —me consolé—: hacer que una amiga no se sintiera mal, o no tan mal.

Después de nuestra charla, a Alistair le cambió el humor. No recordaba haberlo visto tan dicharachero, tan distendido, tan relajado, tan feliz, en ninguna de las otras excursiones que habíamos realizado. De hecho, disfrutó, casi como si fuera un niño, del recorrido por las estancias del castillo, del paseo por los jardines y también del trayecto en barca hasta una colonia de focas marinas donde, al ver una de ellas que estaba palmeando con entusiasmo para después arrastrar con dificultad su orondo cuerpo por la orilla, exclamó, a la misma vez que yo:

—¡Mira! ¡Ahí está Peter!

Los dos soltamos una carcajada, que podría definirse como común, y que Alistair no perdió la oportunidad de comentar.

—Ya veo que tienes conmigo la misma conexión telepática que con

Victoria, pero, por favor, ¡no me lances un gas para celebrarlo! Aunque, pensándolo bien, tampoco estaría tan mal: ¡fuegos artificiales sonoros para festejar el fin de fiesta!

Antes de que echara a correr hacia el coche acerté a darle unas cuantas collejas, que no parecieron molestarle, más bien al contrario, y que también quiso apostillar:

—Cuando dicen que los latinos gesticulan mucho no sabía que se refirieran a ese movimiento de manos...

—Sí, se refieren a lo largas que tenemos las manos.

Por fin se había producido un giro en nuestra relación, o fuera lo que fuese lo que manteníamos: habíamos cambiado el amor por el humor, lo que resultaba enormemente gratificante para mí. Por eso, de camino hacia Portree, agradecí mentalmente que, por una vez, no hubiéramos hablado de amores antiguos, presentes o futuros, aunque poco después pude comprobar que había hecho mal en dejar que ese pensamiento se posara en mi cerebro, ya que, en apenas una décima de segundo, Alistair afirmó, enganchando una vez más sus ojos a los míos:

—Me resulta increíble que alguien t...

Se interrumpió él mismo durante un segundo para dar marcha atrás con el fin de maniobrar.

—Me resulta increíble que alguien os tuviera y os dejara marchar.

—En realidad, es bastante sencillo —respondí con franqueza, ignorando el posible significado de esa «t»—: vieron lo que había y prefirieron mirar para otro lado, o les gustó más lo que vieron en otro lado.

Una variación de ese concepto circulaba muchas veces por mi mente: «El que me tuvo y no me retuvo es porque entró y no le gustó lo que vio». Ésa era la frase lapidaria que me había acompañado a lo largo de todos mis días y que podría haberme estampado en mis propias camisetas como un aviso a navegantes personalizado. Así, nunca olvidaría lo que había sido mi vida hasta entonces, ni tampoco la vida que me esperaba a partir de ese momento. Es más, podría haberme diseñado a mí misma colecciones enteras, tanto de ropa como de artículos para el hogar —que tenía las suficientes para dar trabajo a una fábrica entera— con los miles de frases nefastas que había ido

acumulando con el paso de los años y que reflejaban mi penosa existencia sentimental..., y algunas más que mi viaje a Escocia me depararía tan sólo unos días después.

*Blanca, Marina, Clara y una visita  
inesperada*

Acostumbrada a un marido con la profundidad emocional de un cuenco, y para el que el término llorar significaba tener que pagar cuando el resultado de la declaración de la Renta era positivo, mi madre no tenía lo que se dice experiencia con hombres que fueran capaces de albergar algún tipo de sentimiento.

Por tanto, cuando se vio en la tesitura de tener que disculparse ante Tristán, no era capaz de encontrar ninguna referencia que le sirviera de guía para hacerlo. Además, e independientemente del hecho de que Blanca Solís careciera de este tipo de vivencias, ella era de la opinión de que la vida no te granjea experiencias, sino que te provee de meros recuerdos. Desde su punto de vista, las personas no aprendían con los años y las equivocaciones que cometían; con suerte, recordaban lo que les había sucedido en el pasado, y algunos, lo más avisados, extraían conclusiones, mientras que la mayoría volvían a cometer una y otra vez los mismos errores.

Mirando al cielo mientras caminaba hacia la casa de Tristán, Blanca pensó en Rodrigo una vez más. Se lo recordó el sol gigante que lucía en mitad de ese gran azul. A su exmarido le encantaba el sol; sin embargo, tenía encima una nube negra bajo la que arrastraba a todo aquel que se le acercaba. Cuando mi madre consiguió salir de su área de influencia, reconoció haber sentido alivio.

Lástima que mi padre hubiera tenido que tirarse a media humanidad, y ella enterarse, para darse cuenta de lo desgraciada que había sido con él. «Seguro que tuve mis motivos para intentar salvar nuestro matrimonio, sólo que hoy no recuerdo ninguno», se dijo con sarcasmo.

Con Tristán, por el contrario, todo era diferente. Con él había dejado de dolerle el alma. Blanca siempre recordaba una frase de su padre cuando, poco antes de morir, al preguntarle ésta por su estado de salud, el abuelo le respondió: «Lo que me duele es el alma de verme así». Y a mi madre se le quedaron grabadas esas palabras porque, de alguna manera, reflejaban los últimos meses que había pasado junto a Rodrigo.

No obstante, tras el divorcio, ese dolor desapareció, aunque con altibajos. Había días que pensaba que tenía veinte años, se sentía ligera como el viento y con un cuerpo acorde, mientras que otros le parecía tener doscientos, vividos en un mundo que lo aplastaba bajo su peso, y sin ninguna parte de su cuerpo que no le doliera, pero no el alma, nunca el alma. Desgraciadamente, ese dolor había vuelto desde que no estaba con Tristán.

Aun así, después de la discusión, tardó en reaccionar, hasta que se dio cuenta de que el único pensamiento que ocupaba su cabeza era cómo la hacía sentir él, y la hacía sentirse bien. Por eso no le quedó más remedio que reconocer que lo quería y asumir que, cuando quieres a alguien, abandonar nunca es la respuesta. Por tanto, y aunque lo único que pudiera ofrecer fuera un silencio a modo de disculpa, finalmente se atrevió a llamar al timbre de su puerta. Cuando éste la abrió, y al ver el gesto adusto de su cara, Blanca sólo alcanzó a decir:

—¿Prefieres que me vaya?

—Primero me gustaría escuchar lo que tienes que decir —contestó él secamente.

«Mal asunto», pensó Blanca, que no tenía nada preparado, ni capacidad para improvisar, por lo que dejó salir las primeras palabras que cruzaron por su mente, dado que, al menos, eran lo suficientemente elocuentes y, en cualquier caso, sinceras.

—Tenías razón y yo no; te quiero y no me gustaría pasar ni un día más sin ti.



—¿Querer? Y ¿qué es para ti querer? —le preguntó Tristán con algo de ironía.

—Que, salvo tú, me da igual todo lo demás.

Al ver que su argumento no obtenía ninguna réplica, Blanca volvió a preguntar, con una voz que entallaba el nudo formado en su garganta:

—¿Ahora ya sí quieres que me vaya?

—Sí, por favor, ahora quiero que te vayas.

Y mi madre lo hizo, sin rechistar, a pesar de que no era la respuesta que ella pretendía ni el final feliz que anhelaba. Antes de dar media vuelta, podría haberse despedido con un amable «espero que la vida te vaya bien», un afectuoso «te deseo que seas muy feliz» o un avinagrado «que te folle un pez», pero no tenía nada preparado, ni capacidad para improvisar.

Se limitó a volver sobre sus pasos, vestida con su traje rojo, el que mejor le sentaba y en el que Tristán no había reparado, y perfumada con su perfume más embriagador, del que se había echado un bote entero para infundirse valor y que él ni siquiera había advertido.

Sólo cuando llegó a casa lloró, apenas unas lágrimas, las justas para desprender la amargura que se le había quedado adherida a las entrañas. De sobra sabía Blanca que el llanto transformado en cascada bloquea la pena, impidiendo que desaparezca. Además, esa noche sentía que no eran las palabras, sino las lágrimas, las que a veces se convertían en balas. Así, no eran tanto las palabras de Tristán las que la habían herido: eran sus propias lágrimas las que amenazaban su supervivencia, consciente de que detrás de éstas se escondía la culpa, y la certeza, de haber sido ella la responsable de que la relación se rompiera.

Pese a todo, miró al frente y pensó: «Habrà que recomponerse y volver a empezar; quizá no hoy, pero sí mañana», sólo que, a veces, cuando un jarrón se quiebra, las piezas rotas no siempre encajan.

Esa misma tarde recibí un mensaje de ella que decía:

Mucho me temo que tengo que cambiar de perfume y que el rojo ha dejado de ser mi color.

¿Tendrá un problema de daltonismo, tanto olfativo

Intenté poner una nota de humor en su ánimo, pero no hubo un segundo mensaje por su parte, por lo que dejé pasar unas cuantas horas hasta que la llamé, aunque sin obtener respuesta. A pesar de que su silencio resultaba suficientemente indicativo, lo intenté unas cuantas veces más, si bien, poco después, dejé de insistir porque entendí que mi madre necesitaba ese desamparo que proporciona en ocasiones la soledad. Para superar el dolor primero hay que sentirlo, de la misma manera que para encontrarse antes hay que haberse perdido, que para llegar arriba hay que partir desde abajo, o que para estar bien previamente tienes que haber estado mal. Y probablemente aquella tarde mi madre necesitaba sentirse mal. Además, hay dolores que ninguna compañía puede aliviar.

De cualquier manera, me quedé con un regusto tan amargo que llamé a Calem para que me animara hablándome sobre su relación con William. Saber que en algún lugar del mundo existe alguien que es feliz puede conducirte a dos situaciones opuestas: a sentir una tristeza aún mayor o a aliviar tu pena, y yo esperaba que fuera la segunda la que se produjera.

—Marina, no renuncies —me suplicó en cuanto saqué el tema—. Estar con alguien que te quiere transforma la perspectiva de las cosas, te cambia la vida, te convierte en otra persona.

Yo entendía perfectamente el sentido de sus palabras. Cuando dos seres que se gustan entran en contacto se genera un proceso parecido al que se origina con las sustancias químicas: si entre ellas se produce algún tipo de reacción, ambas se transforman.

Sin embargo, mi experiencia se limitaba a haber estado con personas a las que yo había querido, pero dicho sentimiento no era mutuo. Y, por mucho que puedas querer a alguien, hasta que ese afecto se ve correspondido el amor no se hace real, como en *Seis personajes en busca de autor* de Pirandello: se trata de un ente que alguien ha concebido, pero que no tiene dueño, que no tiene voz.

No obstante, ese hecho no era óbice para que —al igual que le había sucedido a Calem, aunque en sentido inverso— no se hubiera transformado la

perspectiva con la que yo veía las cosas, cambiado mi vida o convertido en otra persona.

Y la persona que yo era entonces todavía se resistía en ocasiones, como hace un intolerante a la lactosa al que le gusta la leche a dejar de beberla, hasta que, tras unos cuantos cólicos, asume que seguir tomándola con la esperanza de que algún día deje de resultarle indigesta entra en el terreno de las quimeras. De la misma manera, encontrar a alguien que quisiera compartir mis días no estaba incluido ni en mi mapa genético ni en mi menú para alérgicos.

El verdadero problema al que yo me enfrentaba para aceptar esa situación *ad eternum* radicaba en que me había quedado con hambre. La sensación que me ocupaba, pues, era similar a la que se produce cuando no te gusta lo que has comido; es decir, que tu cerebro piensa que tu estómago no ha comido. ¿Resultado? Necesitas comer más. Así, tras haber compartido un año de mi vida con Alejo, mi corazón tenía hambre. Mi cuerpo pedía a gritos sustituir los malos recuerdos —que eran todos, porque de haber alguno bueno sería falso— por otros provenientes de una existencia en pareja que mereciera la pena. Y yo intuía lo que eso significaba, porque con él había rozado la felicidad todas y cada una de las veces que pensé que me quería.

Pero, para mi desgracia, mi reino no estaba en ese mundo, ni me habían invitado a esa fiesta, o, si lo habían hecho, nada más llegar, me habían cambiado el carné de baile... por uno que estaba vacío.

El obstáculo radicaba en que hay personas a las que la gravedad empuja a estar juntas, mientras que otras no tienen ni gravedad, ya que no ejercen ninguna atracción sobre otros cuerpos, probablemente las mismas que no pueden proyectar una sombra, ni encontrar ninguna a la que arrimarse.

Ese sentimiento de amor y desamor lo he llevado siempre conmigo y ha permanecido inalterable a lo largo de los años, porque yo era capaz de recordar cada ápice de dolor que los hombres me habían causado, así como de volver la vista atrás con la misma facilidad y rapidez con la que el olor de una tarta transporta a la infancia, con la que una foto en blanco y negro conduce a algún instante indeterminado del pasado, o con la que la música —esa máquina del tiempo emocional—, en la forma de una canción, traslada al

momento y lugar exactos en los que fue escuchada por primera vez.

Y fue precisamente la música, la de Coldplay, y una de sus canciones, *A Sky Full of Stars*, la que nos brindó, tanto a Clara como a mí, así como al resto de nuestros millones de seguidores, uno de esos recuerdos que nos acompañarían, inmutables, el resto de nuestras vidas.

Una tarde, cuando nos preparábamos para iniciar nuestra retransmisión, Bernie nos pidió que bajáramos corriendo al jardín delantero de la pensión, ya que un mensajero nos esperaba con un paquete urgente, para cuya recepción teníamos que firmar ambas.

Cuando llegamos, ninguna de las dos podíamos creer lo que teníamos ante nuestros ojos porque el paquete era gigante, no llevaba envoltorio, caminaba y respondía cuando lo llamabas por su nombre, que era ¡Coldplay!

¡Chris Martin y su grupo estaban delante de nuestra puerta! ¡Ahí, al alcance de nuestra mano y de nuestros brazos! Bueno, de los de Clara, que se puso como loca a dar abrazos con la excusa real de achuchar a todo Dios y la oficial de comprobar que no se trataba de una alucinación porque, y en eso estaba totalmente de acuerdo con ella, resultaba del todo increíble que Chris Martin hubiera venido ex profeso hasta la isla de Skye ¡para conocernos!

Al parecer, la noche anterior habían dado un concierto en Edimburgo y, antes de volver a Londres, no les importó dar un rodeo para visitar a las dos españolas que habían puesto a bailar a unos cuantos millones de personas bajo su cielo lleno de estrellas, con la intención de, en esta ocasión, invertir los compases y ser ellos los que ¡bailaran para nosotras!

Nada más recuperarme del impacto inicial, lo primero que hice fue llamar a Mark para que trajera a Lilly. Ya cuando estuvimos en Inverness, la niña se volvió loca pensando que su ángel, y la amiga de su ángel, eran famosas, al ser testigo de todos los autógrafos que nos pedían. Si en esta ocasión veía, además, que Coldplay había venido hasta su isla para cantarnos, ¡se convertiría en la niña más dichosa del mundo!, y objeto de envidia de todos sus compañeros de colegio, dicho sea de paso.

Afortunadamente para nosotras, Bernie lo grabó todo *motu proprio*, desde el principio hasta el final, porque las dos estábamos tan nerviosas —y Victoria por extensión— que ni siquiera caímos en la cuenta. Y el vídeo que nos hizo

fue el mejor de los regalos: nuestros ojos de asombro al verlos, la cara de felicidad de Lilly, los saltos de alegría de Clara, la sorpresa de la gente del pueblo, que se fue acercando a medida que el rumor de su llegada se extendía, los primeros acordes de las guitarras, el momento en el que Chris sacó a bailar a Lilly y cuando nosotras tres bailamos después con él, ¡y lo bien que bailaba!...

Además, se trataba de un hombre muy simpático, muy divertido, muy humilde, más parecido al vecino de al lado, al que le han ido las cosas bien en la vida —y se siente agradecido por ello—, que al líder de un grupo de fama mundial. Por otra parte, me llamó mucho la atención su mirada, mucho más azul e intensa que en las fotografías, su sonrisa, mucho más cercana y franca, así como sus palabras de despedida, tan amables como sinceras.

—Estamos encantados de haberos conocido —aseguró Chris—, aunque sentimos que la causa sean vuestros corazones rotos.

—¿Me tomas el pelo?! —exclamó Clara—. ¿A quién le importan nuestros corazones rotos?! ¡Hemos conocido a Chris Martin! ¡Y eso será lo único importante en nuestra vida a partir de ahora!

Chris soltó una carcajada y comentó a continuación:

—La verdad es que nos hizo muchísima gracia que pusierais a tanta gente a bailar nuestra canción y, sobre todo, ¡que lo hicieran!

—¿Habéis visto el vídeo entonces? —preguntamos Clara y yo al unísono, ambas con cara de embobadas.

—¿Bromeáis? —respondió él con convicción—. ¡Ése y todos los demás! ¡Y nos hemos echado unas buenas risas con ellos! Por eso tuvimos claro que, al estar tan cerca, debíamos haceros una visita.

Y esa misma visita fue la que retransmitimos, íntegramente, pocos minutos después en nuestro canal de YouTube. En realidad, fue Victoria la que se encargó de todo esta vez, porque yo tenía unos ojos como platos que me impedían visualizar nada que no fuera la imagen de Chris, que se había quedado grabada en mi retina segundos antes, mientras que Clara aún seguía dando botes, por la emoción.

Nada más pulsar el botón de encendido de la cámara, lo primero que hizo Victoria fue preguntarle a esta última:

—¿Qué? ¿Ya puedes morirte tranquila sabiendo que Chris Martin ha venido a verte?

—¿Estás de coña? ¡Primero tengo que contarlo! ¡Chicos! —gritó mirando al objetivo—. ¡Lo hemos conocido! ¡Y es un tío de puta madre! —vitreó entre salto y salto.

Sin lugar a dudas, lo era, y el hecho en sí, que el grupo se hubiera desplazado hasta Skye, era una de esas cosas maravillosas, e inesperadas, que te suceden en la vida y que convierten un día malo en uno bueno, o una tarde que olvidar en un recuerdo especial, único, imborrable y feliz, hasta el punto de que Clara y yo nos sentíamos como unas plebeyas a las que hubieran coronado reinas, aunque fuera del baile de los corazones rotos, y que los de las dos estuvieran cerrados por reparaciones. Por tanto, tenía una deuda pendiente con mi amiga, y era darle la razón una vez más: yo, que no tenía especial interés en conocer a ningún famoso, había disfrutado enormemente de haberlos conocido a ellos.

A partir de ahí, además, nuestra popularidad empezó a crecer meteóricamente, lo que condujo a que la galería de agradecimientos no parara de ganar adeptos. Así, no pasaba ni un solo día en que algún personaje célebre no nos mandara un mensaje, desde Bradley Cooper hasta Jude Law, pasando por Emma Watson o Kate Winslet. Por el contrario, el único que seguía sin dar señales de vida era Gerard Butler, que permanecía solitario en su media pared.

Clara decidió, por tanto, que había que animar ese espacio, adoptando de manera inmediata dos medidas: la primera fue situar un calendario debajo de su foto, en el que tachó los días ya transcurridos y marcó los que nos quedaban hasta marcharnos de Escocia, mientras que la segunda consistió en colocar a su lado un nuevo póster, en esta ocasión de ¡James Blunt!

—¿También quieres conocer a James Blunt?! —le pregunté tan asombrada como desconcertada.

—Yo no soy optimista —confesó a modo de explicación—. Lo único que soy es posibilista. Y como cada día que pasa veo más factible la posibilidad de que Butler no aparezca por aquí, quiero cubrir otras alternativas.

No me atreví a intentar quitarle la idea, haciéndole ver que era

prácticamente imposible que Blunt viniera porque, visto lo visto con Chris Martin, que se había presentado incluso sin invitación previa, no me veía con la suficiente autoridad moral —y musical— para enturbiar sus ilusiones y sus esperanzas.

De esta manera, puse punto en boca y me limité a escuchar lo que tuviera que decir. Aun así, había una duda que me corroía y que tenía intención de desvelar:

—Y ¿has pensado en algún plan siniestro para atraerlo?

—Bueno..., nada que tenga que ver con el flamenco, si es eso lo que te preocupa..., aunque ya sabes que hay una canción suya que me encanta, *Heart to Heart*, así que he pensado que yo puedo cantársela y que Victoria y tú me ayudéis haciendo los coros...

—¿Hacerte los coros?! —exclamé—. ¿Te has vuelto loca?! ¡Si bailando soy un pato mareado, cantando soy una grulla beoda!

Pero Clara, que estaba crecida, y deseosa de subir el listón, no iba a aceptar un no por respuesta, por lo que me lanzó un dardo envenenado que fue a clavarse directo entre mis ojos.

—¿A que si viene y te canta *Goodbye My Lover* o *Carry You Home* te da un síncope?

—¡Ahí me ha dolido! —no tuve más remedio que reconocer.

Victoria, por su parte, no puso ninguna pega, encantada como estaba con cualquier cosa relacionada con YouTube, Twitter, o lo que fuera, ya que le habían devuelto una alegría que creía perdida. Es más, hasta sugirió que las dos nos pusiéramos algo encima a modo de atrezo, como unas pelucas, o un atuendo *ad hoc*, para darle algo de ambiente a la actuación, así como una nota de color. El resultado fue que parecíamos la sección femenina de ABBA: una peluca rubia, otra morena... y las camisas con chorreras.

Pero, como las monas siguen siendo monas aunque se vistan de cantantes suecas de la década de los setenta, el papel que interpretábamos tanto Victoria como yo se podría incluir más en el género de la tragedia que en el de la comedia. Ni siquiera éramos capaces de bailar mínimamente coordinadas, por no hablar de cantar, ya que nuestras voces fluctuaban entre unos descompasados gruñidos sobrenaturales y unos desarmonizados graznidos

esotéricos. Lo único que hacíamos bien era celebrar cualquier amago de éxito, chocando —desordenadamente, que ni para eso servíamos— cualquier extremidad de nuestros cuerpos que pilláramos a mano, ya fueran las palmas, los pies o nuestros culos, e incluso las cabezas, cuando nos las encontrábamos por medio.

Clara, sin embargo, se mostraba pletórica, disfrutando tanto si lo hacíamos bien —que no era el caso— como si lo hacíamos rematadamente mal —cosa que se ajustaba mucho más al desarrollo de los hechos—, lo que me llevó a pensar que, una de dos, o se había puesto las lentillas de la felicidad para verlo todo de color de rosa, o se había pinchado la felicidad en vena para sentirse más a gusto que un arbusto en cualquier circunstancia y condición. Y es que, si mi amiga hubiera tenido que optar aquel día entre ser un seto o la alegría de la huerta, habría elegido, definitivamente, ser la alegría de la huerta.

Y aún nos quedaban a las tres unas cuantas sonrisas más, ya que la película de la noche —por elección de Victoria y en línea con el vestuario adoptado para la ocasión— sería *Mamma Mia!*

Cuando estábamos a media reproducción, mi móvil vibró insistentemente, por lo que no tuve más remedio que prestarle atención, y más al ver que se trataba de un mensaje de mi madre.

Tengo novedades.

¿Una buena noticia? ¿Tristán ha recuperado la vista  
y el olfato?

Tenía la esperanza de que éste hubiese recapacitado y, por tanto, se hubieran reconciliado.

Es sobre Amanda y Joaquín.



*Marina, Clara, Alistair y una segunda  
visita*

—¡Buenos días, Chris Martin! ¿Qué tal has pasado la noche? —dije nada más entrar en la sala donde solíamos realizar las grabaciones—. ¿Y tú, Blunt? ¿Has dormido bien? En cuanto a ti, Butler, repites mucho de ropa, así que yo creo que deberías cambiar de estilista —sentenció.

Clara me había encargado que me rodara a mí misma un vídeo bailando flamenco con el fin de enseñar a nuestros seguidores los progresos que había hecho hasta la fecha, pero, al ver la multitud de gente que adornaba la pared trasera, que se multiplicaba como los panes y los peces, no pude resistirme a la tentación de saludarlos. No en vano, todos ellos iban a ser testigos, minutos después, de que al olmo, en ningún caso, se le pueden pedir peras, ya que el baile y yo éramos dos entes con densidades distintas, como el agua y el aceite, imposibles de mezclar.

Por tanto, y a la vista de mis intentos fallidos, o fracasos —empleando un término aún más exacto—, decidí que el vídeo que había que incluir, ya que era el que mejor resumía el estado de mis actuaciones, era uno en el que la protagonista no era yo, sino Joaquín Cortés, con el que había mantenido varias conversaciones flamencas en los últimos días a través de FaceTime.

En él aparecía el bailarín cordobés tirado por el suelo, rebozándose en su propia risa, bajo el que incluí la siguiente leyenda: «Así es como van las

cosas. Creo que Joaquín ha abandonado toda esperanza y, además, se ha abandonado a la locura».

Y no fue el único, porque a esa misma locura nos abandonamos las tres — Victoria, Clara y yo— tan sólo un par de días después, cuando se presentó en la pensión una visita del todo insospechada, al menos para mí, a quien las evidencias anteriores no hacían perder la cualidad de escéptica para situaciones similares posteriores, porque ¿con qué nombre se correspondía el cuerpo cuya mano llamaba a nuestro timbre? ¡Con el de James Blunt! ¡En persona! ¡Y encima fui yo quien le abrió la puerta!

—¡Victoria, que han venido a contratarnos para hacerle a James Blunt los coros! —grité en cuanto mi cuerpo volvió a ser cuerpo y mi mente volvió a ser mente.

Su carcajada no pudo evitar que lo tocara suavemente con el dedo índice para comprobar que era real, ¡y lo era! ¡Era James Blunt!, ¡en cuerpo y alma!, ¡en carne y hueso!

No obstante, parecía mucho más joven de lo que en realidad era, tanto como diez años menos, pasando de los cuarenta y cuatro que en realidad tenía a los treinta que como mucho aparentaba, y muy bien llevados, por cierto. Su rostro, sin embargo, sí transmitía la misma sensación que en las fotografías, con cara de niño bueno, de no haber roto un plato en su vida, hecho que intentaba disimular luciendo una barba de tres días y un pelo desordenado. Por lo que se refería a sus ojos, a ratos azules, a ratos grises, se mostraban acordes, desvelando que un alma joven se escondía tras ellos, sin poder ocultar una fina ironía y un británico sentido del humor.

—Creo que estás equivocada. A mí me han dicho que unos coros muy buenos buscaban cantante, así que vengo a ofrecerme —aseguró divertido.

En cuanto oyó su voz, Clara quiso bajar tan rápido que se cayó por la escalera y Victoria casi prendió fuego a la cocina al abandonar a su suerte el salmón que estaba preparando para la cena. No obstante, una vez solventados los accidentes domésticos, pudimos dedicarle toda nuestra atención al inesperado huésped, que vino solo, con la única compañía de su guitarra, dispuesto a pasar la tarde con nosotras y a cantarnos todas las canciones que quisiéramos pedirle.

Ninguna dábamos crédito a lo que veían nuestros ojos, a nuestra suerte, al hecho de que —por segunda vez en una semana— un cantante de fama mundial se hubiera personado en la isla para conocernos, ¡a nosotras, que en verdad no éramos nadie en comparación! ¡Y nada menos que James Blunt!

Y, al igual que había sucedido con Chris Martin y su grupo, he de reconocer que disfruté de uno de los mejores momentos de mi vida, porque si ya una canción hermosa te llena de emociones aunque proceda de un aparato electrónico, cuando proviene directamente de la voz y las manos de quien la ha creado se trata de una experiencia que te transforma, que te hace trascender, que te transporta a un lugar mejor o que te brinda un pedacito de paraíso en la Tierra, en una tierra en la que, además, esa voz y esas manos están unidas a un cuerpo que está al alcance de tu mirada.

Durante el tiempo que permanecimos los cuatro solos en una habitación fue algo espiritual, y también etéreo, como si las letras de las canciones, así como los acordes, se convirtieran en humo y se fundieran con el aire que respirábamos, entrando a formar parte a su vez de nosotras mismas, creando un círculo invisible de música y sentimientos que nada parecía ser capaz de romper.

Sin embargo, poco después llegó Lilly, algunas personas que ni siquiera conocíamos y otras muchas del pueblo, que, convertidas en una multitud, se lo llevaron casi en volandas hasta el pub más cercano, donde acudimos todos a festejar, con mucho whisky y muchas pintas, la buena música y la buena gente, porque Blunt demostró que lo era: cantó para todos, bebió con todos, rio con todos y disfrutó con todos hasta bien entrada la noche, o tal vez hasta más allá de la madrugada, en cualquier caso hasta que, rendido, dio por concluido el día y decidió regresar a su hotel.

Mientras veíamos cómo se alejaba, miré a Clara con admiración pensando: «¿Va a conseguir esta mujer todo lo que se proponga?... Menos a Butler, que ése se le resiste».

Miedo me daba que, una vez lograda la visita de Blunt, se empeñara en conocer a otro famoso, aunque de momento parecía que su mente había alcanzado el nirvana.

De cualquier manera, no volví a verla hasta el día siguiente, a la hora

pactada para la retransmisión. Por eso, nada más entrar en la sala comprobé si había algún miembro nuevo en la galería de «Se los espera», circunstancia que no se dio, por lo que me limité a saludar, muy educadamente, al resto.

—¡Buenos días a todos! ¡Hola, Blunt! ¡Eres el mejor! ¡Y, por supuesto, tú, Martin! ¡Y, venga, Butler, no te pongas celoso, que a ti también te queremos! Y, ¿sabéis qué? Hoy cualquiera de los tres tenéis mejor aspecto que yo.

—Lo que no es difícil... —comentó Clara con sarcasmo.

Nada más decir esa frase se quedó mirando fijamente las gafas de sol que aún permanecían delante de mis ojos y añadió:

—Sabes que es de noche, ¿verdad?

—¿Lo es? —respondí con escepticismo.

—¿A qué hora te acostaste ayer?

—¿Lo hice?

—Con razón tienes esa pinta tan horrible.

—Pues voy conjuntada —me defendí, mostrando que el gorro que llevaba hacía juego con el jersey y con todo lo demás, incluidas las botas, que puse encima de la mesa para que pudiera apreciarse el conjunto.

Tras bajar la pierna y recuperar la compostura, me levanté con la intención de dirigirme hacia la cámara:

—Y todos vosotros, los que estáis ahí detrás, ¿tenéis que hablar tanto y tan alto? —comenté fingiendo que tenía un horrible dolor de cabeza.

—¿Eres consciente de que te ven y te oyen pero tú a ellos no?

—¿No lo hago? —le respondí con cara de asombro.

—Menuda juerga te has corrido. ¿Dónde te has metido?

—Perdóname, bonita —me defendí una vez más—, pero mientras tú seguías en la cama roncando yo me he ido a practicar mi senderismo habitual y, por cierto, ¡que viva Escocia!, ¡que es el país más bonito que hay!

En realidad, lo que motivaba mi cansancio y mi malestar general era que, tras despedir a Blunt, en lugar de irme a dormir había optado por salir a dar un paseo. Hacía una noche preciosa, con una temperatura muy agradable —para tratarse de las Highlands—, que invitaba a caminar, por lo que pensé en llegarme hasta la playa. Además, me apetecía tumbarme en la arena para escuchar de cerca el sonido de las olas escurriéndose por la orilla y, de paso,

tener un rato en soledad para pensar.

A pesar de que aún arrastraba la pena por Alejo —o ella me arrastraba a mí, dicho de una manera más precisa—, estaba siendo un verano único, completamente diferente de como lo había imaginado en un principio, dedicado a descubrir paisajes y a ver veinte comedias de amor. Por el contrario, había resultado estar repleto de fans, de famosos, de Lilly, de Victoria... y de Alistair...

Pensando en él me tumbé en la arena, con el cuerpo completamente estirado y las manos bajo la cabeza a modo de almohada, mirando un cielo colmado de nubes, sintiendo en mi cara la brisa del mar. Al respirar ese aire me pareció estar respirando sus ojos, que lo inundaron todo dentro de mí. A continuación, cerré los míos mientras me decía: «Tienes un problema», aunque en verdad eso no era nada que no supiera ya. Era consciente de que me encontraba ante un atolladero, que era yo misma y que no conseguía sortear, si bien daba continuamente vueltas sobre mí misma intentando encontrar una vía de escape. Para ello, esgrimía todo tipo de razones, a cuál más sensata o cierta, sobre los motivos por los que debería desterrarlo de mi cabeza, sin lograrlo, ya que su figura siempre regresaba a mí para fundirse con mis neuronas. Y es que, si alguna vez había sido fuerte, me volvía débil delante de él, delante de esos ojos que siempre me atrapaban.

De pronto, sentí algo parecido al roce de una mano en la pierna. Al alzar la vista sobresaltada, vi a un hombre encapuchado ¡sentado a mi lado! Me incorporé tan rápido que resbalé con la arena, caí hacia atrás y me di un golpe en la cabeza. Cuando pude levantarme de nuevo, al intentar salir corriendo se me soltó el cordón de una de las botas, que pisé con la suela de la otra, con lo que volví a caerme, aunque esta vez aterricé sobre mi culo. Finalmente, y vista mi incapacidad para huir, decidí hacerle frente con una piedra que había localizado al tacto en mi última caída, a la vez que empezaba a proferir gritos de socorro, así como todos los insultos que mi mente fue capaz de procesar.

—¿Sabes que estás hablando en español y que, aunque alguien te oiga, no te va a entender? —aseguró mi presunto asaltante.

¡Pero ¿quién coño era ese tío que me daba consejos en esa situación?!... Y, por supuesto que no sabía que estaba hablando en castellano, pero sí que

cuando tienes miedo tu cerebro se pone en modo supervivencia y recurre, sin darte cuenta, a tus instintos más básicos, como hablar en tu propio idioma o lanzarle una piedra a tu atacante..., cuya voz empezaba a sonarme familiar y cuyo rostro reconocí debajo de la capucha de la sudadera.

—¡Joder, Alistair! ¡Qué susto me has dado! ¡Pensaba que eras un violador, o un asesino!... Y no lo eres, ¿verdad? —le pregunté con el miedo todavía en el cuerpo.

—¿Cuál de las dos cosas? —quiso averiguar, aunque al borde de la risa.

Tras oír sus palabras, amenacé con tirarle un puñado de arena si esa risa llegaba a transformarse en carcajada, pese a que una bastante grande empezaba a salir de mi garganta.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Y a estas horas? —exclamé extrañada en cuanto mi mente empezó a funcionar con normalidad.

—He salido a pasear a *Max* y he visto un bulto sospechoso a lo lejos que me ha parecido que eras tú.

—¡Y tan sospechoso! ¡Sospechoso de querer abrirse la cabeza en mitad de la noche!

—Por cierto, ¿estás bien? —preguntó con un amago de culpa, señalando la zona en la que me había golpeado la cabeza.

—Perfectamente. Lo único que está herido es mi sentido del ridículo, ya sabes, ese que no se resiste a quedarse escondido; es más, creo que voy perfeccionando sus apariciones con el paso de los años.

—Seguro que tienes alguna otra historia más innoble que contar, porque tengo que decirte que te has caído con mucho estilo, y que hablando en español no hay quien te entienda, pero suena de maravilla.

—Pues que sepas que te he dicho de todo menos bonito —le confesé.

—¿Hacemos un trato? —me preguntó de pronto con la cara de un niño que está pidiendo permiso para cometer una travesura.

—¿Qué es lo que se te acaba de ocurrir? —respondí renuente.

—Tú me cuentas la vez que te hayas sentido más avergonzada delante de alguien y yo te cuento la mía.

Situaciones humillantes de por medio o no, lo cierto es que ese tipo de confesiones me divertían, con lo que accedí de un razonable buen grado,

aunque imponiendo una condición:

—Yo voy a ser sincera, así que espero de ti la misma sinceridad. No me vale que yo te cuente una historia en la que he hecho el ridículo para que tú luego me cuentes una historia ridícula.

—Por supuesto —afirmó con sonriente convicción.

Si algo tenía mi pasado era plenitud de ese tipo de situaciones; de hecho, cualquiera de mis citas habría servido, pero traer a colación algún hecho relacionado con mi corazón roto me habría hecho sentir vulnerable, y eso era lo último que pretendía, esa noche no. Por tanto, eché la vista un poco más atrás, hasta la adolescencia, donde había una anécdota que, aunque algo vergonzosa y vergonzante, hoy en día hasta a mí misma me hacía reír.

—Tendría yo unos quince años —comencé— y había un chico, el hijo de unos amigos de mis padres, que me gustaba muchísimo, aunque para él debía de ser la chica invisible, porque estoy convencida de que no sabía que existía siquiera.

—Seguro que lo sabía, aunque por algún motivo pretendía ignorarlo... —repuso Alistair, intentando suavizar mi planteamiento.

—De verdad que no. Él era guapísimo, con unos impresionantes ojos azules, que no son muy frecuentes en España, de manera que todas las chicas se lo disputaban, mientras que yo era una apestada, con toda la cara llena de granos.

—Seguro que no es tal como lo cuentas y, además, tú también tienes los ojos azules —precisó.

—Sí, pero los míos son raros, de un color indeterminado. Bueno, eso da igual —aseguré, reconduciendo la conversación al caso que nos ocupaba—. Lo que sucedió fue que mis padres organizaron una excursión junto con los suyos y otros matrimonios amigos al Safari Park, un zoo peculiar en el que los animales están en semilibertad.

—¿De esos en los que puedes recorrer el recinto con tu propio coche para verlos?

—Efectivamente. Pero también es posible realizar el trayecto en una especie de tren con ruedas, que era donde íbamos todos nosotros, protegido por unos barrotes externos para que los animales no puedan meterse.

—¿Qué tipo de animales?

—Los monos, por ejemplo. De hecho, a los que circulan en coche les advierten que no bajen las ventanillas bajo ningún concepto. Aun así, los que iban delante de nosotros se saltaron a la torera las indicaciones, cosa muy española, por otra parte, de manera que, literalmente, los invadieron.

—Y ¿qué hicisteis? —preguntó Alistair con curiosidad.

—Los españoles somos pintorescos a la hora de adoptar ciertas actitudes —intenté justificar nuestra forma de ser de antemano—. Así, en casos como ése, nos descojonamos primero y pedimos ayuda después. Y, en esa fase de descojone inicial, me pareció ver que Raúl, que así se llamaba el chico, me lanzaba alguna mirada digamos que interesante. ¡Y yo, imagínate, más feliz que una perdiz!

—¿Qué sucedió después?

—Una vez que finalizó el recorrido, nos fuimos a la zona de atracciones, donde había un tobogán gigante por el que podías deslizarte. Y mi felicidad anterior se transformó en entusiasmo cuando vi que Raúl se colocaba detrás de mí para descender después que yo, lo que tenía el aliciente de que, al ser más alto y corpulento, bajaría a más velocidad, con lo que me acabaría alcanzando antes de llegar al final.

—¿Y el problema sobrevino...? —quiso saber Alistair, consciente de que el momento ridículo se acercaba.

—... cuando mis vaqueros decidieron, antes del final de la rampa, que era hora de reventar, dejando toda la zona posterior a la vista de cualquiera que quisiera mirar. En la panorámica estaban incluidas, además, unas bonitas bragas de Hello Kitty, regalo de mi madre, muy aficionada a ese tipo de obsequios, que les deseaban a todos ellos un feliz y próspero día, y que seguro que tuvieron ese efecto en Raúl, ya que la sonrisa que lucía su boca podría haber servido de muestra para diseñar la famosa carita feliz.

En un detalle que lo honró, Alistair no se atrevió a reír hasta que lo hice yo, pero una vez que cogió carrerilla no pudo parar, aunque al cabo de un rato, sin embargo, preguntó:

—Pero alguien te ayudaría, digo yo. Te ofrecerían un jersey para atártelo a la cintura o algo así, ¿no?



—Por supuesto, pero como buenos españoles se descojonaron primero y me ofrecieron la ayuda después.

De nuevo soltó una buena tanda de carcajadas, hasta que el gesto le cambió y se puso serio.

—Y, lógicamente, tú te quedaste hecha polvo... —se compadeció de mí, en el segundo detalle de la noche que lo honraba.

—Bastante —reconocí—, pero, como siempre intento ver el lado positivo de las cosas, pensé: «Seguro que ahora sí me va a recordar, ¡aunque no vaya a ser precisamente de mi cara de lo que se acuerde!».

Tercera ronda de risas seguida de una nueva puntualización de Alistair:

—Parece que si algo sabes es reírte de ti misma, y eso es una muestra de inteligencia.

—O de insensatez, vete tú a saber —le quité importancia a su apreciación—. Además, una vez que las cosas han sucedido, cuando ya es imposible evitarlas, cuando han escapado a tu control, lo único que se puede hacer es afrontarlas. Y las opciones son pocas: o hundirte en la miseria o reírte de tus miserias. Con la segunda alternativa, al menos, me deprimó menos y me divierto más.

—¡Buena filosofía de vida! —reconoció con agrado.

—Y ahora te toca a ti —le advertí—, que no pienso dejar que te escaquees.

—Ni yo pensaba hacerlo —sonrió—, así que ahí va mi historia. Rompí con mi novia hace algo más de un año, y durante este tiempo no he tenido mucha vida social que se diga, ya me entiendes...

—Por supuesto que sí.

Le respondí con toda la dulzura, y la ternura, que pude encontrar dentro de mí, haciéndole ver que no era necesario que me contara nada más, si eso le resultaba doloroso. Al fin y al cabo, era la primera vez que mencionaba que había tenido una relación y, además, reconociendo que, desde la ruptura, sentimentalmente hablando, se había encontrado bastante solo. Pese a ello, y aunque percibí que agradecía mi gesto, me indicó que proseguiría.

—Un amigo mío, harto de que no quedara con nadie, hizo lo que hacen otros muchos: abrimme un perfil en una página de citas de internet, fingir que

era yo, hacer una preselección e incluso una selección final, y concertar una cita con la afortunada en un restaurante, adonde yo acudí pensando que era él con quien iba a cenar.

—Y ¿qué pasó cuando descubriste el pastel? —pregunté con curiosidad.

—Cuando llegué, él ya se encontraba allí, esperándome, tomando una pinta en la barra, con otra ya servida para mí. Nada más verme, se levantó y, señalándome con la cabeza una mesa, fue directamente hacia ella. De inmediato vi que estaba ocupada por una mujer, a la que no podía ver completamente porque estaba sentada de espaldas, pero sí que estaba jugando con una rosa roja que tenía entre las manos. Y ahí fue cuando tuve claro que se trataba de una encerrona.

—¿Te quedaste o te diste media vuelta y saliste corriendo? —volví a preguntar de nuevo, cada vez más intrigada.

—No tuve opción, porque mi amigo, que es jugador de rugby, me agarró tan fuerte por el brazo que casi me lo secciona.

—Y ¿qué pasó entonces?

—Cuando llegamos a la mesa, los dos nos pusimos frente a la mujer, él con intención de presentarnos y marcharse y yo sólo con la segunda intención..., hasta que a ambos se nos cayeron las cervezas de golpe al suelo de la impresión.

—¿Por qué? ¿Quién era? ¿Una famosa?

—¡Por supuesto que era famosa! ¡En mi casa y a la hora de comer!..., porque era ¡mi madre!

—¿Tu madre?! —exclamé con la esperanza de haber entendido mal, dándole un margen de tiempo para que corrigiera mi error, margen que no se tomó.

Me tapé la cara con las manos para que no pudiera ver mi reacción de risa... y horror, cosa que debí de hacer bastante mal, ya que acto seguido afirmó:

—Tranquila, puedes reírte y horrorizarte todo lo que quieras, de mí, de mi amigo o de mi madre, porque no sé cuál de los tres se sentía más avergonzado, si mi amigo por haber elegido a mi madre como pareja para mí (¿o quizá para él?), mi madre (quien, por cierto, no está separada de mi padre), por hacerse

pasar por una mujer más joven e intentar ligar con tíos que podrían ser sus hijos a través de internet, o yo, por todas las razones que se te puedan ocurrir y algunas más en las que no caerás. Y ahora, ¡supérame esto! —me retó.

—¡Difícilmente! —reconocí—. Pero... ¿tú estás bien?

Me salió del alma preguntarle, porque de sobra sabía cómo afecta a los hijos descubrir quiénes son sus padres, pero no albergaba ninguna segunda intención. Aun así, noté cómo lo conmovía mi pregunta, hasta el punto de que tardó unos segundos en contestar. Cuando lo hizo musitó un profundo «ahora sí», mirándome a los ojos con tal intensidad que pensé que el mar entero que teníamos delante me iba a inundar por dentro.

No me atreví a responder nada, ni bueno ni malo, ni blanco ni negro, y él tampoco dijo nada más, ni intentó nada, ni tan siquiera rozar con los dedos una de mis manos, ni retirar de mi rostro el pelo que el viento se empeñaba en tapar. De haberlo hecho, no habría tenido fuerzas para resistirme..., ni ganas de hacerlo, porque de una vez por todas tenía que reconocer que ese hombre me gustaba, ¡y cómo me gustaba!

Nos quedamos el resto de la noche en la playa, a ratos paseando, a ratos sentados, a ratos tumbados, a ratos hablando, a ratos en silencio, sin dormir, pero velando el sueño de *Max*, que a ratos sí durmió.

Para mí, aquél no fue un día feliz, fue un día perfecto... Las canciones de James Blunt, haberlas escuchado de su voz, todas esas horas con Alistair a mi lado, la sempiterna presencia de Alejo, que por fin empezaba a alejarse... Ya habían pasado casi tres meses e iba siendo hora de que él pasara a mejor vida, y de permitirme a mí misma otra vida mejor, en la que tal vez no tuviera que renunciar a nada..., ni a nadie... ¿Por qué no intentarlo de nuevo?..., con él... Quizá podría insinuarle sutilmente a Alistair que empezaba a estar dispuesta..., que quería estar con él... Ahora no, pero tal vez mañana lograra algo de valor para hacerlo...

... Hasta que me di cuenta de que ya era mañana...

—Pero ¡¿qué hora es?! ¡¿Ya ha amanecido?! —dijimos los dos al unísono al ver cómo la luz abría la línea del horizonte.

Sin embargo, a pesar de ese hecho, de esa constatación, ninguno de los dos movimos ni uno solo de nuestros músculos, permaneciendo sentados en la

arena en la misma posición que minutos antes, aunque minutos después Alistair sí preguntó, atento y caballeroso:

—¿Estás muy cansada? ¿Quieres irte a dormir o prefieres que nos tomemos un café triple y nos vayamos juntos a descubrir un nuevo rincón de Skye?

Puso tanta ilusión en la segunda propuesta que en realidad no sé si llegué a oír la primera. Además, no a descubrir Escocia, sino que, de habérmelo pedido, en ese momento al fin del mundo me habría ido con él.

—Creo que en el café Arriba, en el puerto, sirven uno estupendo.

Al oír mi respuesta, su sonrisa se hizo más grande que el sol que ya iluminaba completamente el cielo. Bajo él nos dirigimos después hacia The Storr, una montaña que respondía a ese nombre, así como un conjunto de intrincadas rocas hospedadas en un impactante paisaje, donde destacaban The Old Man of Storr y Needle Rock, unos pináculos que parecían una obra gótica de la naturaleza.

No nos encontramos con nadie en ningún momento del trayecto y disfrutamos de un día de completa soledad, sólo salpicada por la ocasional lluvia fina de un día típico escocés, de esos en los que, tras los nubarrones, siempre aparece un rayo de luz capaz de mudar un paisaje, de transformar el verde más oscuro en el más centelleante y sobrecogedor.

Entre nosotros no pasó nada, salvo muchas conversaciones intrascendentes, muchos silencios y muchas miradas. Ni yo logré el valor para acercarme a él ni Alistair intentó acercarse a mí. Así, yo volví a Portree tal cual me había marchado, con el corazón todavía roto, pero con unos cuantos hilos del color de la esperanza que trataban de remendarlo.

Llegamos al B&B justo antes de la hora a la que Clara tenía previsto iniciar la retransmisión, pertrechada con mi gorro y el resto del conjunto a juego, así como con mis gafas de sol puestas, en un vano intento de disimular lo que mis ojos escondían, tanto el cansancio por no dormir como mis incipientes afectos.

—Y ¿seguro que no hay nadie que sea el responsable de ese lamentable aspecto? —me interrogó Clara.

—Categorícamente. Es la práctica de tanto ejercicio, que me tiene

extenuada.

—Pues en el pueblo me han dicho que te han visto esta noche paseando por la playa... en compañía masculina...

—Rotundamente falso. Hace tanto tiempo que un tío no se me acerca que estoy convencida de que, si alguien lo hiciera, lo confundiría con un violador, o un asesino. ¡Y le tiraría la primera piedra que pillara a mano!

Justo cuando acababa de pronunciar esas palabras mi móvil vibró, consecuencia de un wasap de Alistair, que decía:

Ayer era un violador y un asesino, y hoy soy el hombre invisible. ¡No puedo esperar a que llegue mañana para saber qué tienes pensado para mí! ¿Me voy comprando una capa para hacer de Superman?

¡Era la primera confirmación que tenía de que nos veía! Y he de reconocer que me hizo ilusión.

En cuanto Clara vio mi sonrisa, automáticamente me preguntó:

—¿Quién es?

—¡Batman!, que, como vive de noche, se ofrece muy amablemente para venir volando, o lo que sea que haga Batman, a defenderme de posibles asesinos y violadores nocturnos —comenté con un guiño dirigido a cámara.

—Y ¿no se ofrece para nada más?

—Negativo. Además, ya sabes que yo soy una buena chica. Para todo aquel que no lo sepa, las chicas malas españolas fuman, beben, dicen tacos y van con hombres. Yo bebo y digo tacos, pero ni lo primero ni lo cuarto, con lo que estoy en el límite de seguir siendo una chica buena. Si salgo con hombres, el equilibrio se rompe y la balanza se inclina del lado de las chicas malas.

—¡Pues a mí me encanta ser una chica mala! —aseguró Clara, soltando una carcajada.

—¡Y así de bien nos va a las dos! —sentencié—. Así que, chicos —aseguré mirando una vez más a cámara—, haced lo que os dé la gana: sed buenos, sed malos, pero disfrutad de cada minuto, porque lo mejor de vivir el momento es pensar que quizá, con un poco de suerte, ¡mañana habrá otro

momento!

Y lo hubo, ¡vaya si lo hubo!

*Joaquín, Marina, Clara y una canción  
de amor*

Cuando Joaquín se levantó aquella mañana tenía una extraña sensación de felicidad. No sabía a qué se debía, ya que los días anteriores no había pasado nada, ni esperaba que nada sucediera ese día, ni por supuesto al día siguiente.

No obstante, desde que Amanda y él habían empezado a salir, cada día que pasaba superaba con creces el anterior, de manera que ningún problema, ya fuera grande o pequeño, hacía mella en su ánimo, porque Joaquín era feliz, era un hombre feliz.

Para él, la felicidad, más que algo transitorio y pasajero, se había convertido en un hábito. Y, para perpetuarla, aquella mañana, en lugar de perseguirla e intentar atraparla —como es costumbre entre el común de los mortales—, había decidido crearla, la suya propia, ya que, aunque feliz, aún no consideraba que hubiera alcanzado la meta deseada.

Y fue entonces cuando supo a qué se debía esa extraña sensación de felicidad experimentada recién iniciada la mañana: a que había llegado el momento.

Se había sentido muerto tantos años que ni siquiera se había dado cuenta de lo muerto que estaba hasta que Amanda lo resucitó, viviendo una experiencia similar a cuando el médico te diagnostica una anemia y sólo te das cuenta de lo agotado que estabas hasta que dejas de estarlo, después de pasar

meses en tratamiento continuado.

Aun así, ese volver a la vida de entre los muertos le había funcionado durante un tiempo, pero ahora necesitaba más. Ya no le servía quedar con ella de vez en cuando, los fines de semana y algún miércoles esporádico, cuando conseguía convencerla para que dejara a Violeta —su hija— a cargo de la abuela para poder pasar la tarde juntos. Ahora quería dormir a su lado todas las noches, levantarse con ella todas las mañanas, y no pasar un día más despertándose con su ausencia.

De sobra sabía que Amanda era muy reacia a la idea de volver a unir su vida a la de otro hombre; sin embargo, estaba decidido a intentarlo. Sólo le restaba saber cómo y, de repente, la manera de hacerlo cobró forma en su cabeza. De antemano había descartado todas las opciones que implicaran gestos demasiado grandilocuentes que pudieran recordarle a la declaración de su anterior marido, con lo que no le quedaba más remedio que decantarse por algo pequeño, íntimo, que la hiciera congeniar con la idea de que pasar el resto de sus días juntos haría de ellos dos un mundo completo, en el que ella sería la única mujer de su vida.

\* \* \*

Por el contrario, en lo que se refería a nuestras seguidoras, casi ninguna era la única mujer en la vida de sus parejas, ya que la infidelidad parecía el vínculo que en mayor medida las unía. Así, no había día que alguna de ellas no pillara a su compañero con las manos en la masa, ya fuera por culpa de las nuevas tecnologías —un mensaje no borrado en el móvil—, las redes sociales —una foto en Facebook que no debería haber sido etiquetada— o el tradicional *in situ*, como era el caso que esa tarde nos ocupaba. Nikki, de cuarenta y cinco años y natural de Washington, había sorprendido a su marido con la secretaria al ir a buscarlo a la oficina, haciendo aquél un alarde de despreocupación y negligencia, ya que previamente habían quedado para comer.

—Él dice que me quiere, con locura, sólo que cuando llevas muchos años casado las cosas se vuelven complicadas —aseguró nada más empezar nuestra



conversación.

Por primera vez íbamos a emplear el método de la videoconferencia, y no el de las grabaciones previas provenientes de nuestras oyentes, con el fin de que el sistema fuera más interactivo, y más divertido, de manera que tanto Nikki como nosotras hablaríamos, a la vez, en tiempo real. Por tanto, podía verla cara a cara mientras le comentaba que mi opinión difería radicalmente de su planteamiento.

—Si existe una verdad es que estas cosas no son complicadas. Más bien al contrario: son muy sencillas, y siempre se pueden reducir a lo básico: te quiere o no te quiere —afirmé.

—Él dice que me quiere, que sólo fue sexo.

—Entonces no te quiere como debería, o como tú te mereces.

—Me quiere a su manera...

—Que no es la tuya. Además, en el amor no hay maneras: de nuevo, o te quiere o no te quiere.

—Dice que si sigo con él cambiará, que hará todo lo que yo le pida.

—Hechos, y no palabras.

—¿Te refieres a los suyos, a que lo pillara?

—No, me refiero a los tuyos, a tus hechos. Tú no puedes controlar lo que él haga, sólo confiar en que lo haga, pero sí lo que tú decidas hacer a partir de ahora, a partir de este momento.

—Morirme es lo que quiero...

—Bueno, es una posibilidad, pero ¿estás segura de que él representa una causa lo suficientemente noble para que te mueras? No somos heroínas románticas, no nos desmayamos porque nos aprieta el corsé, somos mujeres y somos valientes, fuertes, parimos, vivimos, sobrevivimos. Hemos sobrevivido a los hombres durante siglos, y ¿quieres morir, de amor, por uno de ellos? La gente únicamente debería morir cuando no le quedara más remedio —aseguré con rotundidad.

—No puedo evitarlo...

—Claro que sí, sólo que te va a costar más. Abandonarse es una actitud pasiva, cómoda; luchar es activa, dura. Lo que tienes que hacer es darte un atracón de chocolate, coger fuerzas, echarle ovarios y *pa'lante*.

—Forma parte de mí...

—Y ¿lo vas a dejar que se quede en tu cabeza y que viva ahí sin pagar el alquiler? —le pregunté.

—No sabría qué hacer sin él...

—Pues tienes infinidad de opciones, y yo puedo mencionarte algunas, desde las más agresivas hasta algunas más tranquilas, desde romper la vajilla (siempre que seas consciente de que después tendrás que recoger los trozos rotos), hasta tener citas, que te vendrían muy bien con el fin de subir tu autoestima, aunque quizá las primeras veces, para hacerles frente, necesitarás rímel en los ojos, carmín en los labios, algo de maquillaje en la cara y el resto en el corazón.

—No podría estar con otro hombre..., él era perfecto...

—Lo sé —respondí con total sinceridad—. El mío también lo era. Era el hombre perfecto y, además, era el hombre perfecto para mí. ¿Qué fue lo que pasó? —me pregunté—. ¿Que yo no lo era? Es una posibilidad. Contéplala. Reconocer que podrías haber hecho algo mal implica que estás dispuesta a avanzar, pero no sé si te servirá para esta relación. A mí no me sirvió, porque lo cierto era que había una verdad de base mucho más profunda que impedía que pudiera funcionar, y era que él no me quería. Así, en el fondo, daba igual quién fuera yo o en quién pudiera convertirme, aunque se tratara de una versión mejorada de mí misma.

No pude ser más sincera. Si algo hay en la vida que es imposible de conseguir es que te quieran: ya puedes suplicar, rezar o poner velas a san Judas Tadeo que, como buen patrón de los imposibles, debería estar por la labor. Sin embargo, más fácil sería hacer una *tournee* galáctica por la Vía Láctea, saludando como una estrella desde la ventanilla de la nave espacial, que lograr que Alejo me hubiera querido. Y, lamentablemente, el amor que yo sentía por él no tenía esa clase de poder.

—No sé si voy a poder superar esto —se lamentó Nikki a continuación.

—Tienes que relativizar —le aconsejé—. Las cosas nunca son tan buenas ni tan malas; las emociones lo distorsionan todo. Si lo ves con un poco de perspectiva, quizá no fuera tan bueno cuando fue bueno, ni ha de ser tan malo ahora. Míranos a nosotras, todo el camino que hemos andado y a la gente tan

maravillosa que hemos conocido, ¡Chris Martin y James Blunt incluidos! Además, cuando la vida te da limones, no te queda más remedio que aprender a hacer limonada, ¡e invitarnos a un vaso!

Yo esperaba de todo corazón que mis frustradas experiencias pudieran ayudar a Nikki a salir adelante, y así lo comenté con Clara cuando nos quedamos las dos a solas una vez acabada la retransmisión y apagada la cámara.

—Servirle a ella no sé si le servirá, pero a los otros quince millones de personas que nos han visto puede que sí —afirmó mi amiga.

—¡Esto es increíble! —aseguré con asombro—. ¡A este paso, Lilly va a poder costearse los estudios en una universidad privada cuando sea mayor!

—¡Lo que yo no sé es lo que va a pasar cuando volvamos a España! —exclamó con un poco de miedo Clara.

—Pues yo te lo voy a decir: Adrián me va a poner de patitas en la calle.

—¿Tú crees? —me preguntó Clara con cara de extrañeza.

—¡Por descontado! ¡Cómo va a querer a una loca trabajando para él! Y la culpa la tienes tú, que eres la loca, yo únicamente soy la amiga de la loca, la que se deja arrastrar.

Después de recibir una contundente colleja por su parte, me defendí verbalmente:

—Pues tú, bonita, ya sabrás que no vas a encontrar trabajo en la vida, ¿verdad? Yo volveré a ordenar armarios, y tú conmigo, de ayudante de ordenadora de armarios. Estaremos más solas que la una, ¡pero con unos armarios que te cagas!

—Mujer..., algo pillaremos después de esto... —comentó Clara esperanzada.

—Pues yo no lo creo..., porque ¿sabes que ronco? —solté entre risas—. Me he pillado ya en tres sonoras ocasiones, ¡así que no va a haber quien me aguante!

—Y ¿eso lo has notado tú o te lo han dicho? —preguntó Clara con picardía.

—¡¿Qué dices?! ¡Pero si ahí abajo sólo hay telarañas! —respondí entre carcajadas.

—¡Somos patéticas! —se compadeció Clara.

—¡Venga, que no es para tanto! ¡Arriba ese ánimo! ¡Vámonos a celebrar lo que sea! ¡La vida, el desamor y la buena gente! —exclamé, señalando a la vez tanto a la galería de famosos que se situaba a nuestra espalda como a la que habitualmente se encontraba al otro lado de la cámara.

Y lo hicimos viendo nuestra película del día, siendo la elegida *Once* (Glen Hansard, Markéta Irglová), que era un cúmulo de esas tres cosas: cómo transcurre la vida de la gente sencilla, con un final que no es el habitual, o el esperado, todo ello acompañado de una música excelente, de la que te llega al alma y se instala en ella.

Sin embargo, el buen sabor de boca que nos había dejado la película se nos fue rápidamente en cuanto Clara empezó a ver los mensajes que aparecían en las redes sociales acerca del último vídeo subido.

—No te vas a creer lo que ha pasado —comentó desagradablemente sorprendida.

—Me estás asustando...

—Tranquila. No es un asunto de vida o muerte, pero nos hemos dejado encendida la cámara cuando hemos dejado de hablar con Nikki.

—¿Cómo?! ¡Pero si yo te he visto cómo te acercabas para apagarla...!

—Pues debo de haberlo hecho mal, muy mal...

—Eres consciente de que algún día te mataré, ¿verdad? —amenacé a Clara, con verdaderas ganas de matarla.

—Yo de ti, lo pensaría —se defendió, plantándome cara, además—. Recuerda que la aquí presente es la única amiga de la infancia que tienes. Entre eso y lo bajita que soy, quiero hacerte constar que, además, estarías cometiendo un infanticidio.

Razón no le faltaba en ese último aspecto. Y, al menos, había una posibilidad de enfocar el asunto desde una perspectiva menos mala, ya que al quedarnos supuestamente las dos solas nos habíamos puesto a hablar en castellano, con lo que únicamente los hispanohablantes nos habrían entendido.

Desafortunadamente, cuando le hice notar ese punto a Clara, me dio la segunda mala noticia de la noche.

—Un amable fan español, varón para más señas, se ha tomado la molestia

de poner subtítulos en inglés a nuestra conversación y ha subido el enlace a su comentario de YouTube, con lo que cualquiera que quiera verlo podrá entenderlo.

—¿Con esto me estás diciendo que quince millones de personas saben que ronco y que tengo telarañas? —pregunté retóricamente, con la esperanza de que hubiera algún resquicio de posibilidad de que eso no fuera a suceder.

—Mucho me temo que sí, y ahora mismo más de veinte en realidad... Y aún hay una cosa peor... —afirmó Clara, protegiéndose de antemano la cabeza por si se me iba la mano contra ella.

—¡¿Peor?! —grité al borde de la histeria.

—Han creado un *hashtag* llamado #abajotelarañasMarina.

—No me lo estás diciendo en serio...

—Completamente en serio, tanto como que Twitter está que arde con el tema. Vamos, que tienes donde elegir..., entre varios miles de pretendientes..., si decides hacerte una limpieza de bajos.

No se podía sentir más vergüenza, ni caer más bajo. Aun así, no se me fue la mano contra Clara, pues necesitaba concentrar toda mi energía en no perder la cabeza y la cordura con ella.

En realidad, lo que a mí más me preocupaba de todo eso no era mi sentido del ridículo, que de puro vapuleado era ya prácticamente inexistente, sino que Alejo pudiera saber, además de que mi corazón todavía seguía roto, que otra parte de mi cuerpo se mantenía intacta, tal cual la había dejado él; es decir, que podría considerarse a sí mismo como el rey de los hunos, un Atila de la vida, con la fehaciente constatación de que por donde él pasaba ya no volvía a crecer la hierba, mientras que yo sería una versión ejemplificada y customizada del rigurosamente cierto «tras de puta, apaleada».

Y es que no había otra manera de analizarlo: en el partido «te jodí la vida a conciencia y sin que te dieras cuenta», Alejo se había apuntado una nueva victoria, de la misma manera que yo me anotaba un nuevo fracaso. Por no mencionar lo que debía de pensar Alistair, ahora que tenía constancia de que nos veía.

Quizá hasta ese instante yo no había sido realmente consciente de que entre toda esa masa ingente de personas que se situaban al otro lado de la cámara,

había una enorme probabilidad de que Alejo se encontrara entre ellos en algún momento. Y, si no lo había estado, lo estaría en breve, ya que alguien se encargaría de ponerlo al día, haciendo realidad el dicho de que el boca a boca acaba convirtiéndose en un reguero de pólvora.

No en vano, además de los millones de personas que nos seguían, varias cadenas de televisión —tanto españolas como de otros países— habían realizado reportajes con nuestro canal como protagonista, así como revistas o periódicos que se habían desplazado hasta Skye para hacernos entrevistas y que nosotras concedíamos con la esperanza de que se incrementara el número de visitas, lo que repercutiría favorablemente en Lilly.

Así las cosas, si hoy en día Alejo no sabía de la existencia de mis telarañas, lo sabría mañana, a más tardar.

No obstante, al igual que sucede cada otoño, cuando las hojas caen pero los árboles siguen en pie, y como al mal tiempo siempre hay que ponerle buena cara, una vez asumido el mal trago, decidí afrontar la siguiente retransmisión con espíritu positivo y algo de humor. Por tanto, lo primero que hice cuando me plantifiqué delante de la cámara fue saludar a la audiencia como si nada hubiera pasado y disponerme después a reírme un rato de mí misma, que era lo que mejor sabía hacer.

—Por si ayer os quedó alguna duda, yo soy la que ronca, Clara es la loca, yo soy la amiga de la loca y —empecé a reírme por lo que iba a decir a continuación— ¡las dos tenemos telarañas!

La colleja que me propinó Clara no impidió, sin embargo, que acabara con la exposición del plan que tenía previsto:

—Así que propongo crear un nuevo *hashtag*: #abajotelarañasClara.

Esta vez sí que conseguí esquivar su pescozón, aunque no su venganza..., en forma de un nuevo famoso al que pretendía conocer.

—¿Otro más?! ¡Pero ¿de quién se trata esta vez?! ¡Si ya no va a dar tiempo! —protesté.

Era cierto que los últimos días la había visto muy enfrascada viendo vídeos en YouTube, fundamentalmente conciertos, ya que se podían oír los aplausos de fondo, pero como el sonido del ordenador no estaba muy alto, no distinguía con claridad a quien pertenecía la voz del cantante..., hasta que ella

misma me lo desveló:

—¡Ed Sheeran! —exclamó, dicho lo cual se levantó con el objetivo de colocar su foto junto con la del aún esperado Gerard Butler.

Para todo aquel que no lo conozca, Sheeran es un joven cantante británico famoso por ser autor de algunas de las canciones del grupo One Direction — incluso de Justin Bieber—, por ser un músico y compositor excelente, así como por ser él mismo su propia banda y sus propios coros. Es decir, que, aunque en sus conciertos sólo está él en el escenario junto con su guitarra, parece no que tenga una orquesta oculta entre candilejas, sino un congreso de ellas. El motivo se debe a un aparato que maneja con los pies, llamado *loop pedal*, mediante el que graba sobre la marcha su propia voz y los acordes procedentes de la guitarra, alternando el sonido proveniente de dichas grabaciones con el del riguroso directo, complementándolo y amplificándolo. El resultado es espectacular, ya que éste va *in crescendo*, hasta parecer que un orfeón donostiarra pop se esconde detrás de él.

—¿Tú qué le preguntarías a Ed si llegaras a conocerlo? —quiso saber Clara tras soltar la bomba.

Me extrañó la pregunta, quizá porque la que hubiera esperado habría sido: «¿Qué harías para conseguir que Sheeran viniera hasta Skye?», de manera que, agradablemente sorprendida, contesté incluso con agrado.

—Pues para alguien que lo que escribe, básicamente, son canciones de amor, lo que a mí me gustaría saber es si le han compuesto alguna a él y, además, si se la han cantado.

—¡Qué buena idea! ¡Tenemos que escribirle una canción para que venga!

Si ya decía yo que calladita estaba mucho más guapa... ¡Quién me mandaría a mí hablar! Sin embargo, esta vez no estaba dispuesta a transigir.

—¿«Tenemos»? —le pregunté con cara amenazante—. ¡Por ésa sí que no paso! ¡Y no pienso ni ayudarte! ¡Escribirle una canción de amor a un tío que ni siquiera conozco y al que no tengo ningún interés en conocer...!

—¡No digas palabras tan grandes, que luego te arrepientes! —me recriminó Clara.

Era cierto que haber conocido a Chris Martin y James Blunt había sido una experiencia increíble, y probablemente de suceder con Sheeran lo sería

igualmente, pero no a costa de pasar a los anales de YouTube y demás redes sociales como la pareja de amigas más penosa y descerebrada de la historia.

Me puse tan firme con la negativa que, para mi sorpresa, Clara decidió recular, o no seguir insistiendo..., al menos de momento.

Nos fuimos, por tanto, a ver nuestra película de rigor, *Más allá del odio* (Kevin Costner, Joan Allen), que era una de mis favoritas de la lista de las veinte. Me gustaba especialmente por lo inesperado del guion, que abordaba la infidelidad del marido, y cómo afrontaba ese hecho su mujer, con un planteamiento radicalmente diferente del habitual, ausente de sentimentalismo, lo que la hacía brillante en su conjunto. Se trataba, además, de personajes autodestructivos que no evitaban recurrir al alcohol, o la mala leche, como método para sobrevivir, y creados con un enfoque atípico, no pensados para conmover al público, aunque acabaran haciéndolo gracias a unas personalidades cargadas de matices.

Me fui a la cama con un buen sabor en el paladar y una sonrisa en la boca, los que siempre me dejaban haber podido disfrutar de un par de horas de buen cine, de buenos diálogos, de buenas interpretaciones, y de una buena compañía, la de Victoria, Clara, nuestros numerosos seguidores y los muchos famosos que nos seguían enviando ya fueran mensajes de apoyo o meros saludos.

Quizá por eso, cuando a la mañana siguiente sonó, muy temprano, el timbre de la puerta, intuí que Clara había logrado su objetivo. Así, mientras bajaba corriendo la escalera, me iba preparando mentalmente para conocer a Ed Sheeran. «¡No ha hecho falta escribirle la canción de amor como reclamo! ¡Un ridículo que me he ahorrado!», me dije.

Para mi sorpresa, al abrirla me encontré con la última persona a la que esperaba ver aparecer por la isla de Skye.



*Marina, alguien imprevisto, Alistair, una  
boda y una canción*

¡No podía dar crédito a lo que veían mis ojos! ¿O quizá habían dejado de ver y era una alucinación lo que tenía delante de mí? ¿Seguiría durmiendo y mi sueño se habría convertido en una pesadilla?

Mi cerebro se empeñaba en hacer cualquier tipo de cábala, menos lo que la realidad indicaba, es decir, la constatación de la evidencia: ¡que era a la loca con cara de loca a la que acababa de abrirle la puerta!

¡Pero ¿qué coño hacía esa lunática en mitad de Escocia, cuando debería estar cuidando de su hijo, o cuando menos de sí misma?!

Lo miraras por donde lo mirases, todo era un despropósito, y por más que lo pensaba no encontraba razón suficiente —ninguna razón, de hecho— que justificara que esa perturbada se hubiera recorrido dos mil kilómetros ¡con el fin de venir a verme!, ¡a mí!, ¡hasta la isla de Skye! ¿O tal vez, en un arrebato de locura, había decidido emprender un viaje siniestro a la vida de los demás?

Sin embargo, y aunque me moría de ganas de salir de dudas, ¡miedo me daba preguntar! ¡Y permanecer delante de ella también!, ya que además de loca lo mismo era bruja, capaz de lanzarme algún maleficio que empeorara mi ya de por sí jodida vida.

De hecho, la única opción válida para mí era salir corriendo, aunque fuera para regresar a España a pie. Desafortunadamente, no era la suya:

—Tienes que echarme una mano.

La respuesta obvia era «¿al cuello?», pero ni siquiera esas palabras prosperaron en mi boca, sino que me limité a esperar a que soltara la segunda parte:

—Ya que os dedicáis a ayudar a mujeres que tienen problemas con los hombres, necesito que hagáis lo mismo por mí.

Me daba la sensación de que ella no era consciente de que tenía un conjunto enorme de problemas, y no sólo con el sexo opuesto. Además, lo que nosotras hacíamos era terapia de andar por casa, mientras que lo suyo era de psiquiatra, o de neurocirujano casi, porque lo que necesitaba en verdad era una lobotomía radical con el fin de dejarla inutilizada para las relaciones sentimentales y la vida en general, ya que, ¿qué demonios hacía una recién parida, con un bebé sin padre conocido pero con leucemia, atravesando media Europa para que la hija treintañera del único hombre que se había demostrado que no era el progenitor del niño le aconsejara en temas de amores?!

—Soy bastante obsesiva con todo lo que hago —prosiguió.

De nuevo, la respuesta irónica y retórica obvia habría sido «Pero ¿qué me dices?!»; no obstante, una vez más me callé para no provocar a la bruja maléfica que seguro llevaba dentro.

Y, como prueba de su obsesión, de su bolso sacó un iPad en el que abrió un Excel, del que salió no sólo el registro con las luces de mi casa, sino también su historial amoroso completo. En él estaban descritas todas las citas que había mantenido, desde la primera hasta la última, precisando el día y la hora de inicio, la hora a la que concluyeron, el supuesto motivo por el que no hubo un segundo encuentro y, en los casos en los que éste se produjo, precisando todos los pormenores, ¡hasta de las relaciones íntimas!

El recordatorio era tan exhaustivo que incluso se especificaba el sitio al que habían acudido, la bebida o comida que habían tomado, la ropa que ambos llevaban..., e incluía a su vez una foto del susodicho, con todos los detalles que hubiera recabado, ya fuera sobre gustos, aficiones, familia, trabajo o cualquier otro aspecto de su vida, por irrelevante que pudiera parecer.

De un simple vistazo se podía ver, además, que en ese Excel había porcentajes, estadísticas, ¡incluso análisis demográficos!, hechos por

nacionalidades, razas y religiones, que con uno de cada por lo menos había estado. Y es que aquello más se parecía a un trabajo de campo realizado por y/o para la ONU, lo que me llevó a preguntarme si no debía de trabajar a sus órdenes como embajadora sentimental.

De cualquier manera, tras el primer impacto, que dejó mi mente en un estado de caos, la inevitable pregunta que se me vino a la cabeza fue: «Y, con todo este despliegue, ¿cómo es posible que esta maníaca del control no sepa quién es el padre de su hijo?».

Pese a todo, lo que más llamó mi atención fue un algoritmo que había realizado para encontrar a alguien con su mismo perfil en las citas que planeaba por internet, y por dos motivos: lo mal que le había salido hasta el momento, y ¡lo preocupante que sería que le saliera bien!, porque, de encontrar a alguien similar a ella, y que tuvieran descendencia, ¡significaría el comienzo del fin de la humanidad!

Aparte del hecho de que mi horror fuera en aumento a medida que las páginas del Excel iban sucediéndose, había una pregunta que seguía sin respuesta, y era qué se le había perdido a esa mujer en ese recóndito lugar, ya que si lo que quería era nuestra opinión, ¿por qué no nos había mandado un vídeo, como hacía el resto de la gente?

Pese a mi curiosidad, pensé que era más prudente seguir callada y esperar a ver qué ficha movía la loca con cara de loca a continuación, decisión que no fue bien acogida por su parte, ya que empecé a observar cómo, ante mi silencio, su cara se transformaba, haciéndose sus ojos cada vez más convexos y su boca cada vez más cóncava, como si pretendiera golpearme con aquéllos primero, para atontarme, y succionarme después con ésta.

No descartaba en absoluto un intento de agresión, dado que sólo tenía que recordar las tentativas de asesinato hacia mi madre cuando quiso sacarla de la carretera, o cómo sacudía a mi padre el día de la escaramuza, tras ser nombrada vigilante nocturna de nuestra urbanización. Por tanto, cada vez más asustada, comencé a recular hacia el hueco de la escalera, intentando alejarme lo más posible de ella.

En pleno retroceso me halló Alistair mientras bajaba para encontrarse conmigo a la hora convenida para salir de excursión. Desde la posición en la

que él se situaba en ese instante no podía ver a la inesperada visita, pero sí oírla, con lo que, al oír sus palabras en castellano, pensó que se trataba de una amiga que había venido a pasar el día conmigo, de manera que sugirió anular nuestra salida para que yo pudiera disfrutar de la mañana con ella. Sin embargo, al descender unos cuantos peldaños más, los suficientes para verla desde esa distancia, inconscientemente dio un paso atrás.

—¿Va todo bien? —me preguntó con un tono de intranquilidad en la voz segundos después—. ¿Quieres que me vaya o prefieres que me quede?

—Puedes irte por donde has venido —le respondió ella en un perfecto inglés—, porque nadie te ha invitado a esta fiesta.

Yo no me atreví a decir nada por no provocarla, pero le dirigí a Alistair una mirada de súplica, que más que suplicar gritaba. Inmediatamente noté que todos sus músculos se ponían en tensión al tiempo que bajaba, veloz, los escalones que le faltaban para llegar hasta el suelo.

A fuer de ser sincera, he de decir que su reacción me conmovió en lo más hondo porque, suave pero firmemente, me apartó todo lo posible de ella colocándose a su espalda, no dejando ni un sólo milímetro de mi cuerpo a su alcance, en un intento de protegerme de la loca con cara de loca.

—Me parece que no eres bienvenida en esta casa —se encaró con ella, con una dureza en el tono que no conocía en él—, así que creo que deberías marcharte.

—No hasta que ésa me diga cómo recuperar a mi hijo y a su padre —le respondió ella casi con fiereza.

«¡Acabáramos! ¡Así que sigue obsesionada con mi padre! ¡Pero ¿qué le verá esta mujer?!», me dije. Sin embargo, lo del bebé no me cuadraba. «¿Le habrán quitado al niño los de servicios sociales por estar rematadamente loca?», me pregunté extrañada.

El pobre Alistair se giró con el típico gesto de no entender nada, preguntándome con la mirada si esa frase tenía algún sentido para mí. Salvo poner cara de circunstancias, yo no tuve tiempo de nada más, dado que un segundo después la loca se volvió aún más loca, transformándose en un alien —con esos ojos que se le salían de las cuencas y una baba que le colgaba por el cuello, como si fuera un pellejo—, aunque con los andares de Bambi —

dando saltitos ridículos de un lado otro, a veces coordinados, a veces descoordinados, a veces como una gacela, a veces como un gamo, a veces como un sapo, ¡y con cara de sapo!—, mientras ¡nos tiraba el iPad con la intención de darnos!

Y fue precisamente el iPad lo más desconcertante de todo, ya que parecía que se hubiera descargado una aplicación para convertirlo en bumerán, porque, hiciera lo que hiciese, lo mandara a donde lo mandase, ¡siempre volvía a sus manos!

Alistair no sabía cómo protegerme y a la vez esquivarla a ella y a la tableta, porque, como buen caballero, tampoco quería arremeter contra la loca, no fuera a hacerle daño. Por lo que se refería a nosotros dos, como conjunto, parecíamos estar haciendo un *casting* para un surrealista remake de *Matrix*, sorteando los embates del iPad con movimientos casi impracticables, desafiando las leyes naturales, arqueando y curvando la espalda hasta extremos imposibles, tan bien compenetrados que para darnos el papel protagonista sólo nos habrían faltado las gabardinas y las gafas de sol negras.

Segundos después, la loca consiguió alcanzar el cuarto de baño, donde se hizo fuerte amenazándonos con un secador de pelo, gesto tan jocoso como inexplicable, así como con la escobilla del váter, gesto tan irrisorio y ridículo como poco higiénico, pero, en cualquier caso, digno del más logrado guion de algún episodio de *Los Serrano*.

Al final, el asunto lo resolvió Clara, que, pequeñita pero matona, e inmersa en el rodaje de otra película que se adecuaba más a su tamaño y estado habitual de mala leche —como era *Chucky, el muñeco diabólico*—, le tiró un jarrón a la cabeza que la dejó K.O.

En cuanto comprobé que sus constantes vitales estaban bien, llamé a mi padre y lo puse a caer de un burro. A pesar de desconocer si él tenía algo que ver con este caso en concreto, de lo que sí era responsable era del tipo de vida que llevaba, de la elección de las personas con las que se relacionaba, así como de consentir que su vida amorosa nos salpicara.

Alistair, por su parte, me miraba anonadado. Obviamente, no podía entender la conversación que mantenía con él, pero comprendía perfectamente el tono e intuía que esa «j» que casi desgarraba mi garganta y esa doble «r»

que se había convertido en un helicóptero en mi paladar —letras que incluyen prácticamente todos los tacos e improperios que componen el idioma español — no formaban parte de ninguna palabra bonita que yo pudiera estar utilizando para la exposición de mis argumentos.

—Nadie te ha insultado hasta que lo ha hecho alguien en castellano —le expliqué a Alistair cuando colgué el teléfono, aunque en verdad nada me había preguntado, sobrecogido como estaba.

Pese a lo llamativo de todo este sainete, opereta, vodevil, comedia barata o cualquier otro sinónimo que pudiera definir la situación tan absurda y lamentable que vivimos aquella mañana, lo más destacable del día fue, curiosamente, que por una vez mi padre no escurrió el bulto, sino que se hizo cargo de la situación. Desconozco si llamó a la embajada española, a la de Loquilandia, a Dementes Sin Fronteras o se puso en contacto con Repatriar a los Chiflados del Mundo.com, pero a la media hora llegó una ambulancia con cuatro sanitarios que se la llevaron, aún inconsciente, tras colocarle una camisa de fuerza.

A modo de disculpa, mi padre me explicó que, tras dar a luz, había tenido un brote psicótico en el hospital, que había intentado matarlo a él, al bebé, a varias visitas y a dos o tres enfermeros que pasaban por allí empleando la sonda urinaria, que la muy bruta se la había arrancado, que ya hay que tener mal gusto, ganas de dramatismo y de esparcir mal olor, porque, puestos a querer cargarse a alguien, el catéter del suero lo tenía mucho más a mano y es inodoro, además.

Como consecuencia del terrible episodio, al bebé se lo llevó el Servicio de Protección al Menor y a ella la confinaron en Psiquiatría, de donde se les había escapado rumbo a Escocia.

Y yo, mientras veía alejarse la ambulancia pensaba, con un amago de risa, que aún seguía sin saber su nombre, aunque al menos ahora tenía la certeza de que se trataba de una loca con cara de loca con un certificado oficial que probaba que estaba rematadamente loca.

El lado oscuro de la jornada, por el contrario, sería lo que pensara Alistair sobre el desagradable asunto. Así, di por sentado que no querría volver a saber nada de mí o de mi entorno después de tamaño desatino y despropósito.

Y, dado que me había defendido, consideré que al menos debía ponerle las cosas fáciles.

—Siento muchísimo todo esto, y entendería perfectamente que quisieras cortar todo tipo de relación conmigo, de manera que, para evitarte otro mal trago esta mañana, y en días posteriores, quizá lo mejor sea que las excursiones, incluida la que teníamos prevista para hoy, las hagas tú solo.

Sin embargo, también en eso se portó como un caballero.

—Por supuesto que no. Seguro que hay una explicación perfectamente sensata para todo esto, que no tienes por qué darme. Por tanto, a no ser que de verdad no te apetezca venir conmigo, yo estaré encantado de seguir acompañándote, o de que tú me acompañes, como quieras verlo.

Tras pronunciar esa frase, Alistair abrió la puerta y, mediante un gesto hecho con la mano señalando al exterior y un interrogante en la cara, me preguntó sin palabras si quería cruzarla con él.

—Y ¿adónde tienes pensado llevarme? —le respondí sin ninguna duda.

—A Quiraing —me contestó con una sonrisa tan enorme que dejaba ver que, efectivamente, no le importaba nada de lo que había sucedido esa mañana.

Para llegar hasta allí tuvimos que recorrer una de las carreteras más estrechas de Escocia, que nos condujo hasta un extraordinario paisaje compuesto por montañas con formas imposibles y rocas escarpadas, mezcla de pináculos, monolitos, así como cientos de rincones ocultos, en uno de los cuales me armé de valor para ofrecerle la explicación que no me había pedido. Lo cierto era que no me resultaba fácil sacar tanta miseria fuera, aunque algo me consolaba el hecho de que, de ese trío de españolas que él había visto en acción, la menos loca fuera yo.

—Ya que casi mueres decapitado por un iPad volador, sucumbes ante la impresión de ver a mi amiga Clara en plan guerrera *ninja* y te entra el pánico al oírme hablar como una camionera (aunque no hayas entendido nada de lo que decía), creo que te mereces saber los motivos por los que casi pereces.

—Y yo estaré encantado de escucharte —aseguró con una sonrisa cargada de curiosidad—. Te juro que si no te he preguntado ha sido por pura discreción, pero me muero de ganas de saber lo que tenía esa tía en la cabeza.

—Es lo que tiene la locura, que te atrapa... —le confesé, pensando en Rodrigo Mirizarry—. A propósito, ¿quieres la versión larga o la corta?

—¡La más larga, por favor! —me suplicó.

Siguiendo sus instrucciones, le conté detallada y pormenorizadamente la historia de la loca con cara de loca, del psicópata de mi padre, de mi pobre madre...

—Joder, ¡y me quejaba yo con lo de la mía! —se sorprendió.

—En todas partes cuecen habas, y en mi casa tenemos un campo entero, como para llenar una cadena de supermercados. Por cierto, muchísimas gracias por defenderme de ella —le agradecí mirándolo directamente a los ojos y manteniendo durante unos segundos mi mirada, aun a sabiendas de que era un acto que podría traer consecuencias.

—No podría perdonarme si te pasara algo, y más estando conmigo.

No sé si fue su intención, pero a mí me sonó tan dulce, tan tierno, que me derretía por dentro, como un helado haciendo peregrinaje por el desierto.

Aun así, y a pesar de esos sentimientos que cada vez eran más evidentes para mí, fui capaz de controlar lo que a veces ya me parecía del todo incontrolable. Y, lo que era igual de importante, conseguí que Alistair no se diera cuenta.

Mientras volvíamos a Portree, pensaba en lo mal que había empezado el día y en lo diferente que había concluido, maravilloso y divertido, haciendo bromas a costa de la loca, de Clara, de nosotros mismos y hasta de nuestra sombra. Y es que el Alistair que estaba comenzando a descubrir no tenía nada que ver con el del primer día, introvertido y circunspecto, el lobo solitario que me ganó con su mirada. El que conducía a mi lado, por el contrario, era extrovertido y risueño, soltaba chistes y carcajadas a diestro y siniestro. Y éste era el Alistair que más me gustaba. Me gustaba mucho. Mucho más que mucho.

\* \* \*

Clara me vio la cara de felicidad nada más entrar en la sala de grabación, pero se limitó a esbozar una media sonrisa y a no decir nada, gesto que



agradecí. Yo, por mi parte, saludé un día más a la audiencia, empezando por la estática.

—¡Hola, Butler! Hoy estás genial, pero tú, Sheeran, no tienes buena cara. ¿Has pasado mala noche? Y tú, lo mismo, Blunt, por no hablar de ti, Martin... ¡Ah! ¡Ya entiendo, pillines...! ¡Os habéis hecho amigos y os habéis ido de copas! ¡Y menuda juerguecita os habréis corrido!...

—Que sepas que hoy tenemos una buena noticia —me interrumpió Clara.

—Y ¿cuál es? —le pregunté intrigada.

—¡Una de nuestras seguidoras se casa! Y nos ha pedido queelijamos una canción para la boda. Pero vamos a hacer algo más: vamos a grabar un vídeo.

En un primer momento me asusté, dando por sentado que a Clara ya se le habría ocurrido alguna locura que nos pusiera en ridículo a ambas. Sin embargo, esta vez tuve una corazonada, así que, de manera tranquila y pausada, le pregunté:

—Y ¿ya tienes alguna idea?

—Por supuesto. La canción va a ser *I Choose You* («Te elijo a ti»), de Sara Bareilles, que tiene una letra perfecta para una boda, y lo que vamos a hacer es salir a patear Portree, a celebrar con todo el pueblo que de vez en cuando pasan cosas buenas en el mundo.

Mi corazonada había sido cierta. Eso sí me apetecía. Además, Sara era una cantante que me encantaba, tanto su voz como sus canciones, así como sus vídeos, muy sencillos pero tremendamente impactantes, incluido el de la canción que pensábamos utilizar, en el que la propia Sara había ayudado a dos parejas a declararse.

¡Y, con un fin parecido, nos echamos nosotras a la calle! Cogimos un altavoz para el iPhone, programamos la canción para que sonara una y otra vez, convencimos a Bernie para que fuera el encargado de la grabación..., ¡y a cantar y a bailar!

Así pues, mientras la voz de Sara sonaba, nosotras íbamos parando a la gente por la calle para que se moviera al ritmo de la música y, de hecho, ya nada más empezar convencimos a una pareja de novios, que, encantados de participar, se prestaron a acompañarnos durante todo el recorrido con el fin de animar a los demás.

Los siguientes en acercarse fueron un grupo de niños, felices de bailar tan descoordinadamente como podían y de farfullar en lugar de cantar, así como de seguirnos como si fuéramos el flautista de Hamelín.

Para nuestra sorpresa, la comitiva se fue haciendo cada vez más grande, y nuestras expectativas también, porque, aunque jamás conseguiríamos ser un *flashmob* —ni lo pretendíamos—, sí estábamos reclutando el número suficiente de personas para que quedara un vídeo muy airoso y lucido: policías, embarazadas, ancianos, el carnicero con el mandil puesto, pescadores, camareros..., todos se prestaron a cantar alguna estrofa y a mover un poco los pies, a veces asimétricamente, otras descompasadamente, pero siempre entrañablemente, como sólo la buena gente puede hacerlo para otra buena gente.

Cuando al fin llegamos a Somerled Square, Clara abrió la bolsa con la que llevaba cargando desde el principio, de la que salieron un par de globos con los nombres de los novios, Andrew y Rachel, que salieron volando, así como un par de pancartas: *WE'RE CELEBRATING LOVE* («Estamos celebrando el amor») y *FROM SKYE TO THE SKY* («Desde Skye hasta el cielo»).

Los aplausos y los saltos de la gente alrededor de ellas fueron gigantes, tanto como nuestra emoción. Yo no sabía si esas personas tendrían amor en sus vidas, o si lo habrían tenido alguna vez, pero lo festejaban gustosos para otros, a los que les deseaban que los acompañara hasta el final de sus días.

Buena parte de ellos sugirieron que el fin de fiesta lo celebráramos brindando con un buen whisky, al modo escocés, oferta que tanto Clara como yo aceptamos encantadas, aunque con un toque español, enseñando a todo el pueblo cómo había que mover el vaso para que la bebida entonara el cuerpo: «¡Arriba, abajo, al centro y *pa'* dentro!». ¡Y de un solo trago, para calentar el alma!

Mirando cómo Victoria reía y disfrutaba de la noche, al propio Bernie, que mostraba orgulloso a todo aquel que quisiera verlo el vídeo que acababa de grabar y que al día siguiente subiríamos a YouTube, a Clara, que taconeaba encima de una mesa el flamenco que se negaba a aprender, pensé que había muchas formas de celebrar el amor, y no necesariamente con dos anillos entrelazados.

Pese a todo, mientras volvíamos a la pensión bien pegadas al borde del mar, recordé a Alistair y nuestra noche en la orilla y, de repente, sus ojos se me cruzaron intensos, inmensos, descabalando mis propósitos una vez más. Instintivamente, mi cerebro repitió el título de la canción de Sara: «Te elijo a ti». ¿Encontraría alguna vez a alguien que me eligiera a mí? Y, de suceder, ¿sería Alistair quien me elegiría?

*Joaquín, Amanda, Marina, Clara Y  
Winnie The Pooh*

Joaquín salió aquel mediodía de casa con la certeza de que acudía a la cita con el recuerdo más importante de su vida. Entre sus manos llevaba una sencilla caja de cartón, del tamaño de una de zapatos, en cuyo interior se encontraban concentradas todas sus esperanzas, así como lo que él esperaba fuera su futuro. Mientras pensaba que si algo le había enseñado la vida era a quién renunciar y por quién luchar, la agarró con fuerza para evitar que se cayera, corriendo el riesgo de que se rompiera su contenido, y se dirigió con rapidez al restaurante donde había quedado con Amanda para comer.

Lo que Joaquín pretendía aquella tarde era que, de la misma manera que un mal momento puede convertirse en un mal día, unos segundos de felicidad pudieran durar para toda la vida.

Su corazón latía con tanta fuerza que por un segundo creyó que iba a reventarle la camisa. No en vano, con cada nuevo latido notaba cómo los botones cedían, así como con cada inspiración, aunque confiaba en que nada malo sucediera, ya que quería que todo fuera, y estuviera, perfecto para Amanda.

Cuando cruzó la puerta respiró con alivio, incluso con felicidad. Siempre es agradable tener la sensación de que el sitio en el que estás es el adecuado, y de que vas a ser capaz de decir lo que necesitas decir cuando debes hacerlo.

La vida iniciaba una nueva sesión, y ése era el momento del reinicio, que es cuando sabes, definitivamente, que ya sabes todo lo que tenías que saber, y era que todo lo ocupaba ella, nadie más que ella.

Además, Amanda aún no había llegado, con lo que todavía tenía tiempo para desarrollar su plan.

Se dirigió, por tanto, hacia la cocina, donde previamente había quedado con el encargado. Entre ambos eligieron una encimera, la más apartada, y Joaquín se dispuso a vaciar la caja. A continuación, fregaron cuidadosamente su contenido y, tras secarlo, lo dejaron apartado en una bandeja a la espera de que tanto la comida como los postres concluyeran.

Con todo previsto, regresó a la zona de comedor y se sentó a esperar a la mesa acordada para la ocasión. Acto seguido, repasó mentalmente todos los detalles para comprobar que no había olvidado nada, con un resultado satisfactorio.

El último paso consistió en mirarse a sí mismo. Había elegido con esmero la ropa, escogiendo las dos prendas que más le gustaban a Amanda, unos vaqueros negros bastante gastados y una camisa blanca, con el interior de los puños y del cuello adornados por una tela de cuadros blancos y negros. También salió bien parado de esta segunda revisión, ya que todo estaba en orden, cuidadosamente planchado y sin ninguna mancha, perfecto para la mujer cuya sonrisa era la más hermosa que jamás había besado.

Desde donde estaba sentado se podía divisar la puerta, de manera que la vería llegar, con esa luz en sus ojos que siempre la acompañaba. Ella no sospechaba nada, porque Joaquín se había cuidado mucho de mantener sus nervios a raya durante los últimos días, siendo consciente de que aún tendría que aguantar el tipo al menos una hora más, o el tiempo suficiente para que la comida acabara.

Sin embargo, sabía que todos sus esfuerzos se verían recompensados. Por fin se acabarían los trenes en los que había que bajarse en cada parada para descubrir nuevas experiencias, cambiar de trayecto o encontrar otros compañeros de viaje, porque a partir de ese día los dos viajarían en uno directo, rumbo a un destino común. Y es que el amor es así: a veces es un tren expreso y a veces es el lento, el que se detiene en todas las estaciones. Y a

ellos ya les tocaba acelerar.

No lo intimidaba el hecho de que la mitad de los matrimonios acabaran en divorcio, ya que bien sabía que la otra mitad no lo hacían. Es más, pensaba que precisamente por esa circunstancia tenían garantizado el éxito, dado que ambos ya habían vivido la primera mitad, con lo que estaban irremediablemente abocados a la segunda. Y, por una vez, se trataría del triunfo de la estadística, y de la experiencia, frente a la etérea y volátil esperanza.

Se sentía tan dichoso, con tanta felicidad para dar y tomar, que gustoso habría colgado un letrero en la puerta del restaurante que dijera: «Barra libre de amor. Pasen y beban. Los invita el hombre más afortunado de la Tierra».

Amanda, por el contrario, tenía una extraña sensación de inquietud. Desde primera hora de la mañana presentía que algo saldría mal a lo largo del día, o que las cosas no marchaban como debían, aunque no sabía a ciencia cierta qué o por qué.

Quizá la culpa la tuvieran sus recuerdos, esos monstruos que en ocasiones la atenazaban y que ese día, más que nunca, la asaltaban, esas sombras oscuras del pasado que le gritaban que no tenía derecho a vivir una nueva vida completa y plena.

A pesar de que en los últimos meses había sido verdaderamente feliz con Joaquín, algo en su interior le decía que más tarde o más temprano se acabaría. Por eso, muchos días se había encontrado barriendo sus sentimientos y escondiéndolos debajo de la alfombra, para que nadie, ni siquiera ella misma, pudiera saber que se ocultaban ahí.

A pesar de que no se arrepentía de aquella confusión mental que la había llevado a decir «sí» cuando quería decir «no», lo que motivó el inicio de su relación con Joaquín, la asustaba que éste quisiera dar un paso más..., o menos, ya que en ninguno de los dos casos sabría a qué atenerse.

El motivo era que a Amanda la corroían las dudas. Dudaba de Joaquín, dudaba de ella misma, dudaba de todo salvo de su incapacidad para reconocerse a sí misma el derecho a ser feliz, y tampoco de su única meta, la que se había propuesto tras su divorcio, que era no volver a sufrir.

Por eso, en cuanto entró por la puerta del restaurante, lo primero que le

dijo a Joaquín fue:

—Tenemos que hablar.

\* \* \*

Y no era la única, ya que un nubarrón en la cara de Clara amenazaba con descargar. Así, cuando entré en la sala donde solíamos grabar, pude ver su gesto claramente torcido.

—¿Qué es lo que pasa? —le pregunté con una cierta preocupación.

—¡Ganas por goleada! ¡Tus telarañas son las más deseadas!

—¿Me estás diciendo que tienes esa cara de asco porque hay más hombres que quieren utilizar el plumero conmigo que contigo? ¡No me lo puedo creer...! A pesar de la cantidad de veces que he hecho el ridículo por ti desde que llegué a Escocia, ¿te mosqueas por eso?

—Mujer... —amagó con explicarse.

—¡Ni mujer ni gaitas! —la interrumpí indignada, pasando a ofrecerle algunos ejemplos como prueba de mi entrega y mi dedicación a su causa—. Yo no quería conocer a Butler, pero tú sí, de manera que para que lo conocieras tú he tenido que aprender a bailar flamenco yo, con esa gracia nula que Dios me ha dado...

—Lo de aprender será un eufemismo... —se atrevió a rebatirme.

—¡De ésta, te mato! ¡No me puedo creer que encima no le des ningún valor! ¿Sabes cuál ha sido uno de los momentos más bochornosos de mi vida? —le adelanté.

—¿Cuál? —preguntó, aunque sin mucho interés.

—¿Te acuerdas de cuando salimos por las calles de Portree para que la gente nos ayudara con el flamenco?

—Y ¿qué hubo de especial en eso? —protestó antes de que pudiera acabar de explicarme.

—¿Recuerdas un abuelete que me seguía para ayudarme a recoger los lunares que se me caían de la falda?

—¡Claro!

—¿Sabes por qué me seguía de verdad?

—Seguro que me lo vas a decir a continuación... —replicó con una

desgana que rayaba en el desinterés.

—¡Por supuesto que sí! Aunque una vez más tenga que hacer el ridículo delante de treinta millones de personas...

—En realidad, cuarenta —precisó.

—¡Mejor que mejor! ¡Cuantos más, mejor! —ironicé—. No es sólo que se me cayeran los lunares, ¡es que se me cayó la falda! Pero eso, que ya es suficientemente malo de por sí, no fue lo peor.

—¿A no? —aseguró mientras un amago de risa empezaba a brotar de su garganta.

—¡Por descontado que no! ¡Lo peor fueron las bragas!

Y es que con esa madre tan rara que Dios me dio, con esa afición tan extraña a ubicar mensajes en la ropa interior y con esas ganas que tenía de que me hiciera lesbiana, antes de marcharme de Madrid me había regalado unas bragas en las que ponía, escrito en castellano: «¡Cómemelo todo, maciza!».

El abuelete, muy discreto en un principio, no quiso interrogarme sobre el significado de la frase; no obstante, yo notaba que ese concepto tan masculino de lo único planeaba sobre su cabeza. Además, en los segundos que transcurrieron desde que perdí la falda hasta que conseguí anudarla de nuevo, yo veía cómo entornaba los ojos y concentraba la mirada intentando averiguar lo que querrían decir esas palabras, hasta que al pobre hombre le pudo más su curiosidad que mi decencia y no pudo evitar proferir: «¡Tu culo me habla, pero no entiendo lo que me dice!».

En ese trío que éramos mi sentido del ridículo, mi trasero expuesto al aire ventilando esa frase tan vulgar y un señor tan mayor pero que, aun así, estaba por la labor, yo no me veía capaz de desvelar la verdad. Y más aún si tenía que entrar en detalles sobre mi madre, tan rara, y sus ganas de que me cambiara de acera. Por tanto, opté por soltar la primera estupidez que se me pasó por la cabeza, que fue un desatinado: «Cambiar cuando estén sucias».

Inmediatamente percibí cómo se le mudaba el rostro, al no saber qué pensar, ni dónde o con qué pensarlo, porque ese cerebro suyo ya estaba todo ocupado por lo único, su único, y mis bragas, tal vez sucias. En consecuencia, yo veía a través de sus ojos, claramente, que no había sitio, ni un solo hueco, para pensar en nada más, que de haber sido un estadio de fútbol le habrían



colgado el letrero de lleno absoluto.

En su lugar, una mujer habría puesto una cara de asco radical ante la posibilidad de que las bragas estuvieran manchadas; por el contrario, él se debatía entre un intrigado «¿las llevará sucias de verdad?», y un sincero «¡la verdad es que me daría igual!», para finalmente acabar pensando un contundente «¡qué coño!», momento en el que me ató el nudo a la cintura y salí corriendo, no fuera que su ágil mano escocesa acabara agarrando mi horrorizado culo español.

—Por desgracia, eso no fue suficiente —proseguí en mi alegato contra el enfado de Clara—, ya que tuviste que colgar en la pared a James Blunt, al que yo tampoco tenía interés en conocer, pero para el que tuve que hacer unos coros que traspasaban lo grotesco. Disfrazada de ABBA y con una compañera de fatigas con la que no era capaz de coordinarme ni con la mirada, estaba claro que no era Blunt quien nos iba a contratar, sino Chiquito de la Calzada para la versión de chiste e hispana de *Mamma Mia!*

—Victoria hizo lo mismo que tú... —precisó Clara.

—Cierto, pero con todos mis respetos para Victoria, que sabe que la adoro, ¡su marido no va a volver del más allá para descojonarse de ella!, mientras que el mío —fuera lo que fuese el mío— estoy convencida de que en algún momento se ha descojonado al otro lado de esa cámara. Y bien sabe Dios que, desde el principio, quise adoptar esa actitud de dignidad y de distancia que se resume con la frase «¡Jódete y mira lo que te has perdido!». Sin embargo, en estos momentos la única que estoy jodida soy yo, mientras que él estará encantado de haberse librado de una loca, pensando además que he enloquecido hasta el punto de hacerme lesbiana o, peor aún, ¡de llevar las bragas sucias!

—Tú, tranqui, que seguro que no es uno de los cincuenta millones que te están viendo ahora... —le quitó importancia Clara, indicando, sin embargo, que el número de visitas iba en aumento.

—¡Si es que no hay nada como caer en la insensatez para que la bola de nieve rueda y rueda y se haga gigante! Además, lo mío tiene mucho mérito, ¡porque hago el ridículo en otro idioma! Que si aún fuera el mío tendría un pase, más fluido y natural, pero no, yo me esfuerzo, que parezco militante del

partido Este es el Año de Hacer el Esperpento.

—Pues no sé de qué te quejas, porque del capítulo Sheeran te has escaqueado... —me recriminó Clara—. ¿O será que a ti no te gusta, o que no te parece lo suficientemente bueno para que venga a verte?

—¡Alucino contigo! —exclamé más que molesta.

No obstante, antes de proseguir con mi defensa, quise hacer un inciso para asegurar que consideraba a Ed Sheeran un cantante brillante donde los hubiera, y mucho más que eso en realidad, ya que no se trataba únicamente de lo buenas que eran sus canciones, que lo eran, o de lo buen músico que era, que lo era, sino de que para mí lo más sorprendente de él se ceñía a lo siguiente:

- Sólo con tocar dos cuerdas de esa guitarra enana que utilizaba y darle un par de golpes, ¡era capaz de montar una fiesta!
- No necesitaba a nadie sobre el escenario, ya que con su *loop pedal* ¡era el colmo de la autosuficiencia!
- Mejoraba hasta el infinito cualquier canción de otro compositor que versionara.
- Era de los pocos artistas que, en directo, cantaba mejor que en sus discos.
- Y era de los pocos hombres que sabían hacer varias cosas a la vez..., al menos con ese *loop pedal* y sus pies.

Sin embargo, una vez hecha esta aclaración, retomé mi alegato, arremetiendo contra Clara y su falta de visión.

—Pero ¿cómo iba a escribirle una canción de amor a nadie?, con ese encanto que tengo yo (el del absurdo) y ese arte que Dios me ha dado (el de la gilipollez). ¡Y a Ed Sheeran! ¿Acaso tengo pinta de adolescente trastornada? Pero si podría ser no su madre, ¡sino su abuela!

—No te pases, que tiene veintisiete años, sólo cuatro menos que tú —matizó Clara.

—¡Pues qué mal me conservo!

Me salió del alma, aunque me dejara a mí misma de nuevo en mal lugar.

De la misma manera, no pude evitar recriminarle a Clara el mensaje que pretendía incluir en la letra de la canción.

—Tienes que reconocer que te pasaste no tres pueblos, sino tres capitales de provincia y varias estatales. ¡Pero si querías que le pidiera que fuera el padre de mis hijos! ¡Coño, Clara! Que no quiero tener ni los míos propios, ¡como para parir los de Sheeran!, ¡o los de cualquier otro!

Y de repente lo vi todo claro, ya que, exceptuando la canción de Ed, había accedido, más o menos sin protestar —al igual que había sucedido siempre en el pasado—, a todas las locuras de Clara.

—¡Al final no eres tú la loca! ¡La loca soy yo, salvo que eres tú la que me das cuerda! ¡No puedo decir que no a nadie! —me horroricé al ser plenamente consciente de la situación—. ¡Me dan pie y soy yo la que monta la fiesta!

—Pues como se enteren los de las telarañas... —me previno Clara.

—¡Por eso me prefieren a mí! —caí en la cuenta de repente—. ¡Ahora lo entiendo! Saben que estoy loca y ¡piensan que soy una psicópata sexual!

Y definitivamente loca me volví cuando mi móvil vibró por vigésima vez en los últimos treinta segundos. Así, me levanté gritando como una posesa y exclamando a la vez:

—¡Mamá, déjame en paz!, ¡que llevas veinte mensajes seguidos preguntándome lo mismo! ¡Que sí! ¡Que llevo las bragas limpias! Yo estoy haciendo el ridículo más espantoso de mi vida ¡¿y a ti sólo te preocupa que mis bragas estén sucias?! ¡Joder, pero si no me las va a ver nadie! Y, no, no he tirado las de «Cómemelo todo, maciza», ¡pero no me las voy a poner!, ¡que no!, ¡que no me van a venir bien en un futuro porque no me voy a hacer lesbiana! ¡Dios, qué cruz! ¡Qué mala suerte la mía con esa madre tan rara que tengo!... Mira, ¿sabéis lo que os digo? ¡Que aquí os quedáis todos porque yo me voy con viento fresco a rumiar mis miserias en la intimidad!

Pero ni siquiera eso pude hacer con un mínimo de dignidad, ya que, al apoyar el pie izquierdo con fuerza sobre el suelo, sonó un grotesco ruido.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! —preguntó Clara con un amago de risa, asombro y extrañeza.

—Que el mundo se pone de acuerdo para que yo no pueda hacer otra cosa que no sea el ridículo —asegué con fastidio.

—Ante sesenta millones en estos momentos —puntualizó ella.

—De puta madre, o de puta pena, depende de cómo se mire —comenté resignada.

Dicho eso, me agaché para quitarme una de mis zapatillas de Winnie the Pooh y la puse sobre la mesa.

—Ed Sheeran: esto va por ti. No te he escrito ninguna canción de amor, pero te reto a que superes esto. ¡Mi *loop pedal*! —afirmé con el poco sentido del humor que me quedaba.

A continuación, golpeé la zapatilla para que resoplara, a fin de que todo el mundo pudiera oír de primera mano el ronquido.

—Pero, espera, que tengo un segundo canal —advertí.

Acto seguido, me quité la otra zapatilla y aticé con ella la superficie de la mesa para que resoplara también. Entonces golpeé con ambas, pero no a la vez, sino consecutivamente, con el propósito de que se apreciara que el sonido que emitían ambas no era exactamente igual.

—En estéreo y sincronizadas —afirmé—. ¡Si las saco al mercado, me las van a quitar de las manos!

Tras zanjar la cuestión, me puse en pie, agarré las dos zapatillas e hice ademán de marcharme, aunque, tras pensarlo dos veces, regresé sobre mis pasos. Había llegado el momento de ajustar cuentas, o al menos de decir algo que no dije cuando, probablemente, debería haberlo hecho. Y ése iba a ser mi momento, el momento de la liberación.

Convencida, pues, respiré hondo, tras lo que me dirigí a cámara, mirando al objetivo muy de cerca y muy fijamente:

—Y tú, si estás entre esos sesenta millones, o seiscientos, o los que sean, tú que sabes quién eres, ¡que te folle un pez!

Lo dije tan fuerte que las dos zapatillas de Winnie roncaban a la vez, tan simultánea y coordinadamente que hasta parecía ensayado. Abocada al ridículo una vez más, no me quedó más remedio que asumir que no iba a ser ése mi momento, ni mi día, ni mi año, ni iba a tener lugar en esta vida, porque ¡nada en esta vida podía salirme bien ¡Si ni siquiera era capaz de mandar a Alejo a la mierda con un mínimo de dignidad!

Me sentía como un alérgico que, cuanto más sano respira, peor se

encuentra. A pesar de mis intentos por liberarme, lo único que había conseguido era otra condena, la de la mofa, la burla y el escarnio, que, estúpida de mí, me había infligido yo misma.

Cerré los ojos a la vez que negaba con la cabeza en señal de abatimiento, abandono y renuncia, mientras salía por la puerta afirmando un contundente:

—¡A tomar por culo!

Tras mi marcha, Clara se quedó mirando ora al techo, ora la pared, sin atreverse a reír —a pesar de que se le desbordaban las ganas—, hasta que aseguró con cara de circunstancias, mirando hacia Victoria:

—Pues ha ido bien la cosa, ¿verdad? Yo creo que está, más o menos, de buen humor, ¿no te parece?

—¡No te quepa la menor duda! —ironizó Victoria.

—Pues han entrado dos mil mensajes más con lo de quitarle las telarañas, pero no creo yo que deba decírselo..., aunque la verdad es que si ella estuviera por la labor éste parece un buen momento, porque si algo ha quedado claro es que las bragas las lleva limpias, ¿no crees?

—¡Desde luego! Aunque con eso que se pone en los pies no me extraña que tenga telarañas —sentenció Victoria.

—Su madre debe de pensar lo mismo, porque acaba de mandarle otro cargamento de bragas, pero esta vez con la leyenda «Este culo tiene hambre», si bien tampoco va a ser éste el momento de que se lo diga, ¿verdad?

—Tienes toda la razón —corroboró Victoria.

—Se me acaba de ocurrir que podríamos hacerle unas nosotras con el siguiente mensaje en inglés: «*Single ever after*», «Soltera después de todo», o «Soltera para siempre», según cómo lo interpretes, pese a que lleva más camino de lo segundo que de lo primero. En cualquier caso, se ajusta mucho más a su momento telarañas que las de su madre. ¿A que es buena idea?

—Si tú lo dices... —dudó Victoria—. Mira que me da que mañana nos va a matar como llegue a ver esto...

Pero antes de que llegara la mañana, pasé la noche agitada, soñando con la maldita canción de amor de Ed Sheeran, que ya había que ser desgraciada: no se la quise escribir conscientemente y, sin embargo, la soñé inconscientemente. Así, por mi mente pasaron cientos de frases del estilo de:

- No quiero que me digas que arriba hay un cielo de estrellas para mí, porque yo sólo quiero ver en tus ojos una estrella.
- No quiero que me digas que me querrás de aquí a la eternidad; lo que quiero es que me digas que ahora es la eternidad.
- No quiero palabras de amor en tus labios; quiero que las pienses y verlas escritas en tus ojos.
- Sólo quiero un instante, un momento, único, pleno y eterno, en el que no haya un antes, ni un durante ni un después, y que, cuando seas viejo, cuando tú veas un cielo de estrellas, recuerdes este momento, mi momento.

¿Se podía ser más cursi? Difícilmente. ¿Se podía ser más afectado? Muy complicado. ¿Se podía ser más pretencioso? Tal vez, pero sería una ardua tarea. ¿Se podía ser más ridículo? Seguro que para esto último encontraba alguna manera de superarme a mí misma, aunque en mi descargo debería decir que, al menos, la música elegida por mi subconsciente para acompañar esas remilgadas y presuntuosas frases compensaba la ostentación lingüística, ya que el batería era Winnie the Pooh, que roncaba desde mis zapatillas, acompañado por mi garganta, que no les andaba a la zaga a mis pies.

No obstante, lo que más me preocupaba era en quién demonios estaba pensando mi cerebro cuando había ideado esas frases, porque desde luego en Ed Sheeran no, con todos mis respetos para Ed Sheeran.

¿Se trataba de Alejo, a quien pretendía exiliar de por vida, a pesar de que su recuerdo se hubiera quedado atrincherado en algún lugar recóndito de mi mente en el que no lograba dar con él para expulsarlo? ¿O de Alistair, a quien quería dejar entrar pero mis neuronas no conseguían dar con la forma de abrirle la puerta?

Mientras mi mente deshojaba la margarita, medio dormida, medio despierta, aunque más somnolienta que lúcida en esa duermevela del amanecer en la que todos los dedos se te antojan huéspedes, una vez más sonó el timbre a horas intempestivas.

Y resulta curioso cómo, al abrir la puerta, a veces se te mete el mundo

dentro.

*Una cuarta visita inesperada, Marina,  
Lilly, Calem, Joaquín, Amanda y una  
proposición*

—Vengo a comprar tu *loop pedal*.

Ésas fueron, exactamente, las palabras que sacudieron mis oídos tras abrir la puerta.

Minutos antes, mientras bajaba corriendo por la escalera, mi cabeza sólo daba para pensar: «¿Se les habrá escapado la loca con cara de loca del frenopático donde recluyan a las amantes despechadas chaladas?». Y, lo que era aún más importante, «¿se habría descargado por el camino una nueva aplicación para su iPad que le permitiera acabar instantáneamente, sin efecto bumerán de por medio, con la hija del psicópata de su amante, mi padre, para más señas?».

A punto estuve de llamar a Alistair para que viniera a socorrerme. Sin embargo, en última instancia rechacé la idea, para lo que tuve que armarme de valor frente a lo que pudiera encontrarse tras esa puerta, no fuera a pensar que más que una mujer fuerte y entera era una débil damisela en apuros que necesitaba ser continuamente rescatada, lo que no cuadraba con la visión que yo tenía de mí misma en particular o de la vida en general.

Afortunadamente, se trató de la decisión más acertada, ya que quien había tocado al timbre no era la loca con cara de loca, sino ¡Ed Sheeran!, ¡el



mismísimo Ed Sheeran!, con su inconfundible y desordenado pelo rojo.

Inmediatamente di la voz de alarma. Clara y Victoria bajaron de tres en tres los peldaños, a punto de dejarse los piños en el descenso y de morir en el intento, que no sabía yo con qué chocaban más, si con la barandilla, contra el suelo o entre ellas mismas, mientras que Bernie, aún con la legaña puesta, no atinaba a abrocharse la bata —en un vano intento de ocultar su generosa tripa modelo flotador—, a la vez que trataba de darle al botón de grabación de la cámara.

Ed nos miraba divertido, con una cara que parecía asegurar: «¡Menudo grupo humano éste con el que me voy a relacionar!», porque no había venido sólo a saludar, o a pasar un rato, sino el día, ¡un día completo con Ed Sheeran!, que resultó ser exactamente igual que la idea preconcebida que yo tenía de él.

Sus ojos eran grisáceos, huidizos y esquivos, tanto como su sonrisa, y ponían de manifiesto la timidez que yo siempre había sospechado, una timidez que la estrella en la que Ed se había convertido no había conseguido vencer. No obstante, esos rasgos no impidieron que, pertrechado con su guitarra —que, vista de cerca, parecía la mitad de una de verdad—, y sin su inseparable *loop pedal* —ya que supuestamente había venido a adquirir el mío—, nos cantara todas sus canciones, las que nosotras quisimos, las que quiso él, y las que quiso todo el pueblo, que por allí se acercó. Y he de decir que, además de lo mucho que ya lo admiraba como artista, pasé a admirarlo como persona, porque con pocas personas tan humildes y sensibles me había cruzado en la vida, lo cual era extraño en alguien que, siendo tan joven, había llegado tan alto.

De hecho, cuando llegó la hora de ir a buscar a Lilly al colegio, se prestó a venir conmigo, afirmando convencido y con una sonrisa en los labios:

—Seguro que le hará ilusión. Se sentirá la reina de la fiesta.

Lo dijo con modestia, pensando en el cantante famoso del que era fachada, y no en la persona normal y corriente que habitaba en el interior. Y razón no le faltaba, porque Lilly no pudo sentirse más feliz cuando vio que Ed Sheeran en persona, el ídolo de las adolescentes de medio mundo, estaba al otro lado de la verja con los brazos preparados para acogerla.

Una de las cosas que más llamó mi atención fue que Ed supiera quién era Lilly, así como lo que había sucedido con sus padres. Es decir, que no sólo había visto nuestro último vídeo —lo que ya de por sí me resultaba suficientemente asombroso... y vergonzoso, recordando mis irrisorios exabruptos y el lamentable episodio de las bragas—, sino que había retrocedido, al menos, hasta unos cuantos más atrás. Y eso era algo que me maravillaba, pensar que gente tan universalmente famosa como Sheeran pudiera tener algún interés en vernos, en seguirnos, que pudiera conocernos físicamente e incluso identificar nuestros nombres, relacionándolos con nuestras caras. En verdad, era esa popularidad innmerecida y repentina que habían alcanzado dos personas completamente anónimas entre gente tan conocida lo que me inquietaba, y también me intimidaba, aunque no así a Lilly, que una vez transcurridos los primeros minutos de esa novedad llamada Ed Sheeran enseguida cogió confianza, la necesaria cuando menos para no importarle que su alegría acabara transformada en tristeza.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, cariño? —le pregunté en cuanto vi los primeros lagrimones corriendo por sus mejillas.

—Que se me ha caído un diente —me respondió, mostrándome la mella que le había dejado la pérdida de uno de sus dos paletos.

—¡Pero entonces esta noche vendrá a visitarte el Hada de los Dientes! ¿Sabes que en España es un ratón que se llama Pérez el que se lleva el diente y deja el regalo bajo la almohada? A lo mejor tienes suerte y te visitan los dos. ¿Ves como no hay por qué llorar? ¡No es nada malo!

—Sí lo es, y muy muy malo —se justificó—. Esta tarde tenía una fiesta de cumpleaños, a la que va a ir un niño que me gusta, y ya no podré ir, porque se va a reír de mí.

Ed y yo nos miramos conmovidos, sin saber muy bien qué hacer o qué decir, hasta que una idea me pareció lo suficientemente buena para que pudiera funcionar. Sin perder ni un minuto, pues, los tres nos fuimos al parque que se encontraba enfrente del colegio. Allí, en primer lugar, cogí unas cuantas flores pequeñas, tras lo que le quité a Lilly la coleta alta que llevaba con la intención de peinarla, porque si hay una verdad infalible entre el sexo femenino es que nos sentimos mejor cuando nos vemos guapas. Y ése era, ni más ni menos, mi

plan. Por tanto, comencé a hacerle trenzas de diferentes tamaños y a diferentes alturas, pero dejando parte del pelo suelto, para que las trenzas constituyeran sólo un adorno, luego coloqué las flores en sus extremos y los sujeté con unas gomas de colores que llevaba en su mochila.

Una vez que estuvo lista, y tras comprobar que el resultado era perfecto, Sheeran aseguró cariñoso:

—Estás hecha toda una princesa; tu amigo no se va a poder resistir.

—Cierto —corroboré—. Estás tan guapa que se va a quedar pasmado. Y, aunque no te va a hacer falta, te voy a dar un consejo de chicas: cuando estés con él, míralo fijamente a los ojos, y no verá nada más.

—¡Buen consejo! —me miró sorprendido Ed—. ¿Funciona siempre?

—Siempre... y cuando el otro no esté ciego, y me refiero a los ciegos de verdad, a los que no quieren ver.

Ed sonrió mientras yo sujetaba un pequeño espejo a la altura de Lilly para que pudiera verse y, cuando lo hizo, la alegría volvió a inundar su cara, y también sus pies, pues comenzó a dar cientos de saltos que lo demostraban.

Toda vez que la crisis parecía haberse resuelto satisfactoriamente, procedí a llamar a Mark para indicarle que ya podía recoger a Lilly con objeto de llevarla a la fiesta, aunque finalmente ella puso una condición para acudir: que tanto Ed como yo la acompañáramos, a lo que ambos accedimos encantados.

De camino a la casa del cumpleaños, Lilly se sentó en el coche encima de mis rodillas y bajó la ventanilla, sacando su mano para intentar detener, o contener, el viento con ella, un juego al que solíamos jugar y al que invitó a Sheeran a participar.

—Y ¿tú eres siempre cantante, o trabajas en otras cosas? —le preguntó de repente, con verdadero interés.

—Sólo canto —respondió Ed con sencillez.

Dado que Lilly parecía un poco decepcionada con la contestación, acudí a su rescate.

—Su trabajo es muy importante —puntalicé con un tono de rotundidad.

—¿Es importante porque es famoso?

—No, es importante porque es especial.

—¿Por qué?

—Porque nos hace soñar. Y, gracias a que nosotros soñamos con sus canciones, él puede cumplir sus sueños a la vez, así que es como una especie de cadena de favores.

Sheeran me lanzó una mirada de agradecimiento, tras la que dirigió sus ojos hacia Lilly con el fin de saber si se había quedado satisfecha con mi explicación, lo que no fue el caso.

—Y ¿cómo haces las canciones? —preguntó a continuación.

—Mezclo palabras bonitas y les pongo música.

—¡Como tu amigo Calem! —exclamó Lilly, mirándome con asombro.

—En realidad, Calem sólo mezcla palabras, sin música, aunque muchas más que Ed, tantas que llena libros con ellas —precisé.

—¿Y cuentos? —se le iluminó la cara mientras preguntaba.

—Por supuesto —respondí, sabiendo que habría una segunda parte para esa pregunta.

—Y ¿crees que podría escribirme uno? ¿¡Un cuento para las niñas que quieren ser princesas?!

—¡Seguro! Es más, va a venir aquí esta noche, así que, si se lo pedimos ahora mismo, con un poco de suerte pueda traértelo luego. Y quizá a Ed le interese conocerlo. Es el escritor Calem Montague —le comenté—. Tal vez te apetezca cenar con nosotros.

—¡Por supuesto! —aceptó encantado—. Leí su libro y me gustó muchísimo. Será estupendo poder charlar con él.

A continuación, los tres sacamos a la vez las manos por las ventanillas, parando el viento, convirtiendo nuestros brazos en una señal de «Stop» para el aire escocés. Sin embargo, mientras que Lilly y yo reíamos, Ed se quedó pensativo.

—¿Estás triste? —quiso saber ella.

—¡No! —contestó él—. Todo lo contrario. Es sólo que se me ha ido la cabeza a otro sitio.

—Pues lo pareces... —se reafirmó Lilly—. Y ¿sabes lo que hace mi ángel cuando estoy triste? Me da un abrazo español. ¿Quieres que yo te dé uno?

—¡Claro! —exclamó enternecido.

—Vale, pero antes tengo que explicarte lo que es para que sepas hacerlo

bien.

Una vez que Lilly le hubo aclarado en qué consistía, Sheeran asintió con cariño, dándole a entender que lo había comprendido, a la vez que Lilly se sentaba a su lado para abrazarlo.

—Ahora me siento mucho mejor —afirmó con dulzura cuando la niña retiró los brazos de su cuello.

—No sé yo... —dudó Lilly—. Creo que no soy muy buena dándolos. A lo mejor es porque soy muy pequeñita, pero soy muy buena recibéndolos. Cada vez que me da uno me hace sentir mejor, así que si estás triste de verdad puedo prestarte a mi ángel, pero sólo si entiendes que no la voy a compartir contigo, porque me la mandó mi mamá desde el cielo para que cuidara de mí, y me quisiera, y lo hace muy bien, así que es sólo mía. Y ahora te voy a dejar y me voy a ir con ella, porque como me he acordado de mi mamá necesito mi abrazo español para sentirme bien.

La abracé todo lo fuerte que pude, besando sus mejillas, su pelo, sus trenzas, y de haber podido habría besado también su corazón, y hasta su alma. ¡Pobre Lilly! Y pobre de mí, ya que, salvo una niña de seis años que equivocadamente pensaba que era un ángel, nadie apreciaba, ni quería, mis abrazos, o todo el amor que podría dar, aunque tal vez ya iba siendo hora de hacerme a la idea de que había cosas que estaban condenadas a no nacer, o a morir dentro mí.

Pero como cada momento tiene su lugar, y cada lugar una certeza, también tenía que darme cuenta de que ése no era ni el momento ni el lugar para la tristeza, con lo que dejé a Lilly en su fiesta con la mayor de las sonrisas adornando mi cara y la esperanza de que en la suya no se notara la mella de su diente.

Acto seguido, Mark nos llevó a Ed y a mí de vuelta al B&B, donde había quedado con Calem para salir a cenar. Nada más verme, me dio un beso enorme y un abrazo gigante que casi me hace salir volando por los aires, como los caballitos de un tiovivo cuando se pone en marcha a más velocidad de la debida, y que consiguieron que recuperara la alegría.

Curiosamente, Alistair llegaba justo en ese instante de su excursión en solitario, ya que, al haber llegado Ed tan temprano, no había podido

acompañarlo. Enseguida noté que no estaba de muy buen humor, si bien lo achaqué a alguno de los mensajes que de vez en cuando recibía en su móvil y que, aunque él nunca lo había confirmado, yo sospechaba que eran de su exnovia, esa que le daba más penas que glorias a tenor de los berrinches existenciales que le provocaba, pero de la que no sabía cómo deshacerse..., o tal vez no quería.

De cualquier manera, y a pesar de su gesto torcido, le presenté tanto a Sheeran como a Calem, y también a William, que a última hora había decidido apuntarse, y lo invité a cenar con nosotros, cena a la que también acudirían Clara, Victoria y Bernie. Deduje que se sumaría sin dudarlo, ya que no todos los días se puede compartir mesa, mantel y experiencias con un cantante mundialmente conocido y un escritor famoso, que ya era aclamado por la crítica como una de las grandes promesas de la literatura británica, y más siendo él un fotógrafo de renombre —una especie de Mario Testino de los paisajes— que trabajaba para una afamada revista de prestigio universal. Sin embargo, rechazó la oferta sin ningún resquicio de duda, alegando como excusa que estaba muy cansado.

Fuera verdad o no, lo cierto era que su cara más parecía mostrar que se sentía derrotado, lo que a su vez implicaba una nueva derrota para mí, que tenía lugar incluso antes de que se hubiera producido ningún encuentro, o desencuentro, entre nosotros. Lo único que me consolaba era que, al menos en esta ocasión, no había hecho el ridículo aireando mis sentimientos, tal y como pensaba hacer, para indicarle que la luz roja de mi semáforo de afectos estaba a punto de cambiar a ámbar, cuando no a verde.

Parecía evidente que, una vez más, había malinterpretado las señales, las conversaciones, las palabras, los gestos, las miradas... En su mente, y en su vida, sólo había espacio para su novia, lo que me dejaba con un deshonesto premio de consolación, convertida, sin quererlo o pretenderlo, en el consuelo o el desahogo de Alistair. Así las cosas, a mis sentimientos se les habían quitado, de repente, las ganas de conocer mundo. Por tanto, habría que anular el viaje de salida, deshacer las maletas y volver a guardar las emociones en los cajones.

Quiso la mala suerte que, tan distraída como estaba pensando en Alistair y

en su novia, no viera un escalón al entrar al restaurante, con lo que acabé con mis huesos en el suelo, alguno de los cuales parecía haberse salido de su lugar habitual.

Calem, William y Ed me llevaron corriendo al hospital, donde, tras pasar varias horas en la sala de espera sin saber de mí, abordaron al médico que me había reconocido nada más llegar.

—Lo siento mucho, pero no puedo facilitarles ningún tipo de información sobre el estado de la paciente al no ser ustedes familia.

Ante esa tesitura, la mente de Calem discurrió veloz, de manera que, rápidamente, dio con un modo.

—Soy su prometido —aseguró con firmeza y convencimiento, mientras William y Ed lo miraban con cara de que, ya que estábamos en un centro médico, quizá no le viniera mal que alguien de la planta de Psiquiatría le echara un repasito.

—Pero si es la chica de YouTube —aseguró el médico, que, graciosamente, había resultado ser uno de nuestros seguidores— y ayer mismo dijo que no estaba con nadie...

—Nos hemos prometido esta mañana —se lanzó imparable Calem.

—¡Si no lleva ningún anillo de compromiso! —protestó el facultativo.

—Lo ha perdido hace un rato y por eso se ha caído, intentando buscarlo.

Para cada pregunta, Calem tenía una buena respuesta, ágil y aparentemente sincera, incluso cuando el profesional sanitario lo interrogó acerca de los colegas que lo acompañaban.

—Y ¿este joven qué tiene que ver con ella? —quiso saber el médico señalando a Ed.

—Es mi hermano —contestó Calem sin titubear—. ¿Ve el parecido? Los dos somos pelirrojos.

—Pero si es Ed Sheeran, el cantante... —amagó con protestar.

—¿Eres ese Ed Sheeran? —se dirigió Calem a Ed con asombro y extrañeza—. ¡Pues sí que hemos perdido el contacto en los últimos años! ¡A ver si ahora en la sala de espera nos ponemos al día!

—Y tú eres el escritor, Calem Montague... ¡Es imposible que seáis hermanos!

—Nos adoptaron de muy mayores y decidimos quedarnos con nuestros respectivos apellidos.

—¿Y ése? —inquirió apuntando a William.

—El primo tonto, el que hay en todas las familias.

El ataque de risa que les dio tanto a William como a Ed no impidió la constatación de otro hecho por parte del doctor.

—Esa chica tiene una madre, que también lo sé por YouTube, que es a quien yo debería informar.

Y esta vez fueron los tres, los dos hermanos pelirrojos y el primo tonto, los que afirmaron a la vez:

—¡Su madre es rara, muy rara!

En esta ocasión fue al médico al que le dio el ataque de risa, tras el cual cedió, facilitándoles la información, que no era otra más que me había roto el hueso de la muñeca derecha —¡menos mal que era zurda!— y que, al no tratarse de una fractura limpia, debían operarme, cosa que iba a ocurrir en los próximos minutos. Afortunadamente, y a pesar de lo alarmante que parecía la situación, el facultativo les aseguró que esa misma noche podría marcharme a casa, y sólo volver al hospital para pasar las revisiones.

Cuando llega+Y es que a veces un momento perfecto convierte el mundo en un lugar maravilloso para vivir, tan hermoso que no querría vivir en otro mundo que no fuera éste.

\* \* \*

Casualidades de la vida, ésa era la misma sensación que experimentaba Joaquín minutos antes de que Amanda llegara al restaurante. Sentía tanto amor que podría haberlo regalado, y hasta haberlo utilizado como ingrediente para cocinar para todos los allí presentes, e incluso preparar el menú del día con él. En su interior notaba cómo su corazón había dejado de ser tal, convirtiéndose en un sol que le quemaba las entrañas e irradiaba su fuego al exterior, calentando y germinando todo lo que pillara a su paso.

Amanda, sin embargo, no estaba bajo el influjo de esa estrella, sino de un astro llamado luna, que tenía una cara oscura. Por tanto, no le tembló la voz



cuando, nada más sentarse junto a Joaquín, le advirtió que tenían que hablar.

Él, por su parte, no se inmutó, consciente de que la vida la ganan los que tienen carácter, pero sobre todo resistencia. Tan sólo tendría que modificar ligeramente su estrategia, de manera que, en lugar de acometer directamente el punto final que tenía previsto, daría un rodeo.

—Creo que deberíamos replantearnos nuestra relación —comenzó ella en cuanto sus ojos se cruzaron.

—¿Con qué fin? —le preguntó Joaquín pausadamente.

—Quizá debemos poner un poco de distancia...

—¿Para dejar que el miedo ocupe ese espacio? —la interrumpió.

Joaquín no precisaba de ningún espacio, ya fuera físico o temporal, en forma de años, meses o semanas para darse cuenta de que no quería ver su vida convertida en un puñado de lunes: necesitaba que sus días estuvieran repletos de viernes y, sobre todo, de fines de semana... con Amanda.

Ahuyentando, pues, de su cabeza la idea de una solitaria vida futura llena de buenos recuerdos pasados, que son los más dolorosos, se esforzó por encontrar algún argumento con el que combatir su decisión, si bien Amanda se le anticipó.

—No es miedo. Se trata únicamente de dar un pequeño paso atrás para tener un poco de perspectiva.

—¿La suficiente para coger carrerilla y salir huyendo? ¿De mí?

En una cosa sí tenía razón Joaquín, y era en que Amanda quería huir, aunque no de él, sino de un recuerdo, el del dolor, el que sintió durante años y que ocupó todos sus días, con sus correspondientes noches, y del que ella pensaba que la había incapacitado para llevar una vida normal, sentimentalmente normal.

—En absoluto —le rebatió Amanda—. Sólo necesito aclarar mis ideas.

—Y yo no te creo —contraatacó Joaquín—. ¿Sabes por qué? Porque te conozco mucho mejor de lo que imaginas. Sólo con mirarte sé que no me estás diciendo la verdad. Conozco tus miradas; incluso las tengo catalogadas: la número uno, cuando dices la verdad y tu mirada es firme y tu sonrisa clara; la número dos, cuando finges que la dices y desvías los ojos hacia un punto indeterminado que siempre se sitúa a tu izquierda; la número tres, cuando

quieres decir la verdad pero no te atreves y tu mirada se vuelve huidiza y esquiva...

Y Joaquín siguió hablando, describiendo no sólo sus miradas, sino a ella misma, desvistiéndola de todo afeitado o artificio.

Amanda, cuyos ojos comenzaron a moverse desde un punto indeterminado situado a su izquierda hasta volverse huidizos y esquivos, empezó a temer que su firmeza se reblandeciera como lo hace la mantequilla a punto de ser batida.

Joaquín lo leyó en ellos y supo que el momento había llegado. En consecuencia, con un gesto rápido le indicó al encargado que empezara a servir la comida, quien procedió a traer el primer plato, el segundo y, tras el postre, el café.

—Os traigo un surtido para que probéis diferentes tipos y me digáis qué os parecen, para saber si merece la pena incluirlos en el menú —aseguró éste.

Efectivamente, en la bandeja que portaba se ubicaban seis tazas. Humeantes como estaban, tuvieron que transcurrir unos cuantos minutos hasta que pudieron dar los primeros sorbos. Fue Joaquín quien comenzó a beber y, a continuación, pasó las tazas a Amanda para que acabara el contenido y diera su opinión. Pero lo que ésta comprobó al vaciarlas no fue su sabor, sino que en el fondo de cada una de ellas aparecía escrita una frase, o una palabra cuando menos, todas las cuales juntas conformaban el siguiente mensaje: «Cásate conmigo, hoy, mañana, pasado, todos los días, siempre».

Amanda no respondió. No dijo que sí, ni tampoco que no. Sólo lo miró con unos ojos en los que se podía leer un número uno.

*Clara, Marina, la quinta visita y un  
baile sexi*

Nuestras vacaciones en Escocia se acababan, y Clara se desesperaba porque Gerard Butler no daba señales de vida. Ya sólo quedaban un par de días para que el mes de septiembre desapareciera del calendario y Clara volvía un día antes que yo, con lo que el plazo se agotaba. A Butler, por tanto, sólo le quedaban veinticuatro horas para personarse, o al menos para decir esta boca es mía. O sea, que o venía al día siguiente o no venía.

De cualquier forma, y aunque finalmente no se presentara, no íbamos a dejar que ese hecho empañara nuestro fin de fiesta, por lo que habíamos previsto celebrar una cena de despedida en nuestro *bed and breakfast* la noche anterior a la partida de Clara. Asimismo, la madrugada anterior a esa cena nos habíamos despedido también de nuestro banco, el BMSEEA, el Banco para Mujeres Solitarias y en Espera de Estar Alcoholizadas, con unos cuantos brindis y promesas de regresar en el futuro. Y no era algo que yo descartara. Escocia me atrapaba, pero no sólo como un destino para fines de semana muy esporádicos o algún puente largo.

En los últimos días había fantaseado con la posibilidad de mudarme allí, siendo Lilly la razón fundamental, ya que me iba a costar mucho separarme de ella, y sabía que para la niña también sería un mal trago separarse de mí. De hecho, la tarde anterior me había despedido oficialmente, ya que los dos días

posteriores los iba a pasar en una granja-escuela junto con el resto de su clase. Por tanto, era la última oportunidad que tenía de verla antes de partir hacia Madrid.

Desde el principio Lilly sabía que mi viaje tendría un final, pero aun así creí que al recordárselo se le atropellarían las lágrimas. Sin embargo, lo único que me preguntó, con los ojos llenos de esperanza, fue:

—¿Volverás?

—¡Claro! —le contesté convencida—, pero nunca olvides que la gente a la que quieres y que te quiere no se marcha jamás.

En mis palabras había un doble sentido. Mi intención era reconfortarla, pero no sólo por la desazón que pudiera causarle mi ausencia, sino también la de sus padres, aunque debido a su corta edad sospeché que tal vez no captaría la profundidad de mi intención. Me equivocaba.

Así, sólo tardó un segundo en tenderme los brazos, asegurando:

—Mi mamá quiere también un abrazo español.

Con su respuesta fueron mis ojos los que se llenaron de lágrimas.

Sí. En Escocia estaba una vez más la solución, mi solución. Si me trasladaba a vivir a Edimburgo, donde The Living Home tenía una sede, todo sería infinitamente más sencillo. Tendría a Calem cerca, podría ir a Skye prácticamente todos los fines de semana para estar con Lilly y, de paso, ver a Victoria.

Las cuentas me cuadraban, y la boca se me hacía agua, porque algo en mi interior me decía que en Escocia estaba mi casa.

Con esa idea me dormí aquella noche, y también me desperté por la mañana, y seguí dándole vueltas cuando Alistair y yo salimos hacia nuestra penúltima excursión juntos, en mi penúltimo día en Escocia.

Apenas nos habíamos alejado de la pensión cuando vimos que un coche se dirigía rápido hacia nosotros, dándonos ráfagas. Alistair se orilló y amagó con bajarse para averiguar lo que sucedía, si bien antes de que hubiera puesto un pie en el suelo, el conductor del otro vehículo ya nos había alcanzado.

—¿Adónde te crees que vas? —me preguntó—. A mí me has prometido un baile flamenco y no pienso moverme de aquí hasta que lo vea.

¡Finalmente Clara lo había conseguido! ¡Gerard Butler estaba delante de

mí! ¡Gerard Butler! El actor que había puesto la primera sonrisa en mi boca tras el tornado Alejo, ese que había desmantelado mi vida, el actor cuyas películas me habían ayudado a remontar y a planear mi estrategia escocesa como método para darle un giro radical a mi vida, ¡me estaba mirando sin una pantalla de televisión de por medio!, ¡con sus propios ojos, directamente, a mí, a Marina Mirizarry!

Estaba tan sorprendida, tan impresionada, tan nerviosa, que no sé muy bien lo que hice, aunque creo recordar que le di un abrazo, o tal vez le planté esos dos besos tan ridículos que damos los españoles, rozando mejilla contra mejilla, o quizá le tendí la mano para que me la estrechara, o probablemente me quedé plantificada delante de él, cual pasmarote, patitiesa y ojiplática, además de sorda y muda, cualquier cosa menos ciega, porque lo único que se me quedó verdaderamente grabado fue la primera e impactante impresión que me causó, ya que era mucho más guapo que en sus películas, un hombre tremendamente interesante, enormemente atractivo, con una mirada muy seductora y una sonrisa profundamente cautivadora.

Además, no se trataba sólo de que fuera guapo —que lo era, en grado sumo—, sino también apuesto, con un encanto que hacía imposible no sentirse fascinada por él, producto de una mezcla de suavidad, delicadeza y fuerza. Y muy muy elegante, vestido con un jersey de cuello alto muy fino, azul oscuro, unos vaqueros del mismo color y una cazadora de cuero en color tostado. ¡Para caerse de espaldas!

Desconozco el tiempo que pasó hasta que conseguí recuperar algún control sobre mi raciocinio, cerrar la boca —que colgaba en caída libre hacia la barbilla a causa de la estupefacción— y volver a abrirla con el fin de articular alguna palabra, o algún sonido, aunque fuera producto de la tartamudez, la cacofonía o la onomatopeya, pese a que lo que finalmente me acabó sacando del pasmo fue la voz de Gerard, que reclamaba nuevamente su ración de flamenco.

Con el fin de saldar esa deuda volvimos al B&B, ya con la compañía de la visita sorpresa. Cuando Clara lo vio, la lengua se le trabó y se le saltaron las lágrimas, por no hablar de Victoria, que se volvió tartaja. No obstante, a pesar de todas las disfunciones físicas que la presencia de Butler nos había

producido en nuestros cuerpos, las tres nos pusimos a ello —hasta yo, con mi muñeca rota—, aunque con más risas que arte, destacando que la que más arte le ponía era Victoria, que había que ver el partido que le había sacado a las clases de Joaquín Cortés. Y, para mayor asombro y desconcierto del sector hispano, la alumna aventajada dio con un maestro, porque ¡había que joderse lo bien que bailaba Gerard Butler flamenco! Dos escoceses de pura cepa reconvertidos en gitanos, que había que joderse también con eso.

De haberse tratado de una competición, Escocia le habría metido a España dos goles a cero, pero de esos humillantes, de los que no ves entrar por la portería, y encima jugando en casa. Es más, cuando mejor bailé yo fue cuando Gerard me sacó, lo que a su vez significó otro motivo de humillación, aunque en esta ocasión proveniente de Clara.

—Y ¿cuándo dejamos el flamenco español y pasamos a las gaitas escocesas?

A Gerard le dio un ataque de risa, pero a mí casi me lo provocó al corazón, de la vergüenza.

—¡Como no te calles no vas a tener campo para correr! —la amenacé tras ponerme tan roja como la lava en ebullición.

—No, si no voy a ser yo la que se va a correr... —afirmó, finalizando la frase con una carcajada.

Le dirigí una mirada fulminante, a la vez que buscaba una manera de disculparme ante Gerard.

—¿Puedo invitarte a un café, o a lo que te apetezca? Así, mientras tanto, yo me bebo una botella de whisky, o varias; en primer lugar, para reponerme de la impresión de conocerte y, en segundo, para darle a Clara en la cabeza con las que se vayan quedando vacías, para hacerle pagar por el mal trago que me ha hecho pasar.

—Tranquila, que me lo estoy pasando muy bien —aseguró él encantador—. Y si hay que beber, se bebe, y si se bebe, se brinda, porque... ¿cómo era ese brindis tuyo? Algo sobre unas lágrimas y un tubo que me pareció muy divertido.

—¿Sólo las lágrimas que te quepan en un tubo y después a tomar por el culo?

—¡Ése! Y que sepáis que no me voy a marchar de aquí sin que me contéis lo que os han hecho esos dos tíos —nos amenazó a ambas con una sonrisa.

—¡No te va a costar mucho que lo hagamos! —le confesé—. El novio de Clara le dijo que necesitaba espacio y se fue a vivir con otra a un dúplex, y el mío era el hombre perfecto, tan perfecto que lo mismo pensó la vecina.

Tras soltar una carcajada aseguró sin querer hacer leña del árbol caído:

—En ese caso, seguro que estáis mejor sin esos dos.

—Si hubieran sido sólo esos dos... —afirmó Clara en un arrebato de sinceridad.

Durante un segundo dudé, a pesar de que luego me lancé pensando que a Gerard podría hacerle gracia:

—«Para tu información fueron más de uno, más bien fue un pelotón, chicos posesivos, chicos muy infieles, chicos depresivos, chicos narcisistas, falsos, liantes, chicos que en realidad no me querían. Cuando cumplí los treinta comprendí que no hace falta tener tantos fracasos de pareja para darse cuenta de que no existe ninguna buena.» ¿Te suena esa frase, reconvertida al masculino, que resume perfectamente nuestra penosa existencia sentimental? —le pregunté a Butler con verdadero interés, ya que acababa de recitarle, de memoria, uno de los diálogos de la película *La cruda realidad*, en la que el protagonista masculino, interpretado por él mismo, confiesa los motivos por los que ha abandonado la idea de mantener una relación.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó sorprendido—. ¡Te lo sabes de pe a pa!

—La memoria del absurdo —le reconocí, encogiéndome de hombros.

—¡Pues tienes madera, y memoria, de actriz! Si algún día te falla tu trabajo, ya sabes cuál es tu segunda opción. Y ¿cómo es que acabasteis aquí? —quiso saber a continuación.

—Soy una exiliada climática —afirmé.

—¡Y yo soy el sol que la persigue! —se desternilló Clara.

—¡Pero si todos los británicos emigran a España justo por eso! —aseguró él.

—Los ingleses tienen mucha moral, porque aguantar los cuarenta y cinco grados a la sombra en julio y agosto tiene su aquél —manifesté con

conocimiento de causa.

—Y ¿por qué Escocia? —insistió.

—Vine por una cuestión de trabajo hace poco más de un año y me enamoré del país, así que este año decidí pasar mi mes de vacaciones recorriendo paisajes durante el día y viendo películas de amor por las noches, que es algo que a las mujeres nos encanta, aunque sea para comprobar que, en la ficción, la vida tiene una cara amable.

—Me parece un plan ideal: cine y senderismo. Y como buen escocés no puedo estar más de acuerdo en que el lugar es el perfecto.

—Es el sitio que más me gusta del mundo, pese a que el paraíso también lo identifico con un armario lleno de bolsos —comenté con una sonrisa, mucho más pequeña que la que él me devolvió.

—Y ¿sólo películas o también te gusta leer? —me preguntó acto seguido con curiosidad.

—Las dos cosas, pero ¿sabes lo que tiene el cine que no tienen los libros? —respondí formulándole otra cuestión.

—¿Imágenes? —contestó con un amago de duda al no alcanzar a comprender a qué se debía un planteamiento con, en principio, una resolución tan evidente.

—Correcto en lo obvio —reconocí—, pero equivocado en el concepto. Lo que los diferencia es la música, que es lo que más me gusta del mundo y es lo que hace, al fin y a la postre, que las imágenes te conmuevan.

Yo estaba firmemente convencida de que con las palabras puedes recrear las imágenes, pero la música no puedes sustituirla, o resulta muy difícil. Tal vez en los buenos libros, en los que las palabras fluyen con ritmo, con cadencia, en los que cada punto, cada coma, cada adverbio ocupan un lugar preciso en la oración para que las frases se tornen ágiles, veloces, recorriendo tu imaginación sin dar tregua, evitando que la lectura se interrumpa ni ante nada ni ante nadie, pero eso no era tan fácil de conseguir.

—Yo creo que esa capacidad de ensoñación, de ponerte en situación, que te produce la música no lo consigue nada más —proseguí con mi razonamiento.

Mientras lo exponía, recordé uno de los episodios más memorables de mi



vida, que tuvo lugar cuando apenas tenía diecisiete años y estaba de vacaciones en París, adonde había ido a pasar una semana junto a un grupo de amigas, Clara incluida.

Ante mi cara de satisfacción, Gerard me advirtió:

—Estés pensando lo que estés pensando, tienes que contármelo. Y te aseguro que no me vas a dar la callada por respuesta.

Yo me resistía, o no me atrevía, negándome durante un buen rato, porque, aunque no había nada explícitamente sexual en lo sucedido, sí tenía muchos tintes erótico-festivos, y no me parecía ni el momento, ni el lugar, ni él la persona, para contarlo. Además, no quería que malinterpretara mi visión de las relaciones, o del sexo propiamente dicho, que para mí era un estado emocional más que una situación física..., salvo esa vez en París, que fue tremendamente físico, aunque al fin y a la postre no pasara nada de nada. Y fue este último hecho el que, finalmente, hizo que me decidiera a contárselo, eso y que Clara me animara.

—No voy a preguntarte si has tenido alguna novia francesa porque no es asunto mío, pero si la respuesta es negativa deberías planteártelo, aunque sólo sea para poner en práctica lo que voy a contarte —aseguré a modo de introducción—. El chico con el que pasó me juró que jamás lo olvidaría, y te aseguro que aún sigo recordándolo como la cosa más sensual que me ha pasado en la vida, y ya han transcurrido casi quince años desde entonces.

—Y ¿a qué estás esperando? —me animó.

—¡Allá voy! —intenté animarme yo—. La última noche de nuestra estancia en París fuimos a tomar una copa a un sitio con música en directo, donde, además, se podía bailar. Cuando ya estábamos a punto de marcharnos, porque eran las tres de la madrugada y nuestro vuelo salía a las siete de la mañana, vi que un chico se dirigía hacia mí atravesando la pista de baile, el típico francés, latino, bien parecido y muy seguro de sí mismo.

—Y ¿qué hizo?

—Me preguntó si quería bailar, a lo que le respondí, muy educadamente, que no, aunque enseguida vi que no estaba dispuesto a aceptar la negativa.

—Y ¿qué te hizo cambiar de opinión?, porque supongo que cambiaste de opinión, ¿no?

—La forma en que me lo planteó.

—¿Cuál fue?

—Preguntarme si hablaba francés, a lo que le respondí que no, salvo las palabras típicas, como *merci*, etcétera. Y ya eso picó mi curiosidad, al asegurarme que en caso de saber el idioma no bailarías conmigo, pero me intrigó mucho más lo que vino a continuación.

—¿A que no te vas a hacer de rogar para contármelo? —me insinuó.

—Por supuesto que no —le respondí sonriente—. Y aquí va la historia. El chico me apuntó su número de teléfono en un papel y me lo guardó en el bolso, tras lo que aseguró: «No sé si me llamarás mañana, pero lo que sí sé es que si bailas conmigo esta noche no me olvidarás jamás». Y, a continuación, pasó a explicarme en qué iba a consistir el baile.

—Y ¿qué era lo que tenía de especial?

—Se trataba de una canción lenta, con la letra en francés, y yo simplemente tenía que cerrar los ojos y dejarme llevar. De antemano me advirtió que se iba a portar como un caballero, jurándome que no se propararía en ningún momento y que, como mucho, rozaría mi piel, ligeramente en sitios decentes, sólo con los dedos.

—Supongo que aceptaste...

—Estuve tentada de decir que no; sin embargo, luego pensé que, salvo cuatro minutos de mi tiempo, poco más tenía que perder. Al fin y al cabo, estaba en un lugar público, y rodeada por mis amigas, con lo que nada malo podía sucederme. Pero había una cosa que me intrigaba.

—¿Qué era?

—La relación que tenía el baile con el hecho de que fuera necesario que no supiera hablar francés.

—¿Qué te dijo?

—Que para averiguarlo no me quedaba más remedio que bailar con él. Dicho eso, me tendió su mano, que acepté, y empezamos a dar vueltas por la pista.

—Y ¿cómo resultó?

—Tal como habíamos acordado, cerré los ojos, él puso sus brazos alrededor de mi cintura y pegó su cara a la mía, de manera que, cuando la

canción empezó a sonar, comenzó a susurrarme no todas, sino sólo algunas de las palabras que componían la letra, a la vez que movía, muy suave y sutilmente, sus manos por mi espalda.

Lo recordaba como si fuera ayer. Nuestros cuerpos moviéndose al unísono, aunque el mío a cada segundo que pasaba perdía su voluntad, abandonándose a la suya, que era toda sensualidad. Mis músculos se relajaron y mis pensamientos comenzaron a flotar dentro de mi cerebro, experimentando una sensación parecida a cuando te dan un masaje y poco a poco tu mente abandona tu cuerpo para desconectarse del mundo y trascender.

En ese proceso, cada palabra que musitaba desadormecía no sólo mi oído, sino el resto de mis sentidos, mientras que el tacto de sus manos sobre mi piel se asemejaba al del roce de una pluma, que insinúa más que muestra lo que sería capaz de hacer sentir.

Mi mente se electrizaba por segundos, al igual que mi cuerpo, enervándome, enardecíendome, avivándome..., demostrando que el deseo habita en el cerebro de quien lo percibe, ya que, salvo mi espalda, únicamente rozó mis brazos, mis manos y mi rostro, apenas con las yemas de los dedos. Pese a ello, yo ardía en ganas de que avanzara, me moría porque acometiera, me acometiera, en otras demarcaciones...

—Todo lo que te diga es poco —proseguí—, porque no se trató únicamente de una experiencia extrasensorial, ¡fue una experiencia extracorpórea! ¡Totalmente increíble! De no haber sido porque regresábamos a España al cabo de unas pocas horas, te juro que lo habría llamado, pero no al día siguiente, sino dos minutos después, o no le habría dejado marchar de allí, que es algo que jamás he hecho en mi vida.

—Me dejas impresionado... —reconoció Gerard.

—Si alguna vez conoces a una francesa, dame un toque para que la instruya y alucinarás —le prometí con una sonrisa de picardía.

Butler me devolvió la sonrisa, pero con cara de estar pensando alguna maldad, cuyo desarrollo le llevó únicamente unos segundos, los que tardó en hacerme una proposición.

—Y ¿qué más da el idioma? Tú eres española, y yo no tengo ni idea de español.

Negué con la cabeza, horrorizada y compulsivamente, esgrimiendo la primera excusa que se me pasó por la cabeza.

—Imposible. Con el castellano no funcionaría, porque no es tan sensual como el francés.

—Pues a mí me lo parece. Además, estás en deuda conmigo —me miró amenazante—, porque el bailecito flamenco ese que te has marcado al principio no era nada sexi, que fue lo que me prometisteis desde un principio tanto Clara como tú, de manera que me debes uno en condiciones.

—De verdad que yo no sirvo para eso —me negué en redondo—. Soy la persona menos sexi que existe sobre la faz de la Tierra. De hecho, nunca lo he hecho, para nadie.

—Ni yo había recorrido más de ocho mil kilómetros para conocer a una española en apuros sentimentales... ¡Me da que tienes una deuda que saldar! —aseguró triunfalista.

Lo miré directamente a los ojos durante unos instantes, tiempo en el que él sostuvo mi mirada desafiante, hasta que finalmente accedí.

—De acuerdo. No sé lo que va a salir de ahí, pero al menos nos echaremos unas risas.

—¡Buen punto de vista! —me reconoció.

—Pero tengo cuatro condiciones: no vamos a bailar una canción lenta; ni por asomo te voy a rozar, ni con un dedo ni con ninguno; cuando acabemos no te traduciré la letra, y vas a pensar que la persona que ha bailado para ti no he sido yo; es decir, que al igual que tú eres actor, yo seré actriz durante los tres o cuatro minutos que dure la canción. ¿Trato?

—¡De acuerdo en todo! —se avino.

Busqué en mi móvil la canción en la que había pensado, que era una del grupo Revólver, *El roce de tu piel*, una de mis favoritas de todos los tiempos, ya que, a pesar de ser una canción de amor, tenía un ritmo trepidante que generaba ebullición y efervescencia, capaz de levantar cualquier espíritu y de poner a tono cualquier ánimo.

En cuanto sonaron los primeros acordes, puse una de sus manos en mi cintura, mi mano rota sobre su hombro y, con las otras dos enlazadas, comenzamos a bailar.

Desde el principio marcamos bien el ritmo y el paso, acompasados y coordinados, incluso dando algunas vueltas bajo su brazo. Por lo que a mí se refería, hice todos los esfuerzos posibles para aplicar los conocimientos que había adquirido en mis clases de flamenco a un baile con un ritmo más genéricamente latino y, aunque esté mal decirlo, creo que hice gala de un buen balanceo y una buena oscilación de toda la zona —digamos asépticamente— pélvica.

Cuando la letra empezó a sonar, coloqué su otra mano sobre mi cintura con el fin de aproximarme un poco más a él para poder susurrarle algunas de las palabras que aparecían en la canción, básicamente los finales de cada frase.

Para evitar situaciones incómodas, opté por relegar la sensualidad con la que el chico francés musitaba en mi oído y sustituirla por dulzura, o tal vez ternura, en un intento de alejarme de ese deseo casi irrefrenable que aquél provocó en mí.

Por tanto, a medida que las estrofas avanzaban, yo intentaba impregnarlas de ese lado suave que también tienen los anhelos, susurrando palabras tersas, sedosas, esponjosas, sutiles, delicadas...

Cuatro minutos después, palabra aquí, palabra allá, requiebro aquí, requiebro allá, la música acabó. En consecuencia, retiré las manos de Gerard de mi cintura, suavemente le indiqué que ya podía abrir los ojos y volvimos a sentarnos en el salón del Portree Bayview.

—¿Qué ha pasado ahí y quién eres tú?! —fue lo primero que alcanzó a decir él.

En ese momento no le respondí, aunque me eché a reír, si bien finalmente reconocí:

—¿Y no has tenido ni la mitad de lo que tuve yo! ¡Puedo asegurarte que fui mucho más afortunada que tú!

—¿No es que no vaya a olvidarlo nunca, es que no voy a poder pensar en otra cosa de aquí en mucho tiempo! ¿Cómo se puede conseguir tanto con tan poca cosa?! Una canción, unas pocas palabras en español...

La clave radicaba, además de en lo evidente, en el hecho de estar recibiendo mensajes incomprensibles, aunque suponiéndolos tremendamente sugerentes, lo que liberaba y desinhibía la imaginación, que volaba libre por

el cerebro en espera de alcanzar en breve el estado de felicidad corporal total.

—¿Te he dicho o no te he dicho que aquel chico era un genio? —le recordé.

—Yo la única duda que tengo es quién era ese tío.

—No me acuerdo de su nombre, ni de su cara, únicamente del baile —le expliqué.

—No me refiero al francés. Hablo del que te dejó escapar y te empujó hasta aquí. Debía de ser corto, ¿no?

—No te creas, era largo, en todos los sentidos, y muy listo..., y mi vecina, y segunda mejor amiga, también.

—¡Uf..., la cosa mejora! —se compadeció—. Y ¿cómo era esa tía? —preguntó despectivamente.

Salvo encogerme de hombros, no pude dar con ninguna respuesta correcta, hasta que la más cierta adoptó la forma de un lacónico:

—Mejor que yo.

—Y ¿aún lo quieres? —me soltó directo, sin tapujos.

—¡Espero que no!

No dijo nada, pero me miró fijamente, tal vez valorando, o apreciando, la sinceridad de mis palabras.

Yo me sentía terriblemente extraña con esos ojos —que a ratos eran verdes agrisados y a ratos grises verdosos, aunque con vetas azules— clavados en los míos, anclados en una cara que conocía y reconocía perfectamente, tanto como la de un amigo íntimo, pero a la que no estaba habituada a ver sin píxeles de por medio. Aun así, su mirada y su sonrisa eran las mismas, aunque no su voz. Acostumbrada a escuchar sus películas en castellano, me llamaba mucho la atención oír su voz real, mucho más grave, más fuerte, más áspera, más profunda, y mejor, que la del actor que habitualmente lo doblaba.

Segundos más tarde, fue de nuevo Gerard quién reanudó la conversación.

—Eres rara..., creo que eres la mujer más rara que he conocido...

—Lo sé —afirmé mientras encadenaba una risa tras otra—. Mi madre siempre dice que iba para peculiar..., ¡pero me quedé en rara!

—No me malinterpretes —aclaró—, porque lo digo como un cumplido. Me refiero a que cualquier otra persona en tu situación, y lo digo por

experiencia, me habría interrogado exhaustivamente sobre mi trabajo, o mi vida personal, y tú ni siquiera me has preguntado por qué he venido.

—Me encanta vivir en la ignorancia.

A pesar de que rio mi comentario, su gesto dio a entender que no era suficiente para saciar su curiosidad, por lo que a su vez le pregunté, con cara de súplica:

—¿De verdad quiero saberlo?

—¿Por qué dices eso? —se extrañó.

—Si nos confiesas que tu representante te aconsejó que cruzaras el charco por motivos publicitarios, le partirás el corazón a Clara, que es quien puso toda la carne en el asador para conseguir traerte hasta aquí. Seguro que prefiere pensar que el motivo es que tienes un corazón enorme y que te dio mucha pena. Así será feliz el resto de sus días.

—Nadie quiere que sientan pena por él o por ella —afirmó convencido.

—Si Gerard Butler viene a socorrerla, te aseguro que sí. Clara es de las que piensan que la dignidad está sobrevalorada.

A esas alturas de la conversación, yo llevaba un buen rato a solas con Gerard, y hablando además en nombre de Clara, ya que ella había desaparecido creyendo que entre él y yo se había producido algún tipo de conexión especial, cosa que no era en absoluto cierta.

—Haremos una cosa —prosiguió Butler—. Dejaremos mi respuesta para una segunda conversación.

—¿Para la próxima vez que me rompan el corazón y tenga que recurrir a tus películas? La segunda parte la acepto, porque siempre recurriré a ellas, me hayan roto o no el corazón, pero la primera no. Eso se acabó.

—Pues mucho me temo que mi visita también. Me quedaría encantado con vosotras, pero tengo un compromiso que atender. ¿Me acompañas al coche?

—¡Por supuesto! —exclamé encantada, haciendo gestos en la distancia a Clara y a Victoria para que se unieran a nosotros.

Justo antes de marcharse, nos dio un abrazo a cada una, en los que se notaba que había cariño, en los que se sentía que era buena gente. Por eso, una vez más tuve que reconocer que Clara estaba en lo cierto y que había sido un verdadero e inesperado placer conocer a Gerard Butler.

Y en honor a ese sentimiento, mientras me alejaba de él, le dije algo impropio de mí, pero tan espontáneo como sincero:

—No sé si lo sabes, pero hoy te ha sucedido una cosa que jamás te volverá a pasar en la vida.

—Y ¿qué es? —preguntó con verdadero interés.

—Hoy has hecho feliz a una mujer y la has dejado satisfecha. Cualquier otra mujer a la que hagas feliz en el futuro querrá algo más de ti, porque siempre queremos más, nunca estamos satisfechas; sin embargo, a mí me has dado mucho más de lo que esperaba.

Por último, levanté la mano en señal de despedida, tras lo que vi que él imitaba mi gesto mientras sonreía con afecto.

—Y ahora es él quien quiere algo más de ti —aseguró rotunda Clara.

—Y tú necesitas desesperadamente un psiquiatra porque estás rematadamente loca, más loca que la loca con cara de loca.

Tanto Clara como yo observamos cómo se alejaba con una sensación de pena que nos embargó a ambas por igual, no sólo porque él se fuera, sino porque nuestra estancia en Escocia se acababa, dado que Clara partía a la mañana siguiente.

Nos quedaba, por tanto, una última retransmisión por realizar. Antes de comenzar montamos un vídeo con las imágenes que Bernie había grabado esa misma mañana coincidiendo con la visita de Gerard y las unimos al resto, a las que habíamos rodado junto a Ed Sheeran, Coldplay y James Blunt, asegurando que, además de haber redimido a los hombres con su presencia, nos habían devuelto la confianza en ellos.

A continuación, incluimos agradecimientos a todos los famosos que se habían tomado la molestia de contactar con nosotras, así como a la gente anónima, esa gente corriente que nos había acompañado durante un mes de nuestra vida haciéndola mejor, y también diferente.

Como complemento añadimos imágenes de nuestros pinitos con el flamenco, de nuestros paseos por Portree bailando con la gente del pueblo, celebrando el amor, celebrando la risa... y, como colofón, el anuncio de que nuestra experiencia llegaba a su fin, ya que lo que bien había empezado bien tenía que acabar, puesto que tanto nuestros famosos como nosotras debíamos



volver a la normalidad.

Para festejarlo, nosotros cuatro, Victoria, Clara, Bernie y yo misma nos pusimos delante del objetivo, sujetando igual número de vasos de whisky en nuestras manos con el fin de hacer un último brindis, un saludo que resumía nuestro ánimo, nuestra esperanza y nuestra alegría:

—¡Por la vida, el amor y la buena gente! ¡Y abajo las telarañas!

Tras apagar la cámara por última vez, nos dispusimos a preparar la cena, nuestra última cena juntos, en una velada que resultó ser la canción desesperada del libro de Neruda, aquella que no leí en su momento y que me había jurado no leer.

*Marina, Victoria, Clara, Alistair y su  
novia*

«¡Hay que joderse!»

Ése fue mi primer pensamiento cuando Victoria me pidió que hiciera una paella para la cena de despedida. ¡Un mes entero viendo los programas de Jamie Oliver para empapar me bien de la cultura gastronómica inglesa y acabo preparando una paella! ¡¿Había ido a Escocia a bailar flamenco y a cocinar arroz español?!

En un intento de marcar alguna diferencia, pensé en investigar si Oliver tenía una línea de atención al cliente, de esas que funcionan las veinticuatro horas del día, para que me informaran sobre alguna receta multicultural, o de hermanamiento hispano-británico basado en nuestro plato típico por excelencia, pero las collejas que recibí por parte de todos los allí presentes me hicieron descartar la idea.

La única solución que me quedó fue, por tanto, ceñirme a los ingredientes básicos y a su forma tradicional de combinarlos, aunque, eso sí, cocinados por una chef ataviada con las mejores galas que pude encontrar en mi maleta. Y el motivo se debía a que Victoria nos había sugerido que, por tratarse del último día, y con el fin de tomar unas cuantas fotos bonitas para el recuerdo, nos acicaláramos para la ocasión.

La idea me pareció fantástica desde el principio, ya que, tras un mes

completo en el que el maquillaje y la ropa elegante habían brillado por su ausencia, luciendo día tras día jerséis amplios, vaqueros gastados y botas de senderismo, quizá había llegado la hora de que la otra Marina, la que disfrutaba con un buen vestido y una buena barra de labios —y más feliz que un tonto con un regaliz—, volviera a ver a la luz.

Además, me apetecía ponerme guapa para Alistair: quería que me viera de otra manera, no sabía si mejor ante sus ojos, pero sí al menos ante los míos.

Pensando en él me esmeré especialmente al arreglarme el pelo, dejándomelo tan recto como tras un alisado japonés; en segundo lugar, me pinté con tiento, discreta, aunque perceptible, y finalmente elegí mi ropa con cuidado, para no parecer forzada pero sí acertada y, por encima de todo, que me hiciera sentir bien. En esa línea, tras sopesar varias alternativas, en última instancia me decanté por un vestido de punto negro, de cuello alto, aunque sin mangas, muy ajustado, que resaltaba todo lo que yo pensaba que debía resaltar para provocar alguna reacción, o tal vez emoción, en Alistair, hasta que bajé la escalera... y la impresión me la llevé yo.

«¡Hay que joderse con esto también!»

Ése fue mi segundo pensamiento condenatorio del día al comprobar que Alistair estaba en el salón con su novia, a la sazón Elizabeth, ambos tiernamente abrazados por la cintura, mientras la presentaba entusiasmado a todos los allí reunidos. Pero lo peor de esa imprevista aparición fue que el espectáculo no había hecho sino más que comenzar, dado que los abrazos dieron paso a los besos, y los besos los condujeron en cuestión de pocos minutos hasta la habitación, de donde salían no ruidos, sino estruendos, o detonaciones, que a veces eran explosiones que se asemejaban a las de los fuegos artificiales. «¡Qué fogosos deben de ser los escoceses!...», y escozor fue lo que me produjo esa idea cuando cobró forma en mi mente en plenitud de sus dimensiones.

Así, tan doloroso fue asumir el hecho en sí como clarificador, al obtener la confirmación expresa de que no podría haber estado más errada todas y cada una de las veces que pensé que Alistair tenía algún interés en mí. Además, por lo poco que pude ver de su novia antes de que ambos se lanzaran a la algarabía y al alboroto, no había ninguna batalla que yo pudiera ganar.

Elizabeth era, en todo, mucho más que yo: mucho más alta, mucho más guapa, mucho más atractiva, mucho más interesante... Sus ojos eran obscenamente azules, su pelo endiabladamente rubio, su sonrisa la personificación de la sensualidad, y su cuerpo la encarnación de la voluptuosidad. Es decir, el sueño de cualquier hombre hecho realidad.

Después de esa fatal constatación, miré mi rostro en el espejo del salón intentando encontrar un adjetivo equivalente en mí para cada uno de esos atributos, con un aciago resultado: mi pelo, anodino; mis ojos, ni chicha ni limoná; mi sonrisa, insípida (cuando existía, porque en los últimos treinta minutos se había borrado de la faz de la Tierra).

Acto seguido dirigí los ojos hacia mi cuerpo, enfundado en ese vestido negro con el que creí que me iba sentir bien y para el que, desafortunadamente, pude comprobar que sobran todos los epítetos, ya que allí sólo estábamos mi Wonderbra y yo.

Pero como en aguantar el tipo tenía un máster cursado en la Universidad de las Desdichas Amorosas, acabé de cocinar la paella con una sonrisa inventada, para sustituir a la fugada, y hasta hice el brindis final cuando Victoria me lo pidió con un supuestamente esperanzador: «¡Por los viejos tiempos, y por tiempos mejores!», aunque bien sabía yo que ni los viejos habían sido buenos ni lo serían los posteriores. Y menos aún los actuales, teniendo enfrente a la apasionada Elizabeth, que, si bien permaneció con nosotros durante toda la cena, lo que se dice cenar no cenó, porque a quien verdaderamente se comía, pero vivo, era a Alistair, aunque para ser justos habría que decir que ambos se comían, a besos, el uno al otro.

Sin embargo, peor incluso que ese canibalismo afectivo fue observar cómo él la miraba. Hasta desde la otra punta de Escocia se podría haber apreciado que se trataba de dos personas que estaban conectadas sin necesidad de decirse nada, sólo con el cruce de sus miradas, que no eran las mismas que él me dedicaba..., porque nunca me había mirado a mí como la miraba a ella, porque nunca habían sido tales esas miradas que yo pensé que me atrapaban, porque, una vez más, sólo podía decir que había estado equivocada.

No obstante, y sin ninguna explicación aparente, recién acabada la cena, Elizabeth se fue apresuradamente, con tanta urgencia que ni siquiera se

despidió. Pocos minutos después de su marcha, Alistair recibió un mensaje en su móvil que, al igual que había sucedido decenas de veces en el pasado, hizo que su expresión se transformara.

«¡Pues sí que le ha durado poco la felicidad!», pensé yo, incapaz de comprender qué juego se traían esos dos entre manos. No obstante, como nunca había sido asunto mío, y menos aún tras comprobar en primera persona que sus afectos tenían una dueña que no era yo, me desentendí del tema.

Lo único que me preocupaba de esa situación era que, no estando Alistair del mejor humor, no sabía cómo se tomaría el regalo que tenía previsto entregarle en señal de agradecimiento por no haber querido cobrarme nada por ejercer de guía para mí, y que consistía en la bufanda que había estado tejiendo cada tarde, mientras veíamos nuestras películas de amor.

«Al fin y al cabo sólo se trata de un regalo, y tal vez le levante el ánimo», me decidí finalmente, quitándole importancia al asunto.

Lamentablemente, mi legendaria falta de visión hizo que cometiera uno de mis mayores errores, lo que desembocó en una de las peores noches de mi vida: la noche de la humillación, de mi humillación. Como consecuencia, quise morirme cuando, delante de todo el mundo, Alistair cogió uno de los cuchillos que aún permanecían sobre la mesa con la intención de rajar, por todas las partes posibles, el cuello de punto que yo acababa de entregarle mientras exclamaba:

—¿¡Ésta es una manera fina de decir que quieres acostarte conmigo?! Y, luego, ¿qué pretendes?, ¿que te solucione la vida? ¿De verdad piensas que la gente como yo acaba con gente como tú? ¿O es que te crees muy guay por ese numerito de internet que os habéis montado? Pues déjame que te diga que no lo eres, ¡porque eres patética!, poniéndote en evidencia delante de todas esas personas, Gerard Butler incluido. ¿Acaso llegaste a pensar en algún momento que alguien como él iba a querer estar con alguien como tú?

En el mundo de las palabras que jamás deben pronunciarse las hay que no tienen sentido, las hay inútiles y las hay que hacen daño, y las de Alistair eran de estas últimas, de las que se convierten en metralla.

Tanto me dolió la forma en la que me había tratado que, a pesar de mi carácter poco combativo, que tendía a dejarse asestar cualquier puñalada sin

resistirse o tan siquiera protestar, hice acopio de saliva y me defendí lo mejor que pude, o supe:

—Si ya has acabado, sólo me gustaría decirte tres cosas. La primera es que no quisiste cobrarme por enseñarme Escocia, tal y como habíamos acordado, y en mi país es costumbre, y muestra de buena educación, dar las gracias con un regalo cuando alguien tiene un detalle contigo.

En ese instante tuve que hacer una pausa para coger aire y controlar mis emociones, que amenazaban con convertirse en lágrimas, sobre todo pensando en lo que iba a decir a continuación.

—En cuanto a la segunda, jamás he llegado a pensar que alguien como tú, o, por supuesto, como Gerard Butler, quisierais estar con alguien como yo. Es más, si te preocupan el resto de los hombres, aunque sólo sea por solidaridad de género, también puedes estar tranquilo a ese respecto, porque no creo que nunca, nadie, quiera estar con alguien como yo. De hecho, por eso me vine a Escocia, porque una vez más un hombre se había encargado de recordármelo. Además, si eso te reconforta, te diré que me hizo sufrir tanto que pensé que iba a desintegrarme y a desaparecer.

Mientras hablaba vi que a Alistair le temblaba la mirada y que con las manos intentaba hacer que callara, pero a esas alturas yo no estaba dispuesta dejar mi boca cerrada.

—Por último, en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, he pretendido nada contigo, ni me he insinuado, ni te he buscado, ni te he dado a entender que tuviera algún interés en ti, ni en ti ni en nadie, llámese Alistair o Gerard Butler, aunque sobre esto último no tengo por qué darte explicaciones. Si soy patética, o si me pongo en evidencia, no es asunto tuyo, porque tú no eres nada mío, ni tan siquiera mi amigo, salvo, al parecer, mi verdugo.

Una vez dicha esta última frase, me giré con la intención de salir al jardín trasero, pese a que Victoria me cortó el paso.

—Donde hay ira hay miedo. Sólo hay que averiguar de dónde viene ese miedo, y yo creo que lo sé —aseguró consternada, intentando poner algún remedio a la situación.

Me encogí de hombros, adoptando una actitud de indiferencia que en absoluto se correspondía con mi estado interior, pero que Victoria aprovechó

para brindarme una solución.

—Tal vez si hablas con él...

—Yo no tengo nada que decirle, y él ya ha dicho suficiente —la cortó tajante.

—Verás como las cosas cambian, y mejoran —aventuró, haciendo un alarde de exagerado optimismo.

—En momentos como éstos me gustaría tener un poco de tu fe —aseguré.

—Y a mí que la fe cambiara las cosas —reconoció.

Poco más había que decir. Le di un beso en la mejilla y salí al jardín, al antro de los amores no correspondidos, al banco, a nuestro banco, a pensar en cómo Alistair, en apenas treinta segundos, había arruinado de un solo golpe de voz todos los esfuerzos realizados a lo largo de mi mes en Escocia, el mes en el que yo pensaba encontrar un camino que diera sentido a mi vida.

Al final había sido Alistair quien lo había hecho por mí. Me había puesto en mi sitio. Yo era una mierda y aquélla una de esas noches en las que el mundo era gigante y yo pequeña, muy pequeña, porque en días como éstos sólo había lugar para la tristeza. Y para la certeza.

Había ido sola y me volvería sola. Y siempre estaría sola.

Pero no esa noche..., ya que Clara y Victoria decidieron acompañarme, cargadas con tres vasos y una botella de whisky.

—¡Hoy es un día tan perfecto como cualquier otro para serle infiel... al ron! —afirmó Clara, intentando que apareciera una sonrisa en mis labios.

—*Infiel...*, ¡qué bonita palabra! ¡Cuántos recuerdos me trae! —aseguré, regalándole a Clara la sonrisa que me pedía.

—¡Lo siento! —se lamentó al caer en la cuenta—. ¡Cambiemos de tercio!

—Pide un deseo y nosotras haremos que se cumpla —se ofreció solícita Victoria, intentando borrar el mal sabor de boca del recuerdo anterior.

—Lo único que quiero es un Birkin de Hermès..., y que me hagan sentir que no hay otra mujer sobre la Tierra —solicité a mis hadas madrinas, salpimentando con un poco de sentido del humor mi ánimo roto.

—¿Sabes que la señora Beckham tiene una colección de más de cien, valorada en dos millones de dólares? —estuvo al quite Victoria—. Y seguro que su marido le hace sentir que es la única mujer sobre la Tierra.

—¡Qué buena idea! —se le ocurrió a Clara—. Podemos montar otra aventura mediática para conocer a David Beckham...

—No empieces a desparramar —atajé—. Yo no quiero el marido de otra; es más, ni siquiera quiero un marido, sólo a alguien que me haga sentir especial.

—Así te hacía sentir Alejo, ¿no? —me preguntó Victoria compadecida.

—Sí, salvo que la quería a ella, y no a mí; o a cualquier otra, o a todas, o a ninguna —confesé.

—¿Y si se pone en contacto contigo y ves que está arrepentido, que ha cambiado...? —quiso saber Clara.

—No cambiamos. Nos volvemos lo que somos —argumenté tajante.

—Y nos equivocamos. ¿Lo perdonarías si te lo pidiera? —insistió Clara.

—No. Nunca olvidaré esa mirada de «yo soy el puto amo y tú eres la puta mierda», como la de Alistair hace unos segundos. Además, tengo que sacarme a Alejo de la cabeza de una vez por todas. Para mí fue devastador, como un cáncer, y tengo que extirparlo antes de que se reproduzca. Si se me enquista, o metastatiza, acabaría definitivamente conmigo.

Yo ya había utilizado la quimioterapia como tratamiento la vez anterior, con un resultado de aniquilación, puesto que no sólo había exterminado las células malignas, sino también las sanas, las que podrían haberme conducido hacia una nueva relación... con Alistair. Lamentablemente, lo único que conseguí en el intento fue quedarme calva, sin pestañas y sin cejas. Empleando otro símil, lo que había experimentado era un proceso similar al lavado de prendas sucias con lejía, pensando que se eliminarían únicamente las manchas, aunque finalmente desapareciera todo el color, dejándome sólo ese olor a desinfectante que actuaba más como repelente que como aglutinador.

—Tal vez ahora a Alejo le pese la culpa por lo que hizo —prosiguió Clara.

—¿Sabes de lo que lo culpo yo de verdad, más allá de tirarse a Sabrina? De haberme hecho sentir que era especial, que yo era especial —le desvelé.

—Y ¿qué problema hay con eso? —preguntaron las dos.

—¡Que no lo era! ¡Me hizo sentir algo que yo no soy! Sin embargo, ahora siempre querré que un hombre me haga sentir así, lo que es del todo



imposible, ya que esa persona no existe, o al menos no soy yo. Y no me vengáis con esas chorradas de que todos somos especiales, porque ya habéis visto, y oído, lo que piensan los hombres de mí por boca de Alistair.

—Alistair... —amagó Victoria.

—Sí —la corté—, Alistair, ese que acaba de utilizarme como saco de boxeo. El segundo tío en el mismo año que me hace sentir como una puta mierda... ¡Qué digo en el mismo año!, ¡en tres meses! ¡Estoy de récord! ¡Y de enhorabuena!, porque una vez más he conseguido algo que a las personas normales no les sucede, y es que me desprecie alguien con quien no he tenido nada que ver.

—Tú no has hecho nada... —intentó apostillar Victoria.

—¡Exacto! A Alejo nunca supe lo que le hice, pero al menos estuve con él. Pero ¿a este tío?, ¡¿qué coño le he hecho yo?! De verdad que no lo entiendo..., ¡si debería estar feliz!, ¡si se ha reconciliado con su novia!, ¡si casi echan la pensión abajo de lo contentos que estaban!

—Quizá tú también deberías darte un revolcón y quitarte las telarañas. Ya sabes, un clavo saca otro clavo —me sugirió Clara.

—No creo que olvidara a Alejo así, sino que probablemente aún lo recordara más.

—Bueno, yo hablaba únicamente de técnica, no de sentimiento —precisó Clara.

—Si quiero técnica contrato a un *gigoló*. Cualquier tío con el que fuera a estar se merece respeto, que de verdad quiera estar con él, por ser él, no por ser un sucedáneo, o un repuesto. A mí no me gustaría que me lo hicieran. Para mí el sexo es un acto personal e intransferible, entre dos, en el que no debería haber tres: los dos presentes en la cama y el tercero que está en tu cabeza. A mí las orgías no me gustan, ni las de cuerpo presente ni en las que algunos cuerpos están ausentes.

—Pues, si te cuesta tanto olvidarlo, quizá deberías darle otra oportunidad —me sugirió Clara.

—¿Por qué insistes tanto con ese tema? —le pregunté intrigada.

Respiró hondo antes de responder, temerosa de mi reacción.

—Hay algo que no te he dicho, pero que ya va siendo hora de que sepas —

aseguró circunspecta.

—Miedo me da... —Me eché a temblar, incapaz de seguir hablando.

—Alejo ha estado en contacto conmigo durante todo este mes, todos los días, y a casi todas horas. No te he dicho nada, primero, porque no quería fastidiarte tu mes de vacaciones, segundo, porque no creo que sea asunto mío, y finalmente porque pensaba que no era bueno para ti volver con él. Pero lo cierto es que está siendo tan persistente que quizá esté arrepentido de verdad, y dado que tú no puedes olvidarlo, o no como habrías querido, quizá debas plantearte darle otra oportunidad, que es lo que quiere él. Su planteamiento es que ahora es consciente de que ha perdido a la mujer de su vida, y la única que no lo ha querido por su dinero.

—Es decir —resumí en cuanto pude recuperarme de la impresión—, que manda a la amiga para hacer el trabajo sucio que él no se atreve a hacer. ¡Viva la cobardía, abajo la valentía! Eso demuestra el interés que les pone a las cosas el puto amo, que ni siquiera se molesta en hacerlas él. Pese a todo, hay un tema en el que los dos estamos de acuerdo, y es en lo del dinero. Nunca me importó lo más mínimo. De hecho, por mí puede meterse sus tres mil quinientos millones por el culo, vomitarlos por la garganta y, con su propia pota, hacerse un potaje.

—¿Y Alistair? —me preguntó Victoria temerosa.

Como siempre, como tantas otras noches, Alistair lo escuchaba todo desde la distancia.

*Marina, Alistair y una aurora boreal*

Clara se marchó de madrugada rumbo a Edimburgo, con posterior destino Madrid, mientras que a mí aún me quedaba un día completo en Skye, puesto que mi vuelo no saldría hasta la mañana siguiente.

Por lo que se refería a Alistair y a mí, no hizo falta anular la última excursión que teníamos prevista. Bajo ningún concepto quería volver a verlo, y di por sentado que, por las razones que habían quedado bien patentes la noche anterior, él no querría verme a mí.

Pese a todo, no pensaba marcharme de Escocia sin hacer un último viaje.

Desde el primer día sabía de la existencia de un autobús que recorría toda la isla por la única carretera que atravesaba la costa hasta el extremo norte y regresaba hacia Portree por el lado oeste. Dado que hasta ese momento iba a todas partes conducida por Alistair, no me había planteado utilizarlo; sin embargo, aquella mañana se me antojó la opción perfecta para una despedida, con el fin de empaparme bien de todos los paisajes que no sabía cuándo volvería a ver.

En realizar el trayecto se tardaban unas cuatro horas y, ya que había salido de la pensión muy temprano, tendría tiempo de sobra para hacer una parada en Fairy Glen y reengancharme al siguiente autobús. De todos los lugares en los que había estado con Alistair, el valle de las Hadas era probablemente mi preferido, porque desde el primer instante tuve la sensación de que estaba

impregnado de magia, y tal vez algo de esa magia fuera lo que necesitara mi maltratado espíritu para sobrevivir.

De camino hasta allí, pegué la cara a la ventanilla. A pesar de que reconocía todos los sitios por los que avanzaba el autobús, los paisajes no me parecían los mismos. Quizá fuera cierto que no hay dos paisajes iguales, aunque el paraje sea el mismo, ya que la luz hace que cambien, tanto la que brota del cielo como la que nace de nosotros mismos, y la mía era oscura, tan oscura como la de las nubes negras que amenazaban con descargar, o tal vez fueran mis ojos los que presagiaban la tormenta, su propia tormenta.

Definitivamente, aquellos paisajes no eran los mismos, porque no lo son cuando los miras con ojos alegres o con ojos tristes, del mismo modo que los horizontes cambian con cada anochecer y con cada día, con cada amanecer y con cada circunstancia de la vida.

Kilómetro a kilómetro, despertaron mi atención las casas con las chimeneas siempre encendidas, los barcos hincando sus quillas en el agua, las islas deshabitadas desdibujadas por la neblina, y hasta un par de árboles, uno más alto y más frondoso que el otro, que abría sus ramas para dar cobijo al menor, simulando ser un hombre protegiendo a una mujer..., o eso pensé yo, intentando que esa idea mitigara mi dolor..., ese dolor que era vertical, porque me atravesaba como una barra de hierro, de norte a sur, de principio a fin, como el dolor que Frida Kahlo reflejaba en sus cuadros con su columna rota ensartada por clavos.

\* \* \*

Alistair, por su parte, sentía otro tipo de dolor y, para intentar aliviarlo, nada más levantarse bajó a preguntarle a Victoria acerca de mi paradero. Ésta se tomó un tiempo para responder. En realidad, no llegó a hacerlo en ese momento, dado que Alistair, observando su silencio, no pudo esperar más y se adelantó a cualquier comentario que ella pudiera hacer.

—No hace falta que me digas nada —afirmó en primer lugar.

—Lo sé —respondió circunspecta Victoria.

—Necesito verla. Necesito saber que está bien.

—No lo está. Y eso debería bastarte.

—Parece ser que, desgraciadamente, nada me basta... —respondió apesadumbrado.

A pesar de que se le encogía el alma viendo el desamparo en el rostro de su amigo, y más sabiendo por todo por lo que había pasado durante el año anterior, Victoria estaba decidida a no cambiar de opinión. Sin embargo, de repente cayó en la cuenta de que había un aspecto que no había contemplado.

—Voy a decirte dónde está por una razón que, directamente, no tiene nada que ver contigo. Marina quería volver a Fairy Glen, y como no hay indicaciones para llegar hasta allí, no sé si será capaz de encontrar el camino, tanto el de ida como el de vuelta. Me ha dicho que orientación no tiene, aunque sí memoria, de manera que una vez que ha estado en un sitio lo recuerda, pero me da miedo que se pierda. Y bastante perdida está por dentro, como para estarlo también por fuera.

Alistair agachó la cabeza, incapaz de aguantar la mirada de Victoria, o tal vez incapaz de sostener la suya propia.

A continuación, cogió las llaves del coche dispuesto a hacer el mismo recorrido que el autobús y seguirme desde la distancia, hasta hacer acopio del valor suficiente para acercarse. Tras preguntar a unos cuantos aldeanos, no le costó mucho dar conmigo cuando yo ya regresaba del valle de las Hadas, justo cuando Calem me llamaba por teléfono para saber qué tal se presentaba mi último día.

—¡Claro que estoy bien! —le aseguré, al percibir él nada más descolgar un matiz extraño en el tono de mi voz, que no eran sino mis esfuerzos por contener las lágrimas—. Y ¿tú qué tal con William? ¿Seguís bien juntos?

Y fue en ese instante cuando a Alistair se le cayó el mundo encima al darse cuenta de que Calem no era mi novio, ni lo había sido nunca. Equivocadamente, desde el primer momento en que supo quién era yo, es decir, cuando me identificó como la chica de los ojos del color del lago — como él me llamaba antes de conocerme—, pensó que Calem era mucho más que un amigo al recordar nuestro baile sobre el escenario junto al lago Ness. De hecho, tal y como él había analizado los hechos, su conclusión era que, en el transcurso del año, Calem y yo habíamos roto, de forma que yo había

regresado a Escocia para intentar salvar nuestra relación, cosa que no había sucedido..., hasta la noche en que se lo presenté, el mismo día que vino Ed Sheeran y nos fuimos a cenar todos juntos, salvo él.

En aquel momento, tras estrechar su mano, inmediatamente lo reconoció como mi pareja de baile del año anterior, el escritor famoso en quien se había convertido y el hombre que —al entrar él por la puerta— me daba un abrazo tan enorme que casi me hizo flotar en el aire. Y ése fue el único motivo de que no quisiera acudir a la cena, el pensar que Calem y yo nos estábamos dando una segunda oportunidad, que comenzaba delante de sus narices.

—¡Por supuesto que me ha encantado Skye! —proseguí con mi conversación telefónica con Calem—. ¿Que dónde estoy? En Fairy Glen, el sitio más maravilloso del mundo... No, no hay nadie conmigo. Aquí estamos únicamente el paisaje y yo. Y, no, no me he perdido.

Le mentí, aunque no en lo que a su pregunta estricta se refería, ya que estaba bien ubicada en esa tierra mágica que era el valle de las Hadas, pero sí en que no estuviera perdida. Había ido a Escocia a encontrarme y, desgraciadamente, me volvía a casa mucho más perdida de lo que lo había estado nunca. Quizá fuera Madrid el sitio para encontrarme de nuevo, o tal vez debía quedarme en Escocia y perderme para siempre.

—¿Alistair? —proseguí—. ¡No me hace falta ningún guía! ¡Me he comprado un GPS!

Cuando Calem mencionó a Alistair, no pude evitar que se me saltaran las lágrimas, por lo que, fingiendo problemas de cobertura, le colgué, prometiendo que lo llamaría más tarde.

Calem era mi mejor amigo y no pretendía mentirle, pese a que en ese instante todavía no era capaz de hablar con él acerca de lo sucedido el día anterior o, dicho de una manera más precisa, por qué me habían afectado tanto sus palabras. Para nadie es plato de gusto oír las lindezas con las que Alistair tuvo a bien regalar mis oídos, pero cualquier persona segura de sí misma lo habría mandado a la mierda, pensado que se trataba de alguien amargado, resentido o vengativo y pasado página. Sin embargo, en mi caso, yo creía que había dado en el clavo, que me había definido.

En el fondo de la cuestión, además, se encontraban los sentimientos que

Alistair había despertado en mí, lo suficientemente intensos como para estar a punto de desvelárselos. De hecho, si había empezado a olvidar a Alejo era gracias a esa proximidad emocional que había experimentado junto a Alistair.

Incapaz de dejar de llorar, con los ojos empañados y empeñados en su recuerdo, me senté en una piedra, que reconocí como aquella en la que me había sentado la otra vez, la primera vez.

Quizá el sitio que había elegido como destino para mi última excursión en Escocia no fuera el más acertado después de todo, ya que se correspondía con la primera salida que Alistair y yo habíamos hecho juntos. «De una manera empezaron las cosas y de otra muy diferente acabaron», pensé, dolorida, mientras sus palabras —«¿De verdad piensas que la gente como yo acaba con gente como tú?»— se cebaban devorando mis entrañas.

Pero ni siquiera así, aun a sabiendas de que tanto Alistair ahora como Alejo en su momento me despreciaban, era capaz de cortar las cadenas que me unían a ellos..., las cadenas..., esas cadenas que también machacaban mi cerebro porque, como era habitual en mí, no podía faltar una canción, la letra de una canción con la que sentirme identificada y que me hiciera sentir aún más triste todavía, y que respondía al nombre de «Gravedad», *Gravity* en inglés, de Sara Bareilles, la misma que me impulsaba hacia ellos.

Sabiéndome sola, o supuestamente sola, en ese paraje que parecía el fin del mundo conocido, no me importó buscar la canción en mi móvil y hacer que sonara a través del altavoz, a pesar de que era consciente de que eso sólo podría hacerme sentir peor. «A grandes males, grandes remedios», me dije. Y ya que no podía dejar de llorar, quizá mi terapia debiera consistir en darme un buen atracón de lágrimas. Así, lloré todo lo que se podía llorar y, después, seguí llorando.

\* \* \*

Alistair me observaba desde la distancia, y a punto estuvo de recorrer los metros que nos separaban para consolarme, o confortarme, hasta que comprendió que nada, salvo más dolor, me ocasionaría su presencia allí y que ninguna palabra, o gesto, remediaría el daño infligido. Debía dejarme ir, pues,

para que su gravedad no me atrapara, ni ahora ni nunca.

Una sensación de desconuelo lo invadió. Lo había echado todo a perder, aunque nada, en ningún momento, le había hecho presagiar que algo así sucedería, tan seguro y feliz como estaba un mes atrás, en ese mismo sitio, cuando oyó otra frase que fue capaz de conmoverlo en cada reducto de su ser: «A veces, cuando miras, el mundo te asusta; sin embargo, otras, cuando miras, el mundo te enamora, y ésta es una de esas veces».

Y ésa fue la frase que lo enamoró de la persona que la pronunció, y más aún cuando, días después, supo que la mirada que acompañaba a esa voz pertenecía a la chica de los ojos del color del lago.

El día que tomó aquella fotografía, hacía más de un año ya, fue el peor de su vida. Apenas unas horas antes había descubierto que su novia, a la que quería más que a su vida, le había sido infiel con su mejor amigo. Y tampoco nada lo hizo sospechar que algo así ocurría.

Los hechos acontecidos fueron los siguientes: acababan de irse a vivir juntos y, para celebrarlo, Alistair quiso regalarle algo intangible que representara lo que Elizabeth le hacía sentir y que simbolizara a su vez lo que más le gustaba a ella: la Navidad, aunque fuera a finales del mes de junio.

Con ese fin, localizó el mejor sitio, con las mejores vistas, en un bosque a las afueras de Edimburgo desde donde se divisaba toda la ciudad, que, vista a lo lejos, parecía majestuosa y eterna, perfecta. Acto seguido, eligió el árbol más vistoso, el más frondoso, y colocó los adornos uno a uno, con tiento, con mimo, con esmero, con el mismo cuidado con el que besaba sus labios, con el que acariciaba su piel, con el que apartaba el pelo de su cara cuando el viento lo ocultaba y no le dejaba ver esos ojos que él adoraba.

Pensando en ellos, pensando en ella, se dio prisa en terminar antes de que la luz del día se filtrara entre la línea del horizonte. Su plan consistía en regresar con Elizabeth poco antes del anochecer, en el momento preciso para que las luces del árbol se fundieran con las de un cielo aún iluminado pero invadido ya por la noche. Y para ello fue a buscarla a su casa, a su nueva casa, con el fin de darle la sorpresa, y no sólo la de regalarle un pedazo de Navidad en mitad del estío escocés, sino la de regresar un día antes de lo previsto de un viaje de trabajo.



La conclusión a la que llegó tras encontrarlos a ambos en la cama, desnudos, fue que con el árbol lo único que se había fundido era su vida. En consecuencia, cuando al día siguiente acudió al lago Ness para cubrir el acto del Royal Ballet y contempló a una pareja de enamorados bailando sobre el escenario, se le encogió el corazón al ver esos otros ojos, que eran como otras luces fundiéndose con el color de las aguas del lago.

Durante todo el año transcurrido desde aquella tarde había pensado muchas veces en esos ojos, en encontrar a alguien con esa mirada, con la misma con la que aquella mujer miraba al hombre que la sostenía mientras la hacía girar sobre un escenario iluminado por la luz de unas velas y de un cielo que, poco a poco, se adormecía.

A lo largo de los meses posteriores recurrió cientos de veces a esa imagen en su recuerdo, y acabó convirtiéndose en un clavo al que aferrarse en los días malos, mientras que las fotografías que tomó se transformaron en un agarradero al que sujetarse en los días peores, porque también cientos de veces encendió su ordenador para volver a contemplar esos ojos, en los que Alistair veía algo que parecía amor, que él pensaba que era amor.

Su novia nunca lo había sentido por él, ni probablemente por nadie, ya que lo que tenía Elizabeth en su corazón era un currículum con los requisitos que buscaba y, a medida que conocía hombres, cambiaba la foto que lo acompañaba, siempre de apuesta en apuesta, hasta lograr el mejor postor. Su objetivo básico era que la mantuvieran, no tener que trabajar y una Visa bien nutrida de la que disfrutar, mientras que el de Alistair era, simplemente, que lo quisieran.

Jamás había supuesto que iba de cama en cama, y menos aún que fuera a acabar en la de su mejor amigo, un arquitecto de éxito con una cuenta corriente más abultada que la suya y con quien Elizabeth vivió durante un año tras la ruptura con Alistair. Y nunca lo había sospechado porque estaba ciego, enamorado de la idea de lo que ella representaba para él, incapaz de ver que Elizabeth odiaba su estilo de vida y hasta su trabajo..., salvo el desahogo que implicaba el dinero que ganaba con él.

Sin embargo, aquella noche, en aquella cueva, con la chica de los ojos del color del lago, cuando permanecieron juntos hasta el amanecer atrapados por

la lluvia, al oír de sus labios en qué consistía un día feliz para ella, Alistair se creyó en el paraíso: «Una ducha de agua hirviendo para empezar el día, un cielo nublado y profundo bajo el que caminar, un paisaje que contemplar, una chimenea encendida al regresar, una buena charla alrededor del fuego, con un té muy caliente para calentar las manos mientras rodeas la taza, la garganta, y un poco también el alma si hace falta...».

Era ella, presentía que lo era. Lo notaba en su ausencia, cuando no estaba al alcance de su mirada, en las excursiones a las que no lo había acompañado, en las que parecía que le faltaba una mitad, su mitad. Por eso, día tras día estaba más seguro de que era ella..., pero ella se resistía. Cada vez que Alistair insinuaba algo, o cuando intentaba retenerla con sus ojos, ella corría a esconderse dentro de sí misma para que él no pudiera atraparla.

Pese a todo, Alistair estaba decidido a no rendirse, a darle tiempo para que se olvidara de su relación anterior y lo viera con otros ojos..., hasta que él vio con los suyos a Calem y supo que ya nada se podía hacer. Todos los huesos le temblaron cuando la observó abrazada a él, incluso taquicardias tuvo. Y aún se sintió peor cuando Gerard Butler se presentó de improviso, al verla bailar con él.

Por ese sentimiento de pérdida cedió ante su novia. Elizabeth llevaba todo el mes mandándole mensajes en los que le pedía perdón y le suplicaba una segunda oportunidad, que él se había negado a concederle. Desgraciadamente, aquella tarde se sintió tan solo sin su chica de los ojos del color de lago, más solo incluso de lo que recordaba haber estado durante todo el año anterior, que consintió en que Elizabeth se presentara en Skye.

No obstante, cada minuto que había pasado con su antigua novia no era en ella en quien pensaba, ya estuvieran dentro o fuera del dormitorio, lo que no fue óbice para que hiciera una demostración de afectos por Elizabeth que en realidad ya no sentía, tal vez para provocar algún tipo de emoción, probablemente celos, en la persona que ocupaba todos sus anhelos..., la misma a la que quiso la mala fortuna que le gritara cuando explotó tras recibir una bufanda como regalo.

Fue contra Elizabeth contra quien quiso desgañitarse cuando supo, gracias al wasap de un buen samaritano, que el amigo arquitecto de Alistair la había

plantado un par de meses atrás, de manera que andaba a la busca y captura de nuevas fotos para su currículum, y Alistair sólo era una de las posibles opciones. Pero Elizabeth ya se había marchado precipitadamente para entonces, advertida a su vez por una amiga acerca del mensaje que él estaba próximo a recibir.

Lástima que los nervios le fallaran a Alistair y acabara estallando contra la persona que menos se lo merecía, y de la que, además, estaba enamorado, de la chica de los ojos del color de lago, que no era otra más que yo.

\* \* \*

Ignorante sobre esos extremos, yo regresé a primera hora de la tarde de mi última excursión por la isla con la idea de dar un paseo por el pueblo, aprovechando la ocasión para comprar unos regalos de recuerdo que quería llevarles tanto a mi madre como a Amanda. No obstante, mientras recorría sus calles, un único pensamiento machacaba mi cerebro, y era qué podía haber hecho yo para hacerlo tan mal, para merecer tantos y tan desoladores reproches.

Tras fustigarme un largo rato, finalmente comprendí que no necesitaba más dolor o confusión en mi vida generados por suposiciones, elementos superfluos del contexto que no afectaban al desarrollo y la resolución de los hechos. «Cíñete a lo básico: no te quiere, incluso te desprecia, y no hay nada más», me convencí.

Con esa idea en la cabeza, cuando llegué al B&B crucé deprisa la entrada y subí corriendo la escalera para evitar encontrarme con nadie, deseando poder encerrarme en mi habitación y no salir de allí hasta la hora prevista para partir hacia el aeropuerto.

Una vez dentro, pensé en castigarme escuchando canciones de desamor, eligiendo bien la letra de cada una para que la tortura que me produjera la siguiente superara a la anterior, si bien finalmente opté por ver una última película, la número veintiuno que, aunque no estaba en la lista, era una de mis preferidas. Se trataba de *Closer* (Clive Owen, Jude Law, Julia Roberts, Natalie Portman), una historia de cuatro complejos personajes que se

enamoran y se desenamoran a lo largo de sus casi dos horas y en la que destaca la brillantez de los diálogos, así como la interpretación de Owen, que está tan inmenso que se come a los demás.

Y, como el buen cine siempre me reconciliaba con el mundo, decidí que no podía marcharme de Skye sin sentarme por última vez en mi banco, con la esperanza de que el cielo de Escocia se abriera para regalarme una aurora boreal.

No habrían pasado ni un par de minutos cuando Alistair se acercó sigiloso y me preguntó humildemente:

—¿Puedo sentarme?

—Claro —respondí cortante—, pero si has venido a acabar lo que empezaste ayer preferiría que me lo dijeras para marcharme ahora.

—No, por favor... —contestó avergonzado—. Yo no pretendía..., nunca he pretendido...

No siguió hablando. Y yo no me marché, convencida de que si alguien sobraba allí era él, aunque sí me moví hacia la derecha, ostensiblemente, para alejarme lo más posible de su contacto y su presencia.

Más de una hora permanecemos en el más absoluto de los silencios, sólo interrumpido por el repicar del viento y acompañados por un firmamento negro. Poco después, por el contrario, el horizonte se transformó en un baile de luces que, inquietas, comenzaron a deslizarse a través del cielo hasta situarse sobre nuestras cabezas. Enormes rayos verticales teñidos de rosa fucsia, superpuestos sobre una peana verde que se combaba al desplazarse, parecían querer abducirnos a través de la atmósfera hasta otro mundo, ancestral e inextinguible. Sin poder evitarlo, me puse de pie, dando vueltas sobre mí misma y estirando todo lo que podía el cuello para intentar abarcar con la mirada esa exhibición de luces que a veces se ondulaban, mientras que otras se rizaban, pero que siempre se mostraban volátiles. Y es que no sólo era etéreo, fascinante o misterioso; algo había en ese cielo de embrujo, de hechizo, de magia...

Me emocioné tanto que casi se me saltaron las lágrimas, no tanto por lo maravilloso del espectáculo, sino por un final feliz, porque mi viaje tenía un final feliz. Escocia acababa de regalarme una noche perfecta, aunque hubiera

tenido que compartirla con Alistair, que, inamovible, continuaba a mi lado.

Atrapados nuestros sentidos por esas luces del norte —como allí se las conoce—, ambos permanecemos mudos durante horas, incluso cuando el cielo volvió a recuperar su pigmentación negra, hasta que Alistair comentó:

—Una leyenda dice que las auroras boreales son puentes de fuego contruidos por los dioses; otra, que son nuestros ancestros bailando en el cielo, y una tercera, que se deben a un zorro que cruza los parajes e ilumina el firmamento con las chispas que desprende de su cola golpeando contra la nieve en invierno.

A pesar de que presté atención a sus palabras, disfrutando como disfrutaba de cualquier fábula que ofreciera una explicación imaginaria a sucesos que ya de por sí eran maravillosos, ninguna frase salió de mis labios, por lo que al cabo de un rato Alistair volvió a dirigirse a mí:

—¿Cómo es tu casa?

«¡Qué pregunta más curiosa!», me dije, y lo cierto es que me intrigó, si bien no quise averiguar si tenía algún trasfondo oculto. De la misma manera, podría no haber respondido, pero tras contemplar la aurora boreal mi ánimo se había dulcificado un poco, por lo que me digné contestar, aunque haciendo un alarde de sequedad:

—No tengo.

Al oír mi respuesta asintió con desilusión y retomó el mutismo como medio de comunicación entre nosotros. En ese intervalo llegué a considerar que tal vez había elegido ese tema para, siendo yo decoradora, iniciar una conversación. «¿O querrá que le decore la suya?», me asaltaron las dudas. «¿Y si me pide que le haga un descuento?», me reí para mis adentros. No obstante, rápidamente deseché ese pensamiento al considerar que no se le encarga el diseño de tu hogar a alguien a quien consideras patético.

A tenor de la enormidad de los silencios que nos rodeaban, deduje que nuestra inexistente conversación había llegado a su fin, pero, para mi sorpresa, poco después Alistair continuó hablando.

—Mi casa es un lugar triste al que nunca quieres volver —aseguró con pesar.

Como yo era la más tonta entre las tontas, he de reconocer que me

conmovió, y también me sorprendió, que fuera capaz de hacer una confesión tan íntima a alguien a quien no tenía en ninguna estima. Aun así, a pesar de esa última consideración, me incliné por responderle.

—No identifiques tu casa con esas cuatro paredes y el problema estará solucionado.

—Bueno..., tu casa es el lugar en el que vives, ¿no? —afirmó algo desconcertado.

—Yo únicamente me he sentido dos veces en casa, y nada tenían que ver con cuatro paredes.

—¿En serio? Y ¿cuáles han sido?

Dudé si debía contestar con sinceridad, ya que una de ellas podría dar rienda suelta a mi vulnerabilidad, pero, a fin de cuentas, no iba a decirle nada que no le hubiera dicho ya, de manera que las palabras salieron ágiles de mi boca.

—Cuando me abrazó el primer hombre al que de verdad quise. Cada vez que me abrazaba pensaba que nada malo podría pasarme estando con él, que siempre me protegería..., lo que no fue así, porque como ya te expliqué para que te quedaras tranquilo, él no me quería de verdad. Y la segunda, cada vez que he puesto un pie en Escocia. Siento que ésta es mi casa. Me enamora su paisaje, su aire, su viento, su lluvia, sus nubes, su cielo, este cielo, ¡esta aurora boreal!, ¡el mejor regalo de despedida!, así que me voy contenta porque parece que al menos Escocia sí me corresponde.

Me miró con culpa, y a su vez con algo que, en otro momento, quizá yo habría pensado que era amor, con esos ojos..., sus ojos..., que eran una más de las luces del norte.

Por un instante Alistair guardó silencio, hasta que, cogiendo aire, aseguró:  
—Quería disculparme por...

Negué con la cabeza tajantemente mientras le hacía una señal con la mano para que se callara. Acto seguido, me puse en pie y me marché. Si de algo estaba harta, y sobrada, era de palabras que en realidad no significan nada. Ya tenía el recuerdo que quería de mi última noche en Escocia y lo que menos necesitaba era que se viera empañado por frases del tipo «lo siento, fui brusco; la razón es que no quería que te hicieras ilusiones de ningún tipo», o

«esto no tiene nada que ver contigo; el problema lo tengo yo, pero podemos ser amigos». Ya me había humillado bastante la noche anterior; no me hacía falta una segunda humillación en forma de explicación, que nunca sería tal, sino una burda excusa.

Tras echar un último vistazo al cielo bruno de Skye, me fui dando un paseo por el jardín hasta la entrada principal, camino de mi habitación, con la intención de despedirme de Victoria, así como de poner en orden mis ideas. Sin embargo, lo único que se acomodaba en mi cabeza era la letra de una canción, *Falling Slowly* («Cayendo lentamente»). Así era como me sentía yo, y también como el barco a la deriva que Glen Hansard describía en su estribillo, suplicando que alguien lo rescatara. Pero nadie había allí, salvo yo misma.

Metida ya en la cama, con la luz apagada, al hacer balance de mis días en Escocia caí en la cuenta de que no había cumplido con mis dos objetivos principales, que eran sobrevivir al amor y superar el desamor. No obstante, al menos había logrado mi propósito cinematográfico, mi terapia basada en veinte comedias de amor. Después de haberlas visto todas, mi conclusión final era que la vida que no había vivido, y la que nunca viviría, estaba en esas películas. Y eso sí era patético: acabar viviendo la vida de otros, que ni siquiera existían en la realidad. Después de todo, tal vez en eso consistiría mi futuro, en soñar con los finales felices de vidas que en verdad no existían.

Veinte comedias de amor y una noche desesperada. Ése era el resumen de mi viaje a Escocia. Veinte películas, con las que había intentado ponerle una sonrisa a mi vida, y una noche, la que la borró, en la que de nuevo un hombre me partía el corazón mientras él se quedaba reconfortado en los brazos de otra mujer.

A la mañana siguiente lo vi por última vez mientras esperaba el taxi que me llevaría hasta la estación, y él también me vio. Estaba sentado en el banco, con las piernas atravesando la parte inferior del respaldo del asiento y los brazos apoyados en el borde superior, no mirando el paisaje, sino hacia la pensión. Parecía que no se hubiera movido de allí en toda la noche, ya que, además de lucir un aspecto cansado, llevaba la misma ropa que el día anterior.

Al verme aparecer, Alistair no hizo nada, ni dijo nada, sólo me miró, con

esos enormes ojos azules, sin mover ni un ápice sus labios, en los que una inexistente sonrisa había sido sustituida por un rictus de tristeza.

Cuando abrí la puerta del taxi, dentro sonaba la canción *Say Something* («Di algo»), de Christina Aguilera. Pero Alistair no dijo nada, tal vez porque ya había dicho demasiado dos días antes, ni hizo nada, ni tan siquiera levantó la mano en señal de despedida.

Yo lo miré una última vez a los ojos, sin altivez, sin desprecio, sin rencor, sólo lo miré, y después me marché.



*Marina, Sabrina, una boda, Alistair y  
una disculpa*

Nada más poner un pie en la oficina, Adrián me llamó a su despacho. Mientras recorría el pasillo pensaba que ese trabajo, desgraciadamente, llegaba a su fin, ya que estaba convencida de que me despediría por todo el follón mediático que se había formado debido a los canales de Twitter y YouTube. No obstante, la cara de alegría con la que me recibió me hizo sospechar que mis suposiciones andaban erradas.

—Jamás me había reído tanto y, además, he descubierto una faceta tuya que no conocía y que me gusta, y he de reconocer que mucho.

La parte positiva de su comentario era que el trabajo parecía estar a salvo, aunque no así mi honra, ya que entre líneas podía intuir yo que lo que pretendía era quitarme las telarañas.

«... Que por ahí no vamos a ningún lado, que en ese jardín ya hemos estado y se nos ha secado...», pensé para mis adentros mientras, verbalmente, daba vueltas y circunloquios con el fin de darle a entender que, con o sin telarañas, mi postura hacia él no había cambiado.

Inteligente como era, no hizo falta que se lo insinuara dos veces para que comprendiera que no tenía nada que hacer conmigo, por lo que recondujo la conversación hacia temas estrictamente profesionales.

—Tenemos una avalancha de clientes que no te puedes ni imaginar —me

advirtió—. Ya te irás poniendo al día en el transcurso de la semana, pero el proyecto más importante, con el que debes ponerte de inmediato, es una casa nueva que Alejo Larralde acaba de comprarse en Santander. Al igual que la otra vez, quiere que se la reformemos íntegramente, ha pagado por adelantado una cantidad generosamente aproximada y pide que seas tú, única y exclusivamente, quien se encargue del desarrollo del diseño.

«¡Joder, con las putas casas de ese cabrón...! —pensé contrariada, con mi ánimo rayando en la inquina—. ¿Es que no tiene otra cosa mejor que hacer con su dinero que reflotar él solo el mercado inmobiliario? ¿Por qué no se comprará un yate que te cagas para perderse, pero cagando leches, por los mares del Sur, los del norte, los del este, los del oeste, o todos ellos, y a ser posible a la vez? ¡Y encima en Santander! ¡Un brindis por los viejos tiempos!»

A pesar de que el conocimiento del hecho me había dejado con el espíritu revuelto, mi respuesta externa a Adrián no pudo ser más cordial, y jerárquica, aceptando la cadena de mando, aunque la interna distaba mucho de esa aquiescencia. «Tú dime lo que quieras, que ya haré yo lo que me dé la gana», fue mi análisis de la situación.

Ese arrebató interior de poderío se debía a que, tal y como Adrián me había prometido antes de las vacaciones de verano, me había ascendido, y nada menos que a directora de Proyectos, con lo que nadie, salvo yo misma, decidiría a partir de ahora quién se ocupaba de la realización de los mismos. Así las cosas, le pasaría el diseño a alguno de mis subalternos, de forma que yo me encargaría únicamente de la supervisión, porque, por más que le daba vueltas al asunto, no encontraba otra manera de evitarme el mal trago de volver a verlo.

Por tanto, un minuto antes de marcharme de la oficina, postergando así una posible respuesta suya hasta el día siguiente, le mandé un *email*, seco y escueto, desde mi dirección de correo oficial a su correo oficial:

Buenas tardes, Alejo:

Acaban de comunicarme que quieres que nos encarguemos del diseño de tu nueva casa, ubicada en Santander. Mañana mismo se pondrá en contacto contigo la jefa del proyecto para que nos facilites tanto la dirección como las llaves de la vivienda, así como cualquier idea que puedas tener. Siguiendo tus indicaciones, yo me ocuparé personalmente de la supervisión.

Un saludo,

Lo que me preocupaba no era sólo estar de nuevo cara a cara, frente a frente, sino las mil y una cosas que podían salir mal, o que podían hacerme salir más perjudicada de lo que ya estaba, como lo resumía The Script en su canción *Six Degrees of Separation* («Seis grados de separación»), acerca de las fases por las que se atraviesa tras una ruptura. Y es que lo peor de una separación no es el corazón roto, sino tu mundo partido en dos, la mitad que él se llevó y la tuya propia, que ni siquiera reconoces como tal porque está reventada a su vez en mil pedazos que no puedes recomponer, dado que el dolor ejerce como antagonista del pegamento.

Y yo no creía haber atravesado, y superado, esos seis grados de separación. Mi decisión con respecto a no volver con Alejo era firme, pero el hecho de saber que él sí quería volver conmigo me hacía sentir débil, aunque en buena ley debería haber sido justo lo contrario, si bien quizá el motivo se debiera a que la suya no era la única ruptura a la que tenía que sobreponerme. Aunque con Alistair no había llegado a mantener ninguna relación, los sentimientos que había despertado en mí, así como el desenlace, en forma de un monumental exabrupto final, hacía que yo lo estuviera viviendo como tal. Y sus palabras, aunque dolorosas, desvelaban lo que yo siempre había sospechado sobre Alejo: que los hombres como él no acaban con mujeres como yo.

Sólo pensar que a una posible cita de trabajo éste apareciera acompañado de una novia, para que fuera ella la que me diera las instrucciones sobre el diseño de su nueva casa, me descomponía por dentro, y también me partía, tal vez no mi mundo, pero sí mi alma.

Y como el diablo, que todo lo enreda, debía de andar por allí cerca, al llegar yo a casa me encontré, precisamente, con la última de sus novias, o al menos por mí conocidas, que no era otra que mi examiga Sabrina.

No parecía que me estuviera esperando, ya que se sorprendió al verme, aunque estaba de pie firme en el descansillo, aparentemente sin hacer nada. Sin embargo, en cuanto sus ojos se cruzaron con los míos, le cambió la

expresión.

—Me alegro mucho de verte —afirmó con una sonrisa en apariencia sincera.

—Lástima que el sentimiento no sea mutuo —aseguré con desdén.

—Yo quería pedirte perdón...

—Pero yo no quiero que lo hagas —la interrumpí—. Supongo que a ti te haría sentir mejor, pero a mí no, así que ahora mismo doy por zanjada la conversación.

Mientras recorría los escasos centímetros que me separaban de la puerta de mi casa, aún la oí decir:

—Exageré mis expectativas con Alejo.

Mi respuesta fue igual de clara y de directa:

—Y yo las minusvaloré.

Mal acaba lo que lo que mal empieza. Mal había empezado el día con el recuerdo de Alejo en la forma de esa casa en la ciudad en la que pasamos nuestra primera —y única— Nochevieja juntos, y mal acababa con la presencia de Sabrina en el descansillo de la mía. Si esos dos no estaban juntos debía de ser por alguna desincronización de los motores que rigen los destinos sentimentales de los habitantes del planeta Tierra, porque, desde luego, en mi cabeza, lo estaban.

En cuanto cerré la puerta me dirigí a mi habitación y me tiré encima de la cama. Horas estuve encerrada entre esas cuatro paredes, pese a que mi mente volaba libre planeando sobre los días felices, si es que en verdad alguno lo fue.

Hay algo de cierto en el dicho que asegura que las paredes se te caen encima, porque las mías se me abalanzaban, amagando con alcanzarme y aplastarme, de manera que, por mi propia seguridad y probablemente también por mi supervivencia, opté por salir a la calle con la intención de cambiarlas. Así, cogí mi Mini, el mismo que Alejo había conducido durante cuatrocientos kilómetros hasta Santander aquella víspera de Año Nuevo, para dirigirme a Leroy Merlin, donde compré un par de botes de pintura, y regresé a continuación a mi dormitorio, rodillo en mano.

Tal vez la tarea que había decidido acometer no se tratara de un cambio

radical de aires, pero quizá una sustitución de pigmentos me hiciera ver la vida de otro tono, menos sombrío que el actual, o al menos el ejercicio de subir y bajar de la escalera haría que el desamor, solidificado con mi cuerpo como una celulitis estomacal, fuera disolviéndose poco a poco.

Por desgracia, una vez que acabé con mi ocupación comprobé que mi madre tenía razón al afirmar que, cuando te sientes mal, verdaderamente mal, es el momento menos indicado para tomar una decisión. Y también que en casa del herrero, cuchillo de palo, ya que para ser yo decoradora el resultado no podría haber sido peor. Y es que el color azul que había elegido para mi habitación más se parecía al de una caja de tampones, de marca blanca, que al de un refugio en el que guarecerse de las inclemencias sentimentales que azotaban en el exterior.

Pero al menos estaba hecho. Y yo siempre encontraba gratificante ser capaz de acabar algo, experimentando una sensación similar a la que te produce terminar un crucigrama y, con él, completar un pequeño mundo que se convierte en perfecto en sí mismo.

Pese a ello, como mi satisfacción fue momentánea, salí en busca de otra actividad que llenara mi vacío y acabé en la cocina delante de un cuenco lleno de patatas. Las pelé, las corté, las freí y finalmente las mezclé con el suficiente número de huevos para que la tortilla quedara esponjosa..., esa tortilla que una vez cuajada más sabía a decepción que a patata, porque yo era esa tortilla, y cada una de las rodajas eran trozos rebanados de mí misma, mi inseguridad, mi dolor, mi soledad..., lo que hacía que, una vez digerida, únicamente permaneciera en el paladar un intenso regusto a desencanto.

Intentando quitarme ese mal sabor de boca, busqué otra ocupación para rellenar las horas que me quedaban antes de irme a la cama, que fue dar con un vestido para acudir a la boda de Amanda y Joaquín. El acto se celebraría el próximo fin de semana, por lo que no iba muy sobrada de tiempo, así que arranqué mi ordenador y me dispuse a navegar por las webs de mis tiendas favoritas, hasta que, para mi asombro, comprobé que por primera vez en mi vida la ropa no me hacía disfrutar. De hecho, me resultaba tedioso, e infructuoso, avanzar por esas páginas que más parecían vacías de alma que llenas de promesas de sentirte, en algún momento, algún día, un poco más

guapa, ya fuera por dentro o por fuera.

Algo estaba pasando en mi interior y, una de dos, o estaba descubriendo dentro de mí a una persona que no conocía, ni reconocía, o la vida que yo consideraba como mía se había escapado no ya por la puerta de atrás, sino por una ranura, sin que me hubiera dado cuenta.

Tras comprender que no era ésa la noche para realizar cábalas existenciales, por correr mi cerebro el mismo riesgo que las paredes de mi habitación, opté por centrarme en mi vestido, decidí que cualquiera de los muchos que llenaban mi armario sería perfecto para el enlace, y ocupé mis pensamientos en el jardín de Joaquín.

\* \* \*

Nada más comunicarme el feliz acontecimiento, Amanda me había pedido que me encargara de la decoración de la boda, que se celebraría en la casa de aquél, adonde acudiría sólo la familia y los amigos más íntimos, no más de cincuenta personas, con lo que no sería una tarea difícil.

Mi plan se basaba en realizar un diseño elegante pero discreto. Al fin y al cabo, era la segunda boda para ambos, de manera que cualquier apuesta que se acercara a la ostentación habría resultado inapropiada, e inadecuada, teniendo en cuenta además la personalidad de ambos. No obstante, sí me apetecía crear un ambiente delicado que incorporara algún toque etéreo y también sutil.

Para lograrlo, dispuse en cada una de las mesas mantelerías, vajillas y cristalerías distintas, aunque con un estilo común, adornadas todas ellas con jarrones desiguales repletos de flores silvestres alrededor de los cuales situé decenas de velas, de diverso grosor y altura, y ninguna luz artificial.

Si algo tiene el amor es luz, y si algo tienen las personas que se quieren es que proyectan esa misma luz. Por tanto, cualquier otra iluminación, salvo la proveniente de unas velas, habría resultado superflua y sobrecargado innecesariamente el espacio.

Y como el amor y la música van siempre de la mano —y más en una boda organizada por mí—, contraté los servicios de un pianista con el fin de crear una atmósfera completa, ya que no encontré mejor manera de festejar o

celebrar el amor que convertirlo en minúsculas partículas de aire y dejar que se elevaran hasta el cielo en una noche que resultó la más estrellada. Así, cuando Amanda recorrió la distancia entre el jardín delantero y el trasero, por un camino adornado con la misma decoración floral que las mesas, la música de Erik Satie, y su *Après la pluie*, impregnaba todo el espacio, haciendo aún más bella la noche, que era cálida, más de finales de primavera que de comienzos del otoño, con unos árboles que aún no habían perdido sus hojas ni éstas mudado su color de verde a ocre.

Caminando bajo sus ramas, Amanda relucía. Estaba preciosa, sencilla, sin ninguna joya, con un sobrio vestido blanco y el pelo recogido en una trenza que parecía deshacerse a medida que avanzaba hacia Joaquín, la novia más hermosa para el hombre más feliz.

Una vez concluida la ceremonia, unos trapecistas sujetos por cables ubicados encima de la piscina, que había sido concebida para simular ser un estanque, comenzaron a girar y a voltear sus cuerpos, ascendiendo y descendiendo hasta casi rozar el agua, iluminada por cientos de pequeñas velas.

Después de las primeras caras de asombro de los asistentes llegaron las de admiración, a las que siguió un soberbio aplauso. Y lo cierto es que los bailarines lo merecían. Amanda, por el contrario, únicamente me miró agradecida. Yo sólo le sonreí, levemente, acompañando mi sonrisa de una mirada que le aseguraba la felicidad hasta la eternidad, y mucho más allá.

Ése quise que fuera mi regalo de boda, un recuerdo, no algo tangible, sino algo que pervive y, con suerte, se engrandece en la memoria, aunque no fue el único regalo con doble intención de la noche, ni tan siquiera el mejor, ya que éste se lo entregó la propia Amanda a mi madre, en la forma de un caballero llamado Tristán.

Cuando ambos se vieron frente a frente no hizo falta ninguna palabra. Sus ojos se asomaron a los del otro y supieron, desde ese momento, que no habría nadie más en ellos, porque a veces el amor es sencillo, la vida es fácil y el mundo es para los que permanecen, y también de los que se arriesgan.

—Por cierto, me llamo Álvaro y nos conocimos el día de tu boda, pero no bailando juntos, sino nada más salir del coche, al llegar a la iglesia, cuando el

ramo de flores se te cayó al asfalto y dijiste: «¡Como esto sea premonitorio, me meto ahora mismo en el coche y me vuelvo a mi casa!». Fui yo quien te lo recogió del suelo a la vez que te decía: «Si necesitas chófer, me ofrezco a llevarte hasta el fin del mundo si hace falta». Me miraste con una sonrisa tan agradecida que pensé que no había nadie que se mereciera más ser feliz. ¡Y, unos cuantos años más tarde, al parecer, vamos a conseguirlo!

Bien empieza lo que bien acaba. Todo empezó en una boda, la de mi madre, y acabó en otra, la de Amanda. Además, la tradición asegura que de una boda sale otra. «¡Nunca se sabe!», me dije mirando con cariño a Blanca y a Álvaro, que caminaban juntos delante de mí cogidos de la mano. Al menos, ambos habían encontrado la paz, su paz, mientras que otros seguían en guerra consigo mismos, como yo, bregando con el dolor que me provocaba el recuerdo de Alejo, y también el de Alistair, y con un corazón, el mío, que se retorció, como los cuerpos de esos trapecistas.

Durante unos segundos pensé en Alistair, los suficientes para imaginarlo disfrutando si hubiera podido retratar a esos acróbatas gestando formas imposibles con sus torsos y sus extremidades, aunque no sabría decir a ciencia cierta si, de haber estado allí, se habría integrado o distanciado del resto. A menudo había supuesto, cuando salíamos juntos de excursión a recorrer Escocia, que para él su cámara era una manera de aproximarse al mundo a la vez que un escudo, que utilizaba para protegerse, tanto de los demás como probablemente también de sí mismo.

Curiosamente, un par de días después de la boda, al regresar del trabajo, observé que tenía un sobre grande y muy abultado en el buzón. Al leer el remite vi con sorpresa que era de Alistair. Me picó tanto la curiosidad que no pude esperar a llegar a casa para abrirlo, por lo que, mientras subía, rasgué como pude el precinto que sellaba la parte superior y saqué lo que contenía.

En su interior encontré varios ejemplares de la revista *National Geographic*, y mentiría si dijera que el ascensor no estuvo a punto de detenerse debido al bote que pegó mi cuerpo, y también a causa del respingo que dio mi cerebro dentro de mi cabeza, aunque no a causa de la sorpresa, sino más bien de la estupefacción, o tal vez la conmoción, ya que en la portada ¡había una foto mía!, una foto de la que ni siquiera conocía su existencia.



La imagen se correspondía con la primera excursión que hicimos juntos a Fairy Glen, y el instante en el que fue tomada coincidía con un momento en el que Alistair se había marchado a capturar sus paisajes, dejándome sola, sentada sobre una piedra, esperando a que regresara. Recordaba perfectamente ese momento porque, de un cielo negro, en el que apenas se podía distinguir ninguna nube, surgieron cientos de haces de luz plateada que convirtieron el lugar en un mágico paraje de apariencia metálica.

Aquel día yo permanecí largo rato sentada y reclinada hacia atrás, con los brazos sosteniendo el peso de mi cuerpo para poder contemplar mejor ese cielo que se cubría de misterio, ya que no parecía haber ningún sol detrás proyectando los rayos de luz. Abstraída como estaba, no debí de darme cuenta de que Alistair se había aproximado y tomado esa fotografía, ¡que había acabado en la portada de una revista de difusión mundial!

Pero, por si esa impresión no había sido suficiente, aún me quedaba una segunda, y era el título del reportaje: «Mi Escocia. Porque a veces, cuando miras, el mundo te enamora».

Sin salir de mi asombro, observé que había una nota manuscrita, sujeta con un clip, en la parte correspondiente al artículo en el interior de la revista. Tras desprender el papel con verdadero interés, comencé a leerlo en cuanto me tumbé en el sofá del salón.

Seguí todas tus indicaciones para escribir mi artículo, y al director le gustó tanto que lo llevó a la portada. Definitivamente, eres muy buena en todo lo que haces.

Seguí tanto tus indicaciones que te plagué todas tus frases. No las había mejores. Admitiré de buen grado una demanda.

Le he dado tres vueltas al diccionario y he probado todas las combinaciones posibles, pero no encuentro ninguna palabra que pueda justificar mi comportamiento avuella noche, porque no la hay. Lo único que puedo

darte es una explicación. Dejé que Elizabeth volviera a entrar en mi vida únicamente por un sentimiento muy fuerte de soledad y, aun así, me sentí tan engañado el día de la última cena, tan indignado, con ella, conmigo mismo, que lo pagué contigo, que no tenías ninguna culpa de nada, o tu única culpa era la de ser una persona dulce y maravillosa. Fue justo el momento en el que me diste la bufanda. Simplemente estabas ahí, la chica con los ojos del color del lago.

A pesar de que yo había cerrado el capítulo Alistair definitivamente y dado por sentado que ninguna explicación me satisfaría, en un ejercicio de sinceridad tuve que reconocer que me conmovieron sus palabras y las lágrimas me asaltaron cuando vi un montón de fotografías, dentro de un sobre más pequeño, en las que aparecíamos Calem y yo bailando sobre el escenario. En una de ellas se veía sólo mi cara, extraordinariamente sonriente, mirando hacia un punto indeterminado del horizonte con unos ojos que, en efecto, parecían del mismo color del lago que se difuminaba al fondo. En verdad era un retrato precioso, y yo parecía tan feliz...

Fue entonces cuando vi la última de las fotos, que se correspondía con esa misma imagen, pero impresa a tamaño gigante adornando una pared, de unos tres metros de longitud por dos metros y medio de altura, ¡en el salón de su casa!, con Alistair delante, sentado en un sofá mientras sujetaba un cartel en el que se leía: «Lo siento. Jamás podré perdonármelo».

Me tomé unos minutos para respirar antes de leer el artículo de la revista, en el que, tal y como Alistair me había adelantado, estaban todas mis frases, desde la definición de un día feliz hasta la descripción de ese cielo escocés que yo adoraba. Al final de la información, además, destacaba una nota a pie de página: «Mientras realizaba este reportaje coincidí con Marina Mirizarry, que era la primera vez que recorría Escocia y a la que tuve el placer de mostrársela. En realidad, yo la llevé, pero fue ella quien me la enseñó. Estas

fotos, y estas palabras, representan mi Escocia, pero vista a través de sus ojos. Gracias. Siempre».

\* \* \*

Incapaz de procesar más información, llamé a Clara para que me ayudara. Y, en cuanto leyó los textos y vio las fotos, aseguró:

—Esto es una declaración de...

—Esto es UNA DISCULPA —la corté en seco.

Pero, a pesar de mi interrupción, ella no pensaba quedarse callada, por lo que, tras mirarme con cara de estar pensando «no hay mayor ciego que el que no quiere ver», afirmó:

—Que estás colgada en su salón, y a tamaño *Tyrannosaurus rex*...

—Sí, y parece la publicidad de Apple. Sólo le falta debajo la leyenda «Imagen tomada por un iPhone6». ¡Que es fotógrafo! Es una foto suya, y es preciosa, pero no porque aparezca yo, que a mí ni se me reconoce. Lo que quiero decirte es que los fotógrafos decoran sus casas con sus fotos. ¡Si lo sabré yo, que he diseñado unas cuantas!

—Ya, la misma razón por la que yo tuve a Adam Levine y ahora tengo a Gerard Butler, y a James Blunt, Chris Martin o Ed Sheeran, y más que pienso poner, que ya le he dicho a mi madre que tenemos que cambiarnos de casa para que me quepan todos los pósteres en las paredes... Por cierto, ¿sabes que me han llamado de YouTube para ofrecerme trabajo? ¡No me lo podía creer! Y ¿sabes qué también? Entre el director de Recursos Humanos y yo hubo buenas vibraciones, ¡porque nuestra mala leche está en la misma frecuencia!

No pude por menos que soltar una carcajada y alegrarme por ella, mientras que yo zanjé el tema, para siempre. Tenía que pasar página, cambiar de libro y hasta de biblioteca. De hecho, ni siquiera me molesté en responderle a Alistair, aunque tuve que reconocer que me había hecho sentir algo que no había experimentado jamás, y era contemplar mis recuerdos a través de los ojos de otro.

Pero el problema de ver el mundo a través de los ojos de otro es que, si los cierra, no ves nada.

*Alejo, Marina, un admirador, el  
momento Cenicienta y un timbre que  
sonó*

Marina:

Estoy encantado de tener noticias tuyas después de tanto tiempo, aunque sea por un motivo profesional. Sin embargo, al leer tu correo me ha extrañado que no vayan a cumplirse las condiciones pactadas con Adrián para que sea The Living Home la empresa encargada de llevar a cabo las obras en mi nueva casa, ya que pedí expresamente que fueras tú la que se ocupara de todo el proyecto, y no sólo de su supervisión. Si se trata de algún malentendido, no tengo ningún problema en volver a hablar con Adrián para aclarar las cosas, pero quiero señalar que ése es un punto al que no voy a renunciar.

Quedo a la espera de tus noticias.

Un abrazo muy fuerte,

Alejo

Una vez más, mis planes se habían torcido, ya que él estaba dispuesto a sacar sus garras de millonario para hacer valer su posición, mostrándose ante mí, una vez más, como el puto amo que creía ser.

Aun así, retrasé todo lo que pude nuestra cita, alegando una enorme carga de trabajo tras las vacaciones. De la misma manera, intenté por todos los medios quedar en la oficina, y en horas de oficina, pero obtuve un fracaso absoluto en mis negociaciones, dado que él se escudó en sus continuos viajes, que tenían como consecuencia que no estuviera disponible en otros días que no fueran fin de semana.

Así las cosas, fui yo la que cedió en última instancia, ya que acabamos quedando un viernes por la noche, aunque él también cedió en sus pretensiones de acudir a un restaurante. Desde mi punto de vista, una cafetería, con un refresco entre ambos, constituía un entorno mucho más distante e impersonal que una cena en un ambiente lujoso y con una copa de vino entre las manos, a la que tal vez me costara más ponerle punto final.

No obstante, una vez allí ni siquiera llegamos a entrar. Habíamos quedado en el Vips de Majadahonda, junto a la plaza Colón y, como tantas otras veces en el pasado, como siempre en realidad, me estaba esperando en la puerta, con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados. Nada más verlo caí en la cuenta de que aún seguía llevando, junto a su reloj, la goma con la que yo solía hacerme una coleta, aquella que un día me quitó con la excusa de dejarse crecer el pelo. Mentiría si dijera que el estómago no me dio un vuelco, aunque recapacitando a continuación di en pensar que tal vez fuera un gesto premeditado, en un intento de predisponerme a su favor.

Por el contrario, para el segundo respingo de la noche no pude encontrar ninguna explicación, ya que cuando estuve frente a él me sobresaltó algo tan frívolo, superficial e impropio de mí en aquel momento como lo guapo que era. Desde luego, si existía una lotería genética, él era uno de los ganadores. Y una de dos: o mis recuerdos no hacían justicia a la realidad o se había vuelto más guapo en los últimos cuatro meses y, como prueba, no había mujer, o incluso hombre, que no lo mirara al pasar, y a mí con él, pero de arriba abajo y con extrañeza, intentando averiguar qué hacía un hombre como él con alguien como yo. «Eso mismo me pregunté yo durante un año», me habría gustado decir con el fin de satisfacer su curiosidad.

Con la excusa de preferir otra cafetería en lugar del Vips, recorrimos la Gran Vía entera, librando a cada paso una batalla soterrada en la que yo intentaba centrar la conversación en su nueva casa, mientras que él se zafaba, dando a entender que ésta le daba igual, como en verdad sucedía, hasta que sacó a colación el verdadero motivo de nuestra reunión.

—Y en lo personal, ¿qué tal te va? —me preguntó directo.

—Bien —le respondí tan escueta como secamente, sin hacer la réplica de rigor, es decir, el consabido «¿y a ti?».

Lejos de desanimarse por mi aspereza, Alejo pareció crecerse, ya que, habiendo transcurrido tan sólo unos segundos, afirmó rotundo:

—¿Sabes por qué antes de conocerte no salía nunca a ligar? Porque el problema no es con quién puedes acostarte, sino con quién quieres levantarte. Y tú eres la única mujer con la que me ha apetecido levantarme en los últimos treinta y seis años.

Las piernas empezaron a temblarme, a la vez que un latigazo me sacudió todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Pese a ello, conseguí retomar el control gracias al recuerdo del día en que lo sorprendí con Sabrina, hecho que sucedió bien entrada la mañana.

—Tal vez no has vivido lo suficiente o, en cualquier caso, aún te queda mucho por vivir —afirmé marcando las distancias y evitando entrar en ese terreno tan resbaladizo que es el de los reproches.

—Cierto. Y quiero hacerlo contigo.

Ya habíamos llegado al meollo de la cuestión, y ni siquiera se había dignado ofrecerme una disculpa. Aun así, pensé en la cantidad de veces que deseé oír algo parecido meses atrás y, muy a mi pesar, tuve que reconocer que el sonido de esas palabras atravesando mis oídos los reblandeció y, con ello, mi voluntad.

En ese punto, probablemente lo más fácil habría sido rendirme a mi propia evidencia, pero aún pesaba mucho más en mi ánimo el daño que me había hecho. Y yo tenía que sobrevivir. Tenía que quererme a mí misma antes que a él.

—No creo que tenga siete vidas, y ya perdí una contigo. No puedo permitirme perder ninguna más —le aseguré con tanta resolución como voluntad.

—¿Sólo eso me vas a decir? —se sorprendió.

—Probablemente es más de lo que debería, de lo que merezcas y, en todo caso, más de lo que tú me dijiste, y con bastante más educación.

Intentando infundirme valor y determinación para la decisión que acababa de tomar, lo miré fijamente a los ojos, sin un ápice de emoción, tras lo que me di media vuelta y me marché.

Mientras me daba la vuelta, pude observar que mi reacción era lo último

que Alejo esperaba, puesto que, incluso ya de espaldas, percibí su perplejidad, y su desconcierto, en la forma de una cara en la que se leía «el puto amo no sabe lo que está pasando».

Sorprendentemente, yo también estaba confusa, ya que todas las veces que había fantaseado con esa revancha, con decir «no» en caso de que él dijera «sí», siempre había supuesto que desquitarme me haría sentir mejor, liberada de un peso que aún aplastaba mi alma. Por el contrario, me sentí peor que antes de pronunciar esas palabras, tal vez porque empezaba a ser consciente de haber quemado la última oportunidad de compartir mi vida con alguien.

No obstante, Alejo no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. De hecho, bien poco tardó en seguir mis pasos, y afirmó desilusionado al alcanzarme:

—Si te vas, habré perdido a la mujer de mi vida.

Parecía sincero, lo que no era bueno para mí, ya que despertaba mi neurosis, esa enfermedad que me hacía ser capaz de pensar en un minuto «blanco» para, al minuto siguiente, pensar «negro». Es decir, que había una fuerza procedente de mi corazón que comenzaba a empujarme hacia él, mientras que mi instinto de supervivencia tiraba en sentido contrario, retenéndome. Y también lo hacía mi dignidad, el único patrimonio de los pobres. Además, si algo había aprendido de mi madre era que la infidelidad se trataba de una mancha que no había detergente que la eliminara.

—No creo que lo sea —le respondí, haciendo acopio de valor—. De ser así, no me habrías tratado como lo hiciste.

—Te aseguro que lo eres —intentó convencerme una vez más.

—Y yo te digo que no, y también que conmigo estás perdiendo un tiempo valioso que deberías emplear en buscar, y encontrar, a la que sí lo es.

—Según mi experiencia —prosiguió sin desanimarse—, cuando una mujer dice «no», a veces quiere decir «sí», y cuando eso sucede lo que desea en realidad es que el hombre se mate por recuperarla. Si lo hago, ¿servirá de algo?

—No sé con qué mujeres tratas tú, pero una mujer normal cuando dice «no» es «no» —le rebatí ofendida—. Y por lo que se refiere a la segunda parte, supongo que serás consciente de que planteárselo en la forma en la que

tú lo haces constituye la certeza de que no merece la pena ni intentarlo.

Por segunda vez en la noche, di media vuelta y me marché, andando lo más rápido que pude, tratando de alejarme más de mí misma que de él, quien, por segunda vez, vino corriendo detrás de mí. Tras situarse a mi altura, me agarró suavemente por la cintura, como aquella primera vez en la que me besó y, antes de que pudiera apartarme, me susurró un profundo «lo siento» que sonó a remordimiento en mi oído.

—Yo no —le espeté mientras me soltaba y lo miraba con valentía a la cara, con unos ojos que le decían «gracias a eso comprendí qué clase de hombre eres».

—Me asusté —musitó—. Fuiste mi primera novia y...

—¿Fuimos novios?! —exclamé casi con ira.

—¿No crees que lo fuéramos? ¡Dios mío..., ¿tan mal lo hice?! —se lamentó, empleando para ello el típico gesto de pegarse un tiro en la sien de haber tenido una pistola en la mano—. ¿De verdad no crees que hubo algo especial entre nosotros?

—¿A qué parte te refieres exactamente? ¿A la de encontrarte en ropa interior con mi amiga? —exploté.

—Fue un error, el error más lamentable de mi vida, y sólo fue sexo, un sexo horrible, además. Después de hacerlo, vomité..., porque no eras tú... Pero no fui a buscarte porque me asusté y, a medida que pasaban los días, me asustaba cada vez más al comprobar que lo que sentía por ti se hacía inmenso, incluso más grande que yo.

—Experiencias todas ellas que te ayudarán con la próxima Sabrina con la que estés —aseguré con cierto desdén.

—Ya te lo he dicho antes: si algo he aprendido es que no se trata de con quién duermes el viernes, sino de con quién te despiertas el sábado y con quién quieres pasar el domingo. Y yo sólo quiero pasarlo contigo. Echo de menos nuestras charlas, nuestras conversaciones, nuestros viajes, nuestros wasaps, nuestras risas, tu sentido del humor... ¡Tu sentido del humor! Hacía que me congraciara con el mundo por ser un lugar tan horrible... sin ti.

—Si de algo está lleno ese mundo tuyo tan horrible es de mujeres, así que no te costará...



—Me vas a perdonar por lo que voy a decirte —me interrumpió—, pero, aunque ya era consciente en su momento de lo especial que eres, lo he sido aún más después de romper, porque no he hecho sino buscar a mujeres con las que olvidarte..., sin conseguirlo. Puedes creerme cuando te digo que daría todo lo que tengo por volver a pasar un día de aquéllos contigo. Echo de menos tus besos. ¡Dios...! Eran mejores que el sexo, y eso que contigo he tenido el mejor de mi vida. Estábamos conectados, alineados..., tu cuerpo era perfecto para el mío..., tú eras, eres, perfecta para mí. Y eso no he podido encontrarlo en nadie, ¡y mira que lo he intentado!

—O sea, que estás jodido, pero jodiendo. ¡Bonita manera de joderme a mí de nuevo! —exclamé en un alarde de vulgaridad que no me importó lo más mínimo.

—¡La he vuelto a cagar! —se lamentó, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Lo siento! ¡Pero es que no sé qué hacer, o decir, para recuperarte!

—No puedes.

En realidad, la que no podía era yo, y lo que no podía era volver a sufrir, por él. Pero Alejo no parecía entenderlo.

—Dime la verdad: dime que en estos meses no me has echado de menos y te dejaré en paz.

—¿Quieres la verdad? —repliqué—. La verdad es que en estos meses me he muerto cada día un poco por ti, o me has matado cada día un poco más. Antes de Sabrina vivía por ti, y después de verte con ella me moría por ti. Y yo no merezco morir, ni por ti ni por nadie.

Después de proferir ese alegato final, volví a iniciar la marcha y, aunque tardó unos segundos en reaccionar, cuando me alcanzó lo hizo para abrazarme muy fuerte por detrás, sin dejarme posibilidad alguna de escapar, susurrándome un infinito «te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero...». Mientras lo decía me abrazaba más y más fuerte, besando mi pelo, mi cuello, parando sólo para coger aire y respirar... y continuar...

—Te quiero, te quiero, te quiero..., y no voy a dejar de decírtelo, ni voy a dejar que te marches. Nos vamos a quedar aquí hasta que seamos viejos, y aún entonces seguiré diciéndote que te quiero.

Ironías de la vida. La segunda vez en mi vida que me decían que me

querían y era al romperse definitivamente una no-relación mantenida con un novio que ni siquiera sabía que había tenido.

—Y sé que si no estás con nadie ahora—prosiguió— es porque todavía queda algo de mí en ti que no has conseguido borrar.

«Y ¿cómo sabe él que no hay nadie en mi vida?», me pregunté, hasta que caí en la cuenta. Tonta de mí, por un momento había olvidado la existencia de YouTube o la posibilidad de que la información proviniera de Clara, por lo que no me molesté en preguntar, aunque sí me defendí.

—Tú no eres la causa de que yo no haya empezado otra relación. Lo soy yo. Tras una ruptura, no comienzas de nuevo cuando estás preparado para ser feliz, sino cuando estás lo bastante fuerte para que vuelvan a hacerte daño, y yo no voy a consentir que eso suceda.

—Te juro que nunca, jamás, volveré a hacerte daño.

Dicho eso, me giró con suavidad hasta que los dos estuvimos frente a frente y comenzó a besarme en los ojos, en la nariz, en las mejillas, cada vez más cerca de mis labios, aunque sin llegar a tocarlos, porque lo que pretendía era que yo lo deseara.

Dispuesta a no rendirme, intenté soltarme, pese a que el efecto que esa maniobra produjo en Alistair fue que me sujetara todavía con más fuerza.

—No te vayas, por favor —me suplicó—. Quédate conmigo. Si aún no te has marchado es porque tienes dudas...

Pero yo no tenía dudas, lo que tenía era miedo, miedo de tomar la decisión equivocada, aunque bien sabía que sólo había dos tipos de hombres:

- Los que quieren de verdad, que son los menos.
- Los que quieren a su manera, que la mayor parte de las veces acaban queriéndose sólo a sí mismos.

Y mucho me temía que Alejo era de los segundos. Así, lo que yo presentía era que, si bien él se mostraba convencido de estar enamorado, únicamente se trataba de lo que yo denominaba inercia, una fuerza que te empuja de atrás hacia delante, logrando que, una vez tomada una decisión, no vuelvas a replanteártela..., hasta que otra fuerza contraria produce el efecto opuesto.

Empleando un símil automovilístico, yo presuponía que en Alistair se había producido un proceso similar al del frenado de un coche; es decir, que desde que se presiona el pedal hasta que el vehículo se detiene se generan un tiempo y un espacio en los que éste posee una vida propia que no se puede controlar. Y, desde mi punto de vista, en eso consistía el afecto que Alejo sentía por mí, ya que se trataba de un amor que estaba desligado de él, que se había desprendido de él, escapado de su mente, y que se volatilizaría después de haber logrado su objetivo, que no era otro más que volver conmigo.

No obstante, y a pesar de que mis ideas estaban claras, Alejo estaba tan cerca que me sentía confundida. Y si algo me daba miedo era dejarme arrastrar, porque si yo volvía a sentir amor por él, él volvería a tener poder sobre mí. Y es que, a pesar de lo mal que me había tratado, cuanto más lo miraba más me gustaba lo que veía. Aun así, cada vez que fijaba mis ojos en los suyos intentaba adivinar lo que podría haber sido pero no fue, ya que no conseguí que me quisiera. Desgraciadamente, mi amor nunca tuvo esa clase de poder: logró transformarme a mí, pero no consiguió hacerlo también con él.

Una vez analizada, pues, la situación, y contempladas las perspectivas, traté de zafarme de él, aunque de nuevo sin éxito.

—No, por favor..., sé que te marcharás si te suelto...

Estaba en lo cierto.

—Quédate conmigo..., siempre... —continuó—. ¿Sabes cuál es el mejor recuerdo que tengo del tiempo que estuvimos juntos? Aquel día que estaba tan hundido, cuando pensé que iba a perderlo todo. ¿Quieres que te diga por qué fui a buscarte? Porque me encontraba tan mal que únicamente contigo podía sentirme mejor. Y así fue. Fue sólo verte y mis problemas, que eran muchos, dejaron de ser tales. Recuerdo que apenas hablaste, sólo estuviste a mi lado, justo lo que yo necesitaba, porque tú siempre sabes lo que me hace falta.

Echando la vista atrás, recordé haber pensado aquella noche que él y yo únicamente éramos un hombre y una mujer, desvestidos de todo artificio y revestidos de nosotros mismos.

—Y esa frase que me mandaste —prosiguió—, acerca de ser el único espermatozoide en llegar a la meta, fue lo mejor, perfecta, como todo en ti. ¿Te conté que gracias a ella se me ocurrió cómo recuperar mi empresa y que todo

quedara en un susto?

—No, Alejo, porque pasaron tres meses sin que tuviera noticias tuyas, ni una llamada, ni un solo mensaje. Y eras consciente, porque te lo había dicho previamente, de que mi único miedo era que desaparecieras. Y aun así consentí en volver contigo, hasta el fiasco final...

—Realmente lo hice mal —se lamentó apesadumbrado—. No se trata de una excusa, pero creo que el hecho de no haber tenido ninguna relación previa hasta la nuestra no me convierte en un experto en la materia precisamente. Yo iba a salto de mata, sin saber muy bien hacia dónde tenía que dirigirme, lo que no quiere decir que no sintiera nada por ti. Todo lo contrario. Pensaba en ti a todas horas, pero quizá no supe ver lo que necesitabas tú.

Esa última confesión me conmovió hasta en lo más hondo, porque por primera vez parecía que se ponía en mi lugar. Sin embargo, a continuación, hizo otra que me conmovió aún más.

—Aquella noche, cuando te supliqué una y mil veces que te quedaras conmigo un poco más, te habría pedido que te casaras conmigo porque me moría de amor por ti. Y, de no haber estado tan perjudicado, anímicamente hablando, te aseguro que lo habría hecho.

La que casi fenecí fui yo al oír esas palabras, si bien conseguí recuperarme y asegurar:

—Bueno, ya sabes lo que dicen, que las palabras más importantes son las que no se dicen. Y si no las dices nadie las oye. Pero, en cualquier caso, son sólo palabras y para mí lo único relevante son los hechos. Y ¿cuáles son los nuestros? Durante un tiempo nos vimos bastante, todos los fines de semana, hablábamos con frecuencia por teléfono y nos intercambiábamos mensajes divertidos, pero nada que evidenciara que entre nosotros existía una verdadera relación. La consecuencia de todo ello es que éramos amigos bien avenidos con derecho a roce. Sólo eso. Además, ya te lo dije una vez: yo no soy nada, como mucho, una persona normal y corriente, y tú lo eres todo, alguien que lleva el éxito escrito con letras doradas en cada cosa que hace. Es imposible que podamos estar juntos. No podría salir bien. Y a la vista está que no salió bien.

—Te estás infravalorando, y mucho, pero, en última instancia, me da igual

quién seas tú, o quién sea yo. Tú eres perfecta para mí. Y no buena, o maravillosa, que también lo eres, sino perfecta. Y tienes razón en lo de las palabras, dado que para que las oigan tienen que salir de tu boca, de manera que ahora mismo voy a decirte todas las que son importantes para mí: te quiero con locura; estoy enamorado de ti hasta la última fibra de mi ser; mi vida sin ti es un sitio horrible en el que no quiero estar; quiero pedirte que te cases conmigo en el lugar más romántico, con un anillo que será el más grande, para que vayas baldada cuando lo lleves y nunca te olvides de mí, y también el más bonito, para que cuando no estemos juntos una sonrisa ilumine tu cara mientras piensas en mí; quiero una boda, grande o pequeña, que lo mismo me da, sólo para gritarle al mundo, a todo el mundo, que eres tú y sólo tú, que soy sólo tuyo, que tú eres sólo mía y que somos perfectos el uno para el otro; quiero quererte, hacer el amor contigo, que te metas en mi cama y que no salgas de ella, que te pegues a mí, olerte, respirarte, un día, y otro más, porque quiero estar siempre contigo.

Con cada una de sus palabras una lágrima corría por mis mejillas, porque el amor es extraordinario para el que lo cuenta, pero aún más asombroso para el que lo escucha. No obstante, no era suficiente para Alejo, ya que tenía un as guardado en la manga que no estaba dispuesto a desaprovechar.

—Tú lo has dicho antes, que te morías por mí, y yo también me muero por ti, por no estar contigo. Me muero un poco cada día. Dame otra oportunidad, por favor. Estoy tan desesperado que, como habrás supuesto desde el principio, la casa de Santander es sólo una excusa para tener una cita contigo. ¿Quién, salvo alguien que esté enamorado, es capaz de cometer esa locura?

«Un hombre rico», me dije, para el que ese dinero era sólo calderilla. También había comprado la de El Escorial para contactar conmigo y había acabado liándose con Sabrina. Pese a esta certeza, mi corazón era un torbellino de emociones y mi cabeza un remolino de ideas, y de personas a su vez. Pensé en Alistair, en su sentencia final el día de la última cena en Skye, ¡incluso en Gerard Butler!, y la mención que Alistair hizo de él: «¿Acaso llegaste a pensar en algún momento que alguien como él iba a querer estar con alguien como tú?». Gerard no era Alejo, pero sí lo más parecido que yo podría llegar a conocer.

Para mi sorpresa, en esta ocasión, mis dudas no se centraban únicamente en este último. Por primera vez presentí que, de comenzar una relación, podría acabar mal no sólo por él, sino también por mí, porque una voz en mi interior me susurraba que yo ya no sentía ese amor, arrebatado e inconsciente, que un día sentí. Aun así, me escudé pensando que quizá me estuviera cegando el orgullo, o tal vez fue otra ceguera, la de mi soledad, o la de mi deseo de ser querida, la que finalmente me llevó a darle la oportunidad que me pedía.

Nos besamos como si fuéramos la última pareja sobre la faz de la Tierra, como si no fuera a existir nada más después de nosotros, ni más luna, ni más sol, ni más lluvia, ni más nieve, ni más viento, ni más estaciones, meses, días, minutos o fracciones de segundo. Nada salvo nosotros en esa noche, en esa calle, en este mundo o en cualquier otro que pudiera poblar cualquier universo ignoto.

Sin mediar palabra, puso su brazo sobre mis hombros y me llevó hasta su coche. Para entonces yo había vuelto a perder mi voluntad, que se había integrado a la suya e iba camino de su casa. Ambos permanecemos en silencio durante todo el trayecto, si bien él conducía sujetando mi mano, que besaba de vez en cuando, y también me miraba, mientras yo adivinaba en sus ojos, así como en los míos, algo que pensaba que era amor.

Tras cruzar el umbral, mi cuerpo, transformado en un montón de capas de las que Alejo se deshacía a su antojo, horadándolas sin encontrar ninguna resistencia a su paso, se convirtió apenas en un instante en un hervidero de células que ardían a más de mil grados de temperatura con un único afán: alcanzar un punto de ebullición en el que desintegrarse primero para volatilizarse después, ya ajenas a mí, pero consagradas a él.

Dentro de mi cerebro, y por todo mi ser, fluyendo a través de mi torrente sanguíneo, viajaban vertiginosas millones de neuronas convertidas en una amalgama de energía que me sacudía con ferocidad, en una suerte de tormenta eléctrica cuyos rayos y relámpagos amenazaban con dejar sin luz todo el universo, infinito o no.

—Si me muero ahora mismo moriré feliz, porque sé que te pertenezco y que tú me perteneces, para siempre —me susurró mientras se pegaba a mí, tan fuerte que más que abrazarme parecía que me estuviera cosiendo a su cuerpo.

Pero era yo la que quería morirme, un poco de amor, un poco de felicidad, porque ese hombre tan fascinante, tan maravilloso, tan atractivo, con todo su talento, con toda su fuerza, era mío. ¡Ese hombre me quería!

—Espero que te haya gustado —comentó con picardía—, porque yo no podría vivir sin repetir.

—¿Repetir? ¿Acaso hemos acabado? —le respondí mientras le guiñaba un ojo divertida.

Alejo sonrió, como no lo había hecho en toda la noche, mientras respiraba hondo y me abrazaba aún más fuerte.

—No te vas a ir nunca, ¿verdad? —me suplicó, aunque no sólo con sus palabras, sino también con la mirada.

Yo no le respondí, verbalmente al menos, pero lo besé, lo más apasionadamente que pude, beso que él interrumpió para preguntarme:

—Mañana me dan un premio al mejor empresario del año. ¿Querías venir conmigo, como mi pareja?

Acepté feliz, no por el acto en sí, sino porque ese hombre increíble quería compartir una parte de su vida conmigo, porque quería que en un día tan especial yo estuviera con él.

Según me comentó después, se trataba de una fiesta de inspiración española para la que se pedía expresamente en la invitación que algún detalle de la vestimenta recordara a nuestra madre patria. Con esa idea en mente, por tanto, me fui de compras al día siguiente a Las Rozas Village, ese *outlet* repleto de tiendas de lujo en el que, con un poco de suerte, podría adquirir ropa de marca a un precio más asequible.

Mi único propósito era encontrar el vestido más bonito con el que Alejo pudiera sentirse orgulloso de mí. Para ello, y tras pasarme toda la mañana dando vueltas, al final me decanté por un Armani de gasa negro, vaporoso y ligero, sobrio y elegante, como no podía ser de otra manera tratándose de esa marca, y que en ningún caso me podía permitir, pero ¡no todos los días se estrenaba novio y vida nueva!, y eso bien valía un atuendo a juego.

Se trataba de un traje largo, con picos asimétricos en la parte inferior, ceñido al cuerpo y con unos tirantes finos que morían en la espalda, dejándola al aire, lo que resultaba perfecto para el peinado que tenía pensado. Ya que

había que lucir algo típicamente español, consideré original hacerme una trenza desestructurada e introducir en ella un clavel rojo, tallo y hojas incluido. Unos labios también rojos, con un tono marcadamente oscuro, y un bolso a juego harían el resto.

Antes de la hora acordada, como siempre, Alejo pasó a buscarme, si bien esta vez subió hasta mi casa cargado con un enorme ramo de rosas, en el que debía de haber más de doscientas, acompañado de una nota en la que había escrito: «Las segundas oportunidades nunca fueron buenas; siempre fueron mejores».

Mentiría si dijera que no me emocionó el gesto, y también su beso, profundo, como el amor que yo volvía a sentir por él.

—Estás impresionante —me dijo a modo de saludo, con una mirada que más que recorrerme me traspasaba.

Y él también lo estaba, vestido con un esmoquin ajustado que lo convertía en el hombre más apuesto de la Tierra. Yo, por mi parte, era la personificación de la felicidad, y también de la alegría, con una sonrisa, la mía, que sólo me hacía presagiar cosas buenas, promesas de una vida mejor en la que, por fin, no estaría sola.

No obstante, y pese a mis buenos augurios, la noche se torció casi antes de empezar. Así, nada más llegar al restaurante, Alejo empezó a patinar al no saber cómo presentarme a la gente que se le acercaba para saludarlo y darle la enhorabuena. Yo nunca pensé que algo tan aparentemente carente de importancia pudiera entrañar tanta dificultad, porque —desde mi punto de vista, al menos— resultaba fácil decir: «Es mi novia», o algo aún más básico como: «Ésta es mi amiga Marina, que me acompaña». Sin embargo, se limitó a quedarse callado, de manera que a la que brearon a preguntas fue a mí.

Incapaz de callarme, de ponerlo en un brete —por si tenía alguna razón de peso para no desvelar nuestra relación— o de pensar algo más apropiado para la situación en la que nos encontrábamos, me limité a afirmar algo tan estúpido como:

—Soy su decoradora de interiores. Lo estoy ayudando con el diseño de una casa que acaba de comprarse.

Y ése fue el principio de mi perdición, literalmente, porque acabé perdida



entre una maraña de mujeres que, al saber que el campo estaba libre, se abalanzaron sobre él. Con el alma, caída a mis pies, y su cuerpo, que cada vez se alejaba más del mío, no me vi con las fuerzas suficientes para ir tras él. En consecuencia, me senté en una silla, completamente sola, con la esperanza de que en algún momento próximo se acordara de mí, cosa que no sucedió en la siguiente media hora, que fue el tiempo que tardó en comenzar el acto.

Una vez recibido el galardón, y antes de pronunciar su discurso, yo confiaba que me dedicaría alguna palabra de afecto, como hacen los actores cuando les conceden un premio, pero abrigar un deseo con anticipación no suele librarte de la decepción posterior, que inevitablemente sobreviene cuando no se consigue el objeto de deseo, ni el inicial ni ninguno ulterior. Y es que, tras el premio, llegó el cóctel y, con él, otra media hora más de espera en la que yo permanecí en la misma silla, sin más compañía que una copa de vino entre las manos y su cabeza a lo lejos, sobresaliendo por encima de la multitud, aunque a veces conseguía adivinar parte de su cuerpo, envuelto en abrazos de hombres y rodeado de manos de mujeres.

Poco después, con tanto vino como hastío recorriendo mis venas, opté por mandarle un escueto wasap en el que aún no le mostraba mi desencanto, pero sí mi posición: «Salgo al jardín. Búscame ahí cuando te quedes libre».

La noche era bonita, cálida y salpicada de estrellas. Me apoyé en una barandilla desde la que se divisaba Madrid a lo lejos, plagado de luces minúsculas que imaginé se correspondían con las vidas de millones de personas que, en ese preciso momento, serían felices. Yo, por el contrario, luchaba por no llorar a causa de mi propia debilidad, por haber vuelto a caer y por no ser capaz de entender. ¿Para qué había montado toda esa pantomima? ¿Para demostrar su poder sobre mí y probar que podía manejarme a su antojo? ¿O era mucho más básico y masculino que todo eso y había vuelto a asustarse ante lo que perdería si se comprometía públicamente conmigo?

En ese instante recordé una de las frases que Alejo me había dicho el día anterior: «Daría todo lo que tengo por volver a pasar un día de aquéllos contigo». Había pasado una noche, y le había salido gratis. Deduje, por tanto, que ya había conseguido lo que había ido a buscar y olvidado del resto, incluido que a esa fiesta había acudido conmigo. Se había producido el efecto

inercia que yo tanto temía, el efecto frenado, cuya consecuencia era que sus afectos se habían volatilizado una vez logrado el objetivo.

Yo no negaba que le gustara, pero se le olvidaba... Por esa razón, una posible relación entre nosotros únicamente podría sobrevivir en la más absoluta intimidad, sin nada que interfiriera en ella, ya fuera el trabajo u otras personas. Y eso no había realidad ni alma de mujer que lo aguantara.

De cualquier manera, y a pesar de lo abatido de mi ánimo, encontré una razón para consolarme: hay amores que tienen que pasarse —al igual que ciertas enfermedades— para hacerte inmune a ellos, sólo que yo también había necesitado de una vacuna, con tres dosis, y no muy efectivas, por cierto, a la vista de que, aun con el corazón roto por tercera vez, lo seguía queriendo con todos y cada uno de los trozos rotos.

Allí estaba yo, en aquel jardín, sola, con mi traje de Armani, ese que no podía permitirme, y una vida más gastada de las seis que, en ningún caso, me quedaban, dado que ya estaba muerta. Y, además, me moría un poco más cada vez que respiraba.

Mientras apuraba el último sorbo de mi copa de vino, un chico joven, alto y bien parecido se acercó hasta mí, preguntándome con un punto de descaro, aunque con mucho encanto:

—Y ¿tú quién eres?

—Nadie que pueda interesarte conocer —le respondí con un atisbo de decepción.

—¡Guau..., buena frase! Sabrás que, con ese tipo de comentarios, dirigidos a un hombre, consigues el efecto contrario, ¿verdad?, es decir, que se vuelvan locos por conocerte.

Le sonreí con dulzura, aunque con abandono, y volví a sonreír cuando me dijo:

—¡Otra vez! Mirada lánguida y vulnerabilidad. ¡Esto se está poniendo interesante! No hay nada que motive más a un hombre que tener que rescatar a una mujer. ¿De quién tengo que salvarte?

Negué con la cabeza, dándole a entender que no había posibilidad alguna de salvación, mientras afirmaba:

—De mí misma.

Me miró con empatía, tanta como con inteligencia, tras lo que me preguntó con verdadero interés:

—¿Qué te hizo?

—Nada que yo no le dejara hacer. Y, una vez dicho esto, creo que ha llegado el momento Cenicienta. ¡La calabaza me espera!

Acto seguido, soltó una carcajada, tras la cual afirmó:

—¡Y encima con sentido del humor! Lo siento, pero no puedo dejarte ir sin que me digas al menos tu nombre.

—Hoy no tengo de eso.

Noté que le gustó mi respuesta, si bien no lo que implicaba, que era seguir sin ninguna información sobre mí. Pero yo estaba decidida y, por tanto, ya había iniciado la marcha, aunque pensando una vez más en mi madre y en la cantidad de veces que me había aconsejado como método para atraer a los hombres: «Déjalos pensar que nunca te van a tener y creerán que es lo peor que puede sucederles en la vida». Y algo así debió de pasar por la mente de mi nuevo admirador, ya que parecía no estar dispuesto a darse por vencido.

—¿Y el zapato? —preguntó, aparentemente cambiando de tercio.

Sin alcanzar a comprender el sentido de esas palabras, me volví mientras lo miraba con unos ojos en los que se leía que necesitaba de una aclaración.

—Cenicienta perdía un zapato —me explicó—. ¿Cuándo se te va a caer para que yo te busque primero y te haga entrega de él después?

—Son de Jimmy Choo. Ni en sueños los voy a perder.

Su carcajada sonó inevitable, tras la cual prosiguió con su exposición:

—De acuerdo entonces. Déjame que, aunque no tu príncipe, sea un caballero y te lleve a casa.

—Eres un encanto —aseguré mientras lo miraba con agradecimiento—. Y, además, muy amable, pero ya he pedido un taxi, y debe de estar al caer.

Era cierto. Lo había hecho poco después de salir al jardín, como también lo era que al mismo tiempo le había mandado un segundo mensaje a Alejo en el que le anunciaba, básica, sencilla y simplemente «Me voy a casa», de nuevo sin respuesta.

Un segundo más tarde llegó mi taxi. Como el buen caballero que parecía ser, mi nuevo acompañante me abrió la puerta y me tendió la mano para que

podiera entrar con más facilidad.

—Por favor..., sé qué...

No podía dejar que continuara, esa noche no, por lo que lo interrumpí, sin palabras, sólo negando con la cabeza, aunque ofreciéndole en compensación un beso suave en la mejilla, a la vez que pronunciaba un complacido «gracias».

Se las merecía, porque me había hecho sentir mejor, porque me había hecho creer que aún era posible que un hombre, aunque sólo fuera durante un segundo, pudiera tener algún interés en mí.

Antes de que arrancara el taxi puso su mano en el cristal de la ventanilla, intentando hacerme cambiar de opinión, pero mi decisión ya estaba tomada. Se habían acabado los hombres para mí. Ahora ya sabía que ninguna relación en la que me involucrara podía funcionar. ¿Razón? Incompatibilidad de caracteres..., o tal vez de afectos. Primero fue Víctor, al que quise; luego Alejo, al que quise aún más, y después Alistair, al que podría haber querido.

Al fin y a la postre, todas mis relaciones habían sido zona de paso, como el pasillo de un aeropuerto, un camino que los demás utilizaban para llegar a otro sitio, a una puerta de embarque que los condujera hasta otro destino..., y yo sólo era el pasillo, tan gastado como pisoteado. Y eso tenía que acabar. Tenía que dejar de sufrir, y únicamente dejas de sufrir cuando dejas de esperar.

De vuelta a casa, en la radio del taxi sonaba una canción que me resultaba familiar, *Feeling the Pull* («Siento el tirón»), de Glen Hansard. Como él, yo también me sentía minúscula bajo un cielo mayúsculo, pero a mí, más que arrastrarme, o abandonarme, me olvidaban, aunque eso sí, con mi corazón hecho migajas.

El resto de la noche lo pasé en vela, con el teléfono en la mano, esperando a que Alejo diera señales de vida. Sin embargo, las horas avanzaban y ningún mensaje entraba en la pantalla de mi móvil. ¿Quizá no fuera consciente de que me había marchado de la fiesta? ¿Tal vez se había olvidado de que había acudido conmigo? ¿Le era indiferente cualquier supuesto porque todo le resbalaba?

En cualquier caso, mi insomnio no se debía a que me planteara darle una

nueva oportunidad. Nuestra historia había muerto y ya estaba enterrada, en una caja de pino y a dos metros bajo tierra. Así, mi relación con él había llegado a un punto de no retorno, similar al de un avión cuando, alcanzada una cierta altura, aunque detecte alguna avería durante el despegue, tiene necesariamente que ascender, ya que el sistema de navegación le impide volver a aterrizar.

Lo que me mantenía despierta, y mortificada, era que Alejo hubiera decidido que tenía carta blanca en mi vida, pase de pernocta incluido; es decir, que se hubiera atribuido el derecho a hacer lo que le diera la gana. Y yo necesitaba dejarle claro, de una vez por todas, que conmigo no podía hacer de su capa un sayo, ni campar a sus anchas dentro de mis fronteras, porque la Marina acomodaticia y poco combativa estaba también sepultada a dos metros bajo tierra. Además, me urgía saber, con una curiosidad casi morbosa, cuál era la explicación que pensaba ofrecerme como justificación a su espantada, que, en última instancia, sería la que pondría el punto final a nuestra relación.

Éstos fueron los motivos, y no otros, por los que me quedé en casa sin salir durante todo el sábado, determinación cuyo propósito último era no sólo vigilar el teléfono, sino también la puerta, no fuera a presentarse sin avisar. La única medida que adopté, y que diferenció la madrugada de la mañana, fue que cambié la cama por el sofá, aunque en idéntica posición, incapaz de desarrollar otra actividad que no fuera convertir el oxígeno en dióxido de carbono o, lo que es lo mismo, pasar uno de esos días que yo llamaba «con la carne al punto», en los que a mi madre, cuando venía a preguntarme cómo quería el filete, yo le respondía que vuelta y vuelta, sólo que la sartén era el sofá y yo misma era el filete.

Mientras esperaba, los minutos se escurrían, a veces ágiles, a veces perezosos, entre las manecillas de mi reloj, pero Alejo, esquivo, seguía sin dar señales de vida. Después de comer, agotada como estaba tras haber pasado toda la noche en vela, me eché una larga siesta de la que me desperté renovada, en el sentido estricto de la palabra. Es decir, que, para mi asombro y satisfacción, la persona que abrió los ojos no era la misma que los había cerrado horas atrás, ya que la sensación que había experimentado hacía un par de días cuando Alejo me había pedido una segunda oportunidad —esa voz que sonaba en mi interior para advertirme de que el amor irrefrenable e inevitable

que había sentido en algún momento por Alejo ya no era tal— se había acrecentado.

Es más, si cerraba los ojos y pensaba con quién querría tomar simplemente un café en ese instante, la figura de Alejo no era la que se me presentaba como la del compañero perfecto. Y hasta a mí me sorprendió de quién era la cara que asomó en primer lugar a mi retina.

Desconcertada, sacudí mis ideas y volví a empezar de nuevo, creyendo que debía de tratarse de un cortocircuito de mi cerebro, o de un recuerdo mal procesado. Con el fin de calibrar bien mi mente, pasé revista a todos los hombres que había conocido en el último año, hubieran significado algo para mí o no. En primer lugar, pensé en Alejo, por ser el que había dejado la huella más prolongada y profunda, así como la más reciente y dolorosa, pero también en Alistair y en sus ojos, en esos ojos en los que me habría gustado perderme y que resultaron ser una trampa mortal para mí.

Por mi pensamiento desfilaron a su vez todos los famosos que habían aparecido por la isla de Skye, desde Chris Martin hasta James Blunt, pasando por Ed Sheeran o Gerard Butler, recordando con una sonrisa nuestro baile y su insinuación de quedar una segunda vez. Incluso me acordé del chico de la fiesta del día anterior, el que quería saber algo más sobre mí a toda costa, propuesta que yo rechacé doliente como estaba por el abandono de Alejo. «A lo peor era el hombre de mi vida y dejé escapar mi oportunidad», me dije mientras una pequeña punzada de arrepentimiento se clavaba en mi estómago al recordar su mano sobre la ventanilla del taxi intentando detenerlo.

Tras unos segundos, descarté todas esas ideas al ser consciente de que, al menos en el punto en el que me encontraba en ese momento, no era tanto a ellos a los que echaba de menos, a ninguno de ellos, sino a la persona que yo era con ellos.

Aun así, quise hacer de nuevo la prueba. Por tanto, volví a cerrar los ojos, ¡y ahí estaba él!, ¡el mismo de antes!, ¡inmóvil e inamovible! Y, pensando en Alejo, no pude por menos que sonreír.

Cuando había abandonado toda esperanza con respecto a él, a eso de las nueve de la noche sonó el timbre de la puerta. «¡Sólo ha tardado un día en darse cuenta!», exclamé para mis adentros con indignación, tanta que pensé en

no abrirle y dejarlo fuera con su cargamento de falsas excusas. Sin embargo, la revancha, mi revancha, me hizo cambiar de opinión. Esa noche iba a ser yo la que le dijera con la mirada, y tal vez también con palabras: «Hoy soy yo la puta ama».

Mientras iba camino de la entrada, la letra de *Mientes*, la canción de Camila, se atropellaba en mi cerebro. Envalentonada por esas palabras, y añadiendo algunas más de mi propia cosecha, por fin podría decirle que su tiempo y su lugar en mi vida se habían extinguido..., hasta que tuve que tragármelas.

*Marina y una última visita*

Al abrir la puerta me sentí como en Escocia, donde la realidad siempre superaba mi ficción; es decir, donde nunca conseguía averiguar qué persona se situaba al otro lado de la puerta porque la que yo pensaba jamás se correspondía con la que en verdad estaba, ya fuera un famoso o la loca con cara de loca. Y en esta ocasión me sucedió exactamente lo mismo, salvo que el hombre que tenía frente a mí sí era el compañero elegido por mi cerebro para tomarse un café.

Y por supuesto que no era Alejo, aunque el que allí estaba fuera casi tan alto como él.

Perfectamente afeitado y peinado, impecablemente vestido con un elegante traje de chaqueta, aunque sin corbata, se me antojó el hombre más guapo de la Tierra, mucho más de lo que recordaba. Además, sus ojos lucían aún más azules, aún más grandes, y su mirada más limpia, incapaz de esconder algo de sí mismo. En cuanto a su sonrisa, también parecía más sincera, con un halo de esperanza, lejos del rictus de tristeza, e incluso de amargura, con el que solía atravesar sus días y con el que lo dejé el día de nuestra despedida.

Por lo que se refería a sus manos, en ellas sostenía, envueltos en celofán y pinchados en agujas de punto, un montón de ovillos de lana a modo de ramo de flores, y junto a él estaba su perro, que, con una pajarita negra al cuello, sujetaba en la boca una única rosa roja.



Tan sorprendida me quedé que no fui capaz de decir nada hasta pasados unos cuantos minutos.

—Espero que eso sea una buena señal —aseguró con un gesto de duda.

—¿Señal de qué? —le pregunté con intriga.

—De que estás dispuesta a tejerme una nueva bufanda. La otra la rompió un hombre herido, que pagó su dolor con quien menos debía. Y también de que aceptas la invitación de *Max* para llevarte a cenar. Quiere hacerlo desde el primer día en que te conoció, y está muy nervioso por tu respuesta. No ha podido dormir en toda la noche, desde hace días en realidad, desde que te fuiste, de hecho. Más aún, no hace otra cosa que no sea pensar en ti, no hay un segundo del día en el que no piense en ti.

—¿En serio? —fingí una duda mientras lo miraba con cara de complicidad.

—Totalmente. Es más, hoy se ha pasado toda la mañana pensando qué ponerse, y lo peor es que ¡no ha encontrado nada en el armario que le gustara!, así que se ha ido de compras para estar guapo para ti. Y también ha ido a la peluquería, a afeitarse y a cortarse el pelo, para que todo fuera perfecto, para ti. Por último, ha ido a la floristería a comprar la flor más bonita que ha podido encontrar, aunque sólo una, porque más habrían resultado complicadas de agarrar.

Al oír ese último comentario no pude evitar soltar una carcajada, a la que siguió una sonrisa franca y, sobre todo, agradecida.

—Pues lo cierto es que está guapísimo —asegué con convencimiento—, impresionante si me apuras.

Mientras pronunciaba estas palabras miré a Alistair directamente a los ojos, mirada que él me devolvió con un suspiro de alivio, recolocando su pelo y estirando su chaqueta, gesto que llevó a cabo con humildad, y con un atisbo de sonrojo.

—Aquí, la única que desentona soy yo —comenté divertida, mirando mis *leggings* y mi jersey amplio.

—Eso no es verdad, porque no hay ninguna mujer mejor que tú o más guapa sobre la faz de la Tierra.

Alistair acompañó sus palabras de una mirada tan limpia que sólo podía

ser sincera, proveniente de unos ojos en los que, de repente, vi que sólo estaba yo.

—¡Arriba, *Max*! —exclamó a continuación.

Y *Max* se irguió, sosteniéndose sólo sobre sus patas traseras y aproximándose a mí para que yo pudiera coger la flor.

Entre risas, sonrisas y carcajadas, se me escaparon un buen puñado de lágrimas que Alistair se acercó para secar..., para besar..., para besarme..., un beso en el que no había ningún atisbo de resquemor, o sombra de duda, porque era él, porque ya no habría nadie en mi vida aparte de él...; un beso que me elevó a varios metros sobre el suelo y ¡tocando el cielo!, porque lo quise más en ese segundo de lo que había querido a nadie en toda mi vida.

—Quiero ser tu casa, los brazos en los que te sientas segura —me susurró mientras me abrazaba.

Y yo supe que lo sería, porque en ellos me sentí a salvo, protegida.

—¿Recuerdas la frase «A veces, cuando miras, el mundo te enamora»? —me preguntó con ternura.

Asentí con una sonrisa, reconociendo en sus labios mis propias palabras.

—Fuiste tú el mundo que yo vi aquella mañana en Fairy Glen, y el que quiero seguir viendo todos y cada uno de mis días.

Si en la vida hacen falta días malos para darte cuenta de lo bonitos que son el resto, sin duda ése era el más bonito de todos ellos. Para llegar hasta él había tenido más citas de las que podía recordar, visto veinte comedias de amor y vivido una noche desesperada, mi propia versión de aquel libro de Neruda al que una vez me aferré para sobrevivir al amor con el que Alistair ahora me colmaba.

¿Y Alejo? Mientras cenábamos recibí un mensaje suyo que decía: «¿Qué pasó ayer?». Mi respuesta fue rápida, contundente y sincera: «¡La vida fue lo que pasó!». Eso, y que Gerard Butler no llamó. ¿O sí llamó?...

## *Referencias a las canciones*

*I Want Crazy*, Atlantic (Warner), interpretada por Hunter Hayes.

*The Man That Can't Be Moved*, Sony Music, interpretada por The Script.

*Pray for You*, Jaronwood Records, interpretada por Jaron and the Long Road to Love.

*All of the Stars*, Atlantic Records, interpretada por Ed Sheeran.

*Golden Thread*, Passenger, interpretada por Passenger y Matt Corby.

*Fear of Fear*, Black Crow Records, interpretada por Passenger.

*La camisa negra*, Surco Records J. V., interpretada por Juanes.

*We Found Love*, The Island Def Jam Music Group, interpretada por Rihanna y Calvin Harris.

*A Sky Full of Stars*, Parlophone UK, interpretada por Coldplay.

*Heart to Heart*, Custard/Atlantic, interpretada por James Blunt.

*The Words*, Atlantic Records, interpretada por Christina Perri.

*Words*, Black Crow Records, interpretada por Passenger.

*Goodbye My Lover*, Atlantic Records, interpretada por James Blunt.

*Carry You Home*, Custard/Atlantic, interpretada por James Blunt.

*I Choose You*, Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Sara Bareilles.

*El roce de tu piel*, Warner Music Spain, interpretada por Revólver.

*Gravity*, Sony Music Entertainment, interpretada por Sara Bareilles.

*Falling Slowly*, Anti/Epitaph, interpretada por The Swell Season.

*Say Something*, Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por A Great Big World y Christina Aguilera.

*Six Degrees of Separation*, Sony Music Entertainment UK Limited,  
interpretada por The Script.

*Feeling the Pull*, Anti/Epitaph, interpretada por The Swell Season.

*Mientes*, Sony Music Entertainment México, S. A. de C. V., interpretada por  
Camila.

Ana Martín Méndez aprendió a escribir cuando era pequeña de la mano de su padre quien, como afición, se carteaba en verso con un amigo. De esta manera, entre algunos sonetos y muchas risas, descubrió lo hermoso que era hilar las palabras. Desde entonces no ha pasado un solo día en el que no haya escrito, aunque sólo sea una idea compuesta por dos simples palabras.

Con los años escogió periodismo como carrera, medio en el que tuvo a los mejores maestros, como Carmen Rico-Godoy o Alfonso Rojo, quienes trabajaban entonces en la revista *Cambio 16*, una de las publicaciones más importantes de la época.

Tiempo después se inclinó por el periodismo médico, pasando a encargarse, entre otras funciones, de la publicación de libros especializados, tarea ardua donde las haya, ya que el refrán que identifica la mala caligrafía con la letra de los facultativos, desgraciadamente, no sólo se aplica a su grafismo, sino al contenido de lo escrito. Y eso imprime carácter, como lo demuestran algunas de las obras editadas, con títulos tan sugerentes como *Mitos sobre la acrocefalopolisindactilia, una craneosinostosis sindrómica* o *La verdad sobre la acidemia metilmalónica con homocistinuria*.

Aunque nació en Toledo, en la actualidad vive en Madrid con sus dos hijas, donde combina su pasión por la escritura con la lectura, los viajes, hacer punto, el cine y las buenas series.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: <<https://www.facebook.com/anamartinmendez.escritora/>>

Instagram: <<https://www.instagram.com/anamartinmendez.escritora/>>

## *Nota*

[1]. *Hateful*: palabra inglesa que significa «odioso/a», lo opuesto al término *wonderful*, cuya traducción al español sería «maravilloso/a».

*Veinte comedias de amor y una noche desesperada*

Ana Martín Méndez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Jörg Röse-Oberreich – Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ana Martín Méndez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19382-1 (epub)



Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

